...AGE DE FLORA
...ibrería
de
...ínguez
...RGOS
11207
13275

HISTORIA ANTIGUA
DE LOS EGIPCIOS,
DE LOS ASIRIOS, DE LOS BABILONIOS,
DE LOS MEDOS,
Y DE LOS PERSAS,
DE LOS MACEDONIOS,
DE LOS GRIEGOS,
DE LOS CARTHAGINESES,
Y DE LOS ROMANOS,

Compuesta, y reducida à una

POR DON FRANCISCO XAVIER DE VILLANUEVA y Chavarri, Oficial de la Secretaria de la Nueva España,

DE LAS DOS QUE SEPARADAMENTE ESCRIVIÓ Mr. Rollin, antiguo Rector de la Universidad de Paris, Profesor de Eloquencia en el Colegio Real, y Academico de la Academia Real de Inscripciones, y Bellas Letras.

TOMO XII.

CON PRIVILEGIO.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE MURCIA

En MADRID: Por Joachin Ibarra, calle de las Urosas.
Año de 1761.

HISTORIA ANTIGUA

DE LOS EGIPCIOS,

DE LOS ASIRIOS, DE LOS BABILONIOS,

DE LOS MEDOS,

Y DE LOS PERSAS,

DE LOS MACEDONIOS,

DE LOS GRIEGOS,

DE LOS CARTHAGINESES,

Y DE LOS ROMANOS,

Compuesta, y reducida á una

POR DON FRANCISCO XAVIER DE PILLAENERA
y Chamarro, Oficial de la Secretaría de la
Nueva España,

DE LAS DOS QUE SEPARADAMENTE ESCRIVIÓ
Mr. Rollin, antiguo Rector de la Universidad de París,
Profesor de Eloquencia en el Colegio Real, y Academico
de la Academia Real de Inscripciones,
y Bellas Letras.

TOMO XII.

CON PRIVILEGIO.

En MADRID: Por Joachin Ibarra, calle de las Urosas.
Año de 1770.

FEE DE ERRATAS.

PAG. 115. linea 27. *alpunas*, lee algunas. Pag. 314. linea 28. *Gabino*, lee Gabinio. Pag. 359. lin. 22. *diò nuevo*, lee dió de nuevo. Pag. 400. linea 6. *peleador*, lee peleado. Pag. 402. linea 20. *e Sacerdocio*, lee el Sacerdocio. Pag. 441. linea 12. *Tit. Neron*, lee Tib. Neron.

Este Tomo XII. de la Historia Antigua *de los Asirios, de los Persas, y Medos, de los Griegos, y de los Romanos*, que dá á luz Don Francisco Xavier de Villanueva, Oficial de la Secretaría de la Nueva España, viene fielmente conforme à su original. Madrid primero de Octubre de mil setecientos, y sesenta y uno.

Doct. D. Manuel Gonzalez Ollero,
Corrector General por S. M.

SUMA DE LA TASA.

TAsaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Tomo XII. de la Historia Antigua *de los Griegos, y Romanos, &c.* que con Licencia de dichos Señores ha sido impreso, à ocho maravedis cada pliego; y dicho Tomo parece tiene cinquenta y siete, sin principios, ni tablas, que à este respecto importa quatrocientos, y cinquenta, y seis maravedis, à cuyo precio, y no mas mandaron se venda, como consta de la Tasa original, despachada en el Oficio de Don Joseph Antonio de Yarza, à que me remito.

CON-

CONSULES QUE COMPREHENDE este Tomo XII.

An.R.698. L. DOMICIO AHENOBARBO.
A. J.C. 54. A. CLAUDIO PULCHER.

An.R.699. Cn. DOMICIO CALVINO.
A. J.C. 53. M. VALERIO MESSALA.

An.R.700. Cn. POMPEYO MAGNO III.
A. J.C. 52. Q. CÆCILIO METELO SCIPION.

An.R.701. SER. SULPICIO RUFO.
A. J.C.51. MARCO CLAUDIO MARCELO.

An.R.702. L. ÆMILIO PAULO.
A. J.C.50. C. CLAUDIO MARCELO.

An.R.703. C. CLAUDIO MARCELO.
A.J.C. 49. L. CORNELIO LENTULO.

An.R.704. C. JULIO CÆSAR II.
A. J.C. 48. P. SERVILIO VACIA ISAURICO.

An.R.705. Q. FUFIO CALENO.
A.J.C.47. P. VATINIO.

An.R.706. C. JULIO CÆSAR III.
A.J.C. 46. M. ÆMILIO LEPIDO.

An.R.707. C. JULIO CÆSAR IV.
A.J.C. 45. *sin Compañero.*

An.R.708. C. JULIO CÆSAR V.
A.J.C. 44. M. ANTONIO.

PLAN

SUMA DE LA TASA.

TAsaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Tomo XII. de la Historia Antigua *de los Griegos, y Romanos, &c.* que con Licencia de dichos Señores ha sido impreso, à ocho maravedis cada pliego; y dicho Tomo parece tiene cinquenta y siete, sin principios, ni tablas, que à este respecto importa quatrocientos, y cinquenta, y seis maravedis, à cuyo precio, y no mas mandaron se venda, como consta de la Tasa original, despachada en el Oficio de Don Joseph Antonio de Yarza, à que me remito.

CON-

CONSULES QUE COMPREHENDE este Tomo XII.

An.R.698. L. DOMICIO AHENOBARBO.
A. J.C. 54. A. CLAUDIO PULCHER.

An.R.699. Cn. DOMICIO CALVINO.
A. J.C. 53. M. VALERIO MESSALA.

An.R.700. Cn. POMPEYO MAGNO III.
A. J.C. 52. Q. CÆCILIO METELO SCIPION.

An.R.701. SER. SULPICIO RUFO.
A. J.C. 51. MARCO CLAUDIO MARCELO.

An.R.702. L. ÆMILIO PAULO.
A. J.C. 50. C. CLAUDIO MARCELO.

An.R.703. C. CLAUDIO MARCELO.
A. J.C. 49. L. CORNELIO LENTULO.

An.R.704. C. JULIO CÆSAR II.
A. J.C. 48. P. SERVILIO VACIA ISAURICO.

An.R.705. Q. FUFIO CALENO.
A. J.C. 47. P. VATINIO.

An.R.706. C. JULIO CÆSAR III.
A. J.C. 46. M. ÆMILIO LEPIDO.

An.R.707. C. JULIO CÆSAR IV.
A. J.C. 45. *sin Compañero.*

An.R.708. C. JULIO CÆSAR V.
A. J.C. 44. M. ANTONIO.

PLAN

PLAN, Y DIVISION
de los asumptos, que comprehende el Tomo XII. de esta Historia.

TOdo el asumpto de este Libro contiene un espacio de once años, que corren desde el de Roma de 698. hasta el de 708. y và dividido en tres partes, ó libros.

En el primero, que encierra quatro años desde el de 796. hasta el de 702. se refieren los sucessos de las seis ultimas Campañas de Cesar en la Galia, los desgraciados de Crasso en su Expedicion de la Parthia, y lo ocurrido en Roma en este mismo tiempo hasta el principio de la Guerra Civil entre Cesar, y Pompeyo.

Con los hechos de esta guerra hasta la muerte del segundo de estos dos competidores, sigue el segundo libro, que contiene un espacio de otros quatro años, contados desde el de 702. hasta el de 705. y concluye con lo ocurrido en las guerras, que de resultas de la muerte de Pompeyo hizo Cesar en Egipto, en el Ponto, y en la Iliria, haciendose mencion de lo que en el mismo tiempo passó en Roma, hasta que el Dictador bolvió à aquella Capital.

En el tercero, y ultimo, que comprehende un espacio de tres años, desde el de 705. hasta el de 708. se describe la guerra de Cesar en Africa, la muerte de Caton en Utica, el triunfo de Cesar, el plan de govierno que estableciò en Roma, la Expedicion que hizo despues en nuestra España contra los hijos de Pompeyo, la conspiracion que contra èl formaron Bruto, y Cassio, su muerte; y finalmente la artificiosa conducta de Marco Antonio para aprovecharse de este acaecimiento.

HIS-

HISTORIA ANTIGUA DE LOS GRIEGOS, Y ROMANOS.

LIBRO XXXI.

ESTE Libro comprehende un espacio de quatro años, que corren desde el de Roma de 698. hasta el de 702. pero como en el antecedente dexamos atrasados los sucessos de dos Campañas de César en la Galia correspondientes à los años de 696. y 697. empezarèmos refiriendolos, y succesivamente escrivirémos lo acaecido en las dos siguientes. Luego darèmos cuenta de la desgraciada Expedicion de Crasso en la Parthia, y concluirémos el Libro con lo ocurrido en Roma en el mismo tiempo, y en las dos ultimas

Campañas de Céſar en la Galia, haſta que empezò la Guerra Civil entre éſte, y Pompeyo.

§. I.

ESTADO DE LAS GALIAS DESPUES DE LAS dos primeras Campañas de Céſar. Noticia de lo ocurrido en las quatro ſiguientes en las Expediciones contra los Venetas, contra los Germanos, contra los Pueblos de la Gran Bretaña, y contra otras Naciones de la Galia.

An. R... 698. L. DOMICIO AHENOBARBO.
An. J. C. 54. AP. CLAUDIO PULCHER.

LA Galia parecia aver quedado ſugeta con las hazañas de Céſar en ſus dos primeras Campañas. Los Helvecios vencidos, y forzados à bolverſe à ſus tierras, los Germanos ahuyentados à la otra parte del Rhin, los numeroſos Exercitos de los Belgas diſipados, ò deſtruìdos, ſus Ciudades forzadas, ó recividas à compoſicion; y en ſuma, tantas, y tan grandes Victorias como las que ganaron los Romanos à eſtos Pueblos, los avian hecho dueños de todo el paìs, que ſe extiende deſde el Lago de Genova, y el Rhodano haſta el Oceáno Germanico, y de todo el corazon de la Galia. Al proprio tiempo que Céſar en perſona hacia la guerra à los Belgas, P. Craſſo, uno de ſus Tenientes Generales, corriò la parte occidental de la Galia, que es, conſiderandola deſde aquel Reyno, lo que al preſente llamamos la Normandìa, Maino, Anjou, y Bretaña, obligando à los Pueblos de eſtas Provincias à ſometerſe al Imperio de los Romanos, y à dàr rehènes por fianza de ſu ſumiſion, y fidelidad; pero como el amor de la libertad, y el odio à una dominacion eſtrangera, dificilmente ſe deſarraiga del pecho, los

Cæſ. de Bell. Gal. Lib. II. 34.

Ga-

Galios, y particularmente los que avian tratado con Craſſo, no tardaron en rebelarſe, porque ſorprehendidos, mas bien que vencidos por éſte, y conſervando caſi integras todas ſus fuerzas, deſechando aquel repentino terror, que los obligò à rendirſe, y recobrando ſu natural bizarria, y orgullo, quiſieron hacer el ultimo esfuerzo para ſacudir el yugo que les avian impueſto. An. R... 698. An. J. C. 54.

Los que primero levantaron el eſtandarte de la rebelion fueron los Venetas, (*) Nacion poderoſa, y temible, eſpecialmente por ſus fuerzas maritimas. Tenian un gran numero de Embarcaciones con que comerciaban en la Gran Bretaña, ſuperaban en la habilidad, y experiencia de la marina à todos ſus vecinos, y como ſu coſta no tiene mas que un pequeño numero de Puertos de que eran dueños, daban la ley, y ponian en contribucion à quantos navegaban por aquellos mares. P. Craſſo avia eſtablecido ſus quarteles de hinvierno en Anjou, y como ſe hallaſe eſcaſo de viveres, embiò con dos Oficiales á pedirlos à los Venetas. Eſtos los hicieron priſioneros, y eſto miſmo hicieron los Curioſolitas, (*) y Euſubios, (*) à quienes embiò Craſſo otros Diputados para el proprio efecto. Los tres Pueblos que ſe unieron para la defenſa de ſu libertad, traxeron à sì à otros muchos, y todos juntos declararon à Craſſo, que ſi queria ſus Diputados, era meneſter que les reſtituyeſe los rehenes que le avian dado. Céſar, à quien ſu Teniente diò cuenta de lo que paſaba, uſando de ſu acoſtumbrada diligencia, aunque eſtaba baſtante diſtante de aquellos parages, diò inmediatamente las ordenes conducentes para la conſtruccion de una Flota en la Loara, y para juntar Pilotos, marineros, y remeros en la Provincia Romana, mandò à los de Poitou, y Santonge, que le eſtaban ſugetos, le proveyeſen de An. R... 696.

(*) Pueblos de Vannes.

Cæſ. de Bell. Gal. lib. III.

(*) Los de Cornouailles.

(*) Nombre deſconocido, y ſe cree deba decir Lexobios, de Liſieux.

An. R... 698. Navios, y marchò luego à ponerse á la frente de
An. J. C. 54. su Exercito. No intimidò su llegada à los Venetas, y antes les hizo pensar en fortificar su partido, lo qual consiguieron tan bien, como que entraron en la Liga todos los Pueblos de la costa, desde Nantes, hasta las bocas del Rhin, y aun traxeron socorro de la Gran Bretaña. Las fuerzas unidas de estos Pueblos eran considerables, y podian crecer facilmente con la agregacion de otros Galios, que no llevaban gustosos el yugo de los Romanos, ò que temian que en breve se les pondria. Cesar para contener à los que no se avian declarado, y impedir que todos los confederados uniesen en un mismo Cuerpo todas sus gentes, determinó dividir las suyas, y repartirlas en las diferentes partes de la Galia. Embiò con un Cuerpo de Cavalleria à Labieno ácia Treveris; P. Crasso con doce Cohortes legionarias, y una Cavalleria numerosa, pasó la Garonna, y entró en la Aquitania; otro Teniente General, nombrado Q. Titurio Sabino, llevò con tres Legiones el encargo de dàr que hacer en sus proprias tierras à los Pueblos que habitaban las costas que llaman de la Baxa Bretaña, y de Normandia hasta Lisieux; à D. Bruto diò Cesar el Mando de la Armada, que debia obrar contra la de los Venetas, y èl en persona marchò contra ellos con las Tropas de tierra.

Dispuesto todo en esta forma, puso sitio à diferentes de sus Plazas; pero con mucho trabaxo, y casi ningun fruto, porque la mayor parte estaban constrùidas sobre Promontorios, y lenguas de tierra, cuyo pie bañaban las aguas del mar quando subia la maréa, y quedaba descubierto quando baxaba; y assi, ni las Tropas de tierra podian fixarse en un terreno que estaba inundado seis horas, ni mantenerse las Embarcaciones

que

que se quedaban en seco durante las seis horas siguientes; y quando los Romanos a fuerza de trabaxos conseguian levantar sus diques para detener las olas, los Venetas cargaban con toda su gente, y viveres en los Navios, y marchaban à encerrarse en otra Plaza. Cesar comprehendiò que se cansaba en vano, y que para reducir à los Venetas era menester ganarles una Batalla naval; por lo que tomò la resolucion de esperar su Flota. Luego que llegò salieron los enemigos de sus Puertos para atacarla con ducientas Embarcaciones muy bien construidas, y equipadas, y en las quales tenian mucha confianza, porque eran unos Navios de alto bordo, que iban à la vela, y cuyo fondo bastantemente chato los hacia vogar, aunque fuese en poca agua. Los Romanos al contrario no tenian mas que unas Galeras; pero tan baxas, que ni aun con las torres que armaron en ellas apenas podian igualar la altura del bordo de los Navios enemigos, de suerte que solo abordandolos podian rendirlos, supliendo el numero de los suyos, y el valor de los soldados la desigualdad de la construccion, y ventaja de los otros. Para conseguirlo se valieron de una invencion, que fue la de poner en unos palos, ò varas muy largas unas guadañas, ò hoces muy bien afiladas, con las quales acercandose todo lo posible à las Embarcaciones de los Venetas, enganchaban el cordage, que aseguraba las vergas al palo mayor, y luego retirandose con impetu, segaban las cuerdas, caian las vergas, y los Navios enemigos se quedaban sin movimiento. Entonces dos, ò tres Galeras Romanas se echaban sobre cada uno, y los soldados animados con la presencia de Cesar, y de todo el Exercito, que estaba formado en las orillas del mar, siendo testigo de su valor, en breve subian al abordage, y lo rendian. De esta

An. R... 698.
An. J. C. 54.

suer-

An. R... 698. An. J. C. 54. fuerte apresaron muchos de los Navios Galios, y los restantes echaron à huir; pero les entrò una calma, que diò lugar à que los Romanos los alcanzasen, de suerte que fueron muy pocos los que con el favor de la noche pudieron escapar. Esta Victoria diò fin à la guerra, porque los Venetas que en la funcion avian perdido toda su juventud, todos los primeros de entre ellos, y todos sus Navios, no tuvieron mas remedio que entregarse à discrecion à César, quien los tratò con el mayor rigor, en castigo de aver violado el Derecho de las Gentes, prendiendo à los Oficiales Romanos que se les avian embiado para pedirles trigo, hizo quitar la vida à todos sus Senadores, y á los demàs vender en pública almoneda.

En tanto que César hacia la guerra á los Venetas, Titurio Sabino, uno de sus Tenientes, ganò una gran Batalla à los Unelos, (*) Eburovicos, y Lexobios, quienes al mando de Viridovix vinieron con un Exercito numeroso à desafiar à los Romanos, sentando sus Reales à dos mil pasos del Campo de Titurio. Este se portò en la ocasion como Oficial habil, y prudente, pues persuadido à que en la ausencia de su General no debia sin necesidad aventurar una accion contra un Exercito mucho mayor sin comparacion que el suyo, se mantuvo quieto en sus trincheras, sin embargo de las bravatas de los enemigos, y de los clamores de sus soldados, que querian ir à ellos, esperando el lance de vencer sin mucho riesgo, ni trabaxo. Para proporcionarle hizo que un soldado, fingiendose desertor, pasase al Campo de los Galios, y dixese que César se hallaba bien embarazado en vèr cómo avia de sostener la guerra contra los Venetas, y que èl à la noche siguiente debia ponerse secretamente en marcha

(*) Pueblos de Cotentin, y de Evreux.

pa-

para acudir al socorro de su General. Aunque la noticia no tenia la mas minima apariencia de verdad, los Galios se la creyeron, y forzaron à sus Comandantes à llevarlos à atacar al Campo enemigo, à cuyo efecto, y para cegar el foso cargaron de faginas. Los Romanos estaban atrincherados en una altura, y los Galios la montaron con tanta precipitacion, que llegaron cansados, y sin aliento al pie de la trinchera. En este preciso instante, Titurio hizo sobre ellos una salida tan vigorosa, que en breve los desbaratò enteramente, y puso en fuga, despues de averles muerto bastante gente. La Cavalleria, à quien despachó en su seguimiento, acabò de destruirlos, de suerte que de un Exercito tan numeroso muy pocos se salvaron. Los Galios tan promptos en acobardarse, como ardientes en sus empressas, quedaron tan consternados con esta derrota, que inmediatamente se sometieron á Titurio. An. R... 698. An. J. C. 54.

No saliò con menos lucimiento P. Crasso en su Expedicion contra la Aquitania, pues ganó una gran Batalla á los Sociates, Pueblos valerosos, les tomò una de sus principales Plazas, y les forzó un Campo, sin embargo de que en todas estas ocasiones hicieron una bella defensa. La pérdida de la Batalla, y de la Plaza sirviò de aviso à los Pueblos de la Aquitania para unirse todos contra el vencedor, y aun pidieron socorro à los Españoles sus vecinos, y para que los mandase à unos discipulos del Gran Sertorio. A las ordenes de estos nuevos Gefes la guerra no se hizo con la fogosidad, y impetu ordinario à los Barbaros, sino es con methodo, y reserva, huyendo de empeñar ninguna accion, y manteniendose en un Campo bien fortificado, para aprovecharse de la ventaja que tenian de hacer la guerra en un pais amigo: y en sus proprias tierras, contra un enemigo

An. R... 698. An. J. C. 54.

go que trahia sus viveres de lexos, y con mucho trabaxo, y à quien por consequencia arruinarian con el tiempo. Esto obligò à Crasso à dar un asalto à su Campo, y tal vez no huviera podido forzarlo à aver tenido la espalda tan fortificada como el frente; pero se avian descuidado en aquella parte, de que noticioso el Romano, embiò un Destacamento de Infanteria, y Cavalleria, que entrando sin dificultad, y atacando por la espalda à los Aquitanios, estos como no lo esperaban estaban desprevenidos, y ocupados en resistir à los que los estrechaban por delante, quedaron tan derrotados, que apenas se pudo salvar la quarta parte de cinquenta mil hombres que eran en todos. El fruto de esta Victoria fue la sumision de toda la Aquitania, á excepcion de algunos Pueblos, que por distantes, y metidos en los Pirenéos, no llegó Crasso hasta ellos. Este fue el ultimo servicio que este joven Romano hizo à César, porque despues bolvió á Roma llevando bastante gente para apoyar à su padre, y à Pompeyo en la demanda del Consulado, y siguiò á aquel à su desgraciada Expedicion contra la Parthia.

César concluida la suya contra los Venetas, sin embargo de que la estacion estaba bastantemente adelantada, emprehendiò reducir à los Morinos, y Menapios, Pueblos situados en la parte septentrional de la Galia, quienes aunque avian entrado en la Liga, que acababa de disiparse, ningun paso avian dado para someterse, y obtener el perdon. César, que mientras le quedaba (*) que hacer, creia no aver hecho cosa alguna, marchò contra ellos para coronar su victoria, no creyendo hallar las dificultades que encontrò, porque aquellos Pueblos, conociendo por el exemplar de sus compañeros, que no era posible resistir frente à frente à los Romanos, se metieron con todos sus efec-

(*) *Nihil actum credens, dum quid superesset agendum.* Lucan. lib. II. v. 657.

efectos en sus bosques, que eran muy espesos. Llegado á su entrada empezaba à formar su Campo, quando los Barbaros saliendo sobre los trabaxadores, se empeñó la accion; pero estrechados por los Romanos se bolvieron à meter en sus bosques, y los enemigos tras ellos, llevados del ardor de la victoria. El empeño les saliò mal, porque embarazados con la espesura, muchos de los mas guapos quedaron en ella. Ningun obstaculo era capàz de detener à Cèsar, y assi diò orden de echar abaxo aquellos bosques inmensos, y con los arboles, que se derribaban, iba haciendo como una especie de trinchera, colocandolos en los dos extremos del Exercito, para cubrir sus flancos contra los repetidos ataques del enemigo. Yá avia despejado una gran parte del terreno con una diligencia increible, y llegado hasta donde estaban los bagages, y ganados de los enemigos, à quienes forzò à meterse mas adentro en sus bosques, quando se viò obligado por el mal tiempo, y las continuadas lluvias à dexar imperfecta su victoria. Lo mas que pudo hacer, y hizo, fuè talar toda la tierra llana, y quemar todos los edificios, y cabañas de aquellos Pueblos desdichados; despues de lo qual puso sus tropas en quarteles de hinvierno en las tierras de las otras Naciones recien conquistadas. An. R. 698. An. J. C. 54.

En el año del Consulado de Pompeyo, y Crasso, esto es, en el antecedente del en que vamos, la Galia no diò mucho que hacer à Cèsar, porque abatida con tantas, y tan reiteradas derrotas, y fuera de esto sin fuerzas con que poder hacerle resistencia, se mantuvo quieta, y en paz à lo menos por un tiempo; pero dos Naciones Germanicas vinieron como à relevarla en los trabaxos de la guerra, y presentar à Cèsar la ocasion de dexar una quietud, que à su genio huviera sido in- An. R. 697.

An. R... 698. An. J. C. 54. aguantable. Los Uſipios, y Tenctéros echados de ſus tierras por los Suevos, Nacion muy poderoſa, y compueſta de cien Cantones, ò Partidos, de cada uno de los quales ſalian todos los años mil hombres, para hacer la guerra à los Pueblos vecinos, deſpues de aver andado dando bueltas por diferentes partes de la Germania, vinieron à parar durante el hinvierno de eſte año, à las orillas del Rhin, ácia la parte que ocupaban los Pueblos llamados Menapios, que tenian ſus Aldéas, y cabañas en una, y otra orilla del rio. Eſtos al vèr llegar aquella nube de Germanos, que compondrian mas de 430y. cabezas entre hombres, mugeres, y niños, (porque eran las dos Naciones unidas en un cuerpo, las que venian marchando en buſca de tierras en que eſtablecerſe) ſe eſpantaron de tal ſuerte, que los que ocupaban la orilla por donde venian los enemigos, ſe paſaron à la opueſta, y apoſtaron ſus tropas en ella para impedirles el paſo. Los Germanos, que la vieron bien guardada, y que no tenian barcas algunas, ſe valieron de la treta de hacer correr la voz de que ſe bolvian á ſus tierras; y para mas bien engañar à los Menapios, ſe alexaron de tres marchas del Rhin, y con efecto eſtos, creyendo que realmente ſe avian ido para no bolver, repaſaron el rio, y ſe metieron en ſus cabañas; pero les coſtò cara ſu poca precaucion, y credulidad, porque la Cavalleria Germana aviendo retrocedido, y ocupado en una noche toda la orilla del rio, los ſorprehendiò, paſò à cuchillo, ſe apoderò de ſus barcos, y paſò à la orilla opueſta antes que la parte de los Menapios que la ocupaban, pudiera tener noticia de lo ſuccedido. Los vencedores quedaron por dueños del pais, y vivieron en él todo el hinvierno, con las proviſiones que encontraron.

Céſar, luego que ſupo el paſo de los Uſipios,

y Tenctéros, temiendo que los Galios los llamasen à su socorro, y que con este motivo renaciese una guerra mas peligrosa, que la primera, vino à ponerse à la frente de su Exercito, mucho mas temprano de lo que acostumbraba, à fin de cortar con su presencia qualquiera proyecto de rebelion, y con efecto à su llegada supo que como se lo avia recelado, algunos Pueblos Galios avian entrado en negociacion con los Germanos recien venidos. Como hombre habil fingiò no saber lo que no era yà tiempo de castigar; pero mandò venir cerca de su persona á los principales Gefes de los Galios, les hablò con mucha bondad; y despues de averles pedido un socorro de Cavalleria, se puso en marcha contra los Germanos. Estos quando supieron que César no distaba de ellos muchas jornadas, le embiaron Embaxadores, para decirle, que no venian en ánimo de entrar en guerra con los Romanos: que echados de sus tierras por los Suevos, no trahian otro intento, que el de establecerse, y fixarse en alguna parte, sin entrar en contiendas con nadie; y que en este supuesto, ò los dexasen mantenerse en el territorio que avian conquistado, ó que se les señalasen otras tierras; en la inteligencia, de que si los atacaban sabrian defenderse. César, despues de averles respondido, que no tenian que esperar establecimiento alguno de la parte de acá del Rhin, les hizo la proposicion de incorporarse con los Ubios, Pueblo Germano, vexado, y maltratado, como ellos, por los Suevos. Estos Ubios, que habitaban entonces sobre la orilla derecha de él, avian pedido socorro à César contra sus enemigos, y realmente admitida la propuesta, les procuraba sin gastos, ni ruido un socorro bien poderoso, incorporando en ellos à los Usipios, y Tenctéros. An. R... 698. An. C. J. 54.

Con este motivo huvo una negociacion, duran-

An. R... 698. An. J. C. 54. te la qual Céſar continuò ſu marcha, y quando llegò à la diſtancia de ocho mil paſos del enemigo, ſe travò una accion de Cavalleria, en que ochocientos Germanos deſvarataron à cinco mil Romanos. Haſta ahora no ſe ha decidido quál de eſtos, ó de aquellos fueron los agreſores, en un tiempo en que entre unos, y otros avia negociacion pendiente para el ajuſte de la paz; y en lo que no hay duda es, en que los Germanos embiaron à la mañana ſiguiente Diputados à Céſar, para eſcuſarſe ſobre lo ſuccedido, y continuar la negociacion empezada; lo qual puede ſervir de prueva de que procedian de buena fé, y mucho mas quando no parece regular, que ochocientos hombres ſe atrevieſen à atacar ſin motivo à cinco mil: pero por otra parte no nos atrevemos à echar la culpa à Céſar, cuyos procedimientos, à lo menos en el exterior, fueron ſiempre en ſus Expediciones francos, y generoſos; y eſto ſin embargo de que Caton en el Senado le atribuyò la cauſa del rompimiento, ſiendo de dictamen de que ſe le entregaſe à los Germanos en ſatisfaccion del inſulto; porque el odio, y eſpiritu de parcialidad le pudo hacer opinar de eſta ſuerte. Quedeſe eſto en la miſma confuſa duda, y vámos à que Céſar los detuvo priſioneros, en lo que tuvo razon, ſi es verdad, como lo ſienta, que venian à engañarlo, y entretenerlo con buenas palabras, mientras que por otra parte hacia ſu Nacion actos de hoſtilidad contra los Romanos. Al proprio tiempo, haciendo concepto de que podia ſorprehender à los Germanos, que eſtarian deſprevenidos, porque no eſperaban que los atacaſen mientras iban, y venian los Diputados, marchò à ellos al inſtante con buen orden, y cogiendolos como avia penſado, deſvaratò, y deſtruyo de tal ſuerte aquella multitud, como que pocos eſcaparon con vida; en cuya accion,

que

que le costò tan poco trabaxo, y riesgo, como que ni aun apenas diò tiempo á lo Germanos para tomar las armas, no perdió Cèsar ni un solo soldado, y los heridos que tuvo fueron muy pocos. An. R... 698. An. J. C. 54.

Entonces fuè quando se determinò à pasar el Rhin. Refiere varios motivos, que le hicieron tomar esta resolucion; pero es de recelar, que calle el verdadero, que no fuè otro, que el inmoderado deseo, que tenia de adquirir fama, y meter ruido con una Expedicion, que hasta èl ninguno avia intentado; porque los Romanos apenas conocian entonces el Rhin, y la Germania; y assi era un honor singular, y brillante para él, ser el primero que pasaba este gran rio, y que daba à conocer el poder de Roma en un pais barbaro, con quien no avia tenido, ni tenia comercio alguno. No obstante, no dexan de tener algun fundamento, las razones que alega Cèsar tuvo para pasar el Rhin; siendo la primera, y mas fuerte, segun él, vèr que los Germanos atravesaban con mucha facilidad el rio, y entraban en la Galia, y que era justo contenerlos, enseñandoles que podian vérse con el enemigo en sus tierras, si no se moderaban. Además de esto, la Cavalleria de los Usipios, y Tenctéros, que no se halló en la Batalla porque estaba aquel dia à forrage mas allà de la Meusa, se avia retirado despues de la sangrienta derrota de los suyos mas allá del Rhin al pais de los Sicambros, quienes reconvenidos para que entregasen à los fugitivos, respondieron, que este rio era el termino de la dominacion Romana; y que si los Romanos querian prohibir el paso á las Naciones Germanicas, era justo que se fugetasen à la misma ley, sin arrogarse ningun derecho, ni autoridad de la otra vanda adelante. Finalmente, los Ubios fatigados por los Suevos, suplicaban à Cèsar, que se dexase vèr en la Germania, confiados

dos

An. R...698. dos en que esto solo bastaria para contener á sus
An. J. C. 54. enemigos, y que estos los dexasen en paz, y aun le ofrecian barcas para pasar las Legiones. Cesar no tuvo por conveniente aceptar su oferta, creyendo, que ni era seguro, ni decente, que el Exercito Romano pasase el Rhin en barcas. La construccion de un puente en un rio tan rápido, ancho, y profundo, (porque hizo ánimo de atravesarlo por debaxo de la parte en que se construyò despues à Colonia) era sin duda un proyecto bien dificil; pero acostumbrado à vencer los que para otros parecian imposibles, intentò, y se salió con su empresa; y esto con una promptitud tan extraordinaria, como que en el espacio de diez dias se halló construido el puente, que fundò sobre una estacada tan fuerte, segura, y bien unida, como si huviera de durar eternamente; de suerte, que causaba el todo, y parte de la obra, no menos admiracion, que la celeridad con que se hizo. Las hazañas de Cesar en la Germania se reduxeron à poca cosa. Recibiò algunos Pueblos á composicion, quemò, y talò el territorio de los Sicambros, que se retiraron á los bosques, y desiertos, y lo mismo hicieron los Suevos; pero con la diferencia, de que despues de aver puesto en seguro à sus hijos, mugeres, y efectos, juntaron todas las fuerzas de la Nacion en el corazon de su pais, resueltos à resistir al Exercito Romano. Cesar no tuvo por conveniente pasar adelante, y contento con lo que avia hecho, al cabo de diez, y ocho dias de aver entrado en la Germania, repasò el rio, y rompiò el puente, no trahiendo de su Expedicion, fuera de aver libertado à los Ubios de la opresion de los Suevos, mas que una gloria bastantemente frivola, de aver executado lo que hasta entonces ningun Romano se atrevió à intentar.

Su gusto por las cosas extraordinarias, y ruido-

dosas, le hizo á renglon seguido proyectar otra empresa en la propria especie, y tan poco util, como la antecedente, y fuè la de pasar à la Gran Bretaña, y hacer la guerra en un nuevo mundo, que éste era el concepto, que entonces se hacia de esta Isla tan poco conocida en aquellos tiempos, que se dudaba si lo era, ò no; y segun Tacito, no se aseguraron los Romanos de ello hasta mas de cien años despues que una Flota Romana la diò la buelta por orden de Agricola. César, sin embargo de esto, habla de la Gran Bretaña como de una Isla, y esta es la opinion de Strabon Geographo juicioso, y habil, que escrivia en el principio del Reynado de Tiberio. Como los Britanos avian embiado casi siempre socorro á los Galios en sus guerras contra los Romanos, Césat queria conocer, segun decia, las costas, y Puertos de la Isla, las costumbres, y modo de pelear de sus naturales, porque de todo esto se tenia tan poca noticia aun en la misma Galia, como que solo los traficantes conocian unicamente aquellos Puertos à que iban à hacer su comercio, y nada mas. Quando Césat pensó en esta Expedicion estaba la estacion muy adelantada, lo qual fue un nuevo aguijòn para su actividad natural; y aviendo ido con toda diligencia al pais de los Morinos, porque estaba informado que desde esta parte era el transito mas corto á Inglaterra, recogió quantas Embarcaciones pudo de los Pueblos circunvecinos, y al proprio tiempo hizo venir la Flota que en el año antecedente mandó construir para hacer la guerra á los Venétas. Para tomar todo el conocimiento necesario de la tierra à donde queria pasar, despachò en un Navio de guerra à C. Volusèno con orden de visitar sus costas, y venir luego à darle noticia de todo lo que viese, y notase. Este Oficial al cabo de cinco dias bolviò sin traher razon formal,

An. R... 698.
An. J. C. 54.

mal,

An. R. 698. An. J. C. 54. mal, porque no se atreviò à desembarcar para reconocer la tierra. En tanto, aviendo corrido en la Gran Bretaña la noticia del intento de Cèsar, varios Pueblos de la Isla le embiaron Diputados à hacerle sus sumisiones, y ofrecer darle rehenes. Cèsar respondiò con mucho agasajo à los Diputados de los Barbaros, y los embiò à su tierra acompañados de Comio, Artesio, à quien avia hecho Rey de su Nacion, y en quien entonces tenia mucha confianza. Este, cuyo nombre era muy conocido entre los Britanos, llevaba orden de recorrer varios Pueblos, y de exhortarlos à reconocer el Imperio Romano, anunciandoles la proxima llegada del Exercito de la Republica.

El cuidado de juntar la Flota, detuvo algunos dias à Cèsar en el pais de los Morines, y su estancia no dexò de serle util, porque varios de los Cantones de esta Nacion, que avian resistido someterse, lo hicieron entonces voluntariamente, y le pidieron perdon por lo pasado; lo qual para èl fuè de mucha satisfaccion, pues le quitò esta voluntaria sumision de aquellos Pueblos, el cuidado que tenia de aver de dexar de lo contrario enemigos detràs de sì, mientras estuviese ocupado en su proyectada Expedicion. Quando todo estuvo prompto, y despues de aver dexado parte del Exercito à las ordenes de dos Tenientes Generales Titurio Sabino, y Aurunculeyo Cotta, para que reduxesen los Cantones de los Morines, que no avian querido someterse como los otros, embarcò su Infanteria, y Cavalleria en dos Puertos distintos, que parecen aver sido los de Wissan, y Calès, y se hizo à la vela con viento favorable con sus Legiones, que él iba mandando en persona; pero la Cavalleria se detuvo, por no aver seguido puntualmente sus ordenes. A pocas horas de ir navegando descubriò tierra; pero el rivazo no era apropòsito para un

des-

desembarco, porque lo dominaban las Dunas, desde donde podian los Barbaros que las coronaban, incomodar mucho à la gente, porque disparando desde las tales Dunas, que son como unos montes de arena, que el mar forma, llegaban los dardos, y flechas hasta la orilla. Cesar echó ancoras en aquella parte, esperando à que se le juntasen los Navios, que venian detràs; y luego que llegaron todos, ayudado del viento, y de la marèa, fuè à tomar tierra à ocho mil pasos de alli, en un rivazo facil, y unido. Los Barbaros, que lo avian ido siguiendo, se opusieron al desembarco, y la defensa que hicieron fuè tal, que faltò poco para que se malograse la empresa; pero, finalmente, el valor, y constancia de los Romanos, la presencia de Cesar, y el terror que entró à los Barbaros, al vèr el horroroso efecto, que causaban las maquinas que disparaban desde los Navios, cosa para ellos estraña, y nunca vista, hizo vencer todos los obstaculos; y apenas las Legiones consiguieron poner el pie en firme, quando rompieron, y disiparon à los enemigos; pero no se les pudo seguir el alcance, porque la Cavalleria no avia llegado. Los Isleños desanimados con este golpe, embiaron Diputados à Cesar, para hacerle mil protestas de sumision, y de obediencia, y aun le restituyeron à Comio, Rey de los Artesios, à quien avian detenido prisionero; pero todos estos rendimientos no eran mas que miedo, porque luego que pudieron lograr la suya, faltaron à la palabra que dieron de mantenerse en paz, y renovaron la guerra. An. R... 698. An. J. C. 54.

Al quarto dia del desembarco de Cesar, se descubrieron desde el Campo los Navios que conducian la Cavalleria; pero se levantò en aquel instante una furiosa tempestad, que echò parte de ellos à la Mancha, (*) en donde corrieron un riesgo muy grande, y la gente se tuvo por muy dichosa

(*) Estrecho del Océano occidental entre Francia, y Inglaterra.

An. R... 698. de aver podido bolver á tierra firme. En la noche
An. J. C. 54. de este mismo dia llenaba la Luna, y se iba yà llegando el Equinocio, y la concurrencia de estas dos circunstancias produce las marèas mas altas. Cèsar, que lo ignoraba, no avia tomado precaucion alguna contra este peligro; y assi, la marèa levantò sus Embarcaciones de transporte, que estaban ancoradas, y las Galeras, que se hallaban en seco, y al embate de las olas, se tropezaron unas contra otras de tal suerte, que toda la Flota quedò muy maltratada, sin que el mal pudiera remediarse. Este accidente puso en gran confusion à Cèsar, porque ni tenia otras Embarcaciones para bolverse, ni con què componer las maltratadas, porque pensando en bolver à hinvernar à la Galia, nada avia trahido, ni aun los equipages del Exercito, ni las provisiones necesarias. Los Barbaros viendo à sus enemigos sin Navios, sin viveres, y sin Cavalleria, concibieron la esperanza de acabar con ellos, y de quitar para siempre à los Romanos la gana de bolver à su Isla. Por esta causa, y haciendo concepto del numero de las Tropas de la Republica, por el poco terreno que ocupaba su Campo, empezaron à juntarse secretamente, y à ocultar su intento, hasta lograr un momento favorable para sorprehenderlas. Estas eran mas de las que ellos creian; pero con todo, poco, ò nada comparadas con su numero. Cèsar, enemigo muy dificil de sorprehender, adivinò por la situacion en que se hallaba, lo que discurrian, y intentarian los Barbaros; y como en este tiempo cesaron de embiarle rehenes, confirmò el concepto que avia hecho de que se le rebelaban; y assi se dispuso para qualquiera acaecimiento. Embiaba todos los dias à segar los trigos de los campos vecinos, y hacia unos grandes montones en sus Reales, à fin de que no le faltase que comer. Sacrificò los

los Navios mas maltratados, para componer los otros, que no lo estaban tanto; con lo qual, y haciendo traher de tierra firme herramientas, y lo demàs necesario, puso corriente su Flota, à costa de doce Navios, que se deshicieron para este efecto. An. R... 698. An. J. C. 54.

Entretanto los Barbaros hallaron la ocasion que esperaban. Notando, que todos los trigos vecinos estaban segados, y que solo faltaba un parage algo mas distante à donde podian los Romanos ir à forrage, se apostaron en la vecindad ocultos en un bosque; y aviendo Cèsar, como lo avian previsto, embiado la septima Legion à aquel sitio, mientras los Soldados estaban ocupados en segar el trigo, salieron sobre ellos repentinamente, mataron à algunos, y à los restantes los pusieron en confusion, y desorden. En este estado intentaron cercarlos, poniendo al derredor de ellos sus carros de guerra, porque los Britanos se servian de ellos en las Batallas, y con mas utilidad, que los Asiaticos, pues no solo acometian con ellos, y se entraban entre los Batallones enemigos, sino que los Soldados que iban montados, hechos à este manejo, echaban pie à tierra con la mayor ligereza, peleaban, bolvian à montar, y escapaban con la misma quando se veìan estrechados. La Legion Romana atacada en esta forma, huviera perecido sin remedio à no averla venido socorro. Las Guardias avanzadas del Campo advirtieron una nube de polvo àcia el parage à donde avia ido, y lo avisaron à Cèsar, quien tomando consigo en el mismo instante las dos Cohortes, que estaban de guardia, y dado orden à otras dos de remplazarlas, y à lo restante del Exercito que lo siguiese, acudiò à toda prisa al parage en que se avia trabado la pelèa, y encontrò à sus gentes en mal orden, y defendiendose con harto trabajo. Su presencia lo animò,

An. R... 698. An. J. C. 54. y reſtableciò todo, contuvo, y eſcarmentó la fogoſidad de los Barbaros; pero no tuvo por conveniente ſeguir contra ellos el empeño, contentandoſe con aver ſacado del rieſgo à la Legion, y trahidola al Campo. Al cabo de algunos dias tuvieron los Isleños la habilantèz de venir à atacarlo en èl. Céſar viò que ſin Cavalleria no podia conſeguir ventaja deciſiva, y no obſtante ayudandoſe con treinta cavallos, que Comio el Arteſio le avia trahido, ſaliò contra los enemigos. El ſucceſo fuè como lo avia previſto, los enemigos huyeron, pero con poca pérdida; y lo que unicamente hicieron los Romanos, fue talar todas las cercanìas, y quemar algunas Aldèas. Eſto fuè baſtante para deſanimar à los Barbaros, quienes en el miſmo dia embiaron Diputados para renovar la negociacion de la paz; y juſtamente llegaron à buen tiempo, porque Céſar no deſeaba otra coſa. Temia la llegada del Equinocio, tiempo en que el mar ſe pone tempeſtuoſo, y ſus Navios no ſe hallaban en eſtado de poder reſiſtir à una tempeſtad. Por eſta cauſa no malogrò la ocaſion que ſe le preſentaba de ſalir con honor de la Isla, eſtipulando que ſe le dieſſen doble numero de rehenes de los que pidiò al principio, y que eſtos ſe los llevaſen à la Galia. Los Isleños, concibiendo que una vez que ſe fueſe, ſerian dueños de cumplir, ò no lo tratado, convinieron en todo, y Céſar al primer viento favorable ſe reſtituyò à la Galia. En eſta parte hizo atacar por ſus Tenientes à algunos de los Cantones de Morines, y Menapios, que aun no ſe avian ſometido, y deſpues aquartelò todas ſus Tropas en el territorio de los Belgas, à donde llegaron los rehenes de dos de los Pueblos con quienes avia peleado en la Gran Bretaña, porque los demàs nada cumplieron de lo tratado. Eſte fuè todo el fruto, que Céſar ſacò de una expedicion arrieſgada, en que aventurò

mas

mas de lo que podia ganar, porque la Isla estaba entonces muy pobre, no se hallaba en ella oro, ni plata, y todo el despojo que se podia ganar, se reducia à prisioneros groseros, y abrutados. No obstante ponderaba hasta no mas las ventajas que avia conseguido en un pais, y contra unas gentes, que apenas se conocian antes de su tiempo; y esto hizo tanto eco en Roma, que en honor suyo se mandaron dár gracias à los Dioses por espacio de veinte dias. An. R. 698. An. J. C. 54. Cic. ad Fam. VII. n. 7. & ad Att. IV. n. 16.

Las cortas ventajas conseguidas por César en la Gran Bretaña, y un Tratado no cumplido, no eran capaces de satisfacer á un genio como el suyo; y asi, resuelto à bolver en el año siguiente, que es el mismo en que vámos, mandó disponer todo lo necesario, y aun prescriviò el modo de construir las embarcaciones que eran apropósito para su nueva Expedicion. Tampoco se estuvo ocioso en sus Quarteles de hinvierno, porque durante ellos reduxo à los Piruſtas, Pueblo de la Iliria, que con sus correrias molestaba, y maltrataba à los otros de esta Provincia, que estaban sugetos à los Romanos. Quando bolviò à la Galia halló mucha obra hecha, porque los Navios viejos estaban carenados, se avia construido de nuevo veinte, y ocho Galeras, y como seiscientas barcas de transporte. Diò orden de que toda esta Flota fuese al Puerto Icio; y él, noticioso de que los de Treveris pensaban en rebelarse, marchó ácia aquella parte con quatro Legiones, y ochocientos cavallos para pacificar la Galia antes de embarcarse en la expedicion de la Gran Bretaña. Los de Treveris componian una Nacion muy poderosa, especialmente en Cavalleria; pero estaban divididos en dos vandos, cuyas cabezas eran Cingetorix, y Induciomaro, que contendian entre si sobre ocupar el primer lugar, y tener la principal autoridad en- Cæs. de Bell. Gal. lib. V.

tre

An. R. 698. An. J. C. 54. tre los suyos. Cingetorix, que era sin duda el menos fuerte, se fue à valer de César, y su competidor, aunque en los principios se dispuso para hacer resistencia, viendo que le avian sonsacado parte de la gente que tenia, se vino à buenas, y se sometiò. César, que no queria detenerse en aquel pais, fingiò admitir sus escusas, y le concediò la paz mediante ducientos rehenes, que le entregò, y entre ellos à su hijo. Induciomaro sentido de esto, y de que César hacia muchas fiestas à Cingetorix, y procuraba ganar à éste los animos de los principales de la Nacion, se retirò lleno de embidia, y de encono, y con resolucion de renovar la guerra luego que la ocasion se le presentase.

César, viendo que Induciomaro no podia dárle que hacer, à lo menos por algun tiempo, bolviò al Puerto Icio, à donde avian concurrido por su orden quatro mil Equites Galios, y la principal Nobleza de la Nacion. Su intencion era llevar consigo à todos aquellos Señores, para que le sirviesen como de rehenes, y no dexar en la Galia sino es aquellos de cuya lealtad estaba seguro. Dumnorix el Edueno, de quien dimos noticia en el Tomo antecedente, debia acompañarlo, porque para alborotar, y levantar los Pueblos tenia genio, poder, y voluntad, y César queria asegurarse de él, teniendolo à su lado; pero él se escusaba à seguirlo con pretextos muy frivolos, y aun viendo que no se le admitian, empezò à maquinar con la demàs Nobleza, diciendola, que el intento de César era acabar con todos ellos, y que como no se atrevia à hacerlo en su tierra, los queria transportar à otra estraña para sacrificarlos à su cruel politica. César sabia puntualmente quanto hacia, y decia Dumnorix; pero con todo disimulaba por consideracion de la Nacion de los Eduenos, de quien era como el Gefe. Llegò el dia del embarco

de

de la Flota, y como éste suele causar por lo regular bastante confusion, y embarazo, Dumnorix aprovechandose de la ocasion, que vió favorable à su intento, escapò con la Cavalleria Eduena de su mando. Cèsar lo supo, y inmediatamente mandò que todo se suspendiese, y destacò en seguimiento del fugitivo una gran parte de su Cavalleria con orden de traherselo preso, ó de matarlo, si se resistia. Dumnorix por su desgracia tomò el partido de hacer resistencia, con lo que los Soldados de Cèsar cumplieron con la orden, y la Cavalleria Eduena, muerto el que la mandaba, bolviò sin dificultad al Campo Romano. An. R... 698. An. J. C. 54.

Libre Cèsar de cuidados en lo perteneciente á la Galia, solo pensó en el de partir para su Expedicion, y dexando à Labieno en tierra firme en custodia del Puerto, y de la Costa con tres Legiones, y dos mil cavallos, embarcò otros dos mil con cinco Legiones, se hizo à la vela al ponerse el sol, llegò al medio dia del siguiente à la vista de la Gran Bretaña, porque en la navegacion ocurriò algun contratiempo que lo detuvo; y finalmente tomò tierra sin estorvo, ni dificultad en el mismo parage que en el año antecedente, porque los Isleños espantados al ver tanto numero de Embarcaciones, abandonaron la orilla, y se retiraron à las eminencias para defenderse. Lo primero que Cèsar hizo fuè fortificar un Campo, y dexando para su defensa à uno de sus Oficiales Generales, con diez Cohortes, y trecientos cavallos, marchò à los enemigos; pero tuvo que bolver de alli à poco, con la noticia de que una tempestad avia maltrado considerablemente los Navios, que avian quedado en la playa. Para evitar igual inconveniente determinó sacarlos à tierra, y encerrarlos dentro de las mismas trincheras del Campo, dando à éste mas ambito. La obra era muy grande; pe-

An. R... 698. pero los Soldados la tomaron con tanto empeño,
An. J. C. 54. que no dexandola de dia, ni de noche, la concluyeron, y perfeccionaron en diez dias; por lo que Céſar deſpues de aver dado las ordenes convenientes para carenar los Navios, bolviò à marchar en buſca de los Barbaros. Las fuerzas de eſtos ſe avian aumentado, porque varios de aquellos Pueblos ſe avian unido entre sì, y formado contra el enemigo comun una Liga, que reconociò por Generaliſsimo à Caſsivelauno, que reinaba en la parte de allà del Tameſis, y con quien à la llegada de los Romanos ſe compuſieron los Pueblos de la parte de acà, porque eſtaban en guerra entre sì, à fin de reſiſtir todos juntos al enemigo. Huvo varias funciones, en las quales los carros de los Isleños incomodaban mucho à la Cavalleria de Céſar; pero como ſin embargo los Romanos quebaban ſiempre ſuperiores, y iban marchando adelante, Caſsivelauno ſe retirò à la otra vanda del Tameſis para defender el paſo. En una unica parte ſe podia vadear el rio, bien que con mucho trabaxo, y la dificultad la avian hecho mayor los Barbaros con una eſtacada, que puſieron en la orilla, y aun en la miſma corriente tenian clavadas muchas eſtacas muy punteagudas; las quales metidas dentro de la agua, como no ſe veian, podian ſervir de mucho eſtorvo, y hacer daño à los Romanos. Céſar ſin embargo, inſtruido de todo por los deſertores, ſe determinò à vadear un rio tan bien defendido, en lo qual lo ayudaron con mucho ardor ſus Soldados, porque aunque no llevaban mas que las cabezas fuera de la agua, marcharon al enemigo con tanta reſolucion, que no pudiendo los Barbaros reſiſtir ſu choque, ſe diſiparon como una nube de timidos paxarillos al deſcubrir al gavilan.

Caſsivelauno ſe determinò entonces à huir de to-

toda accion general, y aviendo dividido su Exercito, solo se quedó con quatro mil carros de guerra, con los quales emboscandose en los montes, y asperezas, caia sobre los Romanos quando menos lo esperaban, y los incomodaba tanto, que Cesar se viò obligado á dàr orden á su Cavalleria de no alexarse à distancia en que no pudiera ser promptamente socorrida por la Infanteria, y que fuese talando, y marchando al paso de ésta. En este intermedio, algunos de los Pueblos de aquellos Cantones se sometieron à Cesar, y los primeros fueron los Trinobantes, que habitaban en la orilla hizquierda, y al norte del Tamesis en las inmediaciones de Londres. Cassivelauno avia muerto à Imanuencio su Rey, con cuyo motivo Mandubracio, hijo del muerto, pasò à la Galia á valerse de Cesar, y venia en su Exercito. Los Trinobantes se lo pidieron para que los governase, á lo que condescendiò Cesar, y mediante quarenta rehenes, y una porcion de trigo que le dieron, el Exercito Romano pasò por su territorio sin hacer daño alguno, y aun lo protegiò para que sus vecinos no se lo hiciesen. Otras cinco Naciones de las cercanìas viendo lo bien que se hallaban los Trinobantes con el partido que avian tomado de someterse, hicieron lo proprio, y aviendo dado noticia à Cesar de que la Capital de Cassivelauno no distaba de alli mucho, resolviò ir à atacarla. La Ciudad, como las demàs de la Isla, nada tenia de lo que entendemos por este nombre, porque los Britanos llamaban Ciudad à una porcion de bosque, ò monte defendido con un foso, y una muralla, en donde se metian con sus ganados para precaverse contra las correrìas del enemigo. Aunque la Plaza no dexaba de estàr bien fortificada por la naturaleza, y el arte, no hizo resistencia alguna; y aviendola asaltado Cesar por dos partes, el Rey es-

An. R. 698.
An. J. C. 54.

An. R... 698. An. J. C. 54. escapò por la opuesta con sus gentes, dexando en poder del vencedor sus ganados, que eran en lo que consistian todas sus riquezas. Cassivelauno intentò por ultimo recurso quemar la Flota Romana, y puso este encargo al cuidado de quatro Principes, que ocupaban el pais de Kant; pero saliò mal esta empressa, y quedò en ella prisionero Lugotorix, uno de los principales Gefes de los Isleños. Tan reiterados infelices sucessos, hicieron á Cassivelauno recurrir à la clemencia de Cesar, quien por mediacion de Comio, Rey de los Artesios, le concediò la paz, y despues de aver tomado rehenes de los Britanos, impuestoles un tributo, y tomado debaxo de su proteccion à Mandubracio, y los Trinobantes, se bolviò à la Galia con la gloria de aver mostrado à los Romanos la Gran Bretaña; pero no de averla reducido.

Tacit. Agric. n. 13.

Tampoco lo estaban los Pueblos de la Galia, porque aunque de dos años à aquella parte se mantenian en bastante quietud, el deseo de recobrar su libertad, era un fuego que no podia apagarse, y que se conservaba entre las cenizas. Este, y la distancia en que estuvo Cesar en las dos Campañas antecedentes, ocupado en sus Expediciones de la Germania, y de la Gran Bretaña, facilitò à los Galios el medio de concertarse, y tomar sus medidas para sacudir un yugo que sobrellevaban à mas no poder. Cesar ignoraba esta disposicion de los animos, y aviendo tenido su Asambléa, ò Cortes generales de la Galia en Samarobriva, (*Amiens*) dispuso poner sus Tropas en quarteles de hinvierno, no como los años antecedentes en que ponia juntas diferentes Legiones, sino cada una separadamente con su Comandante para la mayor comodidad de su subsistencia, y alivio de los Pueblos, porque la cosecha de trigo avia sido muy corta en aquel año,

y assi las fue repartiendo en diferentes cantones, aunque no muy distantes unas de otras. Aunque tenia resuelto passar à Italia, como todos los hinviernos, se detuvo mas de lo regular, hasta saber que sus Tenientes se avian aquartelado, y fortificado en sus respectivos destinos. Un sucesso inopinado le obligò à desguarnecer la Belgia de una de las Legiones que estaba aquartelada en esta Provincia, y este fue averse assesinado publicamente en el pais de los Carnutos, (*de Chartres*) à Tasgécio, Rey amigo, y Aliado de los Romanos, por lo que Cesar diò orden à Planco, que mandaba la expresada Legion, de transportarse con ella, y hinvernar en la Carnutia. An. R... 698. An. J. C. 54.

No avrian passado quince dias despues que las Legiones se avian sentado en sus respectivos quarteles, quando rebentò la mina que tenian oculta los Galios con la rebelion de los Eburones, Pueblos de *Liege* entre el Rhin, y la Meusa. Ambiorix, y Cativulco, Gefes, ò Reyes de esta Nacion, salieron à recibir como à amigos á Titurio Sabino, y à Aurunculeyo Cotta, á quienes embiò Cesar à aquel parage con la octava Legion, que era recien reclutada, y cinco Cohortes mas para sostenerla. Dieronles alguna provision de trigo; pero luego viendo divididos à unos soldados Romanos que avian ido à cortar leña, y faginas, cayeron repentinamente sobre ellos, los pasan à cuchillo, y vàn sobre la marcha à atacar el Campo, en donde yà estaba la Legion atrincherada. Rechazados con pérdida recurrieron al engaño, y à la perfidia, pues Ambiorix aviendo pedido, y obtenido que le embiasen à algun Romano con quien poder conferir, „ empezò à escusarse de lo „ hecho, culpando à su Nacion, que estaba tan „ poco subordinada à sus Gefes, que estos no „ podian contenerla en sus furiosos caprichos,

An. R... 698.
An. J. C. 54.

„ naciendo esto de la misma constitucion de su „ govierno, en que no tenian menos poder los „ vasallos, que sus Reyes. Refiriò uno à uno los „ beneficios que avia recivido de Cèsar; y añadiò, „ que en fuerza del agradecimiento, y de la amis- „ tad que profesaba à Sabino, no podia dexar de „ darles aviso de que todos los Galios se avian „ concertado para atacar à un tiempo, y en un „ mismo dia, que era el en que les hablaba, to- „ dos los quarteles de los Romanos, para que no „ pudieran socorrerse los unos à los otros; en cu- „ yo supuesto, y en el de que un Cuerpo de Ger- „ manos avia pasado el Rhin, y que estaria alli „ dentro de dos dias, reflexionasen en el peligro „ extremo à que se exponian de mantenerse todo „ el hinvierno en aquel quartèl, y en si les con- „ vendria mas retirarse, y ir à unirse con Labie- „ no, ò con Quinto Ciceron, que eran los Te- „ nientes mas inmediatos; en cuyo caso les asegu- „ raba con juramento la libertad del paso, lo „ qual haria con tanto mayor gusto, concluyò „ diciendo, quanto que hallaria en ello doble „ ganancia, una mostrando à Cèsar su agradeci- „ miento, y la otra aliviando à su pais de la in- „ comodidad de los quarteles de hinvierno.„

El discurso de Ambiorix fue causa de una contestacion de las mas vivas entre los dos Tenientes Generales por la oposicion de sus dictamenes. Cotta no queria que sin orden de Cèsar se dexase el quartèl en que los avia puesto; y añadiendo, „ que tenian provisiones para resistir à los Ger- „ manos à lo menos mientras pudieran ser socorri- „ dos de las Legiones que estaban en las inme- „ diaciones, concluyó diciendo, que de todo, lo „ peor, y mas mal pensado era seguir en una co- „ sa de la mayor importancia el consejo del ene- „ migo.„ Sabino al contrario, que daba entera

fé

fé à los discursos de Ambiorix, se empeñò en que partieran al instante para unirse con las otras Legiones; y esta diversidad de pareceres en los Gefes, dividiò igualmente à los Oficiales en el Consejo de Guerra que sobre este assumpto se tuvo; pero aviendose obstinado Sabino en el suyo por su desgracia, y hecho mil protestas en alta voz para que pudieran oìrlo los soldados que estaban de la parte de afuera, Cotta tuvo que ceder, y sobre la marcha se diò orden à la gente de disponerse para la partida desde el amanecer, y esto que ninguno avia dormido, porque las contestaciones duraron hasta la media noche. Hizose, como lo nota Cèsar, quanto se pudo para no poder quedarse con seguridad, ni defenderse con succeso en caso de que los atacasen en el camino. Unos soldados desmadejados con la falta del sueño no estaban en estado de hacer mucha resistencia; y ademàs de èsto, como iban confiados enteramente en las palabras de Ambiorix, marchaban en una sola fila muy larga, llevando consigo todo el bagage grueso. Los Eburones atentos à quanto pasaba en el Campo Romano, se emboscaron como à dos mil pasos de distancia del enemigo, al derredor de un valle por donde necesariamente tenia que atravesar, y luego que vieron dentro à los Romanos, que se metieron en èl imprudentemente, salieron sobre ellos, y los atacaron por el frente, y por la espalda. Sabino, que no lo esperaba, quedò enteramente cortado; lo que no succedió à Cotta, que como iba muy sobre sì, diò sus ordenes con mucha presencia de espiritu, haciendo al proprio tiempo oficios de General, y de soldado; pero como lo largo de la fila en que iban los soldados era embarazoso, porque no podia acudir con promptitud à todas partes, de acuerdo con Sabino les mandò, que aban-

An. R... 698.
An. J. C. 54.

An. R. 698. An. J. C. 54. abandonaſen ſus bagages, y que ſe formaſen en circulo para hacer frente por todas partes. Céſar obſerva, que eſte partido tenia grandes inconvenientes, porque era deſanimar à la gente, aumentar la confianza del enemigo, y dár lugar á muchos de dexar ſus pueſtos, para ir à buſcar entre el bagage lo que avian dexado de mas precioſo.

Ambiorix ſe portò como dieſtro General en eſte lance, y diò quantas providencias fueron neceſarias para deſtruir à los Romanos, proporcionandolas ſegun las ocurrencias, y evitando el empeñarſe cuerpo á cuerpo con ellos, porque para eſto no tenian los Galios reſiſtencia; pero con las continuadas deſcargas los iban deſtruyendo poco á poco. La Batalla avia durado de eſte modo deſde el amanecer haſta la octava hora del dia; y aviendo perecido en ella diferentes de los Oficiales mas bizarros de los Romanos, y el miſmo Cotta quedado herido de una pedrada que le dieron en la boca: Sabino, primera cauſa de aquel deſaſtre por ſu timida credulidad, acabò por el miſmo principio de darle la ultima mano. Aviendo diviſado à Ambiorix que animaba à los ſuyos, le embiò à pedir que tuvieſe compaſion, y dieſe quartèl á los Romanos. El Galio le reſpondiò, que ſi queria ir à conferenciar con èl, no avia embarazo alguno, y que deſde luego eſperaba que los ſuyos concedieſen la vida à ſus ſoldados; pero que por lo que tocaba à ſu perſona, deſde luego le daba ſu palabra de que no ſe le haria mal alguno. Sabino contra el dictamen de Cotta, que ſe negò à entrar en trato con el Barbaro, mientras eſte no dexaſe las armas de la mano, fue con algunos Oficiales à preſentarſe à Ambiorix, que le mandò echaſe pie à tierra, y rindieſe las armas. El Romano obedeciò, y mandó á los que lo ſeguian hicieſen otro tanto; pero el Principe Barbaro, que camimi-

minaba de mala fé, hizo durar la conversacion disputando sobre las condiciones, à fin de dàr lugar á sus gentes de cercar à Sabino, y à su comitiva, y despues de averlos hecho pasar à cuchillo con esta horrible perfidia, bolviò à cargar de nuevo à los Romanos, cantando la Victoria, y dando, segun su costumbre, espantosos halaridos. Desde este punto, mas que Batalla fue todo una carnicerìa: Cotta, y la mayor parte de los Romanos murieron defendiendose valerosamente hasta el ultimo suspiro, y los otros se retiraron ácia el Campo de donde avian partido. El que llevaba la Aguila la conservò hasta el pie de las trincheras, y aviendola echado dentro, bolvió cara à los enemigos, y peleò con la mayor bizarrìa hasta que lo mataron. Los restantes tuvieron tanto valor, que se estuvieron defendiendo hasta la noche; pero viendose sin esperanza de socorro, ni medio de escapar, se mataron los unos á los otros hasta el ultimo. Unos pocos que huyeron desde el campo de batalla, llegaron por distintos caminos al quartèl de Labieno, y le dieron la noticia de este triste succeso. An. R. 698. An. J. C. 54.

En tanto Ambiorix, que era hombre de habilidad, y de cabeza, para aprovecharse de su Victoria, pasó al territorio de los Aduaticos sus vecinos, y los sublevò contra los Romanos, y lo proprio hizo con los Nervios, á quienes persuadiò fuesen à atacar à Q. Ciceron, que tenia alli su quartèl, convocando à los Pueblos de su obediencia. Hicieronlo assi, juntaron un Exercito formidable, y marcharon con tanta promptitud contra Ciceron, que llegaron antes que à este se le huviera podido dár noticia del desastre de Sabino. La Cavalleria enemiga, que avia tomado la delantera, sorprehendiò à algunos soldados Romanos, que hallò en los bosques cortando leña; y, lue-

An. R... 698. An. J. C. 54. luego todo el Exercito fue à forzar el Campo de Ciceron; pero este los rechazò, lo mismo à la mañana siguiente, y en otros varios dias en que bolvieron al empeño. El primer cuidado de Ciceron fue escrivir à Cesar el peligro en que se hallaba; pero como todos los caminos estaban tomados por los enemigos, prendieron estos à todos los Correos que despachò, de suerte que por bastante tiempo se viò reducido al unico arbitrio que le sugeria su valor, y su habilidad, y experiencia militar. Puso en obra quantos recursos avia entonces para la fortificacion, y defensa de las Plazas, y en las obras que hizo en el Campo trabaxaban hasta los soldados heridos, y enfermos, sin dexarlo, ni de dia, ni de noche. Ciceron, aunque de una salud muy delicada, asistia à todo, animaba à la gente, y era menester que sus mismos soldados lo forzasen de tiempos en tiempos à tomar algun descanso. Ambiorix viendo que eran inutiles sus intentos de forzar el Campo Romano, quiso probar de nuevo el artificio, que tan bien le avia salido con Sabino; pero Ciceron no se dexó engañar, ni dió oidos à proposicion alguna de las que le hizo. Perdido este juego, los Nervios emprehendieron encerrar á los Romanos entre lineas, dando al foso quince pies de profundidad, y once de altura à la trinchera. La obra para ellos era nueva; pero avian tomado la idéa en las guerras antecedentes contra Cesar, y los prisioneros Romanos que tenian, les sirvieron de Ingenieros. Como les faltaban herramientas, suplieron la falta lo mejor que pudieron, cortando las ramas, y boxes con sus espadas, meneando la tierra con las manos, y llevandola en sus vestidos, porque no tenian otros carros, ni espuertas. Con todo era tanto su numero, que en menos de tres horas concluyeron sus lineas, que tenian quince mil pa-

pasos, ò cinco leguas de ambito; y ademàs de esto hicieron otras obras, y maquinas à imitacion de las que avian visto à los Romanos. An. R. 698 An. J.C. 54

Advirtiendo los sitiadores, que los enemigos estaban aloxados en barracas cubiertas de paja: para pegarlas fuego, aprovechandose de un viento muy recio que se levantò al septimo dia del ataque, empezaron à disparar valas de greda encendida, y dardos ardiendo, que causaron el efecto que deseaban. Al proprio tiempo dieron un asalto general al Campo; pero el valor, y constancia de los Romanos fue tal, que sin hacer caso de las llamas que los cercaban, ni de todos sus bagages, y efectos, que se estaban quemando, se mantuvieron todos firmes en sus puestos, y muy raro bolviò la cabeza atrás para vèr lo que pasaba. Una heroicidad tan grande quedò recompensada con el succeso feliz que podian apetecer; y si aquel dia fue el mas recio, y arriesgado para los sitiados, tambien los enemigos perdieron mucha mas gente que en los antecedentes. En esta ocasion dos Centuriones, llamado Pulfio el uno, y Vareno el otro, que continuamente disputaban entre sì el premio del valor, hicieron una hazaña, que Cèsar no ha querido pasar en silencio, por ser un exemplar bien particular de lo que puede la emulacion del honor. En lo mas recio de la peléa Pulfio desafiò à Vareno à hacer prueba contra el enemigo de su bizarria, para que en aquel dia quedase decidido quál de los dos era el mas valiente; y diciendo, y haciendo sale de su trinchera, acomete à un grueso de enemigos, mata à uno de ellos; pero en breve se viò solo en medio de todos ellos expuesto à morir, ò quedar prisionero. Vareno lleno de emulacion lo iba siguiendo poco à poco, y viendolo metido en aquel apuro, se arroja sobre los enemigos, y lo desem-

An. R... 698. An. J. C. 54. baraza; pero de alli á poco se viò metido en el proprio riesgo que su competidor, quien igualmente lo sacò de èl; y assi uno à otro se dieron la vida, y la disputa se quedò como antes en pie.

La defensa se hacia cada dia mas dificultosa, por causa de los muchos heridos, y César nada sabia de lo que pasaba, porque se avian interceptado por los enemigos todas las cartas de Ciceron. Finalmente un Galio esclavo, con seguro que se le diò de dárle libertad, se encargò de una carta, pasò por entre los enemigos sin que estos nada recelasen, y la entregò à César, que no debia de estár muy distante de alli. Nada es mas digno de admiracion, que la promptitud, y eficacia de este General, comparable à la del rayo. Recibiò la carta de Ciceron una hora antes de ponerse el sol, y inmediatamente despachò à M. Crasso, que estaba en el pais de los Belovacos, para que à la media noche se pusiera en marcha con la Legion que mandaba, y viniera à unirsele: á C. Fabio que hinvernaba en el territorio de los Morines, para que con la suya saliera al camino; y á Labieno à fin de que con la gente de su mando entrasse en las tierras de los Nervios. El mismo juntò como quatrocientos cavallos, y à la mañana siguiente à la tercer hora del dia, sabiendo que Crasso llegaba se puso en marcha, y anduvo cerca de siete leguas sin parar. Encontrò á Fabio en el camino en el parage que le avia señalado; pero Labieno no pudo dexar su puesto, porque los de Treveris animados con la victoria de Ambiorix, se disponian para atacarlo; de todo lo qual diò cuenta à César, y al mismo tiempo la primera noticia del desastre de Sabino. César sin embargo, y de que no tenia consigo mas que dos Legiones, y estas no completas; siguió su marcha, persuadido à que lo prompto del socorro era lo esencial en igua-

les

les circunstancias. Despachò por delante à un soldado de Cavalleria Galio, con una carta para Ciceron escrita en Griego, por si caìa en manos de los enemigos, en que daba noticia de su llegada; y previno al soldado, que en el caso de no poder llegar al Campo, atase la carta en un dardo, y lo disparase, como assi lo hizo, y se fixó por casualidad en un torreon, en donde al cabo de dos dias la descubriò un soldado, y la llevò à Ciceron, quien inmediatamente la leyó en público, y su contexto llenò de alegria à todos los soldados. Al proprio tiempo descubrieron el humo que salia de las Aldèas vecinas quemadas por Cèsar, lo qual no les dexò duda en quanto à que el socorro estaba cerca. An. R... 698. An. J. C. 54.

Los Galios tuvieron la misma noticia por sus batidores, y dexando à Ciceron, fueron al encuentro de Cesar, con todo su Exercito, que pasaba de sesenta mil hombres. Ciceron dió luego aviso de ello à su General, y éste à la mañana siguiente descubriò à los enemigos, por lo que determinò sentar su Campo en el mismo parage en que estaba, resuelto, aunque con fuerzas tan desiguales como las suyas, porque apenas tenia siete mil hombres en sus dos Legiones, à atacar à los Galios, si no conseguia engañandolos empeñarlos á que ellos lo atacasen. Para este efecto tirò à hacerse despreciable, estrechando quanto le fue posible su Campo, que por su naturaleza era preciso que estuviese reducido, respecto de la poca gente que tenia, y de que no llevaba bagages; y aparentando en el exterior, que tenia mucho miedo, à cuyo efecto hizo levantar sus trincheras mas de lo regular, cerrar con mucho cuidado las puertas de su Campo; y aviendose acercado la Cavalleria Galia à desafiar à los Romanos, la de estos se retirò afectando mucha timidéz, y cuidado. Los Barbaros engañados

An. R... 698. con toda esta apariencia, pasaron un arroyo qūe
An. C. J. 54. dividia un valle por donde venian, y llenos de presumpcion fueron à atacar el Campo Romano, sin advertir, que el parage no les era ventajoso. Yá iban à cegar el foso, y forzar la trinchera, quando Cèsar haciendo de repente una salida general por todas las puertas de su Campo, puso en tal consternacion à los Barbaros, que à los primeros lances los desvaratò enteramente, y puso en fuga despues de averles muerto mucha gente. Tan prudente, como diestro General, no quiso empeñarse en seguir el alcance al enemigo por causa de los bosques, y pantanos de que estaba cubierta toda aquella tierra, conociendo, que en la poca gente que consigo tenia, qualquiera descalabro podia serle muy funesto; y assi, sin aver hecho pérdida alguna, libertò del riesgo á Ciceron, y se uniò con él. Causóle mucha admiracion ver las obras, torres, y lineas de los Barbaros; y aviendo despues pasado revista à los soldados, hallò que apenas avia diez sin heridas, lo qual le hizo conocer lo grande que avia sido el riesgo, y lo vigoroso de la resistencia. Diò muchas alabanzas al Comandante, y á la Legion, y muy particulares muestras de estimacion, y de afecto à los Oficiales, que le dixo Ciceron, se avian distinguido, sabiendo quan poderosas, y eficaces son estas à tiempo para animar al soldado, à quien punza el honor; y que un Exercito se hace invencible con un General que sabe estimar, y recompensar el merito.

Entonces fue quando supo con formalidad todas las circunstancias de la desgraciada suerte de
Suet. Cæs. 67. Sabino, y de Cotta, cuya noticia le causó un dolor muy acerbo, tanto, que segun Suetonio se dexó crecer la barba, y el pelo, lo qual era entre los Romanos señal de luto riguroso, y que no se la quitò hasta que vengò la sangre vertida de tanto va-

valiente ſoldado: de que reſulta, que el duelo de César durò à lo menos haſta el fin de la Campaña ſiguiente. A Fabio lo bolvió à embiar à ſu quartel de los Belovacos, y él en perſona ſe eſtableciò en las cercanias de Samarobriva (*Amiens*) con tres Legiones diſtribuidas en tres diſtintos quarteles, poco diſtantes uno de otro, renunciando por aquel hinvierno à paſar à Italia, ſegun lo tenia de coſtumbre, porque las circunſtancias en que eſtaban las coſas no ſe lo permitian. Toda la Galia eſtaba en movimiento, penſando en una rebelion general. Los Senoneſes echaron à ſu Rey Cavarino, porque era amigo de los Romanos, no aviendo logrado matarlo, como lo intentaron. Los Carnutos avian, como queda antes dicho, aſſeſinado al ſuyo, llamado Taſgécio. Los Armoricos, eſto es los Pueblos que habitaban la coſta del mar, deſde la boca de la Loara haſta la de la Sena, trabaxaban en renovar la Liga, que tres años antes avia quedado diſipada. Los Nervios, Eburones, y los de Treveris eſtaban en armas; y finalmente, à excepcion de los Eduenos, y Rhémoeſes, que ſe mantenian conſtantes en la amiſtad, y alianza de los Romanos, todos los demàs Pueblos de la Galia, ò avian entrado, ò ſe diſponian para entrar en la rebelion. Los de Treveris fueron los primeros que ſe puſieron en movimiento, y Induciomaro ſu Rey, ſin embargo de que no pudo perſuadir à los Germanos á que paſaſen el Rhin en ſu ayuda, lleno de impaciencia fue à buſcar ſu perdicion, atacando los quarteles de Labieno. Eſte Romano encargò à ſus ſoldados, que todos ſus tiros los dirigieran contra el miſmo Induciomaro, y que no ſe detuvieran en herir à ningun enemigo haſta que conſiguieran matar à ſu Rey, como con efecto lo lograron, aviendo hecho ſobre èl una ſalida general. Muerto Induciomaro todo ſu Exercito ſe diſi-

An. R... 698.
An. J. C. 54.

pò

pó, y despues de esta Victoria estuvo la Galia mas quieta en lo restante del hinvierno.

An. R... 699.
An. J. C. 53.

CN. DOMICIO CALVINO. (*)
M. VALERIO MESSALA.

CEsar para reparar la pérdida de la Legion, y cinco Cohortes de Sabino, hizo nuevas reclutas en la Galia Cisalpina, y aun pidiò à Pompeyo le embiase las que avia hecho durante su segundo Consulado, respecto de que no le servian, à que condescendió aquel Romano: hecho de que se quexó Caton en el Senado, haciendo vèr las perniciosas consequencias que podian seguirse de esta libertad, que se tomaban algunos particulares de disponer à su arbitrio, y sin pedir licencia de las fuerzas de la Republica, sin embargo de que no hay duda en que era conveniente al servicio de esta el aumento del Exercito de Cèsar, porque los Galios sin embargo de la derrota, y muerte de Induciomaro persistian en su rebelion, y aun consiguieron por fin à puras instancias, que los Germanos les embiasen un socorro de gentes. Por estas razones Cèsar se diò prisa à abrir la Campaña, y sabiendo que los Nervios, y Naciones convecinas estaban en armas, tomando las quatro Legiones que estaban mas immediatas de aquella tierra, entrò en ella, la talò toda, y forzò à aquellos Pueblos à someterse le, y darle rehenes. Hecho esto, convocò una Asambléa general de la Galia Celtica; pero viendo que los Senoneses, y Carnutos no avian embiado sus Diputados, la suspendiò, y transfiriò à Lutecia, (*Paris*) cuyos habitantes, aunque unidos con los Senoneses de muchos años à aquella parte, no parece que la tenian en la rebelion. En el mismo dia que hizo pública esta resolucion, partiò, y hizo tanta diligencia, que cogiò desprevenido à Accon, Gefe de los Senoneses, de suerte que este no tuvo otro remedio, que

(*) Estos Consules no tomaron posesion hasta el mes de Julio, como lo dirèmos en adelante.

Plut. in Cat.

que el de recurrir à la clemencia de Céſar, quien por mediacion de los Eduenos ſus clientes, los perdonó, y pidiò cien rehenes, porque activo haſta no mas, no quiſo detenerſe en hacer averiguacion de los culpados en la rebelion. Los Carnutos acobardados al vèr la prompta, y ineſperada llegada de los Romanos, ſe ſometieron igualmente, y obtuvieron gracia por interpoſicion de los Rhémoeſes, deſpues de cuya Expedicion marchò Céſar à Paris, tuvo las Cortes generales de los Eſtados de la Galia Céltica, y les mandò le dieſen un Cuerpo de Cavalleria. An. R... 699. An. J. C. 53.

Empezaba entonces la primavera, y Céſar contemplando que la Céltica quedaba pacificada, ſolo pensò en los preparativos de la guerra contra los de Treveris, y Ambiorix, ſiendo el empeño principal contra eſte ultimo, para vengar con ſu muerte, y con la deſtruccion de la Nacion de los Eburones à las Cohortes Romanas con que ellos avian acabado. Para el logro de ſu intento, y quitar à Ambiorix los recurſos que ſupo Céſar tenia para mantenerſe en ſu rebelion, embiò dos Legiones à Labieno al pais de Treveris con todos los bagages, mandandole contuvieſe, y eſcarmentaſe à aquellos Pueblos por cuyo medio el Rey Barbaro ſe correſpondia con los Germanos, y èl en perſona marchò contra los Menapios, Nacion feroz, y indomita, de quien Ambiorix era hueſped, y amigo, y que metida entre ſus boſques, y pantanos creìa burlarſe, como lo avia hecho anteriormente, de los eſfuerzos de los Romanos. Céſar entrò en ſu territorio quemando, y talando quanto encontrò al paſo, y el daño que hizo fue tal, que forzò à los Menapios à pedirle la paz, que les concediò à condicion de que no recivieſen à Ambiorix, ni Diputado de ſu parte, declarandoles que ſi lo hacian los trataria como à enemigos. Dexò à

Co-

An. R... 699. An. J. C. 53. Comio con un Cuerpo de Cavalleria para contenerlos en su deber, y marchò à reducir à los de Treveris; pero no halló què hacer, porque yà Labieno avia concluido esta Expedicion con su valor, y buena conducta. Este Teniente General engañò à los enemigos haciendoles creer, que se iba retirando, para atraherlos al parage en que los avia menester, y luego bolviendo cara, y atacandolos intempestivamente, ganò sobre ellos una Victoria completa. El Pueblo de Treveris consternado, y abatido con este golpe, que fue de los mas recios que avia recivido, se sometiò à la dominacion Romana. Los Germanos que venian à su socorro, aviendo sabido la derrota, repasaron el Rhin, y se bolvieron à su tierra con toda la familia de Induciomaro, por lo que los Romanos constituyeron en Gefe, y Rey de la Nacion à Cingétorix, en recompensa de la constante fidelidad con que los avia siempre servido.

Viendo Cèsar á su llegada que todo estaba hecho, determinò pasar segunda vez el Rhin, como lo hizo, construyendo un puente como la vez primera, assi para castigar à los Suevos, que eran los que avian venido à socorrer à los de Treveris, como para escarmentar de tal manera à esta, y otras Naciones de la Germania, que no las quedase gana de abrigar, ni socorrer à Ambiorix. A su llegada los Suevos se metieron tierra adentro, y lo esperaron en buena disposicion en la entrada de un bosque, que llamaban Bacenides. (*) Cèsar dice temió si iba à los Suevos hallarse falto de viveres, porque los Germanos cultivaban poco, y con mucha negligencia sus campos; à que se debe añadir, que no quiso empeñarse mucho en un pais enemigo, desde donde podia la retirada hacerse aventurada, y dificil. Por estas causas se bolviò à la Galia; pero para tener en brida à los Ger-

(*) Celario cree ser el que hoy tiene el nombre de Hartz, en la Saxonia Baxa, en el Principado de Volfembutel.

ma-

manos, no rompiò enteramente el puente conſtruído, ſino es como unos ducientos paſos de la parte que unia à la orilla Germanica, y para cuſtodia de lo reſtante hizo levantar ſobre èl una torre de quatro altos, y dexò en ella doce Cohortes al mando de un Oficial General. Como no le quedaba mas guerra que la de los Eburones, de quienes queria vengarſe, y eſpecialmente de Ambiorix, cuya perſona deſeaba aver à las manos, para ſorprehender à eſte Galio, cuya deſtreza, y habilidad en la guerra era de temer, deſpachò con toda la Cavalleria á Minucio Baſilo, y le diò orden de que atraveſando con toda diligencia los Ardennas, y ocultando en quanto fueſe poſible ſu marcha, ſe echaſe ſobre las tierras de Ambiorix antes que ſe pudiera tener noticia de ſu llegada. Baſilo lo executò como ſe le avia mandado, y por poco no hizo priſionero al Galio, que ſupo eſtaba retirado en una caſa cercada de un boſque. Eſte fue el que lo ſalvò, porque mientras que ſu Guardia pudo detener á los Romanos en un camino muy eſtrecho, tomó un cavallo, y eſcapò, dexando en poder del enemigo ſus carros, ſus cavallos, y todos ſus equipages. Viendo la tempeſtad que iba à deſcargar en ſu tierra, tomò el unico partido à la ſazon conveniente, que fue mandar à los Eburones, que cada uno penſaſe en ſu propria ſeguridad, porque no era poſible juntar Exercito capàz de reſiſtir à todas las fuerzas unidas de Céſar. En conſequencia de eſta orden, los Eburones ſe retiraron cada uno donde pudo, dexando abandonada toda la tierra llana. Cativulco, que reinaba juntamente con Ambiorix, viendoſe impoſibilitado por ſu edad abanzada, y achaques de reſiſtir à las fatigas de la guerra, tomó veneno, y eſpirò maldiciendo de ſu compañero, que lo avia metido en una empreſa tan funeſta. An. R... 699. An. J. C. 53.

An. R... 699.
An. J. C. 53.

El intento de Céſar era acabar enteramente con los Eburones; pero la dificultad eſtaba en encontrarlos. Determinò dividir ſus Tropas, y empezò por depoſitar todos ſus bagages en el Fuerte de Atuatica, (*) ſituado en el corazon del païs, lugar de los deſgraciados quarteles de Sabino, y de Cotta. Como las obras no eſtaban del todo arruinadas, creyò ahorrar trabaxo à la Legion que dexò en ella, que era una de las ultimamente reclutadas en Italia, y de ſu mando, y del Fuerte quedò encargado Q. Ciceron, à quien previno que al ſeptimo dia eſtaria de buelta. Tomò para sì tres Legiones, diò otras tres á Labieno, y tres à C. Fabio, y eſtos tres Cuerpos repartidos por tres diferentes Cantones, hicieron increìbles daños en todo el païs de los Eburones; pero como eſtos eſtaban eſparcidos en diverſas partes, eſcapaban à ſu venganza. Como para penetrar haſta donde eſtaban era preciſo paſar por parages incomodos, y arrieſgados, Céſar para conſeguir ſu fin ſin aventurar, ni exponer ſu gente, hizo publicar entre las Naciones vecinas, que daba franca libertad à todos los que quiſieran ir á pillar, y talar las tierras, y habitaciones de los Eburones. Eſtos nuevos enemigos como conocian todas las entradas, y ſalidas del terreno, tenian mas proporcion de hacer el daño, que no podian los Romanos, y ſi perecian, poco, ò nada perdia Céſar. Eſte combite, ò licencia que ſe diò à los Pueblos circunvecinos, fue cauſa de un acaecimiento de los mas extraordinarios, y que hace vèr de quánta importancia es en el tiempo de guerra no deſcuidarſe, y eſtàr ſiempre alerta. Entre los Pueblos que acudieron con el cebo del deſpojo facil, y ſeguro que ſe les ofrecia, los Sicambros, Nacion Germanica, paſaron el Rhin en barcas en numero de dos mil cavallos, pillaron à los Eburones, y robaron quantos ganados

(*) Tongres en el païs de Lieja. Los Aduaticos, de quienes antes hicimos mencion, era uno de los Pueblos, ò Cantones de los Eburones, y ſu Capital *Namur*, ſegun varios Geographos.

dos encontraron. Estando en esto, uno de los prisioneros les dixo, que hacian un desatino en andarse fatigando tras un despojo infelìz, y que nada valia, quando en tres horas de tiempo podian llegar à Atuatica, y apoderarse de todos los bagages, y riquezas del Exercito Romano; y para animarlos à ello les añadiò, que Cèsar estaba muy distante de alli, y que el numero de los Romanos que avian quedado para custodia, y defensa de los bagages era tan corto, que ni aun à salir de sus trincheras se atrevian. Los Sicambros no huvieron menester mas, y sobre la marcha siguieron el consejo. An. R... 699. An. J. C. 53.

Era precisamente el septimo dia de la partida de Cèsar, y en el que segun lo que dexò prevenido debia bolver; pero Ciceron, que hasta entonces avia cumplido puntualmente la orden, que le avia dado su General, y que en su consequencia à nadie avia permitido salir de las trincheras, hallandose sin noticia de èl, y sabiendo que se avia metido tierra mùy adentro en el pais enemigo, creyò que no bolveria tan presto; por lo qual, fatigado de oìr las quexas de los soldados, porque los tenia encerrados, y pareciendole que era bueno tener trigo con que hacer à sus soldados la reparticion de raciones, que justamente tocaba aquel dia, embiò cinco Cohortes à segar un sembrado, que distaria tres mil pasos del Campo. En este preciso instante llegaron los Sicambros, y llenaron de susto, y consternacion á los Romanos que avian quedado en las trincheras. Veìanse la mitad de su numero, y fuera de èsto, como el ataque de aquellos Barbaros era tan intempestivo, y contra lo regular, conceptuaban que Cèsar debia de aver quedado destruido, porque de lo contrario no se huvieran atrevido à cometer semejante insulto; y al tenor de esta eran todas sus demàs

An. R... 699. reflexiones. No obstante huvo algunos que acu-
An. J. C. 53. dieron, y defendieron vigorosamente la puerta del Campo por donde se presentaron los enemigos, y entre otros hace César particular mencion de un viejo Capitan llamado Sextio Baculo, quien aunque enfermo à la sazon, y que no avia comido en cinco dias, se levantó como pudo, fue arrastrando à la puerta amenazada, y aviendo con su exemplo animado à los Capitanes de la Cohorte que estaba de guardia, contuvo aquel primer impetu de los Barbaros, y diò lugar á que los soldados se recobrasen de su primer susto. Los Sicambros no pudieron forzar las puertas, y mucho menos las trincheras, porque como no sabian atacarlas, estaban por su naturaleza suficientemente defendidas. En este tiempo se descubrieron los forrageadores Romanos, y los Barbaros creyendo que era el Exercito de César, dexaron el ataque del Campo; pero descubriendo luego la cortedad de su numero se echaron sobre ellos, y tiraron à cogerlos en medio para acabar con ellos. Los soldados veteranos que iban entre esta gente, tomaron su partido de romper por medio de los enemigos para llegar à su Campo; pero los bisoños, y que jamás se avian visto en lance semejante, empezaron à titubear; y como con la turbacion, y poca experiencia hicieron varios movimientos contrarios los unos à los otros, muchos perecieron á manos del enemigo. Los restantes animados con el valor, y exemplo de sus Capitanes, todos gente experimentada, acreditados por sus hazañas, y escogidos por esta causa por César, abrieron paso, y entraron por fin en sus trincheras. Los Sicambros perdida entonces la esperanza de forzarlas, recogieron el despojo que antes avian ganado, repasaron el Rhin, y se bolvieron à su tierra. Entrada la noche, llegò Volusèno con toda la Ca-

Cavalleria del Exercito, y tras èl Céſar, quien informado de lo que avia paſado, ſe quexò de que no ſe huvieſen cumplido literalmente ſus ordenes; bien que no dexò de admirarle el capricho de la fortuna al vèr que una Nacion, que avia venido expreſamente contra Ambiorix, huvieſe ſervido à éſte, como ſi la huviera llamado para que la ſocorrieſe, y ayudaſe. An. R... 699. An. J. C. 53.

En todo el reſto de eſta Campaña, Céſar acabó de aniquilar à los Eburones, porque los fue eſtrechando de tal ſuerte, que los que no perecieron à manos de ſus enemigos, eſtaban reducidos à morir de hambre en ſus retiros. Solo Ambiorix pudo eſcapar, y ſin mas compañia que la de quatro cavallos, y no parando caſi en ninguna parte, burlò todas las aſechanzas de los que lo buſcaban, ò por odio que le tenian, por intereſes de las recompenſas ofrecidas por Céſar al que lo entregaſe, ó por tener la ſatisfaccion de complacer à eſte General, que deſeaba con anſia averlo á las manos. Concluìda eſta Expedicion, Céſar conduxo ſu Exercito á Durocortorum, Capital de los Rhemoeſes, y aviendo convocado una Aſambléa general de la Galia, hizo ſu cauſa à los motores de la rebelion de los Senoneſes, y Carnutos. Accon convencido de aver ſido el principal autor, fue condenado à muerte, y executado ſobre la marcha. Otros varios que temieron la miſma ſuerte, ſe huyeron, y Céſar los condenò à deſtierro. Hecho éſto, diſtribuyò ſus Legiones en quarteles, dos en las fronteras de Treveris, otras dos en el pais de Langres, y ſeis en el de los Senoneſes, deſpues de lo qual bolviò à Italia para viſitar la Galia Ciſalpina; pero el orden chronologico de los hechos nos obliga á dexar aquí á Céſar por un rato, para paſar á Oriente, y dàr cuenta de la infeliz Expedicion de Craſſo en la Parthia.

§. II.

§. II.

ORIGEN DE LOS PARTHOS, SUS USOS, y costumbres. Expedicion de Crasso contra ellos, y lo ocurrido desde sus principios hasta su desgraciada muerte. Esta fue funesta á la libertad de Roma. Muerte de Julia, hija de César, y muger de Pompeyo. Varias ocurrencias, y disensiones en Roma. Muerte de Clodio asesinado por Milon. Tercer Consulado de Pompeyo. Condenacion de Milon, con lo demàs que ocurriò hasta la septima, y octava Campaña de César en la Galia.

An. R... 699.
An. J. C. 53.

ANtes de empezar à referir la funesta Expedicion de Crasso contra los Parthos, serà bien demos alguna noticia del origen, y costumbres de una Nacion, que fue para el Imperio Romano una barrera invencible, y que detuvo el curso de sus Conquistas por el Oriente. Yà se ha ofrecido antecedentemente mas de una vez el hacer mencion de los Parthos; pero ahora es realmente quando su Historia empieza à hacer un papel de importancia en la de los Romanos. Los Parthos eran originarios de la Scithia, de donde aviendoseles echado, tuvieron que buscar en otra parte un establecimiento seguro, y tranquilo. Su mismo nombre era la prueba de su origen, y contenia en algun modo su Historia, si es verdad, como lo refiere Trogo Pompeyo, que en Idioma Scithico significa *echado*, ò *desterrado*; y la semejanza de sus costumbres con la de los Scithas, dàn à este sentir toda la verosimilitud, que se puede encontrar en unos hechos tan antiguos, y retirados de nuestros tiempos. El terreno que ocupaban yace al medio dia de la Hircania, y to-

ca

ca à la Media por el occidente, pais estrecho, y mucho mas ingrato, porque casi se reduce à montañas aridas, y llanuras arenisças: de suerte que en su clima se experimentan los rigores contrarios de dos estaciones del año, un frio violento en las montañas, y un calor excesivo en los llanos, y por consequencia es un temperamento muy desagradable, pero proprio para endurecer el cuerpo, y acostumbrarlo à aguantar todas las fatigas de la guerra. An. R... 699. An. J. C. 53.

Por espacio de muchos siglos estuvieron los Parthos enteramente desconocidos, y apenas en el tiempo de los Imperios de los Asirios, de los Medos, y Persas, y de los primeros Reyes Macedonios de Siria, se hace mencion de esta Nacion. En el año del mundo de 3756. antes de Jesu-Christo de 248. empezaron los Parthos à hacer figura, porque mientras Antiocho, por sobrenombre *Thèos*, se hallaba empeñado en sus guerras contra el Egipto, se le rebelaron varias Provincias del Oriente, y entre ellas la Parthia, como lo diximos en el Tomo VIII. de esta Historia. Arsaces, que levantò esta Nacion, y que fue su primer Rey, transfiriò al tiempo de su muerte la Corona à su hijo Arsaces, con quien Thèos hizo la paz, confirmandolo en el Reyno que su padre avia usurpado, como tambien lo diximos en el lugar citado; y del nombre del fundador se llamaron sus descendientes Arsacidas. Estos dos Principes, y sus sucessores todos de genio guerrero, y ambiciosos de gloria, ensancharon los limites de su Imperio en las continuadas guerras que tuvieron contra los Reyes de Siria, cuyo poder iba en decadencia, y contra los Scithas, Bactrianos, y Armenios, de suerte, que con las Conquistas que hicieron sobre estas Naciones, cogia en el tiempo de Craso todas las Provincias comprehendidas entre el Pag. 358. y 374.

An. R. 699. el Oxo, y el Euphrates. Eran sus Capitales la Ciu-
An. J. C. 53. dad de Ctesiphon sobre el Tigris, y Ecbatana en la Media, y los Reyes de la Parthia pasaban el hin-
Strab. lib. 16. p. 743. vierno en la primera, y el verano en la segunda, ò en la Hircania.

Las costumbres de esta Nacion dieron à entender en los principios la ferocidad de su origen, y de lo recio del clima que habitaban; pero despues aviendo conquistado paises amenos, y delicioso, las riquezas, y las delicias, enervaron sus animos, y sus cuerpos: la profusion de sus vestidos llegó à ser muy estraña, y excesiva; y mucho mayor su inconstancia. De esta se puede hacer con-
Plut. in Crass. cepto por Suréna, vencedor de Crasso, pues para la conducion de sus bagages trahia en el Exercito mil camellos, y ducientos carros llenos de sus concubinas. El serrallo del Rey era sin duda mucho mas grande, y compuesto de mugeres de todas Naciones, que no tenian mas merito que el de su hermosura; y assi aquellos vanos Arsacidas, à quienes hinchaba tanto su origen paterno, solian tener por madres las mugéres mas indignas. Por lo demàs la suerte de estas era con corta diferencia entonces, lo que hoy en aquellos paises orientales, porque vivian en un duro cautiverio, encerradas debaxo de llave, y totalmente separadas de la comunicacion con hombres. La armadura, y modo de pelear de los Parthos en la guerra era el mismo que el que avian sacado de la Scithia, á excepcion de los cavallos bardados al modo de los Persas sus vecinos, que los dominaron mucho tiempo, y de quienes parece tomaron esta costumbre. Sus demás Tropas no tenian casi mas armas ofensivas, que el arco, y la flecha, y siem-
Horat. Od. I. v. 19. & II. v. 13. pre peleaban à cavallo. Todos saben que no eran menos temibles en la fuga, que quando hacian frente al enemigo, y eran perfectamente diestros

en

en disparar sus flechas huyendo, y los tiros eran tanto mas seguros, quanto que el enemigo los iba siguiendo sin recelo. An. R... 899. An. J. C. 53.

Los Parthos estaban continuamente á cavallo, porque se servian de èl no solamente en la guerra, sino tambien en sus Ciudades, porque no salian de casa sino montados para qualquiera cosa que se les ofreciese, yà de dependencia, visita, ó paseo, y ni aun para conversacion se desmontaban. Entre ellos, y sus esclavos no avia mas diferencia, que la de que los primeros iban siempre à cavallo, y à pie los segundos; bien que esto era solo en el tiempo de paz, porque en el de guerra estaban igualmente montados que sus amos; y sus Exercitos, que todos consistian en Cavalleria, casi no se componian mas que de esclavos. El numero de estos era extraordinario, y siempre iba en aumento, porque los dueños no tenian arbitrio para darles libertad, y assi cuidaban tanto de ellos, como de sus proprios hijos, y les enseñaban à montar á cavallo, y disparar el arco. Los ricos, y Grandes del Reyno andaban à porfia sobre quál daba mas esclavos para la guerra, de suerte que quando Marco Antonio la hizo à esta Nacion, de cinquenta mil cavallos de que se componia el Exercito de los Parthos, solo avia quatrocientos hombres libres, segun refiere Trogo Pompeyo. El caracter de esta Nacion le pinta el mismo Autor con unos colores, que no dàn de ella una idéa muy ventajosa. Soberbios, sedicioso, igualmente insolentes, y fraudulentos, tienen la mansedumbre por virtud mugeril, y segun ellos, en la violencia consiste la gloria de los hombres. En perpetua inquietud, no pueden vivir sin guerras estrangeras, ò turbulencias domesticas. Son naturalmente taciturnos, mas adequados para executar, que para hablar, y ni las prosperidades, ni las desgracias los sa-

An. R... 699. An. J. C. 53. sacan de su triste silencio. No obedecen á sus Reyes por obligacion, y afecto, sino por temor: desenfrenados en el vicio, parcos en la comida; y finalmente ninguna fé en sus palabras, y en sus promesas, sino es en quanto hallan en ellas su interès. A esto debemos añadir por ultimo rasgo de su caracter, que el furor de reynar produxo en la familia Real los delitos mas execrables, y nada es mas frequente en la Historia de los Arsacidas, que el vèr Reyes detronados, y assesinados por sus parientes, por sus hermanos, y por sus hijos. Orodes, que reynaba en la Parthia quando la Expedicion de Crasso, mató primeramente á su padre Phraates, como se dixo antes, y luego á su hermano Mithridates, que lo avia ayudado à cometer este infame parricidio; pero yá es tiempo de que bolvamos à Crasso.

Plut. in Crass. Dio. lib. 11. Este Romano partiò de Roma, y aun de Brundusio con mil supuestos presagios de desgracias que le avian de succeder, y cargado de maldiciones que le echaron muchos Romanos; pero ningun caso hacia de estos obgetos de la superstticion popular, y este desprecio le fue perjudicial. Crasso, que avia cultivado sus potencias con el estudio de la Philosophia, estaba tan intimamente persuadido de que eran despreciables todos estos signos imaginarios de la colera celeste, que parecia suponer, que todo el mundo pensaba como èl. En esta Historia se advierten varios exemplares de Generales à quienes una nimia credulidad por las ridiculas observancias de su Religion, hizo mucho daño. En Crasso fue todo lo contrario, y como sus soldados estaban imbuidos de todas aquellas especies supersticiosas que trahian desde Italia, las quales no tuvo su General cuidado de desvanecerles, los temores, y los recelos fueron creciendo de tal suerte, que todo el Exercito estaba acobar-

bardado. Este cuidado le huviera sido tanto mas provechoso, quanto que la guerra que hacia à los Parthos era manifiestamente injusta, lo qual movia à creer, que tendria contrarios á los Dioses. No avia causa legitima para hacersela, ni tenia orden para ello del Senado, ò de la Plebe; pero yà hemos notado en otra parte, copiando à Plutarco, que Crasso en su conducta particular estimaba en poco lo verdadero, ò lo falso, lo justo, ò lo injusto, y que ni aun sabia en este punto dorar el exterior para salvar las apariencias. Este modo de pensar le llevó à una empresa en que metia à toda la Republica, y cuyas resultas podian ser muy funestas, sin considerar que los Parthos estaban entonces en paz con Roma, y que ningun motivo avian dado para romperla; pero para èl lo era bastante saber que podia ganar nombre, y riquezas. Saliòle su intento muy al contrario de lo que pensaba, porque la Divina Providencia, que muchas veces suele castigar à los injustos en esta vida, le deparò una muerte funesta, y vergonzosa, en donde pensó encontrar un aumento de honor, y de poder. Imbuìdo de su empresa se cegó enteramente, y ni aun advirtiò que su edad, porque pasaba entonces de sesenta años, y representaba muchos mas, no estaba para aguantar unas fatigas tan grandes como en las que se metia, fuera de los riesgos que era preciso pasar. Sobre este asumpto el Rey Déjotaro le hizo una advertencia, à que el mismo Crasso diò motivo. Al pasar por la Galacia halló à aquel Principe ocupado en construìr una Ciudad, y como para hacer burla le dixo: *Rey de los Galatas, empezais à edificar quando no teneis mas que una hora de dia*: à que le respondiò Déjotaro muy à tiempo: *Pues vos Señor, no aveis madrugado mucho para ir à hacer la guerra à los Parthos.* No parece que Crasso se dio por sentido de la respuesta, pe-

An. R. 699.
An. J. C. 53.

An. R... 699. pero no por esto dexò de proseguir en lo que avia
An. J. C. 53. empezado.

Llegado à la Siria, no perdiò un instante de tiempo, y aviendo echado un puente en el Euphrates, tuvo en los principios algunos sucessos bastantemente felices, porque los Parthos no avian hecho preparativo alguno contra una irrupcion repentina, y imprevista; y assi tomò varias Ciudades en la Mesopotamia, ò por decir mejor se le rindieron voluntariamente, porque las mas eran Colonias Griegas, que obedecian à mas no poder à unos Barbaros, en otro tiempo esclavos de sus mayores, y que se sometian con tanto mayor gusto à los Romanos, quanto que sabian el afecto que à estos tenia su Nacion. Quien unicamente hizo resistencia à Crasso fue un Oficial Partho llamado Silacés, que con un puñado de Cavalleria le saliò al encuentro cerca de una Aldéa llamada *Ichna*; pero aviendo quedado vencido, y herido, marchò à dár cuenta al Rey su amo de la entrada de los Romanos en la Mesopotamia. Crasso tuvo tambien que sacar la espada contra los habitantes de Zénodocio, que avian pasado à cuchillo como cien Romanos, despues de averlos admitido dentro de la Ciudad. Esta perfidia se vengò con la toma de la Plaza que se saqueò, y à los habitantes se les pasó à cuchillo, ò vendiò por esclavos. Por unas hazañas de tan poca monta tuvo Crasso la flaqueza de permitir que sus soldados lo proclamasen Imperator; pero el mayor error que cometiò despues del de la empresa en sì propria, fue, dice Plutarco, el no aver seguido adelante, y avanzado hasta Babilonia, y Seleucia, Ciudades perpetuas enemigas de los Parthos, pues por pasar el hinvierno en la Siria, bolvió pies atràs, dexando solamente en las Plazas conquistadas siete mil infantes, y mil cavallos, con lo qual diò tiempo à

los

los enemigos de reconocerse, y de hacer sus preparativos para la Campaña siguiente. An. R... 699. An. J. C. 53.

Crasso en lugar de hacer los suyos, solo pensó en enriquecerse, y llevado de su insaciable codicia, se entretuvo en robar las Ciudades de todos modos, sin perdonar los Templos, y entre los que pillò se cuentan el célebre de la Diosa Siria de Hierapolis, y tambien el de Jerusalem. Tomò en este dos mil talentos, que estaban desde el tiempo de Pompeyo, y que este General avia dexado en èl. Avia asimismo en depósito otros ocho mil talentos pertenecientes à los Judios esparcidos por el Universo; y como Crasso noticioso de ellos intentase pillarlos, Eleazaro, à cuyo cargo estaba la custodia del Thesoro del Templo, deseando salvarlos, creyò deber sacrificar un trozo que en èl se custodiaba de un precio inmenso. Era una viga de oro, como la llama Joseph, de peso de trecientas minas, (*) ò setecientas, y cinquenta libras de peso Romano, y metida en otra viga de madera, à la qual estaba asegurado el Velo magnifico que separaba el Sanctuario de la parte anterior, llamada el Lugar Santo. Solo Eleazaro tenia noticia de esta barra de oro, y antes de entregarla hizo jurar al General Romano que se contentaria con ella, y que no llegaria à ninguna de las demàs riquezas que avia en el Templo. Crasso sin embargo, despues de aver cogido su barra, metiò la mano en el depósito de los ocho mil talentos. Es digna de notarse la triste suerte que tuvieron los dos primeros, y unicos Generales Romanos, que hasta el tiempo en que vamos se atrevieron à violar el respeto del Santo Templo de Jerusalem. Pompeyo desde el punto que le profanò no tuvo succeso felìz en sus empresas, y acabò desgraciadamente una vida llena hasta entonces de gloria, y de triunfos. Crasso mas delinquente, recibio mas promp-

Joseph Antiq. lib. 14. c. 12.

(*) Cerca de mil ciento, y setenta, y dos marcos de nuestra moneda.

An. R... 699. An. J. C. 53. prompto el castigo, y pereció en el mismo año en que cometió su infame sacrilegio.

El joven Craso avia llegado hacia poco à la Siria con mil cavallos Galios, que trahia para servir á las ordenes de su padre. La Historia lo alaba de aver dado pruebas de sus talentos, y de su valor; pero Ciceron lo capitùla de temerario, y presumptuoso. Era el año de Roma de 699. y Craso lleno de una ciega, y necia confianza juntaba sus Tropas para bolver à entrar en la Mesopotamia, quando le llegò una Embaxada del Rey de los Parthos, y la comision que trahian los Embaxadores se reducia à decir à Craso: „ Que si era Roma la „ que lo embiaba con su Exercito, la guerra se- „ ria irreconciliable; pero que si èl de proprio ar- „ bitrio iba, segun tenian noticia, á atacar à los „ Parthos por la ansia en enriquecerse, el Rey su „ amo, usando de moderacion, y compadecido de „ su ancianidad, le permitia retirar las Tropas „ que avia dexado en las Plazas de Mesopotamia, „ las quales no siendo capaces de guardarlas, esta- „ ban como cautivas.„ Craso no pareció darse por ofendido de unas razones tan arrogantes, y que manifestaban el desprecio, que los Parthos hacian de su persona; y preocupado de su proyecto, dixo à los Embaxadores, que en Seleucia les daria la respuesta. Vagises, uno de ellos, se echò à reir, y enseñandole la palma de la mano: „ Primero cre- „ cerà aqui pelo, le respondió, que Craso vea à „ Seleucia.„ Unos, y otros se dispusieron para la guerra; pero los soldados Romanos, aviendo oìdo lo que decian algunos de los que despachados por sus Comandantes avian venido de la Mesopotamia, del valor de los Parthos, de su modo de hacer la guerra, del terrible efecto de sus armas ofensivas, y de la fortaleza, y resistencia de las defensivas, empezaron á acobardarse, aun antes de aver-

Cic. in Brut. n. 281. 282. An. R... 699. An. J. C. 53.

lo

lo experimentado por sì, ni visto al enemigo. Aun á algunos de los principales Oficiales hizo fuerza la noticia, y entre otros à Cassio, que se hizo despues tan famoso con el assesinato de Cèsar, y que entonces era Questor de Crasso. Lleno de valor; pero cauto sin embargo, y circunspecto, queria, y muchos con èl, que se sugetára el plàn de la guerra à una nueva deliberacion, y que se examinára si era, ò no conveniente empeñarse en ella, y en su demanda estaban apoyados por los Adivinos, y Agoreros, que decian que todos los presagios eran fatales. Todo fue inutil, porque Crasso no daba oìdos, sino á los que lisongeaban la increible prisa que tenia de avanzar. An. R... 699. An. J. C. 53.

La llegada al Exercito de Artabaces, Rey de Armenia, que avia succedido à su padre el viejo Tigranes, lo confirmò en su resolucion, porque este Principe le traxo seis mil cavallos, que componian su Guardia; y fuera de esto le ofreció un Cuerpo de diez mil Coraceros à cavallo, y treinta mil hombres de Infanteria mantenidos à su costa. Al proprio tiempo diò un consejo, que si se huviera seguido, se huviera tal vez precavido el desastre del Exercito Romano, y este fue, que para entrar en la Parthia tomasen el camino por la Armenia, mediante lo qual los Romanos huvieran hallado abundantemente viveres en un pais amigo, y los Partos, como todo era montuoso, nada huvieran podido hacer con su Cavalleria, que era toda su fuerza. Crasso no hizo à Artabaces el cortejo que correspondia, vistos los socorros que le trahia, y ofrecia, y despreciò absolutamente el consejo por la razon de que avia dexado en la Mesopotamia un buen numero de Tropas, que no le era licito abandonar. El Armenio se retirò poco satisfecho del General Romano, y previendo tambien, que tendria que defender sus pro-

An. R. 699. proprios Estados. Efectivamente el Rey de los Par-
An. J. C. 53. tos hallandose con dos enemigos, Crasso, y Arta-
baces, para hacer diversion, y estorvar que se unie-
ran, fue en persona contra éste, porque el riesgo
era menor, y embiò à Mesopotamia contra los
Romanos un Exercito numeroso al mando del *Su-
réna*, nombre de Dignidad, que denota la segun-
da persona del Imperio, y como el Gran Visir del
Emperador de los Parthos. El que entonces la ob-
tenia, y á quien llamarémos siempre *Suréna*, por-
que no se le conoce otro nombre, era de la mas
alta Nobleza, y su Familia tenia el derecho en la
Coronacion de los Reyes de ceñirles la diadema
en la frente. Sus riquezas correspondian à lo eleva-
do de su nacimiento, y yà dimos antes alguna no-
ticia de su profusion, y de su luxo en el Exercito;
pero lo mas de admirar es, que entre criados,
clientes, y soldados reclutados en sus Estados, lle-
vaba hasta diez mil hombres, y entre estos mil Co-
raceros. Era muy valiente, y con su valor avia he-
cho grandes servicios à Orodes, que reynaba en-
tonces, à quien colocò en el Trono, aviendolo
trahido del destierro en que estaba, y forzado la
Ciudad de Seleucia, en cuyo sitio subió el prime-
ro à la muralla, aviendo muerto con su mano à
los que se le opusieron. Aunque todavia no tenia
treinta años de edad, juntaba con el valor la ha-
bilidad, y destreza; pero esta era demasiada, por-
que pasaba à ser en èl fraudulenta, y pérfida: de
suerte, que con los falsos tratos de que usaba sin
escrupulo, triunfó de Crasso, à quien su temeraria
confianza primeramente, y luego el desaliento que
le inspiraron sus infortunios, dispuso para dár en
todas las trampas que le armò el General de los
Parthos.

Crasso pasó el Eufrates por la Ciudad de Zeug-
ma, en donde avia un puente, el qual parece la

diò

dió su nombre, porque *Zeugma* es voz Griega, que significa *puente*, y al pasarla huvo otros nuevos fatales presagios, que desanimaron à los soldados. El Exercito de los Romanos era muy lucido, y se componia de siete Legiones, quatro mil cavallos, y igual numero de gente à la ligera. En los principios fue abanzando por la misma orilla del rio; pero aviendo los batidores trahido noticia de que no avian hallado señal de planta humana, y sì las de una gran multitud de cavallos que se retiraban, Crasso persuadido à que huian, determinò marchar en su seguimiento. Sin embargo Cassio, y los que pensaban como èl, le aconsejaron se detuviera en alguna de las Ciudades que tenian Guarnicion Romana, ò de ir á Seleucia siguiendo la orilla del rio; cuya marcha, aunque larga, tenia grandes ventajas, porque sobre no poder faltarle los viveres, porque las barcas que baxaban por el rio seguian el Exercito, la misma orilla les servia de barrera para que el enemigo no pudiera cortarlo. Crasso empezò à titubear, y huviera seguido un consejo tan saludable, à no aversele quitado de la cabeza un trahidor. Este fue Abgares, (*) Rey de Edessa en la Osroena, que de amigo de los Romanos, que era quando Pompeyo estuvo en aquellas Provincias haciendo temblar al Oriente, se agregò à los Parthos despues que se retirò aquel General, porque era costumbre en los pequeños Principes de aquellas partes seguir siempre al que estaba de vando mayor. Abgares, de acuerdo con Surena, vino al Campo de los Romanos encubriendo con el exterior de una amistad engañosa, la mas negra perfidia; y como sobre ser un gran charlatan, conocia la flaqueza de Crasso, le traxo unos regalos muy quantiosos, con los quales ganó su confianza. La comision de aquel Principe se reducia à persuadirle, que se metiera en las vastas

An. R... 699.
An. J. C. 53.

(*) Este nombre, comun à todos los Reyes de Edessa, trahe su origen del Arabe, y significa *grande, poderoso.*

An. R...699. An J. C. 53. llanuras de la Mesopotamia, en donde unas Tropas pesadamente armadas, no podian defenderse contra una Cavalleria innumerable; y assi, despues de averse insinuado en la confianza del General Romano, haciendole mil protestas sobre lo reconocido que estaba à los beneficios que Pompeyo le avia hecho, y sobre el alto concepto que tenia formado de las fuerzas de los Romanos, lo persuadiò à que marchára derecho en seguimiento de los Parthos, haciendole creer, que Surena iba huyendo, y que no avia cosa mas facil que desvaratarlo, y apoderarse de sus thesoros, sin que le tuviera de costa ningun riesgo, ni trabaxo, y mucho mas, antes que pudiera unirsele Orodes con todas las fuerzas del Imperio.

Crasso empezò à enfilar las llanuras de la Mesopotamia, y el camino en los principios fue bastantemente facil, y suave; pero en breve entraron en los ardientes arenales, y no encontraron sino es desiertos: de suerte, que la hambre, la sed, y las incomodidades de una marcha penosa, fatigaba en extremo à los Romanos; pero lo que mas los desalentaba era el aspecto de unas soledades inmensas, porque no hallaban, ni veian en leguas enteras arbol, planta, arroyo, ni colina, y por todas partes no se descubria mas que un dilatado mar de arena. Crasso sin embargo, y de que Artabaces le escriviò diciendole, que no podia venir con los socorros que le avia ofrecido, porque se hallaba entonces empeñado en la defensa de su Reyno de Armenia atacado por Orodes, (cuya noticia le debiò aver abierto los ojos para conocer la perfidia del Rey de Edessa) y aconsejandole huyera de todo parage en que la Cavalleria de los Parthos pudiera obrar sin estorvo, prosiguiò su marcha adelante. Cassio, que no se atrevia à hacer mas representaciones à su General sobre el empeño en

que

que se avia metido, porque à qualquiera palabra se desazonaba, la tomó en particular con el Osroenio, echandole en cara su trahicion, y su perfidia. Este procuraba desvanecer los recelos de Cassio, y de los otros Romanos que desconfiaban de èl; pero temiendo ser descubierto en los estrechos lances en que yà se hallaba el Exercito, escapó de èl, no furtivamente, sino es dando à entender à Crasso, que marchaba para trabaxar en servirlo, siendo assi que fue à dár noticia à los Parthos de que yà era tiempo de embestir à los Romanos, que avian venido à entregarse à su disposicion. Efectivamente quando Crasso iba marchando con mas prisa, temiendo que los enemigos se le fuesen de las manos, sus batidores bolvieron huyendo à carrera tendida con la noticia de que algunos de sus compañeros avian quedado muertos á manos de los Parthos, y que estos en gran numero venian marchando en buen orden, y con mucha confianza. La novedad cortó à Crasso, porque no la esperaba, y le hizo perder en gran parte aquella serenidad, y pretencia de espiritu tan necesaria à un General en el riesgo; y lo peor de todo fue, que los soldados se acobardaron, teniendo à mal presagio que Crasso al tiempo de vestirse se huviese puesto por distraccion una casaca negra, en lugar de su cota de armas, de color de purpura, y que las Aguilas se avian arrancado de donde estaban clavadas, con bastante dificultad. An. R. 699. An. J. C. 53.

Formò en los principios su Exercito en coluna, siguiendo el consejo de Cassio, para dàr menos entrada al enemigo, y llevar mas bien guardada la espalda; pero despues mudò de dictamen, y se formó en quadro, dando à cada parte un frente de doce Cohortes, y cada Cohorte estaba flanqueada con un Esquadron, à fin de que contra un enemigo, cuya fuerza consistia en Cavalleria,

An. R... 699. An. J. C. 53. no huviese parte que no estuviese sostenida con Cavalleria. Crasso se puso en el centro, diò el mando de las dos alas à su hijo, y à Casio, y en esta formacion marchò ácia donde venia el enemigo, que aùn no parecia. A poco trecho encontraron un arroyo, en donde la mayor parte de los Oficiales quisieron que se acampase, y pasase la noche, para dàr tiempo de informarse del numero de los enemigos, y de su modo de pelear, y tenerle de formarse; pero el joven Crasso, lleno de ardor, y confianza, persuadiò à su padre à que marchára adelante; y assi solo se hizo un poco de halto para que la gente pudiera comer algo, y refrescarse con la agua del arroyo; y antes que todos acabáran continuò en avanzar, no poco à poco, y dando tiempo à que las Tropas cobráran aliento para que no llegáran fatigadas á presencia del enemigo, sino à toda prisa, y paso precipitado. Finalmente yà encontraron à los Parthos, cuyo Exercito á primera vista no tenia aquel aparato espantoso de que venian imbuidos los Romanos: de modo, que el numero de sus Tropas no parecia considerable, porque las primeras filas cubrian las segundas, y tambien las demàs; y ademàs de ésto, trahian sus armas cubiertas con pieles para que no brillasen. Surena avia tenido cuidado de infundir alguna confianza en los Romanos, à fin de que la admiracion fuese mayor al dexarse vèr todos de repente, y que infundiese mayor espanto. Con efecto à la señal dada todo el llano empezò à resonar de un ruido, no de trompas, y clarines, que eran los instrumentos de que usában los Romanos, sino de tambores, y campanillas, que formaban una miscolanza de sones sordos, y agudos, capaces de aterrar al que no estaba acostumbrado à ellos. Al mismo tiempo descubrieron sus armas, y hombres, y cavallos parecieron brillantes de acero: espec-

ta-

táculo no esperado, y no menos capáz de aterrar, que el confuso ruido de tambores, y campanillas. Surena venia à la frente de su Exercito, dandolo à conocer su estatura, que era grande, la hermosura de su rostro, y un adorno femenil, que desdecia de su valor, y de su fama, porque imitando las costumbres de los Medos, gastaba color en la cara, y llevaba un pelo rizado, y perfumado contra la costumbre de los Parthos, que en aquellos tiempos conservaban todavia en sus trages, y en su modo el descuido, y aun ferocidad de los Scithas, de donde trahian su origen. An. R... 699. An. J. C. 53.

Quando los dos Exercitos se pusieron à tiro de poder chocar, los Parthos, que se servian de picas muy largas, intentaron al principio romper con ellas à los Romanos; pero viendo que era imposible lograrlo vista su formacion, y contra unos soldados acostumbrados à pelear de pie firme, se retiraron, y aun fingieron separarse los unos de los otros; pero fue para extenderse, y conseguir coger en medio à los enemigos. Crasso destacò contra ellos la gente armada à la ligera; pero esta, aterrada con una nube de flechas que caìa sobre ella, bolviò presto la espalda, y se recogiò acia las Legiones, llenandolas de confusion, y de espanto, y mas considerando la violencia de las flechas de los Parthos, que pasaban hasta las armas. Disparabanlas desde lexos, y como los Romanos estaban unidos, no se perdia tiro; y lo peor de todo era, que qualquiera movimiento era infructuoso, porque los enemigos echaban à huir al instante, disparando sus flechas en el mismo acto de la fuga con tanta seguridad como de pie firme: práctica loada con razon por Plutarco, por unir en sì la seguridad, y la gloria, que parecen ordinariamente oponerse entre sì. Los Romanos se lisongearon de que llegaria el caso de que los Parthos apura-

sen

An. R... 699.
An. J. C. 53.

sen sus flechas, y que entonces podrian, si no se retiraban, pelear de pie firme, llegando con ellos à las manos; pero luego que supieron que esta esperanza era vana, porque venian siguiendo el Exercito un sin fin de cargas de aquellas terribles flechas, la desesperacion se apoderò de aquellos valientes soldados, à quienes de nada servia toda su guapeza contra un enemigo que no podian alcanzar. No obstante el joven Crasso intentò conseguirlo por orden de su padre, al vèr que los enemigos se acercaban mas à la ala, que mandaba con ánimo de cortarla. Para este efecto tomó consigo los mil cavallos Galios que avia trahido, otros trecientos mas de los Romanos, quinientos arcberos, y ocho Cohortes legionarias, y separandose del resto del Exercito, avanzò con mucha bizarria sobre los Parthos. Estos al verle venir empezaron à retirarse, y aun echaron à huir con intento al parecer de separarlo enteramente de su padre. El joven guerrero se creyò vencedor, y corriò à ellos acompañado de dos amigos suyos Censorino, y Megabaccho, (*) siguiendolos la Cavalleria, y Infanteria con igual ardor. El enemigo que parecia huir, quando yà los tuvo en distancia de no poder ser socorridos por su Exercito, bolviò cara, y haciendo frente con sus Coraceros, lo restante de la Cavalleria se puso à galopar sin orden al derredor de los Romanos, y levantò un polvo tan espantoso, que quitaba la vista, y la respiracion. Los Romanos reducidos a un pequeño espacio, tropezandose los unos con los otros, y siendo el blanco seguro de las flechas de los enemigos, morian sin el consuelo de poder vengar su muerte, ni de ser socorridos por sus compañeros.

(*) Este nombre no es Romano, y puede averse corrompido. El antiguo traductor Latino decia segun Xylander, *Cn. Planco.*

En este extremo el joven Crasso viendo que no avia forma de huir, ni de defenderse, mostrando hasta el fin una entereza de valor digna de mejor

suer-

fuerte, hizo un heroico esfuerzo con la Cavalleria Galia, y consiguiò acercarse, y venir à las manos con los Coraceros; pero el partido no era igual, porque las medias picas de los Galios, que eran muy endebles, apenas hacian efecto en las corazas de los enemigos, en lugar que las fuertes lanzas de estos lo pasaban todo de parte à parte; y assi despues de aver peleado como leones, y hecho prodigios de valor, no pudiendo sufrir la sed que los rendia en un clima tan ardiente, y diverso del suyo, tuvieron que retirarse ácia su Infanteria llevando consigo á su Comandante peligrosamente herido. Descubriendo en las inmediaciones una pequeña altura arenisca, se apostaron en ella, pusieron los cavallos en el centro, y se formaron en circulo, haciendo como un parapeto de sus broqueles, creyendo con esta posicion poder defenderse, y rechazar al enemigo; pero succediò al contrario, porque colocados en la colina como en un amphitheatro estaban todos descubiertos, y por consequencia expuestos à las flechas de los enemigos; y como estos no cesaban de disparar, se veian con el mayor dolor reducidos à morir sin defensa, y sin gloria. Perdida toda esperanza, dos Griegos establecidos en aquellas partes aconsejaron al joven Crasso que escapára à *Ichna*, que no estaba lexos, y en donde avia Guarnicion Romana; pero él les respondiò como Héroe, que no avia muerte por terrible que fuese, que pudiera hacerle tomar la determinacion de abandonar à tantos valientes compañeros como los que sacrificaban por él sus vidas. Exhortólos à que se aprovecháran del consejo que le daban, y despues de averles hecho una señal de amistad los despidiò. El, no pudiendo hacer uso de su mano, porque la tenia herida, mandò à su Cavallerizo que lo acabase, lo proprio hizo Censorino, y Megabaccho, y varios de los otros Oficiales

An. R... 699.
An. J. C. 53.

An. R. 699. An. J. C. 53. les se mataron à sì proprios. Los soldados viendose sin Comandantes, y estrechados por los enemigos, que les metian sus lanzas por el cuerpo, se rindieron al fin, no aviendo quedado arriba de quinientos de mas de siete mil que eran en todos. Los Barbaros cortaron la cabeza al joven Crasso, y la pusieron en la punta de una lanza para irsela à enseñar à su padre. Este, viendose superior en fuerzas á los enemigos, porque no tenia enfrente de sì mas que la menor parte de su Exercito, se disponia para acudir al socorro de su hijo, que le avia despachado Corrèos, sobre Corrèos, dandole noticia del inminente riesgo en que se hallaba, quando llegaron los Parthos, quienes enseñando la cabeza del joven Crasso, y haciendo el mas cruél escarnio de su padre, llenaron de consternacion à los Romanos en lugar de inspirarles el deseo de vengar el agravio, y la cruèl muerte de sus camaradas.

En este lance se encuentra el mas bello rasgo de la vida de Crasso. Este padre desgraciado en vez de abandonarse á su natural sentimiento, consolaba él mismo, y animaba à sus soldados. „ La pér-
„ dida que acabo de hacer, les decia, es personal
„ mia. La fortuna, y la gloria de Roma subsiste
„ en vos, y no ha recivido descalabro alguno mien-
„ tras vivis, y que os hallais en estado de pelear;
„ pero si os hace alguna fuerza la compasion de
„ mi desgracia, y si lamentais la pérdida, que
„ he hecho del mejor de todos los hijos, mostrad
„ vuestro justo rencor contra los enemigos, con-
„ vertid en luto su alegria, y castigad su crueldad.
„ No os acobarde lo que acaba de succeder, por-
„ que los grandes succesos no se compran sino es
„ con algunas desgracias, de lo qual nuestros ma-
„ yores hicieron muchas veces experiencia. Ro-
„ ma no ha llegado à la altura en que hoy se ha-
„ lla con una dicha no interrumpida, y continua-
„ da,

„da, ſino es con la paciencia, y con un valor „invencible à las injurias de la fortuna.„ Unas palabras tan generoſas no pudieron animar à los ſuyos, y ſu deſaliento ſe conociò en la accion contra los enemigos, que vinieron à atacarlos. Sin embargo durò la pelèa, ſiempre con poca ventaja para los Romanos, haſta pueſto el ſol, en que ſe retiraron los Parthos, ſegun lo tenian de coſtumbre, diciendo à Craſſo, que le dexaban aquella noche para que lloraſe la muerte de ſu hijo, y que à la mañana ſiguiente bolverian à perfeccionar ſu victoria, à menos que no quiſiera tomar el prudente partido de ir á entregarſe voluntariamente à Arſaces, antes que lo llevàran por fuerza. Los Parthos acoſtumbraban retirarſe á diſtancia del enemigo, aſsi porque no fortificaban ſu Campo, como porque con la obſcuridad de la noche no podian hacer buen uſo, ni de ſus flechas, ni de ſu Cavalleria. Yà ſe puede diſcurrir quán triſte, y cruèl ſeria la noche para los Romanos. Ninguno penſaba en enterrar à los muertos, ni en curar à los heridos, y ſolo en lamentar cada uno ſu propria deſgracia; porque el rieſgo parecia inevitable, yá eſperaſen al dia en el parage en que ſe hallaban, ò yà ſe embarcaſen durante la obſcuridad en una llanura inmenſa, en que por ninguna parte avia donde abrigarſe. Los heridos eran otro embarazo no pequeño, porque llevarlos era retardar la marcha de los demàs, y inhumanidad abandonarlos, fuera del recelo de que ſus lamentos deſcubrieſen ſu fuga; y en una ſituacion tan triſte, y dolorosa no parecia el General. Aunque él era la cauſa de todos los males, los ſoldados huvieran querido entonces verlo, y oirlo; pero él no tenia ánimo para dexarſe vèr. El valor no le era natural: avia hecho un esfuerzo extraordinario en la Batalla; pero no aviendo correſpondido el ſucceſo ſe

An. R... 699.
An. J. C. 53.

An. R... 699. An. J. C. 53.

In Craſſo.

avia acobardado con el ſentimiento, y con el dolor, y ſe mantenia oculto: grande exemplo para el vulgo, dice Plutarco; pero leccion bien grande para la gente juicioſa, ſobre las deſgracias que arraſtra tras sì una ambicion loca, y deſenfrenada, que le hizo no vivir contento haſta llegar à ſer el primero, y mayor hombre del Univerſo; y que le hizo creer, que era para él una humildad que lo envilecia tener à dos hombres ſobre sì, porque ſu ceguedad le hacia no conocer la ſuma diſtancia que avia de ſu merito al de aquellos.

Caſsio, y el Teniente General Octavio, no aviendo podido ſacar à Craſſo del abatamiento en que eſtaba, tomaron à ſu cargo el juntar Conſejo de Guerra, en donde quedò reſuelto partir ſobre la marcha, y con efecto ſe levantó el Campo con el mayor ſigilo, y ſin que el clarin dieſe la ſeñal de la partida; pero luego que los que no podian ſeguir conocieron que los abandonaban, ſus quexidos, y lamentos que penetraban los corazones, llenaron à los demàs de confuſion, y deſorden; lo qual, y el ir eſperando à los heridos que ſeguian aunque con trabaxo, fuera de los ſuſtos, que varias veces los hicieron ponerſe en batalla, fue cauſa de que ſe retardaſe la marcha. Solamente un Oficial llamado Egnacio, aviendoſe ſeparado del grueſo del Exercito con trecientos cavallos, llegò à media noche al pie de las murallas de Carres, (*) llamò en Idioma Latino à la Centinela, la encargò fueſe à dàr noticia al Governador de que ſe avia dado una gran Batalla entre Craſſo, y los Parthos, y ſin añadir coſa alguna mas, ſiguiò ſu marcha haſta Zeugma, con lo qual ſe ſalvò con ſu gente; pero ſe le vituperò el aver abandonado à ſu General. El Governador de Carres, que ſe llamaba Coponio, haciendo concepto por lo ſucinto de la noticia, y la precipitacion con que Eg-

(*) Varios Autores antiguos, y modernos creen que eſta Ciudad es la miſma que Haranen donde viviò Abraham algun tiempo con Tharè ſu padre. Gen. c. 11. v. 31.

Egnácio avia pasado adelante, que avia succedido alguna desgracia à los Romanos, mandò tomar las armas à la Guarnicion, salió en busca de Crasso, lo encontrò, y le hizo entrar con su Exercito en la Ciudad. Los Parthos aunque supieron la retirada de los Romanos, esperaron segun su costumbre à que amaneciese, y luego que fue de dia se acercaron del Campo enemigo, y mataron hasta unos quatro mil hombres que avian quedado enfermos, ò heridos, y igualmente pasaron à cuchillo á varios soldados que hallaron esparcidos por aquellos campos. Finalmente aviendo cortado á dos Cohortes que se avian separado del resto del Exercito, las cercaron por todas partes. Todos perecieron à excepcion de veinte hombres, que continuando en defenderse con un valor invencible, causaron tal admiracion à sus enemigos, que se abrieron, dexandoles el paso libre para llegar à Carres. An. R... 699. An. J. C. 53.

Al acercarse Suréna à esta Plaza, le dieron un aviso falso de que Crasso avia escapado con los principales Oficiales del Exercito, por lo qual, y deseando averiguar si era, ò no cierto, despachò à uno de los suyos que sabia los dos Idiomas, con orden de llegar al pie de la muralla, y combidar en alta voz à Crasso, y à Casio à una conferencia con Suréna; y para que hiciese mejor la diligencia embiò con él à unos Arabes, que aviendo servido antes en el Exercito Romano, conocian bien al General, y à su Questor. Este ultimo llegò à la muralla, y el comisionado le dixo que Suréna consentia en hacer la paz con los Romanos, como estos abandonasen la Mesopotamia; à que respondiò Casio, que iria à dár cuenta de la proposicion à su General, quien se alegraria tratar de este asumpto con el de los Parthos. Suréna aviendose asegurado de lo que deseaba saber, se burlò de la credulidad de los Romanos, y à la mañana siguiente

An. R... 699. An. J. C. 53. disponiendose para atacar la Plaza, les hizo gritar, que si querian obtener la libertad de retirarse sin temor, era menester que le entregasen à Crasso, y à Casio atados de pies, y manos. Estos determinaron escapar con el Exercito en la noche siguiente, cuya determinacion era muy importante que no la supiese ninguno de los habitantes de la Ciudad; pero Crasso burlado siempre, y siempre ciego, la fiò à un trahidor llamado Andromacho, à quien tomò por guia para continuar su marcha. Este diò al instante la noticia à los Parthos, y para entregar mas bien à estos el Exercito Romano, le hizo dár mil bueltas, y rebueltas con que retardò su marcha, y finalmente lo metió entre unos pantanos, y en un territorio cortado de fosos en donde todo detenia, y fatigaba à los Romanos. Varios conocieron el engaño, y especialmente Casio, quien aviendo buelto à Carres escogiò por guias à unos Arabes, y les diò orden de llevarlo à la Siria por otro camino. Los Arabes tenian sobre la Luna ciertas ideas supersticiosas, y querian que esperára à que pasase el Signo de Escorpion. *Témo mas al Sagitario*, dixo Casio, aludiendo à las flechas de los Parthos, y sin perdida de tiempo escapò à la Siria con quinientos cavallos. El Teniente General Octavio, hombre de cabeza, llegò tambien à conocer la mala fé de Andromacho, y haciendose guiar por sugetos de conocida fidelidad, ganó con cinco mil hombres que lo siguieron, una altura llamada Sinnaca, en donde no podia ofenderle la Cavalleria enemiga.

El dia cogió à Crasso acompañado de su trahidor, quando todavia se hallaba embarazado en aquellos parages dificiles que hemos dicho; y aunque estrechado por los enemigos tuvo no obstante tiempo para subir à una colina distante doce estadios, ò media legua de la en que estaba Octavio,

vio, y ambas comunicaban por una especie de garganta, que atravesaba el valle. Viendo Octavio el riesgo en que se hallaba Crasso, fuè à él con sus cinco mil hombres, quienes formando un antemural con sus broqueles, y sus cuerpos, se animaban unos à otros à defenderlo, y protestaron que primero perderian la vida, que dexar que ninguna flecha llegase à su General. Suréna al ver que los Parthos no tenian la misma superioridad que en lo llano, ni el mismo valor para resistir à los Romanos, conociò que estos llegada la noche se le escapaban por las montañas, por lo que para detenerlos, siguiendo su genio, recurriò al artificio, y à la perfidia. Dexò que se escapáran algunos prisioneros, delante de los quales conversando los Barbaros dixeron de intento, que el Rey no pretendia hacer à los Romanos una guerra irreconciliable, y que antes se alegraria poder recobrar su amistad tratando benignamente à Crasso. Mandò ademàs de esto cesar el ataque, y ultimamente él en persona se acercò à la colina con los Oficiales mas principales de su Exercito, llevando el arco desarmado, alargando la mano como amigo, y combidando à Crasso à entrar con él en negociacion.,, Ar-
,, saces, decia, està sentido de averse visto preci-
,, sado à dár à conocer à los Romanos su poder, y
,, el valor de sus Pueblos; y tendrà una gran-
,, de satisfaccion de dárles alguna señal de su
,, suavidad, y de su bondad.,, Ninguna fuerza hicieron à Crasso estos discursos, porque engañado tantas veces por los Parthos, y no hallando causa para tan repentina mudanza, no quiso dár oìdos à sus proposiciones; pero no fue en aquel lance dueño de la accion. Los soldados Romanos se le amotinaron, y creyendo que el Barbaro iba de buena fé, lo forzaron à ir à tratar con él sin querer dár oìdos à las representaciones que les hizo,

An. R... 699.
An. J. C. 55.

ni

An. R... 699. ni à las proteſtas de ſacarlos en breve del rieſgo
An. J. C. 53. como tuvieſen un poco de paciencia. En eſte extremo aquel infeliz General tomò generoſamente el partido de ir à una muerte cierta por no irritar mas con la reſiſtencia à ſus ſoldados, y nada es mas laudable que los afectos que manifeſtò en aquel inſtante fatal. Bolviendoſe à Octavio, y demàs Oficiales Generales que lo ſeguian: *Yà veis*, les dixo, *la neceſsidad que me fuerza al paſo que voy à dár, y ſois teſtigos de que ſe me trata indignamente, y con violencia; pero en qualquiera parte à que os conduzca mejor fortuna, decid á todos, que Craſſo ha perecido à manos de un engaño de los enemigos, y no entregado por ſus ſoldados.* Octavio, y los que lo acompañaban, no pudieron determinarſe à abandonar à ſu General; pero éſte deſpidió à ſus Lictores.

Quando llegò à poca diſtancia del enemigo, viò venir à él à dos eſpecies de Diputados, ò Reyes de Armas, mitad Griegos, y mitad Barbaros, que deſde que lo deſcubrieron deſmontaron de ſus cavallos, ſe poſtraron delante de él, y le dixeron en Griego que embiaſe à algunos de los ſuyos para aſegurarſe de que Suréna, y ſu comitiva eſtaban ſin armas. Craſſo les reſpondiò, que ſi hiciera el menor caſo de ſu vida, no huviera venido à entregarſe à los Parthos; pero ſin embargo deſtacò à dos hermanos llamados Roſcios, à quienes Surena hizo prender, y inmediatamente vino al encuentro de Craſſo con toda ſu comitiva, y advirtiendo que éſte eſtaba à pie, dixo con ironia, y continuando en jugar el papel que avia empezado: *Cómo? El General de los Romanos à pie, y noſotros à cavallo?* Craſſo le reſpondiò ſecamente, que todos eſtaban bien, pues cada uno ſeguia la coſtumbre de ſu tierra. Deſpues Suréna, como ſi caminára de buena fé, le dixo, que deſde aquel inſ-

inſtante quedaba ajuſtada la paz; pero que para extender los Articulos de ella, y firmarlos, le parecia que ſeria bien acercarſe ácia el rio. El Romano reſuelto à convenir en todo, pidiò à los ſuyos un cavallo. *No es meneſter*, dixo Suréna, *que aqui hay uno que el Rey os regala*, y al miſmo tiempo le preſentaron un cavallo ricamente aderezado, en que lo montaron los Cavallerizos, y luego empezaron à ſacudirle con los latigos para que anduviera de priſa. El intento del Partho era coger vivo à Craſſo, el qual conocido por los Romanos, Octavio agarró la brida, Petronio, Tribuno de ſoldados, y los otros Oficiales rodearon à ſu General, y empezaron à hacer bolver atràs al cavallo, y apartar á los Barbaros que eſtrechaban á Craſſo. Todo eſto no ſe hizo ſin voces, y ſin tumulto, y luego empezaron á golpes. Octavio matò al Palafrenero de uno de los Barbaros, y al inſtante lo mataron à él atraveſandole una lanza por detràs. A Petronio lo derribaron del cavallo, y el miſmo Craſſo ſe defendia vigoroſamente porque no lo cogieran vivo, y lo logrò aviendolo muerto los Parthos, ò alguno de los ſuyos que ſiguiendo ſu intencion le quiſo ahorrar la verguenza de quedar priſionero. Los Barbaros le cortaron la cabeza, y la mano derecha para llevarlas en triunfo à Orodes; y no es eſtraño que no ſe ſepan de cierto las circunſtancias de la muerte de Craſſo, porque como lo advierte Plutarco, faltan los teſtigos oculares. Del numero de los que acompañaron à aquel deſgraciado General, los unos perdieron la vida al proprio tiempo que él, y los otros deſde el punto que vieron el rieſgo, ſe retiraron á la colina.

An. R... 699. An. J. C. 53.

Liv. Epiton. del lib. CVI. Dio.

Muerto el General, y los principales Tenientes Generales, los ſoldados que con ſu deſobediencia avian ſido cauſa de ſu deſgracia, no tardaron en llevar la pena de ſu delito. El perfido Suréna vi-

An. R... 699. An. J. C. 53. vino de nuevo à llenarlos de bellas esperanzas, diciendoles que yà la venganza de Arsaces estaba satisfecha, y que muerto el culpado las Tropas inocentes, podian baxar con toda seguridad al llano. Varios lo creyeron, baxaron, y los hicieron prisioneros. Los mas valientes, y juicioſos esperaron la noche para escapar cada uno por donde pudiese; pero se salvaron pocos, porque los Arabes, que corrian toda aquella tierra, los persiguieron de tal suerte, que prendieron, y mataron à la mayor parte. Sumando todas las pérdidas que hicieron los Romanos en los varios encuentros de esta desgraciada Expedicion, se cuenta que murieron veinte mil de ellos, y que quedaron prisioneros unos diez mil. De este modo pereciò un Exercito floreciente que hizo temblar al Oriente, y esto por culpa de un General, cuya incapacidad, y ceguedad lo sacrificó à unos enemigos à quienes no fuè facil à los Romanos el vencerlos; pero que ciertamente tampoco avian nacido para vencer à los Romanos. Menos avia nacido Crassò para dirigir una empresa de algun tamaño, como se ha visto en toda su conducta; y en general, un corazon corrompido con el vergonzoso vicio de la avaricia, no puede tener fino es pensamientos baxos, y es incapàz de alguna elevacion, como no sea à lo mas por intervalos, y como à llamaradas. Tuvo una capacidad limitada, que no se conocia; diestro en lisongear á los otros, facilmente le engañaban los lisongeros que él tenia, y mientras debia increparse à sì proprio la insaciable codicia que le atormentaba, se burlaba de los que tenian el mismo defecto. Este caracter vano, y burlon, hace una union perfecta con la confianza presumptuosa, y ésta fuè la causa principal de la ruìna de Crassò, porque despreció soberanamente à los Partos hasta el punto que se vió sofocado, y rendido

do por estos: bien distante de practicar, y aun conocer la maxima de los grandes Generales, de que es menester (*) temer al enemigo quando está lexos, para no tenerle miedo quando cerca, y alegrarse de que llegue. An. R... 695. An. J. C. 53.

Suréna mostró despues de la victoria una insolencia de Barbaro. El cuerpo de Crasso lo dexò con los otros para que fuesen pasto de las aves, à excepcion de la mano, y de la cabeza que se le cortò, como queda dicho, para embiarla à Orodes, que estaba entonces en Armenia; y luego aviendose puesto en marcha ácia Seleucia, entrò en esta Ciudad con un aparato comico, que calificò de triunfo para hacer burla de los Romanos; y para fingirlo mas bien forzò à uno de los prisioneros à que hiciera el papel de Crasso, y los que lo rodeaban le daban este nombre, y el de General, y él tenia que aguantar, y contestar, como si realmente lo fuera à quanto le decian. Orodes acabada de ajustar la paz con Artabaces, Rey de Armenia, mediante el casamiento que se hizo de una hermana del Armenio con Pacoro, primogenito del Rey de los Parthos, quando les llegó la noticia de la victoria, y la cabeza, y mano de Crasso, á tiempo que en celebracion de las bodas se estaba representando à los dos Reyes la Tragedia de las Bacchantes de Euripides. Estos Principes sabian, y gustaban de la Lengua Griega, y aun Artabaces la manejaba de tal suerte, que sabia escrivirla, y componer en ella en prosa, y en verso. El Oficial Partho que llevaba la cabeza de Crasso, la presentò al Rey al tiempo que estaba en el theatro, por lo que la tomò en la mano uno de los Comicos, y haciendo el papel de Agavéa, llevando la cabeza de Penthéo, repitiò los versos que Euripides pone en la boca de aquella madre furiosa, cuyo sentido es: *Trahigo del monte al Pa-*

(*) Lo era del Principe de Conde. Or. fun. por M. Bossuet. Val. Max. lib. 1. c. 6. Plut. in Cras.

An. R... 699. An. J. C. 53. *lacio una caza acabada de matar: dichosa, y magnifica caza!* La explicacion diò gran gusto al Rey de los Parthos, y á todo el concurso; y algunos Autores añaden que Orodes hizo echar oro derretido en la boca de Crasso, para insultar á su insaciable codicia.

Flor. lib. 3. c. 11.

Id. lib. 4 c. 1. Plut. in Pomp.

La derrota, y muerte de Crasso, fueron funestas, no solamente á la gloria de Roma, sino tambien á su quietud, y á su libertad, porque es de creer, que mientras huviese vivido no huviera llegado el caso del rompimiento entre Pompeyo, y Cesar. El tenia à estos en respeto, y los obligaba à temerse uno á otro, porque á qualquiera parte que se inclinára huviera llevado tras sì la balanza. Faltò Crasso, y los dos competidores quedaron libres para poder seguir sus pretensiones, y quimeras dirigidas à ser cada uno el arbitro soberano del Universo, sin que huviese nadie que pudiera hacerles contrarresto, ni mantener en su fiel la balanza del govierno. Tambien faltò al proprio tiempo otro nudo que los tenia como sugetos con la muerte de Julia muger del uno, y hija del otro, que muriò en el año antecedente. Esta Señora, á quien amaban tiernamente su padre, y su esposo, era la union mas fuerte de suegro, y hierno. En el tiempo que Pompeyo fatigado de las insolencias de Clodio despues del destierro de Ciceron andaba buscando el medio de reconciliarse con el Senado, y con el partido de la Aristocracia, uno de sus amigos le aconsejò que repudiára à Julia; pero el amor que la tenia no le permitiò dár oidos á este consejo, porque sòlo la muerte podia separarlo de una esposa tan digna de ser amada por sus relevantes prendas. Julia muriò de sobreparto, y de alli á pocos dias el hijo que avia dado á luz; y assi con la falta de uno, y otro no quedò el menor vestigio, ni gage de aquella afinidad, que no avia bor-

ra-

rado la ambicion de los corazones de Céſar, y de Pompeyo; pero que ſuſpendia los efectos. La Plebe por hacer algun honor extraordinario á la hija de Céſar, ſin embargo de la opoſicion de ſus Tribunos, y de que Pompeyo la diſpuſo ſu ſepulcro en las inmediaciones de ſu caſa de Alba, ſe empeñó en que ſe la enterraſe, como aſsi ſe hizo, en el Campo de Marte. An. R... 699. An. J. C. 53.

Por no interrumpir la relacion de la Expedicion de Craſſo, hemos dexado atrás algunos ſucceſos de dentro de Roma ocurridos en el Conſulado antecedente de Domicio, y de Ap. Claudio, á que es preciſo que bolvamos. Empezarémos por Plancio acuſado de aver comprado votos para obtener la Edilidad Curul, y defendido por Ciceron. Tuvo de competidor para eſte empleo á M. Juvencio Laterenſe, hombre de merito, y de iluſtre nacimiento, à quien Plancio fue preferido, aunque hijo de un Equite Romano. Laterenſe, que en ambas lineas paterna, y materna contaba Conſulados, y que además de eſto ſe conocia ſuperior por todas ſus circunſtancias à ſu competidor, ſintió en extremo la preferencia que à éſte ſe le diò, y lo acuſó de averla obtenido por medios opueſtos à las Leyes. Es muy dificil, y aun de poca importancia ſaber lo que en eſto huvo de ciérto; pero una de las circunſtancias del todo intereſantes en eſta Cauſa, es el intimo agradecimiento de Ciceron ácia ſu bienhechor. Yá hicimos mencion en ſu lugar del cordial afecto con que Plancio ſiendo Queſtor en Macedonia recivió, y protegió à Ciceron durante ſu deſtierro. Nueſtro Orador ſe acordò en la ocaſion en que el acuſado neceſitaba del ſocorro de ſu eloquencia, y ſin embargo de las incluſiones que tenia con Laterenſe, tomò ardientemente la defenſa de Plancio. Como podia mucho, no ſolamente por lo ſublime Cic. Pro Planc.

An. R... 699. de su talento, sino tambien por su credito, por
An. J. C. 53. el aprecio universal que se hacia de su probidad, y por la memoria de los servicios que tenia hechos à la Republica, y de los quales se le avia recompensado tan cruelmente, Laterense conocia que era para su contrario una recomendacion muy fuerte el que Ciceron lo defendiese sobre el pie de aver sido su bienhechor, y de averle hecho servicios muy esenciales; y por esta causa publicaba, que el defensor exageraba lo que Plancio avia hecho por él, y que por el buen exito de la Causa amplificaba en extremo lo que en sì era bien poco, y que nada avia costado á Plancio. Ciceron responde á este cargo de un modo verdaderamente admirable. Empieza probando aver sido muy grande, y real el beneficio de Plancio; y luego añade, que de qualquiera modo, es el cargo que se le hace demasiadamente bello para que intente contradecirlo; „ porque si bien deseo, dice, vérme adornado „ de todas las virtudes, ninguna sin embargo qui- „ siera tener tánto, como la del agradecimiento, „ porque esta virtud en mi dictamen, es no sola- „ mente la mayor, sino es tambien la madre de „ todas las demás virtudes. „ Las expresiones, y fundamentos con que Ciceron prueva lo que sienta, son de una delicadeza sin igual, elevan, y persuaden á que el afecto de los hijos á sus padres no tiene otro principio que el del reconocimiento del beneficio del sér, y educacion que les dieron: el proprio, el amor, y empeño con que los buenos ciudadanos se dedican al servicio, y obsequio de la Patria; y igual el respeto, y veneracion con que se mira, y adora á la Deidad, por los continuados bienes que está haciendo á los hombres. No se sabe de cierto, què resultò de la acusacion, y de la defensa; pero es de presumir que Plancio saliò absuelto, y que exerciò la Edilidad en el año de su eleccion.

Pro Plan. n. 80. 82.

Los

Los tres Tribunos, que tres años antes del en que vamos estorvaron la nominacion de Magistrados, y dieron ocasion à un Interregno en la Republica, no pudieron ser citados ante la Justicia en el Consulado de Pompeyo, y de Crasso, que en parte les debian su elevacion. Acusaronlos en este año; pero el credito del primero los salvò, à excepcion de uno de ellos llamado Procilio, à quien se le condenò por averselе probado un homicidio. Ciceron no hizo papel en este negocio, bien que por otra parte tuvo bastantes ocupaciones con el gran numero de personas à quienes defendiò. El mas célebre de todos fue M. Scauro, Governador que avia sido de Cerdeña, acusado por aver robado, y vexado à todos los Pueblos de su Provincia. La locura de los gastos que hizo en el año de su Edilidad, y de que dimos noticia, lo puso en tal estado, que para salir de sus empeños, se echò à robar à los infelices Sardos; y yà antes, sirviendo en Siria á las ordenes de Pompeyo, avia dado pruevas de su injusticia, y de su codicia: Sus excesos en esta parte en Cerdeña fueron tales, que el acusador le hizo esta proposicion: „ La Ley me permite hacer examinar hasta cien„ to, y veinte testigos. Si pudieseis presentar otros „ tantos habitantes de la Isla á quienes nada ha„ yais quitado, consiento en que os absuelvan.„ Scauro no podia aceptar una oferta tan ventajosa; pero sin embargo su nombre, y lo ilustre de su nacimiento, la proteccion de Pompeyo, cuyos hijos eran hermanos de los de Scauro, porque este casó con Mucia, despues que la repudió el primero, el favor popular que tenia ganado con los enormes gastos que avia hecho para obsequiar à la Plebe, sus conexiones, la fama de sus Abogados, que eran los mayores que entonces avia en la Republica, y ultimamente la recomendacion de las per-

An. R... 699.
An. J. C. 53.

Ascon. in Cic. pro Scauro.

Val. Max. lib. 8. cap. 1.

An. R... 699. An. J. C. 53. Plut. in Catone.

perſonas mas condecoradas, y iluſtres de Roma, hizo que lo embiaſen abſuelto, y aun con honor, porque de ſeſenta, y ocho votos que avia en el Tribunal, ſolo tuvo los ocho en contra. Caton preſidia, como Pretor que era en eſte año, lo qual aſeguraria la integridad de la Sentencia, ſi eſtuvieramos tan ſeguros de la de los Jueces, como de la del Preſidente.

Eſte en el exercicio de ſu empléo hacia alarde de ir veſtido en público del modo que los antiguos Romanos, aviendo tomado el modélo en las eſtatuas que avia viſto de Romulo, y de Camilo, lo qual no ſe le puede alabar, porque en las coſas indiferentes, la regla parece debe ſer el uſo generalmente recivido; y aſsi, del miſmo modo que à noſotros ſeria riſible, y pareceria eſtrañamente ridiculo qualquiera, no digo ſiendo perſona pública, ſino es particular, que fueſe hoy por las calles veſtido con las calzas, y juvon atacado, gorguera, y ſombrero redondo con pluma levantada, que de nueſtros Eſpañoles nos preſentan las pinturas antiguas, lo parecia Caton en ſu tiempo; porque ſi bien ſea condenable la introduccion de qualquiera moda, ò novedad que ſe haga en los trages, tambien es ridiculèz no ſeguirla, una vez que el uſo la tiene generalmente recivida, porque deben los hombres evitar el hacerſe eſtraños, y reparables. Lo que sì hace honor à Caton fue la entereza con que luchò contra el abuſo que avia en la ſolicitud de los empléos, y tambien el reſpeto que le conciliaba ſu virtud, aun de los miſmos à quienes no podia contener el de todas las Leyes. Eſte abuſo eſtaba muy inveterado en Roma, y cobraba cada dia mas fuerzas. Todos los Autores que tratan de eſtos tiempos han mirado como á uno de los deſordenes mas funeſtos, y han tenido por una de las principales cau-

causas de las guerras civiles „ vér los Fasces Con- An. R... 699.
„ sulares, como cantò Lucano, arrebatados con An. J. C. 53.
„ liberalidades ilicitas al Pueblo, vendiendo él
„ mismo su favor; y à una solicitud detestable, Luc. 1. v. 178.
„ que todos los años presentaba en el Campo de
„ Marte unas contiendas violentas, en que solo el
„ dinero mandaba en los votos de una multitud
„ venal.

Hinc rapti pretio fasces, fectorque favoris
Ipse sui populus, letalisque ambitus Urbi
Annua venali referens certamina Campo.

Este exceso se cometia públicamente, como si huviera sido una cosa licita, y este tráfico que se hacia de los votos era para muchos ciudadanos un oficio, y el pie de su subsistencia. Caton empeñado en luchar contra este desorden con tanto mayor vigor, quanto que era casi universal, y estaba mas arraygado, persuadiò al Senado à expedir un Decreto, mandando que los que se nombrasen para los empléos, aunque no tuviesen acusadores, se presentasen à los Jueces à dàr cuenta de los medios de que se avian valido para conseguir salir electos. Esta Ordenanza se hizo muy sensible à los Candidatos, y mucho mas à la multitud, acostumbrada à hacer grangeria de sus votos. A la mañana siguiente, aviendo ido Caton à su Tribunal, una canalla sedicios se atropò al derredor de èl, y con su griteria, acompañada de golpes, y violencias, pusieron en fuga à los que lo acompañaban. El mismo, despues de bien atropellado entre el tumulto, tuvo harto trabaxo para poder llegar à la Tribuna de las Harengas; pero apenas estuvo en ella, quando con su solo mirar, y con aquel ayre de autoridad que dá la virtud, hizo cesar el tumulto, y que todo quedase en silencio; y luego su discurso lleno de fuerza, y de nobleza acabò de calmar los animos alborotados. Ala-

ba-

An. R... 699. An. J C. 53.

babanle mucho en el Senado su fortaleza, y su constancia: *Pues yo*, respondiò à los Senadores con su ordinaria franqueza, *no os alabo de aver dexado sin socorro à un Pretor, que se hallaba en un gran riesgo.* Aunque el Decreto sobre los Candidatos no parece que tuvo efecto, no dexaban estos de hallarse bastante embarazados; porque si pretendian en los terminos que antes, temian armar contra sì la austera virtud de Caton; y si no lo hacian, vérse cada uno excluìdo por algun otro competidor menos escrupuloso. Los que pretendian el Tribunado se comprometieron entre sì en hacer á Caton Juez de su conducta, y se sometieron à pagar cada qual en beneficio de los otros cierta cantidad, bastante crecida, para cuya satisfaccion diò cada uno fianza, porque Caton no quiso constituirse depositario del dinero. Ciceron escriviendo esta noticia à Attico, y à su hermano, no sabia què vaticinar sobre este acaecimiento; *pero si las cosas se hacen segun reglas*, dice, *sacarèmos que el solo Caton tendrà mas autoridad en la Republica, que todas las Leyes, y que todos los Jueces juntos.*

Cic. ad Attic. IV. n. 11. & ad Q. Fr. II. n. 15.

Plut. in Cat.

Dice Plutarco, que llegado el dia de la eleccion concurriò Caton à la Asamblèa, examinò con mucho cuidado lo que pasaba en ella, y pronunciò su Sentencia de condenacion contra el uno de ellos, à quienes los otros dispensaron de la paga de la multa, creyendose bastante satisfechos con la nota infamante con que quedaba, y con la exclusiva, que sin duda se le diò del Tribunado. Este obsequio hecho á la virtud de Caton, es seguramente bien singular, y tal vez unico en la Historia; pero observa el Autor citado, que el hecho excitó contra èl la embidia, y que algunos quisieron capitularlo en algun modo por delito, como si huviera usurpado el poder del Senado, de

los

los Jueces, y de los Magistrados. Esta malignidad no debe causarnos admiracion, „ porque, añade „ este juicioso Historiador, no hay gloria mas ex- „ puesta á la embidia, que la de la probidad, y „ de la justicia, porque no hay otra que la igua- „ le para acreditar à un hombre, y ganarle la con- „ fianza de los mas. Admirase al hombre valiente; „ pero se le teme: estimase al prudente, pero se „ le trata con recelo; pero por lo que toca al hom- „ bre justificado, es la disposicion muy diversa, „ porque se le ama, se fia en sus palabras, y qual- „ quiera se entrega à èl sin reserva.„ Los preten- dientes del Consulado no imitaron el exemplo de los Tribunos de la Plebe, pues fue tal su empeño de comprar los votos, que hasta dinero prestado pidieron para este efecto, y con tanto descaro, y exceso, que en la misma plaza pública subieron en un instante los intereses desde quatro à ocho por ciento. Los Candidatos eran quatro, à saber: dos Patricios llamados Messala, y Scauro, á quie- nes acababan de absolver del cargo, que se les hi- zo de malversacion, y robo en sus Provincias, y dos Plebeyos, Domicio Calvino, y Memmio. A este ultimo protegìa César, y à Scauro Pompeyo, bien que mas en apariencia, que en realidad; y tampoco faltaba apoyo à los otros dos; pero la verdadera proteccion era el dinero que decidia de todo, y asi ninguno de los quatro competidores tenia superioridad conocida para confiar en ser preferido à los otros. El debate entre ellos durò bastante tiempo, acusaronlos de aver comprado los votos, y la desverguenza con que se procediò en este caso fue tal, que se hizo un convenio por escrito, y con testigos entre dos de los Candida- tos, y los Consules, para que los primeros salie- sen con su pretension. Estos, que fueron Domicio, y Memmio, se obligaron, si salian electos, á dár

An. R... 699.
An. J. C. 53.

Cic. ad Attic. IV. n. 16.

An. R... 699. An. J. C. 53. à cada uno de los Consules quatrocientos mil sestercios, à menos que no quisieran mas que ellos buscáran à tres Agoreros, y dos personas Consulares, para que estas supusiesen una Ley, y un Senatusconsulto, de que los Consules necesitaban para el destino de los Goviernos de Provincia à que debian ir al concluir su Consulado. Esta contrata la leyò el mismo Memmio en Senado pleno, suprimiendo solamente los nombres de los testigos; pero no los de los contratantes. Era el caso para morirse de verguenza, y efectivamente Ahénobarbo, que figuraba ser hombre honrado, quedó estrañamente confuso; pero como su compañero Appio, en el punto de fama, nada tenia que perder, se mostrò muy sereno; y esto fue todo lo que succediò en un negocio tan infame, y indigno, de que no se darà otro exemplar en la Historia. Toda esta complicacion de enredos parò en que diò fin el año sin averse hecho la eleccion de Consules. Supongo que el Lector està en que se trata del antecedente al en que vamos, y en el qual al cabo de cinco de pretension, y de mil oposiciones, y quimeras, en que huvo sangre vertida, consiguiò por fin Pontinio que se le concediese el triunfo, por aver vencido à los Alobroges antes que Cèsar tomára el Mando de las Galias.

Dio. lib. 39. Cic. ad Attic. IV. n. 16.

Concluìdo el año cesaron los Consules, y la Republica se empezò à governar por Interreyes, y durò este govierno por espacio de seis meses, como antes queda notado, porque las mismas causas que estorvaron la regular eleccion de Magistrados, la retardaron despues tanto tiempo. Parece que una de las principales, y que daba fuerza à las demás, era la ambicion de Pompeyo, porque siendo èl entonces el unico poderoso en la Ciudad, le huviera sido facil cortar los desordenes,

Interregno. Dio. lib. 40. Plut. in Pomp. Cic. ad Q. Fr. III. n. 8. 9.

nes, y hacer reſpetar las Leyes; pero de intento dexaba que aquellos crecieſen, con el fin de que llegaſen à tales terminos, que ſe vieſe la Republica forzada à recurrir à èl. Es mas que probable, que era ſu plàn hacerſe nombrar Dictador; pero ocultaba ſu juego, y diſimulado ſiempre, y no caminando jamás derecho, tomaba en eſte caſo, como en todos, unas ſendas obliquas, y queria figurar que ſe le forzaba à llegar al punto que èl deſeaba ardientemente. Fuera de éſto, reſpetaba haſta cierto punto el orden público; era enemigo de la violencia, y no tenia, como Céſar, un genio violento, que rompia todas las barreras para conſeguir por fuerza lo que no podia de grado, atropellando las Leyes, el decoro, y buen orden de la Republica. Era meneſter no obſtante ſeguir eſte plàn para obtener el empléo de Dictador, nombre aborrecido deſde Sila, y contra cuyo eſtablecimiento huviera reñido obſtinadamente todo el partido de la Ariſtocracia. El odio que ſe tenia à eſta Dignidad, lo viò, y tocò Pompeyo, porque aviendo C. Lucceyo Hirro, Tribuno (*) de la Plebe, ſoltado una eſpecie dirigida à que ſe nombraſe Dictador, en lo qual iba de acuerdo con Pompeyo, Caton lo emprehendiò tan reciamente, que faltó muy poco para reducirlo à hacer dimiſion del Tribunado. Durante las turbulencias que huvo ſobre la eleccion de Conſules, Pompeyo ſe auſentò de la Ciudad para mas bien diſimular, y encubrir la parte que en ellas tenia; pero finalmente aviendo buelto, viendoſe loar por Caton de la reſiſtencia que hacia, aunque aparente, de admitir la Dictadura, cediò por no deſmentir los elogios que le daban, y de reſultas ſe pudo hacer la eleccion de Calvino, y de Meſſala.

An. R... 699.
An. J. C... 53

Apenas eſtos Conſules tomaron poſeſion de ſus empléos, que fue en el mes de Julio, quando em-

(*) La eleccion de Tribunos de la Plebe ſe hacia mucho antes que la de los Conſules, y aunque eſtos faltaſen en la Republica, no por eſo dexaban de ſeguir los Tribunos en ſu exercicio en los Interregnos, y aun en ellos tenian mas facultades, porque eran los unicos Magiſtrados.

An. R... 699. An. J. C. 53. empezaron á penſar en la eleccion de ſus ſucceſores; pero ocurrieron las miſmas dificultades que en el año antecedente; y aſsi, quanto tenemos que decir de ſu adminiſtracion ſe reduce à tentativas inutiles, que hicieron para que ſe paſaſe à la nueva eleccion, y á un Decreto que obtuvieron del Senado para que á los Conſules, y Pretores no ſe les ſeñalaſen Goviernos de Provincias haſta cinco años deſpues del exercicio de ſus empléos. Como los Goviernos eran el obgeto de la ambicion de los primeros Ciudadanos de Roma, diſcurrieron que con el hecho de retardarlos tanto tiempo, ſe diſminuiria la anſia deſenfrenada de los que por obtenerlos compraban los votos para los empléos, que neceſariamente conducian al logro de ſus deſeos. Fuera de eſte motivo de bien público, y de reforma, que ſe procuraba aparentar, avia otro oculto en eſta diſpoſicion, ſegun Céſar nos refiere. Supone que con ella ſe trabaxaba contra èl, y que la idéa era, que no quedando, como no quedaban, los Goviernos afectos à los Conſules, y Pretores empleados, entonces un pequeño numero de perſonas; eſto es, Pompeyo, y los de ſu vando, diſpondrian à ſu arbitrio de todos, y por conſeqüencia tendrian à ſu mando las Provincias. Efectivamente yà verèmos, que lo que en eſte año ſe hizo en virtud de un Decreto del Senado, lo harà Pompeyo autorizar en el ſiguiente por una Ley, ò Ordenanza de la Plebe.

Cæſ. de Bell. Civil. lib. 1. c. 85.

En eſte miſmo año, ſegun refiere Dion, ſaliò Favonio electo por Edil. Dabaſe por imitador de Caton; pero como tenia una imaginacion recalentada, que le hacia ſer exceſivo en todo, excedia tambien à ſu modélo, quien, como lo hemos apuntado, ſe hacia algo ridiculo con ſu auſteridad, que yà paſaba los limites de lo juſto. Caton, que no dexaba de amar, y proteger à Favonio,

le

le sirvió de mucho en la pretension de la Edilidad, porque viendo que sus coopositores tenian ganados los votos para darle la exclusiva, descubrió sus maniobras, y hizo despedir la Asamblea, valiendose de la autoridad de los Tribunos. Como Favonio debia su empleo à Caton, se governò por sus consejos, y le dexò en cierto modo todo el honor, y toda la autoridad, y especialmente para la disposicion de los Juegos, que dio, segun su genio, y gusto, sin ninguna ostentacion, y con toda aquella moderacion que correspondia; pero al mismo tiempo divertidos, y sazonados por la variedad: de suerte, que las gentes dexaban, y aun se salian de los del compañero de Favonio, que eran muy ostentosos, para ir à los que daba Caton; lo qual hace conocer, que aun en los tiempos de una corrupcion general, se conserva entre el Pueblo algun discernimiento por la virtud; y que serìa facil corregir los excesos del luxo, y de la profusion, si los Grandes, moderandose en èl, dieran à los demàs el exemplo, y no se dexáran llevar del torrente, que los pierde, y pierde à los demàs. An. R... 699. An. J. C. 53.

Las Asambléas para la eleccion de Consules se tuvieron varias veces; pero todas pararon en quimeras, y en una de ellas salió herido el Consul Domicio. Estas fueron tales, que llegò el año nuevo, y los primeros dias de èl ni aun Interrey huvo en Roma. Esta anarchìa total la causaba la estraña violencia de los pretendientes del Consulado, que eran Milon, Hypsèo, y Metelo Scipion: de suerte, que quantos excesos, y desordenes avia avido hasta entonces en otras Elecciones eran nada, comparados con los que cometian los tres referidos competidores. Cada uno tenia su pequeño Exercito, y todos los dias avia entre ellos batallas muy sangrientas. Sin embar- Nuevo Interregno. An. R... 700. An. J. C. 52. Ascon. in Cic. pro Mil.

go.

An. R... 700. An. J. C. 52.

go de lo reprehenſible de una conducta tan contraria al orden, y Leyes de toda ſociedad, avia que hacer alguna diferencia en favor de Milon. Yà ſe acordaràn, que eſte tuvo la mayor parte con Pompeyo en el levantamiento del deſtierro de Ciceron. Deſde aquel tiempo jamàs ſe avia deſmentido en ſus procedimientos, y ſiempre unido al mejor partido, defendiò ſiempre con un valor heroyco la autoridad del Senado, y peleò para mantener la quietud pública contra los furores de Clodio; y aſsi tenia en ſu favor los deſeos, y votos de los mas hombres de bien. Tambien tenia ganada la multitud con ſus liberalidades inmenſas, Juegos, y eſpectaculos, en que conſumiò tres crecidiſsimos patrimonios. Contando con eſtos apoyos, y naturalmente aventajado, daba en quanto le era poſible priſa à la eleccion, porque tenia una cierta ſeguridad de ſer preferido; y por lo miſmo ſus coopoſitores, que reconocian la ſuperioridad, tiraban à dilatarla. Eſtos no obſtante tenian por protector à Pompeyo, de quien Hypſéo avia ſido Queſtor en otro tiempo, y Scipion eſtaba para ſer ſuegro. Tenian ademàs de eſto en ſu favor à Clodio, que entonces pretendia la Pretura, y que nada temia mas, que el tener à Milon por Conſul en el año miſmo en que èl fueſe Pretor. Por eſta cauſa ſe valia de todas ſus fuerzas, y de todo ſu credito para deſviarlo del Conſulado, y lo mas que pudo hacer por sì, y por los otros dos pretendientes fue eſtorvar el Nombramiento de Interrey, ſin cuya circunſtancia, que era preciſo que precedieſe, no ſe podia paſar à la eleccion de Conſules, y en todos los enredos que era meneſter hacer para eſte logro, eſtaba ſoſtenido por Pompeyo, que no perdia de viſta la Dictadura, y por un Tribuno de la Plebe llamado T. Munacio Planco Burſa, entre-

tregado à la voluntad de éstos, quien con la oposicion que hizo lo dexò todo suspenso. An. R... 700. An. J. C. 52.

En este tiempo, y llegado el dia diez, y ocho de Enero, Milon tuvo que salir de Roma para ir à Lanuvio, pequeña Ciudad que no estaba muy distante, y de donde era natural, ò originario, à efecto de presidir, como primer Magistrado, que entonces era de ella, la eleccion de un Sacerdote de Juno, Diosa tutelar de Lanuvio. Pusose en camino con Fausta su muger, que era hija del Dictador Sila, y con un amigo, llevando ademàs de esto un gran tren, y especialmente una partida de Gladiatores que le pertenecian. Clodio avia salido aquel mismo dia de Roma con treinta esclavos muy bien armados, y quando bolvia se encontrò su gente con la de Milon. Como unos, y otros sabian que sus amos eran enemigos, y que varias veces avian medido sus fuerzas en diferentes encuentros, empezaron à picarse, y de las palabras pasaron à las manos. Clodio acudiò, y aviendose metido en el medio de la refriega, uno de los Gladiadores lo hiriò considerablemente en un hombro, por lo que se hizo llevar à una posada que avia inmediata; pero Milon que estaba delante, noticioso de lo que pasaba, tomò sobre la marcha la resolucion de acabarlo, previendo que el mismo riesgo avia de correr yà quedase herido, ò muerto. Por esta causa, y queriendo, si avia de perecer, llevar à lo menos el consuelo de averse librado de su enemigo, hizo atacar el meson, y à poco esfuerzo forzaron las puertas sus esclavos, que llevaban à su frente à un tal M. Saufeio, sacaron afuera à Clodio, lo mataron, y dexaron en medio del camino, despues de lo qual Milon siguió el suyo à Lanuvio. La unica precaucion que tomò fue la de dàr libertad à aquellos de sus esclavos que avian herido, y muerto à Clodio, à fin de que no pudie-

An. R... 700. An. J. C. 52. diera forzarsele à entregarlos para ponerlos á question de tormento, porque segun las Leyes Romanas no se podia dár à las personas libres.

Un Senador llamado Sex. Tedio, que bolviendo à Roma pasaba casualmente por el mismo camino en que avia quedado el cadaver de Clodio, lo hizo recoger, le traxo à la Ciudad, y entregò à la viuda. Esta era Fulvia, la misma à quien su casamiento con Antonio, y sus furores contra Ciceron hicieron despues tan famosa, muger ambiciosa, altanera, y que en audacia, y en caracter sedicioso igualaba à los hombres mas resueltos. Hizo poner en su sala el cuerpo sangriento de su marido, y manteniendose à su lado, mostraba bañada en lagrimas à quantos trahia la novedad del espectaculo, las heridas que avia recibido. Fuè infinita la gente que acudiò aquella noche, y la mañana siguiente, y tal el tropel, que muchos murieron ahogados, y entre estos un Senador llamado C. Vibieno. Como el mayor concurso era de toda aquella canalla vil de la Plebe que avia sostenido à Clodio en todas sus temeridades, y furores, solo la hacia falta la autoridad, y apoyo de algun Tribuno para desmandarse á cometer los mayores excesos. Dos que fueron Planco Bursa, y Q. Pompeyo Rufo la prestaron su ministerio, y con su nombre agarraron los plebeyos en el estado en que estaba el cadaver de Clodio, y lo llevaron medio desnudo à la Tribuna de las Harengas. Los dos Tribunos se desataron entonces como furiosos en declamar contra Milon, y la multitud enardecida mas que nunca al oirlos, y teniendo à su frente à Sex. Clodio, que avia sido siempre el que llevò la guia de las sediciones excitadas por su amo, transportò el cadaver al Palacio Hostilio, le formò una pira con toda la madera que hallò à mano, como sillas de los Pretores, bancos, y escritorios

de

de los Jueces del Senado, mesas de los libreros, que avia en la plaza, y la pegaron fuego con tanta furia, que al mismo tiempo se quemó el Palacio, varias casas de particulares, y poco faltò que no succediese lo proprio à la Basilica Porcia, obra de Caton el Censor, la qual quedò muy maltratada por las llamas. Al mismo tiempo varios se destacaron con teas encendidas para pegar fuego à la casa de Milon; pero avia gente para defenderla, la qual saliendo sobre ellos, los disiparon facilmente. Otros cogieron los fasces puestos en el lecho funebre, y los llevaron à las casas de Scipion, y de Hypsèo, como para deferirles el Consulado, y despues entrando con los mismos fasces en los jardines de Pompeyo, lo proclamaban yá Consul, y yá Dictador. An. R... 700. An. J. C. 52.

El Senado asustado de vèr un tumulto tan horroroso, se juntò por la tarde del mismo dia, y tomò tan bien sus medidas, que los Patricios nombraron Interrey à M. Lepido. Encargóse sobre la marcha por un Decreto á éste, à los Tribunos de la Plebe, y à Pompeyo en calidad de Proconsul, que atendiese á la seguridad de la Republica, y al ultimo se le diò facultad para levantar Tropas en Italia. Milon se avia detenido en Lanuvio para vèr los efectos que produciria en Roma la muerte violenta de Clodio; pero sabiendo la indignacion que todos tenian contra los parciales del muerto, por los excesos que avian cometido, y especialmente por la quema del Palacio Hostilio, entrò en la Ciudad en el preciso instante que éste estaba ardiendo, y se presentò con la misma confianza, y entereza que siempre avia tenido, continuò en pretender el Consulado, y para recobrar el afecto de la multitud hizo distribuir à cada ciudadano á razon de mil ases, esto es, dos doblones por cabeza. Este donativo dió bastante inquietud

An. R... 700. An. J. C. 52. á sus dos competidores, y comprehendiendo que era interès suyo apresurar la eleccion de Consules antes que Milon pudiera calmar enteramente los animos irritados contra él, instaban al Interrey Lepido á que convocára las Asambléas; pero este se negaba à ello, pretextando que no avia exemplar de que el primer Interrey interviniese en la eleccion que se pretendia. Viendo esto Scipion, y Hypséo intentaron forzarlo, sus Tropas tenian sitiada su casa, dieronla varios asaltos, y aviendo en uno de ellos forzado las puertas, entraron en los quartos, cometieron mil excesos, y aun hicieron pedazos la cama de Cornelia, muger del Interrey, que era una Señora de prendas muy raras. Lepido huviera perecido à no aver acudido las gentes de Milon, con cuyo motivo aviendose enzarzado unos contra otros los dos vandos opuestos, dexaron libre la casa, y con esto se pasaron los cinco dias de su Regencia.

Varr. apud Gell. XVII. c. 18. Los dos Tribunos Rufo, y Bursa continuaban en indisponer, y irritar à la multitud contra Milon, y tambien se les agregó Salustio su personal enemigo por razones fuertes, bien que poco honrosas á uno, y á otro. Milon aviendo sorprehendido á Salustio con Fausta su muger, lo hizo azotar con bastante crueldad, y aùn que le pagase una cantidad de dinero bastante crecida para conseguir la libertad de retirarse. Era regular que el Ascon. deseo de la venganza fuese bien vivo en Salustio; pero sin embargo no fuè el mas tenáz, y él, y Rufo se dexaron persuadir por fin á guardar el silencio; pero Bursa continuò en manifestar su odio contra Milon, con un ahinco que no tiene comparacion. Este no obstante tenia entre los Tribunos un protector, que era el Orador Célio, joven lleno de espiritu, y de fuego, como antes lo diximos, á quien sus talentos huvieran hecho lucir

cir en la Republica, si huviese correspondido su conducta. En el negocio de que se trata tomó con calor, y como buen amigo la defensa de Milon, en lo qual se hizo honor, y éste de acuerdo con él desfiguraba el hecho de que se le acusaba del modo que Ciceron siguiò despues en su Alegato. Yá hemos visto, que el encuentro de las gentes de Milon, y de Clodio, de que se siguió la muerte de éste, fue casual; pero como el muerto venia á cavallo, escoltado de esclavos bien armados, que parece llevaba de intento, y que Milon iba en su carroza con su muger, seguido de su familia, Célio, y Milon aprovechandose de estas circunstancias, supusieron que Clodio lo avia querido asesinar, y por consequencia resultaba, que Milon lo avia muerto por defenderse. Célio obraba à impulsos de su amistad; pero Ciceron del agradecimiento, y éste le hizo no desviarse de la defensa de su bienhechor, por mas amenazas que le hicieron los otros Tribunos de la Plebe, y que sabia que su ardiente zelo por Milon disgustaba mucho á Pompeyo, cosa que en otros terminos le huviera impuesto silencio, y mucho mas quando este Romano se avia reconciliado hacia algun tiempo con Clodio, y resfriadose en extremo en la amistad de Milon, à quien temia, ò à lo menos fingia temer, como queriendo dár à entender rezelaba que éste lo asesinase. An. R... 700. An. J. C. 52.

Los alborotos, y inquietudes duraron casi otros dos meses en Roma desde la muerte de Clodio sin que nadie pudiera, ó pensára en remediarlas. Los Interreyes se succedian unos à otros; pero estos Magistrados, cuya autoridad no duraba mas que cinco dias, segun la costumbre, no podian detener los desordenes de los Candidatos, ni las quimeras tumultuarias, que avia con ocasion de la Causa de Milon. Los Tribunos en vez de apagar el

An. R... 700. An. C. J. 52. fuego lo atizaban mas, y Pompeyo siguiendo siempre su plan, no cuidaba de cortar una confusion que conocia vendria por fin à parar, en que la Republica se entregase à su disposicion. Con esta maxima no quiso sin duda admitir la sumisa oferta que le hizo Milon de desistir, si tal era su gusto, de la pretension que hacia al Consulado, porque faltando este competidor, huviera recaìdo infaliblemente en Scipion, y Hypsèo, y entonces quedaban desvaratadas sus idèas secretas, y mucho mas à vista de que iba cada dia creciendo el numero de los que lo pedian por Director. Otros querian que à Cesar se le elevase al Consulado, porque entonces se hallaba en la Galia Cisalpina á mano de poder atender à quanto pasaba en Roma, y levantando gente como para conformarse con el Decreto en que el Senado avia mandado hacer levas en toda Italia. Tanto temia el Senado el tener al uno por Consul, como al otro por Director; pero por fin precisados à ceder à la necesidad, en los ultimos dias del mes Intercalar, aviendose puesto de acuerdo los principales de los Senadores, Bibulo propuso hacer Consul à Pompeyo: „ Porque „ tomando este medio, añadiò, ò la Republica „ saldrà del abismo de males en que està sepulta„ da, ò si es preciso que quede reducida à la es„ clavitud, tendrà à lo menos el mejor amo que „ pueda esperar. „ Esta proposicion en boca de Bibulo sorprehendiò á todos, porque siempre se avia declarado opuesto à Pompeyo; pero mucho mayor fue la admiracion quando se viò que Caton la defendia contra todas sus maximas. Pocos dias antes avia dado una nueva prueva de su zelo por los principios Aristocraticos, y Republicanos, pues como algunos quisiesen que à Pompeyo se le encargase el cuidado de las elecciones, se opuso á ello diciendo, *que Pompeyo debia ser protegido por*

Cæs. de B. Gal. lib. 7. c. 1. Dio.

Plut. in Pomp. & in Caton.

las

las Leyes, y no las Leyes por Pompeyo; pero entonces acomodandose à las circunstancias, dixo: „ que „ jamas huviera conseguido consigo proprio el „ aver hecho semejante proposicion; pero que sin „ embargo viendola hecha por otro, la consentia, „ y apoyaba, persuadido à que qualquiera for- „ ma de govierno era preferible à la anarchia, y „ esperando que Pompeyo usaria con moderacion „ del poder exorbitante, que la necesidad obliga- „ ba à poner en sus manos.„ Esta esperanza fue efectivamente la que hizo tomar esta determinacion à los zelosos republicanos, y se lisongeaban de que Pompeyo contento de vèr que el Senado hacia con él un exemplar que con nadie avia hecho hasta entonces, se agregaria enteramente al partido de la Aristocracia, separandose de Cesar, y del vando popular, como assi lo hizo realmente desde aquel instante, porque yá empezaba à tener mucha desconfianza de Cesar. Todos se conformaron en el dictamen de Bibulo, y en 25. de Febrero, siendo Interrey Ser. Sulpicio, se creò Consul à Pompeyo por la tercera vez, pero sin compañero, y con la clausula expresa de que avia de poder nombrarle por sì, como esto no fuese antes del espacio de dos meses. An. R... 706. An. J.C. 52.

CN. POMPEYO MAGNO III.

LA ambicion de Pompeyo quedò satisfecha con esta distincion unica, y sin exemplar de verse sin competidor, y sin compañero à la frente de toda la Republica; y este supremo grado de grandeza, y de poder, le era tanto mas apreciable quanto que avia llegado à él por el camino que era de su gusto, esto es, por una condescendencia uniforme de sus ciudadanos, y no por el de la violencia. Diò à Caton las mayores gracias, y al mismo tiempo le pidiò que le ayudase con sus consejos. Caton, siempre algo duro, le respondiò con aque-

An. R... 700. An. J. C. 52. aquella libertad Stoica que tenia: „ Ninguna obli- „ gacion me teneis; porque en lo que he dicho, „ y hecho, he procurado servir, no à vos, sino es „ à la Republica. En punto de mis consejos, os „ los darè gustoso privadamente, si me los pidie- „ reis; pero en el público, y en el Senado os los „ darè, aunque no me los pidais.

Plut. in Pomp. Entonces fue quando Pompeyo celebrò su casamiento con Cornelia, hija de Metelo Scipion, y viuda del joven Crasso, que acababa de morir en la guerra de los Parthos. Cornelia estaba en la flor de su edad, y ademàs de las gracias de su sexo, tenia las potencias muy cultivadas, porque no solamente era diestra en la Musica, sino tambien literata, y estaba instruida en la Geometria, y en la Philosophia; pero à todo esto añadia una prenda mucho mas estimable, que era la de un genio amable, natural, igual, y sencillo, distante de la arrogancia, y de la curiosidad, vicios que las Ciencias inspiran alguna vez, dice Plutarco, à las Señoras mozas. Este matrimonio no dexò de censurarsele à Pompeyo; assi por la desproporcion de la edad, como porque algunos hallaban ser intempestiva, y indecente una fiesta de bodas para Pompeyo en un tiempo en que la Patria afligida lo avia buscado para remedio suyo, violentando todas las reglas, y Leyes del govierno de la Republica.

Pompeyo sin embargo de las fiestas de sus bodas no se olvidò del objeto, para el qual lo avian empleado; y al tercer dia de aver tomado su posesion, convocò el Senado para que se tratase de los medios de corregir los males que el público padecia. Era su intencion promulgar nuevas Leyes contra los excesos de los pretendientes de los empleos, y contra las violencias que ultimamente se avian cometido, queriendo tambien que se die-

dieſe comiſion eſpecial para hacer una formal informacion ſobre la accion entre Clodio, y Milon, en que quedò muerto el primero, ſobre el incendio del Palacio Hoſtilio, y ſobre el inſulto cometido en la caſa del primer Interrey M. Lepido. Segun Ciceron, parece que el Senado reſiſtiò el eſtablecimiento de nuevas Leyes, por ſer ſuficientes las antiguas para poder proceder en todos los aſumptos referidos, y que queria que unicamente ſe mandaſe al Pretor que debia conocer de eſtos delitos, que con preferencia à otras Cauſas, puſieſe eſtas en eſtado para que pudieran verſe, y ſentenciarſe. Los Tribunos que querian perder à Milon, eſtorvaron el efecto de la buena voluntad que ácia éſte manifeſtaba el Senado; y Célio al contrario ſe opuſo à la propueſta de Pompeyo, diciendo, no ſin fundamento, que no era una Ley la que queria eſtablecer, ſino es una eſpecie de proſcripcion perſonal. Pompeyo entrò en colera al oìr eſta eſpecie, y declarò, que ſi lo obligaban à ello, emplearia la fuerza de las armas en defenſa de la Republica, por lo que paſò la Ley, ſe formò una Junta, ò Tribunal particular para el conocimiento de los exceſos referidos, y ſe conſtituyò por Preſidente de él à L. Domicio Ahenobarbo, perſona Conſular. Tambien quedò eſtablecida la nueva Ley, contra los que compraban, y avian comprado los votos para los empleos, agravando las penas anteriormente eſtablecidas, y mandando que ſe hicieſe una exacta peſquiſa, y caſtigaſe à todos los que de veinte años á aquella parte ſe hallaſe aver cometido igual delito; à lo qual ſe opuſo Caton, teniendo por injuſto, que à los delinquentes ſe les ſugetaſe à una pena que no eſtaba impueſta quando delinquieron. Tambien reformò, y abreviò el modo de adminiſtrar la Juſticia, reduxo à un numero menor la multitud de Abo-

An. R... 700.
An. J. C. 52.

Cic. pro Mil. n. 13.

Appian. Civil. lib. 2.
Plut. in Cat. & in Pomp.

An. R. 700. Abogados que se empleaban en una misma Cau-
An. J. C. 52. sa, y que solo servian de perturbar á los Jueces, prefinió el termino de tres dias para el examen de testigos, despues de lo qual el acusador, y acusado debian pleytear en un mismo dia, ciñendose el uno à hablar en el espacio de dos horas, y de tres el otro, à lo qual se avia de seguir la Sentencia. Un Autor se ha quexado de que esta disposicion ponia la Eloquencia en estrechos terminos; pero favorecia la expedicion de los negocios, que es de tanta importancia en la administracion de la Justicia. Finalmente, Pompeyo puso especial atencion en la eleccion de Jueces, y con especialidad en los del Tribunal que avia de conocer de la Causa de Milon, el qual se compuso de quantas personas de probidad avia en Roma, y de los ciudadanos de reputacion mas integra.

Auct. de Caus. Corr. Eloq. n. 38.

Luego que todo estuvo arreglado, dos sobrinos de P. Clodio, hijos de uno de sus hermanos, acusaron à Milon, como à reo de la muerte de su tio, ante el Tribunal establecido para este efecto, y al mismo tiempo se le hicieron otras tres distintas Causas criminales en otros tantos Tribunales diferentes, porque quando un hombre es desgraciado, todo el mundo se le atreve. La Causa del homicidio, como la mas importante, y que debia dár la regla á las demás, fuè la que se viò la primera. Milon compareciò el quatro de Abril, mostrando siempre la misma constancia, y entereza que le era genial, no vistió luto como los demàs en igual lance, ni quiso baxarse à pedir misericordia á los Jueces, suponiendo, que nada le acusaba la conciencia, y que por esta razon debia hacer un grandesprecio de las acusaciones de sus contrarios. El peligro en que estaba, aun sin considerar mas que la canalla afecta à la memoria de Clodio, era, no obstante su confianza, bastantemente

te grande. En el primer dia en que se empezaron à examinar los testigos, en tanto que M. Marcelo, el mismo por quien Ciceron dá gracias à César en el discurso que corre con su nombre, hombre recomendable por su nacimiento, por su virtud, y por su eloquencia, el qual ayudaba entonces à Ciceron en la defensa de Milon, examinaba à C. Casio Schola, amigo, y compañero de Clodio; se levantó tal griteria entre el populacho, que Marcelo, temiendo que cometiesen con él alguna tropelia, se retirò ácia donde estaba el Presidente, y aun Pompeyo, que no estaba distante, se conturbò, por lo que à instancia de Domicio Ahenobarbo, que era el que presidia, y de Marcelo, que no se creia seguro, traxo los dias siguientes un Cuerpo de Tropas, que distribuyò en toda la plaza, con cuya precaucion se examinaron pacificamente los testigos. Fulvia, viuda de Clodio, compareciò la ultima, y con sus sollozos enterneciò à toda la Asambléa. Concluìdos los Interrogatorios en el dia tercero, en la tarde de él, el Tribuno Planco Bursa, juntò la Plebe, y la exhortò à concurrir al dia siguiente á la Asambléa, y *à no dexar escapar à Milon*, que estas fueron sus palabras. Su encargo se siguiò puntualmente, y en el 11. de Abril destinado para la conclusion de esta gran dependencia, se cerraron todas las tiendas de la Ciudad, y la multitud de gentes que concurriò fue tan furiosa, que hasta los texados estaban ocupados. Pompeyo assistiò à la Audiencia acompañado de Tropa, que apostò en todos los puestos de alguna importancia, reservando para sì una Guardia competente. An. R... 700. An. J. C. 52.

Los acusadores hablaron por espacio de dos horas, segun el nuevo reglamento de Pompeyo, y á Ciceron se le encargò responder á la acusacion; pero no lo hizo con su eloquencia ordinaria. Era,

An. R... 700. An. J. C. 52. como todos saben, naturalmente timido, como él à sì mismo se pinta con el nombre de L. Crasso; y Milon, que conocia su genio, le aconsejò se hiciera llevar en una silla cerrada para ahorrarse de vèr la gente de guerra, y la furiosa multitud que avia concurrido á la Asamblèa. Hizolo asi Ciceron; pero viendo al salir de la silla á Pompeyo sentado en lo alto cercado de una Guardia, y toda la plaza llena de soldados, empezò á temblar, y à cortarse, y lo que lo rematò enteramente fueron los gritos descompasados que dieron los del vando de Clodio, quando se disponia para empezar su defensa. Perdido una vez, no pudo bolver en sì, ni recobrarse, de suerte, que pleyteò muy mal, porque el Alegato, ó Oracion que tenemos de él por Milon, y que es uno de los mayores primores de la eloquencia de Ciceron, no es el que pronunciò, sino el que hizo despues à sus solas para embiarlo á Milon à su destierro; y asi el exito de la Causa fuè para éste bien triste. Ochenta, y un Jueces assistieron á la vista del pleyto: De estos cada una de las dos partes recusó antes que votasen á quince, por lo que quedaron solos cinquenta, y un votos, de los quales no tuvo Milon mas que trece en su favor; pero el uno de ellos para él bien glorioso, y que valia por todos los otros juntos, fue el de Caton. El desastre de Milon fue completo, condenaronle succesivamente en los otros tres Tribunales en que estaba acusado, vendieronle sus bienes; pero por grandes que eran, no alcanzaron para pagar sus deudas, que pasaban de treinta, y cinco millones de reales. Milon se retiró á Marsella, en donde se mantuvo á lo menos en el exterior con aquella entereza, y altaneria que avia mostrado antes de su desgracia, porque aviendole embiado Ciceron su Alegato, segun lo compuso despues de evacuada la

Cic. de Or. lib. 1. n. 121.

Dio. Ascon.

Ascon. & Vell.

Cau-

Causa: *Me alegro*, le respondiò en la carta en que le avisò el recivo, *que no huvieseis pleyteado tan bien. Si huvierais pronunciado este discurso delante de mis Jueces, no comeria yo tan buenos pescados en Marsella.* Hizo sin embargo despues algunos esfuerzos para restablecer sa fortuna; pero pereciò en la fuga de ellos, aviendo tenido la desgracia singular de averse hecho igualmente odioso à los dos vandos opuestos de Pompeyo, y de Cesar. La prueva de que en el siguimiento de su Causa le dañò mas que otra cosa la enemistad que el primero le tenia, es que Saufeyo, que fue el que se puso à la frente de los Gladiatores para forzar la casa en que se avia retirado Clodio, saliò absuelto, primeramente en el proprio Tribunal en que Milon condenado, y luego por el Juez que conocia de delitos de violencias. Al contrario se condenò à destierro à Sex. Clodio, por el incendio del Palacio Hostilio, y tambien à otros de los de su vando, y entre estos los mas conocidos fueron los dos Tribunos de la Plebe Q. Pompeyo Rufo, y T. Planco Bursa, à quienes se acusò de sus violencias, y conducta sedicioса luego que diò fin el año de sus emplèos, y el ultimo fue condenado sin embargo del empeño, y diligencias que hizo Pompeyo para salvarlo, faltando à las Leyes que él mismo avia establecido para corregir, y castigar los abusos que se avian introducido en la administracion de la Justicia.

An. R. 700. An. J. C. 52.

Dio.

La Causa de Planco no es la unica en que Pompeyo haya merecido el titulo que le dà Tacito de violador de las Leyes (*) que él proprio avia establecido. Una de ellas era contra los que sobornaban à los ciudadanos para obtener los emplèos de Republica, y en consequencia de ella acusaron à su suegro Metelo Scipion, cuyo exceso en esta parte era bien notorio. Pompeyo tomò esta Cau-

(*) *Suarum Legum auctor idem ac subversor.* Annal. lib. 3. n. 28. Plut. in Pomp. Dio. Appian.

An. R... 700. An. J. C. 52. sa por tan suya, que llegò hasta ponerse luto para ablandar à los Jueces, de que resultò, que algunos de éstos, indignos lisongeros, sin honor, ni estimacion, se le pusieron igualmente por congraciarse con èl. Visto esto por el acusador, desistió de su demanda, bien que quexandose amargamente de la parcialidad de los Jueces, y del Consul. Una conducta semejante trahe necesariamente una desigualdad grande en los procedimientos de la Justicia, segun la diferencia de personas, porque no siempre se puede detener el curso de ella; y assi Pompeyo cayò en este inconveniente tan indigno de un Magistrado Supremo. Hypséo, que avia sido su Questor en el mismo caso que Scipion, recurriò à la proteccion del Consul, y vino à echarse à sus pies à tiempo que iba à sentarse à la mesa. Pompeyo le echò de sì con bastante dureza, diciendole, que no iba sino es á hacerle mala obra. No fue mas favorable à Scauro, acusado del proprio delito que los dos antecedentes, y como el populacho empeñado en favor de éste empezase con su griteria à perturbar, y amedrentar à los Jueces, detuvo el tumulto, mandando á sus soldados que hiciesen callar, y apartasen toda aquella multitud. Algunos perdieron la vida de resultas, con lo qual escarmentados los otros, callaron, y se retiraron; y los Jueces aviendo visto, y examinado pacificamente la Causa, condenaron á Scauro. Todas estas dependencias ocuparon algunos dias, por lo que hasta el mes de Agosto no nombrò Pompeyo compañero para el Consulado, y este lo fue su suegro Metelo Scipion.

CN. POMPEYO MAGNO III.
Q. CÆCILIO METELO PIO SCIPION.

Cæs. de Bell. Gall. lib. 7. c. 6 Sin embargo de las irregularidades, y inconsequencias de la conducta de Pompeyo, es

pre-

preciso confesar en honor suyo, que puso à Roma en orden, que hizo que se respetasen las Leyes, que yà no se conocian; y que desterrò de ella la confusion que reynaba. Desde este tiempo es menester datar el celo, y afecto sincero con que Pompeyo se uniò al Senado para no separarse mas de èl; y por esta razon, Ciceron realza en terminos energicos el tercer Consulado de Pompeyo, hasta tratarlo de divino. Muy util huviera sido para sì, y para la Republica, que à estos rasgos verdaderamente laudables, huviese añadido una prudente precaucion contra Cèsar; pero hizo por lo que pertenece à este terrible competidor un ultimo yerro, con que coronò todos los demàs, y que dió à Cèsar un pretexto aparente para convertir contra la Patria las armas, que ésta la avia fiado. Hemos visto, que algunos pensaron en hacer Consul à Cèsar; pero este no era su plán, porque solo pensaba en acabar la Conquista de las Galias, que no estaban sugetas, ni con mucho, y viendose que aùn le faltaban quatro años para concluìr la ultima prorroga de su Mando, estaba bien distante de privarse de la ventaja que éste le daba, y de la ocasion de asegurar mas, y mas su poder antes de bolver à Roma. Quiso pues, que sus amigos en lugar de hacerlo entonces Consul, le obtuviesen la facultad de poderlo pretender, quando à èl le conviniese, por medio de Procurador, dispensandole de la precision de averse de presentar personalmente en el Campo de Marte, porque de lo contrario tenia que dexar su Provincia, y el Mando, y dispensandole de la personal concurrencia, pasaba sin intermision del Mando de los Exercitos à un segundo Consulado, ò por decir mejor unía lo uno à lo otro, á fin de que la autoridad Consular, sostenida con diez Legiones que continuarian en re-

An. R... 706. An. J. C. 52.

Cic. ad Attic. VII. n. 1.

Plut. Dio. & Appian.

co-

An. R... 700. An. J. C. 52. conocerlo por Gefe, lo puſiera en eſtado de poder executar quantos ambicioſos proyectos le ſugirieſe ſu ambicion. Pompeyo, que conociò deſde luego à dónde ſe dirigia ſu pretenſion, tirò à parar el golpe, y hizo promulgar una Ley, que renovaba las antiguas, ſobre que à ningun auſente ſe atendieſe en la eleccion de Magiſtrados. Los amigos de Céſar clamaron fuertemente contra eſta diſpoſicion, y aunque la Ley eſtaba yà gravada en bronce, y pueſta en los Regiſtros públicos, tuvo la flaqueza de corregirla, haciendo añadir eſta excepcion: *A menos que no ſe diſpenſe à alguno de la concurrencia perſonal.*

El grande empeño era obtener eſta diſpenſacion para Ceſar, ſobre cuyo aſumpto huvo no pocos debates en el Senado; pero finalmente los Tribunos de la Plebe ganados por èl, y aviendo Pompeyo no ſolamente condeſcendido, ſino tambien empeñado à Ciceron à fin de que perſuadieſe à ſu amigo Célio, entonces Tribuno, para que no ſe opuſiera al deſeo de Céſar, (en lo qual obrò contra todo ſu dictamen, pues reſiſtiò con Caton en el Senado el que ſe condeſcendieſe à la pretenſion que ſe introduxo ſobre eſte aſumpto) la Plebe ante quien ſe hizo la propueſta, concediò à Céſar la diſpenſacion que pedia. El unico motivo que parece pudo tener Pompeyo para eſta condeſcendencia, en que ſin conocerlo firmaba, hablando en proprios terminos, la Sentencia de ſu ruina, y de ſu muerte, fue el que eſtaban al eſpirar los cinco años de ſu Mando en Eſpaña, uno antes del de los diez de Céſar en las Galias. Por eſta cauſa le era de la mayor importancia el hacerſe continuar en ſu Mando, para no quedar deſarmado en el proprio tiempo que ſu antagoniſta ſe hallaſe con las armas en la mano; y aſsi trabaxaba entonces para hacerſe prorrogar por otros cinco

años

años mas, con una consignacion annual de veinte, y quatro millones de sestercios; esto es, seis millones de reales de plata, á tomarlos del Thesoro público. Para el logro de su intento temiò hallar la oposicion de Cesar, y los de su vando, que sin duda le huvieran cortado sus idéas, y mucho mas quando el mismo Pompeyo acababa de hacer ratificar con una Ley el Decreto dado por el Senado en el año antecedente, sobre que à ningun Consul, ni Pretor se pudiese dàr Govierno hasta que pasasen cinco años despues de aver obtenido estos empléos. Esto fue, dice Mr. Crevier, lo que parece forzò à Pompeyo à consentir en lo que deseaba su competidor para obtener él lo que queria. Cada uno agarrò lo que le pareció necesitaba para resguardarse contra el otro, y hicieron una especie de trueque, de que se aprovechò el mas diestro. An. R... 700. An. J. C. 52.

Metelo Scipion quiso partir con su compañero la gloria de reformar el Estado, restableciendo en todos sus derechos, y privilegios la Censura que avia quedado despreciable, y sin facultades desde que Clodio por una Ley quitò à los Censores la libertad de poder infamar á ningun ciudadano, à menos que se le huviera acusado en forma, ò convencido de algun hecho digno de castigo. Con efecto restableciò à los Censores en el uso libre de la jurisdiccion que siempre avian tenido para corregir los excesos, notando con penas infamantes à los que con sus vicios causaban algun escandalo en la Republica, ò que se desmandaban en qualquiera asumpto que se fuese, como lo hemos visto en los tiempos antiguos; pero como el restaurador de las facultades de la Censura, era el primero que sin respeto de ella se abandonaba públicamente à los vicios mas feos, y horrorosos, aun en el tiempo de su Consulado, solo sir-

An. R... 700. An. J. C. 52. sirviò su providencia de acreditar mas, y mas su desvarato, y su poco juicio, y al mismo tiempo de poner de manifiesto la imposibilidad de corregir unos males, que se avian hecho mas fuertes que todos los remedios; y assi ningun ciudadano de estimacion, y de punto quiso pretender una Dignidad, que conocia le avia de servir de tener el gran sentimiento de no poder emmendar, ni contener la multitud de excesos de todas especies à que se avian precipitado sus conciudadanos.

Plut. in Cat. & Dio. En las Asamblèas para la eleccion de Consules del año siguiente huvo varios debates; pero bien diferentes de los que en los años anteriores pusieron en fuego à toda la Ciudad. Todo se hizo con la mayor tranquilidad, fruto por una parte de las Leyes establecidas por Pompeyo, y por la otra de la prudencia, y moderacion de los Candidatos, que salieron à la pretension. Estos fueron Caton, Servio Sulpicio, el famoso Jurisconsulto, que algunos años antes perdiò el Consulado en competencia con Murena, y M. Marcelo, de quien hemos hecho mencion con motivo de la Causa de Milon. El fin de Caton en pretender el Consulado no podia ser mas recto, ni mas elevado. Veìa todo el poder dividido entre Pompeyo, y Cèsar, quienes si se unian, acabarian con la Republica, ò la destrozarian, si llegaban à desunirse; y assi se proponia, si conseguia el Consulado, el arrancar de manos de dos particulares la autoridad que tenian usurpada, para restituirla al Senado, y à la Plebe, á quien pertenecia. Los pensamientos de Sulpicio no eran tan altos, porque era un hombre de genio blando, y que no tomaba con calor ningun empeño. Marcelo aborrecia à Cèsar; y assi, de qualquiera modo que el Pueblo se determinase en favor de estos tres pretendientes, Cèsar no podia à lo menos dexar de tener por enemi-

migo à uno de los Consules; pero los dos ultimos convenian mas à Pompeyo. Esta circunstancia era para ambos muy ventajosa, y el mismo Caton contribuìa al logro de su pretension, indisponiendo contra sí à la multitud por su severidad excesiva, porque obtuvo que el Senado expidiese un Decreto, mandando que los Candidatos solicitasen por sì proprios, y no por interpositas personas, los empléos de la Republica. Los plebeyos se indignaron mucho contra èl, porque despues de aver contribuìdo mas que nadie á quitarles el dinero que sacaban de la venta de sus votos, les privase tambien de la satisfaccion de verse solicitados, y acariciados, de suerte que al mismo tiempo les quitaba honra, y provecho. Por esta causa, y porque aun en su mismo modo de pretender hostigaba à las gentes, porque su genio no se acomodaba à los rendimientos, y sumisiones, que hace el que ha menester, el Pueblo le hizo el desayre de preferirle à Sulpicio, y à Marcelo. La repulsa ninguna fuerza hizo à la constancia de Caton, y la sobrellevò con la propria moderacion con que avia pretendido el Consulado. Solamente hizo animo de no solicitarle mas, conociendo que el Pueblo no gustaba de tenerle en la primera Dignidad, sobre cuyo asumpto Ciceron, cuyas máximas no eran tan severas, lo censura mucho de no aver hecho todos sus esfuerzos para obtener el Consulado en un tiempo en que la Republica lo necesitaba en este empléo. An. R... 700. An. J. C. 52.

Lo que pasó en Roma en el Consulado de Sulpicio, y de Marcelo, y en el año subsiguiente, se reduce unicamente à los preparativos de la guerra civil, y à los preliminares del rompimiento de Cesar, y Pompeyo; pero de esto darèmos noticia luego que concluyamos con la relacion de las ultimas hazañas del primero en la Galia, y de lo

An. R... 700. An. J. C. 52. acaecido en el tiempo en que Ciceron fue Proconsul de la Cilicia, en que huvo algunos movimientos de los Parthos en Oriente.

§. III.

REBELION CASI GENERAL EN LA GALIA. Cesar buelve à ella, y se halla muy embarazado para poderse juntar con sus Legiones. Relacion de lo que hizo Cesar en su Provincia, hasta que por fin consiguiò reducirla enteramente en el año octavo de su Mando. Emplease en el siguiente en calmar los animos de los Galios, y en ganarles el afecto con la suavidad de su trato. Movimientos en Oriente. Cassio contiene, y rechaza à los Parthos que entran en Siria. Bibulo, Proconsul de esta Provincia, no hace grandes hazañas contra los Parthos. Su constancia en la muerte de sus hijos. Ciceron Proconsul de Cilicia. Razon de lo que hizo en esta Provincia. Muerte de Hortensio. Triunfo de Lentulo Spinther. Appio acusado, y absuelto. Eligenlo Censor, y se hace en este empléo ridiculo, con una severidad que no correspondia al resto de su conducta.

Cæs. de Bell. Gall. lib. 7. EN tanto que Cesar estaba de la otra parte de los Alpes ácia Italia, y que sus Legiones tenian sus quarteles de hinvierno en las partes septentrional, y oriental de la Galia, los Galios premeditaban una rebelion general, y hicieron un esfuerzo mayor que los antecedentes para sacudir el yugo de sus injustos opresores. El suplicio de Accon, Gefe de los Senoneses, avia irritado, y alborotado los animos de todos, temiendo cada uno para sì igual tratamiento. Demàs de éso, los alborotos que huvo en Roma con ocasion

sion de la muerte de Clodio, y de los quales tuvieron noticia, les pareciò una ocasion favorable, discurriendo que estas sediciones domesticas detendrian mucho tiempo à César en Italia; y finalmente la misma posicion de las Legiones en uno de los extremos de la Galia, les hizo esperar, que si se levantaba el corazon del pais, les seria facil cortar la comunicacion entre César, y su Exercito, y por consequencia impedir que se uniesen el General, y sus Tropas. Los Carnutos, segun el convenio hecho entre todos aquellos Pueblos, fueron los primeros que se levantaron, y aviendose juntado de todas partes en Génabo (*Orleans*) una de sus Plazas mas importantes, pasaron à cuchillo à todos los Romanos establecidos en ella con titulo de Comercio, y entre otros mataron à un Equite Romano de los mas distinguidos, á quien César tenia encargada la provision de viveres de su Exercito. Esta era como la señal de la rebelion, y la noticia volò por toda la Galia con tanta rapidèz, como que aviendose cometido el insulto contra los Romanos al salir el sol en Génabo, se supo en las fronteras de la Auvernia, que hay una distancia de ciento, y sesenta millas, esto es de mas de cinquenta leguas, antes del fin de la primera vigilia de la noche. El modo con que los Galios se comunicaban con tanta promptitud las noticias de importancia que se esperaban, era poniendo de trechos en trechos hombres, que á gritos se las iban dando de unos á otros. An. R. 700. An. J. C. 52.

Vercingétorix esperaba esta señal para levantar à los Auvernios. Este era un mozo muy acreditado entre los suyos, y muy poderoso, hijo de Celtilo, que se avia visto á la frente de la Céltica, y à quien mataron sus compatriotas por aver intentado hacerse Rey. Vercingétorix, que natural-

An. R. 700. An. J. C. 52.

mente no tenia menos ambicion que su padre, tomò las armas en la Auvernia, luego que supo el levantamiento de los Carnutos, y se apoderó de Gergovia (*) contra el dictamen de su tio, que temia las resultas de una accion tan aventurada. Los suyos lo proclamaron Rey, y casi al instante se le reconociò por Gefe de toda la Liga, en que entraron por entonces los Senoneses, los Parisios, los Pueblos del Poitu, Querci, Turena, los Aulercos, Limosinos, de Anjou, y todas las Provincias de la Céltica, que bordeaban el Oceano. El nuevo Gefe puso toda su aplicacion, y cuidado en juntar à toda prisa las mayores fuerzas, pidiendo à cada Pueblo cierto numero determinado de hombres, armas, y cavallos, haciendose obedecer con el mayor rigor, y castigando con estraña crueldad á qualquiera que no obedecia puntualmente: de suerte, que el miedo del castigo juntó al derredor de sì un Exercito numeroso, con el qual intentò unir à la Liga los Pueblos que aùn no se avian determinado à entrar en ella. Dió parte de las Tropas à Luterio, que era del pais de Querci, con orden de entrar en la Roverga, y otras Provincias inmediatas, para sublevar à sus Pueblos, y al mismo tiempo de atacar, si hallaba ocasion, la Provincia Romana. Vercingétorix en persona marchó ácia el Berri con sus principales fuerzas, y atraxo à los naturales à su partido.

(*) Ciudad arruinada de la Auvernia, cuyos vestigios se descubren á dos leguas de Clermont.

César se avia hasta entonces mantenido en la Galia Cisalpina esperando, segun todas las apariencias, las resultas de los alborotos que avia en Roma, para sacar algun fruto de ellos; pero quando viò que la prudencia, y entereza de Pompeyo, como èl mismo lo dice, lo avia calmado todo, y que por consequencia yá nada tenia que esperar, se diò prisa à bolver à pasar los Alpes, pa-

para apagar el fuego que se avia encendido en las Galias. Hallòse no poco embarazado á su llegada sobre los medios de juntarse con sus Legiones; porque hacerlas venir à la Provincia Romana, en donde èl estaba, era exponerlas à que en la marcha tuvieran que pelear, sin estàr èl presente; y, ir él en su busca exponer su persona, atravesando por en medio de unos Pueblos de cuya fidelidad no estaba muy seguro. En esta incertidumbre acudiò à lo mas urgente, marchò ácia Narbona, puso buena Guarnicion en esta Plaza, y en las inmediatas, y asegurò toda aquella tierra contra la irrupcion de que se veìa amenazada por Luterio. Dispusose luego para entrar en la Auvernia, y para este efecto juntò al pie de los montes de Cévennes, ò Sevennes las Tropas de la Provincia, y las nuevas reclutas trahidas de Italia. Era entonces la estacion mas rigurosa del año, y las montañas estaban cubiertas de nieve, de suerte que los soldados de Cèsar tuvieron para abrir paso que limpiar hasta seis pies de nieve; pero la presencia de su General les hizo vencer con gusto todas las dificultades. Los Auvernios, que creìan imposible el transito de los montes en aquel tiempo aun para un hombre solo, quanto mas para un Exercito, quedaron estrañamente admirados de verse con las Tropas Romanas encima, y la Cavalleria de Cèsar hizo tales daños en todo aquel territorio, que Vercingétorix tuvo que dexar el de Berri para acudir à su socorro. Cèsar tenia previsto, que asi succederìa, y su animo era entretener en aquella parte al enemigo, entretanto que èl pudiera marchar secretamente en busca de sus Legiones. Dos dias se detuvo en la Auvernia, y luego partiò, dexando à las ordenes de D. Bruto las Tropas que avia conducido. Tomó por pretexto el que iba à buscarlas algun refuer-

An. R. 700.
An. J. C. 52.

An. R... 700. zo, y las prometiò hacer todo lo posible para no
An. J. C. 52. estàr ausente mas que tres dias, engañando à los Romanos, para mas bien engañar à los Galios. Fue primeramente à Viena, y juntandose con un Cuerpo de Cavalleria que lo esperaba, atravesò las tierras de los Eduenos, de quienes desconfiaba, sin parar de dia, ni de noche, para no dar lugar con su diligencia à que cometiesen alguna infidelidad: llegò felizmente al Langrès, y juntò sus Legiones, aun antes que los Auvernios tuviesen noticia de su llegada.

Como el hinvierno duraba todavia, parece que el animo de Cesar era esperar el buen tiempo para empezar las operaciones de la guerra; pero aviendo Vercingétorix venido à poner sitio á Gergovia, Plaza distinta de la que antes hicimos mencion, situada en la parte del Borbonès, que yace entre la Loara, y el Alier, y ocupada por una Colonia de Boyos, à quienes Cèsar estableciò en ella en su primera campaña; este General, sin embargo de las grandes dificultades que hallaba en ponerse en marcha sin tener viveres prevenidos, ni aver forrages en los campos, acudió à su socorro, queriendo mas exponerse, que no que se dixera, que abandonaba à sus Aliados, para no dàr lugar à que los otros le fuesen infieles, viendo que faltaba à la palabra que les avia dado de defenderlos contra sus enemigos. Por esta causa escriviò à los Eduenos, en cuyo territorio estaba Gergovia, exhortandolos à subministrar viveres, y refrescos à los sitiados, y à èstos animandolos à que se defendieran entretanto que èl en persona iba à socorrerlos, y con efecto se puso al instante en marcha, dexando en Agendico (*Sans*) dos Legiones con todo el bagage del Exercito. Como la impericia de los Galios en el ataque de Plazas era grande, tomò el ca-

camino mas largo con deseo de vengar la sangre de los ciudadanos Romanos degollados por los Carnutos en Genabo. Dirigiò pues su marcha ácia esta Ciudad, se apoderò de paso de Velaunodunum, (*) sin mas detencion que la de tres dias, y aviendo llegado en otros dos à la vista de Genabo, dispuso una emboscada à la salida de un puente, que avia sobre la Loara, por donde discurriò que intentarian escapar los habitantes; y con efecto, aviendo succedido como lo pensaba, los cogió à todos como en unas redes, entrò la Plaza, y la hizo pillar, y pegar fuego. Desde esta parte, continuando su marcha, entrò en la Provincia de Berri, y segun su costumbre de no dexar detràs cosa que pudiera dàrle cuidado, atacò à Noviodunum, que hoy dicen *Nouan*. Los sitiados tenian yà hecha su Capitulacion, quando se bolvieron atràs, y la rompieron, porque descubrieron los batidores del Exercito de Vercingétorix, quien aviendo levantado el sitio de Gergovia con la noticia de la llegada de los Romanos, venia à toda prisa à su socorro. Muy poco les duró la esperanza que avian recobrado, porque aviendo Cèsar derrotado la Cavalleria enemiga, tuvieron que recurrir à la clemencia del vencedor, y para merecerla empezaron entregando à los que avian sido causa de que se rompiera la Capitulacion ajustada. Cèsar no contento con aver tomado tres Ciudades al paso, y libertado del sitio à los Boyos, determinò ponerle à Avarico, (*Burges*) Capital de los Biturigas, persuadido à que con la toma de esta Plaza reduciria à toda la Nacion.

An. R... 700.
An. J. C. 52.

(*) *Beaune* en el Satinès.

Antes que Cèsar pudiera llegar à Avarico, Vercingétorix en un gran Consejo de Guerra que tuvo, propuso un plàn de Campaña bien fatàl para el país, pero bien entendido contra los Roma-

An. R... 700. manos, que se reducia á no aventurar contra ellos
An. J. C. 52. accion alguna, y dedicarse solo à cortarles los víveres por todos caminos, lo que era facil, si por amor de la libertad se conformaban en talar, y quemar ellos mismos todos los campos, y todas las Ciudades, que no se hallaban en estado de poder resistir al enemigo comun, y mucho mas quando ellos tenian una porcion tan grande de Cavalleria, con la qual podrian estorvar facilmente, que ningun Destacamento del Exercito Romano se alexase en busca de víveres, y de forrages. Todos entraron en la proposicion, y en un solo dia se quemaron mas de veinte Plazas de los Biturigas, y las Naciones vecinas hicieron lo proprio con las suyas: de suerte, que no se veian sino es incendios por todas partes. La esperanza de poder conservar la libertad consolaba à aquellos Pueblos de tantas, y tan sensibles pérdidas. La Ciudad de Avarico se hallaba comprehendida en la providencia general, y por consequencia debia quemarse como las otras; pero los Biturigas pudieron conseguir con sus ruegos, que se exceptuase su Capital, que era una de las mas bellas Ciudades de la Galia, que estaba bien fortificada por la naturaleza, y por el arte, y que se obligaban à defender con el mayor valor, por cuya causa se puso buena guarnicion en esta Plaza. Tal era la disposicion de las cosas de la Galia quando Cesar la puso sitio, teniendo à la vista, y à no mas distancia que la de quince mil pasos á Vercingétorix, cuyo Exercito era à lo menos tan fuerte como el suyo. No es creible lo que los Romanos padecieron en este sitio, y la falta de víveres llegó à tal extremo, que Cesar temiendo que sus soldados se le cansasen de sufrir la hambre, les propuso levantarle; pero ellos le pidieron que no lo hiciese, representandole por medio de sus Ofi-

cia-

ciales ,, que al cabo de tantos años, que servian An. R. 706.
,, debaxo de sus ordenes, jamàs avian recivido An. J. C. 52.
,, ninguna afrenta, ni emprehendido cosa algu-
,, na, que no huviesen concluìdo felizmente: Que
,, tenian por cosa ignominiosa abandonar un sitio
,, empezado; y que mas bien querian sufrir quan-
,, to huviese de mas duro, y menos llevadero, que
,, dexar sin venganza las almas de los ciudadanos
,, Romanos, que avian perecido en Génabo por
,, perfidia de los Galios.,, Què no hará un Gene-
ral con unos soldados à quienes ha sabido inspi-
rar un modo de pensar como éste?

No huvo invenciones, ni esfuerzos, que no hiciesen los sitiadores para rendir la Plaza, ni resistencia mas vigorosa, ni mas bien ordenada que la de los sitiados; porque los Galios, dice Cèsar, tienen mucha comprehension, y aprenden, y imitan perfectamente todo lo que les es util; y assi, en el discurso de siete años que los Romanos hacian la guerra en todas las partes de la Galia, los naturales se avian perfeccionado mucho en el Arte Militar, y convertian todas las invenciones que avian adquirido, contra los mismos de quienes las avian aprendido. Sin embargo, y de los movimientos que hizo Vercingétorix para salvar la Plaza, Cèsar la tomò por asalto al cabo de cerca de un mes que estuvo delante de ella, sin dexar de dia, ni de noche las obras, y los ataques para rendirla. Pocos de los que avia dentro de ella escaparon à la furia de los soldados, quienes irritados con la dilatada resistencia de los sitiados, y fuera de èsto, respirando venganza por el insulto cometido en Génabo, entraron pasando à cuchillo à quantos encontraron, sin distincion de ancianos, mugeres, y niños: de suerte, que de mas de quarenta mil hombres que avia en la Ciudad, apenas escaparon ochocientos, que al primer ru-

An. R. 700. An. J. C. 52. mor de que estaba tomada, salieron de ella, y se retiraron al Campo que estaba inmediato. Vercingétorix, que para estorvar esta desgracia hizo quanto se podia esperar de un General diestro, y experimentado, se mostrò tambien en este lance hombre de talentos, y de valor; pues aviendo juntado á los Galios, consiguiò consolarlos de esta pérdida, que ofreciò reparar con ventajas: les hizo presente, que la conseguida por los Romanos no era efecto de superioridad de fuerzas, ò de valor, sino es simplemente de mayor habito en el arte de atacar Plazas: les ponderò, que las fuerzas unidas de toda la Galia no tenian contrarresto; y los persuadiò à que se conformasen en el trabaxo de fortificar un Campo, cosa que jamàs avian hecho los Galios hasta entonces. El discurso de Vercingétorix animò, y diò nuevo vigor à sus soldados, quienes hicieron un alto concepto de su Gefe; y assi, en lugar que en otras ocasiones, dice Cèsar, los malos succesos desacreditan ordinariamente à los Generales, en èsta la pérdida de Avarico acreditò mucho mas al Galio con los suyos. Estos siguiendo sus ordenes, empezaron à abrir sus trincheras, y fortificaron su Campo; y èl, para que viesen los efectos de su promesa, se dio tal maña con algunos de los Pueblos de la Galia, que aùn no se avian declarado, que los atraxo à su partido, hizo nuevas levas para remplazar la gente perdida en Avarico, y logrò que Teutomato, Rey de los Nitrobrigas, se le uniese con un refuerzo de Cavalleria.

Cèsar encontrò en la Plaza tomada una gran provision de viveres; por lo qual, y para que las Tropas descansàran, y se recobràran de las fatigas del sitio, se detuvo en ella algunos dias. Luego que entrò el buen tiempo, se puso en marcha para buscar à los enemigos, y como su ani-

animo era estorvar que se uniesen todas las fuerzas de la Liga en un solo Cuerpo de Exercito, dividiò él mismo las suyas, embiando á Labieno con quatro Legiones contra los Senoneses, y Parisienses, y èl en persona se encaminò con las seis restantes ácia la Auvernia para atacar la Liga por su mismo centro, y aviendo engañado con una marcha fingida à Vercingétorix, que lo esperaba al paso del Alier, atravesò este rio con dos Legiones, mientras las quatro tenian entretenidos à los Galios, acampados en la orilla opuesta; y luego aviendose juntado con ellas, entrò en la Auvernia, y puso sitio à Gergovia, la misma de que se apoderó Vercingétorix en el principio de la rebelion, Plaza muy fuerte, situada en una montaña muy elevada, y de dificil subida por todas partes. El General Galio se hallaba acampado à corta distancia con su numeroso Exercito, cubriendo varias colinas con sus Batallones, y Esquadrones, lo qual hacia un aspecto terrible, y espantoso, y tenia distribuidas sus Tropas en diferentes puestos, segun la diversidad de Naciones, y los Gefes de cada una iban todas las mañanas à dàr cuenta de lo ocurrido, tratar de lo que se avia de hacer, y tomar sus ordenes. Raro dia se pasaba sin que picase á los Romanos, destacando contra ellos algunas partidas de Cavalleria, acompañada de flecheros, quienes atacando yà unos, y yá otros de los quarteles de los enemigos, si no les ocasionaban grandes daños, à lo menos exercitaba, y fortificaba à los suyos. A las dificultades, y embarazos que el sitio causaba à Cèsar, se le agregò la imponderable, y sensible de vèr à los Eduenos separarse de èl para unirse à la Liga. Estos Pueblos, que eran los Aliados mas antiguos de los Romanos en la Galia, à quienes avia protegido Cèsar contra Arioviste, sacado de la opresion en

An. R. 700.
An. J. C. 52.

An. R. 700. An. J. C. 52. que los tenia este Rey de los Germanos, restaurado à su antiguo lustre, hecholes otros mil beneficios, y dadoles muestras de la mayor confianza, faltando à todas estas obligaciones, se dexaron llevar de la furiosa rabia que entonces animaba à todos los Galios contra la dominacion Romana.

No se declarò su rebelion de repente, y yà queda notado, que desde el principio del hinvierno empezò Cèsar à desconfiar de su lealtad, y esta desconfianza creciò mas en el sitio de Avarico, porque no le ayudaron como podian, y debian. Sin embargo usò con ellos una atencion que no merecian; tanto sin duda por un efecto de su politica, quanto por su bondad natural, pues aviendo tenido noticia antes de ir à poner sitio à Gergovia de una contestacion bien fuerte, que avia entre dos que pretendian el empleo de Supremo Magistrado de su Nacion, como sus Leyes no permitian que éste saliese de su tierra, Cèsar tuvo la condescendencia de ir en persona à componer, como con efecto compuso la quimera, dexando en paz á los dos competidores, no obstante que la Dignidad pretendida no pudo recaer en los dos. Durante el sitio de que tratamos, los Eduenos se quitaron la mascarilla, y cometieron horribles atentados contra los Romanos, y los Gefes de la Nacion, sin exceptuar al que acababa de beneficiar, dandole la Dignidad que contendia, ganados por las solicitudes, y dinero de Vercingétorix, no omitieron diligencia alguna para sublevar à los Pueblos, levantando mil calumnias à Cèsar, y entre ellas la de que avia mandado degollar à dos Senadores Eduenos, que estaban buenos, y sanos en el Campo Romano, y à quienes trataba muy bien aquel General. Esta falsa noticia hizo un efecto prodigioso entre las Tropas de los Eduenos, y en sus Ciudades: prendieronse à todos los

Ro-

Romanos que avia en ellas, hicieron quitar la vida à algunos, maltrataron à los otros, y abandonaron sus bienes al pillage. En otras circunstancias Cesar huviera castigado prompta, y severamente semejante exceso; pero el embarazo en que se hallaba lo forzó à disimular, trabaxó en calmar con blandura los animos alborotados, y lo logrò en parte, bien que nada con los Eduenos, que avian hecho demasiado para dexar de seguir adelante su empeño. An. R. 700. An. J. C. 52.

Cesar supo, que con una falsa apariencia de reconciliacion se iban disponiendo para una rebelion declarada, y que tambien solicitaban à otros Pueblos à que se rebelasen; por lo que temiendo que toda la Galia en armas vinera à atacarlo mientras se hallaba embarcado en una empresa dificil, y arriesgada, creyò deber pensar en levantar el sitio, y en ir à unirse con Labieno à fin de reducir todas sus fuerzas à un solo Cuerpo de Exercito. Como no queria parecer que huìa, por no aumentar la confianza, y soberbia de los enemigos, resolviò hacer contra ellos alguna hazaña ruidosa, à fin de retirarse despues como vencedor. Para este efecto fue disponiendo diestramente una ocasion favorable de atacar à los Galios con ventaja; pero temiendo que el ardor de las Tropas se empeñase en mas de lo que era menester, recomendò con mucho cuidado à los Tenientes Generales que mandaban cada Legion, que contuviesen à los soldados, y no los dexasen empeñar en algunos parages dificiles, y de donde no pudieran salir. „ Aqui se trata, les dixo, de un golpe de „ mano, y assi aprovechemonos de un instante rá„ pido; pero no prolonguémos una accion en que „ pelearíamos con mucha desigualdad. „ El ataque se logrò como Cesar lo avia pensado, y los Romanos se apoderaron con una facilidad estra-

ña

An. R... 700. An. J. C. 52. ña de tres Campos diferentes de los enemigos. Contento Cesar con lo hecho, mandò tocar la retirada; pero solo obedeció la decima Legion, que peleaba cerca de su persona; pero las otras que estaban mas distantes, no aviendo oìdo la señal, ni los Oficiales podido contenerlas, llevadas de su ardor, y creyendo todo facil à su esfuerzo, y bizarria, llegaron hasta el pie de la muralla de la Plaza, y aun algunos soldados montaron al asalto. A este tiempo los Galios recobrados del susto, y espanto que les causó el repentino ataque, se rehacen, dán sobre los Romanos, matan á los que se avian atrevido à subir à la muralla, y à otros muchos con ellos, y fuerzan à los demàs á retirarse peleando en unos parages muy poco ventajosos. Un Centurion hizo entonces una accion bien generosa, que en algun modo reparaba la culpa de su temeridad. „ Yo soy, dixo à sus soldados, „ el que llevado de un deseo demasiado ardiente „ de gloria, os he trahido hasta aqui, y à mì „ me toca salvaros à costa de mi vida; y assi no „ penseis mas que en vuestra propria seguridad. „ Diciendo esto buelve sobre los enemigos, mata à dos de ellos, y sus soldados viendolo empeñado, quisieron socorrerlo. „ Os cansais en vano, les „ dixo, porque pierdo toda mi sangre, y la vi- „ da me abandona; y assi id à juntaros con vuestra „ Legion. „ De este modo murió peleando hasta el ultimo vale, y asegurando la retirada à los suyos.

La pérdida de los Romanos fue considerable, pues llegó à setecientos hombres con quarenta, y seis Capitanes, que todos quedaron muertos en el campo de batalla; y huviera sido mayor à no aver acudido la decima Legion à socorrer, y sostener à los suyos, con lo qual los Galios tomaron el partido de retirarse. Cesar, que sabia muy bien

dis-

distinguir lo que era verdadero valor, convocò à la mañana siguiente à sus soldados, vituperó fuertemente su temeridad, y su codicia, y la libertad que se avian tomado de decidir por sì proprios hasta dónde debian llegar, y lo que debian emprehender, sin atender à que avia dado la señal de retirarse, ni à que sus Oficiales les avian mandado no pasar adelante. No obstante, entre estos cargos mezclò algunos elogios, diciendo, que no dexaba de admirar lo grande del valor de aquellos à quienes no avian detenido ni las trincheras de varios Campos, ni la altura de la montaña, ni las murallas de la Ciudad; pero añadiò, que no menos condenaba la licencia, y arrogancia de los soldados que creian saber mas que su General, y vèr mejor que él el camino que guia à la victoria. „ La obediencia, les dixo, y la mode- „ racion en el deseo del pillage, son virtudes no „ menos esenciales que el valor, y la magnani- „ midad. „ Finalmente concluyò exhortandolos á no perder ánimo, por un mal sucesso que debia atribuirse no al valor de los enemigos, sino es à lo poco ventajoso del terreno en que avian peleado. En el mismo dia, y en el siguiente César presentó Batalla à Vercingétorix, que no tuvo por conveniente aceptarla, bien que en el primero se travò una pequeña accion de Cavalleria, en que los Romanos lograron la superioridad, por lo que creyendo César que avia hecho bastante para abatir la arrogancia de los Galios, y realzar el valor de los suyos, levantó el sitio, y se puso en marcha para entrar en el territorio de los Eduenos; y como los enemigos no se atrevieron à seguirlo, pasó tranquilamente el Alier. Entonces fue quando se manifestò enteramente la rebelion de estos Pueblos, quienes se acabaron de ajustar con Vercingétorix, y el Tratado que hicieron lo sellaron con

An. R... 706.
An. J. C. 52.

una

An. R. 700. An. J. C. 52. una horrible perfidia contra los Romanos ; porque como Cesar huviese depositado en Noviodunum, hoy *Nevers*, los rehenes que le avian dado los Galios, sus provisiones de trigo, la Caxa militar, parte de sus bagages, y de los de su Exercito, y una gran porcion de cavallos comprados en Italia, y en España para la remonta de su Cavalleria, se echaron sobre la Guardia que Cesar avia dexado en la Plaza, la pasaron à cuchillo, como tambien à los demàs Romanos què avia en ella, se apoderaron de todo, y la pegaron fuego porque conocieron que no podian defenderla. Al mismo tiempo se apostaron con sus Tropas de Infanteria, y Cavalleria al paso de la Loara, creyendo poder estorvarselo facilmente á los Romanos, porque el rio iba entonces muy crecido por averse derretido las nieves de los montes. No obstante, Cesar aviendo encontrado un vado, le pasò, aunque la agua llegaba à los soldados hasta las espaldas, de cuya osadia aturdidos los contrarios no se atrevieron à esperarlo en la orilla que ocupaban, por lo que todo el Exercito Romano llegò à ella felizmente, y aviendo encontrado viveres en abundancia, marchò ácia el Senonés.

Labieno no avia hecho grandes hazañas, y se tenia por muy dichoso de aver podido conservar las quatro Legiones de su Mando. Aviendo partido de Agendico, (*Sans*) en donde dexò para custodiar los bagages las nuevas reclutas que se avian trahido de Italia, fue costeando la Yonna, y la Sena hasta Lutecia con intento de apoderarse de esta Capital de los Parisios que en aquel tiempo pasaba yá por Plaza de importancia, bien que reducida à lo que hoy se llama en Paris *la Isla del Palacio*. A la primer noticia de su venida se juntò de todos los Pueblos circunvecinos un Exercito numeroso, cuyo Mando se diò à Camulogénes, hom-

bre

bre de edad muy avanzada; pero que tenia fama de saber hacer la guerra. Governóse realmente como diestro Capitan, evitò toda accion, y aprovechandose de la ventaja del terreno, se apostò en un parage, en que cubierto con una laguna podia estorvar el paso à los enemigos. Con efecto Labieno no pudo forzarle, bolviò ácia Melodunum (*Melun*) sorprehendiò esta Ciudad, pasó por ella la Sena, y bolviò ácia Lutecia siguiendo la orilla derecha del rio. El General Galio, porque no tomára, y se fortificára en esta Plaza, la pegò fuego, y defendido siempre con la laguna, se mantuvo en su Campo enfrente de los Romanos, el rio en medio, mientras que los Belovacos que avian sabido la rebelion de los Eduenos, se daban prisa de tomar las armas; de suerte, que Labieno corria riesgo de vérse encerrado entre dos Exercitos poderosos. Las noticias que entonces le llegaron de averse levantado el sitio de Gergovia, y de las nuevas fuerzas que cada dia adquiria la Liga de los Galios, aumentaban considerablemente sus rezelos, y mucho mas que oìa decir, que Cèsar se avia visto forzado à tomar el camino de la Provincia Romana; à todo lo qual se agregaba la no pequeña inquietud de vérse separado por un rio caudaloso de sus bagages que avian quedado en Agendico. Por esta causa contemplando que lo unico en que debia pensar era en retirarse sin perdida, para lograrlo tirò à engañar al enemigo que tenia enfrente, haciendole creer, que era otro su intento; y con efecto aviendo destacado cinco Cohortes con los bagages que llevaba, para que metiendo mucho ruìdo marchasen por el lado contrario de donde tenia dispuesto pasar el rio, esto es, ácia el parage que ahora llaman Conflans cerca de Charenton, y dexando otras cinco para custodia del Campo, se puso secretamente en marcha, y

An. R. 700.
An. J. C. 52.

An. R... 700
An. J. C. 52.

y paſó el rio con las otras tres Legiones como à quatro mil paſos mas abaxo de Lutecia en el parage en que hoy eſtá el Lugar de Autevil, y en donde tenia prevenidas cinquenta barcas que avia trahido de Melodunum. Quando los enemigos ſupieron el movimiento de Labieno, y acudieron à defender el paſo, yá éſte eſtaba en la orilla hizquierda del rio. Trabóſe la Batalla en la llanura en que eſtàn al preſente los Lugares de Iſsi, y Vaugirard, y los Galios pelearon con un valor extraordinario à imitacion de Camulogenes, que ſin embargo de ſu mucha edad hacia à un miſmo tiempo oficios de General, y de ſoldado; pero aviendo perdido la vida en la refriega, Labieno ganò una victoria completa, con la qual ſe retirò ſin ningun obſtaculo à Agendico, y deſde eſta parte marchò con ſus quatro Legiones à unirſe con Céſar.

La rebelion de los Eduenos avia movido à imitarlos à otros Pueblos de la Galia, porque fuera de la grande autoridad que entre ellos tenian, los rehenes que avian cogido en Nevers, los ponian en eſtado de poder forzar à ſeguirlos aun à los que no penſaban entrar en ſemejante guerra. El empeño con que tomaron éſta fue tal, que contra ſus proprios intereſes ſacrificaron la autoridad del Mando que pretendian, y conſintieron en que à Vercingétorix, aunque Auvernio, ſe le declaraſe Generaliſsimo de la Liga. Eſte ſin dexarſe llevar de la confianza que podian inſpirarle las fuerzas de toda la Céltica, y de parte de los Belgas que tenia à ſus ordenes, conociendo que los Romanos eran invencibles en las Batallas, ſe determinò à continuar la guerra ſegun el plan que tan bien le avia ſalido haſta entonces. Para eſte efecto mandó à los Pueblos que obedecian, que talaſen ellos miſmos los campos de todas las inmediaciones en que eſtuvieſe el Exercito de Céſar; y para rendir mas fa-

facilmente al enemigo por hambre, y cortarle mas bien los viveres, y forrages, aumentò su Cavalleria hasta el numero de quince mil hombres. No obstante se creyò bastantemente fuerte para poder obrar ofensivamente por el lado de la Provincia Romana, por lo qual la hizo atacar por tres partes distintas, bien que al mismo tiempo procuraba vèr si por via de la negociacion podia atraher à algunos de los Pueblos a su partido. Este plan estaba muy bien pensado; pero el succeso pendia de la guerra que él en persona hacia contra Cèsar. Este General conocia la superioridad que daba á los Galios su Cavalleria, y no pudiendo sacar ningun socorro, ni de la Provincia Romana, ni de Italia, porque tenia cortada la comunicacion, recurriò á las Naciones Germanicas, que le subministraron un buen Cuerpo de Cavalleria, acompañado de Infanteria ligera, que la sostenia en las Batallas; pero como los Germanos viniesen mal montados, les hizo dár los cavallos de los Oficiales, y Equites de su Exercito. An. R... 700. An. J. C. 52.

Con este refuerzo determinò entrar en las tierras de los Sequanos, pasando por las del Langrès que se le mantenian fieles, siendo su intento, segun dice, el de facilitar los medios de socorrer la Provincia atacada, bien que seria tal vez para pensàr en su propria seguridad, retirandose á ella. A lo menos Vercingètorix lo creyò asi, y discurriendo que los Romanos huìan, se desviò por desgracia suya del plan de guerra que le avia salido tan bien hasta entonces. Juntò à los Comandantes de la Cavalleria, les dixo que avia llegado el lance preciso de ganar la Victoria, les hizo presente las circunstancias en que entonces se hallaban los enemigos, y animandolos á portarse valerosamente, añadiò, que si dexaban escapar aquella ocasion, y que los Romanos se retirasen á su Provincia, bol-

An. R... 700. An. J. C. 52. verian despues con mayores fuerzas á oprimir la libertad comun de la Galia. Todos aplaudieron su intento, y le ofrecieron con juramento hacer maravillas, consintiendo à no ser recibidos jamàs en sus casas, si no atravesaban dos veces de parte à parte con sus cavallos el Exercito Romano. Vercingétorix à la mañana siguiente para executar lo que avia proyectado, formò toda su Infanteria á la frente del Campo, y destacò la Cavalleria distribuìda en tres trozos con orden de atacar á los Romanos por el frente, y por los flancos. Cèsar conformandose con la formacion de los enemigos, dividiò tambien su Cavalleria en tres Cuerpos para hacer cara à un tiempo por todas partes, mandò à su Infanteria, que se mantuviese quieta sobre las armas, y retirò sus bagages al centro. A no seguir mas que la relacion de sus Comentarios, parece que la accion fuè muy recia; pero por otra parte sabemos algunas circunstancias, que prueban que fue en los principios muy peligrosa para los Romanos, y que Cèsar huvo de quedar prisionero. Refiere Plutarco, que perdiò su espada en la funcion, y que los Auvernios la colgaron como por trophèo en uno de sus Templos, y que pasando mucho despues por aquel parage, no quiso quitarla, sin embargo de que se lo aconsejaron los que iban con él, porque la consideròcomo sagrada, ò por decir mejor, (porque no era en esta parte muy escrupuloso) porque sabia que nada podia hacer mella à la gloria que avia adquirido. Otros hechos poco verosimiles se cuentan ocurrieron en esta funcion; pero lo que es constante, por confesion del mismo Cèsar en sus Comentarios, que la Cavalleria Romana empezò à ceder, y que la de los Germanos le diò la Victoria. Estos desordenaron à los Galios, y luego los destrozaron enteramente, de cuyo desgraciado succeso acobardado

Ver-

Vercingétorix, se retirò à Alisa, y César lo fue siguiendo, y emprehendiò sitiarlo. An. R... 700. An. J. C. 52.

El sitio de Alisa es el acaecimiento mas memorable de todas las guerras que César tuvo en las Galias, y el en que, segun Plutarco, este incomparable General dió las mas relevantes pruevas de una audacia, y de una destreza digna de nuestra admiracion. Efectivamente parece apenas creible que con diez Legiones, que à lo mas llegarian à sesenta mil hombres, y de diez à doce mil cavallos, incluſos los de la Germania, haya podido un General encerrar dentro de sus lineas una Plaza con ochenta mil hombres acampados al pie de sus muros para defenderla, y resistir de la parte de afuera à un Exercito de mas de ducientos, y quarenta mil hombres, que vinieron à socorrer à los sitiados; y asi Paterculo en su estilo exagerado, y lisongero, dice, que apenas se hace creible que un hombre huviese podido intentar tal empresa: pero que solo algun Dios podia acabarla. Lo cierto es, que César, que estaba en todo, observando que los Galios avian quedado consternados con la derrota de su Cavalleria, que era la parte de sus fuerzas en que mas confianza tenian, se determinò á emprehender un sitio, cuyo intento solo era capáz de cortar, y poner en confusion à los enemigos. Es verdad, que la Ciudad era muy grande, y fuerte, y que estaba situada en lo alto de la montaña, que al presente llaman *Mont-Auxois*, y que Vercingétorix estaba acampado á un lado con su Exercito; pero ochenta mil hombres de que se componia, parece debian facilitar su rendicion, una vez que César consiguiera cercarlos con sus lineas, porque era preciso que los viveres llegasen à faltar en breve, y mas quando no es regular, segun el estado en que poco antes se hallaban los Galios, que huviese provisiones para tanta gente. Vell. lib. 2. c. 47.

Cé-

An. R... 700. An. J. C. 52. Céſar empezò ſu ſitio tirando una linea de contravalacion, en la qual encerraba la Ciudad, y el Campo de los Galos, cuya circunferencia debia ſer de once mil paſos, eſto es, algo menos de quatro leguas. Vercingétorix antes de acabarſe la linea, aventurò una nueva accion de Cavalleria; pero el ſucceſo fue el miſmo que el antecedente, y la Germana diò tambien la Victoria à los Romanos. El General Galio, viendo que no avia mas recurſo, que el de un Exercito poderoſo que viniera à ſacarle del eſtrecho en que ſe hallaba, embiò ſu Cavalleria con orden á cada uno de los ſoldados de ir á ſus reſpectivos Pueblos, y perſuadir à ſus compatriotas á que aliſtaſen à quantos ſe hallaſen en eſtado de ſervir, y que eſto fueſe con la mayor diligencia, porque no tenia viveres para mas de treinta dias, ò poco mas, repartiendolos con mucha economia; y al miſmo tiempo les encargò que no perdieſen un inſtante de tiempo, porque de la brevedad pendia la libertad de la Nacion, y el que ſe ſalvára toda la Juventud Galia. Deſpues que partiò la Cavalleria, metió toda ſu Infanteria en la Ciudad, ſe hizo dueño de todo el trigo, y viveres que avia en ella, y los empezò à repartir con ſu cuenta, y razon, para dár de eſte modo tiempo à que pudiera llegar el ſocorro que eſperaba.

En tanto conſiguiò Céſar concluir ſu contravalacion, ſin embargo de las frequentes ſalidas que hacian de la Plaza para eſtorvar la obra; pero como las lineas ocupaban demaſiado terreno para poderlas guardar facil, y comodamente, defendiò, y aſeguró todas ſus inmediaciones con nuevos foſos guarnecidos con eſtacadas muy fuertes, pozos llenos de eſtacas muy puntiagudas, cuyas puntas no ſalian mas que quatro dedos fuera de la tierra, y ſembrò todos los alderredores de cal-

calcitrapas, que eran unos hierros con las puntas encontradas, y que de qualquiera modo que se tiraſen, quedaba ſiempre alguna ácia arriba; de ſuerte, que los enemigos hallaban à cada paſo trampas, y eſtorvos que no los dexaban avanzar. Para defenderſe contra el ſocorro que Vercingétorix eſperaba, à la linea de contravalacion, añadiò Céſar otra de circunvalacion, que tenia catorce mil paſos, que ſon caſi cinco leguas de ambito. Toda la Galia aſsi Céltica, como Belgica ſe puſo en movimiento para ſocorrer á los ſitiados; y ſin embargo de que los Galios no quiſieron aliſtar á todos los que ſe hallaban en eſtado de ſervir, ſe juntó un Exercito de ducientos, y quarenta mil infantes, y de ocho mil cavallos. Entre los Gefes que lo mandaban, el que mas ſe diſtinguia era Comio, Rey de los Arteſios, que haſta entonces ſe avia moſtrado adicto à los intereſes de los Romanos, quienes ſe lo avian agradecido; pero que à la ſazon lo ſacrificó todo al zelo de la libertad comun de ſu Nacion. La junta de las Tropas ſe hizo en el pais de los Eduenos, ſe reviſtò la gente, ſe nombraron quatro Generales para mandarlas, ſe formò un Conſejo de Guerra, y luego ſe puſieron en marcha ácia Aliſa, llenos de valor, y de confianza, y perſuadidos à que los Romanos ni aun la viſta podrian reſiſtir de una tan prodigioſa multitud de enemigos, que los atacaria por un lado, mientras los ſitiados hicieſen por el otro una vigoroſa ſalida. Por mucha diligencia que hicieron los Galios, no pudieron juntarſe para el dia ſeñalado, y la hambre ſe iba haciendo inſufrible en la Plaza, por lo que, como la incertidumbre de lo que paſaba fuera, aumentaba mucho mas la deſeſperacion, y la miſeria, pues no avia forma de recibir noticia alguna, Vercingétorix tuvo Conſejo en que ſe dividieron los dictamenes, queriendo unos

An. R... 700.
An. J. C. 52.

An. R...706. An. J. C. 52. unos que se rindiesen, y otros que se hiciese una salida para tener á lo menos el consuelo de morir con las armas en la mano. Un Auvernio de alto nacimiento, y de mucha autoridad entre ellos llamado Critognato, propuso un dictamen bien horrible, y inhumano, que fue el de matar, y comerse à todos aquellos à quienes la flaqueza de la edad hacia inutiles para servir à la Patria. Este consejo, sin embargo de que repugna tanto á la humanidad, no causó horror à los que lo oian, y acordaron seguirle, si la necesidad los estrechase, primero que rendirse. No obstante tomaron otra providencia no tan repugnante; pero no menos inhumana, que fue echar fuera de la Plaza todas las bocas inutiles. Expelieron à los Manduvios, à quienes pertenecia la Ciudad, con sus mugeres, y hijos; y como César no quiso recivirlos en su Campo, aquellos infelices perecieron entre éste, y la Plaza.

Llegò finalmente el socorro que con tanta ansia se esperaba, y se acampò en una colina à quinientos pasos de distancia de las lineas de los Romanos. A la mañana siguiente la Cavalleria Galia baxò à una llanura que se descubria desde la Plaza, cuya vista causó à los sitiados una alegria inexplicable en el concepto de que avia llegado el momento de librarse del sitio, y para coadyuvar à este logro por su parte, hicieron una salida muy vigorosa; pero fueron rechazados, y lo mismo sucediò à la Cavalleria del Exercito combinado despues de aver peleado hasta la noche. Despues de un dia de intervalo, los Galios bolvieron al empeño, y á la media noche atacaron por todas partes las lineas con un vigor extraordinario, sin perdonar fatiga, ni omitir industria para forzarlas en tanto que Vercingétorix hizo otra salida à fin de ocupar, y embarazar mas à los Romanos; pero

es-

estos se defendieron tan bien por todas partes, que todos los esfuerzos fueron inutiles, y llegado el dia, temiendo los Galios que atacaban la circunvalacion, ser cortados por un Destacamento Romano, que ocupaba uña altura à su hizquierda, abandonaron su empresa, y se retiraron. Los Galios, sin embargo de averles salido infructuosas estas dos intentonas, no perdieron ánimo: buscaron para hacer el ultimo esfuerzo la parte en que estaban las lineas menos fortificadas, y dieron con ella. Avia al septentrion de la Plaza una colina de demasiada circunferencia para poder comprehenderse en la circunvalacion, de suerte, que los Romanos estaban aloxados en su mismo declivio, y por consequencia dominados por su cima, y en este parage se hallaban dos Legiones acampadas à las ordenes de dos Tenientes Generales Antistio Rhégino, y Caninio Rébilo. Los Galios noticiosos de todo por los paisanos, hicieron un Destacamento de cinquenta mil hombres de sus mejores Tropas; y este aviendo caminado toda la noche, se mantuvo oculto la mañana detràs de la montaña para descansar, y refrescarse, y à eso del medio dia saliò de repente, y atacò con el mayor denuedo el quartel de las dos Legiones. Al mismo tiempo toda su Cavalleria ocupò la llanura, el resto del Exercito se formò à la cabeza de su Campo, y Vercingétorix, que advirtiò estos movimientos desde la Fortaleza de Alisa, hizo al mismo tiempo una nueva salida mas viva que las antecedentes. Los Romanos atacados por todas partes apenas podian acudir à todo; unos, y otros hicieron en este dia prodigios de valor, y César aviendose puesto en parage de donde se descubria toda la Batalla, acudia, y embiaba socorros à donde era necesario, y especialmente à las dos Legiones que eran las mas expuestas, y por donde

An. R. 700.
An. J. C. 52.

An. R. 700. An. J. C. 52. faltò muy poco que no rompieſen los enemigos; pero ſu preſencia, y las acertadas providencias que diò en un lance tan critico, le hizo ſuperar todos los rieſgos, y todas las dificultades. El Deſtacamento de los cinquenta mil hombres quedò enteramente derrotado, priſionero ſu Comandante, y muerto otro de los Gefes principales. Cogieronſele ſetenta, y quatro Vanderas, y los pocos Galios que quedaron de eſte Cuerpo, llenaron de tal eſpanto, y confuſion à lo reſtante de ſu Exercito con ſu precipitada deſordenada fuga, que todos huyeron ſobre la marcha; y ſi la fatiga, y el canſancio de una funcion tan recia huvieſe permitido à los Romanos el ſeguirles el alcance, huvieran tal vez acabado aquel dia con un Exercito tan numeroſo. A eſo de la media noche, Céſar deſtacò ſu Cavalleria, que alcanzò à los mas tardios, hizo en ellos un gran deſtrozo, traxo muchos priſioneros, y diſipò tan bien à los reſtantes, que no quedò ni aun un peloton de enemigos que ſe atreviera à dexarſe vèr en campo raſo.

No quedò à los ſitiados mas arbitrio, que el de entregarſe à diſcrecion, por lo que Vercingétorix juntó el Conſejo, y hablò en él como un Héroe. Dixo, que el motivo de quanto avia hecho, no avia ſido por ſu interès particular, ſino por la cauſa comun de la libertad; y que pues era neceſario ceder à la Fortuna, ſe ofrecia à ſer la victima, yà quiſieſen con ſu muerte deſarmar la colera del vencedor, ò yà entregarlo vivo. Sobre la marcha diputaron à Céſar para tomar ſus ordenes, y éſte por preliminar pidiò que le entregaſen las armas, y todos ſus Gefes. Los ſitiados à nada replicaron, echaron ſus armas en el foſo, traxeron à todos ſus Comandantes, y los entregaron à Céſar, que eſtaba à la cabeza de ſus Lineas. Mandò reſervar à Vercingétorix, para que ſirvieſe de ornato

à su triunfo, à los demàs hizo prisioneros de guerra, y esclavos, y los repartiò entre sus soldados, dando uno à cada uno de ellos, separando solo unos veinte mil entre Auvernios, y Eduenos para ganar con ellos, dandoles libertad, à dos Naciones tan poderosas. Efectivamente unos, y otros recurrieron à su clemencia; y aviendo obtenido la paz, recobraron sus ciudadanos. De este modo se concluyò esta Campaña, la mas dificil, y peligrosa de quantas exercitaron el valor, y pericia militar de Cèsar en las Galias; pero contemplando que sin embargo de lo grande, y glorioso de su Victoria aùn no estaban sugetas, determinò hinvernar con su Exercito en aquel pais, por lo que fixando su residencia en Bibractèa, Capital de los Eduenos, repartiò sus Legiones en los Pueblos circunvecinos, pero la mayor parte de ellas à mano de poderse unir, y ayudar unas à otras en qualquiera acontecimiento. An. R... 700 An. J. C. 52.

SER. SULPICIO RUFO.
M. CLAUDIO MARCELO. An. R... 701. An. J. C. 51.

HAsta aqui hemos tenido à Cèsar por guia en la relacion de sus hazañas; pero le faltò tiempo para coordinar la de los hechos de sus dos ultimas Campañas en la Galia. Uno de sus amigos, yà sea Hircio, yà Oppio, ò algun otro, supliò esta falta, escriviendo un octavo libro, que sirve de continuacion, y conclusion de los siete escritos por Cèsar. Este Escritor en un corto prefacio dedicado à Balvo, que como èl tenia estrecha amistad con Cèsar, hace de los Comentarios de su General un elogio digno de no pasarse en silencio. „ Todos convienen, dice, que las obras „ mas bien trabaxadas no pueden entrar en com„ paracion con la elegancia, y las gracias natu„ les de los Comentarios de Cèsar. No las ha „ dado, añade, y Ciceron hace el mismo concep- De Bell. Gall. lib. 8. Cic. Bruto n. 262.

An. R. 701. An. J. C. 51.

„ to, sino es por Memorias para servir de instruc-
„ cion à los Historiadores futuros; pero à juicio
„ de todos merecen tanto aprecio, y estimacion,
„ que en vez de servirles de material para la His-
„ toria, les hace caer la pluma de la mano. Y lo
„ que nos parece mas digno de admiracion, que
„ à los otros, que solo pueden juzgar de la bon-
„ dad de la obra en si, es la facilidad, y rapidèz
„ con que sabemos la escrivió. „ No es estraño,
que el Continuador teniendo hecho un concepto tan alto de la obra que completa, tema la comparacion, y aun se cree incapáz de poder entrar en ella. Efectivamente no la tiene con el modelo que toma en punto de aquella inimitable claridad del phrasismo, y aquella naturalidad, no decimos ingenua, sino es imitando perfectamente la ingenuidad, que parece no prevenir sobre cosa alguna el juicio del Lector, sino ponerlo en proporcion de poderle hacer por si en los hechos que refiere. En este ultimo libro se advierte una atencion que no hay en ninguno de los antecedentes, yá en hacer valer las acciones de Cesar, y yá en escusar las que pudieran parecer dignas de censura; pero bien puede uno ser inferior à Cesar, y merecer sin embargo mucho aprecio. El trozo de que tratamos se halla precisamente en este caso, y vámos à seguirlo, debiendo tener à mucha dicha el que el mismo Autor nos submministre sus Memorias sobre las guerras de Cesar en Egipto, y en Africa, porque los Escritores Griegos nada nos ofrecen sobre estos acaecimientos, que puedan compararse á aquellas.

La precaucion que tomò Cesar de hinvernar en la Galia, no fue inutil, porque los Galios, que no podian acomodarse à sufrir el yugo, viendo que en el año antecedente les avia salido tan mal el proyecto de unir sus fuerzas, tomaron el medio

de

de mover tantas guerras, y formar tantos Exercitos quantas Provincias avia que pudieran ponerlos en pie, no dudando, que los Romanos no tendrian tiempo, ni gente para acudir à tantas partes, y reducirlas unas tras otras; bien entendido, que si alguna padeciese, no debia quexarse de comprar à precio de su mal la libertad comun de toda la Nacion. Instruìdo Cèsar de su intento, no les diò tiempo de ponerlo en execucion, y en lo mas fuerte del hinvierno marchò con dos Legiones contra los Biturigas, los sugetò en quarenta dias, y forzò à que le diesen rehenes. De buelta à Bibractea, supo que se movian los Carnutos, por lo que tomando otras dos Legiones, entrò en sus tierras, las talò, y disipò enteramente las gentes que empezaban à juntarse. Los que escaparon vivos no tuvieron mas remedio que el de esparcirse por entre los Pueblos vecinos, y en esto pasò Cèsar sus quarteles de hinvierno. En los principios de la primavera le dieron los Belovacos una ocupacion mucho mas seria, y dificil. Estos Pueblos, los mas vanos, y guerreros de los Belgas no avian querido dàr su contingente de Tropas para el socorro que marchaba à Alisa, pretendiendo hacer la guerra por sì proprios, y no recivir ordenes de ningun otro, y solamente à instancias de Comio el Artesio dieron dos mil hombres à la Liga. Como era muy pequeña por esta causa la parte que avian tenido en la desgracia comun de la Liga, conservaban toda su altaneria, como tambien todas sus fuerzas, por lo que aviendose unido con algunos Pueblos vecinos, juntaron un Exercito poderoso, con el qual se preparaban para entrar en el Soesones, que dependia de los Rhémoeses, Aliados de los Romanos. Los Gefes de esta Expedicion eran Comio, y Corréo, éste Belovaco de Nacion.

An. R... 701.
An. J. C. 52.

Con

An. R. 701. An. J. C. 51. Con estas noticias César marchò à ellos con quatro Legiones, escogiendo las que estaban descansadas, porque mientras él, dice el Continuador, estaba en un perpetuo trabaxo, corriendo sin cesar de peligro en peligro, y de fatiga en fatiga, tenia gran cuidado de aliviar, y no cansar à sus soldados, haciendoles sobrellevar alternativamente los trabaxos, y riesgos de sus Expediciones militares. No entramos en la descripcion de las particularidades de ésta de que tratamos, en que los Belovacos, y sus Aliados se defendieron con el mayor valor, y destreza; tánto, que César para vencerlos, tuvo que hacer venir otras tres Legiones, à cuya llegada se retiraron en buen orden, y engañando à este General, en cuya presencia estaban acampados. Por lo que toca al valor de los Belovacos, se alaba en todas ocasiones en los Comentarios de César; y Corréo su Comandante en la ultima Batalla, en que quedaron enteramente derrotados, muriò con las armas en la mano, sin aver querido bolver la espalda, aunque huìan los suyos, ni menos rendirse à los enemigos, que aficionados à su valor, procuraban no matarlo, pero que se vieron precisados à tirarle, viendo la riza que hacia en ellos. Perdida esta funcion por los Belovacos, se acabò la guerra, pues César les concediò la paz que le pidieron, mediante los rehenes que le dieron, con palabra de guardarle fidelidad. Solo Comio, el otro de sus Comandantes, no quiso someterse, porque aviendo los Romanos tiradole à matar en una Conferencia que tuvieron, con motivo de averse éste rebelado, tomò la firme resolucion de jamás concurrir en parte alguna con ningun Romano; y por esta razon vencidos los suyos, se retirò à la Germania. César se ocupó el resto de la Campaña en pacificar la Galia por sì, ò por medio de sus Tenientes. Era el

año

año octavo de su Generalato, y todo su conato lo dirigia à dexar su Provincia enteramente sumisa antes de salir de ella; y assi creyò no deber omitir cosa alguna para apagar las reliquias del fuego que la avia abrasado toda en el año antecedente, y reducir à los que aún persistian en su rebelion. An. R... 701. An. J. C. 52.

En tanto que sus Tenientes iban obrando segun este plan, él mismo tomó à su cargo vengar de nuevo las quince Cohortes destruidas por Ambiorix en el pais de los Eburones. Como no avia podido aver à las manos á este pérfido Galio, quiso á lo menos con los horribles destrozos que renovò en su tierra, hacerlo tan odioso à sus mismos compatriotas, que por su causa padecian tantos males, que en ningun tiempo pudiera recobrar su amistad, ni ser recivido en sus antiguos dominios. Esta expedicion no lo ocupò mucho tiempo, y á su buelta dexò à Marco-Antonio, su Questor, en los Belovacos con quince Cohortes, à fin de que mantuviera en respeto á los Belgas. El en persona fue visitando los otros Pueblos, que aún no estaban enteramente tranquilos, estableció entre ellos la paz, y al mismo paso que les hacia dárle rehenes con intento de asegurarse de su fidelidad, los consolaba con lo amable de su trato, y procuraba desvanecer aquellos rezelos que pudieran moverlos á una nueva rebelion. Visitò particularmente á los Carnutos, en donde avia empezado la que acababa de apagar, y como por esta causa, y por el asseſinato que hicieron de los Romanos en Genabo, estaban rezelosos, temiendo el castigo de una maldad tan grande, César para aquietarlos, les ofreció el perdon con tal que le entregasen á Guturvato, que avia sido el autor de todo. Este infeliz tirò à esconderse con el mayor cuidado; pero como toda la Nacion estaba intere-

sa-

An. R... 701. An. J. C. 51. sada en que pareciera, lo descubrieron, y entregaron á César, quien, dice su continuador, se vió forzado por los clamores de sus soldados á violentar su natural clemencia. Los Romanos imputaban à Guturvato todos los riesgos que avian corrido, y todas las pérdidas que avian hecho, y assi se le cortó la cabeza despues de averlo azotado; pero en su castigo tuvo César tanta parte como los soldados con sus clamores, porque mas de una vez se valiò de la treta de hacer que sus Tropas le pidiesen lo que huviera sido odioso mandarlo por sì proprio.

Estando en esta Provincia tuvo noticia de que la obstinada resistencia de los habitantes de Uxeloduno, detenia los progresos de los Exercitos Romanos mandados por Caninio Rébilo, y C. Fabio. Estos dos Tenientes Generales, que el uno mandaba dos Legiones, y el otro veinte, y cinco Cohortes, dissiparon un Exercito que se avia formado de las reliquias de la rebelion general, y el qual tenia por Gefes á Dumnaco, Angevino de Nacion, y à Drapés, Senonès. El primero se retirò á los extremos de la Galia, y el segundo se fue á unir con Lutério, Principe, ò á lo menos uno de los principales Señores de la Provincia de Querci, enemigo irreconciliable de los Romanos, quien á las ordenes de Vercingétorix hizo una irrupcion en la Provincia Romana, y que aviendo escapado de Alisa, en cuya Plaza estaba quando el sitio, sin que se sepa cómo, se mantenia siempre en armas, no pudiendo determinarse á doblar la cervìz al vencedor. Como no se hallaba en estado de poder mantener la Campaña en presencia de Caninio, que iba en seguimiento de Drapès, se encerrò en Uxeloduno, Plaza muy fuerte, cercada por todas partes de peñascos escarpados, y de dificil arrimo, aun quando no huviera gentes que lo estor-

torvaſen. Sin embargo Caninio fue á acamparſe delante de la Plaza, y ſe diſponia para ſitiarla. La experiencia del ſitio de Aliſa avia enſeñado á Luterio el modo con que los Romanos ſabian encerrar una Ciudad, y eſtorvar que nada entraſe en ella; y por eſta cauſa conociò la preciſion de llenar de proviſiones à Uxeloduno, antes que los enemigos tuvieran lugar de formar ſus temibles Lineas. En ſu conſequencia ſaliò con Drapés, y la mayor parte de las fuerzas de ſu Mando, para juntar un gran comboy; pero al irlo á entrar en la Plaza, Caninio cayò ſobre ellos, deſvaratò las Tropas que lo reſguardaban, hizo priſionero á Drapés, y aun Luterio eſtuvo muy á pique de quedarlo. La Guarnicion que avia en Uxeloduno, no paſaba de dos mil hombres, pero como los habitantes eran muy valientes, ſe defendian fuertemente, no obſtante que Caninio empezaba à formar una Linea de contravalacion, y que Fabio ſe le avia unido para eſte efecto. An. R. 701. An. J. C. 51.

Noticioſo Céſar del eſtado de las coſas, creyendo neceſaria ſu preſencia en eſte ſitio, ſe puſo en marcha à toda diligencia con ſu Cavalleria, aviendo dado orden á dos Legiones de que lo ſiguieſen. Llevaba la intencion de hacer un exemplar con los Uxelodunos para eſcarmentar á las otras Ciudades que le hicieſen reſiſtencia, con la eſperanza de que dentro de un año tendria que dexar la Galia, y bolverſe á Italia, porque no le faltaba mas tiempo para concluir el de ſu Mando, lo qual ſabian todos aquellos Pueblos. La Plaza tenia viveres ſuficientes para mantener la gente que avia dentro, por lo que viendo Céſar que era mucha detencion eſperar à que ſe conſumieſen, determinò cortarles la agua, que la tomaban parte del rio, que rodeaba caſi enteramente el pie de la montaña en que eſtaba conſtruida la Ciudad, y par-

An. R. 701. An. J. C. 51. parte de una fuente muy abundante, que corria inmediata à la muralla. Lo primero que hizo fue eſtorvarles la baxada al rio, con aver apoſtado en ſu orilla honderos, flecheros, y aun una bateria de ſus maquinas, que diſparando à la opueſta, à ninguno dexaban llegar al rio, y luego él miſmo diſcurriò el medio de cortar la agua de la fuente. Como éſta ſe hallaba en el alto de la montaña, y à mano de los ſitiados, mandò levantar una terraza de ſeſenta pies de altura, y ſobre ella una torre de diez altos, entretanto que por otra parte ſe trabaxaba en una mina, buſcando el nacimiento de la agua. La terraza ſe concluyò la primera, y como la torre dominaba la fuente, las baterias pueſtas en ella incomodaban mucho á los ſitiados, y hacian muy arrieſgado el llegar à ella: eſtos intentaron quemar la obra, y con efecto lograron pegarla fuego; pero mientras eſtaban en eſta maniobra, y que valìdos de la ventaja del terreno eſtrechaban à los ſitiadores, en una vigoroſa ſalida que hicieron al miſmo tiempo; Céſar con una llamada ácia otra parte los engañò, haciendoles creer, que iba à eſcalar el muro, y ellos por defenderle abandonaron ſu empreſa, y bolvieron á entrar en la Plaza, con lo qual los Romanos apagaron el fuego facilmente. La conſtancia de los ſitiados ſe mantenia ſin embargo firme; pero aviendo faltado repentinamente la agua de la fuente, porque los ſitiadores llegaron à ſu nacimiento, y la cortaron, deſeſperados de vèr una novedad, que no creyeron efecto de la induſtria humana, ſino de la colera de los Dioſes, ſe entregaron à diſcrecion. Céſar los tratò con un rigor no regular en él, pues hizo cortar las manos à todos los que avian tomado las armas en Uxeloduno, dexandoles la vida para que ſirvieſen de eſcarmiento, y intimidaſen à los que como ellos hicieſen re-

reſiſtencia. Drapès al vèr un caſtigo tan horroroſo, ſe quitó la vida à sì proprio, abſteniendoſe de comer; y poco tiempo deſpues un Auvernio, llamado Eſpaſnacto, prendiò à Luterio, que andaba vagando de aſilo en aſilo, y lo entregò à Céſar. Labieno hizo tambien priſionero en una accion de Cavalleria al Edueno Suro, que era el unico de ſu Nacion, que aùn ſe mantenia en armas. An. R. 701. An. J. C. 51.

De todos los Gefes de la rebelion, ſolo Comio era el que no queria rendirſe. Sus Arteſios ſe avian ſugetado al vencedor, y abandonado de todos, eſtaba reducido à andar errante con algunos ſoldados de Cavalleria afectos à ſu perſona, y con ſu ayuda hacia algunas correrias, y quitaba algunas veces los comboyes que ſe llevaban à los quarteles de los Romanos. Antonio mandaba en aquellos parages, y pareciendole ſin duda aſumpto poco digno de ſu perſona el ir tras un enemigo errante, y fugitivo, diò eſta comiſion à Voluſeno, el miſmo que encargado de matarlo, lo citó à la Conferencia, de que yá antes hicimos mencion, y lo dexò herido. Eſte Romano animado por ſu odio, y por la rabia de no aver logrado entonces ſu intento, iba à los alcances à Comio. El Arteſio tenia promptas algunas barcas para paſar à la Gran Bretaña, en el caſo de verſe eſtrechado à ello, y al ir à tomarlas las hallò en ſeco, porque el mar ſe avia retirado. En eſte conflicto mandò tender todas las velas, y como el viento las hinchaba, Voluſeno, que eſtaba todavia bien diſtante de la orilla, creyendo que los Galios iban yá navegando, ſe bolvió atrás, y con eſte engaño eſcapò Comio de aquel rieſgo. Huvo entre ellos deſpues varios encuentros; y finalmente en una ultima ocaſion en que huìa el Arteſio, Voluſeno, llevado del deſeo de alcanzarle, ſe ſe-

An. R... 701. An. J. C. 51. parò de los ſuyos baſtantemente mal acompañado. Comio que lo advirtiò, bolviendo ſobre èl, le paſó el muslo con ſu lanza, y lo huviera acabado, á no aver los Romanos, que lo acompañaban, puesto en fuga á los Galios. Deſpues de esta accion, yà porque creyeſe ſatisfecha ſu venganza, ò porque temiò caer por fin en manos de los enemigos, diputò à Antonio, ofreciendo rendirſe, y retirarſe à donde ſe le mandára, pidiendole ſolamente, que no lo preciſára à ponerſe delante de ningun Romano, por las razones que le expuſo tenia para reſiſtirſe à eſto. Antonio, que tenia un fondo de bondad, y de generoſidad natural, admitiò ſus eſcuſas, y le concediò la paz; todo lo qual paſó en el principio del hinvierno.

Céſar deſpues de la toma de Uxeloduno recorriò toda la Aquitania, cuyos Pueblos, que haſta entonces no lo avian viſto, ſe le rindieron ſin reſiſtencia, y dieron rehenes, con lo qual aviendo acabado de pacificar la Galia, vino à Narbona, hizo la diſtribucion de ſus quarteles de hinvierno, tuvo las grandes fieſtas en la Provincia Romana, recompensò à las Ciudades, que ſe avian mantenido fieles, y luego pasò à la Belgia, y al llegar à Nemétocenna, (*Arrás*) en donde determinò paſar el hinvierno, tuvo la noticia de que Comio ſe avia ſometido.

An. R... 701. An. J. C. 50.

LUCIO ÆMILIO PAULO.
C. CLAUDIO MARCELO.

EL noveno, y ultimo año que Céſar paſó en las Galias fue todo pacifico, y à eſta tranquilidad lo determinaron dos cauſas. Primeramente ſe hallaba en la neceſidad de fixar toda ſu atencion ácia Roma, en donde las negociaciones en prò, y en contra de ſus intereſes eran mas vivas que nunca; y en ſegundo lugar ſe avia propueſto por objeto deſde el fin de la antecedente Campaña el tra-

trabaxar en ſoſegar los animos inquietos de los Galios, y en calmar con la ſuavidad, y blandura aquel movimiento, y fermentacion, que el terror, quando es ſolo, es mas capàz de agriar, que de apaciguar. Quiſo acoſtumbrarlos à vivir en paz debaxo de la dominacion del Imperio Romano, deſpues de averles dado à conocer la fuerza de ſus armas. Se aplicò pues, no ſolamente à apartar quanto podia encender el fuego, que aún no eſtaba bien apagado, ſino tambien à ſofocar, y cortar el rencor, y odio de aquellos Pueblos, inſpirandoles unos impulſos de amor, y de afecto, tratandolos con honor, concediendo grandes recompenſas à los primeros de entre ellos, y no imponiendoles carga, ni tributo alguno: de ſuerte, que la Galia trabaxada, y exhauſta con las continuadas deſgracias de una guerra, para ella ſiempre infeliz, ſe entregó guſtoſa à la alagueña ſatisfaccion de la paz, y tranquilidad que hallaba en ſu ſumiſion. Céſar quiſo no obſtante, que pagaſe un tributo annual; pero era tan corto, que no podia llamarſe tal, ſino es un reconocimiento annuo de la ſuperioridad que Roma tenia en la Galia. An. R... 702. An. J. C. 50. Suet. Cæſ. 25.

En el principio del buen tiempo paſò à la Galia Ciſalpina, à fin de fomentar, y mantener el zelo, que à ſus intereſes avian tenido ſiempre las Ciudades Municipales, y Colonias de aquellos Cantones, las quales tenian no poco influxo en lo que ſe hacia en Roma, porque ſu plàn era, ſi no hallaba obſtaculo, el ſolicitar el Conſulado en el año ſiguiente, para exercerlo en el de Roma de 704. Todos aquellos Pueblos le hicieron unos honores tan extraordinarios, y lo recivieron con tanta oſtentacion, y magnificencia, que por todas partes parecia un continuo aparato de triunfo, y prevenirle la Galia Ciſalpina el que Ro-

An. R. 702. An. J. C. 50. Roma no podia dexar de concederle. Deſpues de aver corrido todas las Ciudades, bolviò promptamente à ſus quarteles de hinvierno, y juntó ſus Legiones en el territorio de Treveris. La Campaña la paſó en viſitar los diferentes Pueblos de la Galia, reglando ſus marchas ſegun las neceſidades de ſus Tropas, ſin detenerſe en ninguna parte mucho tiempo, à fin de tenerlas en un movimiento util para la ſalud, y proprio à precaver las fatales reſultas de la ocioſidad. Al acercarſe el hinvierno las diſtribuyò en quarteles en los paiſes de los Belgas, y Eduenos, porque eſtas dos Naciones, la primera por ſu valor, y la ſegunda por la autoridad, y nombre que tenia en la Galia, eran capaces de dàr el tono à todas las demàs, y aſsi Céſar creyò, que manteniendo á eſtas en quietud, lo eſtarian todas las demàs de la Provincia.

MOVIMIENTOS DE LOS PARTHOS.

ANtes de entrar en lo que pertenece à las violentas conteſtaciones, que pararon en la Guerra Civil entre Céſar, y Pompeyo, ſerà bien coloquèmos en eſta parte algunos hechos, que no tienen conexion con ella. Los Parthos, deſpues de la Dio. lib. 49. An. R. 700. derrota, y muerte de Craſſo, ſe contentaron con recobrar todo lo que eſte General les avia tomado en la Meſopotamia; pero en el año ſiguiente paſaron el Euphrates, y entraron en la Siria con pocas fuerzas, diſcurriendo hallar eſta Provincia ſin defenſa. Caſsio, que como lo diximos eſcapò del comun deſaſtre, aviendo juntado las reliquias del infeliz Exercito de ſu General, formò un Cuerpo de Tropas, con que rechazò facilmente à unos enemigos diſpueſtos mas bien que à pelear, à correr, y pillar quanto encontraſen. Eſte mal ſucceſo hizo vèr à los Parthos que no era tan facil,

cil, como avian discurrido, el invadir la Siria; pero como su pérdida no avia sido grande, bolvieron en el año siguiente con mas fuerzas, mandadas por Pacoro, hijo de Orodes su Rey, y por Osacès, General de experiencia, que venia con el joven Principe para enseñarlo, y dirigirlo, lisongeandose de que los Pueblos de la Siria, cansados de la dominacion Romana, se sugetarian mas gustosos á la de una Nacion vecina, con la qual avia mucho tiempo que tenian trato, y comercio. La noticia de esta irrupcion de los Parthos causò en Roma un susto muy grande, y yà se hablaba de embiar à Pompeyo, ò à Cèsar, y otros querian que los Consules partiesen á toda diligencia; pero todos estos temores los desvaneciò la prudencia de Casio, porque aviendo llegado los Parthos hasta Antiochia, que intentaron insultar, este Romano, que estaba dentro de la Ciudad, los rechazò vigorosamente. Como ignoraban enteramente el arte de sitiar Plazas, tomaron el partido de retirarse; pero Casio les armò una emboscada en el camino, matò à un gran numero de ellos, y entre otros à su General Orsacès: de suerte, que Pacoro, no contemplandose seguro en las tierras de los Romanos, se bolviò á toda prisa à las suyas. De este modo Casio, aunque joven, y que no avia exercido mas empléo que el de Questor, tuvo la gloria de aver preservado la Siria de la invasion de los Parthos.

An. R... 702. An. J. C. 50.

Cœl. ad Cic. lib. 8. Ep. 10.

Estando en ésto, llegò Bibulo nombrado Governador de aquella Provincia. Era poco guerrero, y en el año de su administracion, aviendo los Parthos buelto à entrar en la Siria, si hemos de creer á Ciceron, no se atreviò à salir de Antiochia mientras los enemigos se mantuvieron en Campaña. Una expresion de Cèsar nos dà à entender, que aun se dexò sitiar; pero Dion refiere, que diò

Ad Attic. lib. 6. Epist. 8.

De Bell. Civ. lib. 3. c. 31.

que

An. R. 701. An. J. C. 50. que hacer à los Parthos en su proprio Reyno, fomentando la rebelion de un Satrapa contra el Rey Orodes. Tenemos de todas estas cosas unas noticias muy diminutas; y lo que se encuentra mas verosimil, y se saca de ellas, es, que durante el Proconsulado de Bibulo, no se hicieron en Siria grandes hazañas, ni por los Parthos, ni por los Romanos. Todo lo que nos ha conservado la Historia de honroso ácia Bibulo en el tiempo en que vamos, es el exemplo que dió de constancia, y de respeto por las Leyes en la mas cruel desgracia que puede succeder á un padre. Unos desertores Romanos, que avian quedado en Egipto desde el tiempo de la Expedicion de Gabinio, le mataron en Alexandria à dos hijos que tenia, ambos mozos de grandes esperanzas; pero esta triste noticia no le hizo suspender mas que un dia sus regulares taréas de administrar la Justicia; y Cleopatra, que reynaba entonces en aquel Reyno juntamente con su hermano, aviendole embiado à los agresores para que hiciese justicia de ellos, Bibulo, en vez de satisfacer su venganza en la sangre de aquellos infelices, los dirigió à Roma, diciendo que al Senado, y no à èl tocaba castigar el atentado.

Val. Max. lib. 6 Senec Consolat. ad Marc. c. 14.

En el proprio tiempo que à Bibulo el Govierno de Siria, en consequencia de la providencia tomada en el tercer Consulado de Pompeyo, sobre que no se diesen Goviernos à los Consules, y Pretores hasta cinco años despues de aver exercido estos empléos, se dió à Ciceron el de Cilicia, que comprehendia gran parte de la Asia Menor, y la Isla de Chipre. Avia siempre huìdo de semejantes comisiones; pero no pudo escusarse de admitir ésta; y visto lo que sus enemigos procuraban ajarlo, y disminuir su fama, es de creer, que no sintió que le tocase un Govierno de Provincia, que

Cic. ad Fam. II. III. XV. & ad Att. V. & VI.

le

le proporcionaba los medios de conseguir el triunfo, porque efectivamente deseaba mucho conseguir todos los honores militares, como lo verèmos. Por lo demàs no se portò mal en la guerra, y muchos, con mas experiencia que él en el Oficio, no huvieran salido con tanto honor. Es verdad, y en esto se acredita su juicio, y su prudencia, que tuvo cuidado de suplir lo que à èl le faltaba de conocimiento, y capacidad en esta parte, con buenos Tenientes Generales. Los mas conocidos son su hermano Q. Ciceron, que avia tenido tiempo de formarse, y perfeccionarse en el Arte Militar, sirviendo à las ordenes de Cèsar, y C. Pontidio, que avia triunfado de los Alobroges. El Exercito de Ciceron no era muy fuerte en sì, y Plutarco le hace llegar à doce mil infantes, y dos mil, y seiscientos cavallos, cuyo numero no parece estaba completo, porque se quexa Ciceron de que no le avian dado mas que el nombre, y apariencia de dos Legiones. Es verdad, que juntò algunas Tropas auxiliares; pero los Licios, Pisidios, y Galatas no tenian fama de grandes soldados. Con este Exercito, luego que corriò la noticia de los Parthos, no dexò Ciceron de acudir bizarramente à contenerlos, y estorvarles la entrada en su Provincia, y luego que se pasò este riesgo, atacò à una Nacion de salteadores de caminos, que desde el monte Amano, que ocupaban, baxaban à saquear, y pillar toda la tierra llana. Les tomò varias Plazas, y entre ellas à Pindenisso, al cabo de un Sitio de cinquenta, y siete dias, por cuyos succesos sus soldados lo proclamaron *Imperator*. An. R... 702. An. J. C. 50.

Este brillante titulo en nada envaneció á Ciceron, porque en esta parte se conocia, y es cosa gracioza verle à èl mismo hacer burla del titulo, y de su Expedicion. „ He acampado, dice á Atti- „ co, Ad Attic. V. n. 10.

An. R... 702. An. J. C. 50.

„ co, cerca de la Ciudad de Issо, precisamente en „ el proprio parage en que en otro tiempo Ale- „ xandro, que sin mentir era mejor General que „ vos, ni yo. Tengo, dice, escriviendo à Celio, „ un Exercito bien provisto de Tropas auxiliares, „ y ademàs de esto, no dexa mi nombre de dar- „ le un cierto realce entre gentes que no me co- „ nocen, porque aqui se me mira con admiracion, „ y todos se preguntan unos à otros: *Es este el „ que ha salvado la Ciudad, y à quien el Senado „ mira como à libertador de la Patria?*„ Este modo de explicarse no es ciertamente de hombre que no se conoce, y que cree, que averle dado el Mando es averle dado los talentos, que se necesitan para dirigir un Exercito. No despreció sin embargo, como lo advertimos antes, los honores que se acostumbraban conceder à los que avian tenido felices succesos en la guerra, y sin embargo de la oposicion de Caton, à quien escriviò interesandolo en su logro, el Senado mandò, que se dieran públicas acciones de gracias à los Dioses por las ventajas que avia conseguido contra los enemigos, lo qual le hizo esperar la consecucion del triunfo. Otros con menos motivo avian logrado lo que Ciceron; pero sus estudiadas expresiones à Caton, dieron que sospechar à la rigidèz de éste, que las hazañas de su amigo no merecian el honor que pedia, lo qual fue causa de que Ciceron se diese por sentido; y como Caton realzase el merito de la justificacion, y prudencia con que avia governado su Provincia, aunque no dexaba de apreciar esta alabanza, se quexa de que negaba lo que se le pedia, y concedia lo que no solicitaba.

Cic. ad Fam. II. n. 10.

Ad Att. VII. n. 1.

Ciceron como General, no dexò de hacerse algun honor; pero como Magistrado, no hay elogio con que poder realzar dignamente su admi-

nis-

niſtracion; y ſu Proconſulado, conſiderado ſobre eſte punto de viſta, es uno de los mas bellos paſages de ſu vida. En lugar de imitar el mal exemplo, caſi univerſal entonces entre los Romanos, de pillar las Provincias, y de enriquecerſe cometiendo injuſticias, ſe manejó con tanto deſinterès, que jamàs permitiò que las Ciudades, ni los particulares hicieſen gaſto, ni dieſen coſa alguna para sì, ni para ſu comitiva, aunque eſta era una coſa yá eſtablecida por la coſtumbre, y autorizada por las Leyes; y antes tenia meſa franca para los principales de las Ciudades por donde paſaba, el todo à ſu coſta, decente; pero ſin exceſo, ni magnificencia. Solo uno de ſus Tenientes, aunque ſin exceder de lo que permitia la Ley, ſe ſeparò de la regla que èl ſeguia, de que Ciceron no ſe diò por bien ſervido; pero todos los demàs tuvieron à mucho honor, y hicieron punto de ſeguirlo, y imitarlo en ſu deſinterès. La hambre afligia la Aſia quando la atravesò, porque en aquel año ſe avian perdido las coſechas, y eſta falta redundò en gloria ſuya, pues ſin violencia, ni moleſtar à nadie, y con ſolo ſus perſuaſiones, conſiguiò que los que tenian ocultos ſus granos, abrieſen ſus graneros para alivio de la Provincia. En la adminiſtracion de juſticia, es un modélo completo en punto de equidad, de clemencia, y de la facilidad, y atencion con que daba à todos audiencia. Noticioſo de que los Magiſtrados municipales de algunas Ciudades avian vexado à ſus Pueblos, mandó comparecer ante ſu perſona à todos los que lo avian ſido de diez años à aquella parte, y aviendo eſtos confeſado ſus robos, ſin infamarlos con ninguna Sentencia, los perſuadiò à reſtituir de propria voluntad lo que avian quitado con violencia. Yà ſe ſabe la dificultad que hay en componer los intereſes de los Pueblos con los

An. R... 702.
An. J. C. 50.

An. R... 702. An. J. C. 50. de los Recaudadores de tributos. Con todo Ciceron con las buenas providencias que tomò, halló el medio de dexar satisfechos à los unos, y contentos á los otros. En los pleytos, y diferencias que ocurrieron entre Griegos, dexò que à estos se les juzgase por sus mismos compatriotas, y segun sus Leyes, en lo qual se manifiesta tambien su rectitud, y su bondad; y en los negocios que determinò por sì, se portò con tal clemencia, que se asegura que en todo el año de su Govierno à ninguno mandò azotar, no dixo palabra ofensiva, ni impuso pena que à nadie infamase. No es facil añadir cosa alguna à una conducta tan perfecta en todas sus partes; y el buen orden, y la paz reynaban de tal suerte en su Provincia, que se atreve à asegurar, que ni una casa particular podia estàr mas bien arreglada, ni governada.

Cic. ad Att. VI. n. 1.

Toda esta conducta de Ciceron era para los Pueblos de su Govierno de tanta mayor satisfaccion, y alivio, quanto que Appio, hermano de Clodio su enemigo, y su antecesor inmediato, los avia vexado de todos modos. Hacia poco tiempo que Appio se avia reconciliado con Ciceron, à quien tenia por enemigo; y aunque éste usò con èl de todas las atenciones posibles, sin embargo, como los procedimientos eran tan opuestos, y que tuvo que annular los mas de los reglamentos de Appio, huvo muchas quexas de parte de éste; pero Ciceron hizo de ellas el caso que merecian, comparandolas à las de un Medico, que despues de aver pasado su enfermo à otras manos, se quexára de que le aplicasen remedios diferentes de aquellos con que èl lo avia puesto peor. El zelo de Ciceron por los Pueblos puestos à su cuidado, tuvo tambien que resistir un asalto muy recio de parte de Bruto, hombre que parece no avia nacido para darle que sentir. Este siguiendo la cos-

costumbre que tenian los Romanos de hacer lucro con su dinero, tenia compañia de intereses con dos Negociantes llamados Scapcio, y Matinio, quienes avian prestado sumas considerables á los Salaminos en la Isla de Chipre, que dependia del Govierno de Cilicia. Quando Ciceron partiò de Roma para su Provincia, Bruto se los recomendò, como que eran conocidos, ò amigos suyos; pero sin decirle cosa alguna del comercio que entre sì tenian. Apenas llegò Ciceron à su Govierno, quando conociò que Scapcio era indigno de su proteccion, porque al entrar en Epheso, recivio una Diputacion de los Salaminos, que imploraban su justicia contra aquel Nogociante, cuyas violencias, y insaciable codicia, queriendo cobrar unas usuras enormes del dinero prestado, obtuvo de Appio un Cuerpo de Tropas, con el qual entrò en Salamina, y tuvo al Senado de esta Ciudad tanto tiempo encerrado en su Sala, que cinco Senadores murieron de hambre. Ciceron mandò à las Tropas que salieran al instante de la Isla. De alli à poco se le presentò Scapcio, y acordandose entonces de la recomendacion de Bruto, tomò conocimiento de esta dependencia, y la arreglò de modo, que el usurero menos tratable pudo aver quedado gustoso, pues le mandò pagar los caìdos à razon de doce por ciento, que era el interès corriente entre los Romanos. Los Salaminos quedaron contentos, y aun lisongeaban à Ciceron, diciendole que à su costa pagarian sus deudas, empleando para esto el dinero que acostumbraban dàr à sus antecesores, y èl no admitia; pero Scapcio tuvo la insolencia de pedir, que los intereses de los caìdos se regulasen á quarenta por ciento. Ciceron negò una suplica tan injusta, y esperaba que Bruto, luego que lo supiese, le daria las gracias; pero fue al contrario, An.R... 702. An. J. C. 50.

An. R. 702. An. J. C. 50. rio, porque le escriviò las quexas, manifestandole entonces, que èl era interesado en el negocio de Scapcio, y aun persuadió à Attico escriviera à Ciceron para que diese al usurero cinquenta cavallos, à fin de que pudiera hacerse pagar con ellos en la forma que queria, sobre cuyo asumpto diò Ciceron à su amigo una respuesta muy bella, estrañandole el que huviese tomado cartas para recomendarle un asumpto tan injusto.

Todo lo que estaba cerca de Ciceron, experimentaba los efectos de su bondad, y de su justificacion. El Senado le avia recomendado à Ariobarzanes, Principe pobre, y sin fuerzas, à quien algunos de sus vasallos querian quitar el Trono, y la vida, para cuyo efecto avian formado una conspiracion, que estaba yà para prorrumpir quando Ciceron llegò à Cappadocia. Algunos de los vasallos mas bien intencionados de Ariobarzanes sabian la trama, y no se atrevian à hablar palabra por miedo del poder de los conspiradores; pero luego que se vieron en la Provincia con un Proconsul Romano lleno de bondad, y acompañado de Tropas, le descubrieron lo que sabian. Descubierta la conspiracion, fue facil al Rey precaucionarse contra los intentos de sus enemigos. Ciceron animò el zelo de los que le eran afectos, para empeñarlos mas en su defensa; y los complices, en vez de esperar sobornarlo, no hallaron con èl la menor entrada; y assi con su prudencia, y la sola autoridad de su nombre, salvò la vida, y la Corona al Rey de Cappadocia. Como Ciceron no hacia servir, ni à la ambicion, ni à la codicia de juntar riquezas la autoridad del Proconsulado, no tenia, como otros, motivo de desear su continuacion, y nada temia mas que el que le prorrogasen el Govierno; y assi no cesaba de escrivir à sus amigos para que se opusieran à ello, haciendoles

Cic. ad Attic. V. n. 15.

vèr

vèr la violencia con que estaba; y efectivamente Ciceron avia nacido, no para andarse en Govier- nos, y mandar Exercitos, sino para lucir en Roma, y á la frente del Senado sus admirables talentos, comunicando sus luces superiores para la direccion de la Republica. La impaciencia en que estaba de verse libre de una carga para èl tan pesada, iba creciendo conforme el termino se le iba acercando. Dos nuevos motivos le servian de estimulo, y eran, que avia adquirido tanta gloria con la prudencia de su direccion en el año de su Govierno, que no creìa poder añadirla cosa alguna, à que se agregaba temer que se encrespase la guerra de los Parthos, y que le diese mas que hacer del que queria. Cumplieronsele sus deseos, pues no le continuaron; y aunque las turbulencias de la Republica, que se hallaba entonces en la crisis de las mas violentas contestaciones entre Pompeyo, y Cèsar, no permitieron que se pensára en nombrarle succesor, dispuso su viage para bolver à Roma, dexando à su Questor el Mando de la Provincia. Mantuvo hasta el fin la gloria de una prudente economìa, y perfecto desinterès; pues aviendole sobrado bastante dinero del que el Estado le avia dado para los gastos de su año, no se lo aproprió, como otros, dexò parte al Questor para los que se le ofreciesen, y lo restante, que serian quinientos mil reales de vellon, un millon de sestercios, los restituyò al Thesoro público, de que se dieron por muy sentidos los que audaban al derredor de èl, que avian consentido en que se les repartiria el sobrante; pero Ciceron hallaba bien estraño, que despues de aver cuidado tanto, y tratado con tanta economìa las haciendas de los Phrigios, y Cilicios, no hiciera lo propriq con la del Pueblo Romano. An. R... 702. An. J. C. 50.

Partiò pues de su Provincia contento de su situa-

An. R... 702. An. J. C. 50. tuacion perſonal, pero lleno de inquietudes por lo que toca à las diſenſiones que deſpedazaban la Republica, y de la guerra civil de que eſtaba amenazada. Al llegar à la Isla de Rhodas ſupo la muerte de Hortenſio, la qual le causò una aflic-cion muy grande, porque era un amigo à quien tenia particular cariño. Nada mas tierno que las expreſiones de ſentimiento que ſe hallan en el Prefacio de ſu libro *de los Oradores Iluſtres*, que compuſo tres años deſpues; pero en ellos avia padecido la Republica tantos males, y él tenido tanta parte, que le hicieron embidiar la ſuerte de un hombre, que deſpues de aver vivido con una dicha no interrumpida, avia ſalido de la vida en unas circunſtancias favorables para èl, aunque doloroſas para ſus conciudadanos, y en el momento en que, ſi viviera, le huviera ſido mas facil el llorar, que ſocorrer los males de la Republica, y que viviò tanto tiempo, quanto ſe podia vivir en Roma con honor, y tranquilidad. Llegò à Brindes por Diciembre, muy poco antes que rompieſe la guerra entre Pompeyo, y Céſar, y huviera ſin duda obtenido el triunfo, con cuyas eſperanzas venia, à no averlo eſtorvado la violenta agitacion en que encontrò la Republica, engolfada entonces en otros cuidados de mayor importancia. Appio ſu anteceſor lo pidiò con menos motivo, y ſe le huviera ſin diſputa concedido, à no aver ſido por la acuſacion que contra èl intentò Dolabela. Eſte joven era de iluſtre nacimiento, Patricio, y de la familia Cornelia. Tenia mucho fuego, viveza, y talentos; pero la furia de las vicioſas diverſiones lo avia arraſtrado, como es muy ordinario en los pocos años, y luego la ambicion le hizo cometer tantos yerros, que vino por fin à ſer la victima de ſu locura. No ſabemos ſi fue el deſeo de adquirir nombre el

Cic. Brut. n. 4.

que

que lo empeñò en acusar á Appio, y sì que este acaecimiento causó no poco embarazo à Ciceron, porque mientras procuraba por todos medios congraciarse con el acusado, se hallò de repente con ser suegro del acusador. Julia su hija se avia separado poco tiempo antes de su segundo marido Furio Crasipès, y solicitada en casamiento por Dolabela precisamente en el tiempo que estaba preparando su acusacion, Terencia su madre ajustò, y hizo la boda, sin esperar el consentimiento de Ciceron, que aún no avia buelto de su Govierno; bien que no le pesó, aunque eran otras sus idéas, y que la tenia ofrecida à Tib. Neron, que casó despues con Livia, madre del Emperador Tiberio. Todo lo que pudo hacer en este caso fue escrivir sus escusas à Appio, y à sus Jueces, interesandose en su favor, y como éste saliò bien de su Causa, no tuvo resultas este negocio. La acusacion, que era sobre delitos verdaderos, ò supuestos de Lesa magestad pública, le obligaron á dexar su pretension del triunfo, y entrar en la Ciudad para defenderse. Su inocencia, ò el favor de Pompeyo lo sacaron libre, como tambien de otra en que se le acusó de aver comprado los votos de la Plebe, de suerte que quedò habil para poder pretender la Censura, y con efecto salió electo Censor con L. Pison, suegro de Cesar. An. R. 704. An. J. C. 50.

Estos dos Censores, los ultimos que viò Roma libre, no tenian seguramente con què poder hacer honor à la Censura, que estaba espirando. El uno era un Epicureo perezoso, que no avia admitido esta Dignidad, sino es à su pesar, y como por fuerza, porque para èl todo era indiferente, excepto su quietud, y tranquilidad, que se libraba bien de perturbar, cobrando enemigos con una justa severidad; ademàs de que siendo Dio. lib. 11.

An. R... 702. An. J. C. 50. ſuegro de Céſar, tiraba con el diſimulo á ganar amigos, y hechuras para ſu hierno. A Appio por ningun lado le convenia, como hemos viſto, el papel de Reformador; pero con todo, quiſo hacer el de ſevero, y forzò à ſu compañero à infamar, de acuerdo con èl, à varios Senadores, y Equites Romanos, en lo qual ſirvió ſin querer grandemente à Céſar, à quien aborrecia, porque hizo de ellos otros tantos individuos de ſu vando. En las penas que impuſo ſiguiò, ò tuvo diferentes idéas. Encaprichado de los privilegios de la Nobleza, à exemplo de ſus anteceſores, que ſiempre fueron vanos, y ſoberbios, creyò deber echar del Senado á todos los hijos de los Libertos. A otros caſtigò por mala conducta, y por eſta razon degradò de Senador al Hiſtoriador Saluſtio. Eſta afrenta la merecia por ſu incontinencia, que era pública, y no tuvo verguenza de confeſarla en Senado pleno, dando ſolamente la indigna, y infelíz eſcuſa de que no ſe empleaba en mugeres de condicion, ò de alto caracter, ſino es en las de la claſe mas infima. Eſtos, y otros actos de ſeveridad le ſentaban muy mal; pero lo que hizo reir à todos fue el empeño con que tomó el reformar la profuſion de las meſas, de los trages, de los muebles, y en ſuma de toda la Republica, ſiendo aſsi que ninguno avia en toda ella mas exceſivo que èl, en lo miſmo que queria reformar en los otros, ſin llegar à sì proprio. El fruto que ſe ſacò de eſta ultima Cenſura fue bien corto, y ſirviò mas bien de agriar los males del Eſtado, que acabò de traſtornar la guerra civil entre Céſar, y Pompeyo. Eſte grande acaecimiento es el que nos entretendrà de aqui adelante; pero para empezarle darèmos razon de las violentas conteſtaciones que precedieron, y duraron dos años en el Senado.

Cœl. ad Cic. Epiſt. 14.

LI-

LIBRO XXXII.

ESTE Libro comprehende un espacio de quatro años, que corren desde el de Roma de 702. inclusivè, hasta el de 705. y su asumpto la Guerra Civil entre Cesar, y Pompeyo, hasta la Batalla de Pharsalia, y muerte del ultimo. La que de resultas hizo Cesar en Egipto, y contra Pharnaces, la de Iliria, y otros hechos de lo ocurrido en su ausencia en Roma, hasta su restitucion à esta Capital.

§. I.

PRELIMINAR DE LA GUERRA CIVIL entre Cesar, y Pompeyo. La verdadera causa de ella fue su ambicion. Estado de Pompeyo desde su tercer Consulado, y politica de Cesar para mantenerse en el Mando de su Exercito, que su competidor intenta quitarle, quando yà no era tiempo. Contestaciones, y ocurrencias en Roma hasta que rompen la guerra entre los dos, Pompeyo con el pretexto de defender la Causa del Senado, y la Nobleza, y Cesar los derechos del Tribunado de la Plebe, ofendidos por aquella. Este empieza la guerra con una Legion. Dividense los Romanos entre uno, y otro competidor, y solo Caton es verdaderamente del Vando de la Republica. Primeras Expediciones de Pompeyo, y Cesar, hasta que el primero huye al Epiro. El segundo buelve á Roma, y se apodera de quanto avia en el Thesoro público.

EL monumento mas completo, y autentico que tenemos de las dos primeras Campañas de la guerra entre Cesar, y Pompeyo, es sin duda

An. R... 702. An. J. C. 50. la Obra conocida de todos con el titulo de *Comentarios de Céſar ſobre la Guerra Civil.* Eſtos tienen el nombre de Céſar, y de ſiglos à eſta parte eſtàn en la poſeſion de paſar por de ſu mano, y Sueton los cita como compueſtos por él. Con todo, muchos doctos dudan de ſu legitimidad. Los Gramaticos, y aquellos cuyo guſto purificado, conoce todas las delicadezas de la Lengua Latina, hallan varias expreſsiones poco correctas, y que deſdicen del eſtilo, claridad, conciſion, y eloquencia de Céſar; y Juſto Lipſio, cuyo juicio en eſta parte es de gran peſo, apoya eſte ſentir, y lo confirma poderoſamente un paſage del tercer libro, en que al numero 17. parece diſtinguirſe el Autor de Céſar. Trataſe en èl de las propoſiciones hechas por Libon, Teniente de Pompeyo, para obtener una Tregua. „ Céſar, dice à renglon ſeguido, ni cre„ yo deber reſponder entonces à lo que Libon pe„ dia, ni penſamos ahora en que ſea neceſario dar „ la razon de eſto à la poſteridad. „ *Quibus rebus neque tum reſpondendum Cæſar exiſtimavit, neque nunc, ut memoriæ prodatur, ſatis cauſæ putamus.* Las perſonas ſe hallan diſtinguidas, como tambien los tiempos, y ſobre que parece no poderſe dudar que ſea de otra mano eſta clauſula, lo hace ſoſpechar mas, vèrla repetida al num. 92. del miſmo Libro. Eſto ſupueſto, parece debe quedar por conſtante, que eſta ultima Obra no es puramente de la miſma mano de Céſar. Decimos puramente, porque èl diò ſin duda las Memorias para ella, y ſe detuvo ſolo en reconocer los hechos, que extendió otra pluma que la ſuya. En eſtos terminos no hay dificultad en citar eſtos Comentarios por de Céſar, y debe paſar por el Autor, reſpecto de averſe eſcrito en ſu nombre, ſobre ſus Memorias, por ſu orden, y ſegun ſu concepro, y mas quando lo aſegura Suetonio tan vecino del

Suæt. Cæſ. 56.

Lipſ. lib. 1. Poliocet. Dial. 9.

tiem-

tiempo en que se escribiò la Obra.

An. R... 701.
An. J. C. 50.

La causa verdadera de la guerra entre Pompeyo, y Cesar, ninguno ignora que fue su ambicion, porque estos dos famosos competidores, cuya quimera dividiò todo el Universo en dos Vandos, tenian uno, y otro por obgeto el primer lugar. Pompeyo, que se hallaba en posesion de él, no queria baxar, y Cesar pretendia ocuparle; y sobre no ser hombre de contentarse con la igualdad, era ésta impracticable, y imposible, segun reglas de politica. Queria ser el primero, y esto lo manifestò bien claramente, quando al pasar por un Lugarejo de los Alpes, dixo, como yà en otra parte lo hemos referido, que estimaria mas ser en él el primero, que el segundo en Roma. Pompeyo avia llegado à ocupar este primer puesto tan embidiado, contemplando yá al Senado, y yà à la Plebe; y sin declararse enteramente á favor de ninguno de los dos partidos, se valia alternativamente de ambos, segun convenia á los intereses de su fortuna, y de su elevacion. Desde su tercer Consulado empezò à mudar en algo este modo de governarse, y lléno de la confianza, que hizo de él el Senado, dexando en sus manos toda la autoridad pública, se uniò estrechamente con esta augusta Compañia, y trabaxò para merecer su estimacion con el buen uso que hizo de la autoridad que se le avia confiado, y con las eficaces providencias que tomò para restablecer en Roma la paz, y tranquilidad. Aunque concluyó el año de su Consulado, no dexò de conservar todavia un poder, que parecia inherente, ò accesorio á su persona; y aunque sin ningun titulo de Magistrado Civil, y obligado en calidad de Proconsul de España à residir fuera de Roma, era el movil de quanto se hacia, y casi reynaba en ella, bien que por la voluntaria condescendencia, y confianza que

en

An. R... 702. An. J. C. 50. en él tenian los ciudadanos, y de ningun modo con violencia.

Suet. Cæſ. c. 30. Si en eſtas circunſtancias Céſar huvieſe llegado à Roma como ſimple particular, ſegun derecho, y coſtumbre, huviera tenido que ſugetarſe como los demás, á una autoridad, que ſe hallaba ſoſtenida, y apoyada con toda la del Senado, que lo temia, y aborrecia deſde que en ſu Conſulado tirò à ajarlo de todos modos, tratandolo con el mayor deſprecio. Fuera de eſto eſtaba en tanto deſcubierto por ſu conducta, y avia violado de tantas maneras las Leyes, que temia que ſe le puſieſe en juſticia, y condenaſe. Caton lo amenazaba publicamente, y tal vez eſta eſpecie ſe le paſaba à Pompeyo por la imaginacion; y yá antes ſe advirtiò, que los del Vando de Céſar creyeron que contra él ſe avia directamente eſtablecido la Ley, para peſquiſar, y caſtigar à los que en las Elecciones avian comprado los votos. Por eſta cauſa toda ſu politica ſe dirigia à no ſoltar las fuerzas que tenia en mano. Deſpues de aver obtenido cinco años el Govierno de las Galias, ſe lo hizo prorrogar por otros cinco, proponiendoſe obtener ſegunda vez el Conſulado al cabo de los diez años, que era el intervalo preſcripto por las Leyes para eſte efecto; y para poder paſar ſin intermedio à eſta Dignidad, deſde el Mando de los Exercitos, ſe hizo conceder el privilegio ſingular de poderla pretender, y ſalir electo, aunque auſente. Eſtos paſos deſcubrian tan claramente los deſignios de Céſar, que aun los menos perſpicaces no podian dexar de conocer à dónde ſe encaminaban, y todo lo demás de ſu conducta correſpondia igualmente, pues no huvo medio de que no ſe valiera para adquirir parciales, y amigos. Como ſiempre eſtaba atento á ganar el favor de la multitud, diò juegos, y un combite general à todo el Pueblo con oca-

ocasion de la muerte de su hija: empezò à construir una plaza en Roma, cuyo suelo, con los edificios que tuvo que comprar, y derribar, le costò mas de cinquenta millones de reales de vellon: doblò la paga de las Legiones; y enriqueció à sus soldados con los despojos que les distribuìa sin tasa, ni medida. En suma, gentes de guerra, Magistrados, Reyes estrangeros, Ciudades situadas en las diferentes partes del Imperio, todos participaban de sus inmensas liberalidades, tirando à meter, si podia, en sus intereses à todo el Universo; y con razon se dixo que subyugò las Galias con las armas de los Romanos, y à estos con el oro de aquellas. An. R... 702. An. J. C. 50.

Yá no era tiempo de atacar un poder tan formidable, quando Pompeyo pensó en ello. Su primer yerro fue el de ligarse con Cesar, y averle proporcionado los medios de adquirir una fuerza tan grande, y el segundo averse hecho su enemigo. Nada mas juicioso, que lo que sobre este asumpto le dixo Ciceron: „ Ojalà, Pompeyo, que ja- „ màs os huvieseis unido con Cesar, ò que jamás „ huvieseis roto con él! El primero de estos dos „ partidos convenia à la magestad, y probidad de „ vuestro caracter, y el otro à vuestra pruden- „ cia. „ Por lo demás, Pompeyo en los principios, en el exterior se mostrò favorable à Cesar, y quien contra éste, de acuerdo sin duda con él, hizo el primer acto de hostilidad, fue el Consul Marcelo, que tenia un corazon grande, y valeroso. Este Magistrado publicò una Ordenanza, en que hacia saber pondria en deliberacion un negocio de que dependia la salud pública; y en su consequencia propuso al Senado se mandára à Cesar dexase el Mando de las Galias desde primero de Marzo del año que seguia, y que al proprio tiempo se le reduxese á pretender personalmente, y no por medio

Cic. Phil. II. n. 24.

Suet. Cæs. Appian. Civil. lib. 2. Dio. lib. 11. Plut. in Cæs. & in Pomp. An. R... 701.

An. R... 702. dio de Procurador el Consulado. La segunda de
An. J. C. 50. estas proposiciones era contra la facultad que para lo contrario se le avia concedido, y la primera en contravencion de la Ley Trebonia, pues le cercenaban dos años del Mando que le concedia por diez. César quedaba perdido, si se huviesen admitido las propuestas del Consul; pero con el pretexto de la defensa de dos providencias tomadas con acuerdo de la Plebe, algunos Tribunos sacaron la cara por él, y aun se opuso el Consul Sulpicio, hombre de genio suave, y que fuera de esto, siendo Letrado de profesion, estaba acostumbrado à respetar todo lo que tenia nombre de Ley. Pompeyo, siempre disimulado, y hecho à tergiversar aun en las cosas que mas deseaba, afectaba diciendo, que era yá demasiado lo que queria Marcelo, y que no convenia hacer una afrenta tan sangrienta à un hombre como César, cuyas hazañas eran tan gloriosas, y utiles à la Republica. El zelo del Consul se excedia realmente algunas veces, y con el pretexto de que César sin causa legitima, y solo por un efecto de su ambicion avia concedido el derecho del Lacio à la Ciudad de Cómes en la Galia Cisalpina, quiso quitarla este privilegio, y aun llegò hasta mandar azotar à uno de sus ciudadanos, que avia sido primer Magistrado, diciendole, que fuera à enseñar à César las señales de los azotes que avia recivido. En toda Ciudad que tenia el derecho del Lacio, el ciudadano que llegaba à ser primer Magistrado, lo quedaba por este hecho de Roma, y por consequencia exempto de igual afrentoso castigo, como lo estaban los Romanos. Pompeyo guardando mas moderacion, caminaba al proprio fin, y aunque fingia desaprobar la proposicion del Consul, trabaxaba en disponer las cosas de modo, que pasára en el año siguiente. Con esta mira hizo

nom-

nombrar Consul à C. Marcelo, primo de Marco, que seguia los mismos principios, y creyò apoyarse mucho con elevar al Tribunado al célebre Curion, de quien yá dimos noticia en el libro antecedente, joven osado, lleno de fuego, y eloquente, tanto, que puede pasar por uno de los mayores Oradores de su siglo, el qual se avia hasta entonces mostrado enemigo de César. An. R... 702. An. J.C. 50.

Este, tan diestro à lo menos como su competidor, le opuso una contrabateria. No aviendo podido conseguir ganar à C. Marcelo, se aplicò à sobornar à L. Paulo, electo Consul con él, quien à costa de un millon, y quinientos mil escudos, ofreciò callar, y no hacer cosa alguna contra César. Una cantidad tan inmensa la empleó en construir una ostentosa Basilica en Roma, como para perpetuar su venalidad, y la baxeza de su corazon. Curion se le vendiò mas caro. Como ningun apego tenia á la Causa pública, no se hizo parcial de Pompeyo, sino porque César sin saberse el motivo, lo avia despreciado contra la maxima que seguia de hacer gentes de todos modos. Conociò lo mal que en esto avia hecho, y no le doliò el dinero para repararlo. Curion se avia arruinado enteramente con sus excesos, y prodigalidades, y estaba tan empeñado, que debia mas de treinta millones de reales de vellon. César le pagò todas sus deudas, y con esto comprò à un hombre que le sirviò, y fue tanto mas util, quanto que afectaba, como lo verémos, una especie de imparcialidad. El Consul M. Marcelo seguia sin embargo su plan, aunque lo avia modificado, conformandose sin duda en esto con el dictamen de Pompeyo, que no queria que se tomára determinacion en asumpto de César hasta principio de Marzo del año siguiente, pensando que llegado este termino, yá se le podia nombrar suc-

Cœl. ad Cic. 4.

Val. Max. lib. 9. c. 1.

Cœl. ad. Cic. 4. & 8.

An. R... 702. An. J. C. 50.

ceſor. No ſabemos en què ſe fundaba para pretender que ſe le cercenaſe un año del Mando que ſe le avia concedido, no aviendo querido antes que ſe le cercenaſen dos que le faltaban quando ſe hizo la propoſicion; pero entonces ſu voluntad era la regla de todo, y como tuvieſe que hacer un viage à Rimini, el Senado lo eſtuvo eſperando para juntarſe, como lo hizo á ſu buelta; y el ultimo dia de Septiembre ſe formò, ſegun queria, un Acuerdo, en que ſe mandaba que los Conſules electos para el año ſiguiente, deſde el primero de Marzo puſieſen en deliberacion lo perteneciente á las Provincias Conſulares: expreſion ambigua de que ſe valieron, para no decir en terminos expreſos, que ſe avia de tratar de revocar à Céſar; y ſe añadiò en el Acuerdo, que llegado el dia ſeñalado, no ſe avia de poder tratar antes, ni deſpues, de mas negocio, que el propueſto haſta que quedára evacuado: que tampoco ninguno de los que tenian derecho de opoſicion, avian de poder uſar de ella contra eſte Decreto, que entonces ſe formaba: que ſi alguno lo hicieſe, ſe le tendria por trahidor à la Republica: que lo acordado ſe puſiera en los Regiſtros; y que el Senado determinaria lo que ſe avia de hacer con los que ſe opuſieran. No obſtante eſtas declaraciones, y amenazas, quatro Tribunos de la Plebe, y entre ellos C. Panſa, que avia ſervido mucho tiempo en las Vanderas de Céſar, hicieron ſu opoſicion en forma.

Por otro Acuerdo del miſmo dia, el Senado tirò à enflaquecer el poder de Céſar, ofreciendo ſus licencias á todos los ſoldados que avian cumplido el tiempo de ſus ſervicios, y á los que tuvieſen cauſas para pedirla; y finalmente otro tercer Acuerdo trataba de la eleccion de Governadores de Provincias, que debian governarſe por

Pro-

Propretores, reglandola á las ultimas providencias tomadas sobre este asumpto en el Consulado de Calvino, y de Messala, y ratificadas en el siguiente. Todo esto iba en regla; pero yá en otra parte hemos apuntado las razones que César tenia para quexarse de estos nuevos reglamentos, y los dos ultimos tuvieron la misma suerte que el primero, pues se opusieron á ellos dos Tribunos de la Plebe. Yà se puede discurrir, que estas oposiciones estorvarian el efecto de las providencias que se querian tomar contra César, quien siguiendo adelante su proyecto de hacerse Soberano de la Republica, estuvo disputando todavia un año el terreno al Senado antes de tomar las armas, y para esto, y fingir que se avia visto forzado á ello, iba buscando pretextos aparentes con que dár otro colorido á su ambicion; pero para hacer vèr hasta dónde llegaba ésta, bastará referir la maxima que no se le caìa de la boca, aviendola tomado del Etéocles en el Poéta Euripides: *Que* (*) *si la Justicia se debe violar, ha de ser para conseguir reinar: En todo lo demàs seas hombre de bien.* Curion fuè el instrumento de que se valiò César para resistir á los Consules Paulo, y Marcelo. Este Tribuno, que era muy habil, empezò á explicarse con mucho arte para ocultar la torpeza de su mudanza de partido. En los primeros meses de su Tribunado se estuvo muy quieto, hablando algunas veces contra César; pero soltando de quando en quando algunas especies, que era preciso que no escuchasen con mucho gusto Pompeyo, y los que seguian el partido de la Aristocracia. De alli à poco para tener un pretexto de reñir, y separarse de ellos, renovò la proposicion de varias Leyes, que sabia avian de hacer saltar al Senado; y en los reglamentos que proponia para su mas facil execucion, se daba á

An. R. 702.
An. J. C. 50.

(*) *Nam si violandum est jus, regnandi gratia violandum est: aliis rebus pietatem colas.* Cic. de Off. lib. 3. n. 82. Dio. App. & Plut.

An. R... 702. An. C. J. 50. sì proprio la principal administracion, y autoridad. El Senado empezò con efecto á clamar contra el Tribuno, que lo iba juſtamente buſcando, y de aqui tomò pretexto de ſepararſe de los intereſes de un Cuerpo, por quien ſe ſuponia ofendido.

An. R... 702. An. J. C. 50. Los nuevos Conſules Paulo, y Marcelo, tomaron poſeſion de ſus empleos en eſte intermedio, y Curion continuò en ſus fingimientos, ſin querer todavia manifeſtar, que ſe avia enteramente vendido á Céſar. Llegado el primer dia de Marzo, el Conſul C. Claudio Marcelo, en conformidad de lo acordado por el Senado, propuſo el que ſe embiaſe un nuevo Proconſul á las Galias, y como ſu compañero callaſe, ſegun lo convenido con Céſar, Curion tomò la voz, alabò mucho la propoſicion del Conſul; pero añadiò, que al proprio tiempo que á Céſar ſeria bien mandar à Pompeyo hicieſe dimiſion del Govierno de Eſpaña, y del Mando de las Legiones que tenia en eſtas Provincias. Yá ſe conoce, que éſte era un rodèo bien aparente, y favorable, y que eſte modo de explicarſe parecia de un Republicano el mas zeloſo. El dieſtro Tribuno hacia preſente „ que el „ medio que proponia, era el unico de aſegurar „ la libertad pública: Que ſi Céſar dexaba las „ armas, Pompeyo con las fuerzas que tenia á ſu „ diſpoſicion, ſe hacia dueño abſoluto del Impe„ rio: que reduciendo á los dos á la condicion „ de ſimples ciudadanos, la Republica no tendria „ que temer coſa alguna de uno, ni de otro; „ pero que ſi el uno quedaba armado, era me„ neſter que el otro tuvieſe con què poder man„ tener la balanza en equilibrio. „ Eſtas conſideraciones dichas con toda ſu extenſion, y exornadas por un hombre de los mas eloquentes que jamás tuvo Roma, hacian una grande impreſion, y

los

los Plebeyos, con los quales Pompeyo avia perdido gran parte de su credito desde que les avia quitado el poder vender sus votos en las Elecciones de Magistrados, aprobaban, y animaban à Curion, quien servia de este modo, y sin dárlo à entender, admirablemente á César, porque sabia que Pompeyo seguramente no se determinaria á hacer la dimision de su Govierno, y de sus Legiones, ni tampoco era ésta la intencion de los primeros del Senado. Es fuerza confesar, que no era igual el partido, porque á César solo faltaba un año para cumplir, y Pompeyo no avia empezado á servir su Govierno sino es quatro despues que el primero tomò el Mando de los Exercitos en la Galia; pero la principal, y mas esencial diferencia nacia de la diversidad de genios, y de conducta de los competidores. Todo se temia de la ambicion desenfrenada de César, y no tanto de la de Pompeyo, que era mas medida, mas circunspecta, y mas capàz de respetar las Leyes: razon por que no se admitiò la propuesta de Curion; pero tambien éste estorvó con la autoridad del Tribunado, que corriera la del Consul. An. R... 702. An. J. C. 50.

Pompeyo, que se hallaba entonces en Campania, afectando mucha moderacion, escriviò al Senado, que estaba prompto à hacer dimision de sus encargos, y de las fuerzas que tenia á sus ordenes; todo lo qual avia aceptado, porque le avian forzado à ello sin averlo solicitado, como tampoco los honores, y dignidades, que le avian dado. De buelta á Roma repitiò las mismas expresiones, añadiendo, que César cansado de hacer la guerra, y de vencer, haria desde luego lo proprio, porque deseaba venir à Roma à vivir en quietud, y con descanso en el seno de su Patria; pero ni pensaba en hacer lo que decia, ni en que César quisiera imitarlo quando él se resolviese à sacrificar

su

An. R. 702. An. J. C. 50.

su autoridad, y poder por el sosiego de la Republica; siendo su fin unicamente en este modo de explicarse hacer un contraste odioso entre su moderacion aparente, y la insaciable ambicion de su competidor, pues aparentaba renunciar à cinco años que tenia de Mando, quando Cesar no queria soltar un empleo, que estaba al espirar, sino para entrar de un brinco en el Consulado. No dio con su artificio dado falso à Curion, que lo estrechò à que realizase sus ofertas, haciendo dimision sobre la marcha, y al mismo tiempo renovó sus protestas en quanto à que el unico medio de asegurar la libertad del Estado, era deponer á un tiempo à Pompeyo, y à Cesar. Exhortò al Senado à que les mandase hiciesen dimision pena de desobediencia, y à que en caso de resistirse se tomasen las armas para obligarlos; pero como viò que estaba bien distante de seguir su dictamen, rompiò la Asamblèa, sin permitir que se determinase cosa alguna en asumpto de Cesar. Pompeyo se arrepintiò entonces muy de veras de aver levantado al Tribunado del estado de humildad, en que Sila lo avia puesto; pero yá no era tiempo, y todo lo que pudo hacer fue buscar ocasion de vengarse del Tribuno por medio del Censor Appio, quien segun todas las apariencias, estaba de acuerdo con Pompeyo para infamar á Curion. Sin embargo, y de que tomó por asumpto las locuras, y viciosos excesos de la juventud del Tribuno, nada pudo hacer, porque se lo estorvò la oposicion de Pison, que era el otro Censor, y del Consul Paulo, con cuyo motivo aviendo avido una contestacion, que se llevò al Senado, éste se declarò en favor de Curion; por lo que el otro Consul Marcelo abandonò el empeño que avia tomado contra este Tribuno.

Estando en esto, y Pompeyo en Napoles, le sobre

brevino una enfermedad tan executiva, y aguda, que estuvo à las puertas de la muerte; y huviera sido dicha para èl, segun el pensamiento de Juvenal, el que huviera acabado entonces, que se hallaba en lo sumo de su prosperidad, y de su gloria, pues con esto se huviera ahorrado de las crueles desgracias, que le acarrearon dos años mas de vida. Luego que recobrò su salud, los Napolitanos manifestaron su júbilo con fiestas, y públicas acciones de gracias à los Dioses. Esto era una cosa sin exemplar; pero una vez hecho, le siguieron las Ciudades inmediatas, y luego toda la Italia. Igualmente quando se puso en camino para Roma, no se hallaba espacio capáz de contener el concurso de gentes que acudian à recivirlo. Los caminos, los Lugares, y los Puertos estaban llenos de gentes de todas edades, y de todos estados, que ofrecian Sacrificios en accion de gracias, y que entre el calor del vino, y de los manjares elogiaban al que el Cielo les avia restituìdo. Muchos, coronados de flores, y llevando sus hachas en las manos, lo recivian, y acompañaban cubriendolo de flores con mil alegres demostraciones de júbilo: de suerte, que toda su marcha figuraba una carrera de las mas vistosas, que puedan imaginarse. Estas fiestas, que parecian manifestar el aprecio, y afecto, que todos los Pueblos de Italia tenian à Pompeyo, le alzaron de tal suerte el ánimo, que pueden por esta razon contarse por una de las causas principales de la guerra civil. Hasta entonces una prudencia, y algunas veces un poco timida, avia guiado todas sus acciones, y establecido la seguridad; pero desde esta ocasion una especie de alucinamiento de alegria, y de confianza, desterrò de su imaginacion todo motivo de temer, y de dudar. Creyóse bastantemente sostenido para poder despreciar à Cèsar, y se lisongeaba

An. R... 702.
An. J. C. 50.
Juven. Sat. X.

An. R... 702. An. J. C. 50. ba de que lo deſtruìria con la propria facilidad con que lo avia levantado, y eſte concepto ſe lo aſeguraron los que le traxeron dos Legiones que avian ſervido a las ordenes de Céſar.

Es el hecho, que el Senado tomando por pretexto la invaſion de los Parthos en la Siria, mandò, que Pompeyo, y Céſar dieſen cada uno una Legion para embiar las dos à aquella Provincia. Como el pretexto era tan aparente, el Decreto corriò ſin dificultad; pero Pompeyo para obedecer por ſu parte, diò la Legion, que preſtò à Céſar quando la derrota de Titurio, y de Cotta; por lo que reſultaba, que à eſte General le quitaban realmente dos Legiones. El conociò la mano que le jugaban; pero ſin embargo, con aquella generoſidad que lo hacia ſuperior à todos ſus enemigos, las embiò al inſtante, dando à cada ſoldado una gratificacion de ducientos, y cinquenta denarios. (quinientos reales de vellon) Los ſugetos à quienes encargò Pompeyo, que le traxeſen las dos Legiones, vinieron contando, que Céſar eſtaba aborrecido de ſu Exercito: que ſus ſoldados fatigados de una guerra larga, y penoſa, yà no podian aguantar à un General, que ningun deſcanſo les daba: que no neceſitaria de mas, que de ſus proprias Tropas para vencerlo, y deſtruìrlo, porque lo abandonarian deſde el inſtante que puſieran el pie en Italia. Al miſmo tiempo Labieno, el mas acreditado, y experimentado de los Tenientes de Céſar, daba oìdos à las propoſiciones que ſe le hacian para que mudaſe de partido, como con efecto mudò deſpues. Eſtas eſpecies inſpiraron tal preſumpcion à Pompeyo, que ningunas medidas tomò para juntar Tropas capaces de reſiſtir à un enemigo tal como ſu competidor, y aun ſe burlaba de los que temian que huvieſe guerra contra ellos; y como alguno le dixeſe, que

ſi

si César marchase contra Roma, no se veia cosa que pudiera detenerlo: *En qualquiera parte de Italia*, respondiò, *que yo dè una patada, saldràn Legiones de la tierra.* César procedia con mas cautela, porque sin dár ningun paso que oliese à acto de hostilidad, se iba disponiendo para poder obrar con vigor, y eficacia en el instante que fuese necesario. La Galia estaba perfectamente quieta, y pacifica, sus Legiones distribuìdas en quarteles, solo esperaban su orden para ponerse en movimiento; y él mismo en el principio de la primavera pasò à la Galia Cisalpina, para estár mas à mano, y alerta à quanto succediese en Roma, tomando, para que no se notára, varios pretextos, y aun embiaba à aquella Ciudad á algunos de sus Oficiales, y soldados, à quienes daba licencia só color de que iban à dependencias proprias; pero en realidad, para que viesen, y examinasen el estado de las cosas. La Historia hace mencion entre otros, de un Centurion, que hallandose à la puerta del Senado à tiempo que se estaba tratando de negocios de César, y aviendo oìdo decir, que no querian concederle las esperas que pedia, puso la mano en la guarnicion de la espada diciendo: *Esta le darà lo que el Senado le niega.*

An. R... 702. An. J. C. 50.

De Bel. Gal. lib. 8.

Plut. in Pomp. & Cæs.

Cesar se creìa tanto mas obligado à precaucionarse, quanto que los Consules electos para el año siguiente eran del partido contrario. Ser. Galba, que avia sido su Teniente General en la Galia, pretendiò en vano subir al Consulado, porque el empeño de Pompeyo hizo nombrar à L. Lentulo, y à C. Marcelo, ambos poco favorables à César, y especialmente el primero que sin guardar respeto alguno se mostraba resuelto à llegar hasta el ultimo extremo. Sin embargo, como Curion tenia todas las cosas suspensas, César bolviò à la Galia, revistò su Exercito, pasò en

De Bell. Gall. lib. 8.

An. R... 702. An. J. C. 50. ella el reſto del verano, y al acercarſe el hinvierno, dexando en aquellas Provincias ocho Legiones, ſe reſtituyò à Italia, en donde tenia diſtribuìda la decima tercia en los pueſtos mas importantes de la Galia Ciſalpina. Supo al llegar, que las dos Legiones, que ſe le avian quitado con pretexto de la guerra de los Partos, eſtaban en Italia, y à las ordenes de Pompeyo, à quien las avia entregado el Conſul Marcelo. Eſta era una verdadera declaracion de guerra; pero diſimulò no obſtante, contentandoſe por entonces con eſcrivir al Senado, quexandoſe de eſte hecho, y pidiendo, que como à èl ſe obligaſe à los otros Generales à licenciar ſus Tropas. Eſtas expreſiones conformes á las de Curion, à nada obligaban à Céſar; y además, obſerva Suetonio, eſperaba que ſi le cogia la palabra, podria èl juntar mas facilmente ſus ſoldados veteranos, que no Pompeyo reclutar nuevas Legiones. Parece que eſta carta de Céſar diò motivo à una ultima deliberacion del Senado ſobre las pretenſiones reſpectivas de los dos competidores. Marcelo bolviò la propoſicion conforme à ſus idèas, y pidiò con ſeparacion los dictamenes ſobre Pompeyo, y ſobre Céſar. La mayor le daban de que à eſte ſe le nombraſe ſucceſor; y quando ſe tratò del primero, todos convenian en que era meneſter dexarle el Mando; pero Curion, uniendo lo que el Conſul avia dividido, pidiò que el Senado manifeſtára ſi queria, ò no, que Pompeyo, y Céſar hicieſen dimiſion à un miſmo tiempo. La coſa preſentada de eſte modo mudò de ſemblante, y el Tribuno tuvo trecientos, y ſetenta votos contra veinte, y dos. Marcelo lleno de rabia de lo que le ſuccedia, deſpidiò ſobre la marcha la Aſambléa, diciendo à gritos: *Triunfad, pues, y poded mas que noſotros à fin de tener à Céſar por amo.* El Tribuno al contrario ſalió muy ya-

Suèt. Cæſ. c. 29.

Appian.

vanaglorioso, el Pueblo lo reciviò con mil aclamaciones, y echaba sobre él flores como sobre un athleta victorioso, que huviese merecido la corona de la lucha. An. R.. 702. An. J. C. 50.

Marcelo al despedir el Senado, dixo, que no era yá tiempo de dár oìdos à inutiles discursos, quando se veìan diez Legiones promptas para entrar en Italia, y que la Patria necesitaba de un defensor que oponerlas. En consequencia de esta declaracion, llevando en su compañia à los Consules electos, à fin de dár mas peso á lo que intentaba hacer, fuè en busca de Pompeyo, que estaba en el arrabal, porque su empleo de Proconsul no le permitia entrar en la Ciudad; y presentandole una espada, le dixo: *Os mandamos, que empleeis esta espada en defensa de la Patria contra Cèsar; y para esto os damos el Mando de todas las Tropas que estàn en Italia, con facultad de hacer mas levas á vuestro arbitrio.* Pompeyo respondiò, que obedeceria à los Consules *à menos*, añadiò, *que no huviese que hacer otra cosa mejor*: expresion en èl muy familiar, y que denotaba no tanto irresolucion, quanto un caracter disimulado, que tiraba à salvar las apariencias, que temia los empeños; y que queria dexar siempre una callejuela para bolver sobre sí, si fuese necesario. No se puede dudar, que en esta ocasion estaba yá resuelto Pompeyo á tomar las armas contra Cèsar; y en este concepto se explicò con Ciceron, que bolvia entonces de su Govierno de la Cilicia. Curion hizo sin embargo algunos otros esfuerzos en favor de Cèsar, y quiso estorvar à Pompeyo hacer las levas que avia empezado; pero como solo servian de agriar mas, y mas contra èl al Senado, y que fuera de que estaba su año al espirar, escapò de Roma, y se fue à Ravenna, en donde estaba Cèsar, llevandole todo el odio de que estaba lleno con- Cic. ad Attic. VII. n. 4. & 8.

An. R... 702. An. J. C. 50. tra Pompeyo, y sus parciales, y aconsejandole à que sin detencion alguna hiciese venir sus Legiones, y empezase la guerra. Cesar tan resuelto como èl; pero mas moderado, y prudente, no creyò que fuese todavia tiempo de entrar en accion, porque no queriendo pasar por agresor contra su Patria, esperaba algun lance con que poder aparentar que tomaba las armas para su propria defensa, y al mismo tiempo, que avia hecho quanto estaba de su parte para no llegar à este extremo. Negociaba, pues, por una parte, mientras por la otra movia contra el Senado, y Pompeyo à un Tribuno tan violento, y furioso como Curion. Este era el famoso Marco Antonio, que à su buelta de Siria, y de Egipto se aplicò à seguir la fortuna de Cesar. Aviendosele nombrado Questor, partiò sobre la marcha para la Galia sin esperar ni Decreto del Senado, orden de la Plebe, ni decision de la suerte, sabiendo, como lo nota Ciceron con mucho fundamento, que el Campo de Cesar era el unico recurso de todos aquellos à quienes la indigencia, sus viciosos excesos, y sus deudas enormes tenia descontentos con su suerte, y hacia enemigos de la pública quietud. En la Galia se portò con mucho valor, como lo hemos yà apuntado en otra parte; y aviendo en el año en que vámos obtenido el Tribunado por medio del empeño, y dinero de Cesar, empleò todo el poder de su emplèo en favor de aquel à quien lo debia.

Cic. Philip. II. n. 50.

Plut. in Anton.

Empezó pidiendo, que las dos Legiones destinadas contra los Partos se embiasen à la Siria à Bibulo, que se prohibiese à Pompeyo hacer levas de soldados; y que se dispensase de obedecerle à los que intentára reclutar. Luego à los doce dias de aver entrado en la posesion de su Tribunado, hizo à la Plebe una harenga contra Pompeyo, insul-

Cic. ad Att. VII. n. 8.

tan-

tandolo, y maltratandolo sin què, ni para què, y quexandose de la infeliz suerte de los que avian sido condenados en virtud de las Leyes promulgadas en su tercer Consulado. Pompeyo reflexionando sobre este asumpto con Ciceron, la harenga en la mano, y tambien sobre las amenazas de una guerra civil, que hizo al mismo tiempo: *Què os parece*, dixo el primero, *que harà Cèsar en llegando á ser el arbitro de los negocios públicos, pues fu Queftor fin credito, ni dinero, fe atreve à hablar de efta fuerte?* En medio de tantos disturbios, Cèsar continuaba en sus negociaciones, ofreciendo licenciar ocho de sus Legiones, y abandonar la Galia Transalpina, como le dexasen la otra Galia, y la Iliria con dos Legiones hasta que fuera Consul, y aun llegò à prometer que se contentaria con la una, y con la Iliria; pero estas eran buenas palabras que daba, pues de aver procedido sinceramente huviera desde luego hecho dimision de su Govierno à condicion de que lo nombràran Consul; lo qual poniendose en estos terminos, no era posible, dice Ciceron, que se le huviese negado; pero ni èl deseaba la paz, ni menos Pompeyo, no queriendo ninguno de los dos vèrse expuesto à quedar sugeto al otro. Las disposiciones de ambos para la guerra eran las mismas, con sola la diferencia de que Pompeyo tenia en su favor toda la mageftad de la Republica, y que creyendo tener el buen derecho de su parte, pretendia dàr la ley, se mostraba inflexible, y no disimulaba la resolucion en que estaba de tomar las armas para obligar à Cèsar à someterse à la voluntad del Senado; en lugar que éste, que conocia las intenciones de su competidor, hacia ofrecimientos, que estaba seguro que no se le admitirian, esperando con ellos figurar, que la culpa de la guerra la tendria Pompeyo, y dàr à sus procedimientos un

An. R... 702.
An. J. C. 50.

Plut. in Cæf. Appian. Cic. ad Fam. XVI. n. 12.

Ad Attic. VII. n. 9.

un ayre de moderacion en defecto de la justicia, que no tenia su causa. En esta situacion estaban las cosas quando tomaron posesion de su Consulado:

C. CLAUDIO MARCELO.
L. CORNELIO LENTULO.

An. R... 703.
An. J. C. 49.
Cæs. de Bell. Civil. lib. 1. Dio. lib. 41. Appian. Plut.

EN el dia primero de Enero llegó Curion á Roma con cartas de Cesar para el Senado, con proposiciones muy suaves, y moderadas, à juicio del que las llevaba, y serian sin duda conformes à las hechas anteriormente. Las cartas fueron muy mal recividas, tanto que los Consules no aviendo podido suprimirlas, porque Curion se las entregó en Senado pleno, quisieron que se le debolviesen sin abrirlas, y los Tribunos Antonio, y Q. Cassio tuvieron que valerse de toda la autoridad de sus empléos para hacer que se leyeran. Despues de leìdas, el Consul Lentulo propuso, que se tratára del estado presente de las cosas, y de las medidas que convendria tomar para la seguridad de la Republica, y esto sin hacer caso de lo que contenian las cartas. Exhortò à los Senadores á opinar con valor, y fortaleza, porque de no hacerlo assi, sabria muy bien tomar su partido, y hallar el medio de reconciliarse con Cesar, en lo qual no mentia, porque Cesar se huviera alegrado de poderlo ganar, y para conseguirlo hizo las mayores diligencias, aun quando los dos Exercitos opuestos estaban para darse Batalla en el Epiro; pero Lentulo, aunque segun el estado de sus cosas le huviera convenido seguir el Vando de Cesar, no lo dexò, segun parece, por voluntad, sino porque le pareciò que en el de Pompeyo tenia seguras las esperanzas de hacer una fortuna muy grande. Por esta causa jamàs diò oìdos à proposicion alguna, y Cesar lo nombra como à uno de los que mas contribuyeron al rompimiento de la guerra. Me-

te-

telo Scipion, ſuegro de Pompeyo, no podia dexar de ſeguir el miſmo plàn. Caton no queria oìr tratar de que ſe puſieran en compromiſo los intereſes, y la mageſtad de la Republica; y aſsi, ſin embargo de algunos dictamenes mas ſuaves, que tiraban à lo menos à contemporizar, quedò reſuelto à pluralidad de votos: „ Que ſe dieſe or- „ den à Ceſar para que dentro del termino que ſe „ le ſeñalaſe licenciaſe todas ſus Tropas, con pre- „ vencion de que de no hacerlo, ſe le declararia „ por trahidor à la Republica.„ Los Tribunos Antonio, y Caſsio hicieron ſu opoſicion à eſte Decreto, con cuyo motivo ſe renovaron las quimeras, y duraron algunos dias. En ellos Piſon, Cenſor, y ſuegro de Céſar, y el Pretor L. Roſcio ſe ofrecieron à ir à las Galias para inſtruìr à Ceſar de las diſpoſiciones del Senado; pero no ſe les admitiò ſu oferta, y ſe recurriò à aquel formulario de Senatuſconſulto uſitado ſolo en los rieſgos en que no avia otro recurſo, y era: „ Que los Con- „ ſules, los Pretores, los Tribunos de la Plebe, y „ los Proconſules, que ſe hallaſen inmediatos à „ Roma (lo qual comprehendia à Pompeyo, y „ Ciceron) cuidaſen de la ſeguridad de la Repu- „ blica.„ Viſto eſto por Antonio, y Caſsio, eſcaparon al inſtante de Roma, porque corrian en ella gran rieſgo, y Curion, y Célio hicieron lo proprio. Hizoſe entonces la diſtribucion de Provincias, que avia un año que eſtaba detenida por la opoſicion de los Tribunos. Nombraronſe dos ſucceſores à Céſar, que fueron L. Domicio Ahenobarbo, y M. Conſidio, el primero para la Galia Tranſalpina, y el ſegundo para la Ciſalpina. A Metelo Scipion ſe diò el Departamento de la Sitia, que Bibulo dexaba, y de los demàs ſe harà mencion conforme vaya ocurriendo.

An. R... 703.
An. J. C. 49.

Los enemigos de Céſar con aver puſto en rieſ-

An. R... 703. An. J. C. 49.

rieſgo à los Tribunos, le ſubminiſtraron el pretexto que hacia tiempo andaba buſcando para empezar la guerra. Hallabaſe entonces en Ravenna, ultima Plaza de ſu Govierno, y apenas ſupo lo que avia paſado en Roma, quando juntando à los ſoldados que tenia al derredor de sì; eſto es à los de la Legion decimatercia, les dió cuenta de lo ſuccedido, inſiſtiendo con la mayor fuerza ſobre los derechos del poder Tribunicio, violados en las perſonas de Antonio, y de Caſsio, y ſe quexò, como èl miſmo lo refiere, del nuevo exemplar que introducian en la Republica los que con el terror de las armas cortaban, y ſofocaban el derecho de la opoſicion de los Tribunos. Añadió, que Sila ſe lo avia dexado, ſin embargo de que tirò á envilecer, y acabar con eſtos empléos, y que Pompeyo, que ſe gloriaba de averlos reſtablecido en todos ſus privilegios, y facultades, les quitaba ahora aun aquella de que ſiempre avian gozado. El pretexto que tomò Céſar era bien capàz de ſublevar à la multitud; pero con todo debiò de hallar baſtante dificultad en perſuadirla, porque ſegun refiere Suetonio en la harenga que bolviò à hacer à los ſoldados en Rimini á la mañana ſiguiente, empleò los mas humildes ruegos para obligarlos, llorò, y deſpedazò ſus veſtidos por delante para explicarles el exceſo de ſu dolor, y del gran rieſgo en que ſe hallaba. Nada dice Céſar, que à eſto ſe parezca en la relacion de lo que paſó en Ravenna, y omite enteramente ſu harenga de Rimini; pero yà ſe ſabe, que ſuprime muchas coſas en ſus Comentarios, en que tampoco ſe hace mencion del paſo del Rubicon, que es tan célebre en los otros Hiſtoriadores. Luego que acabò de hablar, los Oficiales, y ſoldados le hicieron las mayores demoſtraciones de que eſtaban promptos, y reſueltos á defender el honor

Suet. Cæſ. cap. 31.

nor de su General, y à vengar los derechos vulnerados del Tribunado. El aceptò sus ofertas, y con cinco mil hombres de Infanteria, y trecientos cavallos, que componian la Legion, emprehendió, segun la expresion de Tito Livio, conservada por Orosio, atacar à todo el Universo. Era, como se sabe, su maxima, y práctica constante, la de poner en la celeridad la principal esperanza del succeso; y estaba convencido à que en la ocasion de que se trata, le seria mas facil aterrar con pocas fuerzas, mostrandose en el instante que no se le esperaba, que el vencer tomandose tiempo para hacer grandes preparativos; y assi, contentandose con escrivir á sus Tenientes, que le traxesen las Legiones que avia dexado en la Galia Transalpina, se determinò á partir de Ravenna para sorprehender á Rimini, que era la primera Plaza de Italia, que se encontraba al salir del distrito de su Govierno. An. R... 703. An. J. C. 49. Oros. lib. 6. cap. 15.

Para el logro de su interpresa era necesario el secreto, por lo qual aviendo hecho partir sin ruido sus diez Cohortes à las ordenes del hijo de Hortensio, se mantuvo quieto en la Ciudad, assistió á un espectaculo que huvo aquel dia, se entretuvo en vèr el ensayo de una Escuela de Gladiatores que queria fundar, y por la tarde se puso à la mesa con bastantes combidados; pero al entrar la noche se levantò con otro pretexto, saliò de la Ciudad sin que nadie lo viese, y aviendo en el primer molino puesto en su silla las mulas que encontrò, se metiò por un camino extraviado, en donde se perdiò; pero al amanecer encontrò una guia, con la qual alcanzò sus Cohortes cerca del Rubicon, pequeño arroyo, que servia de termino á su Provincia, de suerte que no podia pasarlo sin contravenir á las Leyes, y quitarse la mascarrilla para empezar la guerra. Aunque re-

An. R... 703. An. J. C. 49.

suelto à todo, y que sin contradiccion era el mas atrevido de todos los hombres, la idéa de los males que iba à causar al Universo, y de los riesgos à que èl mismo se exponia, presentandosele à la imaginacion en aquel critico instante, lo sobrecogiò, y hizo suspender un poco su actividad. Paròse en la orilla, y bolviendose à sus parciales, entre los quales iba su amigo Asinio Polion, les dixo: *Todavia podemos bolver sobre nuestros pasos; pero si pasamos ese puentecillo, serà menester que lo haga todo la fuerza de las armas.* Suetonio refiere un presagio, que supone aver ocurrido en aquel instante. Un hombre de estatura gigantea se apareciò en las inmediaciones tocando una flautilla pastoril. Juntaronse à oirle al derredor, no solamente algunos pastores, sino tambien varios soldados, y entre ellos algunos trompetas. El hombre agarrò una de estas, tocò á embestir, y pasò á la orilla opuesta. Si el hecho es cierto, pudo muy bien aver sido una invencion de Cèsar para animar à sus Tropas. En lo que no hay duda es, el que al vèr èsto exclamò: *Vamos à donde nos llaman los presagios de los Dioses, y la injusticia de nuestros ciudadanos. La suerte està echada.* De este modo diò Cèsar este paso arriesgado, y decisivo, engañandose, ò cegandose à si proprio sobre las horribles resultas, que debia tener: assi como un hombre, dice Plutarco, que cierra los ojos, y se cubre la cabeza para no vèr el abismo en que và à precipitarse. Pasado el Rubicon, sorprehendiò á Rimini como lo avia pensado, y en esta Plaza encontrò à Antonio, y à Casio con los vestidos de esclavos con que por no ser conocidos avian escapado de Roma, y su vista animò, y encendiò en extremo à los soldados, que hicieron nuevas protestas à su General de seguirlo à donde quisiera llevarlos.

Suet. Cæs. cap. 31.

Plut. in Pomp.

Suc-

Succediò en Roma lo que Céſar avia previſto, y la noticia de la ſorpreſa de Rimini causò en todos una conſternacion bien eſtraña, porque no ſe ceñian à la realidad del mal, que era en sì baſtante grande, ſino es que yà creìan hallarſe à cada inſtante en las puertas de la Ciudad con Céſar, y ſus diez Legiones, acompañadas de una nube de Galios, y de Germanos. El miſmo Pompeyo perdió entonces la cabeza, y aunque tenia al derredor de sì mas Tropas que ſu contrario, fatigado, y aturdido con los cargos que por todas partes ſe le hacian, no pudo conſervar aquella tranquilidad neceſaria en las ocaſiones criticas, ni tomar una reſolucion digna de ſu valor, y de ſu prudencia. Todo era quexas contra èl, ſobre que avia elevado á Céſar al alto grado de poder con que ſe avia hecho temible à la Patria, y ſobre que no teniendo con què reſiſtirle, ſe huvieſe negado à componerſe con èl. Preguntabanle por las fuerzas que debia tener juntas; y en el concepto de que Céſar tenia conſigo ſus diez Legiones, huvieran querido vèr à Pompeyo à lo menos con otras tantas; y aun Favonio para inſultarlo, aludiendo al dicho que algunos dias antes ſe le avia eſcapado, le decia que dieſe una patada en la tierra para que ſalieſen ſoldados. No hay duda que en eſta parte reſultaba Pompeyo culpado, porque avia aſegurado al Senado que tenia diez Legiones promptas, y quando ſe neceſitaban nada parecia, ſobre cuyo aſumpto preguntado por Volcacio Tulo, perſona Conſular, reſpondiò como titubeando, que tenia las dos Legiones venidas de la Galia, y como unas treinta mil reclutas. *Luego nos aveis, Pompeyo, engañado*, exclamó Tulo, y propuſo que ſe embiaſen Diputados à Céſar. El miſmo Caton contribuyò á darle tambien que ſentir con una reflexion in-

An. R... 705.
An. J. C. 49.

Plut. in Pomp. & Cat.

An. R... 703. An. J. C. 49. tempestiva, sobre no aversele creìdo en asumpto de Cèsar, lo que tiempos avia tenia previsto, y dicho, para que la Republica se guardàra de èl. A esto diò motivo el averse empezado à admirar la penetracion, y sagacidad con que avia presagiado lo que entonces estaba succediendo; y es cierto que en esta parte discurriò Caton desde los principios, y descubriò todos los proyectos, y todo el plan de Cèsar con tanta exactitud, que pareciò no ser su enemigo, sino es un confidente intimo con quien aquel Romano comunicaba las cosas mas reservadas, y èsto desde el tiempo en que mas engolfado en sus guerras de la Galia, y de la Germania, parecia no pensar en invadir la Republica. Quexabase entonces de que Pompeyo no huviese hecho caso de los reiterados avisos que sobre el asumpto le avia dado, à que èste respondiò: *Aveis discurrido con mas puntualidad que yo sobre lo futuro; pero yo he seguido mas los impulsos de la amistad.* Sin embargo, y de la oposicion que Caton tuvo siempre al Mando, y autoridades contrarias à las Leyes, aconsejò en esta ocasion, que todo se pusiera en manos de Pompeyo, diciendo que à los mismos hombres pertenecia hacer grandes males, y poner los remedios. Todos siguieron su dictamen, y sobre la marcha se expidiò un Decreto declarando que avia *tumulto*; esto es, que la guerra estaba abierta, y la Ciudad en peligro, de suerte que era menester, que todos los ciudadanos se pusieran en armas.

El primer uso que hizo Pompeyo de la autoridad suprema, que se le acababa de conceder, y confirmar, fue el abandonar à Roma, y mandar à todos los Senadores que salieses, y lo siguiesen, con declaracion expresa de que tendria por del Vando de Cèsar à qualquiera que se quedase en la

Cic. ad Att. VII. n. 21.

Ciu-

Ciudad. Por mas que para esta resolucion se valia del exemplar de Themistocles, que hizo lo proprio en Athenas al acercarse el Exercito de los Persas, diciendo como aquel Griego, que la Patria no consistia en los muros, y en las casas, sino es en los ciudadanos, á todos pareciò desesperada; pero sin embargo, en el proprio tiempo que vituperaban la conducta del General, no podian aborrecer su persona, y aun este dia puede pasar por uno de los dias mas glorioso á Pompeyo, pues salieron con èl de Roma las personas mas ilustres del Estado. La fuga, y el destierro en compañia de Pompeyo era para ellos como la Patria, y Roma sin èl, les parecia no ser mas que el Campo de César. Inutil serà describir el tumulto, y desorden de esta fuga, que es facil de figurarse; y solo notarèmos de paso una circunstancia bien singular, y es, que mientras los que estaban en Roma se daban prisa para salir, acudia à ella à resguardarse de las Ciudades vecinas tanta multitud de gentes, que no se podian atravesar los caminos: tanto era el tropèl de los que venian huyendo de César. Salieron los Consules, aun sin hacer los Sacrificios, y otras ceremonias de Religion, que correspondian á sus empléos, lo qual jamàs avia succedido. Siguieron los Pretores, los Tribunos de la Plebe, à lo menos por la mayor parte, las personas Consulares, y en suma casi todos los Senadores, y todos con acuerdo tan uniforme, que aun algunos de los parciales de César, y entre ellos su suegro Pison, se dexaron llevar del torrente de los demás, y salieron para seguir à Pompeyo: de suerte, que toda la mageſtad de la Republica estaba de parte de éste; pero toda la fuerza de la de César. No hablamos solamente de sus Legiones, que hacia tiempos eran el refugio seguro de todos aquellos que estaban llenos de de-

An. R... 703. An. J. C. 49.

Cœl. ad Cic. lib. VIII. ad Fam. Ep. 14. Suet. Cæs. c. 23.

An. R... 703. An. J. C. 49. delitos, y de deudas, y de toda la juventud viciosa. A aquellos cuyos negocios no estaban tan desesperados, los ayudaba con su proteccion, y dinero para que salieran de ellos; y à los otros, cuyos delitos, y otros excesos avian llegado à terminos de no tener remedio, les decia francamente, que para encontrarle era necesaria una guerra civil. De este modo se hizo una infinidad de criaturas, todas gentes de mano, audaces, y que no tenian mas esperanza que en èl. Facil es de concebir quánta fuerza daria al partido de Cèsar un conjunto semejante de malvados; y por esto decia Ciceron à Attico: „ La Causa de Cèsar ninAd Att. VII. n. 3. „ gun apoyo tiene por el lado de la Justicia; pero por otra parte tiene todos los apoyos, y ven„ tajas imaginables.„

Entre tantos ciudadanos, unos del Vando de Cesar, y otros del de Pompeyo, se busca uno del de la Republica, y tal vez serà dificil encontrar otro que Caton. Esta reflexion es de Seneca, que la desembuelve perfectamente: „ Si quereis, dice, „ fingiros una pintura fiel de aquellos tiempos, „ vereis de un lado al Pueblo, y toda la multitud „ de aquellos que à impulsos del mal estado de „ sus cosas suspiran por una mudanza que las me„ jore: del otro à los Grandes, al Orden de los „ Equites, y à quanto hay de ilustre, y respetuo„ so en la Ciudad; y en medio à Caton, y la Re„ publica abandonados de todos.„ Efectivamente este Romano no estaba mas contento con Pompeyo, que con Cèsar, pues se avia resuelto à quitarse la vida, si este vencia; y si el otro, à irse à vivir en un destierro. No referimos los supuestos prodigios que acumulan los antiguos Escritores en los principios de una guerra tan terrible; y solo notarémos de paso, que las imaginaciones preocupadas de temor, y por esta razon mas

Senèc. Epist. 104.

dif-

diſpueſtas à las ſuperſticiones de que eſtaban llenos ſus ritos en aquel tiempo de tinieblas, ſacaban preſagios, aun de los acaecimientos mas ſimples, y naturales; pero eſte es un defecto comun à la Gentilidad. An. R... 703. An. J C. 49.

Pompeyo al ſalir de Roma girò ácia la Campania, reſuelto à entrar en la Pulla, en donde eſtaban las dos Legiones, que ſe avian quitado à Céſar, en cuyos ſoldados tenia poca confianza, temiendo que aùn mantuvieſen alguna inclinacion à ſu antiguo General. Su recurſo pues, eran las levas, que hacia en toda Italia, con las quales penſaba en mantenerſe en ella; bien que en todo extremo tenia ideado paſar el mar para tener tiempo de juntar èn las Provincias del Oriente un buen pie de Tropas que le fueſen afectas; porque ſu nombre era muy célebre en aquellas Regiones, en donde avia hecho hazañas muy glorioſas; pero eſte penſamiento no le manifeſtò, porque huviera redundado en deſcredito de ſus armas. Varios Gefes à ſus ordenes ocupaban las diferentes partes de Italia, y reclutaban en ellas toda la gente que les era poſible. Ciceron eſtaba encargado de las coſtas de la Campania; pero amante ſiempre de la paz, no tomaba con aquella eficacia neceſaria las operaciones de la guerra, teniendo por objeto el conſtituirſe mediador entre las dos partes, mientras huvieſe alguna eſperanza de componerlas. Lentulo Spinther, P. Atcio Varo, Domicio Ahenobarbo, y otros ſervian con mas eficacia à la Cauſa comun; pero no con mas ſucceſo, porque las levas no ſe hacian con aquella facilidad que ſe avia creìdo, ni los Pueblos entraban guſtoſos en eſta guerra. En tanto que Céſar aùn eſtaba en Rimini, un joven pariente ſuyo, y de ſu miſmo nombre, fue con el Pretor Roſcio à tratar con èl de paz. No ſe les avia diputado expreſamen-

An. R... 703. An. J. C. 49. mente ; pero con todo, Pompeyo les avia encargado cumplimentaſen à Céſar de ſu parte, y aun en algun modo que lo diſculpaſen con èl, previniendoles le dixeſen: „ que no era enemiſtad la „ que le hacia obrar, ſino unicamente el zelo de „ la Republica, cuyos intereſes avia ſiempre pre„ ferido à toda conexion particular: Que era muy „ digno de Céſar ſeguir en ſu conducta los miſ„ mos principios, y no querer hacer daño al Eſta„ do, por vengarſe de ſus enemigos.„

Eſtá viſto, que Pompeyo ſolo tiraba con empezar una negociacion de paz à ganar tiempo, porque nada tenia prompto; y Céſar, que tampoco la deſeaba mucho, queriendo perſuadir que la apetecia, entregò al joven L. Céſar, y à Roſcio unas nuevas propoſiciones, que èl miſmo refiere, y ſe reducen „ à que Pompeyo fueſe à Eſpaña: „ que ſe licenciaſen todos los Exercitos: que ce„ ſára la guerra en toda Italia: que ſe alexára „ quanto tuvieſe aſomo de terror, y de violen„ cia: que la eleccion de Magiſtrados ſe hicieſe „ con entera libertad; y que la Republica ſe go„ vernaſe por la autoridad del Senado, y de la „ Plebe.„ Para convenirſe en los particulares de la execucion, pretendia tener una Conferencia con Pompeyo. Ciceron explica mas algunos de eſtos articulos, y ſegun el, Céſar prometia ceder la Galia Tranſalpina á Domicio, la Ciſalpina à Conſidio, y renunciando el privilegio de poder pretender el Conſulado por medio de Procurador, declaraba que ſe preſentaria à ſolicitarlo en perſona, ſegun las reglas eſtablecidas. Eſtas propoſiciones, que tenian una grande apariencia de moderacion, llenaron à Ciceron de eſperanzas de que la paz ſe ajuſtaria; pero eſtas ſe deſvanecieron en breve, porque Pompeyo queria que Céſar cedieſe el primero, y abandonaſe à Rimini, y

Ad Att. VII. n. 9.

de

demàs pueſtos que avia ocupado fuera de ſu Provincia, porque durante la negociacion, no avia ſuſpendido las operaciones de la guerra. Céſar al contrario, que Pompeyo, y los Conſules empezaſen por ſuſpender las levas, que ſe hacian por ſu orden, y que deſpidieſen las Tropas que tenian yà juntas. Como nadie queria ſer el primero que empezaſe à cumplir lo propueſto, y que Pompeyo, aunque ofrecia venir à Eſpaña, no ſeñalaba el quándo, y que tampoco daba reſpueſta en el particular de la Conferencia, Céſar ſe creyò con motivo ſuficiente para romper la negociacion, y à eſte efecto publicó por toda Italia una eſpecie de Manifieſto, aparentando los motivos que lo forzaban à tomar las armas, y culpando à Pompeyo de que huìa el lance de carearſe con èl, à fin de convenirſe en los puntos propueſtos; y ſin duda fue en eſte Manifieſto, en que por un raſgo de ſu habilidad, y politica acoſtumbrada, declaraba que tendria por ſuyos, ò de ſu Vando à todos los que no fueſen contra èl, en contrapoſicion de la proteſta hecha por Pompeyo de que trataria como á enemigos à todos los que no ayudaſen la Cauſa de la Republica, de quien era defenſor. Labieno, que en eſte tiempo ſe le pasò, lo animò en extremo, porque éſte, como lo hemos viſto, era el mas acreditado de los Tenientes de Céſar, y de quien hacia mas aprecio, y confianza; y aunque ſirviendo à ſus ordenes ſe acreditó de Oficial de capacidad, y experiencia, no hizo deſde que ſe pasò à Pompeyò coſa digna de ſu fama. Céſar usò con èl de ſu generoſidad ordinaria, y aunque ſu deſertor, le embiò todos ſus equipages, y dinero.

An. R. 703. An. J. C. 49.

Suèt. Cæſ. c. 75.

En tanto eſte General hacia vigoroſamente la guerra, y aunque entonces no tenia mas que ſu decima tercia Legion, ſe apoderò de varias Pla-

An. R... 703. An. J. C. 49. zas de la Toſcana, hacia levas en todo el Piceno, y daba por todas partes caza à los del partido de Pompeyo. No entramos en deſcrivir las particularidades de las Expediciones de menor importancia, y baſtarà decir, que ſin ſacar la eſpada forzò al Pretor Thermo, à Atcio Varo, y à Lentulo Spinther à que le abandonaſen las tres Plazas de Eugubio, Oſimo, y Aſcoli; pero tuvo que poner ſitio à Corfinio, en donde ſe avia metido Domicio Ahenobarbo con varios iluſtres Romanos. Eſte tenia à ſus ordenes treinta Cohortes, y queriendo hacerſe el meneſteroſo, contra la orden de Pompeyo, que le avia mandado fuera à unirſe con èl en la Pulla, previniendole, que no ſe podia defender la Italia, ſino es uniendo ſus fuerzas, y que de no hacerlo aſsi ſe perderìa infaliblemente, ſe empeñò en atajar los paſos à Céſar, y aun era ſu plàn paſar à la Galia, cuyo Govierno le avia dado el Senado. Céſar no le dió lugar à ello, marchò à èl, y al primer encuentro ſus batidores puſieron en fuga à cinco Cohortes de Domicio, que intentaron romper un puente, y ſobre la marcha, con dos Legiones que conſigo llevaba, fue à poner ſitio à una Plaza, cuya Guarnicion era mas fuerte que ſu Exercito. Es verdad, que poco deſpues le llegaron mas Tropas, con las quales pudo de la otra parte de Corfinio formar un ſegundo Campo, cuyo Mando diò à Curion. Domicio quando ſe viò ſitiado, conociendo lo grande del rieſgo en que ſe hallaba, eſcriviò à Pompeyo, pidiendole viniera à ſocorrerlo, y que no lo abandonára à arbitrio de Céſar con treinta Cohortes, y un gran numero de Senadores, y Equites Romanos, que eſtaban con èl; y entre tanto que venia la reſpueſta, ſe preparò para defenderſe vigoroſamente. La circunſtancia era de las mas criticas para Pompeyo, porque abando-

nar

nar tanta gente era pérdida, y pérdida ruborosa para su partido, y acudir á socorrerla, aventurarse conocidamente á perderse en los primeros lances, porque no tenia mas Tropas, que las dos Legiones venidas de la Galia, en las que fiaba poco, y algunas Tropas recien reclutadas, que no podian ponerse delante de las veteranas de César. En esta duda tomó su resolucion como hombre habil, y de cabeza; y aunque no ignoraba que se le censuraba de timido en su conducta, como parece por las cartas de Ciceron, en lo qual no le hace éste la justicia que parece se le debia, respondió á Domicio, que á él le tocaba salir del mal paso en que se avia metido, y que buscára el medio de venir á unirse con él. An. R... 703. An. J. C. 49.

Domicio, que se hallaba en terminos de no poder seguir el consejo, porque las lineas de los sitiadores lo tenian cercado, procurò en los principios ocultar la respuesta que avia tenido de Pompeyo; pero aviendose traslucido, y tambien que pensaba en escaparse, sus Tropas, y los habitantes lo aseguraron, y inmediatamente diputaron á César, ofreciendole abrirle las puertas, someterse à lo que quisiera mandarles, y entregarle vivo à Domicio. César aceptò con gusto sus ofertas, y sin embargo, como era cerca de anochecer, no quiso entrar entonces en la Ciudad, para evitar que los soldados la pillasen, validos de la obscuridad, y solamente mandò hacer una guardia muy exacta al derredor de los muros, á fin de que ninguno saliera de la Plaza. Lentulo Spinther, que era uno de los encerrados en ella, queriendo probar la clemencia del vencedor, llamó à la Guardia desde el muro, y pidiò que lo llevasen à César, como assi se hizo; pero por los soldados de Domicio, que quisieron con esta accion acreditar que estaban promptos à cumplir lo ofrecido. No se en-

An. R...703. An. J. C. 49. ganó Lentulo en el concepto que tenia hecho de la generosidad de su enemigo, pues apenas empezò à implorar su misericordia, quando atajandole Cèsar, le dixo,, que no avia salido de los limites ,, de su Provincia para hacer mal à nadie, sino ,, para rebatir las injurias de sus contrarios, ven-,, gar à los Tribunos ultrajados, y restablecer en ,, sus derechos, y en su libertad al Pueblo Roma-,, no oprimido por la faccion de un pequeño nu-,, mero de poderosos. ,, Quando Lentulo se viò fuera de cuidado por lo que toca à su persona, pidiò licencia à Cèsar para bolver à la Plaza, diciendole, que algunos estaban tan sobrecogidos del susto, que la desesperacion les avia hecho tomar algunas resoluciones extremadas. Quiso dàr à entender Domicio, cuya aventura es muy singular.

Este, que avia sido siempre enemigo personal de Cèsar, y que despues de aver trabaxado con mucho ahinco contra èl en el Senado, se avia hecho dàr el Govierno de la Galia para succederle, midiendo el odio de Cèsar por el que èl le tenia, al vèrse proximo de caer en sus manos, no esperando hallar quartèl, valeroso de timido, se resolviò à quitarse la vida, por no morir à arbitrio, y por orden de su enemigo; y para este efecto mandò à su Medico, que era uno de sus esclavos, que le dispusiera un veneno, y luego que se le llevó la bebida, la tomò con mucha constancia, y se echò sobre su cama. Pocas horas despues llegó Lentulo; y aviendole hecho relacion de la clemencia de Cèsar, empezò à lamentarse amargamente de su precipitacion, y ceguedad, à cuyo tiempo entrò su Medico, y lo animó, y consolò diciendole, que no le avia dado veneno, sino un medicamento soporativo, con lo qual se sosegò Domicio, y esperò al momento de aver de presentar-

tarse à Cesar. Este General, luego que amaneciò diò orden de que le traxesen à todos los Senadores, à los hijos de estos, à los Tribunos de Soldados, y Equites Romanos, como se executò, yendo por delante Lentulo, y Domicio; y aviendo tomado sus providencias para que nadie los insultase, despues de averles dado algunas quexas del rencor que le tenian, añadiendo, que no creìa averselo merecido, los embiò à todos libres, y aun sin exigir de ellos palabra, ni condicion alguna para en adelante. Mas hizo, pues aviendo encontrado en Corfinio seis millones de sestercios, que Pompeyo avia dado à Domicio para la paga de sus Tropas, cuyo dinero pertenecia á la Republica, y por consequencia podia Cesar apropriarsele, se lo restituyò sin embargo à Domicio, por no parecer, dice, menos exempto de toda codicia, que humano en la conservacion de la vida de sus conciudadanos. Por lo que toca á los soldados de Domicio, los incorporò en sus Tropas. Este es el sistema que Cesar se prescriviò en esta ocasion, y el mismo siguiò fielmente, ó à lo menos con corta diferencia en todas las demàs: conducta de todas maneras laudable, por la clemencia con que tratò à los Gefes del partido contrario, tan rara en las guerras civiles, por la utilidad considerable de aumentar sus fuerzas con cada victoria, aficionando à su persona los soldados vencidos, y por el honor que hacia à sus armas una generosidad semejante, y al mismo tiempo à su Causa, para echar à la injusticia, que en sì tenia, un velo, que aun hoy no llega à penetrar la vista de muchas gentes. Domicio, y Lentulo al salir del Campo de Cesar, fueron à ocultar su verguenza en unas casas de campo, en donde se mantuvieron algun tiempo; pero luego bolvieron à tomar las armas, y se distinguieron con su furio-

An. R... 705.
An. J. C. 49.

De Bel. Civ. lib. 1. n. 23.

Cic. ad Att. lib. IX.

sa

An. R... 703. An. J. C. 49.

sa rabia contra el mismo que les avia dado la vida. No seria estraño que César tratase esta accion de ingratitud digna de castigo; pero su generosidad, libre de las preocupaciones de una alma vulgar, se explica sobre este asumpto con la mayor nobleza escriviendo à Ciceron. „ No es „ para mì, dice, motivo de arrepentirme de mi „ clemencia, el aver sabido que los que embiè „ de Corfinio han buelto à tomar las armas con- „ tra mì. Nada me es mas gustoso, que el „ que ellos se muestren dignos de lo que son, „ y el poder manifestar, que yo siempre soy el „ mismo. „ Yá antes en otra carta escrita à sus amigos Balbo, y Oppio, se dà à sì proprio la enhorabuena de su modo de portarse en este particular; pero descubre al mismo tiempo el motivo de interès, y de ambicion, de donde nacia su clemencia. „ Probemos, dice, à vèr si por este „ medio podemos ganar todas las voluntades, y „ asegurarnos una dilatada posesion de los fru- „ tos de la victoria; porque los otros con sus „ crueldades no han podido evitar el odio públi- „ co, ni gozar mucho tiempo de su victoria, à „ excepcion de Sila, à quien seguramente no „ pienso imitar. Demos el modelo de un nuevo „ modo de vencer, y asegurémos nuestra fortuna „ por el camino de la clemencia, y de la huma- „ nidad. „ En esta carta se manifiesta la resolucion en que estaba César de usurpar la autoridad soberana, y mantenerse en ella, y se infiere, que todas sus negociaciones por la paz no eran de veras, y que se dirigian à reducir à Pompeyo à someterse con el resto de los ciudadanos, lo qual no era posible.

Ep. Cæs. ad Cic. lib. IX. ad Att.

Cic. id.

Siete dias estuvo César delante de Corfinio, y desde el punto que acabò con este importante negocio, marchò en seguimiento de Pompeyo, y lle-

llegò delante de Brindes el dia ocho de Marzo, porque aquel General ſe avia metido en eſta Plaza con las Tropas que avia podido recoger, abandonando à Céſar toda la Italia, de que éſte ſe vió dueño en el diſcurſo de dos meſes, contados deſde ocho, ò nueve de Enero que ſe apoderò de Rimini. En ſu marcha hizo priſionero à Cn. Magio, que era el Ingeniero, ó Director de las maquinas, *Præfectus fabrum* del Exercito de Pompeyo, y lo embiò libre à ſu General, encargandole le inſtaſe à que ſe conviniera en tener con èl una conferencia, porque ſeria el medio ſeguro de pacificar todas las coſas. Dice Céſar en ſus Comentarios, que Magio no le bolviò reſpueſta; pero hay una carta ſuya eſcrita à Oppio, y à Balbo, que prueva lo contrario. *Pompeyo*, dice, *me ha embiado à Magio para tratar de paz, y le he reſpondido lo que he tenido por conveniente.* Es muy dificil explicar eſta contradiccion, ſi no es ſuponiendo que Céſar no ha procedido con eſcrupuloſa fidelidad en la relacion de los hechos, eſpecialmente en lo que pertenece à la guerra civil. Aſinio Polion, que lo acompañò en varias de ſus Expediciones lo acuſa de eſte defecto, ſegun refiere Suetonio, de que ſale, que eſte grande hombre, eſte corazon tan eminente, y generoſo no teme deshonrarſe con una mentira, alterando la verdad de una obra deſtinada para la poſteridad. Eſtos ſon los frutos que produce la ambicion.

An. R... 703. An. J. C. 49.

Ep. Cæſ. apud Cic. ad Att. lib. IX.

Suet. Cæſ. c. 56.

Apenas Pompeyo ſe metiò en Brindes, quando deſpachò à Metelo Scipion para ſu Govierno de Siria, y al proprio tiempo à Cn. Pompeyo ſu hijo mayor, con orden à uno, y à otro de juntarle en las Regiones del Oriente las mayores fuerzas que pudieran. Tambien perſuadiò à los dos Conſules à que paſáran con treinta Cohortes à Dyrrachio, (*Durazzo*) en el Epiro, à donde tenia áni-

An. R... 703. An. J. C. 49.

ánimo de pasar. Desconfiaba de ellos, y especialmente de Lentulo, à quien Cesar no cesaba de solicitar por medio de Balbo para que se pasase à su partido, y aun aviendo partido quiso entrar en negociacion de paz con Pompeyo por medio de Scribonio Libon, suegro de Sexto, hijo menor de este General; pero se le respondiò, que nada se podia hacer ausentes los Consules. Cesar entonces se aplicò à encerrar à Pompeyo en Brindes, para cuyo sitio llevaba seis Legiones, las quatro veteranas, y entretanto que estrechaba la Plaza por tierra, emprehendiò construir un dique, y una estacada para cerrar la entrada, y salida del Puerto. Se peleò al derredor de estas obras por una, y otra parte con mucho vigor por espacio de nueve dias, al cabo de los quales, aviendo buelto los Navios, que llevaron à los Consules antes que se concluyeran las obras empezadas, Pompeyo determinò embarcarse con sus veinte Cohortes; pero temiendo que al tiempo del embarque entrase Cesar en la Ciudad, hizo murar las puertas, cerrar las calles, y plazas con palenques, ó fosos llenos de estacas puntiagudas, y cubiertas con mimbres, y tierra; y finalmente, guarneciò con una doble empalizada de estacas muy fuertes, y afiladas por las puntas las dos calles que dexò libres para salir al Puerto. Quando todo estuvo prompto, entretanto que los soldados se embarcaban, apostò en el muro, y en las torres alguna gente ligera, que tenian orden de retirarse, y ir à tomar sus Embarcaciones á la señal que se la diese. Prohibiò à los habitantes, de quienes desconfiaba, el que saliesen de sus casas; pero con todo tuvieron forma de avisar à Cesar, quien inmediatamente escalò la muralla, y entrò en la Plaza. Iban sus soldados á meterse por las trampas que estaban dispuestas en las calles, y huvieran perecido muchos en ellas

Balb. ad Cic. lib. VIII. ad Att.

à

à no averſelo aviſado los miſmos habitantes, por lo que tuvieron que tomar un rodèo muy grande, que diò tiempo à Pompeyo para hacerſe à la vela, de ſuerte, que Céſar ſolo apresò dos Embarcaciones, que ſe ataſcaron en los diques que ſe eſtaban fabricando. De eſte modo eſcapó Pompeyo como fugitivo del miſmo Puerto à que algunos años antes avia llegado lleno de gloria con un Exercito victorioſo, y cargado de los deſpojos del Oriente. Deſpues de aver empezado por abandonar à ſu competidor la Capital del Imperio, dexaba ahora à ſu arbitrio toda la Italia: conducta timida, ſi pudo hacer otra coſa; prudente, ſi no tuvo otro medio de ganar tiempo para fortificarſe. Plutarco ateſtigua, que muchos han tenido eſte partido que tomò en eſta ocaſion, y el modo con que lo executò, por uno de los raſgos que mas honor hacen à ſu experiencia militar; y qualquiera que conſidere las ventajas, y ſuperioridad que entonces tenia Céſar, parece que no podrá dexar de entrar en eſte penſamiento. La deciſion ſeria ſi Pompeyo huviera vencido à Céſar en Pharſalia. En lo que reſulta culpado, es en no averſe preparado antes de romper con Céſar. Es verdad, que éſte eſtaba mejor para empezar la guerra, porque deſde ſu Provincia entraba á pie llano en Italia, y deſde el Rubicon es corta la diſtancia á Roma, en lugar que las Legiones de Pompeyo eſtaban en nueſtra Eſpaña, y para llegar à Italia tenian que atraveſar la parte meridional de las Galias, de que Céſar era dueño; y de aqui ſuccediò, que Pompeyo ningun otro ſervicio pudo ſacar de las excelentes Tropas, que lo reconocian por General, que el de ganar tiempo para reclutar otras nuevas. An. R... 702. An. J. C. 50.

Céſar huviera querido muy bien ſeguir á Pompeyo para aprovecharſe de ſu conſternacion, y

 ſa-

An. R... 703. An. J. C. 49. flaqueza actual, y acabar de un golpe la guerra con su derrota; pero le faltaban Embarcaciones para transportar sus Tropas á la Grecia, y fuera de esto temia que mientras se empeñaba en esto, Afranio, y Petreyo, Tenientes de Pompeyo en nuestra España, cayesen con sus cinco Legiones en la Galia, y pasasen luego á Italia. Por esta causa resolviò venir primero á estas Provincias á pelear, decia, contra unas Tropas sin General, para luego bolver contra un General sin Tropas. Tomò sobre la marcha sus providencias para la seguridad de las costas de Italia durante su ausencia, embiò à Valerio, uno de sus Tenientes, á Cerdeña, y Corcega, á fin de que se apoderára de estas dos Islas, y á Curion á Sicilia, con orden de que conquistada ésta, pasase á Africa, mientras èl iba á Roma, contemplando necesario el dexarse vèr en esta Ciudad. Valerio no llevaba mas que una Legion, y aun le sobrò para evacuar su comision, porque à su llegada los Sardos, y Corsos echaron de su Provincia à Cotta, que mandaba en ella por el Senado, y Pompeyo, y se la entregaron, por lo que Cotta se huyò à Africa. Curion se hallò dueño de la Sicilia con la misma facilidad. Mandaba en esta Isla Caton, quien obrando con su vigilancia, y actividad ordinarias, hizo carenar los Navios viejos, construir otros nuevos, y reclutaba gente, no solo en Sicilia, sino tambien en la Lucania, y en el Brucio. Quando todo lo tenia casi prompto, supo que Asinio Polion avia llegado con Tropas à Mesina. Avialo embiado Curion en tanto que èl podia seguir en diligencia con tres Legiones. Caton, que estaba en Siracusa, le despachò un Exercito para saber en virtud de què orden, ò con què titulo entraba en armas en su Provincia; à que respondiò Polion, que era por mandato del que era dueño de Italia, y efectiva-

Plut. Cat. Appian. & Dio.

men-

mente no pudo reſponder otra coſa mejor, porque nada mas irregular, que una comiſion dada por un Proconſul de las Galias, para echar de Sicilia al que el Senado tenia pueſto por Governador. Polion contò al expreſo quanto avia paſado en Italia, la fuga de Pompeyo, y que Curion llegaria en breve à la Isla. Caton, que tenia horror á las Batallas entre ciudadanos, y que aunque tenia baſtantes fuerzas para echar à Polion, no eran ſuficientes para reſiſtir á Curion, convocò á los Siracuſanos, y les declarò, que no pudiendo defender la Isla, tenia reſuelto no hacer de ella inutilmente el theatro de la guerra, y que aſsi iba á retirarſe, y les aconſejaba ſe ſometieſen al vencedor, que era lo mejor que podian hacer en los terminos en que eſtaban las coſas. El, cumpliendo ſu palabra, pasò deſde Sicilia à Corcira, y luego al Campo de Pompeyo. An. R... 703. An. J. C. 49.

Ciceron no avia podido ſeguir á eſte General, porque ſu precipitada ignorada fuga ſe lo avia impedido, y ſe hallaba entonces en Formies lleno de inquietudes, y ſin ſaber què partido tomar, porque de genio irreſuelto por demaſiadas luces, no ſabia à quál de los Vandos adherirſe, y aborreciendo los horrores de la guerra civil, huviera querido ſiempre mantenerſe neutral para poder hacer el papel de mediador entre los dos contrincantes, y traherlos à terminos de hacer una buena paz; pero ſiendo eſto impoſible entre dos que ambicionaban el Mando ſoberano de la Republica, era forzoſo ſeguir à uno de los dos. Aborrecia de corazon à Céſar, y aunque ſe avia mantenido con él en un pie de amiſtad politica, mientras procedieron al parecer de acuerdo éſte, y Pompeyo, á quien realmente tenia mucho afecto, y inclinacion, fuera del agradecimiento de aver contribuìdo á que ſe levantaſe ſu deſtierro,

An. R... 703. An. J. C. 49. hallaba mil inconvenientes en declararse. A favor del primero, por el concepto en que estaba de que era un hombre cruèl, y sanguinario, y de que despues de la victoria cometeria mas crueldades que Mario, y que Sila, fuera de ser su intento de cautivar la libertad de sus conciudadanos el mas injusto, y irregular que pudiera vérse, y estaba muy distante de contribuir á él, ni aun por el medio mas remoto. Tambien los hallaba en seguir al segundo, porque aunque su Causa era al parecer entonces la Causa de la Republica, desaprobaba la lentitud con que avia procedido en los principios para prepararse à la guerra contra un enemigo tan activo, y vigilante como Césas; y luego todo lo hecho por Pompeyo en los primeros lances de esta guerra, y ultimamente su fuga, abandonando la Italia: de suerte, que ni aun avia seguridad en seguirle, ni esperaba tampoco reducirlo con sus consejos, al modo con que èl creìa se debia governar en este lance.

Césas deseaba con ansia que se adhiriera à su Vando; pero ni èl, ni persona alguna de su parte se atrevió à pretender que tomára las armas contra Pompeyo, conociendo la imposibilidad de conseguirlo; pero le hizo escrivir, y escriviò èl mismo varias veces para persuadirlo à que fuera à Roma, porque deseando dár algun realce à su partido, le pareció, que llevar consigo à Ciceron à la Ciudad, y lograr que asistiese al Senado con los otros Senadores, y Magistrados, que à fuerza de sus reiteradas instancias avian buelto, era dár à su Causa un lustre, y una ventaja, que no podian dárle todos los otros juntos. En este concepto, y pareciendole que este lógro merecia bien la pena de que èl practicase alguna personal diligencia, fue antes de ir à Roma à Formies, no dudando que su presencia podria hacer lo que no avian hecho sus car-

cartas. Nueſtro Orador ſe avia preparado contra eſte choque, y lo reſiſtiò con la mayor entereza. Céſar redoblò ſus inſtancias para perſuadirlo à concurrir al Senado, haſta decirle, que creìa que era interès de ſu honor el que concurriera, porque de no hacerlo, lo tendria por condenacion de la Cauſa que ſeguia; pero ni eſto, ni la propoſicion que le hizo para que fuera à tratar de paz à lo menos, pudieron reducirlo, porque conociò deſde luego que no era ſincéra: de ſuerte, que Céſar irritado de la reſiſtencia, ſoltò la expreſion de que „ pues que los que podian dárle conſejo, ſe „ negaban à ello, lo tomaria de qualquiera que „ quiſiera darſelo, y ſus exceſos llegarian al ex- „ tremo. „ No obſtante, por no ſalir deſayrado de la viſita, propuſo à Ciceron que penſára bien en ello antes de tomar ſu ultima determinacion. Eſto no podia negarſele, con lo qual ſe deſpidiò aquel General, dexando à nueſtro Orador muy contento de sì proprio; y con razon, porque era valentìa aver podido reſiſtir à un hombre tan formidable; pero tambien ſe debe loar la moderacion de Céſar, que con el poder en ſu mano ſufria igual reſiſtencia. Es verdad, que éſte ningun derecho tenia para obligar à Ciceron à ſeguirlo; pero con todo hay que agradecer à los hombres quando no hacen todo el mal, que pudieran. El ſolo cortejo que llevaba Céſar, que ſe componia de quantos malvados, y gente ſin honor, ni verguenza avia en la Republica, huviera retrahido à Ciceron del ánimo de ſeguirle, aun quando huviera tenido algunas razones para ello, por lo que perſuadido à que tenia ofendido à Céſar con ſu reſiſtencia, determinò embarcarſe para ir en buſca de Pompeyo.

An. R... 703. An. J. C. 49.

Cic. ad Att. IX. n. 18.

Eſto no lo executò luego, porque por una parte el poco concepto que hacia de los procedimien-

An. R... 703. An. J. C. 49. tos de este General, y de la conducta de los principales Cabezas de este Vando, por la otra el pensamiento que le ocurriò entonces de retirarse á Malta, ó à alguna otra Isla neutral; y ultimamente las instancias que le hicieron su muger, su hija, Attico, y otros amigos para que no se precipitára, y detuviera hasta vèr las resultas de la guerra de España, le hicieron suspender algun tiempo su resolucion; pero por fin se pasò al Campo de Pompeyo, en donde lo recivieron todos con las mayores demostraciones de alegria. Solo Caton le vituperó el hecho. „ Yo no podia, le dixo, dexar „ de proceder, segun el plan, que toda mi vida „ he seguido; pero à vos nadie os obliga à ha- „ ceros enemigo de Cèsar, y á exponeros á tan „ grandes riesgos. La neutralidad era el partido „ que os convenia, à fin de que si se presentaba „ algun resquicio de paz, pudierais hacer el ofi- „ cio de Mediador. „ La reflexion de Caton era muy justa, y no pasò mucho tiempo sin que Ciceron conociese la verdad de ella. Poco à proposito para la guerra, y fuera de esto demasiado perspicáz para dexar de conocer los yerros que se cometian en su partido, no pudo disimularlos, ni lo arrepentido que estaba de averlo seguido. De esto dimanò resfriarse el afecto que Pompeyo le tenia, y que no comunicase con él negocio alguno, de suerte, que sin sèr de utilidad à aquellos por quienes se avia declarado, solo ganò para sì disgustos, inquietudes, y peligros.

Cic. ad Fam. XIV. n. 7.

Plut. in Cic.

Cic. ad Att. IX. n. 12.

Bolviendo à Cèsar, al separarse de Ciceron marchò derecho à Roma, que antes de su llegada avia empezado à recobrarse de la inquietud, y consternacion horrible en que la puso la precipitada fuga de Pompeyo, y de casi todo el Senado. Los Magistrados que avian quedado, cumplian cada uno con lo que estaba à su cargo, y el comercio,

y

y los negocios seguian como antes. Las solicitudes de César hicieron bolver à la Capital à algunos de los Senadores mas distinguidos, y luego se convocò el Senado por los Tribunos Antonio, y Cassio en uno de los arrabales, à fin de que pudiera asistir César sin violar las reglas establecidas, que fingia respetar hasta ciertos terminos. Defendiò en èl su Causa, procurando echar la culpa de todo lo succedido à sus enemigos, y à Pompeyo; y añadiò „ que suplicaba à los Senadores tomasen à su „ cargo el cuidado de la Republica, y que la go- „ vernasen conjuntamente con èl; pero que si el „ temor les estorvaba cargar con este peso, no se „ negaria à llevarle, y governar por sì los nego- „ cios. „ Esto parece aludia à que lo nombrasen Dictador, lo que no se hizo por entonces, sin duda porque los animos aùn no estaban enteramente dispuestos à cederle en todo, por lo que como en nada era escrupuloso, continuó obrando con la violencia con que avia empezado. Concluyò su discurso, proponiendo al Senado que se embiasen Diputados à Pompeyo para tratar de paz; añadiendo „ no hacia aprehension de lo que „ poco antes éste avia ponderado en el Senado, „ de que embiar Diputados, era señal de temor, „ y dàr mas realce à aquel à quien se buscaba. Que „ este modo de pensar le parecia pequeñèz, y po- „ quedad de espiritu, y que del proprio modo que „ avia procurado superarle en sus hazañas, que- „ ria hacerlo tambien con la equidad, y con la „ justicia. „ Este es el modo con que los hombres tales como César se burlan de las idèas mas santas, y de las maximas mas respetables. La justicia era lo que menos fuerza le hacia; pero se alegraba poder vestir con apariencias sus acciones, dando à entender deseaba una paz, cuyo logro sabia ser imposible, y que à poder proporcionarse, le hu-

An. R... 703. An. J. C. 49.

Dio. lib. XIX.

Cæs. de Bell. Civ. lib. 32.

An. R. 703. An. J. C. 49.

huviera estorvado. En los proprios terminos que al Senado, hablò despues à la Plebe, la ofreciò mantener la abundancia de viveres en la Ciudad, y una liberal reparticion de trecientos sestercios por cabeza; pero con todo, no acabaron de calmarse los animos inquietos, persuadidos, à que estas bellas palabras se las dictaba la necesidad à Cèsar en los principios de la guerra civil, à exemplo de Mario, y de Sila, que ninguna cumplieron despues, y cometieron las crueldades mas extrañas, cuyos rezelos confirmò vèr que no llegò el caso de embiar à Pompeyo la Diputacion que se avia propuesto.

Cèsar vino à Roma con intento de hacer muchas cosas que no explica; pero que es facil adivinar en parte. La Dictadura para sì, y el levantamiento del destierro de los expelidos de Roma en virtud de las Leyes promulgadas en el tercer Consulado de Pompeyo, eran asumptos que probablemente trahia en su imaginacion con preferencia à otros; pero sin tocar en ninguno particularmente, se contentò con decir en general, que à cada paso encontraba al Tribuno Metelo apostado expresamente por sus enemigos, para oponerse à sus providencias, y hacerle gastar el tiempo inutilmente en Roma; pero ninguna mencion hace de la mas fuerte de las contestaciones que tuvo con este Tribuno; pero la simple relacion del hecho, harà conocer el motivo de su silencio. Necesitaba de dinero; y aviendo resuelto sacar quanto avia en el Thesoro público, y opuestosele Metelo, le hablò con una dureza, y altaneria, que no era en él regular. „ Aqui no se trata, le di„ xo, de citarme Leyes en medio de las armas. „ Soy el dueño no solamente de los caudales, „ sino tambien de las vidas de todos aquellos à „ quienes he vencido. „ Unas amenazas tan ter-

Lucan. lib. III. Plut. in Cæs. Appian. Dio.

ri-

ribles no intimidaron al Tribuno, y como insistiese en impedir que se forzasen las puertas del Thesoro, cuyas llaves se avian llevado los Consules: hostigado Cesar de su oposicion, le amenazò con la muerte en terminos expresos, y añadiò: *Piensa bien, joven, que me es mas facil hacerlo, que mandarlo.* Al oìr esta amenaza, se retiró el Tribuno, y Cesar tomò quanto oro, y plata avia en moneda, y en barras, sin detenerse tampoco en las representaciones que le hicieron, de que avia en el Thesoro varias cantidades à que no se podia llegar sin incurrir en las maldiciones mas horribles, y espantosas, à menos que no fuese para guerra contra los Galios, pues respondiò à los que se las hicieron: „ He quitado yà el motivo de este „ escrupulo con aver subyugado à las Galias, y „ puesto á los Galios en estado de que nunca nos „ puedan hacer la guerra. „ Un atrevimiento tan grande, y una violencia tan estraña lo hizo aborrecible à la multitud, que hasta entonces le avia sido fiel; y esto lo conociò tan bien, que no se atreviò à harengar à la Plebe antes de su partida, como tenia ánimo de hacerlo. Ciceron advierte, que se perjudicò à sì proprio desmintiendo con el pillage del Thesoro, la opinion que queria se tuviese de su opulencia, y con sus amenazas contra Metelo, la afectacion de clemencia de que hacia alarde. No eran solo sus enemigos los que capitulaban su suavidad de disimulo, sino tambien sus mismos amigos. Curion decia à Ciceron, que la muerte de Metelo, si lo huviera hecho assesinar, huviera sido la señal de una carniceria general: que la clemencia de Cesar no nacia de genio, sino de politica para conciliarse el afecto del Pueblo, y que si se huviese visto aborrecido, huviera sido cruèl; pero estos discursos de Curion manifiestan lo que él mismo pensaba; pero no lo

An.R... 703. An. J. C. 49.

Cic. ad Att. X.n.4. & n.8.

Cic. id.

An. R... 703. An. J. C. 39. que Céſar. Efectivamente los que lo rodeaban lo exhortaban à paſar à cuchillo à ſus enemigos; y lo que hace el elogio de ſu clemencia, y prueba que la gloria de ella ſe le debe à él ſolo, es, que ſin embargo del dictamen, y inſtancias de aquellos, que le hacian los mayores ſervicios, ſe mantuvo conſtante en el methodo con que avia empezado à governarſe en eſta parte.

§. II.

CESAR ANTES DE SALIR DE ROMA PARA venir á Eſpaña diſtribuye en ſu nombre los Mandos en Italia, y en varias Provincias. Poneſe en marcha, y Marſella le cierra ſus puertas. Plantala ſitio, y dexando en él à Trebonio, continùa ſu marcha. Fuerzas de Pompeyo en Eſpaña mandadas por Afranio, y Petreyo. Varias Expediciones de unos, y otros haſta que Céſar rinde la Eſpaña Ulterior, deſpues de lo qual buelve al ſitio de Marſella. Rinde eſta Plaza, y trata con ſeveridad à los Marſelleſes. El partido de Céſar lleva un golpe en la Iliria. Los ſoldados de una Cohorte ſe matan unos à otros por no rendirſe. Curion paſa à Africa contra Accio Varo, y Juba, Rey de Mauritania. Sus ventajas contra Varo. Eſte procura ſobornarle ſus Tropas. Conſtancia de Curion en eſte rieſgo. Batalla en que lo vence. Sigueſe otra en que Curion queda enteramente derrotado, y de reſultas ſe hace matar en el miſmo campo de batalla. Suerte funeſta de caſi todos los que no perecieron en ella. Arrogancia, y crueldad de Juba. Reflexion ſobre la temeridad, y deſgracia de Curion.

Appian. CEſar antes de partir de Roma para venir à Eſpaña, tomò ſus medidas à fin de aſegurar-

rarse de la posesion de Italia, y de las Provincias que dexaba à sus espaldas. Encomendò el Govierno de la Capital del Imperio à Lepido, entonces Pretor, el mismo que despues con el nombre de Triumviro usurpò el poder soberano con Antonio, y el joven Cèsar. A Antonio, que era Tribuno de la Plebe, dexò el cuidado de Italia, à su hermano C. Antonio el Departamento de la Iliria, y el de la Galia Cisalpina à Crasso. Tambien diò las ordenes correspondientes para construir, y equipar dos flotas, una en el Adriatico, y otra en el mar de Toscana, destinando para mandar esta ultima al hijo de Hortensio, y de la primera á Dolabela, hierno de Ciceron; y yà hemos visto, que à Cerdeña embiò à Valerio, y à Curion à Sicilia con orden de que pasàra à Africa. La atencion de Cèsar alcanzò hasta la Siria, y el Oriente, y puso en libertad al infeliz Aristobulo, Rey en otro tiempo de los Judios, à fin de que fuera à la Judèa à excitar, si podia, alguna revolucion, y oponerse à Metelo Scipion, que juntaba gente en la Siria en servicio de Pompeyo. Mediante estas disposiciones, Cèsar creyò poder venir sin rezelo à nuestra España; pero la Ciudad de Marsella le causò una detencion, que parece no debia esperar, porque á su llegada le cerrò sus puertas, y supo que sus habitantes se disponian para defenderse, y resistir un sitio. Los Marselleses, aunque le debian algunas obligaciones, como las debian no menores à Pompeyo, y que del Vando de éste estaban el Senado, y los Consules, con adherirse à èl creyeron cumplir con la obligacion de antiguos, y fieles Aliados de Roma; y parece que caminaban de acuerdo con Domicio, quien despues del lance de Corfinio, y de aver estado algun tiempo oculto en una hacienda, que tenia en las Costas de Toscana, avia

An. R... 705. An. J. C. 49.

Joseph. l. 14. c. 13.

Cæs. de Bell. Civ. lib. 1. n. 54.

An. R... 703. An. J. C. 49. equipado siete barcas, y venia entonces navegando para Marsella. No era César hombre de sufrir pacificamente la afrenta que se le hacia en no dexarle entrar en la Ciudad; y viendo que mientras à èl se le respondia, que queria mantenerse neutral, y no recibir en ella, ni en su Puerto à ninguno de los dos competidores, porque no era de su inspeccion decidir quál de los dos tenia, ò no razon, avia Domicio entrado por el mar, y tomado el Mando de las armas, se determinò à ponerla sitio. Para este efecto arrimò tres Legiones à la Ciudad, dispuso todas las maquinas necesarias para atacarla, aviendo para construirlas hecho cortar un bosque que avia en las inmediaciones. Era éste sagrado, y como los soldados por respeto no se atreviesen à cortarle, César les quitò el escrupulo agarrando una hacha, y empezando èl mismo à cortar uno de los arboles. Para quitar el libre uso de la marina à los sitiados, hizo en el discurso de treinta dias construir en Arlès doce Galeras, cuyo mando diò à D. Bruto; y aviendo puesto de este modo el sitio en estado de poderse hacer con ventaja, y dexadolo al cargo de Trebonio, continuó su marcha para estas Provincias à donde avia venido por delante C. Fabio con tres Legiones, que avian hinvernado en las inmediaciones de Narbona. Las otras, cuyos quarteles estaban mas distantes, tuvieron orden de seguir con toda la diligencia que pudiesen.

Lucan. lib. 3.

(*) No hay violencia en creer que éste sea el Docto Varron, que yá en otras ocasiones avia servido à las ordenes de Pompeyo.

Las fuerzas de Pompeyo en nuestra España eran bastantemente considerables, porque tenia siete Legiones, de las quales las seis avian venido de Italia, y la otra se avia reclutado en estos Reynos. Hallabanse divididas entre tres Tenientes Generales; à saber, Afranio, persona Consular, Petreyo, antiguo Pretor, y M. Varron. (*) El primero mandaba tres, y su Departamento se ex-

extendia desde los Pirenèos hasta el Guadalquivir, y los otros dos, cada uno con dos Legiones mandaban el uno en el territorio que hay entre este rio, y el Guadiana, y el otro en la Lusitania. Con orden que les embiò Pompeyo de que se dispusieran para la guerra contra Cèsar, se convinieron en que Petreyo iria à unirse con Afranio, y que Varron se quedase para guardar la España Ulterior. Los dos primeros juntos, tenian à sus ordenes cinco Legiones, y mas ochenta Cohortes de Tropas Españolas, unas pesadamente armadas, y otras à la ligera. Con estas fuerzas, que pasaban de sesenta mil hombres, vinieron á acamparse junto á Lerida á orillas del Segre, porque les pareció el parage ventajoso. Situaron su Campo en una eminencia, tenian libre la comunicacion con la Plaza, y delante de sì el rio, que en aquella parte tenia un puente de piedra, que les facilitaba el paso de una á otra orilla. Por detrás se extendia una llanura muy fertil, que daba fin en otro rio llamado Cinca. En esta parte pretendian resistir todos los esfuerzos de Cèsar, y cubrir la España; y Afranio avia tambien embiado algunas Tropas á ocupar las gargantas de los Pirenèos; pero Fabio forzò facilmente los pasos, vino á marchas largas ácia Lerida, y sentò sus Reales enfrente de los enemigos, el rio en medio. No se sabe á punto fixo el numero de Legiones de que se componia el Exercito de Cèsar quando estuvo completo; pero no se duda en que las fuerzas serian grandes, porque corriò por cierta la noticia de que Pompeyo venia contra èl con todas sus fuerzas por la Mauritania; y esto le hizo al parecer tomar una precaucion bien singular para asegurarse de la fidelidad de sus Tropas, que fue pedir dinero prestado á los Oficiales para repartirlo entre los soldados. De este modo los unos le

An. R... 703.
An. J. C. 49.

eran

An. R. 703. An. J. C. 49. eran afectos por interès, y los otros por agradecimiento. Los Oficiales tenian entre sus manos parte de su fortuna; y los soldados amaban su liberalidad.

No ocurriò cosa de entidad en ausencia de Césaar; porque aunque aviendose roto uno de los dos puentes que avia sobre el Segre con la violencia de las aguas, y de un uracan, quedaron cortadas, y separadas del resto de su Exercito dos Legiones: Planco, que las mandaba, se defendiò tan bien contra Afranio, quien aprovechandose de la ocasion las atacò vigorosamente, que diò tiempo à que Fabio acudiera á su socorro, y cada uno se retirò à su Campo sin mucha pérdida. Dos dias despues llegò Césaar con una Escolta de novecientos cavallos, compuso en aquella misma noche el puente roto, pasò à la mañana siguiente el rio, y presentò la Batalla à Afranio, que se mantuvo formado en su altura; pero sin querer descender para aceptarla. Visto esto por Césaar, determinò acamparse en aquel mismo parage, que distaba quatrocientos pasos del enemigo, para estrechar á éste todo lo posible; y á fin de conseguirlo mientras sus dos primeras lineas estaban de frente, haciendola á los contrarios, dispuso que la tercera fuese abriendo un foso, cuya obra se hizo con tanta tranquilidad, como que ni Afranio, ni su compañero Petreyo sospecharon la cosa mas minima. Luego que estuvo concluìda se retirò detràs, pasò alli la noche, y en los dias siguientes acabò en la propria forma las trincheras, y demás fortificaciones á vista del enemigo, sin riesgo, sin pérdida, y sin inconveniente, y hizo pasar al nuevo Campo los bagages, y gente que avian quedado en el antiguo. Entre la colina que ocupaban los Tenientes de Pompeyo, y la Ciudad de Lerida, avia una llanura como de trecientos pasos, y en el medio

le-

levantaba un montecillo, llamado Gardeny, (*) de que intentò Céſar apoderarſe, porque una vez dueño de èl cortaba à Afranio la comunicacion con la Ciudad, en donde tenia ſus Almacenes. Eſte, que conociò la idéa, acudiò á eſtorvarlo, huvo una funcion muy larga, y reñida al derredor de aquel alto, las Tropas de Céſar corrieron gran rieſgo de quedar enteramente derrotadas, y tuvo que retirarſe, cediendo el pueſto à Afranio, que apoſtò en èl un Deſtacamento conſiderable para que le defendiera.

An. R... 703. An. J. C. 49.

(*) Feliu. Annal. de Cataluña, tom. 1. p. 92.

A eſta primera deſgracia que tuvo Céſar, ſe ſiguiò otra mucho mayor, que à otro que à èl huviera acobardado. Las aguas del Segre, aviendo crecido extraordinariamente, rompieron los dos puentes, que Fabio avia conſtruìdo, y dexaron à Céſar encerrado entre dos rios, el expreſado, y el Cinca, en un eſpacio que no tenia arriba de diez leguas, expueſto à quedarſe ſin viveres, no pudiendo ſacarlos del paìs, porque los Tenientes de Pompeyo no avian dexado en èl coſa alguna, ni recivir los que le venian de la Galia, y de Italia, porque no le era poſible paſar el rio. Afranio al contrario, vivia en la abundancia, porque muy de antemano tenia hechas ſus proviſiones, fuera de que como era dueño del puente de piedra, que no avia padecido con las crecientes de las aguas, éſte le daba la libertad de extenderſe, y de recivir ſin eſtorvo quanto venia à ſu Campo. Los Eſpañoles que tenia en ſu Exercito le ſervian de mucho, y incomodaban conſiderablemente à Céſar, y como prácticos del paìs, caìan continua, y improviſamente ſobre qualquiera partida que ſe alejaba de ſus Reales para forragear, ſin que los rios le ſirvieſen de obſtaculo, porque los paſaban con vegigas, que llevaban de prevencion para eſtos caſos: de ſuerte, que Céſar ſe hallaba co-

An. R... 703. An. J. C. 49. como sitiado, y expuesto su Exercito à perecer de hambre. Quiso restablecer sus puentes; pero la fuerza de las aguas por un lado, y la de los enemigos por el otro, eran obstaculos que no pudo superar; y para mayor desgracia, Afranio pasó el rio, y le disipò un gran comboy que le venia de la Galia, bien que este no se perdió enteramente, porque la Cavalleria Galia, que lo venia escoltando, diò tiempo con su resistencia à que la mayor parte se pudiera retirar à los montes vecinos; pero con todo, y que la pérdida no fue grande, no dexò de ser golpe para César, porque su Exercito se hallaba casi sin viveres algunos. Aviendo llegado à Roma la noticia del estado en que se hallaba, la qual no dexaron de exagerar en sus cartas los Tenientes de Pompeyo, muchos de los Senadores que hasta entonces se avian mantenido neutrales, se declararon por éste, y pasaron à Grecia, creyendo que yà entonces à nada se exponian, y que llegaban todavia à tiempo de que no se les tuviera por sospechosos.

César supo sin embargo atraher à sí la fortuna, y probar, que una capacidad superior, aunque entre grandes dificultades, sabe desembarazarse de ellas en presencia de gentes medianas, à quienes las circunstancias han dado alguna ventaja. Mandò construir un numero competente de barcas muy ligeras, à imitacion de unas que avia visto en la Germania, cuya quilla, y costados eran de madera, y lo restante de juncos, cubiertos con pieles, y quando estuvieron concluìdas, las hizo llevar en carros, durante la noche, à siete leguas de distancia de su Campo, pasò el rio, se apoderò de una colina, y apostò en ella una Legion, antes que los enemigos pensáran en estorvarselo, y luego echò otro puente en el Segre, cuya obra la concluyò en dos dias. La primera ventaja que con-

consiguiò fue la de recoger, y traher à su Campo el comboy que se avia disipado, con lo qual empezaron à respirar sus soldados, y los viveres à baxar de precio, y à renglon seguido una gran parte de su Cavalleria que pasò el rio, sorprehendiò à los forrageadores enemigos, destrozò enteramente una Cohorte de Españoles, y bolviò victoriosa, y cargada de despojos al Campo, y de resultas tomò tal superioridad sobre Afranio, que reduxo à éste, cuya Cavalleria era muy inferior, à no poder embiar à sus soldados al forrage sino es de noche, contra el uso universal de la guerra. Los Pueblos de las inmediaciones, que vieron ir viento en popa las cosas de César, solicitaron su amistad, y aun muchos de los que avian tratado con los Tenientes de Pompeyo, los fueron dexando. Afranio empezaba yà à temer, y César aumentò sus temores con una de aquellas empresas, que muestran en èl un entendimiento fertil en discurrir medios para el logro de sus intentos, y un valor capàz de atreverse à todo. Como el puente estaba tan distante, y que por consequencia tenia su Cavalleria que hacer un rodèo tan grande para atravesar el Segre, discurriò hacer varias sangrias al rio, y divertir parte de sus aguas en unos canales de treinta pies de profundidad, á fin de que la madre quedase vadeable. Afranio, y Petreyo temiendo que la Cavalleria enemiga, concluida esta obra, les cortase los viveres, y forrages, determinaron abandonar el puesto que ocupaban, y retirarse ácia la Celtiberia, con ayuda de cuyos Pueblos, y la ventaja del terreno, esperaron poder entretener la guerra, y meterse en el hinvierno, y mucho mas que la obra de César iba adelantando, y que yà su Cavalleria empezaba, aunque con algun trabaxo, à pasar por el vado.

An. R. 703.
An. J. C. 49.

An. R... 703.
An. J. C. 49.

Para la execucion de su intento era menester pasar el Ebro, para cuyo efecto hicieron recoger quantas barcas encontraron en este rio, con animo de hacer un puente en Octogesa, Ciudad (*) situada en sus orillas, à corta distancia del Segre, y à la de veinte mil pasos de su Campo. Partieron de èl con toda su gente, dexando solamente dos Cohortes de Guarnicion en Lerida, lo que visto por Cesar, quiso seguirlos; pero se hallò muy embarazado, porque de ir con todo su Exercito à buscar su puente, era alargar demasiado su marcha, y dàr tiempo à Afranio de llegar sin dificultad, ni estorvo al Ebro, cuyo paso queria impedirle; y pasar el Segre, cuyas aguas daban todavia en los hombros à los soldados, sobre aventurar su Infanteria, se exponia à que los soldados no quisieran obedecerle, si los mandaba entrar en el rio. Un grueso de Cavalleria que le pasò por su orden, atacò à los enemigos, y yá retirandose, y luego bolviendo al empeño, les estorvò que avanzasen, y como la accion se descubria desde unas colinas, à cuyo pie estaba Cesar acampado, los soldados Legionarios motu proprio se empeñaron en pasar el rio, y con efecto, aviendolo conseguido, aunque con algun trabaxo, siguieron, y alcanzaron al Exercito enemigo, que al verlos venir hizo alto, y se puso en batalla; pero Cesar no quiso aceptarla entonces, por no exponer sus Tropas, que venian fatigadas, y sin aliento de resultas de la marcha forzada que avian hecho. Visto esto por Afranio, continuó la suya, y Cesar en seguirlo, hasta que finalmente el primero determinó acamparse, en lo qual cometiò un gran yerro, porque à cinco mil pasos de alli, ò poco mas de legua, y media, se encontraban unas montañas, y desfiladeros, en donde con un pequeño numero de Tropas se pudo

(*) Esta Ciudad, que despues se llamò Ictosa, y parece fue Silla Episcopal en lo antiguo, se cree estaba situada en donde ahora Mequinenza en Aragon, en el parage en que el Segre entra en el Ebro.

do aver detenido à Céſar, mediante lo qual hu- An. R... 703.
vieran las reſtantes continuado ſu marcha haſta An. J. C. 49.
el Ebro, ſin rieſgo, ni incomodidad alguna; pero fatigado el Exercito de una marcha tan larga, en que avia venido peleando ſin ceſar, la ſuſpendieron haſta la mañana ſiguiente, y eſta fue ſu perdicion, porque el lance que ſe pierde no buelve mas. Como à la media noche ſe dió noticia à Céſar de que los Tenientes de Pompeyo ſalian ſin meter ruido de ſu Campo, y inmediatamente diò la ſeñal à los ſuyos para la marcha. Los enemigos conociendo que los iban à ſeguir, ſe mantuvieron quietos por no exponerſe à una funcion nocturna, que ſeria muy arrieſgada, y embarazoſa, aſsi por el mucho bagage que llevaban, como porque la Cavalleria de Céſar era muy ſuperior à la ſuya. Como no era facil engañar à un enemigo tan vigilante, determinaron no apreſurarſe, y eſperar al dia para continuar ſu marcha, perſuadidos à que entonces les ſeria mas facil defenderſe. No era eſto lo que Céſar queria, porque lleno de aquella viveza, que por mucho que ſe admire, nunca ſerà baſtante, avia formado el plan de dàr buelta al Campo de los enemigos, y llegar antes que èl à las gargantas de los montes, como aſsi lo conſiguiò, aviendo dado un rodéo muy grande, y atraveſado mil breñas, y precipicios, porque Afranio ocupaba el camino Real. Eſte que ſe viò cogido en medio, y con Céſar de frente, mientras ſu Cavalleria lo eſtrechaba, y incomodaba por la retaguardia, hizo alto en una colina, y deſtacò quatro Cohortes Eſpañolas para que ſe apoderaſen de la montaña mas alta de aquellas inmediaciones, con el fin de llegar à Octogeſa por las alturas; pero la Cavalleria de Céſar à la viſta de los dos Exercitos deſtrozò enteramente aquel Deſtacamento.

An. R. 703. An. J. C. 49. La ocasion era la mas bella del mundo para aver acabado con el Exercito de Afranio, que consternado como estaba, no huviera hecho la menor resistencia, y los soldados de Cesar gritaban de todas partes, que se les diese la señal de embestir, à que ayudaban sus Oficiales, queriendo probarle con razones, que el sucesso era infalible; pero èl seguro de vencer sin sacar la espada, y compadecido de los soldados de Afranio, que en suma eran sus conciudadanos, y à quienes empeñado el lance seria menester ir degollando, no hizo caso de los gritos de sus soldados, que medio se llegaron à amotinar, porque no los llevaba al enemigo, y se mantuvo firme en su resolucion de reducirlo, sin sacar la espada, à rendirle las armas; y assi, dexando á Afranio, y Petreyo la libertad de bolver à su Campo, despues de averse asegurado de todos los passos de los montes, se acampò lo mas inmediato que pudo de los enemigos. Poco faltó que no cogiese desde la mañana siguiente el fruto de su clemencia, y buena conducta, porque los Tenientes de Pompeyo aviendo emprehendido abrir un foso, guarnecido con su parapeto desde su Campo hasta el parage à donde iba el Exercito por agua, y salido ambos á vèr cómo se hacia la obra, algunos de sus soldados empezaron à trayar conversacion con los conocidos que tenian en el Exercito de Cesar, dieronles gracias de la piedad con que los avian tratado en el dia antecedente, confessando que les debian la vida, y manifestando la repugnancia que tenian de aver de pelear contra unos conciudadanos, y amigos, y con quienes estaban unidos con tantas conexiones. De aqui passaron à preguntarles si podrian fiarse en la palabra de Cesar; y en fin estipularon por sì, y sus Comandantes, à quienes no querian vender, ofreciendo mu-

mudar de partido, como se dexase salva la vida à Afranio, y à Petreyo. Esto llegó à terminos de que diputaron à sus Capitanes para que tratasen directamente de ajuste con César, y en esta confianza los soldados de uno, y otro Exercito pasaban de un Campo à otro: de suerte, que parecia que los dos no hacian mas que uno, y hasta el hijo de Afranio embiò à pedir à César, que à su padre, y à èl les asegurase la vida. Todo era darse reciprocas enhorabuenas de aver concluido sin sacar las espadas un negocio de tanta importancia, quando Afranio, y Petreyo, noticiosos de lo que pasaba, bolvieron à toda prisa à su Campo. El primero tomaba con bastante despejo su partido, y estaba dispuesto para qualquiera acontecimiento; pero el segundo, haciendo tomar las armas à los esclavos, y uniendolos à su Guardia Española, diò sobre los soldados de César, que hallò mezclados con los suyos, matò à algunos, y forzó à los otros à huir precipitadamente. Despues anduvo por todo el Campo pidiendo con lagrimas á los soldados, que se compadeciesen de èl, y de Pompeyo su General, y que no los abandonasen á uno, y à otro á la cruel venganza de sus contrarios. Juntòse la gente en el Quartèl general, y Petreyo la propuso ligarse con un nuevo juramento à que no abandonarian, ni venderian à sus Gefes, y que ninguno tomaria por sì, ni para sì determinacion alguna, sino que todos obrarian de acuerdo en favor de la Causa comun. El el primero hizo el juramento, tomòle luego à Afranio, y succesivamente le hicieron los Oficiales, y soldados. Hecho èsto, diò Petreyo orden á los suyos de manifestar qualquiera soldado de César, que tuvieran oculto en sus tiendas, para degollarlo en presencia de todo el Exercito. Algunos obedecieron; pero los mas los ocultaron con

An. R... 703.
An. J. C. 49.

An. R... 703. con mas cuidado hasta que pudieron darles esca-
An. J. C. 49. pe; pero en lo demás, todos observaron fielmente su juramento.

Cesar pudo aver usado de represalia, porque tenia en su Campo varios soldados, y Oficiales del Exercito contrario; pero bien distante de agarrarse de un derecho, que regularmente se tiene por legitimo; pero que bien mirado, es opuesto à la humanidad, les permitiò que se retirasen sin temor. Algunos Tribunos, y Centuriones quisieron mas quedarse con èl, y tomar partido en sus Tropas, por lo que los reciviò con gusto en ellas, honrò, distinguiò, y ascendiò despues à grados mayores. Petreyo, à quien fue mas facil renovar la guerra, que sostenerla, viendo que los viveres le empezaban à faltar, que cada dia se hacia mas arriesgado el ir à forragear, y coger agua, y que los Españoles desertaban à vandadas, determinò bolverse à Lerida, porque era la Plaza mas inmediata à donde podia guarecerse, y defenderse; pero el retirarse era bien dificil delante de un enemigo tan perspicàz, y diligente como Cesar; y assi succedió, que por mas diligencias que hicieron Afranio, y Petreyo para conseguir su intento, à cuyo efecto presentaron tambien batalla à Cesar, que siguiendo su plàn no quiso aceptarla, se vieron reducidos à tal extremo, faltos de todo, y expuestos à vérse encerrados en el parage en que ultimamente avian acampado, porque Cesar iba formando sus lineas para cercarlos, que tuvieron por fin que ceder, y rendirse. Para este efecto Afranio embiò à pedir à Cesar señalase parage en que pudieran tener una Conferencia, y que ésta, si era posible, fuese apartada de los soldados; y aviendo condescendido Cesar en lo primero, pero no en lo segundo, Afranio despues de aver dado á su hijo en rehenes, acudiò al puesto señalado,

do, y la conversacion pasò à la vista de los dos Exercitos, que podian muy bien oìrla. Hablò este con mucha sumision, se escusò de lo hecho sobre la fidelidad que debia à Pompeyo su General, se confesò vencido, y suplicò humildemente à Cèsar usase con moderacion de la Victoria, y tratase con piedad à sus conciudadanos. Cèsar despues de algunas reconvenciones que le hizo sobre que èl, y su compañero Petreyo tenian la culpa de que no estuviese ajustada la paz, y de aver expuesto las razones que tenia para aver tomado las armas; añadió, que no queria mas condicion, que la de „ que saliera de la Provincia, y licen- „ ciára sus Tropas, en el seguro de que si la acep- „ taba, à nadie se le haria vexacion alguna por „ su parte.„ La condicion se aceptò por los Tenientes de Pompeyo, y sobre la marcha, segun lo que al mismo tiempo quedò estipulado, se dieron sus licencias à todos los soldados que tenian domicilio, ò posesiones en España, y à los restantes en las orillas del Var, pequeño rio, que separa la Galia de Italia, hasta donde Cèsar les fue dando los viveres necesarios, y conduxo con un competente Cuerpo de Tropas, mandadas por uno de sus Tenientes Generales. Mas hizo, pues mandò restituir à los vencidos quanto se les avia tomado en la guerra, obligandose à pagar su precio à sus soldados, con cuya generosidad ganò de tal suerte la amistad, y confianza de los contrarios, que muchos tomaron partido en las Legiones de un General que sabia vencer, y usar tan bien de la Victoria. Los Gefes, y principales Oficiales del Exercito vencido marcharon en busca de Pompeyo para continuar su servicio. An. R... 703. An. J. C. 49.

Varias razones muy urgentes llamaban à Cèsar à Roma; pero como Varron, Teniente de Pompeyo, tenia à sus ordenes dos Legiones, y treinta Cæs. de Bell. Civ. lib. 2. n. 17.

An. R... 703. An. J. C. 49. ta Cohortes de Españoles en la Provincia Ulterior, fixò en su maxima *de no aver hecho cosa alguna, mientras le quedaba algo que hacer*, hizo marchar à toda prisa à Q. Casio, Tribuno de la Plebe, con dos Legiones, y él en persona partiò luego tras él con seiscientos cavallos; pero no huvo menester hacer uso de estas fuerzas. Apenas se dexó vèr, quando los Pueblos de esta Provincia, que le tenian mucho afecto desde que fue Questor, y luego Propretor en ella, se levantaron en su favor. Al mismo tiempo una de las dos Legiones de Varron, que era la que se reclutò en esta Provincia, lo abandonò, y se retirò à Sevilla, que reconocia á Cesar, por lo que el Teniente de Pompeyo sin empeñarse en una resistencia, que huviera sido inútil, entregò la otra Legion al que Cesar embiò á tomar el mando de ella, y luego aviendo venido à Cordova, en donde estaba este General, le entregò el dinero que tenia en su poder, y un Estado exacto de sus provisiones, y de sus Navios. Cesar no tuvo otra cosa que hacer en Cordova, en donde avia convocado una Asambléa general, que el recivir la obediencia que le daban los Pueblos, y las enhorabuenas de sus Victorias. Recompensò à los que se avian esmerado en aquella ocasion en su favor, à la Ciudad de Cadiz concediò derecho de vecindad Romana, y si huvo que castigar à algunos, se reduxo el castigo à penas pecuniarias. Hecho èsto, y dexando à Q. Casio con quatro Legiones para que mandase en su ausencia, se embarcó en los Navios de Varron, vino à Tarragona, y reciviò los Diputados de los Pueblos de casi toda la Provincia Citerior. Desde esta parte fue por tierra à Narbona, y seguidamente al sitio de Marsella, que solo esperaba su llegada para rendirse.

Liv. Epitom. del lib. 110.

Cæs. de Bell. Civ. lib. 1. n. 56. & 2. n. 1.

Los Marselleses se avian defendido con mucho va-

valor, y aun dos veces aventuraron dos Batallas navales, en que fueron vencidos por D. Bruto, Almirante de la pequeña Armada que Cèsar dexò delante de su Puerto. Por tierra Trebonio, que mandaba el sitio, los estrechaba fuertemente, construyó con un trabaxo inmenso maquinas de todas especies, dió asaltos, rechazò las salidas de los sitiados, y finalmente al cabo de muchos meses consiguiò abrir brecha en la muralla, de suerte que los Romanos se vieron en terminos de entrar sin mucha dificultad en la Ciudad. En un riesgo tan urgente los Marselleses recurrieron á la piedad del vencedor, y suplicaron con la mayor eficacia à Trebonio suspendiese el asalto hasta la llegada de Cèsar, quien seria dueño de su suerte, pues confesaban, que de ningun modo podian resistir, ni defenderse. Trebonio tenia ordenes de su General conformes á lo que deseaban los sitiados. Este grande hombre, lleno de humanidad, y de amor por la Literatura, en la qual sobresalia entre los Literatos de su tiempo, huviera creìdo echar un borron à su fama, arruinando una Ciudad tan famosa, que era en las Galias como el domicilio de las Musas, y el centro de la urbanidad. Por esta razon avia recomendado fuertemente à su Teniente, no permitiera que la Plaza se entrase por asalto, porque los soldados, llevados de su colera, y ostigados de la resistencia de los sitiados, no pasiran à cuchillo, como amenazaban hacerlo, à quantos hallasen en edad de poder llevar armas. Trebonio siguiendo la intencion de su General, consintió en esta especie de Tregua con gran sentimiento de sus soldados, que se quexaron altamente de que se les arrebataba el fruto de su Victoria, y que se les estorvaba entrar en una Plaza, entonces sin defensa. La Tregua produxo, como muy regularmente succede, la negli-

An. R... 703. An. J. C. 49.

An. R... 703. An. J. C. 49. gencia, y la seguridad; y los Romanos olvidando, que en ningun tiempo se debe observar con mas exactitud la disciplina, que quando se está en terminos de hacer la paz con los enemigos, porque entonces es quando se hacen los fraudes, y sorpresas, estaban bien distantes de pensar, que tuviesen que temer de parte de los Marselleses. Un descuido tan grande tentò à éstos, y aprovechandose de una ocasion favorable, en que el viento soplaba ácia las maquinas de los Romanos, hicieron una repentina salida, y las pegaron fuego con tanto acierto, que en breve quedaron reducidas à cenizas. Esta ventaja causò mas alegria que utilidad real á los sitiados, porque los Romanos animados de colera, y de rabia, trabaxaron en la reparacion de las obras con tanto ardor, y empeño, que en pocos dias quedó puesto todo aun en mejor estado de lo que antes estaba; y los Marselleses tuvieron que bolver à las mismas súplicas, y sumisiones que antes.

Histor. Rom. tom. 13. pag. 468. & 469. Mr. Crevier no cree à Marsella capáz de aver cometido igual perfidia, halla que en esta parte está defectuosa la relacion de esta guerra, procura apoyarlo con varias reflexiones, que no dexan de hacer alguna fuerza, y aun atribuye á la ogeriza que Cesar tenia á esta Ciudad, (atestiguandola con Ciceron) todo lo que sin apariencia de verdad se dice hicieron los Marselleses en este caso; pero dexemos à los Lectores que hagan la critica de este succeso. Lo cierto es, que Cesar librò à Marsella de los horrores del pillage, no quiso que se llegase á las murallas, ni à los edificios, ningun mal hizo padecer á los habitantes en sus personas, y les dexò la libertad; pero los desarmò, les quitò todos sus Navios, y mandò que le entregasen todo el dinero que avia en

Cic. Philip. II. n. 94. & VIII. n. 19.

el

el Theſoro público. Domicio Ahenobarbo eſcapò de la Plaza antes que ſe rindiera, y pasò por mar á la Grecia en buſca de Pompeyo; y Céſar, dexando dos Legiones en Marſella, continuò ſu marcha para Italia. Pompeyo, y el Senado, que eſtaba en ſu Campo, para recompenſar, en el modo poſible, la fidelidad de los Marſelleſes, dieron derecho, y prerrogativas de Ciudad libre á Phocéa en la Jonia, Metropoli de Marſella. An. R. 703. An. J. C. 49. Dio.

En todas las partes en que Céſar concurrió en perſona, la fortuna le acompañò fielmente, ò por decir mejor, la ſuperioridad de ſus talentos le aſegurò ſiempre la Victoria. No ſuccediò lo proprio à ſus Tenientes, y ſus armas llevaron dos golpes conſiderables en la Iliria, y en Africa. Del primero hay pocas noticias, por averſe perdido la parte de los eſcritos de Céſar, en que hacia relacion de eſte lance, y no ſe ſabe mas de que Dolabela, y C. Antonio, que mandaban en aquellas coſtas, fueron vencidos por M. Octavio, y Scribonio Libo, Tenientes de Pompeyo, cuyas fuerzas eran muy ſuperiores, y que C. Antonio ſe viò forzado á entregarſe priſionero de guerra, aunque ſegun una expreſion de Céſar, dicha con otro motivo, parece que la trahicion de un Oficial de grado fue cauſa de la pérdida del Exercito. Una Cohorte al contrario, diò pruevas de una fidelidad, que llega à un exceſo increìble, y inaudito. Unas Tropas que ſe ſalvaron de la derrota, fabricaron unas eſpecies de balſas para paſar el mar; pero una de ellas, que diò en manos de los enemigos, y que llevaba una Cohorte, ſe defendiò haſta el ultimo vale; pero viendo que la era imposible deſembarazarſe de los enemigos, los ſoldados que la componian tomaron por no rendirſe la barbara reſolucion de matarſe unos à otros, y la exe-

Lucan. lib. 4. Flor. l. 4. c. 2. Appian. Dio.

Cæſ. de Bell. Civil. lib. III. n. 67.

An. R... 703. executaron, sin que ni uno quedase vivo.
An. J. C. 49.

En Africa la temeridad de Curion fue causa del desastre del Exercito de César. No menos audáz en la guerra, que lo avia sido en las contestaciones domesticas, y en sus quimeras contra el Senado, partiò de Sicilia, que Caton le avia abandonado, no llevando consigo mas que dos Legiones, de quatro que César le avia dado, y quinientos cavallos. Hacia un soberano desprecio del enemigo, contra quien avia pasado à Africa, y tenia razon, porque era Atcio Varo, quien echado de Osimo por César en los primeros lances de la guerra, vino à Africa, cuya Provincia avia governado como Propretor algunos años antes, en la esperanza de que unos Pueblos acostumbrados á obedecerle, respetarian su nombre, y sus ordenes. No se engañó en su concepto, se apoderò del Mando, reclutò gente, y formò de ella dos Legiones. En tanto llegó à Africa Tuberon, à quien el Senado avia dado este Departamento; pero Varo, ambicioso, y codicioso, no hizo caso de la autoridad del Senado, y como se hallaba dueño del pais, y de las costas, no permitiò à Tuberon, ni aun el que echára en tierra à su hijo, que iba enfermo, por lo que los Tuberones tuvieron que bolverse en la propria Embarcacion que los avia conducido, y pasaron à la Grecia, y al Campo de Pompeyo. Tal era Varo, inconsiderado, presumptuoso, y con cortos talentos para la guerra; pero tenia un poderoso Aliado en la persona de Juba, Rey de una parte de la Numidia, y de la Mauritania. Este Principe era hijo de Hiempsal, cuyos Dominios ensanchò Pompeyo quando hizo la guerra en Africa por Sila. Fuera de este motivo de agradecimiento, que unia à Juba à la Causa de Pompeyo, tenia una ogeriza personal á Curion, quien siendo Tribuno de

Cæs. de Bell. Civ. lib. II.

la

la Plebe, propuso ante ella el que se le confiscára el Reyno, y reduxera á Provincia Romana. Este odio, sostenido con grandes fuerzas, hacian à Juba un enemigo temible, y contra quien debia Curion caminar con mucha cautela, y circunspeccion; pero era incapàz de ésto aquel joven guerrero, vano por naturaleza, y fuera de ésto, envanecido con los felices sucessos que tuvo à su entrada en Africa, porque desembarcò sin dificultad, y aviendo ido á acamparse à orillas del rio Bagrada, quedò victorioso en una accion de Cavalleria, y de resultas permitiò que sus soldados lo proclamasen *Imperator*. Acercòse luego à Varo, que estaba acampado al pie de las murallas de Utica, y aviendo sabido que à este le venia un refuerzo de Numidas embiado por Juba, le saliò al encuentro con su Cavalleria, y quedò tambien victorioso. An. R... 703. An. J. C. 49.

Tenia no solamente valor para las operaciones militares, sino tambien resolucion, y cabeza, y bien la necesitaba con las Tropas que mandaba, porque eran las Legiones que estaban en Corsinio con Domicio Ahenobarbo, y que aviendose pasado despues al partido de Cesar, no se podia fiar mucho en ellas; y efectivamente en la noche siguiente à la ultima accion, que acabamos de referir, dos Capitanes, y veinte, y dos soldados se pasaron al Campo de Varo. Estos desertores publicaron, que todos sus otros compañeros estaban en la propria disposicion que ellos, y promptos à abandonar à Curion, y que assi no avia que hacer mas, que el proporcionarles la ocasion, y que unos soldados pudiesen travar conversacion con otros. Con esta esperanza, Varo saliò con sus Tropas de sus trincheras, las puso én batalla, y Curion por su parte hizo lo proprio. Avia en el Exercito de Atcio Varo un Oficial llamado Quin-

ti-

An. R... 703. An. J. C. 49. tilio Varo, que era Queſtor de Ahenobarbo quando la rendicion de Corſinio, y que deſpues de eſte lance pasò à Africa. Eſte, como conocia à todos los Oficiales, y ſoldados de las Legiones de Curion, ſe acercò à las filas, y los exhortò con razones las mas proprias á deſpertar en ellos la memoria del juramento que avian hecho à Domicio, à que ſe paſaſen á ſu General. Ninguno ſe moviò ſin embargo; pero quando los dos Exercitos ſe retiraron, y bolvieron á entrar en ſus reſpectivos Campos, todo fue en el de Curion inquietudes, ſuſtos, rezelos, y deſconfianzas. Eſte Romano tuvo Conſejo para determinar lo que ſe deberia hacer en eſte lance; pero ſe dividieron los pareceres, queriendo unos que ſe atacaſe al inſtante à los enemigos, para entretener á los ſoldados, y quitarles la ocaſion de juntarſe, y hacer con la ocioſidad converſacion de las eſpecies que los alborotaban, y hacian tener deſconfianza de ellos; y otros al contrario, que ſobre la marcha ſe levantàra el Campo, y retiràran à un parage muy defendido por la naturaleza, que llamaban el *Campo de Scipion*, deſde que el primer Africano hizo la guerra en Africa, y en donde ſe podia trabaxar en ganar el afecto, y aſegurarſe de la fidelidad de los ſoldados. Curion improbò los dos dictamenes, al uno por cobarde, y al otro por temerario, y como era un Orador de los mas eloquentes de ſu ſiglo, no ſolamente reduxo à los que componian el Conſejo à convenir à que era meneſter no precipitarſe, y proceder con mucho tiento, y eſpera en aquel caſo; ſino es que aviendo convocado á los ſoldados, les hablò con tal gracia, y con tal arte, y fuerza, que ſin dexarle caſi acabar ſu diſcurſo, deſpues de mil vitores, y aplauſos, le aſeguraron, que le ſervirian con la mayor lealtad, y lo exhortaron à hacer deſde lue-

luego prueva de su valor, y de su buena voluntad. An. R... 703. An. J. C. 49.

Curion bien contento del buen exito que avia tenido su entereza, y su eloquencia, presentò la batalla al enemigo la mañana siguiente, y éste no creyendo que debia reusarla, saliò igualmente de su Campo. Avia entre los dos Exercitos un valle, cuya baxada era muy escarpada, y aviendo Varo hecho descender à su Cavalleria, y una gran parte de su gente armada à la ligera, Curion destacó igualmente su Cavalleria con dos Cohortes, que al primer choque pusieron en fuga á la Cavalleria contraria, y la gente ligera quedò enteramente derrotada, sin poder hacer resistencia, porque Varo no la embiò socorro alguno. A este tiempo se llegò à Curion Caninio Rebilo, Teniente General de Cèsar, Oficial de mucha experiencia, y le dixo: *Los enemigos estàn aterrados, aprovechaos de su consternacion.* Curion se puso inmediatamente à la frente de sus Legiones, y empezò à subir, como si fuera al asalto, por un camino tan aspero, y dificil, que los que iban delante no podian dàr paso, si no los ayudaban los que seguian detràs. El Exercito de Varo, en lugar de aprovecharse de una ventaja como esta, preocupado de la primera impresion del miedo, se desordenò, y puso en fuga, no pensando cada uno sino es en guarecerse en su Campo. Varo se viò en esta fuga à pique de perder la vida á manos de un Capitan llamado Fabio; y sus gentes no contemplandose seguras en sus trincheras, aunque yà los enemigos se avian retirado, se metieron en Utica, por lo que á la mañana siguiente Curion la puso sitio. La Plaza era una Ciudad de mucho comercio, y los habitantes, que debian algunos beneficios à Cèsar, eran á éste muy afectos, y como hacia tiempo que no avian visto guer-

ra

An. R... 703. ra en aquella Provincia, ellos, y los Romanos
An J. C. 49. eſtablecidos dentro, que componian un Cuerpo baſtante numeroſo, aunque ſus intereſes, y modo de penſar eran diverſos, como avian viſto los malos ſucceſos antecedentes de Varo, le inſtaban à que ſe rindieſe. La llegada de un Correo de Juba con la noticia de que eſte Principe venia marchando con un Exercito poderoſo al ſocorro de la Plaza, y de Varo, hizo ſuſpender el afan que tenian los habitantes de rendirſe.

Curion tuvo la miſma noticia; pero no quiſo creerla en los principios, perſuadido à que el Rey de Mauritania no ſe atreveria à venir à atacarlo. Deſengañado por fin de que era cierta, tomó la prudente determinacion de retirarſe al parage que, como antes ſe dixo, llamaban el Campo de Scipion, que era muy bueno, tenia todas las comodidades neceſarias, y eſtaba en una diſpoſicion, que podia ſin dificultad recivir las dos Legiones que avia dexado en Sicilia, y embiò à pedir en eſta ocaſion. Su primera intencion fue aprovecharſe de la ventaja del pueſto para ir dando largas à la guerra; pero como la prudencia no le ſalia de genio, no ſupo perſeverar en un dictamen tan cuerdo. Con la falſa noticia que le dieron de que Juba ſe bolvia à toda priſa con la mayor parte de ſus fuerzas à defender las fronteras de ſu Reyno, invadidas por los Pueblos vecinos, y que embiaba en ſu lugar à Utica con muy pocas Tropas à Sabura ſu General, mudò Curion de ſiſtéma, y incitada ſu temeridad con la eſperanza, determinò ir al encuentro de los Numidas, y darles Batalla. Lo que hacia veroſimil la noticia de la retirada de Juba era, que Sura ſe avia adelantado con un Deſtacamento haſta el rio Bagrada; pero el Rey venia detràs à ſeis millas de diſtancia. Al principio de la noche embiò Curion

ſu

su Cavalleria à insultar el Campo de Sabura, y como los Numidas no sabian lo que era fortificarle, lo puso facilmente en desorden, matò bastante gente, y bolviò victorioso, trahiendo à su General algunos prisioneros. Preguntòles Curion, que quién era el que mandaba en el Campo, y aviendole respondido que Sabura, sin mas examen continuò su marcha à toda prisa, dando orden à la Cavalleria de que siguiera; pero ésta, fatigada del trabaxo de toda la noche, no pudo obedecerle, los soldados, y cavallos se fueron quedando por el camino, y solo ducientos, menos cansados que los otros, pudieron acompañar à la Infanteria. Los Numidas se governaron en este lance con tanta prudencia, como temeridad los Romanos. Sabura diò inmediatamente al Rey su amo cuenta de lo que avia pasado durante la noche, y este Principe conceptuando que Curion no dexaria de bolver à concluir la Victoria empezada por su Cavalleria, embiò á su General dos mil cavallos Españoles, y Galios de su Guardia, y la mejor Tropa que tenia de Infanteria, y él en persona fue avanzando á paso lento con el resto de sus fuerzas, y quarenta elefantes. An. R... 703. An. C. J. 49.

Viendo Sabura que Curion se le venia acercando, formò su Exercito en Batalla, y destacò un Cuerpo de Cavalleria como para escaramucéar; pero con orden de que luego que lo atacasen bolviese la espalda, y se pusiese en fuga, aparentando mucho miedo. Curion se dexò engañar con un artificio tan comun, y sin considerar que su Infanteria iba estropeada de una marcha que avia hecho de cinco leguas, y algo mas, y que no tenia Cavalleria con que sostenerla, dexò las alturas en que estaba apostado, y descendiò al llano, creyendo que no tendria mas que llegar, y vencer. El General Numida se aprove-

An. R... 703. An. J. C. 49. chò dieſtramente de la imprudencia de ſu enemigo, y como ſabia que ſu Infanteria no era capàz de reſiſtir á la de los Romanos, no quiſo empeñarla en la accion, y la mantuvo formada á diſtancia proporcionada de poder obrar quando fueſe neceſario; y aprovechandoſe de la ſuperioridad de ſu Cavalleria, hizo con ella toda la funcion, la diò orden de extenderſe por las alas, y atacar por las eſpaldas, y por los flancos á las Legiones, que por mas esfuerzos que hicieron, ayudadas de ſus ducientos cavallos, que ſin embargo de ſu canſancio obraron maravillas, quedaron enteramente derrotadas, y mucho mas que Juba iba embiando ſin ceſar nuevas Tropas de refreſco. Curion conociendo entonces el yerro que avia cometido, quiſo retirarſe á las alturas; pero la Cavalleria de Sabura le cortò el paſo. En eſte extremo Cn. Domicio, que mandaba la Romana, creyò que à lo menos debia penſar en ſalvar à ſu General; y llegandoſe á èl le propuſo que ſe retirára al Campo, en donde avian quedado cinco Cohortes, ofreciendole no abandonarlo haſta ponerlo en ſalvo. „ No, le reſpondiò Curion, no me pondrè de„ lante de Céſar deſpues de aver perdido el Exer„ cito, que fiò á mi direccion, „ y continuò peleando haſta que lo mataron los enemigos. De toda la Infanteria Romana no ſe ſalvò un hombre, y muy pocos de los ducientos de Cavalleria, quienes pudieron bolver al Campo con los que ſe avian quedado en el camino. El Queſtor M. Rufo, que quedò para cuſtodia de los Reales, hizo todo lo poſible, pero en vano, para animar á los ſoldados; pero ſu abatimiento era tal, y tantos los clamores de que los llevára à Sicilia, que fue preciſo diſponer las coſas para el embarco. Eſte ſe hizo con tal confuſion, y deſorden, efecto del eſpanto que ſe avia apoderado de todos, que la mayor par-

parte no pudieron entrar en los Navios, y se quedaron en Africa, por lo que diputaron à Varo, ofreciendo entregarsele mediante la palabra que se les diese de conservarles la vida. Varo se la diò; pero sin atender à ella, Juba, aviendo ido à Utica, mandò degollar inhumanamente à los unos, y embiò los restantes à sus Estados. An. R... 703. An. J. C. 49.

De este modo pereció este infelìz Exercito por culpa de su Gefe, que tuvo un fin digno de su mala conducta; pero no de sus talentos. Oriundo de una Familia ilustre, y nacido con un espiritu sublime, y un valor grande, pudo por la senda del honor aver llegado à la mas alta fortuna; pero viciosamente desordenado en su primera juventud, y neciamente ambicioso quando tuvo mas edad, y estuvo en proporcion de tener parte en el Govierno de la Republica, no conociendo mas regla que la de sus pasiones, ni otra obligacion que la del interès, y no respetando, ni las Leyes, ni las costumbres, hizo vèr con su exemplo, que los mayores dotes de la naturaleza, se inutilizan, y aun son funestos à los que los poseen, quando no los acompañan con el juicio, y con la moderacion; y assi Curion con sus excesos, y locuras, sin embargo de todos sus talentos, ha dexado de sì à todos los siglos una memoria muy odiosa. Juba era arrogante hasta la insolencia. Yà hemos visto el poco caso que hizo de la palabra dada por Varo à los soldados de Curion, y en todo lo demàs se governò de la propria manera. Aunque Utica era una Ciudad del Imperio Romano, hizo, y deshizo en ella como si huviera sido su Soberano, y despues se restituyò à su Reyno. La Africa quedò quieta hasta que se juntaron en ella parte de las reliquias de Pharsalia, que excitaron una nueva tempestad.

§. III.

LEPIDO, PRETOR DE LA CIUDAD, nombra à Céſar Dictador. Rebelaſele la novena Legion, y la reduce. Fauſto, y indecencia de la conducta de Marco Antonio. Céſar và á Roma, entra en poſeſion de ſu Dignidad, ſe hace nombrar Conſul, preſide à la eleccion de Magiſtrados, y toma varias providencias. Continuacion de la Guerra Civil, con todo lo ocurrido haſta la Batalla de Pharſalia, fuga, y muerte de Pompeyo.

Cæſ. de Bell. Civ. lib. 2. & 3. Plut. in Pomp. & Cæſ. Appian. Civil. lib. 2. Dio. lib. 41.

CEſar ſupo en Marſella, que ſe le avia nombrado Dictador; pero ſu nombramiento ſe hizo contra todas las reglas eſtablecidas. Lepido, Pretor de la Ciudad, uſurpò eſta facultad, que era privativa de los Conſules; pero para poder arrogarſela con algun titulo, hizo que interviniera un Decreto de la Plebe, en virtud del qual nombrò Dictador à Céſar. Eſte General, que en punto de formalidades fue el hombre menos eſcrupuloſo del mundo, no ſe detuvo en la irregularidad de ſu nombramiento, neceſitaba tener algun titulo; y aſsi, luego que reciviò la noticia ſe puſo en marcha para ir à Roma à tomar poſeſion de ſu nueva Dignidad; pero un obgeto mas urgente le hizo torcer ácia Plaſencia. Avia embiado por delante ſus Legiones á Italia, y la novena apenas avia llegado á aquella Ciudad, quando ſe amotinò, y pidiò ſu licencia. El pretexto que tomaron los ſedicioſos era, que eſtaban abrumados de fatigas, y que era juſto que ſe les permitieſe gozar de algun deſcanſo; pero la realidad era, que avian creìdo vivir con entera libertad, y Céſar les hacia obſervar una diſciplina muy exacta, y les eſtorvaba que pillaſen las Ciu-

Suet. Cæſ. cap. 29. Appian. Dio.

da-

dades, y Pueblos, que era lo que querian, y su insolencia llegò à creer, porque se contemplaban menesterosos, que obtendrian quanto se les antojase pedir. Engañabanse mucho, porque Cesar, que en qualquiera otra ocasion era el hombre mas indulgente, y contemplativo con sus soldados, no les pasaba la cosa mas minima en el particular de la obediencia; y persuadido à que su presencia los contendria, y que no avia otro medio de intimidar á una multitud, que el no temerla, marchò á ellos à toda prisa, sin embargo de que su furor parecia capàz de propasarse al mayor exceso, y de ponerlo en peligro. Tomò no obstante la precaucion de hacerse acompañar de algunas Tropas; y aviendo convocado á los sediciosos, los tratò con un soberano desprecio, les declarò que yá que le pedian su licencia, se la daba, porque para nada los avia menester, pues à èl jamàs le faltarian soldados que quisiesen participar de sus prosperidades, y de sus triunfos; pero que antes de despedirlos queria que pagasen la pena de su delito, y que decimaria la Legion. Este tono de autoridad, y esta amenaza cortò enteramente á los sediciosos, que se echaron à los pies de su General, pidiendole con lagrimas los tratase con piedad, y perdonase su delito. Cesar viendolos sumisos, rebaxò algo de su severidad, y pidiò que le entregasen à ciento, y veinte de los mas culpados, para que se sorteasen doce, que pagáran con su vida por los demás. Los Oficiales, de acuerdo con èl, dispusieron las boletas de muerte de modo que cayesen en los que avian alzado mas el grito en la sedicion. Entre éstos se hallò uno inocente, pues probò que estaba ausente quando se amotinò la Legion. Cesar le hizo justicia, y mandó poner en su lugar al Capitan que lo avia denunciado. No contento Cesar con este

An. R... 703.
An. J. C. 49.

casti-

An. R... 703. An. J. C. 49. castigo, quiso reformar toda la Legion, de suerte, que los soldados tuvieron que renovar sus lloros, y sus instancias para que les permitiera continuar el servicio.

Deseable huviera sido, que con la misma entereza que de sus soldados la obediencia, huviese exigido de sus amigos la modestia, y buena conducta; pero castigaba severamente la rebelion, porque minaba los cimientos de su poder, y de su fortuna, y sufria, y pasaba todos los desordenes de aquellos que le eran utiles. Nada puede igualar el fausto, y indecencia de los procedimientos de Antonio, à quien César dexò el Mando de Italia quando partió para venir à España. Antonio anduvo todo el camino desde Brindes hasta Roma en un carro tirado por leones. Trás él venia en una litera abierta la Comedianta Cytheris; y los Magistrados, y personas principales de las Ciudades Municipales que se hallaban al paso, tenian que salir á recivirlo, y cortejar à la Comica; y aun no siempre que llegaban se les admitia à cumplimentarlo, y tenian que esperar à que durmiera su borrachera. „ Ved, exclama Ciceron escriviendo „ á Attico, què infamia acompaña nuestra ruì„ na, y à què indignos vencedores tenemos que „ rendirnos!

Cic. ad Att. X. & Phil. II. n. 58. Plin. l. 8. n. 16. Plut. in Ant. Id. n. 10.

César apaciguada la sedicion de Plasencia en el modo que queda dicho, embiò sus Tropas àcia Brindes, desde donde proyectaba pasarlas á la Grecia, y èl fue en derechura à Roma á tomar posesion de su empleo de Dictador; y aunque aun no se avia propuesto el guardar perpetuamente para sì esta Dignidad, cuya autoridad era monarchica, le era entonces necesaria para tomar varias providencias convenientes á sus intereses, y en particular para hacerse nombrar Consul, y presidir à las elecciones de los otros Magistrados.

Cæs. de Bell. Civ. lib. 3.

Em-

Empezò por dár los empleos vacantes, y luego en una Asamblea de la Plebe, que presidiò como Dictador, se le creò Consul para el año siguiente, à los diez cumplidos de aver obtenido el primero: circunstancia que no omite en sus Comentarios para denotar, porque se hallaba en el caso prevenido por las Leyes, que prefinian el termino que debia mediar entre Consulado, y Consulado, que respetaba su disposicion, siendo assi, que las violaba en tantas maneras. Tomò por compañero á Servilio Isaurico, quien mereciò este honor por su baxeza; pues aviendo propuesto Pison, suegro de Cesar, que se embiasen Diputados à Pompeyo para tratar de paz, se opuso à ello Servilio, y se le diò en recompensa el Consulado, cuyo hecho hace desde luego conocer á los menos perspicaces, la poca, ò ninguna sinceridad, de todos los pasos que diò Cesar para obtener la paz. Hecha la eleccion de Consules, nombrò los Pretores de que son los mas célebres Célio, y Trebonio, y consecutivamente los Ediles Currules, y los Questores. Muchos esperaban que avria una total abolicion de deudas, ò que se daria, porque es lo mismo, amplia licencia à los deudores para hacer bancarrota, que era lo que convenia perfectamente à un gran numero de los del Vando de Cesar; pero éste no tuvo por conveniente tomar una providencia tan excesiva, ni minar enteramente la buena fè, que es la vasa de toda sociedad entre los hombres. Tomò un temperamento, y dispuso que se nombrasen arbitros que avaluasen las posesiones de los deudores, y las adjudicasen en pago à los acreedores sobre el pie del valor que tenian antes de la guerra, con cuya disposicion perdian estos la quarta parte de lo que se les debia. Levantò el destierro à todos los que se hallaban desterrados, cuya providencia odiosa en sì, que annulaba todas las co-

An. R... 703. An. J. C. 49.

Plut. in Cæs. Dio.

sas

An. R... 703. An. J. C. 49.

sas juzgadas, y que anuncia un trastorno general en un Estado, la procura paliar en sus Comentarios; pero en todo caso hacia con ella gente, y interesaba en la defensa de su Causa con este beneficio à un gran numero de personas distinguidas, que podian serle muy utiles. Tambien restableciò en el derecho de poder pretender, y obtener los empleos à los hijos de los proscriptos, annulando para este efecto el injusto reglamento de Sila, que las circunstancias del tiempo, y el solo interès de la tranquilidad pública, podia aver hecho tolerable hasta entonces. Todo esto lo hizo Cèsar en once dias, al cabo de los quales hizo dimision de su empleo de Dictador, y partiò para Brindes, para desde alli pasar à la Grecia; pero antes de seguirle, referirèmos anticipadamente algunos movimientos que en su ausencia se levantaron en Italia, los quales, aunque no muy considerables en sì, no dexan de ser interesantes por los nombres de los que fueron los motores.

Cæs. de Bell. Civ. l. 3. n. 20. Dio. lib. 42.

Célio, que en los principios siguiò tan acerrimamente el partido de Cèsar, y que escriviò con tanta eficacia à Ciceron, para disuadirlo de que fuera á unirse con Pompeyo, mudò de repente de modo de pensar. Lleno de ambicion, y de aquella presumptuosa confianza que inspiran los talentos à un joven todo fuego, llevò mal que Cèsar diese à Trebonio de propria autoridad, y sin sugetarlo al sortèo, la Pretura de la Ciudad, que era el mas apreciable, y honroso de los Departamentos de los Pretores. Sentido de esta preferencia, no huvo menester mas para que se desviára de un partido de quien se creia despreciado; y buscando con què excitar alguna turbulencia en Roma, tomò por su cuenta, y debaxo de su proteccion la causa de los deudores, en que estaba personalmente interesado, porque aunque avia

Vell. lib. 2.

muy

muy poco juicio, y mucha temeridad en sus proyectos, era mucho peor el desorden de sus cosas caseras. Como Trebonio reglaba sus decisiones en asumpto de deudas sobre la disposicion dada ultimamente por Cesar: Célio puso su Tribunal inmediato al del Pretor de la Ciudad, y declarò, que admitiria todas las Apelaciones que se interpusieran de sus Sentencias; pero Trebonio administraba justicia con tanta equidad, que nadie se agraviò de sus decisiones. Viendo que esto no daba lumbre, resuelto à poner en llamas toda la Ciudad, propuso dos Leyes las mas injustas, y sedicioſas del mundo, la una para libertar à todos los que vivian en casas alquiladas en Roma de la paga de sus alquileres, y la otra para abolir generalmente todas las deudas. Este cebo hizo su efecto, el populacho se amotinó, y Célio à la frente de toda esta canalla, fue à insultar à Trebonio en su Tribunal, lo echó de èl, y hiriò à algunos de los que lo rodeaban. Visto este desorden, Servilio Isaurico, que por su Dignidad de Consul tenia la principal autoridad en la Ciudad, aviendo juntado algunas Tropas, hizo que el Senado expidiese un Decreto suspendiendo à Célio del exercicio de su emplèo; y en su consequencia mandò arrancar los Carteles de las Leyes puestos por este Pretor, le negò la entrada al Senado, y lo echò de la Tribuna à donde avia subido para harengar à la multitud. Célio resistiò algun tiempo sostenido por los sediciosos que se le avian unido, y por su propria obstinacion; pero en fin, aviendo tenido que ceder à la autoridad, y á la fuerza, pidiò licencia para salir de Roma, fingiendo que queria ir à justificarse con Cesar, que se hallaba entonces en Thessalia; bien que su idèa era solo ir à juntarse con Milon, quien de acuerdo con èl corria entonces toda la Italia para levan- An. R... 703. An. J. C. 49.

An. R... 703. An. J. C. 49.

tarla contra Céſar; y el motivo que à eſto le incitaba, fue aver ſido el unico exceptuado en el Indulto publicado para los deſterrados.

Milon era amigo antiguo de Célio, y ambos ſentidos de Céſar, aunque por diverſos motivos, ſe concertaron ſin mucha dificultad, y el primero tenia algunos principios de fuerzas, que conſiſtian en las reliquias de las vandas de Gladiatores, que compró quando ſus quimeras en Roma, y para los Juegos que diò entonces al Pueblo. Eſtos dos hombres, igualmente atrevidos, y temerarios, ſi huvieran logrado unirſe, podian aver dado en Italia baſtante inquietud à los parciales de Céſar; pero la muerte de Milon traſtornò enteramente eſte proyecto. Avia juntado al derredor de sì una tropa de la gente mas ſoèz, y infame de todas partes; y aviendo ido con ella á ſitiar à Compſa (*) en la Hirpinia, lo matò una piedra diſparada de las maquinas de la muralla. Célio no le ſobreviviò mucho tiempo, y lo mataron cerca de Thurio (*) unos ſoldados de Cavalleria de Céſar Eſpañoles, y Galios, à quienes quiſo ſobornar para atraherlos à ſu partido. Parece que nadie ſintiò la muerte ni del uno, ni del otro, aunque eran ambos hombres de muchos talentos. Milon tuvo un valor ſin igual; pero éſte degeneraba en temeridad, y en audacia. Una ſingularidad, que no le hace mucho honor, es, que fue igualmente odioſo à los dos Vandos, que entonces dividian la Republica, y que ninguno quiſo admitirle en el ſuyo. Por lo que toca à Célio, adquiriò en grado eminente la gloria de la Eloquencia, y ſe le cuenta como tambien à Curion por uno de los Oradores, que han ſido el ornato del buen ſiglo. Sus cartas à Ciceron eſtàn reboſando ingenio, y unen con lo agradable del gracejo, y de lo feſtivo, la fuerza, y la elevacion; pero lo grande de ſus vicios

(*) *Conza* en el Principado Ulterior del Reyno de Napoles.

(*) La antigua *Sibaris*, Ciudad maritima en el Golfo de Tarento.

cios deshonraban unos talentos tan estimables en sì. Fue prodigo, vicioso, y no tuvo principio de regla, ni de conducta capàz de sacrificar el honor, y la virtud á su fortuna, y ésta à su rencor, porque la colera lo dominaba, y sus furias lo hacian insufrible en la sociedad, y de su genio en esta parte nos ha conservado Seneca un rasgo bien notable. Estaba cenando à solas con un cliente suyo, hombre suave, y pacifico, y como éste conocia el humor de su patron, en nada le contradecia. Impaciente Célio de no tener motivo de disputa, le dixo muy enfadado: *Hombre*, (*) *dì algo en contra, para que seamos dos.*

An. R... 703. An. J. C. 49

(*) *Dic aliquid contra, ut duo simus.* Senec. de Ira, lib. 3. c. 8.

El levantamiento, y muerte de Milon, y de Célio, son asumptos que pertenecen al año en que Cesar fue Consul por la segunda vez; y del Consulado de Lentulo, y de Marcelo solo nos resta tratar de los preparativos de Pompeyo. Hizolos muy grandes, no malogrando el tiempo que le dexò libre la guerra de Cesar en España. Ademàs de las cinco Legiones que consigo llevò de Italia, se le agregò una, que pasò de Sicilia, y reclutò tres en Creta, Macedonia, y Asia, juntando todos los soldados Romanos que pudo de los establecidos en aquellas Regiones por los Generales que en ellas hicieron la guerra, y tambien esperaba dos Legiones, que Metelo Scipion debia traherle de Siria. Por lo que toca à Tropas auxiliares las tenia de todas las Naciones de la Grecia, y del Oriente, y la Cavalleria sola con que lo ayudaron llegaba á tres mil, y seiscientos hombres. Los mismos Reyes en persona vinieron mandando algunos de estos Cuerpos, siendo el mas célebre de todos el viejo Deyotaro, à quien el afecto que tenia à Pompeyo, le hizo venir à unirsele con seiscientos cavallos. Las provisiones de guerra, y boca, y el dinero que juntò, corres-

An. R....703.
An. J. C. 49.

pondian à lo grande de las fuerzas; pero Pompeyo se aplicò sobre todo à formar una Armada formidable, à cuyo efecto juntò Navios de todas las partes de la Asia, y de la Grecia, en el concepto de que no podia dexar de tener la superioridad, y dàr la ley el que fuese dueño del mar. Esta Flota que pasaba de quinientas Naves, estaba distribuìda en Esquadras por las costas de Epiro, y de la Iliria con sus Gefes particulares, que todos obedecian à Bibulo, como á su Almirante. El primer pensamiento de Pompeyo fue dàr à Caton este importante encargo, y aun le avia hablado de ello; pero despues reflexionò, ò sus amigos se lo advirtieron, que armaba con un poder demasiado fuerte la virtud de este rigido Republicano, que no tenia otra mira, que la de restablecer el antiguo Govierno, y que una vez que se venciese à Cesar, querria que Pompeyo dexase luego las armas, y que se hallaria en estado de obligarle à ello, teniendo à sus ordenes unas fuerzas tan grandes. Esta reflexion diò golpe à Pompeyo, porque sus intenciones no eran tan puras como las de Caton, y le hizo nombrar por Almirante à Bibulo. Es cierto, que no pudo elegir otro enemigo mas violento de Cesar; pero tambien lo es, que avia otros mas apropositò, y diestros, de quienes podia aver echado mano para un empleo de tanta importancia, y consequencia.

Plut. in Pomp. Appian.

De nadie se fiaba Pompeyo para exercitar sus Tropas de tierra, y èl en persona asistia à todos sus exercicios, y obras militares, echaba mano à todo, y daba èl primero exemplo à sus soldados, y aunque con cerca de sesenta años, corria à pie, ò à cavallo aun con mas vigor, y fuerza que muchos mozos muy robustos; y pocos le ganaban en la promptitud, y destreza con que hacia quanto

to entonces se hacia para adiestrar à la Tropa. Como se acercaba el fin del año, y que los Consules avian prestado su nombre, y ministerio á quanto hasta entonces se avia hecho, quisieron antes de acabar poner una forma de govierno tal como se podia en las circunstancias en que se hallaban. Tenia al derredor de sì todo lo mas florido, y ilustre del Senado en numero de mas de ducientos Senadores, que podian muy bien representar el todo de aquel augusto Cuerpo. La persuasion universal de que la Causa de Pompeyo era la del Estado, y de la libertad, atrahia á su partido aun à los mismos que tenian motivos particulares para huir de èl, como Bruto, quien sin embargo de que hizo quitar la vida à su padre, y que por esta razon, ni lo veìa, ni saludaba, fue entonces à presentarsele, y rendirle la obediencia como à Cabeza de los defensores de la Republica. Otro Senador, à quien Plutarco llama Sex. Tidio, de edad muy avanzada, y coxo, pasò el mar, y fue al Campo de Pompeyo, quien sin embargo de que muchos se echaron à reìr al verle, se levantò para recivirlo, y lo tratò con mucha cortesanía, y agasajo, juzgando con razon que era una cosa que hacia mucho honor à su partido, que las gentes se creyesen obligadas à vencer los obstaculos de la edad, y de los achaques para ir à buscar riesgos en lugar de la seguridad que se hallaria, quedandose en Italia. Este afecto general por Pompeyo, creciò mucho mas quando à representacion de Caton quedò resuelto no quitar la vida à ningun ciudadano Romano fuera de las Batallas, y de no entregar al pillage ninguna Ciudad amiga, ò aliada del Imperio. Fue de tanta satisfaccion hallar el merito de la moderacion, y de la clemencia junta con el de la justicia de la causa, que los mismos que no po-

An. R... 703.
An. J. C. 49.

dian

An. R... 703. An. J. C. 49. dian tener parte en la guerra con servicios efectivos, se interesaban con sus deseos, tanto, que se tenia por enemigo de los Dioses, y de los hombres à qualquiera que no deseaba la Victoria à Pompeyo.

Lucan. lib. V. Appian. Dio. Los Consules convocaron el Senado en Thessalonica, en donde para observancia mas exacta de las Leyes, y usos, hicieron consagrar un parage con las ceremonias augurales, porque solo aviendole preparado de este modo, podia el Senado formar legitimamente sus Decretos. Lentulo, que hablò el primero, propuso se declarára que el Congreso que entonces existia en Thessalonica era el verdadero Senado Romano; y añadiò, que como no se podia sin embargo el hacer la creacion de Magistrados, le parecia conveniente prorrogar en sus empleos politicos, y militares à quantos entonces los obtenian. Finalmente hizo presente, que como en las circunstancias en que se hallaban era menester tener una Cabeza, nadie podia dudar, que este titulo, y honor debia pertenecer à Pompeyo. Formóse el Acuerdo segun esta propuesta, y Pompeyo quedò en su consequencia solo con el Mando supremo que hasta entonces avia partido, en el nombre à lo menos, con los Consules. En el mismo dia se concedieron honores, y acordò dàr gracias à los Pueblos, y Reyes que favorecian la Causa comun, y con especialidad al joven Ptoloméo, Rey de Egipto, con cuyo nombre, y debaxo de cuya autoridad se asseginò poco despues à Pompeyo. Confirmóse á este Principe en la posesion de la Corona, excluyendo de ella à su hermana la famosa Cléopatra, sin embargo de que por el Testamento de Auletes, padre de ambos, quedò dispuesto reynasen conjuntamente el mayor de sus hijos, y la mayor de sus hijas.

He

Hemos dicho, que el fin del año estaba proximo; pero en realidad se estaba entonces en los principios del Otoño, porque es de notar, que como el año civil de los Romanos estaba entonces muy desordenado, contaban el fin de Diciembre quando deberian el primero de Octubre. La campaña, segun esto, aún podia seguirse, y Pompeyo se disponia à distribuir sus Tropas en las Ciudades maritimas de Epiro, en tanto que la Flota guardaba todas las costas para estorvar el paso de César, bien que ni èl, ni Bibulo creian que fuese todavia tiempo de poner el mayor cuidado, discurriendo que César nunca pensaria en pasar hasta la proxima Primavera. Esto era conocer muy mal à su enemigo, y engañarse à sì proprios, vistas las pruevas que avia dado de su prodigiosa actividad. Tenia tal prisa de pasar à Grecia, que no esperò à que acabase el mes de Diciembre para tomar posesion de su Consulado, y partiò de Roma para Brindes, en donde hizo la ceremonia de la entrada en su nuevo empleo. An. R... 703. An. J. C. 49. *Usser. ad annum Mundi 3956.*

C. JULIO CÆSAR II.
P. SERVILIO ISAURICO. An. R... 704. An. J. C. 48.

CEsar encontrò en Brindes, ò Brunduſio doce Legiones, y toda su Cavalleria; pero no obstante las ordenes que avia dado à fin de que le juntasen, y construyesen las Embarcaciones necesarias para su transporte, apenas encontrò las precisas para embarcar siete Legiones, y seiscientos cavallos, y aun faltaba mucho para que estas estuviesen completas, porque las guerras, y las penosas marchas las avian disminuido mucho, à que se agregaba, que la estancia en la Pulla con los calores del Verano, avia puesto enfermos à casi todos los soldados. Tantas dificultades no detuvieron à César; y aviendoles persuadido à dexar en Italia sus esclavos, y bagages, que no servian

An. R... 704.
An. J. C. 48.

vian mas que de estorvo, embarcò en los vasos de transporte, que tenia, veinte mil soldados Legionarios, y seiscientos cavallos, sin mas escolta, que la de doce Navios de guerra. Con estas fuerzas se aventurò à desafiar à una Flota de mas de quinientas velas, y à un Exercito de tierra de mas de sesenta mil hombres mandados por Pompeyo. Hizose al mar el quatro de Enero, segun el calculo vicioso de los Romanos; pero que corresponde segun la cuenta exacta al catorce de Octubre, y à la mañana siguiente arribò à los montes Cérau-

(*) Montes de la Chimera.

nios; (*) y aviendo encontrado entre los escollos, y peñascos que bordéan aquella costa, una playa bastantemente comoda, desembarcò en ella, porque temia todos los Puertos, que sabia estàr ocupados por los enemigos. Efectivamente Lucrecio Vespilo guardaba el de Orico (*) con diez, y ocho Navios, y Bibulo estaba con ciento, y diez en Corcyra; (*Isla de Corfú*) pero el primero no se atreviò à atacarlo, y el segundo no tuvo tiempo de recoger los soldados, y marineros que estaban en tierra esparcidos por una, y otra parte con la mayor seguridad. El primer cuidado de Cèfar luego que desembarcò, fue embiar los Navios à Brindes para que le transportasen el resto de sus Legiones, y de su Cavalleria. Bibulo apresò treinta de estas Embarcaciones, y por un efecto de crueldad, tanto mas reprehensible, quanto que era contraria à la resolucion tomada en Thessalonica de tratar benignamente à los ciudadanos, las mandò quemar con todos los que avia dentro. La verguenza, y rabia de aver por su descuido dexado pasar à Cèsar, lo hicieron mas vigilante para estorvar el paso de las Tropas que avian quedado en Italia, y guardò con el mayor cuidado las costas desde Salones (*) en Dalmacia hasta Orico. Pompeyo estaba entonces en Macedonia, y

(*) Ciudad del Epiro inmediata à los montes Ceraunios.

(*) Ciudad arruinada, y de sus ruinas se formò *Spalatro*, à quatro millas de distancia.

Cè-

Cèsar pensando en apoderarse de las Ciudades maritimas del Epiro, y con especialidad de Dyrrachio, en donde los enemigos tenian sus almacenes, con ánimo sin duda de entretener à su enemigo, le despachò à Vibulio Rufo con nuevas proposiciones de paz; pero todas ilusorias, porque ni Pompeyo podia admitirlas en los terminos en que se le hacian, ni tampoco queria la paz, como lo sabia Cèsar muy bien, y assi le costaba muy poco aparentar, que la deseaba con ansia, quando no respiraba mas que guerra. An. R. 704. An. J. C. 48.

Continuandola con su actividad ordinaria, se apoderò de Orico, y de Apolonia, sin mas trabaxo que el de presentarse delante de estas Plazas, y todo el Epiro siguiò su exemplo. Solo restaba Dyrrachio ácia donde avanzaba con tanta diligencia, que marchò un dia, y una noche sin tomar ningun descanso, ni dàrle à sus soldados; pero de nada le sirviò su diligencia, porque Pompeyo, que lo previò, desde el punto que supo que Cèsar avia tomado tierra, la hizo mayor, y llegò à tiempo de salvarla. Cèsar hizo alto al instante que tuvo la noticia de que yà no podia sorprehender la Plaza, y plantò su Campo de la parte de acà del rio Apso, por lo que Pompeyo vino igualmente con todas sus fuerzas à acamparse en la orilla opuesta. Yà Cèsar no podia hacer cosa alguna sin las Tropas que avian quedado en Italia; pero las costas estaban tan bien guardadas, que el paso se hacia impracticable; y assi escriviò à Caleno, à quien avia dexado en Brundusio, que no se apresurára, cuyo aviso llegò tan á tiempo, como que Caleno, que estaba yá fuera del Puerto, se bolvió à meter en él. Un solo Navio, que se avia adelantado, cayò en poder de Bibulo, que cruél, como siempre, hizo degollar à quantos en èl iban libres, ò esclavos. Si este Almi-

An. R... 704. An. J. C. 48. rante hacia mala obra à Céſar, porque era dueño del mar, éſte que lo era de la tierra, lo incomodaba mucho mas, eſtorvandole hacer aguada, cortar leña, y arrimarſe con ſus Navios à la orilla, de ſuerte, que eſtos tenian que ſacar todas las proviſiones que neceſitaba de la Isla de Corcyra, y en un temporal en que eſta Flota no pudo recivir los refreſcos que ſe le embiaban de la miſma Isla, los ſoldados faltos de agua tuvieron que recoger el rocìo, que durante la noche avia caìdo ſobre las pieles que cubrian las Embarcaciones. Bibulo no obſtante eſtas dificultades, ſe empeñò en mantenerſe en el mar; pero le coſtò la vida, porque aviendo caìdo gravemente enfermo, como en los Navios no tenia los alivios, y remedios neceſarios, y que tampoco quiſo abandonar ſu pueſto, muriò à bordo del que montaba. A nadie ſe nombró por Almirante en ſu lugar, y cada Eſquadra ſe governò con independencia de las otras, por las ordenes de ſus particulares Gefes.

El rieſgo de Dyrrachio, y la priſa con que acudiò Pompeyo al ſocorro de eſta Plaza, no le avian permitido dár audiencia à Vibulio Rufo ſobre las propoſiciones de paz que iba à hacerle de parte de Céſar. Luego que ſe viò ſin cuidado en el Campo de Apſo, lo embiò à llamar, y apenas empezò à decir ſu comiſion, quando interrumpiendole Pompeyo, exclamò diciendo: „ Què neceſi- „ to de la vida, ni de bolver à mi Patria, ſi eſta „ obligacion la he de tener à Céſar? Y quièn ſe „ perſuadirà à que no le debo eſtàr agradecido, „ ſi es èl el que me reſtituye á Roma por medio „ de una compoſicion? „ Inſtruìdo Céſar de eſta reſpueſta, continuó en hacer nuevas propoſiciones, que reiteraba expreſamente quanto mas diſtante veia à Pompeyo de admitirlas. Parece no obſtante que ſe convino en una conferencia por ambas par-

partes; pero dice Céſar, que el aver condeſcendido los contrarios à tenerla, fue para cometer una perfidia, porque mientras Vatinio por ſu parte, y Labieno por la de Pompeyo eſtaban con los otros Diputados en el parage convenido, las gentes de eſte ultimo, empezaron á tirar ſobre los otros, de que algunos de los de Céſar quedaron heridos, y que Vatinio eſcapò con harto trabajo, porque ſus ſoldados lo cubrieron con ſus broqueles. Entonces Labieno alzò la voz, y gritò: *Ceſad, pues, de tratar de compoſicion, porque no teneis que eſperar paz mientras no nos trabigais la cabeza de Céſar.* Declaracion brutal en un hombre que à lo menos debia reſpetar la memoria de los beneficios que le avia hecho ſu antiguo General. De eſte hecho, y de otros de igual naturaleza, ſe debe advertir, que no hay mas autor que el miſmo Céſar, y es juſto no creerle ciegamente en lo que carga à ſus contrarios. Es cierto, que en los procedimientos de Pompeyo, y de los de ſu Vando huvo ſiempre altaneria, y dureza, y pueden ſer verdaderos los hechos que ſe refieren de crueldad, y de perfidia; pero tambien pueden averſe exagerado, y aun alterado en algunas circunſtancias de importancia. An. R... 704. An. J. C. 48.

Los Exercitos de Céſar, y de Pompeyo eſtuvieron baſtante tiempo en preſencia uno de otro ſeparados por el rio, que no era muy caudaloſo, y ſin que entre ellos huvieſe mas que unas ligeras eſcaramuzas. El objeto grande de ambos Generales eran las Tropas que avian quedado en Brindes, que el primero eſperaba con mucha impaciencia, y el ſegundo eſtorvarlas el paſo à la Grecia. Libon, que mandaba una eſquadra de cinquenta Naves, ſe liſongeò mucho tiempo de poderlas detener en Italia, y quitarlas toda eſperanza de poderſe hacer á la vela, para cuyo efecto

An. R... 704. An. J. C. 48. vino à apoderarse de una pequeña Isla situada enfrente del Puerto de Brindes: de suerte, que con esta posicion, à aver podido mantenerla, lo tenia bloqueado de tal suerte, que nada podia salir; pero Antonio, que entonces se hallaba en la Ciudad, aviendo apostado varios Cuerpos de Cavalleria por todo lo largo de la costa para impedir al enemigo el hacer aguada, se viò Libon forzado à retirarse vergonzosamente. Avianse pasado algunos meses, y iba llegando el fin del hinvierno, cuya estacion era la unica en que podian aventurar el paso las Tropas de Cèsar, porque estaba entonces el mar algo mas desembarazado, lo que no succederia en llegando el buen tiempo; pero como estas no pareciesen, lleno de impaciencia, creyendo que era descuido de sus Tenientes, y aun sospechando de la fidelidad de Antonio, hizo una tentativa, de que ninguna mencion hace en sus Comentarios, sin duda porque reconociò la temeridad; pero que todos los otros Escritores refieren con uniformidad. Resuelto à pasar personalmente en busca de sus Tropas, embiò al anochecer tres esclavos à que le fletasen una barca en la ria como para pasar un Correo de Cèsar à Italia; y èl à la media noche fue, entrò en ella disfrazado de esclavo, y aunque el viento era fuerte, partiò la barca, y llegò con bastante tranquilidad hasta el desemboque del rio en el mar; pero las olas se avocaban alli con tanta violencia, que la barca se viò en un peligro manifiesto, y el patron viendo que era imposible vogar ácia adelante, diò orden à los remeros de bolver atràs. Cèsar descubriendose en este instante, y hablando con el patron: *Què témes?* le dixo. *No vès que llevas à Cèsar, y su fortuna?* La admiracion del patron, y del equipage fueron de las mas estrañas, doblaron sus esfuerzos, lucharon valerosamen-

Plut. Appian. Dio. & Lucan.

mente contra las olas; pero finalmente tuvieron que ceder à un elemento, contra el qual no hay esfuerzo, ni empeño que baſte; y como iba yà à amanecer, temiendo Céſar ſer deſcubierto por las Guardias avanzadas de los enemigos, conſintiò en que lo bolvieſen al parage en que ſe avia embarcado, y ſe reſtituyò à ſu Campo perdido el logro de una hazaña mas propria, à decir verdad, de un aventurero, que de un gran General. An. R... 704. An. J. C. 48.

Sus ſoldados que lo vieron, y ſupieron el rieſgo que avia corrido, ſe le quexaron de que deſconfiaſe de vencer con ellos ſolos, y de que ſe expuſiera por ir á buſcar nuevas fuerzas, como ſi las que tenia no fueran ſuficientes. Por otra parte los que avian quedado en Italia eſtaban impacientes de paſar à unirſe con ſu General, lo qual ſabido por éſte, eſcriviò con tanta ſeriedad à ſus Tenientes, y les diò unas ordenes tan eſtrechas para que ſe hicieſen à la vela con el primer viento, ſeñalandoles la coſta en que podian deſembarcar con menos rieſgo, y ſin detenerſe en que luego ſe perdieſen las Embarcaciones, porque lo que neceſitaba, les decia, eran hombres, y no vaſos, que Antonio, y Caléno aprovechandoſe de un viento de medio dia, qué ſe levantò, embarcaron quatro Legiones, las tres veteranas, y la otra recien reclutada, con mas ochocientos cavallos. A poco de ir navegando, ſe vieron en un rieſgo de que eſcaparon milagroſamente; pero eſta dicha no juſtifica, ſino hace al contrario mas evidente la temeridad de la empreſa. Coponio, que eſtaba en el Puerto de Dyrrachio, deſcubriò las Embarcaciones, y ſaliò al inſtante contra ellas con diez, y ſeis Galeras Rhodias; y como el partido no era igual, Antonio, y Caléno no tuvieron otro que tomar en aquel aprieto, que el de echar à huir; pero como el enemigo los ſeguia,

An. R... 704. An. J. C. 48. y que les iba yá à los alcances, se metieron en un Puerto pequeño, que no los resguardaba del viento Sur; pero quisieron mas exponerse à varar, que no à pelear contra una fuerza que no podian resistir con Embarcaciones de transporte. Por fortuna el viento se cambiò en aquel instante de Sur á Sudoeste, con el qual quedaban enteramente seguros en el Puertecillo á que se avian acogido, y como fuera el mismo viento era tempestuoso, batiò con tanta furia la Esquadra de Rhodas, que todas las Galeras se hicieron pedazos contra las costas, y se ahogaron casi todos los que las montaban. Coponio se salvò sin embargo, y las gentes de César pudieron tambien recoger algunos de los marineros, y los embiaron con mucha humanidad à su tierra: lo que si assi no huviera succedido en què huvieran parado Antonio, y aun el mismo César? Pero estos succesos los iba encadenando, y disponiendo, para los fines de su eterna providencia, la mano invisible del que no conocian. Dos Embarcaciones que no pudieron seguir à las otras, no sabiendo què rumbo avia tomado Antonio su Comandante, se detuvieron, y echaron ancoras enfrente de Lisso, pequeña Ciudad en la misma costa de Dyrrachio al norte, y tres millas mas acá del Puerto de Nimphéo, en que se avian guarecido las compañeras. Otacilio, que mandaba en Lisso, despachò al instante algunos Navios para que las apresasen, y en esta ocasion se viò, dice César, la diferencia que hay de valor à valor en la suerte de los que se vèn expuestos à un mismo riesgo. La una de estas dos Embarcaciones llevaba ducientos, y veinte soldados de Tropa nueva, y la otra menos de ducientos veteranos. Los primeros asustados al vèr el crecido numero de los enemigos, y fatigados del marèo que experimentan los que no estàn acostumbrados

dos

dos al mar, se rindieron á Otacilio, quien contra la palabra dada los hizo pasar à todos à cuchillo; pero los veteranos no solo no quisieron rendirse, sino es que forzaron al Piloto à que varara sobre la costa. Otacilio destacò contra ellos quatrocientos cavallos, de quienes se defendieron con tanto vigor, que mataron á algunos de los enemigos, y consiguieron llegar hasta donde estaba el grueso de su Exercito. An. R... 704. An. J. C. 48.

Poco despues recivieron à Antonio en Lisso desde donde embiò la mayor parte de sus Embarcaciones à Brindes, para que conduxesen las demàs Tropas, que avian quedado, reservando sin embargo algunos Navios de construccion Galia, á fin de que si Pompeyo, como se decia, intentaba pasar à Italia, se hallase Cèsar en estado de seguirlo. Todo el cuidado de Antonio era vèr cómo se avia de unir con su General, y Pompeyo hizo algunos movimientos para estorvarlo, y aun para sorprehenderlo, y hacerle caer en alguna emboscada; pero Cèsar, que supo que avia llegado, marchó à encontrarlo; y aviendose unido, se hallò à la frente de once Legiones, y aunque estas no estaban completas, no dexò con todo de componer un Exercito de cerca de 40y. hombres. Las fuerzas de Pompeyo, que en el numero eran yà mas considerables que las de Cèsar, crecieron por este tiempo con la llegada de Metelo Scipion à Macedonia. A este Romano, mas ilustre por su nacimiento, y dignidad, que por su capacidad, y buena conducta, se le embiò, como se dixo, desde el principio de la guerra à Siria en calidad de Proconsul, para que sacase las Tropas que alli avia, y las traxese al socorro de Pompeyo su hierno. Esta comision la desempeñò de un modo que hizo poco honor à la Causa que sostenia, porque no huvo tropelias, ni vexaciones, que no cometie-

An. R... 704. An. J. C. 48. tiese en la Siria, y en la Asia Menor, que es de lo que lo acusan los Comentarios de Cesar, que era su enemigo personal, cuyo dicho en esta parte no se hace tan sospechoso, visto lo que por otras sabemos de sus procedimientos. De estos hemos hecho antes bastante mencion, y Joseph refiere, que mientras estuvo en Siria mandó cortar la cabeza à Alexandro, Principe de los Judios, con el frivolo pretexto de los antiguos disturbios excitados por èl en la Judèa; pero sin duda porque favorecia el Vando de Cesar, como su padre el infeliz Aristobulo, à quien por la propria causa dieron poco antes veneno los parciales de Pompeyo. Scipion se creyó tambien obligado por una razon particular á soltar la rienda à sus soldados para que robasen, y pillasen à su salvo conducto, porque destinados à hacer la guerra à los Parthos, no iban gustosos contra un Romano, y contra un Consul, y éste era el medio para que fuesen contentos. El mismo robò quanto pudo, á fin de tener con què gratificarlos liberalmente, y á este efecto dispuso pillar los thesoros del Templo de Diana de Epheso; pero no pudo executarlo, porque le llegaron ordenes de Pompeyo para que apresurára su marcha, porque Cesar acababa de pasar à la Grecia.

Joseph. Antiq. lib. 14. c. 13. & 15.

Scipion al llegar à Macedonia, se halló con Domicio Calvino, à quien Cesar su General avia embiado à aquella Provincia con dos Legiones luego que se viò con todas sus Tropas juntas, y tambien embió otros dos Destacamentos, aunque menos considerables, el uno à la Etolia de cinco Cohortes, y un pequeño Cuerpo de Cavalleria à las ordenes de Calvisio Sabino, y el otro á las de L. Casio Longino para la Thessalia con una Legion, y ducientos cavallos. Sabino fue el que encontrò menos resistencia, porque los Etolios le abrie-

abrieron al instante sus puertas, y echò sin trabaxo las Guarniciones que Pompeyo tenia puestas en Naupacta, y en Calidon. Casio nada pudo hacer en Thessalia, porque sobre aver un Vando en esta Provincia opuesto al de Cesar, llegò entonces à ella Metelo Scipion, lo que le obligó á dexarse caer sobre la Acarnania, y la sometiò facilmente. Poco despues en virtud de ordenes de Cesar, se unieron Calvisio, y Casio, y aviendose dado el Mando de los dos destacamentos unidos á Fusio Caléno, éste entró en la Béocia, y en la Phocida, y se apoderò de Delphos, de Thébas, y de Orchomenes. Quiso penetrar en el Peloponeso; pero Rutilio Lupo, Teniente de Pompeyo, se lo estorvò haciendo murar el Isthmo de Corintho. Por lo que toca à Calvino, y Metelo Scipion, se respetaron uno á otro, y entre ellos no ocurriò cosa de entidad; pero todas estas pequeñas Expediciones no eran decisivas, y el obgeto grande eran las operaciones de los dos Generales, alma de todas ellas. Pompeyo no aviendo podido estorvar la union de las Tropas de su enemigo, vino à acamparse en un parage llamado Asparagio, á donde lo siguiò Cesar, y le presentò Batalla, que no aceptò Pompeyo, porque no le convenia aventurar una accion contra un enemigo á quien podia arruinar enteramente casi sin sacar la espada, porque éste se hallaba en un terreno muy estrecho, y falto de viveres, en lugar que èl estaba à sus ensanches, y lleno de abundancias, como dueño que era del mar, á que se agregaba, que Cesar no se hallaba en estado de poderlo forzar á pelear. Dichoso si huviera perseverado hasta el fin en una resolucion tan prudente, y segura. Viendo Cesar que nada podia hacer, bolviò ácia otro lado, y se encaminò á Dyrrachio, en donde, como se ha dicho, tenia Pompeyo su Almacen general.

An. R... 704.
An. J. C. 48.

An. R... 704. An. J. C. 48. Este no advirtiò con tiempo el movimiento de su enemigo, y no pudo estorvarle que se apostase entre èl, y Dyrrachio; pero se acampó en un parage poco distante llamado Petra, en donde no dexaba de gozar de todas las comodidades que el mar le proporcionaba.

Cèsar formò entonces el proyecto mas valiente que en el mundo haya ocurrido à General alguno, y fue con un Exercito menos numeroso, y casi muerto de hambre, encerrar dentro de unas lineas á otro mucho mas superior, que ningun descalabro avia recivido, y que nadaba en la abundancia. Su idèa en esto fue primeramente facilitar los convoyes que le venian, y le cortaba la Cavalleria enemiga, que era muy fuerte, y muy bella, en segundo domar à ésta con quitarla la libertad de los forrages, y ultimamente disminuir la grande reputacion, y alto concepto que se tenia hecho de Pompeyo, para que se dixera en el mundo, que éste se dexaba bloquear, y como encarcelar con las obras de Cèsar, y que no se atrevia á aventurar una accion para salir de esta especie de prision. La situacion de aquellos parages sugiriò à Cèsar esta especie, porque al derredor del Campo de Pompeyo se elevaban de trecho en trecho unas colinas muy escarpadas. Hizo construir en cada una de ellas un Fuerte, y tirar sus lineas de comunicacion de uno à otro, con lo qual Pompeyo, que ni queria alejarse del mar, ni de Dyrrachio, ni tampoco dár Batalla, no tuvo mas arbitrio, que el de extenderse mas, à fin de dár mas que hacer al enemigo, y con efecto empezò por dentro otras obras iguales à las que se hacian por fuera. Construyò veinte, y quatro Fuertes, que ocupaban una circunferencia de quince mil pasos, en cuyo centro avia prados, y sembrados, que subministraban bastante mantenimien-

to à sus cavallos, y requas, y aun acabò antes sus obras que el contrario, assi porque la circunferencia era menor, como porque tenia mas gente. Yà se puede discurrir, que estas obras no se harian sin que huviese muchos encuentros, que huvo con efecto, y algunos de bastante entidad, bien que se ignoran todas las particularidades, aunque no que los soldados de Cèsar hicieron prodigios de valor en algunos de los lances; pero lo mas admirable de todo fue la paciencia, y perseverancia con que sufrieron la hambre. Es verdad, que tenian carnes; pero les llegò à faltar enteramente el trigo, y despues de aver consumido la cevada, y legumbres que se les daba en lugar de pan, empezaron à hacerle de una raìz que encontraron por aquel territorio, que Cèsar llama *Chara*, la qual molian, y amasaban luego con leche; y quando los enemigos se burlaban de ellos diciendoles, que perecian de hambre, era su respuesta arrojarles á sus trincheras panes, y tortas de las que hacian de aquella raìz, respondiendoles, que mientras la huviese no cederian de su empeño; y unos à otros se repetian que primero se mantendrian con cortezas de arboles, que dexar que Pompeyo se les fuese de las manos. No es de estrañar, que un General que supo inspirar à sus soldados tal modo de pensar, saliera siempre victorioso, y el talento de encenderles el ánimo de esta manera, supone una infinidad de otros que hacen hacer de Cèsar un concepto casi mas alto que el que ofrecen todas las Batallas que ganò. Pompeyo se espantò de vèr la constancia, y resolucion de las Tropas de su contrario: dixo, *que tenia que lidiar con fieras*, y mandò recoger, y desaparecer las tortas, ò panes del *Chara*, porque la vista de un mantenimiento tan estraño no hiciese en los suyos alguna impresion de desaliento.

An. R... 704. An. J. C. 48.

Suet. Cæs. c. 68. Plut. in Cæs.

An. R... 704. An. J. C. 48.

En tanto que la guerra se hacia con un empeño tan fuerte, César fingiendo siempre una inclinacion pacifica, aunque tantas veces desairado por Pompeyo, se dirigiò à Metelo Scipion, y quiso entablar con èl una negociacion por medio de un amigo de ambos. Sus enemigos lo servian siempre perfectamente, y tomaban sobre sì lo odioso de la repulsa. Scipion diò al principio oìdos al Diputado de César; pero de alli à poco no quiso verle, ni hablarle, y Clodio, que assi se llamaba el comisionado, se bolviò sin aver podido hacer cosa alguna. Si César padecia con la falta de viveres, no menos incomodidades experimentaba Pompeyo en su encierro. Entre otras le faltaban especialmente dos cosas muy necesarias, que eran agua, y forrages. La agua, porque su enemigo cortaba el curso à los rios, y cegaba los manantiales, de suerte, que las Tropas de Pompeyo tenian que buscar algunas balsas, ò abrir pozos, que socorrian por algun tiempo la necesidad; pero que luego se secaban con el calor. En quanto à forrages, los trigos, que se sembraban dentro del terreno que ocupaba, los daban para algun tiempo, y luego avia que traherlos por mar; pero como tampoco bastasen las provisiones que venian por esta via, huvo que recurrir à la cevada, à toda especie de hierbas, y hasta à las hojas de los arboles. Finalmente apurados todos estos recursos, como los cavallos fuesen cada dia perdiendo mas, y mas, creyò Pompeyo deber pensar en forzar las barreras que lo tenian encerrado, y ponerse en libertad. Estando discurriendo el medio de executarlo, dos hermanos Galios de Nacion llamados Roscilo, y Ægo, aviendose desazonado con César, que los tenia antes en alta consideracion, desertaron de su Campo, y se pasaron al de su enemigo con algunos de sus clientes. Fuè para Pom-

Pompeyo un triunfo muy grande el aver adquirido esto dos Oficiales, no solamente à causa de sus personales prendas, sino tambien porque ningun soldado, ni de à pie, ni de à cavallo del Exercito de Cesar se le avia pasado hasta entonces, siendo assi, que del suyo desertaban cada dia muchos. Pasearon con pompa á los dos hermanos por el Campo; pero fuera de esta satisfaccion, mas fastuosa que sólida, le procuraron una utilidad real, y efectiva, porque le dieron puntual noticia de las partes febles de las lineas de Cesar. An. R... 704. An. J. C. 48.

Pompeyo no malogrò el aviso, y hizo una salida tan vigorosa, y bien dirigida, que consiguiò toda la ventaja. Atacò el extremo de las lineas del contrario del lado del mar, à una distancia considerable del Campo grande, y las Tropas que se hallaban alli apostadas, huvieran perecido enteramente à manos de los enemigos, à no aver acudido Marco Antonio à su socorro con doce Cohortes. Su llegada detuvo los progresos del vencedor; pero las lineas estaban forzadas, y Pompeyo se puso en toda holgura, teniendo la libertad de los forrages, y libre la comunicacion con el mar. En la accion el que llevaba la Aguila de la novena Legion, mostrò una honradez, y magnanimidad dignas de un soldado de Cesar. Sintiendose herido de muerte, y que yà las fuerzas se le iban acabando, llamò á unos soldados de Cavalleria que pasaban por alli cerca, y les dixo: „ He conser-
„ vado hasta el ultimo instante de mi vida esta
„ Aguila, que se me avia confiado, y ahora que
„ muero la buelvo à Cesar con la propria fideli-
„ dad. Llevadsela, y no querais, os suplico, que
„ el Exercito de Cesar sufra, perdiendola, una afren-
„ ta que hasta ahora no ha conocido. „ Los soldados se la llevaron à su General. Este no se avia hallado presente à la funcion, porque distaba mu-

Cæs. de Bell. Civ. lib. 3. n. 64.

cho

An. R. 704. An. J. C. 48.

cho de su quartel, y quiso resarcir su pérdida en el dia cortando una Legion de Pompeyo, que estaba en disposicion de poder cogerse; pero aviendosele extraviado por defecto de conocimiento de los caminos, parte de las Tropas que destacò para el lógro de su intento, tuvo tiempo Pompeyo para acudir à su socorro, y sacarla del riesgo. Con su llegada la accion mudò de semblante, y los que se veian como sitiados cobraron aliento, y rechazaron à los sitiadores. Las gentes de César solo pensaron en retirarse; pero como el terreno no les era ventajoso, la Cavalleria la primera fue la que se acobardó, y bolviò la espalda. El espanto se comunicò à la Infanteria, y aquellos soldados invencibles de César se atropellaron, y precipitaron à vista de su General, sin que los ruegos, las amenazas, y exemplo de éste pudiera contenerlos, y aun un Alferez le presentò la punta de la espada, porque quiso forzarlo à que bolviera cara; pero su atrevimiento le pagó con la vida, porque los que rodeaban à César, se echaron sobre èl, y lo mataron.

La derrota fue completa, y si en aquel instante Pompeyo huviera idó derecho à atacar las lineas de los enemigos, aquel dia huviera sido el ultimo del Exercito, y de la fortuna de César, y este mismo conviene en ello, pues dixo, tratando de esta funcion „ que la Victoria era de los con- „ trarios, si su General huviera sabido vencer. „ Pompeyo temiò una emboscada, y por demasiada circunspeccion perdiò un lance unico en que no se bolviò mas à vèr. La pérdida de César en las dos funciones fue considerable, y confiesa hasta 960. soldados muertos, ò prisioneros, y ademàs algunos Equites Romanos, y hijos de Senadores, y treinta Tribunos de soldados, ò Centuriones; y tambien perdió treinta, y dos Vanderas. Labieno

Plut. in Pomp. & in Cæs.

no pidiò à Pompeyo los prisioneros, y despues de aver hecho de ellos un cruèl escarnio, mostrando en ello una brutal complacencia, los mandó degollar sin exceptuar à ninguno. Cèsar despues de un golpe tan considerable, no se obstinò sin fundamento en luchar contra su mala fortuna, y conociendo que era menester renunciar à su plan, se determinò à ello, sacò todas sus Tropas de los Fuertes en que las avia distribuìdo, y no pensò mas en atacar, ni encerrar al enemigo, sino es en alexarse de èl à fin de buscar, ò esperar otra ocasion mas oportuna. Convocò à sus soldados, los animò, y consolò valiendose de todos aquellos motivos, y razones convenientes en aquellas circunstancias; y esto era lo que necesitaban, porque las reprehensiones huvieran sido fuera de tiempo en unos hombres que estaban tan penetrados de dolor, y de verguenza, que ellos mismos tomaban sobre sì el castigarse à sì proprios, imponiendose los trabaxos mas recios. Cèsar se contentò con dàr un castigo ignominioso à algunos de los Alferèces, quitandoles sus Vanderas, y reduciendolos al grado mas infimo de la Milicia. Los soldados aplaudieron el castigo, y pidieron à gritos que los llevàran al enemigo, ofreciendo reparar su honor; pero Cèsar no tuvo por cosa prudente exponer nuevamente à una accion unas Tropas, que acababan de huir, y en quienes podian aver quedado algunas impresiones de un miedo que aun estaba reciente. Por esta causa resuelto à dexar el Epiro, y pasar à Thessàlia, hizo su retirada con tanta destreza, y la governò tan bien, que teniendo que marchar por unos caminos muy dificiles, y atravesar rios muy profundos, no tuvo pèrdida alguna, aunque Pompeyo lo fue siguiendo tres dias consecutivos. Al quarto, como Cèsar consiguiò ganar una marcha por delante à Pompeyo, este

An. R... 704.
An. J. C. 48.

se

An. R. 704. An. J. C. 48. se detuvo, y tuvo Consejo sobre lo que deberia hacerse para aprovecharse de la superioridad adquirida.

Afranio, seguido de otros, era de dictamen de que se pasase desde luego à Italia, fundandolo con razones, que no dexaban de tener su fuerza; pero que no la hicieron à Pompeyo, à quien pareció que seria cosa vergonzosa huir segunda vez del enemigo, quando se hallaban en estado de perseguirlo; fuera de que pensaba con razon, que no era permitido abandonar à Metelo Scipion, y à su Exercito: que no podia dexar, si pasaban à Italia, de caer en manos de Cesar, y perderse. Satisfizo à los demás fundamentos con que Afranio apoyò su parecer, y se determinó, no seguir à Cesar, porque no avia esperanza de poder alcanzarlo, sino es tirar á enflaquecerlo, yendo sobre la marcha à sorprehender á Domicio Calvino su Teniente, que con dos Legiones detenia à Metelo Scipion en los confines de la Thessalia, y de la Macedonia. La resolucion era muy acertada, y faltò poco para que se lograse la interpresa. Calvino nada sabia de lo succedido en Dyrrachio, porque como desde este lance todo el pais estaba por aquel á quien yá se miraba como victorioso, no avian podido llegar á èl los Correos de su General, por lo que estaba en una perfecta seguridad, y aun aviendose alexado de Metelo Scipion para la mayor comodidad de sus viveres, y forrages, venia sin saberlo à meterse en medio del Exercito de Pompeyo. Por dicha los batidores que avia embiado à la descubierta encontraron con los del enemigo, que eran precisamente de los desertores que se pasaron á Pompeyo con los dos hermanos Galios; y como se conocian travaron conversacion; estos contaron à aquellos quanto avia pasado, y que Pompeyo venia de-

detràs. Los ſuyos dieron luego la noticia à Calvino, quien retrocediò al inſtante con tanto acierto, como que por quatro horas de diferencia no diò en manos de los enemigos. An. R... 704. An. J. C. 48.

Céſar, que avia tomado todas ſus medidas, y reflexionado con maduro acuerdo quanto en aquellas circunſtancias podia hacer Pompeyo, para todo lo qual eſtaba diſpueſto, previendo el peligro à que Calvino eſtaba expueſto, iba marchando à unirſe con èl; pero lo detuvieron el cuidado de los heridos, y otras diverſas atenciones. Con todo, como Calvino eſcapò del rieſgo por la caſualidad que hemos dicho, pudo unirſe con ſu General cerca de Eginio, Ciudad ſituada en la entrada de la Theſſalia. Hecha la union, Céſar quiſo penetrar en eſta Provincia; pero la diſpoſicion de ſus naturales, que antes ſe le avian ofrecido, ſe avia trocado enteramente de reſultas del lance de Dyrrachio, y la Ciudad de Gomphi, que fùe la primera delante de la qual ſe preſentò, le cerrò ſus puertas. Céſar conociò las malas conſequencias de eſte exemplar, y para prevenirlas diò à la Plaza un aſalto tan furioſo, que antes de anochecer la entrò, y abandonò al pillage. Los vencedores encontraron en ella viveres en abundancia, y con eſpecialidad vino. Como hacia tiempo que andaban con tanta eſcasèz de todo, comieron, y bebieron ſin tino, eſpecialmente los Germanos. Eſte exceſo, que huviera muerto à otras naturalezas menos robuſtas, reſtituyò ſus fuerzas à aquellos veteranos, y les hizo recobrar la ſalud que tenian caſi perdida con los malos alimentos, que antes avian comido, y las miſerias, y trabaxos padecidos. Lo ſuccedido en Gomphi fue una leccion bien fuerte para las demàs Ciudades, que ſe ſometieron al inſtante, à excepcion de Lariſſa, en donde Scipion ſe avia metido con

An. R... 704. An. J. C. 48. todas sus Tropas. Como todo el pais estaba llano, llegò César sin dificultad hasta Pharsalia, Lugar que hizo de alli à poco célebre con una de las Batallas mas memorables de quantas hacen mencion los Fastos del Genero Humano. Los campos estaban entonces cubiertos de trigos, y el territorio era por sì bueno, por lo que César tuvo por conveniente detenerse en èl para esperar à Pompeyo. Este no tardò en llegar, y aviendose unido con Metelo Scipion, fue à acamparse à corta distancia de César: partió todos los honores del Mando con su suegro, y quiso que se le tratase como à igual en todo.

Plut. in Pomp. Cæs. de Bell. Civ. lib. 3. La confianza era extremada en el partido de Pompeyo desde la funcion de Dyrrachio, y desde entonces los soldados, los Oficiales, y los Gefes empezaron à contemplarse plenamente victoriosos, y sobre este pie divulgaron por el mundo la noticia de su ventaja. Esta confianza llegò à terminos de ceguedad, y de locura, porque què otro nombre podemos dàr á las disputas, y contestaciones violentas, que huvo entonces entre Lentulo Spinther, Domicio Ahenobarbo, y Metelo Scipion, sobre en quál de los tres avia de recaer el Gran Pontificado que obtenia César? Necios, que partian los despojos de un enemigo, cuyo triunfo avian de ilustrar con su fuga, ò con su muerte! Este rasgo de presumpcion extravagante, por mas necio que parezca, no fue unico en estos tres nombrados, pues se pegó à todos los demàs del Exercito. Unos alquilaban yá las casas de Roma que les parecian de su conveniencia, otros empezaban à hacer sus diligencias para la obtencion de los empléos del año siguiente; y en suma partian yà entre sí los despojos de los que creian vencidos. No menos los ocupaba la venganza que se avia de tomar de los del partido contrario;

Cic. ad Att. XI. n. 6.

rio: la proscripcion estaba yà determinada, no por cabezas, sino es por clases de personas, y dispuesto el modo de executarla, y de partir los bienes de los proscriptos, no pensando en què forma avian de vencer, sino es en cómo usarian de la Victoria. Por una consequencia natural de este modo de pensar, toda tardanza se les hacia insufrible, y todo era andar vituperando, y satirizando con la mayor acritud la prudente lentitud de Pompeyo, que persistia en su plan de no dàr Batalla, y de procurar domar, y destruir al enemigo con la fatiga, y con la hambre, con cuyo motivo cada uno decia su dicharacho, y lo motejaban públicamente de que su reserva nacia de querer estarse saboreando mas tiempo con el gusto del Mando, y de tener en algun modo por Guardias de Corps, y casi como esclavos à los Senadores, y à personas Consulares, destinadas por su caracter à governar la Nacion. An. R... 705. An. J. C. 49. Cæs. id. n. 83.

Estas especies eran tanto mas amargas para Pompeyo, quanto que no dexaban de tener algun fundamento, porque en su sistema de circunspeccion, y de lentitud tenia su parte el interès particular. El zelo de la libertad pública no era el que unicamente animaba à Pompeyo, quien en todo este negocio miraba mucho por sì, siendo su plan quedar por Gefe, y tal vez por Soberano de la Republica, y assi le asustò, y desazonò mucho, quando supo que su Cavalleria, compuesta de la flor de la Nobleza Romana, se exhortaba una à otra á destruir promptamente à Cèsar, para luego hacer lo proprio con él, y restablecer de este modo la libertad del Govierno. Este plan, quitada la precipitacion, era tambien el de Caton; y Pompeyo, que no podia ignorarlo, contaba con èl, como con el amigo mas fiel, en el caso de una desgracia; pero vencedor lo temia.

An. R... 704. Por esta causa nunca quiso darle encargo, ni em-
An. J. C. 48. pléo de importancia, y quando marchò en seguimiento de César, lo dexò en Dyrrachio para que guardase los bagages. Es menester no obstante confesar sobre este ultimo punto, en descargo de Pompeyo, que Caton en realidad era poco proprio para hallarse en una Batalla entre ciudadanos, no porque le faltase valor, ni magnanimidad; y aun era mas capàz que otro ninguno de inspirar ardor à las Tropas, como lo hizo vèr en la funcion de Dyrrachio, en que los soldados, tibios à las exhortaciones de los otros Gefes, y aun del mismo Pompeyo, fue tal el animo que cobraron al oìr despues à Caton, que hicieron prodigios, y quedaron victoriosos. Este mismo hombre, no obstante su entereza, y austeridad de sus máximas, tenia un corazon muy compasivo, y unas entrañas de commiseracion, que le hacian sentir infinitamente la efusion de sangre de sus conciudadanos; y asi quando todos despues de la Batalla referida triunfaban, y se gloriaban de la Victoria ganada, lloraba èl, lamentandose de la desgracia de la Republica, que perdia tantos valientes ciudadanos degollados los unos por los otros, se cubriò la cabeza por no vérlo, y se metiò en su tienda. Esto sirviò de pretexto à Pompeyo para no llevarlo consigo, quando las cosas se iban encaminando á una accion general.

Plut. in Cic. Otro personage, no menos ilustre, que quedò en Dyrrachio, y cuya ausencia ningun perjuicio causaba à los negocios, fue Ciceron. Estaba malo, y fuera de èsto, su genio hacia mas daño que provecho en el Campo, porque no solamente era tímido, y poco guerrero, sino que su capacidad, y penetracion le hacian conocer todos los yerros que se cometian en su partido; parecia descon-

ten-

tento de todo, y andaba triste, suspenso, y melancolico. No se ceñia à estas mudas demostraciones de improbacion, y de disgusto, sino que algunas veces daba à entender con sus discursos, que se arrepentia de averse empeñado tanto, y no pocas como en tono de chanza, soltaba algunas expresiones muy picantes, y poco convenientes á la situacion de las cosas, y de los animos, sin ahorrarselas con el mismo Pompeyo; tanto, que éste picado, llegò à decir: *Deseo que Ciceron se passe al partido contrario para que aprenda à temernos.* En estas disposiciones reciprocas, es de creer que unos, y otros se alegraron que huviese motivo de aver de estàr separados, y ningun pretexto mas aparente para Ciceron, que el de su enfermedad, que lo obligò à quedarse en Dyrrachio. Con todo, si èl, y Caton huvieran acompañado à Pompeyo, tal vez el uno, porque no se derramase la sangre de los ciudadanos, y el otro por timidèz, y desconfianza del succeso, lo huvieran sostenido contra las vivas instancias de todos los que de comun acuerdo pedian que se diesse Batalla. Este General, abandonado à sì mismo, no tuvo fuerza para resistir à las solicitudes, y quexas, que iban yá siendo generales, y por no disgustar à sus amigos, ni exponerse à ser despreciado, renunciò al plan de salvarlos, que la prudencia le dictaba, por seguir el que le sugiriò la pasion, y codicia de los que lo rodeaban. Culpa, que si es inescusable, dice Plutarco, en un simple Piloto, quánto mas en un Gefe de tantas Legiones, y de tántos Pueblos? Alabase, añade, à un Medico, que no condesciende por flaqueza, ò contemplacion á los desarreglados apetitos de su enfermo, y Pompeyo cedia à los deseos de unas gentes, que visiblemente deliraban.

An. R... 704. An. J. C. 48.

Macrob. Sat. II. 3.

Plut. in Pomp.

Nada convenia mas á Cesar, que una accion ge-

An. R. 704. An. J. C. 48. general, y la estaba deseando desde que los dos Exercitos se vieron en presencia uno de otro. Sus Tropas estaban recobradas enteramente de sus fatigas, y del susto que las infundieron las funciones de Dyrrachio. Empezò formandolas para dàr batalla, y luego viendo que Pompeyo no hacia movimiento, y se mantenia siempre en las alturas que ocupaba, se arrimaba cada dia mas, sin aventurarse sin embargo à llegar precisamente al pie de las colinas, por no dàr demasiada superioridad al enemigo, con cuya conducta valiente, sin temeridad, fortificaba, y afirmàba los animos de los soldados, que veìan que los contrarios temian, y huìan la accion. La Cavalleria de Cèsar era muy inferior á la de Pompeyo, como que no tenia mas que mil cavallos contra siete mil. Para corregir esta desigualdad, siguiendo la práctica de los Germanos, y la que tambien observaron los Romanos en varias ocasiones, escogiò entre su Infanteria los soldados mas vigorosos, y listos, y los enseñò à pelear entre la Cavalleria, con cuyo socorro sus mil cavallos, aun en campo raso, se atrevian à los siete mil enemigos, y en un encuentro con ellos ganaron la ventaja. Pompeyo sin embargo parecia persistir en el plan de circunspeccion que se avia prescripto; y como era imposible atacarlo en las colinas que ocupaba, Cèsar desesperando de atraherlo al llano, determinò decampar, y moverse de una à otra parte, assi para facilitar mas bien el transporte de sus viveres, como porque no dudó que en sus marchas, en las que el enemigo no dexaria de seguirle, se proporcionaria alguna ocasion de atacarlo, y de empeñar el lance. La orden estaba yà dada para partir, y yà los soldados tenian recogidas sus tiendas, quando Cèsar descubrió que el Exercito de Pompeyo se avia alexado de sus trincheras,

ras, y que avanzaba ácia la llanura mas que de costumbre: de suerte, que segun su posicion podia llegar à las manos sin mucho aventurar. Al instante gritó à los suyos: „ No penseis yà en „ marchar. Véd aqui la ocasion de pelear, que tanto hemos deseado; y assi no la malogremos de „ miedo que no se nos vaya.„ Pompeyo venia efectivamente en animo de dàr la Batalla, lo tenia resuelto hacia dias, y aun se jactò en un Consejo de Guerra de que pondria en fuga à las Legiones de César antes de ponerse à tiro de dardo. Lo que le diò esta valentia fue su bella, y numerosa Cavalleria, contando con que luego que los Exercitos estuviesen formados, caeria sobre la derecha de los enemigos, se extenderia sobre sus flancos, y aun los atacaria por detràs, lo qual causaria infalible, y repentinamente la derrota de esta ala, y por consequencia de todo lo restante de las Tropas de César. Labieno aplaudiò mucho el pensamiento, y despues de aver hecho un total desprecio de las Tropas del contrario, diciendo que ni aun sombra eran de las invencibles Legiones de la Galia, jurò, y lo proprio hicieron los demàs, empezando por Pompeyo, el no bolver al Campo sino victorioso, lo qual llenò à todos de mucha alegria, como si fuera tan facil vencer, como jurar que se vencerà. Con estas disposiciones, siempre ventajosas, las Tropas de Pompeyo fueron à la funcion. An. R... 704. An. J. C. 48.

Formòlas con inteligencia, y habilidad, colocando en el centro, y en las dos alas todos los soldados veteranos que tenia, y distribuyendo los nuevos en los intervalos entre las alas, y el Cuerpo de batalla. Scipion ocupaba el centro con las Legiones que traxo de Siria, y las alas tenian por Comandantes, de una parte Lentulo, yà fuese el Consul del año antecedente, ò Spinther, y de la otra Cæs. de Bell. Civ. lib. 3. Plut. in Pomp. & Cæs. Appian. Dio.

An. R... 704. An. J. C. 48. otra Domicio Ahenobarbo. Pompeyo se puso en la hizquierda, porque desde esta parte pretendia hacer los primeros, y mayores esfuerzos, y ganar de golpe la Victoria. Con este intento unió en ella toda su Cavalleria, sus honderos, y arcberos, porque su derecha defendida con el rio Enipèo, no la necesitaba. César del mismo modo formò su Exercito en tres Cuerpos à las ordenes de tres Gefes, Domicio Calvino en el centro, Marco Antonio en la hizquierda, y en la derecha P. Sila, el mismo à quien algunos años antes defendiò Ciceron contra los que lo acusaron de aver sido complice de Catilina. César tomò puesto en su derecha en frente de Pompeyo, y à la cabeza de la decima Legion, que era su favorita, porque siempre avia sobresalido entre las demàs con su valor, y con el afecto que tenia á su General. Como viò junta toda la Cavalleria de Pompeyo, adivinó su intencion, y para precaver el efecto, sacò de su ultima linea seis Cohortes, de que formò un Cuerpo separado, y lo apostò como en emboscada detràs de su derecha. Instruyò à los soldados del modo con que avian de pelear contra la Cavalleria de Pompeyo, y les dió orden de no arrojar sus medias picas, para echar mano à las espadas, como hacian los mas guapos en las funciones, sino de tenerlas en la mano, y apuntar con ellas derecho à los rostros, y ojos de los Equites, discurriendo que aquella bella juventud pagada de su buena cara, y de sus gracias, bolveria luego la espalda por no recibir herida, que la dexase con alguna fealdad. César concluyò diciendoles, que en ellos principalmente ponia toda la esperanza de la Victoria.

El numero de los soldados que componian los dos Exercitos era muy desigual. Yà queda dicha la superioridad de la Cavalleria de Pompeyo; y por

lo

lo que toca à Infanteria, Céſar, que no hace mencion ſino de las Tropas Romanas, dà à ſu contrario quarenta, y cinco mil infantes contra veinte, y dos mil que èl tenia. Las auxiliares paſaban de eſte numero ſin duda en uno, y otro Exercito, lo qual ha ſido tal vez cauſa de las exageraciones de los que han contado en la Batalla de Pharſalia 300y. y algunos 400y. hombres; pero atendidas ſolas las fuerzas nacionales, à qué enemigos, como lo obſerva Plutarco, no huvieran vencido 70y. Romanos mandados por Pompeyo, y por Céſar, obrando ambos de acuerdo? Y què furor en tantos millares de ciudadanos de una miſma Patria, bolver unos contra otros aquellas temibles armas, que avian ſubyugado la parte mas bella del Univerſo, y que podian aver acabado la conquiſta de lo reſtante? Puede ſer que algunos Philoſophos hicieſen eſta reflexion en el proprio tiempo que eſtas coſas ſuccedian; pero eſtaban de ella bien diſtantes los Gefes de los dos Vandos, porque cada uno preocupado del deſeo, y medios de vencer, animaba á ſus ſoldados con todas aquellas razones, y eſpecies capaces de llenarlos de valor, y confianza. Por una, y otra parte todos à gritos manifeſtaron ſu impaciencia de llegar à las manos, y Céſar fue el primero que diò la ſeñal de embeſtir. Un Oficial yà anciano de ſu Exercito llamado Craſtino, que ſe avia diſtinguido con un gran numero de bellas hazañas, empezò à acometer. Puſoſe à la frente de ciento, y veinte voluntarios, à quienes combidò à que lo ſiguieſen, y bolviendoſe à Céſar: *Mi General*, le dixo, *hoy quedareis ſatisfecho de mì, porque muerto, ò vivo, yo merecerè vueſtras alabanzas.* Al decir eſto partiò, y marchó derecho al enemigo. Avia entre los dos Exercitos un eſpacio baſtante grande que andar para llegar

An. R... 704. An. J. C. 48.

Plut. in Pomp.

An. R... 704. à las manos, y Pompeyo dió orden à los suyos
An. J. C. 48. de mantenerse firmes en sus puestos, y dexar à los de Cesar que anduviesen aquel trecho, discurriendo que los enemigos corriendo con ardor romperian su formacion, y llegarian sin aliento, lo qual le daria sobre ellos una gran ventaja. Cesar en sus Comentarios dice, que Pompeyo hizo en esto un yerro, y la razon que dà parece muy sólida; y es, que el movimiento, y viveza de la carrera, anima el valor del soldado, en lugar que la tranquilidad, y la quietud del cuerpo, entibia, y apaga el fuego de la alma.

Los soldados de Cesar con su grande habilidad, y experiencia engañaron totalmente las esperanzas de Pompeyo, porque viendo que los contrarios no hacian movimiento, se pararon sin que nadie se lo mandase en el medio de la carrera, y despues de averse sosegado, y cobrado un poco de aliento, continuaron su marcha, llegaron en buen orden, lanzaron sus medias picas, y echando al instante mano à las espadas, atacaron à los enemigos, que resistieron con mucho vigor el choque. Al mismo tiempo la Cavalleria de éstos, con los archeros, y honderos embistiò à la de Cesar, y aviendola forzado à cejar, y perder terreno, empezò à extenderse sobre la hizquierda, para emprehender à la Infanteria por el flanco. Cesar entonces dió la señal á las seis Cohortes que tenia de reserva promptas para este lance, las quales partieron, y atacaron con tanta furia à la Cavelleria, que yà se creìa triunfante, que la detuvieron, y cortaron su orgullo. Cesar gritaba de tiempo en tiempo: *Soldado*, (*) *hiere al enemigo en la cara.* La estrañeza, el brillar de las puntas en los ojos, y en las caras, y el horror de aquellas heridas, que amenazaban con una diformidad espantosa, aterrò de tal

(*) *Miles, faciem ferè.* Flor.

suer-

suerte á aquellos mozalvetes, que en lugar de defenderse se ponian las manos en la cara, y luego vergonzosamente deshechos, no solamente perdieron el terreno que avian ganado, sino es que huyeron precipitadamente hasta los montes vecinos. Los archeros, y honderos como quedaron solos, fueron en breve tiempo derrotados. No parò en ésto lo que hicieron las seis Cohortes, porque torciendo por proprio consejo sobre la hizquierda de los enemigos, los atacaron por la espalda. Viendo César en tan buena disposicion la Victoria, para perfeccionarla mandò avanzar à su tercera linea, que hasta entonces se avia mantenido sin pelear quieta en su puesto. La Infanteria de Pompeyo atacada de frente por unas Tropas que estaban de refresco, y por la espalda por las Cohortes victoriosas, no pudo resistir à este doble esfuerzo, y totalmente desordenada huyò ácia su Campo; y assi, segun que César lo avia previsto, y dicho, la Brigada de las seis Cohortes fue la causa, y el principio de la Victoria. Viendola yà segura, atento siempre à merecer la gloria de la clemencia, mandò à sus soldados, que no hiciesen daño à los ciudadanos, y matasen solo à los Estrangeros; con lo qual la mortandad mayor fue en las Tropas auxiliares de Pompeyo, y todo Romano, à quien alcanzaba el vencedor, quedaba en su puesto, sin riesgo, ni temor alguno. An. R... 704. An. J. C. 48.

Esta Victoria, que hacia á César dueño del Universo, le costò, como se vè, menos que la mayor parte de las que ganó en la Galia. Es verdad, que en esta funcion no se le conoce á Pompeyo, y aun està uno tentado à preguntar, qué se ha hecho aquel famoso Guerrero, cuya juventud se coronò de tantos triunfos? Desde el punto que vió huir à su Cavalleria, como avia

An. R... 704. An. J. C. 48. consentido vencer con ella, perdiò absolutamente la tramontana, no pensò en remediar el desorden, en rehacer à los que huian, ni en oponer à los vencedores algun Cuerpo de Tropas que los contuviera, y estorvára aprovecharse de su ventaja. Consternado de este primer golpe, y sin tentar algun remedio de repararle, se retirò à su Campo, y metiò en su tienda à esperar el exito, en vez de trabaxar en hacerselo favorable. Se estuvo algun tiempo quieto, y en silencio, y hasta que aviendo sabido que los enemigos asaltaban sus Reales: *Què?* exclamò, *hasta en nuestras trincheras nos persiguen!* y diciendo ésto, se desnudò de su cota de armas de General, tomò un vestido conveniente à su desgracia, y se retirò sin bulla, ni ruido. La funcion avia durado hasta el medio dia, el calor era excesivo; y sin embargo los soldados de César, animados por su General, que creia no aver vencido, si no se apoderaba del Campo enemigo, fueron á atacarlo, y lo forzaron, sin embargo de la resistencia que hicieron las Cohortes, que avian quedado en su custodia, y de un gran numero de Thracios, y otros Barbaros, que hicieron una bella defensa, porque las Tropas que avian huido del campo de batalla, estaban tan consternadas, y turbadas, que no pensaron en pelear, y sì solo en ponerse en salvo. César viendo todo el llano, y el Campo sembrado de cadaveres, compadecido de este triste espectaculo, y mezclando con los impulsos de humanidad el deseo de justificar à sus proprios ojos, y á los de los otros una carniceria tan horrible, de que èl solo tenia la culpa, dixo estas mismas palabras, segun Polion, que peleò por èl en este dia: *Ellos lo quisieron. Despues de tan grandes hazañas, César huviera sido condenado, à no aver implorado el auxilio de sus soldados.*

Suèt. Cæs. n. 68.

Id. n. 30.

Al

Al entrar en el Campo de Pompeyo vió Céſar por todas partes pruevas de la loca preſumpcion, y ceguedad de ſus contrarios, pues no ſe ofrecian á ſu viſta ſino tiendas coronadas de hiedra, y de ramas de mirto, camas de meſas, cubiertas con tapetes de purpura, bufetes llenos de vaxilla de oro, y de plata; y todo reſpiraba la profuſion, y parecia anunciar mas bien que de una Batalla, las diſpoſiciones de una fieſta, deſpues de ganada la Victoria. An. R... 704. An. J. C. 48.

Las Tropas de Céſar avian bien merecido el que ſe las dieſe algun deſcanſo, y dexaſe pillar un Campo tan rico, que era para ellas un cebo muy poderoſo; pero todavia faltaba alguna coſa que hacer para que la Victoria fueſe completa. Algunos trozos conſiderables del Exercito vencido ſe avian retirado à los montes vecinos, y Céſar aviendo conſeguido de ſus ſoldados, que fueran con èl en ſu ſeguimiento, empezò à tirar unas lineas al derredor de las alturas, con el fin de encerrarlos; pero ellos ſe retiraron promptamente de un pueſto, que por falta de agua no podia defenderſe. Céſar entonces, dexando parte de ſus Tropas en el Campo de Pompeyo, y parte en el ſuyo, marchò con quatro Legiones, y tomando un camino mas comodo, que el que llevaban los enemigos para refugiarſe en Lariſſa, deſpues de una marcha de ſeis mil paſos les ganò la delantera, y ſe puſo en batalla entre ellos, y aquella Ciudad. Los infelices fugitivos hallaron cerca otra montaña en donde reſguardarſe, y á cuyo pie corria un riachuelo. Sin embargo del canſancio, y fatiga de unas Tropas, que todo el dia avian peleado, Céſar antes de anochecer yà tenia hechas varias obras, con que cortaba la comunicacion con el rio à los que ſe avian apoſtado en la montaña. Eſtos, forzados

de

An. R... 704. de la neceſidad, ofrecieron rendirſe à diſcrecion,
An. J. C. 48. y las coſas quedaron ſuſpenſas durante la noche, de que ſe aprovecharon algunos Senadores, que avia entre aquella multitud, para eſcapar à otra parte. A la punta del dia todos por orden de Céſar baxaron al llano, y le rindieron las armas, implorando al miſmo tiempo ſu bondad, y ſu clemencia, por lo que los perdonò á todos, y prohibiò à los ſuyos el hacer daño, ò quitar à ninguno nada de lo que pudiera llevar conſigo. Hecho éſto, y reſuelto à ſeguir á Pompeyo, hizo venir las Legiones que avian paſado la noche en el Campo, embiò las que avia trahido para ſeguir á los vencidos; y aviendoſe puеſto en marcha, llegò el miſmo dia á Lariſſa.

Cæſ. Appian. Plut. La pérdida de Céſar en eſta memorable funcion ſe reduxo, ſegun èl, á ducientos (otros dicen mil, y ducientos) ſoldados, y treinta Capitanes, ſiendo uno de ellos Craſtino, de quien hicimos mencion al principio de la Batalla. Su General mandò buſcar el cadaver, y deſpues de averle adornado con todos los dones militares, los mas glorioſos, lo mandò enterrar en ſepulcro à parte, no creyendo que debia confundirſe con los otros muertos, el que tanto ſe avia diſtinguido con ſu valor, y con ſus ſervicios. La derrota del Exercito de Pompeyo fue completa, y el numero de los muertos, incluſos quarenta Equites, y diez Senadores, ſe reputa por Céſar llegò á quince mil hombres entre Romanos, y auxiliares, con ochenta Vanderas, y nueve Aguilas. Veinte, y quatro mil hombres rindieron las armas deſpues de la funcion, y la mayor parte, á lo menos por lo que toca á ſoldados, y Oficiales, tomaron partido en las Tropas del vencedor. En quanto à los Senadores, y Equites Romanos, que cayeron en ſus manos, no hay razon de dudar en que les de-

xò

xò la libertad de irse à donde quisiesen; y aunque Dion refiere, que Cesar mandò quitar la vida á todos los que aviendola recivido antes de su mano, avian buelto á tomar contra èl las armas, la autoridad de este Escritor poco juicioso no debe prevalecer sobre la de todos los demàs, que acordes en salzan su clemencia, y dàn de èl, el glorioso testimonio de no aver manchado la Victoria con la sangre de ningun Romano muerto á sangre fria. Entre los muertos con las armas en la mano, solo se encuentra à un hombre de los de distincion, que fue Domicio Ahenobarbo, à quien huyendo acia las montañas despues de la derrota, le alcanzaron unos soldados de Cavalleria, y mataron por orden de Antonio, segun lo asegura Ciceron. La generosidad de Cesar llegò hasta quemar, sin leerlas, las cartas escritas à Pompeyo por los que no aviendo podido, ò querido seguirle, avian á lo menos tenido el gusto de manifestarle su inclinacion, y zelo por el partido que defendia. „ Aunque sabia moderarse perfectamen„ te en su colera, quiso mas ponerse en la im„ posibilidad de tener motivo de encolerizarse. „ Creyò que el modo mas suave, y agradable de „ perdonar, era ignorar los nombres de los mis„ mos que lo avian ofendido.„

An. R... 704. An. J. C. 48.

Cic. Philip. II. n. 71. Plin. lib. VII. cap. 25. Dio.

Senec. de Ira, lib. c. 23.

Entre tantos actos de clemencia, uno, que à lo menos ninguna violencia le costò, es el perdon que concediò à Bruto. Tenia un afecto singular à este joven Romano, que creìa poder ser su hijo, y siempre tratò con mucha consideracion à Servilia su madre, aun despues de aver cesado la amorosa comunicacion que con ella tuvo. El cariño que tenia à Bruto era tan grande, que quando sus soldados iban á la Batalla les recomendò que no le matasen, succediese lo que succediese: que si se rendia voluntariamente, lo hiciesen prisio-

Plut. in Brut.

An. R...704. An. J. C. 48. sionero; pero que le dexasen escapar libremente, si se empeñaba en defenderse. Bruto, que escapò del Campo de Pompeyo á Larissa, escriviò desde esta Ciudad à Cesar, que se alegrò mucho saber de èl, y le mandò en respuesta, que le esperase en donde estaba. Los Principes, y Pueblos Estrangeros que avian tomado partido contra Cesar, experimentaron igualmente su clemencia, y todos los que recurrieron à ella, el mayor castigo que llevaron fue el de algunas penas pecuniarias. Menos costò á los Athenienses, porque aviendo llegado sus Diputados à implorar su misericordia, se contentò con decirles: „Hasta quándo, „dignos de perecer por vos mismos, aveis de de„ber el perdon à la gloria de vuestros pasados?„ Un acaecimiento tan grande como el de la Batalla de Pharsalia, no puede dexar de hallarse decorado en los monumentos de la supersticiosa Antiguedad con prodigios, presagios, y otros sueños, segun ella maravillosos; pero dexamos estas frivolas observancias de la Gentilidad, y vamos à las resultas que tuvo aquella funcion.

Dio. & App.

Las reliquias del partido vencido se esparcieron por casi todo el Universo; pero nuestra primera atencion la merece Pompeyo. Aviendo escapado de su Campo bastante mal acompañado, corriò algun tiempo à toda brida, y quando viò que no lo seguian, marchò á paso mas sosegado, entregado á las tristes, y dolorosas reflexiones, que se dexan considerar en un hombre, que al cabo de treinta, y quatro años de continuadas Victorias, se veia en su vegèz vergonzosamente vencido, y huyendo: perdido en un instante todo el poder, que en mar, y tierra tenia poco antes; y marchitos los laureles, que tantas veces avian reverdecido en su frente. Llegò à Larissa, y sin detenerse enfilò el valle de Tempea,

Plut. in Pomp.

pea, y siguiendo el curso del rio Penéo, encontrò una choza de pescadores, en donde pasò la noche. Al amanecer entrò en una barca con toda la gente libre de la que iba con èl, y despachò à los esclavos, que hasta alli lo avian acompañado. Saliò luego al mar; y costeando la orilla, descubriò una Embarcacion de transporte bastante grande, que parecia se disponia à partir, cuyo Patron era Romano, y se llamaba Peticio. Este, segun Plutarco, soñò aquella misma noche, que Pompeyo se le avia presentado en un estado triste, y humilde; y al tiempo que estaba contando el sueño à los que estaban junto à èl, un marinero le vino à avisar, que se descubria un barco, de donde le hacian señas con la mano. Peticio mirò ácia donde venia, y al instante conociò á Pompeyo, tal como le avia visto entre sueños. Lleno de dolor se diò con las manos en la cabeza, y echando al mar el Esquife, fue à encontrarlo, y lo reciviò á su bordo con los Lentulos, Spinther, y el Consul del año antecedente, y Favonio, que tambien iba con ellos. Al instante se hizo à la vela; pero de alli á poco se bolvió á arrimar á la orilla para recoger à Deyotaro, Rey de los Galatas, que desde ella lo llamaba con la voz, y con la mano. El Patron mandó disponer la comida á los ilustres fugitivos, segun se lo permitieron las circunstancias, y sus facultades. Llegada la hora de comer, como era costumbre de los Romanos tomar siempre el baño antes de ponerse en la mesa, advirtiò Favonio, que Pompeyo por falta de esclavo se estaba lavando à sì proprio. Acudiò al instante, y entonces, y despues le sirviò en este ministerio, y en los demàs en que servian los esclavos, sin temor de envilecer por esto el honor de la Pretura que avia exercido, y todo con un ayre tan despejado, noble, y sencillo, que uno de

An. R... 704.
An. J. C. 48.

An. R... 704. An. J. C. 48. los que lo vieron le hizo la aplicacion de un verso Griego, cuyo sentido es: *Cierto que con razon se dice, que todo sienta à los hombres bien nacidos.*

Aviendo llegado Pompeyo à vista de Amphipolis, no quiso entrar en la Ciudad; pero hizo fixar un Edicto, mandando à toda la Provincia, que fuera en armas à unirse con èl. Tal vez quiso ocultar el intento de huir à tierras mas remotas, ò tal vez tentar si podria mantenerse, y fortificarse en la Macedonia. Pasò una noche ancorado en el Puerto, embiò à llamar à los huespedes, y amigos que tenia en la Ciudad, y recogió todo el dinero que pudo; pero aviendo sabido que Cèsar andaba por alli cerca, partiò à toda prisa, y fue à Mitylena, Capital de la Isla de Lesbos, en donde avia dexado à Cornelia su muger, distante del ruido de las armas, y de la guerra. Cornelia estaba esperando por instantes la noticia de una Victoria completa, porque los aduladores la avian persuadido à que la funcion de Dyrrachio avia sido decisiva, y que Cèsar iba huyendo. Estaba en esto quando la llegò un mensagero, quien sin tener valor para saludarla, y anunciandola grandes desgracias, mas con sus lagrimas, que con sus palabras, la exhortò á irse con èl à toda prisa, si queria vèr à Pompeyo con un solo Navio, que aun no era suyo. Al oìr estas razones, sobrecogida de un dolor, tanto mas violento, quanto que no lo esperaba, la diò una congoxa muy fuerte, de que aviendo buelto con harto trabaxo al cabo de mucho tiempo, y considerando que no era entonces el de abandonarse al sentimiento, saliò de casa à toda prisa, y atravesando toda la Ciudad, llegò à la orilla del mar, en donde la recibiò Pompeyo en sus brazos, sin hablarla una palabra siquiera, y sosteniendola en ellos, pudo estorvar,

que

que cayera con otra segunda congoxa. Cornelia en su afliccion atribuìa à la desgracia que la perseguia la culpa de la succedida à su marido, y éste procuraba sosegarla, y consolarla con la instabilidad de las cosas humanas, y con que, aunque le veìa en aquel estado, no perdia por eso la esperanza de bolver à la alta fortuna de que avia caìdo. Los Mitylénios, que debian grandes obligaciones á Pompeyo, fueron à cumplimentarlo, y le instaron à que entrase en la Ciudad; pero èl no les admitiò su oferta, y los exhortò à someterse al vencedor; añadiendo con una moderacion digna de una alma grande, que no tenian que temer, porque Cèsar era bueno, y humano. Cratippo, célebre Philosopho, fue tambien à ofrecer sus respetos à Pompeyo, quien, como ordinariamente succede en los infortunios, se le quexò de la Providencia. El Philosopho, hombre entendido, y que sabia vivir, no quiso contestar al asumpto, por no decirle verdades, que no le huvieran gustado, y mucho menos en iguales circunstancias, en que la humanidad parece exigia, que no tratase sino de especies que pudieran consolarlo, y fomentar sus esperanzas, que es à lo que se reduxo la conversacion. Si huviera sido tiempo, dice Plutarco, de examinar la question, no huviera sido dificil à Cratippo responder à las quexas de Pompeyo, que el mal govierno de Roma pedia, como remedio necesario, el que se estableciera el poder Monarchico. „Y cómo po„dreis probarnos, le huviera reconvenido, que vos „usariais mejor que Cèsar de la fortuna?„ Esta reflexion de Plutarco es muy juiciosa, y lo es mucho mas la con que concluye este parrafo. „Dexémos „este asumpto dice. Todo lo que pertenece à la „Divinidad excede à nuestras fuerzas, y no debe „sugetarse à razones.„ An. R... 704. An. J. C. 48.

An. R. 704. Pompeyo aviendo recogido à Cornelia, con-
An. J. C. 48. tinuò su navegacion huyendo siempre ácia Medio-
dia, y Oriente, y sin detenerse en los Puertos que hallaba al paso, sino para tomar agua, y viveres. Presentóse delante de Rhodas; pero los Rhodios, que quando estaba en el auxe de su fortuna, le embiaron una Flota muy lucida, no lo conocieron entonces. Siguiendo adelante, llegó à Attalia en la Pamphilia, y entrò en aquella Ciudad, en donde se le unieron algunos Navios de guerra de Cilicia, pudo juntar como unos dos mil soldados, y yà en esta parte se le avian unido Sexto, el mas joven de sus hijos, y sesenta Senadores, à quienes la fuga avia esparcido por varias partes. Supo tambien en ésta, que su Flota, que avia quedado en el mar Jonio, no se avia desunido, que Caton la mandaba; y que éste con un Cuerpo considerable de Tropas pasaba à Africa. Estas noticias fueron para Pompeyo un motivo de lamentarse amargamente, y con fundamento de aver sido forzado à fiar à su Exercito de tierra toda la decision de la suerte, dexando sin uso sus fuerzas navales, que le aseguraban sobre el enemigo una superioridad incontestable; y èl à sì mismo se acusaba de no aver á lo menos tenido el cuidado, y atencion de no alexarse de su Flota, en donde aun vencido en tierra, huviera hallado un prompto recurso para recobrarse del golpe, y fuerzas con que resistir al vencedor. Es verdad, à juicio de Plutarco, que Pompeyo no cometiò yerro mayor, que el de averse alexado de sus Naves, como tampoco hay prueva mayor de la habilidad de Cesar, que la de aver sabido apartar de ellas à su contrario.

Todas estas consideraciones es preciso que hiciesen à Pompeyo mas amarga su desgracia, y aunque recogia, como queda dicho, algunos sol-

da-

dados, y que procuraba hacerse de algun dinero, todo esto era, à lo mas, para poder huir mas comodamente, pero no para defenderse; y conociendo la increible actividad de César, temia verse à cada instante sorprehendido por éste. Avia menester un asilo en donde tuviera tiempo de reconocerse, y de hacer con tranquilidad otros nuevos preparativos; y como ninguna de las Provincias del Imperio pareciese segura para este efecto, despues de aver estado discurriendo sobre de quál de los Reyes amigos podia valerse en este caso, por consejo de Théophanes, de cuyos dictamenes avia Pompeyo hecho siempre mucho aprecio, se determinó à pasar à Egipto, que no estaba distante, no dudando que el Rey en una edad entonces de candor, y de inocencia, porque no tenia mas que trece años, respetaria en èl el caracter de Tutor de aquel joven Principe, que le avia dado el Senado, y conservaria la memoria de aver sido el bienhechor de su padre. En este concepto partiò de Cilicia con toda su comitiva compuesta de algunas Galeras, y Embarcaciones de transporte, pasò à la Isla de Chipre, al parecer para recoger en ella algun refuerzo; y aviendo sabido que el Rey estaba en Peluía, virò ácia esta parte, y à su llegada echò ancoras, y embiò à dár noticia à Ptolomeo de su llegada, y pedirle licencia para resguardarse en su Reyno. Como este Principe era tan joven, le governaban, y tambien sus Dominios, los que lo rodeaban; y entre ellos el Eunuco Pothin, que tenia la autoridad de Primer Ministro, juntò el Consejo, à que concurrieron entre otros Théodoto de la Isla de Chio, Maestro de Rhetorica del Rey, y Achillas General de sus Tropas, que eran los Consegeros mas principales, y acreditados. Estos fueron los Jueces de quienes Pompeyo à distancia de tierra

An. R... 704.
An. J. C. 48.

es-

An. R... 704. An. J. C. 48. esperaba la decision de su suerte, por parecerle cosa indigna, y vergonzosa, tener que deber la vida à Cesar.

Muerte de Pompeyo.

Huvo variedad de pareceres en el Consejo, porque el agradecimiento, y commiseracion hizo opinar à unos que se le recibiese; y otros mas duros, ò mas timidos fueron de dictamen de que de ningun modo se le diera entrada en el Reyno. Theodoto, como si huviera querido valerse de aquella ocasion para lucir su eloquencia, defendió „ que uno, y otro medio de los dos propues„ tos era arriesgado, porque recivir à Pompeyo „ era tomarle por amo, y atraherse à Cesar por „ enemigo; y echarle, ofender al uno, sin obligar „ al otro. Que en este supuesto, el unico partido „ que avia de tomar, era permitirle abordar, y „ matarlo despues, con lo qual se serviria à Cesar, „ y no quedaria que temer de Pompeyo. „ Prevaleciò un dictamen tan horroroso en todas sus circunstancias, y aviendose encargado Achillas de la execucion, tomò consigo á Septimio, Romano de nacimiento, y que en otro tiempo avia sido Centurion en el Exercito de Pompeyo, y à otro Centurion tambien Romano, llamado Salvio, y con tres, ò quatro Satelites mas, se metiò en una barca para ir al Navio que montaba Pompeyo. Todas las personas de lustre que lo acompañaban, avian pasado à su bordo à ser testigos de lo que succediese; y al vèr, que en lugar del magnifico recivimiento que Theophanes ponderó se le haria, venia à ellos una mala barca de pescador con cinco, ó seis personas à lo mas, cuya traza no podia engañar mucho, concibieron algun rezelo, y aconsejaron à Pompeyo bolviera atràs. Estando en esto llegò Achillas, y al mismo tiempo se advirtiò, que algunos Navios del Rey se estaban aparejando en el Puerto, y toda la orilla guarnecida de soldados,

dos, de ſuerte, que pareciò que eſtaban demaſiadamente empeñados para poder retirarſe, y que manifeſtando deſconfianza, ſe daria à los Egipcios un pretexto para executar ſu mala intencion, ſupueſto que la tuvieſen; y aſsi Pompeyo ſe determinò à correr el rieſgo. Al llegar la barca, Septimio lo ſaludò como à ſu General en Idioma Latino, y al miſmo Achillas, hablandole en Griego, lo combidò à que paſára à ſu bordo, porque los baxos, decia, no permitian à las Galeras llegar á la orilla. Pompeyo aviendo abrazado á Cornelia, que empezò à llorar con anticipacion la muerte de ſu eſpoſo, hizo entrar antes que èl en la barca à dos Centuriones, à uno de ſus Libertos, llamado Philipo, y à un eſclavo; y quando Achillas le daba el brazo para ayudarle à baxar, bolviendoſe à ſu muger, y à ſu hijo, repitiò dos verſos de Sophocles, bien trahidos á la circunſtancia en que ſe hallaba, y cuyo ſentido es: *Qualquiera que và à la Corte de un Rey, llega à ſer eſclavo, aunque haya entrado libre*; y eſtas fueron las ultimas palabras que dixo à los ſuyos. An. R... 704. An. J. C. 48.

Avia baſtante trecho para llegar à tierra, y como en todo èl nadie le hablaba palabra, ni le hacia demonſtracion alguna de amiſtad, ni de reſpeto, encarandoſe à Septimio, le dixo, que le parecia conocerle, por averle viſto ſervir en algun tiempo á ſus ordenes. El Centurion no deſpegò ſus labios, y con la cabeza le hizo ſeñas que ſi, por lo que Pompeyo ſacò un papel, en que tenia un diſcurſo en Griego, que pretendia decir à Ptolomeo, y ſe puſo à repaſarle. En eſte tiempo llegaron à tierra, y Cornelia, que en una mortal inquietud ſeguia con la viſta à ſu marido, advirtiendo bullage ácia la orilla, como de gente que corria para recivirle, empezaba á reſpirar un poco, y à cobrar alguna eſperanza, quando ſe la deſvane-

An. R. 704. An. J. C. 48. neciò éſta de repente. Pompeyo ſe iba á levantar afirmandoſe en el brazo de ſu Liberto, quando Septimio el primero le dió por detràs con ſu eſpada, à cuya ſeñal ſacaron tambien las ſuyas Salvio, y Achillas para ayudarle. Eſte iluſtre Romano viendoſe cercado por eſtos aſſeſinos, agarrò ſolamente las dos eſquinas de ſu manto para cubrirſe la cara, y dando unicamente un ſuſpiro, ſin decir, ni hacer coſa indigna de ſu valor, ni de ſu fama, ſe dexó acabar por aquellos trahidores. Cornelia, y los que eſtaban con ella, dieron al verlo un grito lamentable que ſe oyò deſde la orilla; pero como el rieſgo que ellos miſmos corrian no les diò lugar de abandonarſe al ſentimiento, ſe dieron priſa à levantar ancoras, y huir à toda vela. De eſte modo feneciò Pompeyo al cumplir los cinquenta, y ocho años de ſu edad, y la viſpera preciſamente del dia en que avia nacido, que correſpondia al veinte, y ocho de Septiembre, ſegun el Kalendario de aquel tiempo, dia que algunos años pasò en una ſituacion bien diferente, triunfando glorioſamente de los Piratas, y del Rey Mithridates. Dexemos à un lado las reflexiones que ocurren à montones al vèr la muerte tan funeſta con que diò fin una vida tan brillante de honores, y de glorias; y obſervemos ſolamente, que de los tres aſociados famoſos que para ſatisfacer ſu deſenfrenada ambicion formaron la Liga Triunviral, Pompeyo es el ſegundo que pagò la pena à coſta de ſu vida; y lo proprio harà Ceſar de aqui à poco tiempo.

Vell. lib. 2. c. 53. Dio.

Hemos procurado pintar à Pompeyo por ſus acciones, y fuera de eſto nos hemos valido de las reflexiones de los antiguos Eſcritores, y eſpecialmente de Ciceron, y Plutarco, para dàr à conocer ſu caracter; y aſsi qualquiera coſa que ahora dixeſemos, ſeria repetir lo antes dicho. Seanos li-

licito traher unicamente á la memoria uno de los rasgos de su vida, que es el de la pureza de sus costumbres, la moderacion, y decencia que fueron siempre la regla de su conducta: rasgo casi unico en una fortuna tan elevada, y en un siglo tan corrompido como el suyo; y rasgo infinitamente estimable para qualquiera que sabe apreciar la virtud. Esta es tambien la sola parte por donde Ciceron lo difine escriviendo à Attico con ocasion de la noticia reciente de su muerte. „ No me „ admiro, dice, del fin tragico de Pompeyo, por- „ que su estado parecia tan desesperado à todos „ los Reyes, y Pueblos, que yo esperaba lo mis- „ mo que ha succedido en qualquiera parte à don- „ de la fuga lo huviese llevado. No puedo dexar „ de sentir su desgracia, porque lo he conocido „ hombre respetable, por la integridad, pureza, „ y gravedad de sus costumbres. „ Este espiritu de moderacion no le faltò en el manejo de los negocios públicos; lo contuvo en los desbarros mas grandes de su ambicion, para no cometer los mayores excesos, y lo traxo por fin al punto de seguir las sanas maximas de la Aristocracia. Desde su tercer Consulado fue Pompeyo no solo observador, sino tambien protector, y apoyo de las Leyes; y quando tomò las armas contra Cesar, tuvo la gloria singular de que su Causa se tuvo por la del Senado, y de la Republica; y aun despues de su muerte quedò impreso tanto amor, y respeto à su memoria, que separó, y convirtiò en enemigos de su competidor victorioso à varios de los que con mas ardor, y empeño lo avian seguido, y ayudado. En punto de los talentos militares, y de la habilidad de la direccion de las armas, no pocos quieren hacer de èl un concepto bastantemente baxo; pero seria en nosotros temeridad, y osadia, negar el titulo de Gran Ge-

An. R... 704. An. J. C. 48.

Cic. ad Att. XI. n. 6.

An. R... 704. An. J. C. 48. neral à un hombre, que desde edad de veinte, y quatro años hasta la de quarenta, y cinco, venciò otros tantos enemigos, quantos se le pusieron por delante, y que llenò de sus troféos la Africa, la España, la Asia, y todo el Mediterraneo. Su desgracia estuvo en aver tenido por contrario à Césàr, en cuya presencia se eclipsa, y desvanece todo merito guerrero, por brillante que en sì haya sido.

Los asesinos de Pompeyo le cortaron la cabeza, y la embalsamaron para conservarla entera, y ofrecerla à Césàr, como regalo de que esperaban una gran recompensa. El cuerpo quedò en la orilla desnudo, para que sirviese de espectaculo à quantos llevase la curiosidad de verle. Philippo, Liberto fiel, no abandonò el cadaver de su amo, y despues que se retirò el tropèl de la gente, lo lavò con agua del mar, y se quitò una de sus proprias tunicas para embolverlo. Como, segun el uso de los Romanos, era menester quemarle, Philippo mirando ácia una, y otra parte, descubriò las reliquias medio podridas de una barca de pescador, y hizo de ellas una pobre, y miserable pira, pero suficiente, dice Plutarco, para un cadaver, y mas quando no estaba entero. Estando exercitando este piadoso, y triste ministerio, llegò un Romano establecido en Egipto, hombre yá de edad, y que avia hecho sus primeras campañas à las ordenes de Pompeyo. „ Quièn eres tù, pre„ guntò à Philippo, que te dispones para ha„ cer los ultimos obsequios al gran Pompeyo? „ Aviendole respondido que era su Liberto: „ Pues „ no serás el solo, replicò el soldado, que logres „ este honor, y assi permite que parta contigo, „ como una buena fortuna, la ocasion de un tal „ acto de humanidad, que serà para mì un „ motivo de no quexarme del todo de mi estan-

„ cia

„ cia en una tierra estrangera; pues si me ha ocasionado bastantes disgustos, me ha procurado à lo menos la ventaja de poder prestar mi ministerio para sepulturar al mayor de los Romanos. „ Este es el modo con que enterraron à Pompeyo Philippo, y el soldado, y las cenizas las metieron entre un monton de tierra, al derredor del qual se puso una inscripcion, y colocaron sin embargo algunas estatuas en honor de aquel Romano. Con el tiempo la arena que echaba el mar, llegò à cubrir enteramente el sepulcro, y las estatuas echadas à perder con los años, y injuria de los tiempos las llevaron à un Templo vecino. Estuvose oculto, hasta que el Emperador Adriano viajando por Egipto, curioso de vèr el parage en donde descansaban las cenizas, lo hizo buscar, y limpiar, y restableciò las estatuas. Appiano es el que refiere estas ultimas circunstancias del sepulcro de Pompeyo; pero segun Plutarco, las cenizas se llevaron à Cornelia, que las hizo poner en su casa de Alba, en cuyo caso la sepultura de aquel Romano en Egipto solo seria un Cenotaphio. L. Lentulo, Consul del año antecedente, aviendo llegado al dia siguiente al mismo parage, ignorando lo succedido, fue preso por los satelites del Rey, quienes lo llevaron à la carcel, y quitaron la vida. An. R... 704. An. J. C. 48.

Hemos seguido à Pompeyo desde su derrota en Pharsalia hasta su infeliz muerte; y ahora nos resta dár razon de lo que se hizo su Flota, y de los diferentes partidos que tomaron los mas ilustres de los que siguieron sus Vanderas. Sus Almacenes quedaron, como se ha dicho, en Dyrrachio, y Caton tenia el mando de las Tropas que dexó Pompeyo para su defensa; y en esta misma parte, aunque por distintas causas, se hallaban entonces juntos Ciceron, el Docto Varron, y algunos otros

An. R... 704.
An. J. C. 48.

Senadores. Es escusado decir, que la noticia de la derrota de Pharsalia llenó de consternacion à quantos Romanos avia en aquella Plaza, y todos, aunque con diversas miras, solo pensaron en escapar de alli. Caton siempre humano, y siempre fiel à las obligaciones en que se metia, estaba resuelto, supuesto que Pompeyo huviese muerto, à restituir à Italia à quantos estaban con èl, y irse despues èl solo desterrado à parage distante del Tirano, y de la Tirania; y en el caso de que viviese, se creìa obligado à conservarle las Tropas que le avia fiado, y que mandaba en su nombre. Ciceron no pensaba sino en bolverse à Italia para vivir en quietud, y descanso debaxo de la proteccion del vencedor; pero Labieno, que desde la Batalla avia huìdo á Dyrrachio, hizo ánimo, y otros con èl, de continuar la guerra, si era posible. Sin embargo de esta variedad, todos juntos pasaron à la Isla de Corcyra señalada para que se juntára la Flota, y á ella concurrieron tambien los Gefes de las diferentes Esquadras destacadas para alguna Expedicion, entre otros un Casio, diverso del que conspirò despues contra Cèsar, y el hijo mayor de Pompeyo, bien que éste no traxo consigo los Navios Egipcios de su Mando, porque lo abandonaron à la primer noticia de la derrota de su padre.

Tuvose un gran Consejo de Guerra, y Caton escrupuloso observador de las disposiciones de las Leyes, aun en los casos que estas ninguna fuerza tenian para hacerse respetar, cedia el Mando de la Flota à Ciceron, quien hasta entonces no avia manifestado el intento que tenia de retirarse. Ciceron era persona Consular, y por consequencia de mayor graduacion que Caton, que solo avia sido Pretor, y fuera de esto aùn conservaba el titulo, y poder de Proconsul, que se le dió para gover-

verhar la Cilicia, porque desde entonces no avia buelto à entrar en Roma; pero nada convenia menos à la idèa que tenia, que el aceptar el Mando que se le ofrecia; y assi no solamente se negó à ello, sino que declaró francamente, que su dictamen era, no que se dexasen, sino que se arrojasen las armas. Estas expresiones excitaron la indignacion de todos aquellos en quienes ardia aún el zelo de la Causa que defendian, y especialmente del joven Pompeyo, quien sacando la espada despues de aver tratado à Ciceron de desertor, y de trahidor, lo huviera passado, à no aver estorvado Caton una violencia igualmente brutal, y injusta. Libre de un riesgo tan grande, se retiró à Brindes, en donde lleno de inquietudes, y mortales congojas tuvo que estár esperando las ordenes de Cesar hasta que éste bolvió de Egipto concluìda la importante, y arriesgada Expedicion que lo detuvo algunos meses en aquel Reyno, como lo dirèmos luego. Caton tenia una alma de un temple muy diverso. Firme en sus resoluciones, incapáz de arrepentirse de aver obrado bien, siempre acorde consigo proprio, executò tranquilamente lo que avia resuelto, y fue con la mayor parte de la Flota en busca de Pompeyo, cuya suerte ignoraba entonces, en tanto que Metelo Scipion por una parte, y el Cassio, de quien queda hecha mencion, por otra, iban el uno á valerse de Juba, Rey de Mauritania, y el otro de Pharnaces, Rey del Ponto, para restablecer su partido, y suscitar nuevos enemigos à Cesar. Caton congeturando que Pompeyo se avria refugiado à la Libia, ò à Egipto, hizo vela ácia aquellas partes, dando licencia de retirarse à quantos se la pidieron en aquella navegacion, y desembarcandolos en los parages que querian. Entrò en el Puerto de la Ciudad de Patrás, recogiò à Fausto Sila,

An. R... 704.
An. J. C. 48.

Cic. pro Dejotaro n. 29.

Ad Attic. XI.

à

An. R... 704. An. J. C. 48. á Petreyo, y otros fugitivos de Pharsalia; y avien-
do despues doblado el Cabo de Malèo, y costeado
la Isla de Créta, llegò á un Promontorio de la Ci-
renaica, llamado Paliuro, en donde supo la muer-
te de Pompeyo por Sexto su hijo, y Cornelia, à
quienes navegando ácia Oriente, echò el viento al
mismo parage.

Esta triste noticia produxo diferentes efectos
entre los que seguian à Caton, porque muchos, que
eran afectos à la persona de Pompeyo, y que hasta
entonces se avian mantenido firmes con la espe-
ranza de bolverlo à vèr à su frente, aviendo falta-
do ésta, pensaron en recurrir à la clemencia del
vencedor. Caton, que llevaba por maxima no vio-
lentar à nadie, les permitiò retirarse, como lo hi-
cieron cada uno à donde le convino, entretanto
Cic. ad Fam. XV. n. 15. que obtenian el perdon de César. C. Cassio, el
mismo que lo matò despues, fue uno de los que
creyendo que no debia obstinarse en luchar contra
la fortuna, partiò en busca del vencedor, y no
Id. ad Attic. XI. n. 13. & 15. aviendolo encontrado, se detuvo algun tiempo en
Rhodas. Aviendo sobrevenido la guerra de Ale-
xandria, la estrechura, y riesgos en que se viò Cé-
sar, hicieron dudar à Cassio en si persistiria en su
determinacion. Finalmente la Victoria lo decidió,
y fue á presentarse al vencedor que lo reciviò favo-
Plut. in Brut. rablemente por medio de la recomendacion de
Bruto, con cuya hermana estaba casado. Otros en
gran numero, que no esperaban perdon, ò que
por un motivo mas generoso querian defender la
libertad hasta la ultima gota de su sangre, declara-
ron à Caton, que estaban resueltos à seguirlo, y obe-
decerle, si queria encargarse de mantenerlos. No
era esta su primera intencion, como queda dicho;
pero haciendo escrupulo de abandonar en tierra
estrangera à tantos valientes Romanos como los
que hacian confianza de èl, y que se veian sin

apo-

apoyo, ni recurso, aceptò el Mando; y aviendose presentado delante de Cirena, se le reciviò en la Plaza por los habitantes, no obstante que pocos dias antes avian cerrado las puertas à Labiéno. Cornelia se bolviò à Italia, sabiendo que nada tenia que temer de César, y los dos hijos de Pompeyo se quedaron con Caton. Yà verèmos con el tiempo, como estas reliquias del partido vencido renovaron la guerra en Africa, y dieron bastante que hacer al vencedor; pero yà es hora de que bolvamos à éste, à quien dexamos en Larissa disponiendose para ir en seguimiento de Pompeyo.

An. R. 704. An. J. C. 48.

§. I V.

CESAR MARCHA EN SEGUIMIENTO DE Pompeyo, y al llegar à vista de Alexandria le presentan la cabeza, y llora al verla. Entra en la Ciudad, y halla alborotados contra él á los habitantes. Detenido por los vientos toma conocimiento de la quimera entre el Rey, y su hermana Cléopatra. Origen, y resultas de esta quimera. Amores de Cléopatra, y César, que la declara Reyna de Egipto conjuntamente con su hermano Ptolomeo. Guerra que huvo con este motivo, acaecimientos de ella, y riesgos que corre César. Vencidos los enemigos, se abandona à los amores de Cléopatra. La noticia de los progresos de Pharnaces en Asia lo obligan à dexar el Egipto. Arregla las cosas de Siria, y Cilicia. Deyotaro pide perdon à César, y lo obtiene en parte. Guerra contra Pharnaces hasta su derrota, y muerte. Regla las cosas de Asia, y saca grandes contribuciones de los Pueblos. Guerra en Iliria entre los del Vando de César, y de Pompeyo. Ciceron se presenta en Brindes à César que lo recive muy bien. Estado de Roma desde la Batalla de Pharsa-

Ant. K. 704.
Ant. J. C. 48.

salia. Cèsar, Dictador, y Marco Antonio, General de la Cavalleria, con lo demàs succedido despues de su buelta à Roma hasta la guerra de Africa.

Cæs. de Bell. Civ. l. III. Plut. in Cæs. Dio. lib. 42. App. Civ. l. 2.

CEsar creyò con razon, que era menester no dexar respirar al enemigo vencido, porque su gran fama le podia facilmente proporcionar el medio de reparar sus fuerzas. Por esta causa, y dexando todo lo demàs, partiò à marchas largas con un Cuerpo de Cavalleria, y seguido à alguna distancia de una sola Legion. En Amphipolis le dieron noticia de Pompeyo; pero como le faltaban Embarcaciones, tuvo que ir por tierra en busca del Estrecho del Helesponto, à fin de no tener que atravesar mas que este corto paso para entrar en Asia. Despachò por delante à toda la gente que consigo avia trahido, y metiendose solo en una pequeña Embarcacion, se hizo à la vela, y encontrò en medio del Estrecho à uno de los Gefes del partido contrario con una Esquadra de diez Navios de guerra, y segun se conjetura era L. Casio, el mismo que partiò de la Isla de Corcyra para ir al Ponto à procurar levantar à Pharnaces contra Cèsar. Este General en vez de asustarse de verse en frente de un enemigo tan superior en fuerzas, fue derecho à èl, y le intimò que se rindiera. El espanto que causaba solo su nombre era tal, que se le obedeciò sin réplica, de suerte, que con una mala Embarcacion forzò à diez Navios à rendirsele. Hecho esto, continuò su viage por mar, sirviendose, aunque no lo dice en sus Comentarios, yà de los Navios de Casio, y yà de los que subministraron algunas Ciudades de Asia. Al abordar à Epheso, libertò el Templo de Diana de que lo pillase T. Ampio Balbo para Pompeyo, y en todo lo demàs de su gran-

tranſito fue dando mueſtras de ſu generoſidad, y clemencia, perdonando à todos los que ſe le preſentaban del partido contrario, y à los Pueblos de Aſia, que avian embiado ſocorros à ſu enemigo. Solamente como tenia neceſidad de dinero, impuſo algunas contribuciones; pero ſin vexar à los naturales, y antes tomò ſus providencias para caſtigar, y corregir las extorſiones de los Publicanos. No debemos paſar en ſilencio en honor de la Literatura, que por conſideracion de Théopompo, cuya erudicion apreciaba mucho, concediò à Cnido ſu Patria una exempcion total de toda contribucion, y impueſto. An. R.: 704. An. J. C. 48.

Supo en el camino, que Pompeyo ſe avia dexado vèr en la Isla de Chipre, y confirmandoſe en la eſpecie que le avia dado Bruto de que el fugitivo ſe retiraria à Egipto por las grandes conexiones de amiſtad que tenia en aquel Reyno, partiò de Rhodas con diez Galeras de eſta Republica, agregadas à una pequeña Eſquadra Aſiatica, y llevando en eſtas Embarcaciones dos Legiones; pero tan diminutas, que no componian arriba de tres mil infantes, y ochocientos cavallos. La eſcolta era bien reducida; pero Céſar contaba con que la gloria de ſus hazañas era un ſalvo conducto para eſtàr ſeguro en qualquiera parte à donde llegaſe. Con todo, no entrò de golpe en el Puerto de Alexandria, y advirtiendo en tierra mucho tumulto, y deſorden, ſe eſtuvo à la capa haſta ſaber de què nacia. En eſto viò venir ácia èl à Théodoto, el miſmo que aconſejò el aſſeſinato de Pompeyo, que trahia la cabeza, y anillo de eſte infeliz General, liſongeandoſe de que iba à recivir la recompenſa de ſu maldad. Las lagrimas ſe le ſaltaron à Céſar al vèr eſte triſte eſpectaculo. El principio de donde eſtas ſalian, no es nueſtro aſumpto indagarlo, y quede para los curio-

Plut. in Bruto.

Lucan. lib. X. Liv. Epitom. del lib. 112.

An. R...704. An. J.C. 48.

rioſos la diſertacion de ſi fueron fingidas, ò ſi nacian de un efecto de compaſion, al vèr la triſte ſuerte de un enemigo, à quien yà no tenia que temer; porque faltando con ſu vida todos los motivos de odio, y encono que le tenia, pudo inſtantaneamente aver dado lugar à la memoria de la amiſtad que en otro tiempo avian tenido, y à las obligaciones que le tenia de aver ſido el fomento de ſu elevacion. Cuidadoſo de ſalvar el exterior en todas ſus coſas, moſtrò mucha indignacion contra el horrible aſſeſinato cometido en la perſona de Pompeyo; y aviendo hecho quemar la cabeza con los perfumes mas precioſos, y exquiſitos, depoſitò honroſamente las cenizas en un Templo que conſagrò à la Dioſa Néméſis. Es de advertir, que los Paganos adoraban á eſta Dioſa, como à vengatriz de la inſolencia, y ſoberbia de los hombres en la proſperidad, y de ſu crueldad contra los infelices. Una unica coſa parece falta à la gloria de Céſar, y es, que no hizo juſticia del malvado que le preſentò la cabeza de Pompeyo, porque caſtigando el atentado de los Egipcios, no ſolamente vengaba al muerto, ſino es que ſe puede decir que ſe vengaba à sì proprio, porque no debia dudar que le huviera ſuccedido lo miſmo, ſi ſe huvieran trocado las ſuertes. Tal vez viendoſe con tan pocas fuerzas conſideraria que no era prudencia proceder con tanto rigor al llegar à un paìs de que no era dueño. Lo que sì es cierto, que dexò el honor de eſta venganza á Bruto, quien deſpues de averlo aſſeſinado à èl, aviendo venido à Aſia, mandò buſcar al deteſtable Théodoto, que ſe avia ocultado, y luego que ſe le pudo encontrar, lo hizo morir entre los mas crueles tormentos.

Val. Max. l. 1. Appian. Civ.

Plut. in Pomp.

Céſar, viſto el ſacrificio que le avia hecho el Rey de Egipto, parece tenia derecho á mirar co-

como á amiga à la Ciudad de Alexandria; pero indiſpuſo contra èl los ánimos, ſegun ſe congetura, el modo con que tratò al que preſentò la cabeza de Pompeyo. Al ſaltar en tierra ſe le recivió con grande griteria por los ſoldados que Ptolomeo, que eſtaba en las inmediaciones de Peluſa, avia dexado para defenſa de la Ciudad Real; y advirtió, que la multitud llevaba mal verle con los Faſces delante de sì, porque la parecia ſer una degradacion de la mageſtad, y ſoberanìa de ſus Reyes. Alojóſe en el Palacio, y mandó á ſus ſoldados que hicieſen exactamente la guardia al derredor de ſu perſona; pero como no ceſaba el alboroto de los Alexandrinos, y que cada dia inſultaban, y aun mataban á alguno de los ſuyos, embió orden á Aſia de que le traxeſen algunas de las Legiones formadas de las reliquias de las de Pompeyo, porque avia embiado ſus veteranas á Italia al mando de Antonio; y para calmar la multitud pasò los primeros dias ſin intentar coſa alguna que pudiera dár en ojos, entreteniendoſe en viſitar la Ciudad de Alexandria, examinar, y admirar los Templos, y los otros edificios públicos; y aun en oír algunas lecciones de Philoſophos, afectando por todas partes un agaſajo popular, y tratando con benignidad á todos los que recurrian à èl. Es verdad, que tampoco pudo huìr del rieſgo en que eſtaba haciendoſe á la vela, porque los Nortes, que llamaban vientos Etéſios, le impedian ſalir de aquel Puerto. Su detencion fue util á muchos de los del Vando contrario, que aviendo ſeguido á Pompeyo en ſu fuga, ò andaban errantes en Egipto, ó ſe les prendia por orden del Rey. Céſar los perdonó á todos, y eſcrivió á Roma à ſus amigos que eſtaba recogiendo el mayor, y mas dulce fruto de ſu Victoria con ſalvar todos los dias á ciudadanos, An. R... 704. An. J. C. 48.

An. R... 704. que avian tomado contra èl las armas.
An. J. C. 48.

Ptolomeo, que estaba ausente quando llegó César à Alexandria, bolvió á su Capital, ó motu proprio, ó llamado por el Romano, que quiso tomar conocimiento de la diferencia que avia entre aquel joven Principe, y su hermana Cléopatra en asumpto de la succesion al Trono. El origen que tuvo fue, que Ptolomeo Auletes al tiempo de morir dexó quatro hijos, dos varones, ambos llamados Ptolomeos, y dos Princesas, la famosa Cléopatra, y Arsinoè, y dispuesto en su Testamento, que el mayor de sus hijos casase con la mayor de las hijas, segun la costumbre de la Familia de los Lagidas, en la qual estas asociaciones à la Corona, y matrimonios incestuosos se avian hecho ley. Para asegurar la execucion de su ultima voluntad, imploraba en el Testamento la proteccion del Pueblo Romano; y aviendo mandado sacar dos Copias, pidiò que la una se archivára en el Capitolio, y la otra se quedò en Alexandria. Muriò debaxo de esta disposicion en el Consulado de Sulpicio, y de Marcelo, que corresponde al año de Roma de 701. y en consequencia de ella se unieron los dos hermanos, y subieron conjuntamente al Trono de Egipto; pero la buena harmonia entre ellos no fue de mucha duracion. Cléopatra, Princesa naturalmente altanera, y ambiciosa, y que fuera de esto aventajaba à su hermano en la edad, porque ella tendria unos diez, y siete años, y èl trece quando muriò su padre, à titulo de mayor queria governar á su hermano, y ser arbitra en todos los negocios; y al contrario los que desfrutaban la confianza del joven Principe, de los quales era el principal el Eunuco Pothin, arrastraban ácia sì con el nombre del Rey toda la autoridad del Govierno. Esta disension fermentò algun tiempo en la Corte; pero aun no avia producido un rompi-

pimiento declarado quando llegò à Alexandria el hijo mayor de Pompeyo à pedir ſocorro en apoyo de la Cauſa que defendia ſu padre. Cléopatra ſabia deſde entonces ſacrificar ſin eſcrupulo à la ambicion ſu obligacion, y ſu honor; y hacer trafico con ſu hermoſura. Bien contenta de aver agradado al joven Romano, creyò comprar en èl un poderoſo protector à coſta de condeſcender à ſus deſeos deshoneſtos; pero ſe engañò, porque el Senado de Pompeyo decidiò, como diximos, la diſputa à favor de Ptolomeo, quien valido de eſta deciſion echò de Egipto à Cléopatra, que ſe retirò á Siria con ſu hermana Arſinoè, y reclutó gentes para hacer la guerra al Rey. Eſte marchò contra ella, y los dos Exercitos ſe hallaban en preſencia uno de otro cerca del monte Caſio en la entrada del Egypto por el lado de la Siria quando Pompeyo llegò buſcando ſu deſgracia. An. R... 704. An. J. C. 48.

Céſar ſe conſtituyò en arbitro de la quimera de los dos hermanos, alegando, que en calidad de Conſul del Pueblo Romano, debaxo de cuya Tutela los avia dexado ſu padre, debia juzgar ſu Cauſa; y en ſu conſequencia les mandò licenciar ſus Exercitos, y que vinieran ante èl à pleytear. Por muchiſsimas razones no convenia à los intereſes de Ptolomeo un arbitro ſemejante, y ſus Miniſtros le temian. El derecho de Cléopatra era bueno, avia ſido maltratada por el Senado de Pompeyo, y en ſuma era hermoſa: recomendacion no poco poderoſa para un hombre de la nota de Céſar en eſta parte. Otra coſa los aſuſtaba tambien; y era, que el General Romano, que tenia neceſidad de dinero, lo pedia al Rey de Egipto, y con razon, porque aviendo preſtado à Auletes en ſus urgencias ſetenta millones de ſeſtercios (treinta, y cinco millones de reales de vellon) y perdonado los treinta à ſus hijos, queria que los qua-

An. R... 704. quarenta reſtantes ſe le pagaſen ſobre la marcha,
An. J. C. 48. y eſto no era muy facil. Pothin enfurecido por eſtas diferentes razones, tirò à dár que ſentir, y cauſar quantas averias pudo à Céſar, y à ſus ſoldados; y aun ſe dice, que llegò à maquinar contra ſu vida, bien que infructuoſamente por las precauciones, y cuidado que en todo ſe tenia, y no huvo arbitrio de que no ſe valiera para hacer al Romano odioſo à los Egipcios. Finalmente reſuelto à valerſe de la fuerza, embió orden à Achillas, que avia quedado mandando el Exercito en las cercanias de Peluſa, que viniera con èl à Alexandria.

Cléopatra al contrario obedeciò ciegamente à las ordenes de Céſar, licenciò ſus Tropas, à lo menos no ſe halla deſpues razon alguna de ellas, y embiò à Alexandria à los ſugetos de ſu mayor confianza para que la defendieſen ante el General Romano; pero luego haciendo concepto que el Abogado mas eficáz ſeria ella miſma, vino en una pequeña barca à abordar yá de noche cerca del Palacio; y como ſus enemigos eran dueños de la Ciudad, ſe puſo de acuerdo con un Siciliano, llamado Apolodoro, quien aviendola embuelto en una cubierta, cargò con ella como ſi fuera un fardo, y la fue à deſcargar al miſmo quarto de Céſar. La aſtucia de la Princeſa le captò deſde luego la atencion, á que agregandoſe ſu belleza, las gracias ſeductivas de ſus palabras, y ſus ruegos, que mas bien parecian caricias, hicieron parecer buena ſu Cauſa, y conſiguieron traher à Céſar al punto que ella ſin duda deſeaba; y para que ſe la reſtableciera en ſu dignidad de eſpoſa del Rey de Egipto, empezò cometiendo un adulterio con el miſmo à quien avia ido à buſcar por protector. Eſto ha dado lugar à muchos á creer que la guerra que ſe encendiò entonces en Egipto, la

Lucan. l. X.

qual

qual por una parte dió tiempo al partido vencido de recuperarse de su derrota, y puso al mismo César en grandes aprietos, y riesgos, la emprehendiò sin necesidad, y por puro efecto de sus amores con Cléopatra. No pretendemos disculpar à aquel General en este particular; pero parece por los mismos hechos, que detenido en los principios por los Nortes, y aviendose despues metido en decidir la quimera de los dos hermanos, quiso por un efecto de su caracter firme, absoluto, y imperioso, salir con victoria de un negocio, cuyas consequencias no previò al empeñarse en èl. El amor entrò luego; pero no nos persuadimos á que este fuese el principal motivo de la guerra. En lo que no hay duda es, en que à la mañana siguiente de la llegada de Cléopatra, embiò César à llamar al Rey, quien sorprehendido de vèr à su hermana con su Juez, saliò del Palacio gritando, que estaba vendido, y huyò corriendo ácia la plaza, arrancandose su diadema en el exceso de su dolor, y de su indignacion; pero unos soldados Romanos lo agarraron, y bolvieron al Palacio. Sus gritos se oyeron no obstante en la Ciudad, y los Alexandrinos tomando las armas acudieron à sitiar el Palacio: lo que visto por César, salió para que le vieran, y aviendo ofrecido darles satisfaccion, convocò una Asambléa, à que concurriò con Ptolomeo, y Cléopatra. Dixoles, que no avia motivo de que se alborotasen, ni inquietasen, que no pretendia hacer mas que lo que ellos mismos deseaban, y era declarar á los dos hermanos Rey, y Reyna de Egipto, conforme lo disponia el Testamento de su difunto padre; y al mismo tiempo ofreciò dàr la Isla de Chipre, que era Provincia Romana, à Ptolomeo el menor, y á su hermana Arsinoè. An. R... 704. An. J. C. 48.

En tanto Achillas, llamado, como se dixo, por Po-

An. R... 704. An. J. C. 48. Pothin, venia acercandoſe à Alexandria con el Exercito Real, que ſe componia de veinte mil buenos ſoldados de Infanteria, de los quales muchos eran Romanos caſados, y avecindados en Egipto, y de dos mil cavallos, que en las ultimas revoluciones, y guerras de aquel Reyno ſe avian diſciplinado, y exercitado en el manejo de las armas. Céſar, que con los tres mil, y ochocientos hombres, que avia llevado conſigo, no podia mantener la campaña contra un Exercito tan fuerte, y numeroſo, hizo à Ptolomeo deſpachar à dos de los principales Señores de ſu Corte, con orden à Achillas de que no pasára adelante; pero eſte General comprehendiendo perfectamente, que la orden era del Romano, y no del Rey ſu amo, en lugar de obedecerla, ſublevò à los ſoldados contra los dos Diputados, à quienes inſultaron, mataron al uno, y malhirieron al otro. Con eſta noticia Céſar ſe aſegurò de la perſona del Rey, á fin de tener con un nombre tan reſpetable un titulo legitimo para defenderſe, y hacer paſar à Achillas, y à los que lo ſeguian por ſedicioſos, y rebeldes. El Egipcio entrò ſin pérdida de tiempo en Alexandria, cuyo ambito era demaſiado grande para que Céſar pudiera defenderlo todo con la poca gente que tenia, por lo que ſe acantonó en el quartèl del Palacio. Achillas lo hizo atacar con mucha furia; pero los golpes mas principales, y fuertes ſe dieron del lado del Puerto, porque de èl dependia efectivamente la Victoria. Todo el empeño del Egipcio era apoderarſe de veinte, y dos Navios de puente, que guardaban ſiempre por el mar à Alexandria, y de cinquenta Galeras de tres, y cinco ordenes de remos, que embiadas al ſocorro de Pompeyo, lo abandonaron, y ſe bolvieron deſpues de la Batalla de Pharſalia; porque cogidas eſtas Embarcaciones, cortaba al

Ro-

Romano la comunicacion con el mar, y por consequencia imposibilitaba que llegáran socorros, y viveres, y lo reducia precisamente á perecer, ò rendirse. Cesar por lo proprio hizo increibles esfuerzos, y consiguiò por fin pegar fuego, no solo à las Embarcaciones referidas, sino tambien à las que avia en los Arsenales, de suerte que se quemaron en todas hasta ciento, y diez. El incendio fue tan furioso, que consumiò la mayor parte de la famosa Bibliotheca de Alexandria, precioso monumento de la magnificencia de los Ptolomeos, y del gusto, y aficion que tuvieron à la Literatura, como lo diximos en el tomo quarto de esta Historia. Mientras se estaba en lo mas recio de la funcion, Cesar hizo desembarcar un Cuerpo de Tropas en la Isla de Pharo para asegurarse de este importante puesto, que era la llave del Puerto de Alexandria. Esta pequeña Isla, tan famosa por el soberbio edificio que construyò en ella Ptolomeo Philadelpho, y al qual le diò ella su nombre, unia à la tierra firme con una calzada de novecientos pasos, y un puente. Como la torre estaba edificada en la entrada del Puerto, que era estrecha, lo dominaba de tal suerte, que nada podia entrar, ni salir sin licencia de los que tenian la Isla, y el averse apoderado de ella fue un rasgo de la habilidad de Cesar, que con esto se puso en estado de poder recivir los socorros que avia embiado à pedir à todas partes. Sin embargo de este logro, era grande el peligro en que estaba metido, porque aunque Achillas nada avia conseguido en los primeros ataques, no se dudaba que los repetiria, y como sus fuerzas eran tan superiores, lo que no en una ocasion, podia lograr en otra. Cesar para precaverla se atrinchero, y fortificò de tal suerte en el quartèl que ocupaba, dexando libre co-

An. R. 704. An. J. C. 48.

Hirt. de Bell. Alex. n. 12.

Pag. 435. y 436.

Id. pag. 434.

An. R... 704. An. J. C. 48. municacion para el Puerto, que detrás de las trincheras se defendia con ventaja, sin que se le pudiera forzar á pelear. Los Alexandrinos por su parte hacian otras obras iguales à las de los Romanos, y como eran muy industriosos, las imitaban con tanta perfeccion, que las suyas parecian los modélos. Al mismo tiempo se hacian reclutas de gentes, se fabricaban armas, y toda especie de maquinas de guerra; y en este sitio se hizo quanto se podia, y sabia para el ataque, y defensa de las Plazas. Achillas en lo que hacia, iba de acuerdo con Pothin, quien aunque encerrado en el Palacio, se comunicaba con su compañero. Cèsar descubriò esta comunicacion, y lo hizo matar, con lo que Pothin fue el primero de los asesinos de Pompeyo, que reciviò el castigo que merecia. Segun Plutarco, éste malvado tenia tramado degollar à Cèsar en un combite, y que aviendose descubierto esta conspiracion, pagò con su vida la pena de sus delitos.

Aviendose concluìdo el año en el tiempo en que con mas calor se hacia la guerra de Egipto, Cèsar reciviò la noticia de que en Roma se le avia nombrado Dictador, no por seis meses, como era costumbre, sino por un año. Tomò posesion de esta Dignidad en el mismo Palacio de Ptolomeo, y fue por espacio de algunos meses el unico Magistrado Romano con Marco Antonio su General de la Cavalleria; pero como antes de concluirse el año se nombraron Consules à Calèno, y Vatinio, seguirèmos la práctica de los Romanos de datarle con sus nombres.

An. R... 705. An. J. C. 47. Cæs. de Bell. Civ. lib. 3. & Hirt. de Bell. Alex.

Q. FUFIO CALENO.
P. VATINIO.

EN el Exercito de los Alexandrinos ocurriò en este intermedio una novedad bien grande, la qual en nada disminuyò el riesgo de los Roma-

manos. Arsinoè, hermana de Cléopatra, que estaba entonces en su compañia, hallò forma, por direccion del Eunuco Ganymédes su confidente, de escapar del Palacio, y refugiarse al Campo de Achillas. Su venida causò una discordia muy grande, porque muchos de los Egipcios, viendo que era una Princesa de la sangre Real, se sugetaron à sus ordenes. Achillas hizo todos sus esfuerzos por conservar integra su autoridad; pero como el partido de Arsinoè fuese el mayor, ésta lo hizo assesinar por Ganymedes, à quien en premio del homicidio diò el Mando del Exercito. El Eunuco, no menos audàz, ni habil que el muerto, señalò el principio de su Generalato con una empresa, no menos dificil, que bien entendida. Toda la agua que se bebia en Alexandria entraba en la Ciudad por medio de un canal abierto para este efecto, y desde èl pasaba à las casas, en donde avia sus cisternas para reposarla, y purificarla, porque de otro modo no se podia beber. Como el canal no podia cortarse, Ganymedes hallò el medio de echar à perder la agua de las cisternas del quartèl de Palacio, introduciendo en ellas la del mar, que pudo sacar con bombas, y otras maquinas, mandadas hacer para este efecto. Apenas los soldados Romanos advirtieron la novedad, quando empezaron à alborotarse, y en no pensar en mas que en escapar de la Ciudad, y embarcarse, sin embargo del peligro extremo à que se exponian haciendolo à la vista de los enemigos. Costò no poco à Cèsar el aquietarlos, y contenerlos; y haciendo concepto este General de que en las orillas del mar no podia dexar de aver agua dulce, mandò abrir diferentes pozos, y con efecto la encontrò à poca diligencia, y inutilizò los esfuerzos de los laboriosos Egipcios. An. R... 705. An. J. C. 47.

No por esto desistiò Ganymedes de su empe-

An. R... 705. An. J. C. 47. ño de vencer à los enemigos ; y perſuadido à que no podria conſeguirlo, ſino es eſtorvando à Céſar el recivir los ſocorros que eſperaba, determinò hacerſe con una Flota, coſtaſele lo que le coſtaſe ; y aviendo dado para eſte efecto ſus providencias, ſe hallò en breve con una de veinte, y ſiete Galeras grandes, ſin contar otras muchas de menor porte. Céſar no tenia arriba de treinta, y quatro Embarcaciones, y de ellas ſolo catorce grandes ; pero con todo ganò dos Batallas Navales à los Egipcios. No tuvo igual feliz exito en otra funcion que huvo à un miſmo tiempo en mar, y en tierra. Los Alexandrinos avian recobrado la Isla del Pharo, deſde donde incomodaban mucho à los Romanos, por lo que Céſar, reſuelto à deſalojar à los enemigos de eſte pueſto, hizo un deſembarco en la Isla, y ſe apoderò de ella, como tambien del puente que de ella comunicaba à la calzada ; pero de eſta unia otro puente à la tierra firme, que quedò en poder de los Alexandrinos. Céſar lo atacò al dia ſiguiente por mar, y tierra ; y mientras ſe eſtaba en lo mas recio de la funcion unos ſoldados de marina, y remeros de la Flota Romana, que ſe avian metido entre los que peleaban, parte por curioſidad, y parte para ayudar à ſus camaradas, aterrados inopinadamente al vèr ſin duda los esfuerzos que el enemigo hacia para defender el puente, echaron à huir deſordenadamente, y rompieron de tal ſuerte las filas de los ſuyos, que por mas diligencias que hizo Céſar nunca pudo bolverlas à ordenar, ni contener la fuga de los ſuyos. La pérdida que tuvo, eſtà avaluada por el antiguo Eſcritor de la guerra de Alexandria à quatrocientos ſoldados Legionarios, aviendo ſido mucho mayor la de los curioſos que fueron à vèr la fieſta. Céſar corriò rieſgo de perecer, ò quedar priſionero.

ro. Viendo la fuga de los suyos se retirò à su Embarcacion; pero como entrase con èl un gran tropèl de gentes, previendo lo que iba à succeder, se tiró al mar, y nadò un espacio como de ducientos pasos, hasta llegar al Navio mas inmediato, cuya precaucion fue muy prudente, porque la Embarcacion se sumergiò con el peso. Se nota, que aviendose quitado su cota de armas de encima las espaldas, porque le embarazaba para nadar, la iba llevando agarrada con los dientes para estorvar, si era posible, que cayera en poder de los enemigos, y que como tenia unos papeles en la mano hizquierda, tuvo esta siempre fuera de la agua, mientras nadaba con la otra, y que sacò los papeles sin mojarlos. La cota se le fue de los dientes, y esto le sirviò de mucho para escapar; porque como era de color de purpura, los Alexandrinos asestaban à ella todos los tiros, mientras su dueño escapaba por otra parte. Aviendola cogido despues, hicieron con ella el principal ornato del trophéo, que en señal de su Victoria erigieron en el parage mismo en que se diò la Batalla. An. R... 705. An. J. C. 47. Suet. Cæs. cap. 64. Flor. l. 4. c. 2. Plut. Appian. Dio.

Este golpe, que huviera consternado à otras qualesquiera Tropas, no sirviò sino de animar, y irritar mucho mas à aquellos pechos invencibles de los Romanos, como lo experimentaron los Alexandrinos en las funciones que cada dia se renovaban. Discurriendo éstos, que se fortificarian mucho mas, si podian tener al Rey à su frente, embiaron Diputados á César para pedirle que se lo entregase, ofreciendo que una vez que lo tuviesen consigo, y constituyese garante de las palabras que diesen los Romanos, estaban llanos à dexar inmediatamente las armas. César, que conocia perfectamente el caracter embustero, y artificioso de los Egipcios, no se dexò engañar con Hirt. de Bell. Alex.

sus

An. R... 705. An. J. C. 47.

sus bellas ofertas; pero como una vez empeñada la guerra en los terminos en que estaba, el Principe mas le era de estorvo, que de provecho, se conformò en entregarselo. Llamòlo, y aviendolo exhortado à dàr fin à los males de su Patria, à preservar de una ruina total su Capital, que era una de las Ciudades mas bellas del mundo, y à poner en razon à sus vasallos rebeldes, lo llevò de la mano hasta fuera del Palacio. Ptolomeo, que aunque no tenia mas que quince años, avia hecho grandes progresos en el arte de disimular, y engañar, se puso à llorar, y pidiò à Cèsar le permitiera quedarse con èl, protestando que su vista le era mas apreciable, que el goce de los derechos de la Corona. Cèsar creyendo que sus lagrimas eran verdaderas, procurò consolarlo; pero se hallò burlado en su concepto, porque apenas Ptolomeo se vió en su Campo, quando renovò la guerra con mas furia que antes.

En tanto iban llegando à Cèsar socorros, y viveres por mar, y tierra, y yà algun tiempo antes le avia llegado de Asia una Legion compuesta de los antiguos soldados de Pompeyo. Como muchas veces le sorprehendian, y apresaban sus comboyes unos Navios Egipcios, puestos como en emboscada cerca de Canope, para desalojarlos embiò los suyos al mando de Tib. Neron su Questor. Este consiguiò su empresa, bien que perdiò en la funcion à Euphranor, Almirante de Rhodas, hombre de mucho valor, y que no tenia igual en la ciencia de la Marina; porque aviendose adelantado demasiado, y no sostenidole los suyos, se hallò metido en medio de los Alexandrinos, y pereciò con su Navio. El socorro que realmente sacò à Cèsar victorioso, fue èl que le traxo Mithridates de Pergamo. Este Mithridates era de la casta de los Tetrarcas Galogrecos, aunque na-

Strab. lib. 13. pag. 625. Hirt. de Bell. Alex.

nacido en la Ciudad de Pergamo, de donde se le diò el sobrenombre de Pergamenio. Crióse en el Campo de Mithridates el Grande, de quien su madre fue concubina, y aprovechò grandemente en la escuela de un Maestro tan excelente, que lo quiso mucho, aunque no era su hijo. Tenia en el Arte Militar un valor, y habilidad no comun, y aviendo seguido el partido de César, que lo distinguia entre sus amigos, lo acompañò quando vino à Alexandria, desde donde lo embiò su General al empezarse la guerra á la Siria, y la Cilicia, para que le juntase, y traxese algunas fuerzas. Mithridates cumpliò fielmente su Comision, formò en breve tiempo un Exercito poderoso, en el qual venian tres mil Judios, mandados por Antipater, Ministro de Hircan, y avanzó con èl ácia Pelusa, cuya Plaza, que era la llave de Egipto por la parte de la Siria, la tomò en un dia, y al primer asalto. Dexando el camino mas derecho, y corto para ir à Alexandria, porque era muy incomodo, y arriesgado à causa de la infinidad de canales del Nilo, que atravièsan, y cortan toda aquella tierra, subiò hasta la cabeza del Delta, que es en donde el rio empieza à dividirse en dos brazos, y llegò à Memphis, antigua Capital del Reyno, que le abriò sus puertas.

An. R... 707. An. J. C. 47.

Joseph. Antiq. l. 14. c. 14. & de Bel. Jud. lib. 1. c. 7.

Ptolomeo noticioso de la llegada de este Exercito, embiò Tropas para detenerlo, y estorvar que se uniera con César. Los Comandantes del primer Destacamento, que llegò à vista de los enemigos, creyendo poder vencer solos, no quisieron esperar al que venia detrás, y atacaron à Mithridates, que estaba atrincherado; pero fueron rechazados con bastante pérdida, y huvieran quedado totalmente deshechos, si el enemigo huviera sido tan práctico como ellos del pais, lo

qual

An. R. 705. An. J. C. 47. qual les sirviò de mucho para poder huir comodamente, y sin riesgo. El segundo Destacamento recogiò las reliquias del primero, y se hallò con bastantes fuerzas para poder detener à Mithridates. Con estas noticias Ptolomeo por su parte, y Cèsar por la suya, partieron casi al mismo tiempo, el uno à sorprehender à Mithridates, y el otro à unirse con èl; y aunque el Rey por tener mayor numero de barcas, y subir derecho el rio, llegò primero que Cèsar, ni pudo hacer cosa alguna antes de la llegada de este, ni menos estorvar que se uniera con los suyos. Cèsar entonces, atravesando, à pesar de los enemigos, un canal del Nilo, que separaba los dos Exercitos, atacò, y entrò espada en mano el Campo de los Egipcios, que no tuvieron para escapar otro recurso, que el de tomar sus barcas. El mismo Ptolomeo se metió en una de ellas; pero fue tanta la gente que cargò al proprio tiempo, que se sumergiò con todos los que llevaba. De este modo pereciò Ptolomeo, cuyo cadaver, que se encontrò enterrado en el lodo, se conociò por la coraza de oro, que los Ptolomeos llevaban à la guerra. Cèsar la embiò inmediatamente à los Alexandrinos para prueba de la muerte de su Rey; y siguiò à toda prisa con su Cavalleria por el camino mas corto, no dudando que à la primer noticia de su Victoria nadie se atreveria à resistirle. Assi succediò, pues apenas se presentò en la Ciudad por la parte de que los enemigos eran dueños, quando saliò toda la multitud de los Alexandrinos à implorar su misericordia. Cèsar los consolò, ofreciò tratarlos con bondad, y atravesò por entre las fortificaciones de los enemigos para llegar al quartèl de Palacio.

Flor. l. 4. c. 2. Oros. l. 6. c. 16

Suet. Cæs. c. 35. De este modo saliò Cèsar victorioso de una guerra, en que se avian unido quantas dificultades

des pueden imaginarse, en donde tuvo los puestos, y la estacion contrarios, peleando en el hinvierno dentro de las murallas de un enemigo lleno de destreza, y que además de esto tenia abundancia de toda especie de provisiones, mientras à èl, cogido desprevenido, le faltaba todo. No reduxo el Egipto, como podia, à Provincia Romana, sino es que dexò en el Trono à Cléopatra, á quien realmente pertenecia segun el Testamento de su padre, y la casó con su segundo hermano, declarandolos à ambos Rey, y Reyna de Egipto. Es verdad que el joven Ptolomeo era tan niño, que solo fue Rey de nombre, porque toda la autoridad quedò à su hermana, que á la superioridad de los años unia todo el favor que desfrutaba del Dictador. Es forzoso que esta Princesa fuese una Circe engañosa, pues supo adormecer por un tiempo la actividad de aquel Romano. Al cabo de nueve meses que lo detuvo la guerra de Alexandria, en cuyo tiempo padeciò Roma, y Italia, y el partido vencido adquiriò en Africa unas fuerzas bien temibles, en lugar de salir promptamente de Egipto para poner remedio, se abandonò à los encantos amorosos de Cléopatra, de que pudo sacarle la noticia de los grandes progresos que Pharnaces hacia en Asia; pero antes de dexar à esta Princesa tomó todas las precauciones necesarias para asegurarla en la posesion del Trono, llevò consigo à Arsinoè, porque podia excitar alguna nueva revolucion, y dexó en Alexandria la mayor parte de las Tropas Romanas, à fin de que contuviesen à los Pueblos en la debida obediencia. Para concluir todo lo perteneciente à los amores de Cèsar con Cléopatra, dirèmos que esta Princesa, aviendo dado á luz un niño despues de la partida del General Romano, le puso el nombre de Cesarion, para de-

An. R... 705. An. J. C. 47.

Suet. Appian. & Dio.

An. R... 705. An. J C. 47. notar su origen, lo qual no pareciò mal à Cèsar, y aun lo reconociò expresamente por hijo; bien que Oppio asegura positivamente que no era suyo. Cesar à lo menos disimulaba tan poco su ilicita comunicacion con Cleopatra, que aviendo hecho construir un magnifico Templo à *Venus Madre*, à quien los Julios tenian por tronco de su Familia, colocò la estatua de la Reyna al lado de la de la Diosa. Cleopatra hizo un viage expresamente à Roma con su marido, y Cèsar los reciviò, y cortejò en su casa, les hizo todos los honores imaginables, y declararlos Reyes amigos, y Aliados del Pueblo Romano.

Hirt. de Bell. Alex. Aviendo pasado Cèsar de Egipto à la Siria, tuvo por diferentes partes noticia de que Roma se ardia en el fuego de la discordia, y que solo su presencia podria restablecer la paz. Sin embargo creyò ante todas cosas deber poner en orden las Provincias en donde entonces se hallaba, que unas estaban alborotadas por Pharnaces, y otras, aunque ni tenian guerra estrangera, ni la esperaban, no dexaban de sentirse del golpe de la guerra civil, que avia puestò en movimiento à todo el Imperio. Reciviò con mucha bondad à los Reyes, y Principes comprehendidos en la demarcacion de la Siria, y en sus inmediaciones, que vinieron à presentarsele, les encargò cuidasen de la seguridad de la Provincia, y los despidiò llenos de amor, y de respeto por su persona, y por el Pueblo Romano. En particular sabemos, que confirmò à Hyrcan en el emplèo de Soberano Sacrificador de los Judios, no obstante las quexas de Antigono, hijo de Aristobulo; y que tambien le permitiò reedificar los muros de Jerusalèn destruìdos por Pompeyo, conservando à Antipater en la autoridad que tenia en la Judèa: socorro absolutamente necesario à la flaqueza de Hyr-

Joseph. Antiq. lib. 14. c. 15. 16. & de Bell. Jud. lib. 1. c. 7. 8.

can.

can. De Siria pasò Céſar por mar à la Cilicia, y deſ- An. R... 705.
pues de aver tenido en Thaſos los Eſtados gene- An. J. C. 47.
rales de la Provincia, marchò á toda priſa ácia el
Ponto, de cuyo Reyno ſe avia apoderado Phar-
naces, como ahora lo dirèmos. Llegado à Coma-
nes quitò el Sacerdocio de Belona à Archelao, hi-
jo del miſmo à quien lo avia dado Pompeyo, y
le concediò à Lycomedes, ò Nicomedes Bithinio,
que ſupuſo tener derecho à eſte emplèo. Al lle- Hirt.
gar à las fronteras de los Galo-Grecos, ſe le pre-
ſentò Deyotaro en un aparato muy humilde, y
ſuplicante; y aunque Céſar no admitiò ſus eſcu-
ſas, y deſcargos, ſobre el motivo que tuvo para
aver ſeguido à Pompeyo, con todo, no ſeparan-
doſe de ſu acoſtumbrada moderacion, le dixo,
que le perdonaba, eſto es, que no lo maltrata-
ria en ſu perſona, le mandò, que ſe bolviera à po-
ner las veſtiduras Reales que ſe avia quitado pa-
ra preſentarſele, y le pidió para la guerra contra
Pharnaces una Legion formada à imitacion, y
ſegun el orden de la Milicia Romana; pero ſe re-
ſervó para decidir deſpues de la guerra las con-
teſtaciones que avia entre aquel Principe, y los
otros Tétrarcas de los Galo-Grecos, lo qual ſe en-
caminaba á deſpojarlo de la mayor parte de ſus
Eſtados.

Quando Céſar llegó al Ponto, recivió una Appian. Mi-
Diputacion de Pharnaces, de quien yà es tiem- thr.
po de que tratèmos. Eſte Principe, hijo parrici- Diod. lib. 42.
da de Mithridates, ſe diò en los principios por Hirt.
muy dichoſo de que Pompeyo lo reconociera por
Rey del Boſphoro, y dieſe el titulo de amigo, y
Aliado del Pueblo Romano; pero luego que vió
empeñada la guerra civil, aprovechandoſe de eſta
ocaſion, en que los Romanos ſe eſtaban unos à
otros aniquilando, ſalió de los terminos que ſe le
avian ſeñalado en el Boſphoro, tomò la Ciudad

An. R... 705. de Phanagorèa, declarada libre por Pompeyo,
An. J. C. 47. conquistò la Colchida, y entrando luego en el Ponto, se apoderó de Sinopes, antigua Corte de sus abuelos. Animado con estos sucessos, entró en la pequeña Armenia, que pertenecia à Deyotaro, y como este Principe estaba ausente, la conquistó sin dificultad. Finalmente se atrevió á entrar en armas en la Cappadocia, y intentó despojar de este Reyno à Ariobarzanes. Deyotaro quando bolviò à su tierra perdída la Batalla de Pharsalia, halló las cosas en este estado; y como Cèsar estaba entonces en Alexandria lleno de cuidados, y riesgos, recurrió à Domicio Calvino, à quien avia dexado aquel General para la defensa de la Asia, y Provincias vecinas, porque èl por sì solo no se hallaba en estado de poder resistir á Pharnaces. El Teniente de Cèsar conoció que esta guerra interesaba al Pueblo Romano tanto como à Deyotaro, y à Ariobarzanes, por lo que sobre la marcha embiò orden á Pharnaces de que saliera de la pequeña Armenia, y de la Cappadocia, sin abusar de las circunstancias en que se hallaba el Pueblo Romano para faltar al respeto que le debia, y violar los derechos, y la magestad del Imperio; pero una planta como esta necesitaba de fuerzas que la mantuviesen. De tres Legiones que tenia Domicio, tuvo que embiar las dos al socorro de Cèsar, una por mar, y otra por tierra; y à la unica que le quedò, agregó dos de Galatas, y otros vasallos de Deyotaro armadas, y disciplinadas por èste à la Romana, y otra mas que à toda prisa se acababa de reclutar en el Ponto; y con estas quatro Legiones, y algunas otras Tropas auxiliares, avanzò hasta Nicopolis en la pequeña Armenia.

Pharnaces intentò, aunque inutilmente, el entretener à Domicio embiandole una, y otra Di-

Diputacion para pedirle que lo ſuſpendiera todo hasta la llegada de Céſar, ſiendo ſu obgeto ganar tiempo, porque ſabia el rieſgo en que eſte General eſtaba en Alexandria, y tambien por varias cartas que avia interceptado, que Domicio ſe hallaba con orden de acercarſe al Egipto por el camino de la Siria, por lo qual, preciſado éſte à obedecer, tenia con ſolo dár largas la Victoria ſegura. Por eſta cauſa, y evitar una accion general, ó à lo menos pelear con ventaja conocida, ſi ſe le preciſaſe, tirò deſde la Ciudad de Nicopolis, al pie de cuyas murallas eſtaba acampado, ácia el Campo de los Romanos, dos foſos paralelos de quatro pies de profundidad, y à una proporcionada diſtancia uno de otro, para formar en medio, como lo hizo, ſu Infanteria; y por lo que toca à la Cavalleria, como no podia jugar en un eſpacio tan reducido, y que fuera de eſto era ſuperior à la de los Romanos, la apoſtò ſobre las dos alas al final de los foſos. Las proprias razones que Pharnaces para dár largas, tenia Domicio para apreſurar una accion; y aſsi, ſin detenerſe en la ventajoſa ſituacion del enemigo, ſin capacidad para ſuplirla de algun modo, y mas ardiente que habil en el Oficio, atacò à Pharnaces, y perdió la funcion. Las Legiones de Deyotaro fueron las primeras que bolvieron la eſpalda; la del Ponto quedò enteramente deſtrozada, y ſolo la Romana, compueſta de los ſoldados veteranos de Pompeyo, reſiſtiò todo el esfuerzo del enemigo, y hizo una glorioſa retirada ſin aver perdido mas que ducientos, y cinquenta hombres. Eſta Victoria hizo dueño à Pharnaces de toda la pequeña Armenia, de la Cappadocia, y del Ponto, porque Domicio, que no quedò en eſtado de poder contrarreſtarle, ſe retirò à la Provincia de Aſia con las reliquias de ſu Exercito, que recogiò

An. R... 705.
An. J. C. 47.

An. R... 705. An. J. C. 47. giò lo mejor que pudo. El vencedor abusò de ſu proſperidad con crueldad, y inſolencia, de ſuerte, que hizo aborrecible ſu dominacion; pero éſta le durò muy poco tiempo.

Diſponiaſe para continuar con ſus Conquiſtas haſta la Bithinia, y la Provincia de Aſia, quando ſupo que ſe le avia rebelado Aſandro, à quien dexò por Regente del Boſphoro. Eſta noticia lo forzò à mudar de intento, y penſar en reducir al rebelde; pero al ir à executarlo, otro cuidado mas grande le hizo ſuſpender el paſo. Céſar venia marchando contra èl, por lo que vió que lo mas urgente era ir à hacer frente al General Romano. Apoſtóſe en una altura cerca de Zéla, ò Ziela en el Ponto, parage para èl de buen preſagio, porque ſu padre derrotò allì, como ſe dixo, á los Romanos mandados por Triario, y intentò entretener à Céſar, como à Domicio. A eſte efecto le embiò Embaxadores para tratar de paz, fingiendo que accederia à todas las condiciones que ſe le impuſieſen, porque ſabiendo que el General Romano tenia preciſion de bolver promptamente á Roma, à donde lo llamaban negocios urgentes, y de importancia, creyò que quedaria en libertad, una vez que Céſar ſe fueſe, de no cumplir nada de lo que trataſe con él. Céſar penetrò al inſtante el artificio de Pharnaces, y en lugar de perder el tiempo en preguntas, y reſpueſtas, reſuelto à concluir promptamente el negocio con una funcion general, aunque ſus fuerzas no eran muy conſiderables, y la mayor parte de Tropas auxiliares, y de las miſmas que avia derrotado el enemigo poco antes, tomò ſus providencias para dàr la Batalla, ſabiendo, que un Gefe como èl valia por un Exercito, y avanzò haſta la diſtancia de cinco millas del enemigo. El terreno en que Pharnaces tenia

ſu

su Campo, estaba sembrado de alturas, separadas unas de otras por unos valles muy profundos; y enfrente de la colina que el Rey ocupaba, se elevaba otra à distancia no mas que de mil pasos, de que Cesar se apoderò una noche aviendo engañado à Pharnaces, y empezò à fortificarse en ella, haciendo su primera linea frente al enemigo, mientras lo restante de sus Tropas trabaxaban en las trincheras. Pharnaces, que vió toda esta maniobra, formò inmediatamente su Exercito en batalla á la cabeza de su Campo, cuya accion tuvo Cesar por fanfarronada, bien distante de pensar que huviera ninguno tan temerario, que se atreviese à hacer descender Tropas al valle, y emprehender luego una subida muy aspera para atacarlo. La presumpcion de Pharnaces hizo no obstante lo que Cesar juzgaba como imposible; pero tambien pagò à buen precio su temeridad, porque los Romanos no solo lo derrotaron enteramente, sino es que siguiendole el alcance, sin dàrle tiempo de reconocerse, atacaron su Campo, y lo forzaron. Pharnaces escapò durante el ataque. Escriviendo Cesar à Roma à uno de sus amigos lo hecho en esta Expedicion, le explicò la rapidèz de su Victoria con las tres famosas palabras de VENI, VIDI, VICI. *Vine, vì, y vencì*; y quando triunfò de Pharnaces, las hizo poner en letras grandes en una tabla, y llevò en el triunfo. Cesar con efecto podia gloriarse de aver plenamente vencido à su enemigo con solo aver ganado esta Batalla, pues con ella se acabò la guerra. Pharnaces se retirò á Sinopes; y aviendole seguido Domicio, lo forzò à abandonar la Plaza, y todo el pais. Quiso de resultas entrar en su Reyno del Bosphoro, que ocupaba Asandro, que se le avia rebelado, como queda dicho; pero el rebelde le saliò al encuentro, se diò la Ba-

An. R... 705. An. J. C. 47.

Plut. in Cæs. Suet. Cæs. c. 37.

Appian. Mith. Dio.

ta-

An. R... 705. An. J. C. 47. talla, y la perdiò Pharnaces con la vida, siendo éste el fin que tuvieron sus necios ambiciosos proyectos.

Hirt. Cesar, sin cuidado yà, que le estorvase bolver à Italia, partiò con una Escolta de Cavalleria al dia siguiente de la Batalla, aviendo dado orden à la sexta Legion de que lo siguiese à Roma, en donde queria recompensarla de los grandes servicios que avia hecho á su General. Al atravesar por la Galo-Grecia, y la Bithinia, arreglò los negocios de los Principes, y Pueblos de aquellas Regiones, y entonces fue quando maltratò mucho à Deyotaro, al que, segun Ciceron, tenia un odio personal. Le sacò por via de contribucion gruesas cantidades de dinero, le quitò la pequeña Armenia, que el Senado le avia cedido, y recompensò con ella á Ariobarzanes; y tambien le cercenò parte de la Galo-Grecia, para hacer donacion de ella á Mithridates de Pergamo, con el Reyno del Bosphoro, à cuyo efecto puso à su cargo el hacer la guerra, y echar de èl à Asandro. Nada se sabe de los demàs reglamentos que hizo Cesar en todas aquellas Provincias; y sì, que su principal atencion fue juntar dinero por quantos medios pudo. Se hizo pagar todas las cantidades ofrecidas á Pompeyo por los Pueblos, y por las Naciones, y añadiò otras nuevas contribuciones con varios pretextos. Pillò sin escrupulo los Templos, y recivia de los Principes, y Pueblos un gran numero de coronas de oro, obrando en todo esto por principio, y no lo ocultaba. Decia „ que dos ayudas „ son absolutamente necesarias para establecer, y „ asegurar un poder, soldados, y dinero, y que „ estos se dán reciprocamente la mano uno à otro. „ Que con el dinero se adquieren, y mantienen „ soldados: que con las armas de estos se alcan„ za el dinero; y que si falta el uno de estos re-

Cic. Phil. II. n. 94. 95.

„ cur-

„ curſos, no puede el otro ſubſiſtir. „ Eſte es el penſamiento, y modo de explicarſe de Céſar, que nada tiene que no ſea muy verdadero; pero que para reducirſe legitimamente à práctica, ſupone un fin, y autoridad legitima. Concluìdos los negocios de Oriente con la diligencia con que Ceſar ſabia hacer todas las coſas, marchò à Italia, á donde llegó mucho antes que nadie lo eſperaſe; pero primero que referir lo que hizo en ella, es bien que contemos varios hechos que han quedado ſuſpenſos por no interrumpir eſta narrativa. An. R. 705. An. J. C. 47.

Hemos viſto, que el partido de Pompeyo ſuperò al de Céſar en la Iliria. Sin embargo la Ciudad de Salones, que era la principal del paìs, ſe tuvo firme, y ſufrió un ſitio contra M. Octavio. Eſte Teniente de Pompeyo, que con ayuda de Libon echò à Dolabela, y hizo priſionero à C. Antonio, tiró à perſuadir à los Romanos eſtablecidos en la Plaza à que le abrieran las puertas; pero no aviendo podido lograrlo, ni menos ſorprehenderla, como lo intentó, plantò el ſitio en toda forma, y los Romanos ſitiados, para ſoſtenerle, y mantenerſe fieles à Céſar, dieron libertad à todos los eſclavos capaces de ſervir, cortaron el pelo à ſus mugeres, y hicieron con èl cuerdas para las maquinas. Octavio formò cinco Campos al derredor de la Plaza para aſediarla, y los ſitiados, aunque la hambre los eſtrechaba baſtante, ſe defendieron con vigor, y tuvieron firme, haſta que en fin, aviendo un dia advertido, que los ſitiadores à la hora de medio dia eſtaban deſcuidados, y deſprevenidos, apoſtaron en las murallas las mugeres, y niños, para engañar con una vana apariencia, à los enemigos, y ellos ſoſtenidos de los eſclavos, à quienes avian dado libertad, hicieron una ſalida tan vigoroſa, y bien governada, que forzaron, unos tras otros, los cinco Campos, Cæſ. de Bell. Civ. lib. 3.

An. R... 705. de Octavio, quien tuvo que huir vergonzosamen-
An. J. C. 47. te, tomar sus Naves, y bolverse al Epiro. Esto sucediò quando Pompeyo estaba todavia en Dyrrachio. Cesar, à quien los Romanos de Salones pidieron socorro durante el sitio, no se lo pudo embiar por entonces; pero en el verano siguiente, y quando estaba mas empeñado contra Pompeyo, hizo pasar à la Iliria con dos Legiones á Cornificio. Este hizo la guerra contra los naturales, y contra Octavio, quien aviendo buelto al Golfo despues de la Batalla de Pharsalia, hacia por atraher á su partido á los habitantes de las pequeñas Islas, y costas de la Iliria. Cornificio con una conducta igualmente prudente, y activa, consiguiò siempre la ventaja sobre estas dos especies de enemigos.

Cesar supo quando iba en seguimiento de Pompeyo, que algunos de los vencidos se avian metido á bandadas en la Iliria inmediata á la Macedonia, y conceptuando que Cornificio necesitaria de socorro, diò orden á Gabinio de pasar á aquella Provincia con unas de las Legiones recien reclutadas. Gabinio, hechura de Pompeyo, seguia por agradecimiento á Cesar, que le avia levantado el destierro en virtud de la Ley promulgada, siendo Dictador por la primera vez, para que bolvieran à Roma todos los desterrados. Gabino era guapo, aunque hombre perverso; pero en esta ocasion no mantuvo la gloria que en otro tiempo adquiriò con sus Victorias en la Siria, y en Egipto. La Iliria es una tierra pobre, en donde no era facil mantener el Exercito, y mas à vista de que los Pueblos no entraban bien en seguir el partido de Cesar. La estacion era la peor del año, y el hinvierno, fuera de que con el rigor del frio incomodaba mucho á los soldados, impedia que les pudieran venir viveres por mar. Gabinio pre-

ci-

ciſado à lidiar con todas eſtas dificultades, proyectò varias empreſas, que le ſalieron mal, fue rechazado con pérdida en los ataques de algunos Fuertes, á donde ſe avian retirado los Barbaros, y quando de reſultas ſe bolvia á Salones, cayeron eſtos ſobre ſu Exercito, lo derrotaron, y mataron baſtante gente. Gabinio recogió la que pudo, ſe refugió à aquella Plaza, y murió de alli á poco de enfermedad. Con ſu muerte, y ſu derrota, adquiriò Octavio una ſuperioridad ſin contrarreſto, porque ademàs de ſer dueño del mar, tenia en ſu favor á los Pueblos. Cornificio eſtrechado haſta no mas, ſe mantenia con harto trabajo en la Provincia, porque Céſar metido entonces en Alexandria, hacia baſtante, en lugar de embiarle ſocorro, de defenderſe á sì proprio. En eſta eſtrechura el remedio del partido de aquel General fue en la Iliria un ſugeto, que haſta ahora no ha parecido en la Hiſtoria, ſino es como hombre deſpreciable por la baxeza de ſus penſamientos, y por la indignidad de ſus coſtumbres; pero que no dexaba de tener intrepidèz, y inteligencia para hacer la guerra. An. R... 705. An. J. C. 47.

Eſte era Vatinio, que hallandoſe entonces en Brindes ſolicitado por Cornificio para que fuera à ſu ſocorro, aunque eſtaba à la ſazon enfermo, emprehendiò, y executó eſta Expedicion con un valor muy grande. Tenia conſigo un competente numero de ſoldados veteranos, que avian quedado malos en Brindes, quando las Legiones de Céſar paſaron à la Grecia; pero le faltaban Navios de guerra, ò à lo menos no tenia con què formar una Flota, que pudiera hacer frente á la de Octavio. Por eſta cauſa embiò á pedirlos á Fufio Caléno, á quien Céſar avia dexado en la Achaya; pero como eſtos tardaſen, y que el ſocorro ſe neceſitaba prompto, ſe reſolviò à valerſe de los

An. R. 705. An. J. C. 47. que tenia à mano. A algunas Embarcaciones grandes que avia en el Puerto de Brindes, agregò muchas de las pequeñas que hizo armar con espolones; y sobre esta Flota embarcò sus veteranos, y se hizo á la vela para dár caza á Octavio. Este realmente huyò en presencia de Vatinio, y aun abandonó el sitio de Epidauro en las costas de Dalmacia, que avia empezado; pero luego que supo de què Embarcaciones se componia la Flota enemiga, como la suya era de todos modos mucho mas superior, se detuvo en el Puerto de una pequeña Isla llamada Tauris, y tomò todas las disposiciones necesarias para atacar al enemigo. Vatinio, que iba siempre vogando ácia adelante, viò salir de repente de aquel Puerto la Armada de Octavio, que venia en buen orden á atacarlo, y aunque sorprehendido à la primera vista, se recobrò en breve, y dió la señal de acometer, resuelto á que su audacia supliese el defecto de sus Navios. Efectivamente con la Galera que èl montaba, que era de cinco ordenes de remos, chocó con la Almiranta de Octavio, la que despues de un reñido combate perdió su espolon. Inmediatamente los Navios de una, y otra parte acudieron al socorro de sus Gefes, se estrecharon, y abordaron, que fue lo mas favorable que pudo succeder à Vatinio, porque en estos terminos el valor, y experiencia de sus soldados le aseguraba la Victoria. La Almiranta de Octavio se fue à pique, à otras muchas de sus Galeras succediò lo proprio, ò quedaron apresadas, y perecieron, ó en las aguas, ó á manos del enemigo un gran numero de sus soldados, y aun èl mismo escapó con bastante trabaxo; y Vatinio vencedor, entró á descansar en el mismo Puerto de donde el vencido avia salido. Esta victoria fue decisiva, porque Octavio huyó à las costas de la Grecia, des-

desde donde pasò á Sicilia, y luego á Africa: ningun Navio pareció desde este tiempo en el mar Adriatico en defensa de la Causa de Pompeyo; y la Iliria se sometió á César obedeciendo las ordenes de Cornificio. Vatinio, despues de esta gloriosa hazaña se bolvió á Brindes sin aver perdido ni una de sus Embarcaciones. An. R... 705. An. J. C. 47.

En la Grecia, los Athénienses, y Megarios, no quisieron seguir el partido de César. Este General destacó con un Cuerpo considerable de Tropas á Fufio Caléno, para que marchando ácia las Provincias de Mediodia, hiciera la guerra á los Tenientes de Pompeyo. Como uno de ellos llamado Rutilio Lupo avia murado el Isthmo de Corintho, no pudo Caléno penetrar en el Peloponeso, por lo que torció ácia Athénas, la puso sitio, y no se rindió esta Plaza hasta despues de la Batalla de Pharsalia, en que recurrieron los Athénienses á la clemencia de César, quien les perdonó, por consideracion á sus ilustres antecesores, como se dixo antecedentemente. Los de Megara no quisieron seguir su exemplo, y para desgracia suya se empeñaron en defender la Ciudad contra el Teniente de César que la puso sitio. Despues de una larga resistencia, viendose en vísperas de ser forzados, se les antojò soltar unos leones que Casio tenia en la misma Ciudad para transportarlos à Roma, à fin de que sirviesen en los Juegos de su Edilidad, porque entonces solicitaba este empleo. Los leones en lugar de tirarse à los enemigos, se rebolvieron contra los proprios Megarios, y destrozaron à algunos de ellos, cuya desgracia movió la compasion de los mismos sitiadores, que lo estaban viendo. Los restantes de los sitiados se rindieron, y fueron reducidos à la esclavitud; pero Caléno para aliviarlos lo posible, tuvo la atencion, y humanidad de no venderlos, sino es à Dio. & Appian.

com-

An. R... 705. An. J. C. 47. compradores que con ellos tuvieran alguna conexion, y esto en precios muy moderados, para que con esto pudieran rescatarse facilmente los infelices Megarios, y que una Ciudad tan antigua, y ilustre pudiera recobrarse de su desastre. Como de resultas de la Victoria de Pharsalia quedò franco el Isthmo de Corintho, Caléno entrò en el Peloponeso, y marchò ácia Patràs, à donde Caton vino, como se dixo, à abordar con la mayor parte de la Flota de Pompeyo, despues que dexò la Isla de Corcyra; pero como éste se retirò luego que supo que los enemigos estaban cerca, el Teniente de Cèsar no hallò quien se le opusiera en toda la Grecia.

Solo nos resta ahora hacer mencion de algunos hechos, que aunque particulares, no dexan de ser dignos de memoria. El primero de esta especie que se nos presenta, es la muerte de Ap. Claudio, hombre muy distinguido por su nacimiento, y mas por las Dignidades que obtuvo, que por su merito. Pompeyo, de cuyo hijo mayor era suegro, lo embiò desde el principio de la guerra à governar la Achaya, con cuyo motivo, curioso de saber con anticipacion el exito de ella para salir de los cuidados en que lo tenian, mas sus proprios intereses, que los de la Causa que seguia, se determinò à consultar el Oraculo de Delphos. Este avia perdido entonces tanto de su fama, que nadie hacia caso de èl, y la Sacerdotisa, como su oficio no la daba honra, ni provecho, se resistiò à ir à consultar al Dios Apolo, y dàr su respuesta, porque esto la costaba un trabaxo inmenso, como lo diximos en otra parte; pero finalmente persuadida, y en algun modo forzada por Appio, se determinò à complacerle, se puso en el Tripode, y diò la respuesta siguiente: „ Romano, esta guerra à tì nada te importa. Ocu-

Lucan. lib. 5.

Tom. 2. p. 436. 437. y 438.

Val. Max. lib. 8.

„ pa-

An. R... 705.
An. J. C. 47.

Oroſ. lib. 6. c. 15.

„ paràs la coſta de la Eubèa. „ Eſte preſagio, conforme à los deſeos de Appio, que ſin duda no ignoraba la Pithia, no ſe cumpliò como èl eſperaba. Es verdad, que evitò los deſaſtres de la guerra; pero fue porque una enfermedad acabò con èl, y le quitò todos los cuidados que le afligian. Pompeyo nombrò para ſuccederle á Rutilio Lupo, que fue el que cerrò el Iſthmo de Corintho.

Deſpues de la Batalla de Pharſalia, dos iluſtres fugitivos, à ſaber, Ser. Sulpicio, y M. Marcelo, que avian ſido Conſules juntos, aunque de genios diferentes, ſe conformaron en ſeguir un miſmo plan de conducta, que fue el de renunciar enteramente á la guerra, y à la dulce ſatisfaccion de vivir en ſu patria. Sulpicio, que fue de los ultimos que paſaron à la Grecia al Campo de Pompeyo, ſe retirò à una de las Ciudades de Grecia, ò de Aſia, para paſar en un voluntario deſtierro el reſto de ſus dias con quietud, y ſin fatiga, conſolandoſe con el eſtudio de la Philoſophia, y Literatura à que era muy aplicado; pero no pudo lograr enteramente ſus deſeos, porque Céſar, que conocia, y eſtimaba ſu moderacion, y ſu prudencia, lo ſacò de ſu retiro para hacerlo Proconſul de la Achaya, como ſe dirá à ſu tiempo. Marcelo ſu compañero, ſe retirò à Mitylena, y ſe entregò mas que nunca al eſtudio de la Eloquencia, y de la Philoſophia, y tomò algunas lecciones del Philoſopho Cratippo, bien conocido por los elogios que Ciceron le dá en varias partes. Como Marcelo tenia un corazon grande, no ſe ciñò en el eſtudio de la Philoſophia à la eſteril eſpeculativa, y reduciendo á práctica ſus principios, le ayudò à llevar con fortaleza ſu deſgracia, y à hallar en la rectitud, y pureza de ſus intenciones con què conſolarſe de los acaecimientos de la guerra ci-

Ant. R. 705. Ant. J. C. 47. civil, y del voluntario destierro de su Patria. No sabemos que ningun otro Romano imitase à los dos que acabamos de nombrar; y de todos los que escaparon de la Batalla de Pharsalia, los que no siguieron à Caton para renovar la guerra en Africa, recurrieron à la clemencia del vencedor, y unos mas tarde, y otros mas temprano todos obtuvieron el perdon. De estos fueron los dos Quintos Cicerones, padre, y hijo, que en esta ocasion hicieron un papel bien indigno. Yà se harà memoria, que Quinto Ciceron, hermano de nuestro Orador, sirviò en la Galia como Teniente General de Cèsar; pero sin embargo siguiò en la guerra civil el partido contrario, en lo qual era forzoso que ofendiese sensiblemente à su antiguo General, y mucho mas que éste estaba en el concepto de que él era el que avia persuadido à su hermano à dexar la Italia, y tocado, por servirnos de su expresion, la caxa para dàr la señal de la partida. Ciceron estaba en Brindes bien cuidadoso de lo que á èl mismo le succederia; y acordandose del dicho de Cèsar, le escriviò en favor de su hermano, sin embargo de que tenia algunas quexas de èl, y lléno siempre de buen corazon, y amistad por los suyos, decia à Cèsar, que tan lexos estaba de que su hermano le huviese persuadido à separarse de su partido, que antes siempre le avia instado à mantenerse firme en èl; y que assi, no tenia que echarle la culpa de lo que èl avia hecho sin ageno impulso.

Cic. ad Att. XI.

La carta està respirando un cariño verdaderamente de hermano, y llena de circunspeccion, y de prudencia, segun convenia à las circunstancias en que se hallaban uno, y otro; pero Quinto no le pagò con la misma cordialidad. Aviendose retirado à Patràs despues de la derrota de Pompeyo, no se contentò con desatarse en expresiones sa-

satiricas contra su hermano delante de todo el que quiso darle oìdos, sino es que hizo que llegasen à los de Cèsar. Su hijo, mozo insolente, y impetuoso, fue à Asia, no tanto à solicitar su perdon, quanto por acusar, y poner en mal concepto à su tio. Todos los amigos de Cèsar, que por la mayor parte lo eran de Ciceron, se indignaron de vèr la ingratitud de su hermano; pero con todo lo favorecieron, sabiendo, como sabian, que aunque Ciceron sentia en extremo el infame, y ingrato proceder de los suyos, estaba bien distante de desear vengarse de ellos. No fueron estos los unicos sinsabores que tuvo mientras se mantuvo en Brindes, y no tratamos ahora de los negocios peculiares de su casa, y familia, como del mal estado de su fortuna, de la mala economia de su muger, y de la triste situacion de su amada hija Julia, que precisada à divorciarse con Dolabela, no tenia con què mantener la decencia que la correspondia, porque estos no son asumptos sino es para una Historia privada de Ciceron; pero sì tratamos de las inquietudes, y cuidados que le causò por espacio de cerca de un año la cruèl incertidumbre de no saber cómo lo trataria el vencedor. Apenas llegò à Brindes, quando entró tambien en el Puerto Marco Antonio con las Legiones victoriosas de Pharsalia, y se vió expuesto à un riesgo muy grande, porque este General de la Cavalleria, pudo, si huviera querido, quitarle entonces la vida, porque avia buelto à Italia, motu proprio, ò à lo menos sin licencia por escrito de Cèsar. Antonio no le hizo daño alguno, y le recordò bastantemente en los tiempos succesivos este supuesto beneficio, que no sin razon llama nuestro Orador beneficio de salteador de camino, que se alaba de aver dado la vida à todo aquel à quien no se la ha quitado; pero

An. R... 705. An. J. C. 47.

Cic. id.

Cic. Philip. II. n. 59.

An. R... 705. An. J. C. 47. ro conviene sin embargo, en que Antonio en esta ocasion era dueño de aver hecho de èl lo que huviera querido. Libre de este riesgo, aunque no de cuidados, se viò expuesto á otro no menor, porque César con una noticia falsa que tuvo de que Caton, avia buelto à Italia, y de que pretendia parecer públicamente en Roma, escriviò à Antonio, que no lo permitiera, ni tampoco mantenerse en Italia, à ninguno de los que contra èl avian tomado las armas. Antonio hizo notoria la orden à Ciceron, dandole mil malas escusas de la precision en que se hallaba de obedecerla. Ciceron le embiò à uno de sus amigos para hacerle presente que en virtud de una carta de Dolabela escrita de orden de César avia venido à Brindes, con lo qual Antonio lo dexò quieto; pero tuvo Ciceron la mortificacion de vèr que se le exceptuaba en el Edicto que se publicò para la expulsion, como à uno de los que se avian sugetado à César, en tanto que otros sin meter ruido, ni salir al público, hacian con èl la paz. Finalmente no empezò à sosegarse hasta que recivió carta de César, en que le manifestaba desear que se mantuviese en el goce de todos los honores, y titulos que avia obtenido. Esta carta parece ser una de que hace mencion en su Alegato por Ligario; pero con todo no dexaba de causarle bastante desconfianza vèr la facilidad con que César perdonaba entonces à todos sus enemigos, no dudando, que luego pensaria en vengarse de ellos. Sus inquietudes, y cuidados hasta la buelta de César à Italia no pudieron sosegarse. Fue à recivirlo, y aquel General lo tratò con tanta atencion, y franqueza, que se persuadiò Ciceron por fin, à que estaba olvidado todo lo pasado.

Pro Ligar. n. 7.

Plut. in Cic.

César hallò al llegar à Roma, que todo estaba en fuego, que es de lo que nos falta tratar ahora; pe-

pero aunque las noticias que hay de lo que en su ausencia pasò en aquella Ciudad, y en Italia, son casi ningunas, se hace preciso tomar las cosas de mas arriba. La Batalla de Pharsalia solo se supo en Roma por noticias particulares, que se esparcieron por el público, porque Cèsar por un efecto de moderacion, y verguenza, se abstuvo de dár cuenta de ella al Senado, no queriendo insultar à la desgracia de Pompeyo, ni parecer que triunfaba de las calamidades públicas; y assi, la fuga, y muerte de este General, no produxeron otro efecto, que el de asegurar mas, y mas la dominacion del vencedor, y todo quedò en quietud debaxo de la direccion del Consul Servilio Isaurico. Este fue sin duda el que, segun las facultades de su emplèo, nombrò Dictador à Cèsar en virtud de orden del Senado, para todo el año en que se iba à entrar; pero como estaba muy distante para que pudiera nombrar General de la Cavalleria, sus amigos dispusieron que este encargo recayese en Marco Antonio, quien como no avia otros Magistrados en la Republica, porque la eleccion no se podia hacer sin la intervencion del Dictador, estuvo gozando en Roma de una autoridad sin limites, porque aunque avia nombrados Tribunos, y Ediles de la Plebe, nada suponian estos entonces. No es posible que pudiera aver quedado en peores manos el Govierno de la Republica, ni imaginar cosa mas viciosa, ni indecente que la conducta de Antonio. Siempre lleno de vino, aun en el tiempo mismo que en la plaza pública sentado en su Tribunal exercia su Oficio como primero, y unico Magistrado de Roma, y rodeado continuamente de una tropa de farsantes, y comicos, solo pensaba en divertirse, comer, y beber mientras aquel de quien dependia sufria las mayores fatigas, y se exponia à los riesgos

An. R... 705.
An. J. C. 47.

Dio. lib. 42.

Cic. Phil. II. n. 62.

An. R... 705. An. J. C. 47. gos mas grandes para concluir una guerra tan importante, y dificil. Esta torpeza, y indecencia con que Antonio vivia, solo à èl podia perjudicarle; pero sus robos, y exacciones arruinaban á muchos de los ciudadanos. Hijo de un padre disipador, y prodigo; y èl mismo mucho mas que su padre, yà se puede discurrir el estado en que estarian sus averes. Como se viò con la fuerza en mano, se aprovechò de la ocasion para reparar el descalabro que padecian sus haciendas, y por decir mejor, para satisfacer la furia que tenia de gastar. Robaba á dos manos, vendia públicamente la Justicia, daba à unos bienes à que ningun derecho tenian, y quitaba à otros lo que legitimamente era suyo; y yà se puede discurrir, que para esto no le podian faltar pretextos en una Ciudad llena de malcontentos, y en donde la mayor parte de los ciudadanos suspiraban por el antiguo Govierno, y se sometian à mas no poder à la nueva Tirania. Antonio para hacerse obedecer, se valia del terror que infunden las armas, llevaba ceñida la espada à las Asamblèas, y Juegos que tenia que presidir: cosa de que no avia exemplar en Roma, y iba por todas partes acompañado de una multitud de soldados promptos siempre à obedecer sus ordenes.

La esclavitud en que estaba la Ciudad, parecia que à lo menos debia proporcionar alguna tranquilidad; pero Dolabela no permitiò siquiera à los Romanos, el que gozasen de este corto consuelo. Era un mozo de talentos, de un valor grande, lleno de ambicion, y audacia, y ademàs de esto de infinitas deudas, como la mayor parte de los que se adhirieron al Vando de Cèsar. Para desembarazarse de una vez de sus acreedores, y ganar amigos, y parciales al proprio tiempo, renovò el proyecto intentado por Célio en

el

el año antecedente, de hacer abolir todas las deudas. Lo primero que hizo fue componer que se le nombrase Tribuno de la Plebe, cuyo empleo subsistia aun quando avia Dictador en la Republica; y para esto, como era Patricio, tuvo à imitacion de Clodio, que hacerse incluir en la clase de los Plebeyos. Luego propuso una Ley para una abolicion general de todas deudas; y para ganar à la multitud, propuso otra sobre la marcha, como tambien lo hizo Célio, para libertar à los inquilinos de la paga de los alquileres de las casas que ocupaban. Toda la gente de bien, que avia quedado en Roma, se indignò al oìr semejantes proposiciones, y dos Tribunos compañeros de Dolabela, llamados Asinio, y Trébelio, se opusieron à ellas en forma; y de esto nacieron las quimeras, y los golpes, que perturbaron el sosiego de la Ciudad. Antonio, à quien tenia cuenta la abolicion de las deudas, apoyó à los principios la proposicion; pero luego aviendo tenido algunas sospechas, que no se sabe si con fundamento, ò sin èl, de que entre el Tribuno, y su muger avia algun trato ilicito, repudiò à ésta, aunque tambien era su prima hermana, y rompiò con Dolabela, prestandose à los deseos del Senado, que con toda su fuerza se oponia à unas Leyes sediciosas, y destruidoras de toda buena fé en la sociedad, y en el comercio. El Tribuno se hacia sostener por una multitud de gentes armadas, por lo qual Antonio, en virtud de un Decreto del Senado, que le encargaba, como tambien al Colegio de los Tribunos, de celar que la Republica no padeciese detrimento, prohibiò traher armas à todo el que no fuese soldado, y hizo entrar en Roma mas Tropas para hacerse obedecer. Sin embargo Dolabela sostenido por el favor de la multitud, hizo obstinadamente frente al Senado, y à

An. R... 705.
An. J. C. 47.

los

An. R...705. An. J. C. 47. los ſoldados del General de la Cavalleria, mantenieндole en ſu obſtinacion las malas noticias que venian de Alexandria del mal eſtado en que ſe hallaba Céſar. Luego que ſupo que avia ſalido victorioſo de Egipto, el temor de ſu juſta colera le hizo moderar un poco ſu fogoſidad; pero los movimientos de Aſia, y la guerra contra Pharnaces, aviendo dilatado la venida del Dictador, el Tribuno dexando la politica circunſpeccion, que avia producido el miedo del caſtigo, bolviò à excitar nuevos alborotos.

En eſte tiempo Antonio tuvo preciſion de dexar à Roma para ſoſegar las Legiones veteranas de Céſar, que ſe amotinaron, y negaron à paſar à Africa haſta que ſe las pagaſen las recompenſas que ſe las avian ofrecido por ſus ſervicios paſados. Dion, que hace mencion de eſte viage de Antonio, no dice ſi conſiguió, ò no ſoſegar à los veteranos, y ſolo que al ſalir de Roma, hizo el nunca viſto exemplar en General de la Cavalleria de dexar un Vicegerente, y nombrar por Governador de la Ciudad en ſu auſencia à L. Céſar ſu tio, hermano de ſu madre. Lucio, era un hombre reſpetable por ſu nacimiento, por ſus Dignidades, y por ſus virtuoſas prendas, muy proprio para contener à gentes á quienes pudiera hacer alguna impreſion el honor, y el reſpeto; pero incapàz para reducir à un temerario como Dolabela; y aſſi, en el tiempo de ſu Govierno la ſedicion llegò à los ultimos vales. Los acreedores por una parte, y los deudores por la otra formaban como dos Campos dentro de la Ciudad: todos los dias avia funciones entre ellos, ſe apoderaban de los pueſtos ventajoſos, y ſe hacian la guerra, ſirviendoſe del fuego, y de las armas, para ofender, y defenderſe. El deſorden llegò à tales terminos, que las Veſtales no contemplandoſe ſeguras en el Templo

plo de Vesta, sacaron de èl todas las cosas sagradas, que estaban fiadas à su custodia. El Senado, aviendo buelto Antonio à Roma, le encargó de nuevo cuidase de la seguridad, y tranquilidad pública. El riesgo crecia, y Dolabela, que obraba como un hombre desesperado, aviendo señalado un dia, en que determinò hacer pasar sus Leyes, para conseguirlo, mandò cerrar las avenidas de la plaza, y elevar torres de madera para defenderlas, como si se tratára de hacer una guerra en forma, ó de resistir un sitio. Antonio por su parte juntò sus Tropas en el Capitolio, forzò las barreras puestas por el Tribuno, quitò, y hizo pedazos las tablas en que estaban escritas sus dos Leyes; y aviendo preso à algunos de los mas sedicioso, hizo justicia con ellos mandandolos precipitar de la Roca Tarpeya. Este castigo no bastò sin embargo à sosegar enteramente la sedicion, la qual se calmò luego que se tuvo noticia de la derrota de Pharnaces, y de que Cèsar llegaria de un dia à otro á Italia, bien que quedò todavia algun fermento hasta que el Dictador con su presencia impuso à todos un temor, y respeto, que tranquilizaron los animos inquietos. Dolabela debia à lo menos esperar perder la gracia de Cèsar; pero este diestro Gefe de Vando, nada menos era que severo con los que le avian sido, y podian ser todavia utiles; y assi, como tambien le dieron bastantes quexas de Antonio, los igualò á los dos perdonandoles sus excesos. An. R... 705. An. J. C. 47.

A nadie se le buscò, ni castigó por lo pasado, ni aun á los que siguieron el partido contrario; pero como tenia necesidad de dinero, assi para cumplir con las obligaciones contrahidas durante una guerra tan dilatada, y para la que tenia que continuar en Africa, la qual urgia, se aplicò

An. R... 705. An. J. C. 47. cò à juntarlo por todos medios. Era coſtumbre ofrecer à los Generales victorioſos, coronas de oro, y erigirles eſtatuas, y con eſte titulo Céſar recivió ſumas conſiderables ſobre el pie de donativo gracioſo, y pidió preſtadas otras no menores, aſſi à particulares, como à Ciudades; bien entendido, ſegun Dion, que no las tomó con ánimo de bolverlas; pero eſta es una interpretacion arbitraria de eſte Autor, por no ſer creible, que aquel Dictador, que deſeaba ganar el afecto, y grangearſe el buen concepto del público, penſára en burlarſe de los que le hacian favor en ſus urgencias. Su penſamiento en eſta parte no pudo ſaberſe, porque la muerte que le ſobrevino, no le dió tiempo de pagar eſtas deudas. Otro de los medios de que ſe valió para recoger dinero, odioſo, pero que tuvo por neceſario en las circunſtancias en que ſe hallaba, fue el de mandar vender los bienes de los que avian muerto en la guerra civil, ſin exceptuar los de Pompeyo, que compró Marco Antonio, cuyo aſumpto deſcribe Ciceron con una energia que excita la compaſion al verſe tratar tan indignamente, aun deſpues de ſu muerte, à un hombre tan grande, y la indignacion contra Antonio, que entre tantos malvados, dice, como los que concurrieron à la Almoneda, fue el unico que tuvo la audacia de poner la mano en los bienes de aquel infeliz General. Yà ſe puede diſcurrir, quán amargo dolor cauſaria ſu pública venta à los parciales de Pompeyo, de que toda Roma eſtaba llena, y un deſpojo tan indigno no lució al que ſe hizo dueño de èl, porque todo lo que era muebles, ſe diſipò, echó à perder, ó ſe deſapareció en breviſsimo tiempo, y mas, que contemplandolos como bienes eſtrangeros, creyó que jamàs ſe le obligaria à pagar el precio en que los tomó, porque no tuvo que ſatisfacerlo

Philip. II. n. 64.

de

de prompto. No era esta la cuenta de César, que quiso dárle tiempo para la paga; y así, à su buelta de la guerra de Africa, lo estrechò à ella de tal suerte, que Antonio tuvo que sacar à vender los pocos muebles, que le avian quedado para hacer algun dinero, y dár satisfaccion. Unos de sus antiguos acreedores hicieron oposicion à la venta; y como en este tiempo César tuvo que venir á nuestra España contra los hijos de Pompeyo, no sabemos de Ciceron, que cuenta éste hecho, si Antonio pagó, ò no. En lo que no hay duda es, en que recobrò despues la amistad de César, la qual perdió con este motivo, y en que se quedò en posesion de la casa de Pompeyo. Es regular, que los otros amigos de César se aprovechasen de la venta de los bienes de los infelices vencidos, y entre otros señala Ciceron à un P. Syla, pariente del Dictador de este nombre, que no se descuidó en esta ocasion, como tampoco en la de la proscripcion de los enemigos del Vando de aquel Romano. An. R... 705. An. J. C. 47. Id. n. 72.

Al mismo tiempo que César se aplicaba à recoger dinero de todas maneras, no se olvidó de conciliarse el favor de la multitud: objeto que es de mucha importancia, y no se debe perder de vista en los principios de una nueva dominacion. Para conseguirlo, siguió à lo menos en parte el plàn de Dolabela, y no se detuvo en hacer galanterias con lo ageno. Es verdad, que no llegó à los terminos de una abolicion general de deudas, y aun se negó constantemente à las instancias reiteradas de la multitud que la pedia, diciendo, que èl mismo estaba cargado de ellas, y que con todo no queria burlar à sus acreedores; pero además de las modificaciones concedidas en su primera Dictadura, gratificó à los Romanos con una remision de todos los intereses caìdos desde Suet. Cæs. c. 42.

An. R... 705. el principio de la guerra civil; y por lo que to-
An. J. C. 47. ca à los alquileres de casas, alivió à los pobres, publicando una Ordenanza, que libertaba de la paga de un año en Roma, à todos aquellos cuyo alquiler no excedia de dos mil sestercios, (quinientos reales de plata) y de una quarta parte solamente en lo restante de Italia, que esto es como Gronovio explica los terminos de Suetonio, que tienen alguna obscuridad en este pasage. No se descuidó tampoco César en recompensar à los que le avian servido con celo, y sido compañeros de sus Victorias. Dió Sacerdocios à unos, empleos de Republica à otros; y aunque el año en que vamos estaba al acabarse, hizo crear Consules, como se dixo, à Caléno, y à Vatinio. Tambien nombró Pretores, entre los quales conocemos al Historiador Salustio, quien con esto bolviò à entrar en el Senado, de donde lo separaron los ultimos Censores; y para tener mas plazas que dár, aumentò hasta diez el numero de Pretores para el año siguiente. El Consulado de Vatinio, que duró muy pocos dias, dió motivo á que Ciceron dixera mil chistes. Entre otros dixo, que en el Consulado de Vatinio avia acaecido un prodigio muy grande, que era averse pasado sin hinvierno, primavera, verano, ni otoño; y como el Consul, que estuvo entonces enfermo, le diese quexas de no aver ido á verlo: „ Hice ánimo, „ le respondió Ciceron, de aver ido à visitaros „ durante vuestro Consulado; pero me cogió la „ noche en el camino: „ dicho que mas parece convenir al de Caninio Rébilo, que no duró mas que un dia. Lo ridiculo, y indecoroso heria siempre á Ciceron, y no podia disimularlo. Catulo tomaba la cosa con mas seriedad, y al ver la indignidad personal de Vatinio, llegó en su hyperbole poètico, hasta desear morir por no vèr

De Pe. Vet. II. 2.

Macrob. Satir. II. 3.

Epigr. 50.

el

el Consulado envilecido, y degradado con obtenerle un sugeto tan indigno. An. R... 705. An. J. C. 47.

César sin embargo empleó à algunas personas de merito; pero tuvo que irlas à buscar al partido contrario. Diò el Govierno de la Achaya à Ser. Sulpicio, y à Bruto el de la Galia Cisalpina. No se duda que los Griegos darian muchas gracias, y quedarian bien contentos de que los governase un hombre de la prudencia, y talentos de Sulpicio. Por lo que toca à Bruto, Plutarco atestigua, que governó su Provincia con toda la humanidad, y suavidad posible; y lo que es digno de alabarse, que el honor de todo lo atribuìa à César, y trabaxaba en conciliarle el amor, y respeto de los Pueblos. Bruto, hombre recto, y sincero, al pasarse à César despues de la Batalla de Pharsalia, ningun rencor llevò, ni conservò contra èl, y lo sirvió como amigo fiel. Despues la gloria de vengar la libertad oprimida, le hizo mudar enteramente de dictamen; y aun para esto, como lo verèmos, fue menester que el impulso le viniera de la parte de afuera, pues en su humanidad, y buen corazon, parece no cabia conspirar contra la vida de su bienhechor. Los habitantes de la Galia Cisalpina, quedaron tan agradecidos à su virtuoso Governador, que le levantaron una estatua en la plaza de Milan, y se conservaba en ella en el tiempo de Plutarco. César al mismo tiempo disponia todo lo necesario para pasar promptamente à Africa, en donde las reliquias del partido de Pompeyo se avian fortificado, y adquirian cada dia nuevas fuerzas. Se hizo primeramente continuar Dictador, y eligir Consul para el año siguiente, tomando por compañero, y por General de la Cavalleria al mismo tiempo à M. Lepido, que segun se dixo yà, le hizo à èl el servicio, no siendo mas que Pretor, de nombrarlo Dictador la pri- Plut. in Brut.

An. R... 705. An. J. C. 47.

mera vez. Lepido con estas dos grandes Dignidades quedaba, siendo la primera persona de Roma, y de toda Italia en la ausencia de César.

Suet. Cæs. c. 70. Appian. Civil lib. 2. Dio.

Dispuesto yà todo para la partida, una furiosa sedicion, que se levantò entre las Legiones veteranas, la pudo aver dilatado, ò impedido enteramente, si el vigor, y fortaleza intrepida de aquella alma la mas arrogante que jamás se ha visto, no huviese cortado en los principios un mal, que minaba por los cimientos el edificio de su fortuna. Los soldados veteranos, como se ha dicho, llevaban con impaciencia no aver recivido las recompensas, que se les tenian prometidas; y cobrando osadia porque se conocian necesarios, pidieron con insolencia que se les cumpliese lo ofrecido, y tambien que se les diera su licencia, como aviendo cumplido el tiempo de sus servicios. En la Campania fue en donde tuvo principio la sedicion, y entre los sedicioſos los que mas sobresalian fueron los soldados de la decima Legion, hasta entonces la mas afecta à César, y la que éste mas avia recompensado, y distinguido, y por lo mismo se hicieron los soldados mas osados, y insolentes. Como César no se hallaba entonces en disposicion de dárles mas que palabras, despachó á Salustio, à quien se acababa de nombrar Pretor, para que de su parte les dixese, que concluìda la guerra de Africa, ademàs de dárles las tierras, y otras recompensas pecuniarias ofrecidas, se gratificaria à cada uno de ellos con mil denarios; esto es, mil reales de plata de nuestra moneda. Estas ofertas, como estaban tan remotas, solo sirvieron de irritar mas à los soldados. Salustio debiò la vida á la diligencia, con que pudo escapar de las manos de los sedicioſos, los que ciegos, y fuera de sì partieron al instante, y encaminandose ácia Roma, talaron quanto encontraron al paso, y aun ma-

mataron à algunas perſonas, entre las quales ſe cuentan dos antiguos Pretores, llamados Coſconio, y Galba. An. R. 705. An. J. C. 47.

Temiendo Céſar que cometieſen algun inſulto en la Ciudad, mandó cerrar las puertas, y repartiò en diferentes pueſtos para defenderla à los ſoldados, que tenia à mano; pero èl no ſe encerrò, y quando ſupo que los amotinados avian llegado al Campo de Marte, fuè à ellos, ſin embargo de las repreſentaciones que ſus amigos aſuſtados le hicieron para que no ſe expuſiera: ſubiò con el mayor deſembarazo, y entereza á ſu Tribunal, y con un tono de voz que amenazaba, les preguntò que què querian. Cortados los ſedicioſos al vèr la entereza de ſu General, no ſe atrevieron à hacer mencion de las recompenſas, cuya tardanza avia ſido cauſa de ſu motin, y ſe ciñeron á hacerle preſente, que deſpues de tantos trabaxos, fatigas, y ſangre vertida en las Batallas, que avian ganado, parecian acreedores á que ſe les diera ſu licencia. *Pues yo os la doy*, reſpondió ſecamente Céſar apenas acabaron ſu oracion; y deſpues de un corto intervalo de ſilencio, para mezclar alguna expreſion mas ſuave, ſin perjuicio de la dignidad, y autoridad del Mando: *Y quando yo haya triunfado*, añadiò, *con otras Tropas, no dexarè ſin embargo de cumplir con las promeſas que os tengo hechas.* Eſtas pocas palabras fueron como otros tantos rayos, que aterraron à los ſedicioſos, porque en lo que menos penſaban era en que Céſar les dieſe ſu licencia en el tiempo miſmo que tanto neceſitaba de ſus ſervicios. La palabra que les diò de recompenſarlos, los confundia, y no menos excitaba ſu embidia, el que deſpues de aver corrido los rieſgos de tantas, y tan importantes guerras, vinieran otros à lograr el honor del Triunfo. Agitados de eſtos diver-

An. R... 705. An. J. C. 47. versos movimientos, quedaron sin acertar à hablar palabra, bien que no del todo reducidos, porque no acababan de creer, que Cesar pudiera pasarse sin sus servicios. El Dictador por su parte se levantò para irse, como que yà no tenia mas que hacer, ni decirles; pero à instancias de sus amigos, que le rogaron que no tuviese con los compañeros de sus Victorias un laconismo tan seco, y aspero, se determinò à hablarles, y para afrentarlos mas se sirviò de la voz *Quirites*, como si dixera *Señores*, ò *Ciudadanos*, porque yà no los miraba como à soldados.

Esta expresion acabò de domar su altaneria, empezaron à gritar que eran soldados, recurrieron à las mas reverentes sùplicas, protestaron un arrepentimiento sincero, y le pidieron por gracia especial que los llevàra consigo à Africa, dandole palabra de vencer solos à los enemigos por mucho que fuese su numero; y aun se ofrecieron à que en castigo de su rebelion los decimàra, si lo tenia por conveniente. Cesar aviendolos reducido à los terminos de sumision en que los queria, se mantuvo sin embargo con la propria entereza, y les declarò, que no queria derramar su sangre; pero que los reformaria, que era la pena que merecian unos soldados, que llenos de vigor se negaban à seguir à su General. Finalmente vencido de sus ruegos, les concediò, como una gracia muy grande, lo mismo que èl tenia interès de desear con las mayores veras. Sola la decima Legion fue à la que no quiso perdonar en pena de su ingratitud; y los soldados desesperados de no poder obtener su gracia, lo siguieron sin embargo à Africa à pesar suyo, ò à lo menos sin orden. Cesar se sirviò de ellos; pero aviendo tomado los nombres de los mas sedicioso, los expuso à todos los lances mas peligrosos para que pereciesen,

y

y à los que escaparon los privò de la tercera parte del despojo que les tocaba, y de la misma en la distribucion de tierras, que segun lo ofrecido les hizo en Italia despues de la guerra. Era su maxima tratar siempre con rigor à los desertores, y sedicioſos: pero en las demàs faltas del soldado era muy indulgente. Muchas veces despues de alguna gran Victoria, dispensaba à la Milicia de los trabaxos ordinarios, y les daba entera libertad, diciendo con complacencia, que sus soldados en medio de las delicias, y de los banquetes, no dexaban de pelear grandemente. Quando los harengaba, no los llamaba como otros Generales *soldados*, sino es les daba el nombre de *camaradas*, para ellos mas agradable, y cariñoso. Tenia tambien gran cuidado de que en sus armas brillasse el oro, y la plata, tanto porque èl gustaba de la ostentacion, quanto porque el empeño de conservarlas, decia, hacia à los soldados mas valientes; pero en punto de sedicion era inflexible, conociendo que seria inutil vencer à sus contrarios, y reducirlos, si los mismos que contribuian à ello, le faltaban á la debida sumision, y obediencia. Toda esta politica iba bien entendida para los intereses de un Cabeza de Vando; pero en quanto al disimulo en los otros defectos, y vicios de los soldados, es contrario á toda buena regla, y seria indecente en un General, que tuviera un poder legitimo. Cèsar apaciguada la sedicion, solo pensò en disponer las cosas para pasar á Africa. Pero de esto tratarèmos en el Libro siguiente.

An. R... 705. An. J. C. 47.

Suet. Cæs. c. 67.

LIBRO XXXIII.

ESTE Libro contiene un espacio de tres años, desde el de Roma de 706. hasta el de 708. ambos inclusivamente. Descrivese en el primero la Guerra de César en Africa, la muerte de Caton, el Triunfo de César, el plán de Govierno, que estableciò en la Republica, y su atencion en reformar diferentes abusos. En los dos ultimos referirèmos lo ocurrido en la guerra, que contra los dos hijos de Pompeyo hizo César en nuestra España, la conspiracion que contra èl se tramò en Roma, su muerte, y la artificiosa conducta de Marco Antonio para aprovecharse de este acaecimiento.

§. I.

METELO SCIPION VIENE A AFRICA à unirse con Varo, y Juba. Su caracter. Caton se une á ellos, y cede el Mando al primero. Fuerzas del partido vencido. César pasa à aquella Region. Mal estado de su Exercito. Batalla en que se halla en un riesgo muy grande. Varios hechos particulares de esta guerra hasta la toma de Utica, y muerte de Caton. Elogio de éste, y Exequias que se le hicieron. César perdona al hijo de Caton, à quien encontrò en aquella Plaza. Fuga de Juba. Zama su Capital le cierra las puertas, y se hace dàr la muerte. Todo cede al vencedor. Metelo Scipion se atraviesa su espada. La Numidia reducida à Provincia Romana. Salustio queda por Governador, y vexa de todos modos à sus Pueblos. Recompensas, y castigos dados por César en Africa. Restituyese à Roma. Decretos llenos de adulacion, que expide á su favor el Senado. Reflexion sobre el plan de Govierno, que se for-

forma Céſar. Celebra quatro Triunfos, recompenſa à ſus ſoldados, y reparte dadivas à la Plebe. Hace varios reglamentos en Roma, y corrige el Kalendario. Hechos condenables en la conducta de Céſar. Conſiente en que Marcelo buelva à Roma. Muerte funeſta de eſte Romano. Conducta de Ciceron con Céſar. Divierteſe nueſtro Orador en componer algunas Obras. Dolor exceſivo que ſiente de la muerte de Julia ſu hija.

C. JULIO CÆSAR III.
M. ÆMILIO LEPIDO.

An. R. 706.
An. J. C. 46.

PErdida la Batalla de Pharſalia Metelo Scipion ſe retirò, como ſe dixo, á Africa, eſperando hallar apoyo en Varo, y Juba, Rey de Mauritania. Eſte Principe era tanto mas afecto al partido de Pompeyo, quanto que èl lo avia defendido contra Curion, Teniente de Céſar, y la Victoria completa que ganò à eſte Romano, fuera de averle hinchado extraordinariamente el animo, le unian con mas eſtrechèz à una Cauſa, por la qual avia tan glorioſamente peleado. Varo, à quien de reſultas ſe le mantuvo en el Govierno de la Provincia de Africa, tenia à ſus ordenes Legiones, que avian dado pruebas de ſu fidelidad à Pompeyo; y aſsi Metelo hallò á ſu llegada fuerzas con que renovar, y mantener la guerra con ventaja, ſi huviera tenido los talentos neceſarios para dirigirla. Su nacimiento, y ſu nombre eran grandes, no menor el odio que tenia à Céſar: no le faltaba valor, bien que eſte mas era de ſoldado, que de General; pero en lo demàs ſin experiencia, y ſin que en toda ſu vida huvieſe hecho hazaña con que merecer el renombre de guerrero. En punto de las prendas que conſtituyen à los Hombres Grandes, ninguna ſe hallaba en èl, y sì los vicios de los que tienen

Dio. lib. 43. App. Civ. l. 2. Plut. in Cat.

An. R... 706. An. J. C. 46. poca capacidad; esto es, una vanidad, y presumpcion, que lo hacia incapàz de sugetarse à recivir consejo de nadie, y esto que tenia quien se los diese buenos, como Caton, que fue à unirsele con mas de diez mil hombres, y yà verémos como no supo aprovecharse de esta inestimable ventaja, ni de las fuerzas que le llevò.

Dexamos à Caton en Cyréna, en donde supo la muerte de Pompeyo, y se le obligò en algun modo à encargarse del Mando de la Flota fugitiva. Como para unirse con Scipion, que era el mejor, ó unico partido que podia tomar en las circunstancias en que se hallaba, se hacia muy dificil evitar las Syrtas, que son unos baxos muy peligrosos de la Barbaria, porque estaba la estacion muy adelantada, se resolviò à tomar el camino por tierra, aunque era muy dilatado, incomodo, y peligroso, teniendo que atravesar un vasto pais lleno de arenales, árido, y que no tenia otros moradores que serpientes, y animales ponzoñosos de todas especies. Sin embargo aviendo tomado todas las providencias, y precauciones necesarias para la comodidad de la marcha, y evitar los riesgos que ofrecia, se puso en camino, y al cabo de treinta dias llegò à Leptis, (*) en donde pasó el resto del hinvierno. Los soldados padecieron infinitos trabaxos; pero todos se les hicieron suaves, y llevaderos, porque Caton era el primero que los sufria, iba á pie (*) delante de todos con su pica en la mano, porque jamàs se sirviò de carruage, ni cavalleria; ninguno dormia menos en el Exercito, y quando se encontraba alguna fuente, ò arroyo, èl iba el ultimo à aliviar la sed que los fatigaba. El partido que se avia formado en Africa, y fortificado con la detencion de Cèsar en Alexandria, era bien considerable; pero la discordia se avia intro-

(*) Avia dos Ciudades de este nombre, que se distinguian con los epitectos de *Grande*, y *Pequeña*; pero parece que aqui se trata de la ultima, que es la mas Occidental, y està situada al norte de la Pequeña Syrta.

(*) Luc. v. 587.

troducido entre los dos Comandantes, por no querer ceder el uno al otro el Mando en Gefe, y con eſte motivo el Rey Juba con ſu ſoberbia, y barbaro fauſto atropellaba, y oprimia à los dos. Caton con ſu llegada remediò en parte eſtos deſordenes, porque lo primero que hizo fue enſeñar al Principe Numida à reſpetar la gloria, y preeminencias del nombre Romano, y luego cortò la diſputa de Scipion, y de Varo, ſugetandoſe èl miſmo á las ordenes del primero. Las Tropas con conſentimiento de eſtos dos Comandantes le ofrecieron el Mando, de que era ſin contradiccion el mas digno por ſus prendas perſonales; pero la Ley daba la deciſion, porque Scipion avia ſido Conſul, y Caton no mas que Pretor; y aſsi proteſtò, que peleando como peleaba por las Leyes, jamás empezaria violandolas, y aun ſe negò á partir con èl el Mando, diciendo que para la defenſa de la Cauſa comun, era mas conveniente, que no huviera mas que una cabeza. Eſta gran rigidèz de Caton es ſeguramente muy laudable; pero con todo ſe arrepintiò de ella, luego que conociò que Scipion no era para mandar en Gefe. An. R... 706. An. J. C. 46.

Con el exemplo de Caton, Varo lo reconociò por General, y ſe ſugetò à èl. Afranio, que avia ſido Conſul, hizo lo proprio, y tambien Petreyo, y Labieno, Oficiales antiguos, y experimentados; pero que ningun titulo tenian para aſpirar al Mando. El primer obgeto de los Gefes reunidos fue aſegurarſe de la fidelidad de los Pueblos del territorio que ocupaban, y como ſoſpechaſen que los habitantes de Utica mantenian una ſecreta inclinacion al partido de Céſar, Juba, Principe violento, y cruel quiſo que ſe les exterminaſe, y que ſe deſtruyeſe la Ciudad; pero Caton ſe opuſo à ello, y ſe encargó de governarla,

An. R... 706. An. J. C. 46. y defenderla. Utica, que era yà muy conſidera-ble por ſu ambito, riquezas, multitud de habitadores, que encerraba en sí con ocaſion del gran comercio, que ſe hacia en ella, y por las fortificaciones que tenia, ſe hizo mucho mas, dirigida por un Governador tan activo, y vigilante. Recogió Caton inmenſas proviſiones de granos, reparò las murallas, fabricò torres, y plantò fuera de la Ciudad un Campo fortificado con ſu foſo, y eſtacada, en donde alojaba à toda la Juventud; pero deſarmada. Por lo que toca al reſto de los habitantes, los mantuvo dentro de los muros, cuidando mucho de que no pudieran hacer movimiento alguno, y protegiendolos al miſmo tiempo, de manera que ſus Tropas, ni los maltrataſen, ni hicieſen daño alguno; y aſsi, no ſolamente ſalvò à Utica, ſino es que la hizo ſer utiliſsima á los miſmos que por un efecto de ſu ciego furor intentaron deſtruirla, porque embiò à Scipion armas, dineros, y viveres, y la Plaza ſirviò como de Almacèn general para todas las neceſidades de eſta guerra. Como el partido de Pompeyo ſe hallaba en Africa en tan buen eſtado, ſe recogieron á eſta Provincia todos los que eſcapados de la Batalla de Pharſalia no quiſieron ſometerſe al vencedor, y en breve ſe hicieron los vencidos tan poderoſos en mar, y tierra, que podian hacer temblar à Céſar, pues tenian à ſus ordenes una innumerable Cavalleria, gran numero de Tropas armadas á la ligera, quatro Legiones del Rey Juba, y diez recogidas, ó formadas por Scipion, ciento y veinte Elefantes, y varias Eſquadras repartidas por toda la coſta, las quales incomodaban baſtantemente à los enemigos, y hacian ſus deſembarcos en Sicilia, y en Cerdeña para coger todas las armas, y hierro que podian, que era lo que principalmente avia me-

Hirt. de Bell. Afric. 1. & 2.

neſ-

neſter el Exercito. Parece que en Italia ſe temia que los Pompeyanos, viendoſe con unas fuerzas tan conſiderables, hicieſen alguna invaſion, mientras eſtaba Céſar ocupado en Egipto, y en Aſia. Tambien avia en nueſtra Eſpaña algunos movimientos, de que el Joven Pompeyo à impulſos de Caton vino à aprovecharſe, de ſuerte que el rieſgo era grande para el Vando victorioſo, y aſsi Céſar, deſpues de aver dado providencia à lo que mas urgìa en Roma, y en Italia, no tenia que perder un inſtante para ir à conjurar una tempeſtad, que ſe iba haciendo tan recia como la que avia diſipado con la Victoria de Pharſalia. Con efecto acudiò á deſvaratarla con una actividad no comprehenſible, y eſta llegò à tanto extremo, que ſi hemos de decir nueſtro ſentir, ſolo pudiera ſervir de modélo à los que tuvieſen un talento igual al ſuyo, y vendria à ſer temeridad en qualquiera que en sì miſmo no hallaſe tantos recurſos como aquel General.

An. R. 706. An. J. C. 46.

Cic. ad Att. XI.

Partiò de Roma en fines del año antecedente al en que vamos, paſò el Eſtrecho en Rhégio, y de Meſsina, marchando derecho à Lilibéa, llegò à eſta Plaza el 17. de Diciembre; (*) pero es meneſter advertir, que el año de los Romanos eſtaba entonces en tal traſtorno, y confuſion, que el 17. de Diciembre correſpondia en realidad ſer el 30. de Septiembre. Llegado á Lilibéa, quiſo embarcarſe inmediatamente, aunque no tenia conſigo mas que una Legion de nuevas reclutas, y apenas ſeiſcientos cavallos; pero no aviendoſelo permitido el tiempo, pudieron en eſte intermedio unirſele algunas Tropas, y viò al derredor de sì haſta ſeis Legiones, una de ellas de veteranos, dos mil cavallos, algunos Navios de guerra, y varias Embarcaciones de tranſporte. Luego que ſerenò el mar ſe embarcò, y hizo à la vela el 25. de

Hirt. de Bel. Afric. 2.

(*) El texto dice el 14. de las Kalendas de Enero; pero ſegun el Kalendario de Numa, que ſeguian los Romanos, ſolo tenia Diciembre 29. dias.

An. R... 706. de Diciembre, sin dàr à los Capitanes de los Na-
An. J. C. 46. vios orden alguna en quanto al parage à donde avian de ir à desembarcar, porque como los enemigos ocupaban toda la costa de Africa, no sabia Cèsar dónde se podria lograr. La Flota se desuniò con los vientos, cada Navio tirò por su lado, y èl al quarto dia tomò tierra cerca de Adrumèta, sin mas gente que tres mil infantes, y ciento, y cinquenta cavallos, con cuyo puñado de hombres se supo sin embargo defender en un país, que ocupaba una innumerable multitud de enemigos. Dicese que al desembarcar tropezò, y cayò en el suelo, y que como conocia el genio supersticioso del vulgo, temiendo que sus soldados tuviesen à mal aguero su caìda, tendiò al instante los brazos como para abrazar aquella tierra, diciendo á voces: *Africa, yà te tengo.* Con una advertencia tan prompta corrigiò aquella primera impresion, que pudo aver hecho su caìda, y del mismo modo sabiendo la que hacia en algunos de los suyos el nombre del Gefe del partido contrario, persuadidos à que en Africa, theatro de las Victorias de los dos grandes Scipiones, ninguno de su nombre podia ser vencido, llevò consigo à un Scipion, hombre inutil, y muy despreciable por su conducta; pero que era de la misma Familia, sabiendo, como tan advertido, que es tal vez peligroso oponerse de frente á las preocupaciones de la multitud, y que es mejor curarlas fingiendo conformarse con su modo de pensar. Acercòse à Adrumèta, en donde avia Guarnicion, á vèr si podia ganar al Comandante; pero no aviendolo podido conseguir, determinò retirarse, à cuyo tiempo hicieron sobre èl una salida de la Plaza; pero no obstante la grande desigualdad de fuerzas, consiguiò rechazar à los enemigos; y lo que

Suet. Cæs. c. 54.

es

es casi increible, treinta cavallos Galios pusieron varias veces en fuga à dos mil de los de los Moros. An. R... 706. An. J. C. 46.

En primero de Enero fue à acamparse cerca de la Ciudad de Ruspina, y tomò alli posesion de las Dignidades de Dictador, y de Consul, que una, y otra obtenia por la tercera vez. Ruspina, y Lugares inmediatos se le avian sugetado yà, y lo proprio hizo Leptis, Plaza importante sobre aquella Costa, de suerte que el arriesgado General tenia yà à su disposicion mas de un Puerto. Trataba con mucha bondad à todos los que se le sugetaban voluntariamente, para que otros con la noticia siguieran su exemplo. Sus primeras atenciones fueron recoger viveres para la manutencion de sus Tropas, juntar à estas, y los Navios que andaban descarriados por aquellos mares, y hacer venir de Sicilia, y de Cerdeña refuerzos de gentes, y todo genero de provisiones. De nadie se fiaba para quanto podia hacer por sì proprio, iba en persona à llevar sus Tropas al forrage, y aun se embarcò á fin de recoger algunos de sus Navios, y con esto se juntò, aunque poco à poco, con toda la gente con que partiò de Sicilia, y se vivia en su Campo, aunque con alguna estrechèz; pero en medio de tantas dificultades como le ocurrieron era tal la serenidad, y confianza que aparecia en su semblante, que la inspiraba à todos sus soldados. Como sin embargo su Exercito era poco numeroso, y fuera de esto de reclutas la mayor parte, diò las ordenes mas estrechas para que de todas partes le traxesen viveres, y gente; y à este efecto despachò à Sicilia à Rabirio Postumo, y à la Isla de Cercina á Salustio, sin admitir quando mandaba alguna cosa réplica, ni representacion alguna sobre riesgos, ò dificultades que ocurrian, porque queria, y hacia que se le obedeciese promptamente.

An-

An. R... 706. An. J. C. 46. Antes que pudiera recivir los ſocorros que avia pedido, ſe hallò un dia encima con una nube de enemigos. Era el dia 4. de Enero, en que aviendo ſalido en perſona à forrage con treinta Cohortes, que harian à lo mas quince mil infantes, quatrocientos cavallos, que aùn no ſe avian reparado de las fatigas de la navegacion, y algunos archeros, le dieron noticia ſus batidores de que el enemigo eſtaba cerca. Era Labieno, que venia marchando contra èl con un Cuerpo muy grande de Infanteria, y Cavalleria, conſiſtiendo eſta ultima en mil, y ſeiſcientos cavallos Galios, y Germanos, que avia trahido de Theſſalia, y ocho mil de Numidia, à los quales ſe agregaron durante la accion otros mil, y cien Cavallos mandados por Petreyo. La Infanteria, quatro veces mayor que la de Céſar, ſe hallaba ſoſtenida con honderos, y archeros de à pie, y de à cavallo, y Labieno venia con tanta ſeguridad de vencer, como que ſe avia jactado de que canſaria à los ſoldados de ſu contrario con la multitud de Africanos que les opondria, y que aunque à los principios lográran alguna ventaja, rendidos de la fatiga, ſeria preciſo que cedieran. Céſar tuvo efectivamente que valerſe de toda ſu habilidad, y de todo ſu valor para reſiſtir à unas fuerzas tan ſuperiores. Metiaſe ácia donde el peligro era mayor, y viendo huir à un ſoldado, que llevaba una Aguila de Legion, lo agarrò por el cuerpo, y dandole una media buelta, le dixo: *Vàs engañado, que eſte es el lado por donde eſtàn los enemigos.* No pudo eſtorvar ſin embargo el que los enemigos lo rodeaſen por todas partes, y que los ſuyos tuvieſen que eſtàr baſtante tiempo peleando en circulo; pero prolongandolos poco à poco ſobre una ſola fila, conſiguiò por fin cortar, y romper aquella multitud, que lo cercaba. Las Tropas li-

ge-

geras de que se componia casi todo el Exercito de Labieno, no podian sostener el peso del ataque de los soldados Legionarios, quando estos se acercaban à aquellos, y los estrechaban, de cuya ventaja supo Cesar aprovecharse tan bien, que despues de algunas tentativas de ataques, y de retiradas, consiguió por fin rechazar al enemigo hasta mas allà de una colina, en donde se apostò para hacer halto, y desde esta parte conduxo pacificamente los suyos al Campo. La Batalla duró cerca de siete horas, Petreyo salió herido, y Labieno, que corria sus filas sin morrion para ser conocido, estuvo à pique de perder la vida à manos de un soldado de Cesar, à quien estuvo provocando, y el qual le disparò su media pica, y hiriò el cavallo. Seguimos en la relacion de esta funcion al Autor antiguo de las Memorias sobre la guerra de Africa; pero los Escritores Griegos dicen sin rodéos, que Cesar sacó la peor parte. Lo que por los hechos parece resulta con evidencia es, que si hizo alguna pérdida, à lo menos, ni lo rompieron, ni desvarataron los enemigos, y que retirò, y salvò el grueso de sus gentes: obgeto unico que se propuso en aquel caso. No huvo menester mas Labieno para cantar la Victoria; y aviendo llegado pocos dias despues Scipion con ocho Legiones, y quatro mil cavallos, como era no menos fastuoso, que su Teniente, diò grandes alabanzas à la Tropa, y recompensó á los que se avian distinguido en la funcion.

An. R... 706. An. J. C. 46.

Plut. Appian. Dio.

Con este nuevo aumento de fuerzas del enemigo, se hallaba Cesar en un estrecho, y posicion fatal; pero con todo procurò remediarse lo mejor que pudo con fortificaciones, y sacando de los Navios la gente que no era absolutamente necesaria, hasta tanto que le llegasen sus Tropas veteranas. Lo que mas le afligia era la falta de vive-

Hirt. de Bell. Afric. n. 10.

An. R... 706. An. J. C. 46. res, y forrages, porque fuera de que los enémigos para hacerle mas dificil la subsistencia en Africa avian talado todos los campos, no ocupaba mas terreno que el de seis mil pasos de circunferencia; y assi el poco trigo que tenia se repartia con la mayor economìa, y para los cavallos se recogian las ovas, que crecen à la orilla del mar, y se las daban á comer con la precaucion de lavarlas antes en agua dulce. El Rey Juba noticioso de la estrechura, y mal estado en que se hallaba Cèsar, salió de su Reyno con un Cuerpo muy crecido de Tropas de Infanteria, y Cavalleria para ir à unirse con las de Scipion, y juntos atacar, y acabar con el Dictador antes que le llegáran los socorros que esperaba; pero un golpe de fortuna, ò por decir mejor el efecto de las negociaciones de Cèsar, hizo bolver al Rey à toda prisa à la defensa de sus Estados, quando yà estaba bien cerca de juntarse con los de su partido. A esto diò motivo la invasion, que en ellos hicieron Bogùd, Rey de una parte de la Mauritania, acompañado de un Romano llamado Sitcio, compañero de la conjuracion de Catilina, por cuya maldad, y otras huyendo el castigo, se avia refugiado à Africa. Este, que era hombre de cabeza, y de valor, avia tenido forma de poner en pie un pequeño Exercito de gentes recogidas en Italia, y en nuestra España, y en las guerras que avia entre los pequeños Principes de Africa, se alquilaba al que mas le daba. Advirtiendose, que siempre salia victorioso el partido à donde èl se arrimaba, andaban à porfia sobre quál lograria tenerlo por aliado, y èl se mantenia en una posicion muy buena, y ventajosa con Tropas bien disciplinadas, y una gran fama en toda aquella tierra. Como Cèsar fue amigo de Catilina, Sitcio viendose buscado por este General, se adhirió à su Vando, y en-

Dio. & Appian.

entrando con Rogùd en los Eſtados de Juba quando eſtaba auſente, tomò à Cirta, Capital de la Numidia, y otras dos Ciudades de la Getulia, talò todos los campos, y obligò al Rey à abandonar los cuidados agenos, para bolver à defender ſu proprio Reyno, con lo qual dexò libre à Céſar del nuevo rieſgo que le amenazaba. An. R... 706. An. J. C. 46.

No por eſto dexaba de ſer grande el en que eſtaba metido à la viſta de un Exercito tan ſuperior como el de Scipion, contra el qual no atreviendoſe à emprehender coſa alguna, ſe mantenia encerrado en ſu Campo, dando tiempo à ganar con flema, y con paciencia lo que en otras ocaſiones con el impetu, y actividad de ſus operaciones; bien que eſte partido, que la neceſidad le hizo tomar, era muy violento para ſu genio, y aſsi todo era eſtrechar á ſus Tenientes, à que ſin detenerſe en dificultades, ni rieſgos de mar le traxeſen las Tropas que le faltaban. En tanto ſe aplicò à ganar el afecto de los Pueblos de Africa, y à ſonſacar ſus Tropas á Scipion, para cuyo efecto mantenia correſpondencias, y tenia inteligencias en ſu Campo, y con efecto conſiguió por una parte, que ſe le entregaſe Acila, Plaza de importancia, y por la otra, que ſe le paſaſen algunos ſoldados Legionarios, y à vandadas los Getulios, y Numidas, que avia en el Exercito enemigo. Finalmente, aviendole llegado los ſocorros que eſperaba de viveres, y Tropas, ſe viò en eſtado de poder ſalir de ſus trincheras, y acercarſe à las de los enemigos, con cuyo motivo ſe empeñò una accion de Cavalleria, en que Scipion hizo una pérdida muy grande, pues quedaron enteramente deſtrozados los Galios afectos à Labieno, que eran la flor de la Cavalleria enemiga. Scipion pudo eſcarmentar con eſta pérdida, y conocer quán prudentes eran los conſe- Plut. in Cat.

An. R... 706. An. J. C. 46. jos de Caton, quien al tiempo de embiarle desde Utica gentes, y viveres, le escrivió que se guardára de empeñar accion alguna con un guerrero tal como César, y que al contrario tirase à dilatar la guerra para arruinarlo con el tiempo; pero como la ignorancia es indocil, y presumptuosa, no hizo caso de los avisos de Caton, y antes capitulandolos de cobardìa, le escrivió un dia que se contentára con estarse metido dentro de una buena Plaza, sin meterse en querer estorvar à los otros seguir los movimientos de su valor. Caton picado de que se le conceptuase de cobarde, y para dár á conocer, que el temor no le governaba, respondiò á Scipion, que si queria darle las Tropas que èl avia trahido à Africa, estaba prompto à pasar con ellas à Italia, para hacer una diversion, que serìa ventajosa à la Causa comun, y obligaria tal vez à César à bolver atràs. Aviendose burlado Scipion de la oferta, Caton se arrepintiò entonces de aver cedido el Mando à un hombre incapáz de desempeñarle, y de usar con moderacion de la Victoria, en el caso de que contra toda apariencia la ganase, pues yà avia dado bastantes pruebas de crueldad con algunos de los enemigos, que avian caìdo en su poder. Por esta causa afirmó Caton en el pensamiento que sacó de Roma de no bolver à verla, yà ganasen, ò perdiesen la Victoria los de su Vando.

Hirt. n. 44.

Por este mismo tiempo el Exercito de César padeciò durante la noche una tormenta muy grande. Cayò una nube de piedra, que maltratò bastante à los soldados, siendo en este accidente lo mas sensible para ellos, que ni aun tiendas tenian para resguardarse, de suerte que tuvieron que cubrirse las cabezas con sus broqueles para evitar el riesgo à que estaban expuestos, porque era muy grande la piedra que caìa. Inundòse el Campo, apa-

apagaronse los fuegos; y la agua, y piedra echaron à perder, ò se llevaron las provisiones de granos que tenian: pero este daño era pasagero, y otros cuidados, y sustos mas grandes les diò la noticia que se tuvo de que Juba venia marchando para unirse con Scipion. Este Principe noticioso del mal exito de la accion de Cavalleria de que antes dimos noticia, y instado por aquel General à que viniera à su socorro, dexando à Sabura para que defendiera su Reyno, y hiciera la guerra à Sitcio, se puso en marcha con lo restante de sus Tropas. La fama publicaba cosas extraordinarias de las fuerzas del Rey de Mauritania, de suerte que César para aquietar, y animar á sus soldados, que estaban aterrados, tomó el extraordinario arbitrio de exagerarles todo quanto se decia, y aviendolos convocado les dixo „ que „ sabia que Juba llegaria bien presto con diez „ Legiones, treinta mil cavallos, cien mil hom„ bres armados á la ligera, y trecientos ele„ fantes. „ Esta exageracion produxo su efecto, porque los soldados, quando despues que llegò el Rey vieron, que à excepcion de sus Tropas ligeras, que eran numerosas, bien que mucho menos que lo que se avia dicho, las demàs se reducian à tres Legiones, ochocientos cavallos, y treinta elefantes, pasando del temor al desprecio, hicieron tan poco caso del Mauritano presente, como quando estaba distante. Si Juba cayó mucho del concepto de los soldados de César, supo à lo menos conservar la ascendencia, que desde los principios tomó sobre Scipion, à quien hizo quitar la cota de armas de color de purpura, que era la señal de tener el Mando supremo en el Exercito, llevandola èl solo; y tambien se supo hacer obedecer, aun de los mismos Romanos, mucho mejor que el mismo Scipion, de cuyas ordenes ha-

An. R... 706.
An. J. C. 46.

Suet. Cæs. 66.

Hirt. n. 57.

cian

An. R... 706. An. J. C. 46.

cian poco aprecio los Oficiales.

Juba à ſu llegada ſe acampó ſeparadamente con las gentes que conſigo trahìa; pero yà eſtaba unido con Scipion antes que Céſar tuvieſe juntas todas ſus fuerzas. Eſtas fueron llegando poco à poco, y en particular la decima Legion, que ſegun lo que yá en otra parte diximos, venìa ſin orden à ofrecer à ſu General ſervicios, que èl avia afectado deſpreciar. Hallandoſe completos entonces los dos Exercitos, ſe diſponian à entrar en accion; pero antes de las operaciones militares, referirémos un exemplo de ſeveridad, que dió Céſar en ſu Campo por culpas paſadas, que no pudo caſtigar à ſu tiempo por las circunſtancias en que ſe hallaba à la ſazon. Mientras eſtuvo en Alexandria, y deſpues ocupado en la guerra contra Pharnaces, huvo baſtantes alborotos entre ſus Legiones en Italia, y en Sicilia, que pararon por fin en una ſedicion. Céſar que viò que ſus Tropas conocian la neceſidad que de ellas tenia, no tuvo entonces por conveniente uſar de rigor; pero conocia á los principales motores de los deſordenes, y en el tiempo en que vámos ſe valiò del motivo que diò uno de ellos para caſtigar á todos. C. Avieno, Tribuno militar de la decima Legion, al partir de Sicilia agarrò un Navio para sì, lo llenò con ſus criados, y equipages, y no quiſo llevar ni un ſoldado á ſu bordo. Eſto era preciſamente contra la orden de Céſar, y contra el exemplo que èl miſmo daba en eſta parte á ſus ſoldados. Se puede hacer concepto del equipage que entonces tendria en Africa, por el que llevò algunos años antes à ſu Expedicion de la Gran Bretaña, el qual, ſegun un teſtigo de viſta, ſe reducia à tres eſclavos. A la mañana ſiguiente de la llegada del convoy de que tratamos, convocó á los Tribunos, y Centuriones de todas las

Athen. lib. VI. cap. 10.

Le-

Legiones, subió á su Tribunal, dixo que huviera deseado, que los insolentes, y licenciosos, que tanto se avian desmandado en los tiempos anteriores, huvieran sido capaces de corregirse en sus excesos, aprovechandose de su disimulo, y de su paciencia; pero que pues avian abusado de ella, iba á hacer un castigo exemplar segun las leyes de la guerra, para que sirviese de escarmiento á los demás. Despues de este preambulo hizo cargo á C. Avieno de sus excesos, y le quitò su empleo; lo proprio hizo con otro Tribuno llamado A. Fonteyo, y con tres Centuriones, y á todos cinco, que avian sido los principales autores de la sedicion de las Legiones, los mandò salir al instante de Africa, y poner para este efecto en un Navio; pero encerrados cada uno con su esclavo en su camarote separado, para que tuvieran quien los sirviese. An. R... 706. An. J. C. 46.

Huvo varias escaramuzas, y encuentros, en que las Tropas de Cesar se iban haciendo á las fatigas, y á resistir, y despreciar el numero de los enemigos, por grande que fuese, para disponerse à una funcion decisiva. Su General ningunas treguas las daba, y èl mismo sin fiarse de nadie las estaba continuamente exercitando, y enseñando à hacer todas las evoluciones militares, sin exceptuar à los soldados veteranos, de quienes por su experiencia parecia se podia fiar que las harian quando la ocasion se ofreciese; y para quitar à los soldados el miedo de los elefantes, porque el enemigo tenia muchos, y acostumbrar à ellos à los cavallos, mandò traher al Campo unos que avia en Italia, y hacia que sus soldados los atacasen, mostrandoles por dónde podian herirlos, y matarlos. Quando marchaba con todas sus Legiones, armas, y bagages, tomaba una precaucion digna de notarse, y era que trecientos hombres,

los

An. R... 706. An. J. C. 46. los mas agiles, y bizarros de cada Legion, no llevaſen mas carga que la de ſus armas, à fin de que eſtuvieran promptos en qualquiera evento, cuya providencia le fue muy util en diſtintas ocaſiones para rechazar con ventaja à los enemigos. Viendo Céſar que ſus Tropas eſtaban ſuficientemente diſciplinadas, y en diſpoſicion de poderſe fiar de ellas, buſcò la ocaſion de empeñar una accion general. Scipion no huviera dexado de admitirla en los principios; pero parece que las eſcaramuzas, y pequeños encuentros con el enemigo, y en que ſin embargo de la ſuperioridad de ſu Cavalleria ſacò caſi ſiempre la peor parte, lo avian hecho mas reſervado, y atento en mirar lo que hacia; y aſsi ſe mantenia apoſtado, y bien atrincherado en parages en que no era facil, ni muy ſeguro atacarlo. Céſar para ſacar à los enemigos de ſu pueſto, determinò poner ſitio à Thapſo, perſuadido á que harian todos los esfuerzos poſibles para defender, y ſalvar una Plaza tan importante. Diſtaba de ella no mas que diez, y ſeis millas, y el quatro de Abril, aviendo levantado ſu Campo, llegò el miſmo dia delante de la Ciudad, y ſe diſpuſo para ſitiarla. Scipion, y Juba lo ſiguieron, ſegun Céſar lo avia previſto, y en el principio ſe acamparon ſeparadamente à diſtancia de ocho mil paſos de Thapſo.

La Ciudad, que eſtaba ſituada en la coſta, ſe hallaba defendida en parte del lado de tierra por una laguna, deſde la qual haſta el mar avia un eſpacio de mil, y quinientos paſos, que era por donde Scipion penſaba poder ſocorrer à los ſitiados; pero Céſar, que deſde luego lo preſumiò, guarneciò aquel parage con un Fuerte, en que apoſtò un buen Cuerpo de Tropas, de ſuerte que Scipion hallando el paſo cerrado, tuvo que extenderſe ácia el mar, y empezò à fortificar ſu Cam-

Campo. Cesar vió que este era el momento favorable de empeñar la accion, y dexando en el suyo dos Legiones para guardarle, salió en buen orden con el resto de sus Tropas, aviendo mandado al mismo tiempo à parte de los Navios que tenia en aquella costa, que fueran dando buelta á los enemigos, de tal suerte que pudieran à la señal que dixo les daria, ponerlos en cuidado por la espalda, para divertir de este modo parte de su atencion, y de sus esfuerzos. Scipion no avia tomado mal sus medidas, y cubria à sus trabaxadores, aviendo formado su Exercito à la frente de sus trincheras, y apostado sus elefantes sobre las alas à derecha, y hizquierda. Esta formacion se empezò á romper al acercarse el enemigo, y Cesar lo advirtiò al tiempo que iba de fila en fila animando, y exhortando à sus soldados à cumplir con su obligacion, pues los enemigos aturdidos, ó sorprehendidos estaban en un continuo movimiento, entrando, y saliendo de sus trincheras sin tino, ni concierto. Este era el lance preciso de atacar, y segun lo hecho hasta aqui por Cesar, parece que iba con esta intencion; pero asegura sin embargo el Autor de las Memorias de la guerra de Africa, que estaba titubeando sobre si atacaria: que lo dilataba; y que contenia el ardor de sus soldados. Este era tan grande, que ellos mismos persuadieron à un trompeta à que tocára sin orden á embestir, y à pesar de sus Oficiales, que se pusieron delante para detenerlos, corrieron al enemigo, de suerte que Cesar forzado à ceder à un torrente, cuyo impetu yá no podia detener, diò en fin la señal, y por santo la *Felicidad*. An. R... 706. An. J. C. 46.

Si el caso pasó de esta forma, es preciso que Cesar tirase con la resistencia á aumentar el fuego, y actividad de sus soldados; pero con todo era una brecha bien peligrosa hecha à la disciplina

An. R.. 706. An. J. C. 46. na, ponerlos en el caso de atacar sin aguardar la orden del General. Estas circunstancias, y algunas otras especies que dirémos de la licenciosa libertad de los soldados, hacen verosimil lo que dice Plutarco de que en el lance mismo en que César estaba dando las ordenes para la Batalla, le repitiò un accidente epileptico, que le solia dár, y que antes que este lo privase se hizo llevar à una torre inmediata, en donde se estuvo todo el tiempo que durò la funcion. El Historiador de la Guerra de Africa, apasionado hasta no mas por las cosas de César, ha tal vez suprimido una noticia, que privaba á su Héroe de la gloria de un dia tan grande, y alterado por consequencia en algo la verdad de los hechos, para no dexar duda en la de su narrativa. En lo que no la hay es, en que las Tropas de àquel General pelearon con tanto esfuerzo, que los enemigos no pudieron resistirle. La derrota empezó por los elefantes, que pasados de flechas se desbocaron, y echandose sobre las filas, que para sostenerlos tenian detràs, las desordenaron enteramente, y se atravesaron entre las puertas del Campo, que apenas estaba medio formado. La Cavalleria Mora destituida del socorro de sus elefantes, no hizo la menor resistencia, y las Legiones de César, siguiendo à los vencidos, entraron mezclados con ellos en el Campo de Scipion, y se hicieron dueños de èl. Los mas guapos de los enemigos perecieron las armas en la mano defendiendo sus trincheras; pero los demàs huyeron à refugiarse al Campo de donde avian partido la vispera. Con esta Victoria de César el Exercito de Scipion quedaba derrotado, pero no destruido; y si este General huviera estado sobre sì, y tenido cabeza, podia aver salvado la mayor parte de sus soldados, porque éstos, cuyo numero era grande, determina-

Plut. in Cæs. Suet. Cæs. c. 65.

Hirt. n. 83.

ron

ron defenderse en el Campo antiguo; pero les faltò Gefe que los ordenára, y dirigiera, porque Scipion, y los otros Oficiales Generales Petreyo, Afranio, y Labieno avian huido por otra parte. Los infelices, viendose solos, perseguidos, y atacados por los vencedores, dexaron tambien aquel Campo, para refugiarse en el de Juba; pero hallandole ocupado tambien por los enemigos, rindieron las armas pidiendo quartèl. De nada sirviò su sumision, porque los soldados de Cèsar, y especialmente los veteranos, encarnizados contra ellos, y creyendo que todo les era licito despues de una Victoria tan grande, ni uno dexaron, que no pasáran à cuchillo. El Autor antiguo citado dice, que esta barbaridad la cometieron à la vista, y á pesar de Cèsar, que hizo quanto pudo para detenerlos; y añade, que su insolencia, y audacia llegò hasta herir, y aun asesinar à algunas personas ilustres de los suyos, porque sospecharon que favorecian à los del partido contrario. A dos nombra, de los quales el uno pereció realmente, y el otro herido en un brazo, no salvò la vida, sino es amparandose del General. Tantos desordenes no parece pueden componerse con la autoridad que Cèsar sabia tomar sobre sus Tropas, ni con el respeto que à una voz, y à una mirada infundia à los soldados; y es una comprobacion de la narrativa de los que dicen, que no se hallò en la Batalla. Por lo demàs, aunque se huviera hallado en ella, no podia aver sido mas completa; porque diez mil de los enemigos quedaron muertos, todos los demás disipados con la fuga; y sus tres Campos forzados espada en mano. El vencedor no tuvo mas que cinquenta hombres muertos, y muy pocos heridos. An. R... 706. An. J. C. 46.

Cèsar siguiendo su maxima constante de no

An. R.. 706. An. J. C. 46. dàr à los vencidos tiempo para reconocerse, no aviendo podido persuadir al Governador de Thapso à que le abriera sus puertas, dexò delante de esta Plaza à Caninio Rébilo con tres Legiones, dió otras dos à Cn. Domicio para que sitiase al mismo tiempo à Tysdro, Ciudad de importancia en aquellas inmediaciones, y èl en persona, despues de aver recompensado à los Oficiales, y soldados, que se avian distinguido en la funcion, marchò para ir á reducir á Utica, aviendo embiado por delante á Messala con un Cuerpo de Cavalleria. Esta Plaza no huviera sido para èl conquista muy facil, si Caton huviese encontrado unos animos dispuestos à ayudarle, y defenderla. Yá hicimos mencion de las fuerzas de esta Plaza, y de las grandes provisiones de viveres, y municiones de guerra con que Caton la avia puesto en estado de poder hacer una larga, y vigorosa resistencia; pero los corazones de los vecinos estaban por Cèsar: los Romanos establecidos en ella temblaban; y la Guarnicion era muy feble, porque el primer obgeto de su Comandante avia sido reforzar el Exercito de Scipion. No obstante, acostumbrado à luchar contra las dificultades, tanteò todos los medios posibles de defenderse, segun la situacion en que se hallaban las cosas. Tuvo primeramente que calmar el susto, y consternacion estraña, que causò en la Ciudad la noticia de la desgraciada funcion de Thapso. Como Utica no distaba mas que tres jornadas del parage en que se diò la Batalla, se esperaba de un instante à otro vèr al vencedor à sus puertas, y poco faltò para que quedase enteramente desierta con la fuga de todos sus habitantes. Caton iba de calle en calle apaciguando el tumulto, disminuyendo los sustos, y diciendoles, que tal vez el mal no era tan grande como se pintaba. Su autoridad, y respeto calmò

Plut. in Cat.

mò un poco los animos inquietos, y procurò alguna tranquilidad. Aprovechandoſe de ella, convocò el Conſejo de los Trecientos; eſto es, á todos los Comerciantes ricos, y Arrendadores Romanos que avia en la Ciudad, y de los quales avia compueſto como un Senado deſde que eſtaba en la Plaza. Mientras ſe iba formando la Aſambléa, entrò en ella con un ſemblante tan ſereno, como lo tenia ſiempre, y leyò à los que yà eſtaban alli un eſtado que llevaba de todas las proviſiones que avia en los Almacenes. An. R... 706. An. C. J. 46.

Quando todos ſe acabaron de juntar, empezò alabando, y dando gracias á los Trecientos de las muchas pruevas que le avian dado de ſu zelo, y fidelidad, ayudando la Cauſa comun con ſus buenos conſejos, ſus perſonas, y ſu dinero, y los exhortò à no dividirſe por miras particulares, tomando diſtintos rumbos, ſegun las idéas, ò eſperanzas, que cada uno tuvieſe para procurar ſu propria ſeguridad; porque ſi caminaban acordes, yá para determinarſe à la guerra, ò yà para recurrir à la clemencia del vencedor, Céſar en el primer caſo no los deſpreciaria tanto, y los trataria con mas conſideracion en el ſegundo. Eſto ſe lo hizo evidente con unas razones tan eficaces, y perſuaſivas, y tambien lo glorioſo que para ellos ſeria ſacrificarſe en defenſa de la Cauſa comun de la libertad, reſiſtiendo à un hombre à quien unos cuidados muy grandes llamaban à otras partes, y mas quando tenian todo lo neceſario para la defenſa, y abundancia de viveres para algunos años, que todos olvidandoſe caſi de la mala conſtitucion de las coſas, y arrebatados de la admiracion, y de una eſpecie de enthuſiaſmo, al vèr la generoſidad, intrepidèz, y magnanimidad de Caton, quien ſolo era, decian, el invencible, y ſuperior à la fortuna, le ofrecieron ſus per-

An. R... 706.
An. J. C. 46.

personas, sus armas, y sus caudales para que usára de todo à su arbitrio, persuadidos à que les valia mas perder la vida obedeciendo sus ordenes, que no salvarla haciendo trahicion à una virtud tan grande; pero esta generosa resolucion de los Trecientos no fue mas que como una llamarada, que se apagò luego que se tratò de pasar de las palabras à los efectos. Tratòse de dàr libertad à los esclavos para emplearlos como soldados en aquella urgencia; y como estos eran uno de los principales efectos de las riquezas de los Comerciantes, todos olvidandose de su generosa resolucion, y del zelo, y respeto que avian mostrado por Caton, se determinaron à someterse al vencedor, bien que con la diferencia de que los unos, mas moderados, solo trataban de rendirse lisa, y llanamente; pero otros proyectaron asegurar à los Senadores Romanos que avia en la Ciudad, para entregarlos à Cèsar, y comprar à su costa la paz, y quietud que deseaban. Caton conoció su mudanza, y sospechò su trahicion; pero se hizo el desentendido, y conservò con ellos la misma exterioridad por no exasperarlos mas, y precisarlos à que se declaràran; pero se convenciò á que no era posible defender à Utica; y assi lo escriviò à Scipion, y à Juba, que ocultos à no mucha distancia de aquella Ciudad, el uno en el mar detràs de un Promontorio, y el otro entre unos montes, y bosques, le avian embiado á ofrecer su compañia para la fuga, ò à pedirle que los abrigase.

La llegada de la Cavalleria de Scipion, que desde el Campo de batalla se avia retirado àcia Utica, hizo revivir por algunos instantes la esperanza de Caton. Esta Tropa era numerosa; y si podia persuadirsela à entrar en la Plaza, era capàz de tener en respeto à los vecinos, y à los Trecien-

cientos; pero no huvo forma de acordar à los que la componian, porque unos querian ir en busca de Juba para entrar en servicio de este Principe, otros reconocer por Gefe à Caton; y finalmente no pocos, inciertos sobre à quál de los dos dictamenes se arrimarian, se pusieron sin embargo de acuerdo con los demàs en quanto à diputar à Caton para darle noticia de su llegada. Caton saliò al instante de la Ciudad con los Senadores, y fue á pedirles, que entrasen en ella, haciendo presente à los Comandantes quán mal visto seria, que se diesen à un Principe Estrangero: que la Plaza era inexpugnable; y que tenia viveres para muchos años. Los Gefes de la Cavalleria se avian retirado ácia un lado para tratar entre sì de lo que harian, quando llegò corriendo de la Plaza el Senador M. Rubrio, à quien Caton avia dexado en ella para contener à los Trecientos, y le diò noticia de que estos se empezaban á rebelar, y que atumultuaban á los vecinos. El aviso llenò de susto, y de inquietud à los Senadores, y diò nuevo què hacer à la constancia de Caton, quien procurò calmar à los que tenia al derredor de sì, y despachò à Rubrio à Utica con orden de decir à los Trecientos que se aquietasen, y aguardasen à que bolviera; pero la respuesta de la Cavalleria aumentò las dificultades, porque los Comandantes declararon, que aunque ninguna inclinacion tenian à Juba, y que tampoco temian à Cèsar, una vez que tuviesen à Caton à su frente, no podian con todo fiarse de los habitantes de Utica, Phenicios de origen, y tan pérfidos como lo avian sido en otro tiempo sus hermanos los Carthagineses. „ Si este Pueblo voltario, y engañoso, decian, se mantiene en el dia quieto, „ es porque no ha llegado Cèsar, y en viendolo à „ sus puertas se uniràn con èl contra nosotros. En „ este

An. R... 706.
An. J. C. 46.

An. R. 706. An. J. C. 46. „este supuesto cierto, si se quiere no malograr „ nuestro socorro, un preliminar necesario es aver „ de matar, ò echar de Utica à todos sus habitan- „ tes; y entonces quedando la Plaza libre de ene- „ migos, y de Barbaros, tomarémos por nuestra „ cuenta defenderla.„ La proposicion pareciò à Caton bien dura, y cruèl; pero sin embargo respondiò con mucha suavidad à la Cavalleria, que era preciso que èl bolviera à la Ciudad para tratar de ella con los Trecientos, à quienes hallò muy alborotados, y resueltos à no hacer la guerra à Cèsar.

El unico cuidado que lo trabaxaba era el de asegurar la vida, y retiro de los Senadores que consigo tenia, y à quienes los Trecientos proyectaban prender para entregarlos al vencedor, sobre lo qual algunos se avian yá explicado delante de Caton, que fingiò no averlo oido. Perdida totalmente la esperanza de salvar la Ciudad, y vista la disposicion en que estaban los animos de los moradores, avia resuelto quitarse la vida; pero sin embargo no creyó que esto fuese para èl una razon de mirar con indiferencia lo perteneciente à los que lo acompañaban; y assi entrò en la mayor inquietud con el aviso, que le dieron de que la Cavalleria cansada de esperar su respuesta, se avia puesto en marcha para retirarse. Inmediatamente acudiò à detenerla, y aun montò à cavallo para alcanzarla, porque ya iba distante. Los soldados lo recivieron con los brazos abiertos, y lo exhortaron à que se fuera con ellos; pero como su pensamiento era bien diverso, les pidiò con el mayor encarecimiento, y aun con lagrimas dicen, que protegiesen la fuga de los Senadores, y no los dexasen en un riesgo como el en que estaban en medio de un Pueblo infiel, que avia empezado à conspirar para perderlos. Finalmente, à pu-

puros ruegos consiguiò de ellos que esperasen un dia mas, los bolviò consigo, apostò à los unos en las puertas de la Ciudad, y fiò á los otros la custodia de la Ciudadela. Los Trecientos temieron entonces, y embiaron á suplicar à Caton fuese à su Asambléa. Nada prueva mas bien quánto es el derecho, que una virtud sublime tiene para reynar en los corazones, que las demostraciones de ternura, respeto, y admiracion con que se sometian à Caton todos los que se hallaban entonces dentro de Utica. Estaban entre sì divididos en quanto à sus intereses, y modo de pensar, y tan alborotados en este particular, que faltaba poco para que unos à otros se arremetiesen, y degollasen; y sin embargo se unian todos para admirar, y amar à un hombre solo, que mantenia la tranquilidad, y la paz entre tantos pechos perturbados con el temor, ò enconados con sus disensiones. Los Senadores no querian que fuese Caton á la Asambléa, temiendo alguna trahicion; pero èl que sabia que nada tenia que rezelar por su persona, calmò su inquietud en esta parte, y fue solo a donde lo llamaban. Los Trecientos le dieron las mayores gracias de la confianza que hacia de ellos, y le protestaron que podia tener entera confianza en su zelo para todo quanto no fuese hacer la guerra, suplicandole, que yá que no eran Catones, ni podian elevarse á la nobleza de sus pensamientos, tuviese compasion de su flaqueza. Añadieron, que estaban resueltos á implorar la clemencia de Cèsar; pero que èl seria el primero, y principal obgeto de sus solicitudes, y que si no obtenian un seguro para su persona, no admitirian ellos la gracia que se les hiciese, y pelearian por defender su vida hasta el ultimo suspiro. An. R... 705. An. J. C. 46.

Caton manifestò á los Trecientos, que que-

An. R... 706. An. J. C. 46. daba agradecido á su buena voluntad, aprobò la determinacion que avian tomado de someterse al vencedor, les aconsejò que no perdiesen tiempo; pero les mandò, que de ningun modo hiciesen memoria de èl. „ A los vencidos, les dixo, „ conviene recurrir à las súplicas, y à los culpados pedir gracia. Por lo que à mì toca, toda „ mi vida me he mantenido invencible, y aun „ actualmente estoy victorioso en quanto deseo „ estarlo, y triunfo de Cèsar con la superioridad „ de la justicia, y del buen derecho. El es el vencido, y el que se rinde; porque lo que siempre „ avia negado de tramar contra la Patria, hoy se „ descubre, y convence por los hechos.„ Al salir de esta conferencia, aviendosele dado la noticia de que el enemigo venia marchando con la mayor parte de sus Tropas para atacar à Utica: „ Haì! dixo Caton, nos hace un honor, que seguramente no merecemos, pues nos tiene por hombres.„ Otro mensagero que llegò poco despues con otra noticia, le hizo tambien hacer una reflexion bien juiciosa. M. Octavio le embiò à decir, que se hallaba en las inmediaciones con dos Legiones, y que estaba prompto à unirse con èl; pero que era menester que se acordasen antes sobre el Mando. Caton nada respondiò al mensagero; y bolviendose à sus amigos: „ Y bien? „ les dixo, y nos admirarèmos de aver arruinado „ nuestras cosas, quando en el instante mismo „ que perecemos, la ambicion del Mando nos „ atormenta, y nos divide?

Entretanto espirò el termino concedido por la Cavalleria, y antes de partir diò nueva ocasion à Caton de acreditar su bondad, y su zelo por la Justicia, porque los soldados empezaron à pillar à Utica, como à Ciudad enemiga. Apenas se lo avisaron, quando acudiendo à detener el

des-

desorden, quitò de las manos el injusto despojo à los primeros que encontrò, y los otros avergonzados al verle, arrojaron al instante lo que llevaban, y baxando los ojos, sin atreverse á hablar una palabra, marcharon à buscar asylo en el Reyno de Juba. Algunos Senadores los acompañaron, y entre otros Fausto Syla, quien distribuyò à cien sestercios à cada soldado. Segun el Autor de las Memorias de la guerra de Africa, tuvo Caton que darles igual regalo, para que no cometiesen insulto alguno contra los habitantes de Utica. Como la mayor parte de los Senadores se avian quedado prefiriendo la fuga por mar à la proteccion de Juba, Caton, viendo que el riesgo crecia, apromptò Embarcaciones, diò dineros à los que lo necesitaban, y los hizo embarcar sin bulla, y sin atropellamiento, aviendo tomado para este efecto las providencias necesarias. Todos marcharon, à excepcion de su hijo, y de un Statilio, à quien no pudo persuadir à que siguiera à los demàs. Libre de este cuidado, mandò entrar en la Ciudad al populacho, á quien tenia acampado fuera, y como estos vecinos avian sido siempre afectos á Cèsar, les pidiò ayudasen con su recomendacion à los Trecientos, que hasta la Batalla de Thapso siguieron el partido Republicano, y que no separasen su Causa de la de los Romanos establecidos entre ellos, obrando uniformes para procurar la seguridad comun de todos. No parò en esto, y hizo à los Trecientos un servicio muy singular, y directamente opuesto à su modo de pensar. L. Cèsar, pariente del Dictador; pero de una rama enemiga, y muy adicta à la defensa de la libertad, teniendo sin duda alguna confianza en el parentesco, se quedò en la Ciudad, y aun se encargò de ser ante Cèsar el Orador de los Trecientos. Como para este efecto tenia que com-

An. R... 706. An. J. C. 46.

De Bel. Afric. n. 87.

An. R... 706. An. J. C. 46. poner su Oracion, pidiò à Caton que le ayudase, y lo hizo sin repugnancia, dedicandose à buscar los rodéos, y colores mas especificos, y favorables à la Causa de los Trecientos. Lucio le ofreció mediar por èl con el Dictador; pero no aceptò la oferta, y le prohibiò expresamente hacer mencion de su persona, bien que sí le recomendò à su hijo, y à sus amigos. Buelto á casa, juntó à éstos, travò conversacion con ellos, y entre otras cosas mandò á su hijo, que no se mezclára en cosa alguna del govierno de la Republica, porque no pudiendolo de un modo digno del nombre que tenia, era cosa vergonzosa hacerlo de otra manera. Entròse despues en el baño, y acordandose entonces de Statilio, preguntó al Philosopho Apolonides, que estaba con èl, si se avia podido conseguir persuadirlo à que escapase. Aviendole respondido Apolonides que estaba intratable, y que se avia empeñado en no salir de la Ciudad, diciendo que haria lo que Caton hiciese, éste se echò à reir, y solo respondiò: *De aqui à un poco se verà.*

Muerte de Caton.

Caton se puso luego á cenar con todos sus amigos, y con los Magistrados de Utica. La mesa durò bastante, y la conversacion fue viva, festiva, alegre, y discreta, pues se trataron varios puntos de Philosophia Moral; pero aviendo alguno de los concurrentes trahido el asumpto de las Paradoxas Stoicas, tales como lo son estas máximas, *que el Sabio es el unico libre, y que todos los viciosos son esclavos*, y empeñadose Demetrio, Philosopho Peripatetico, en refutarlas segun los principios de su Secta, Caton se enardeciò tanto contra él en su defensa, que hizo evidentes las sospechas que se tenian de que pensaba en darse la muerte, por lo qual al acabar, todo quedò en un triste silencio. Caton, que lo

ad-

advirtiò, mudò de conversacion, y empezò à tratar del estado en que entonces estaban las cosas, y hizo larga mencion de los Senadores que avian marchado. Concluìda la cena, tomò su paseo como de costumbre, y despues aviendo dado sus ordenes á los que mandaban la Guardia, se metiò en su quarto, se echó sobre la cama, y se puso à leer el Dialogo de Platon sobre la inmortalidad de la alma. Despues de aver leìdo un rato, reparando que le avian quitado la espada de la cabecera de la cama, lo qual se avia hecho de orden de su hijo, llamò à un esclavo, y se la pidió; pero como este ninguna razon le daba de ella, la pidió à otro; pero con mucha serenidad, y sin prisa, y entretanto continuaba su lectura. Luego que la acabò, viendo que nadie le obedecia, llamò à todos sus esclavos, y como ninguno le trahia lo que pedia, se impacientò de tal suerte, que á uno de ellos le diò un puñetazo tan recio en la boca, que sacò la mano bañada en sangre, y maltratada. Su hijo, y los amigos acudieron à las voces, y le pidieron con lagrimas, y ruegos que se sosegára, y cuidára de su vida. Caton se levantò, y tratò à su hijo con tanta aspereza, que el joven espantado de oìrlo huyó dando gritos. Quedóse solo con los Philosophos Demetrio, y Apolonides, con quienes hablando con mas sosiego, y suavidad, les preguntò „ si eran „ tambien ellos de dictamen de retener por fuer„ za en esta vida à un hombre de su edad, ò si „ tenian algunas razones con que convencerle à „ que no seria indecoroso, ni indigno de Caton „ deber la vida á su enemigo? Negòles que hu„ viese tomado la ultima resolucion sobre lo que „ haria de su persona, dixo que lo consultaria an„ tes en cierto modo con ellos, tomando consejo „ de los principios philosophicos, que sabian, y

AnR. ... 706.
An. J. C. 46.

„ en-

An. R... 706. An. J. C. 46. „enseñaban; y concluyò pidiendoles, que des- „vanecieſen todo rezelo, y que fueran á decir à „ſu hijo, que no ſe empeñára en forzar à ſu pa- „dre á lo que no podria perſuadirle.„

Es bien eſtraño que Caton niegue tener tomada la reſolucion de quitarſe la vida, quando por todos los antecedentes ſe evidencia lo contrario. Los Philoſophos Demetrio, y Apolonides nada le reſpondieron, y ſe retiraron llorando, à cuyo tiempo un eſclavo joven le traxo ſu eſpada. Caton la deſembaynò, la eſtuvo mirando, y viendo que la punta eſtaba bien derecha, y aguda: *Ahora*, dixo, *ſoy dueño de mi proprio*, la puſo á un lado, bolviò á tomar ſu libro, y à leerle de nuevo deſde el principio haſta el fin. Plutarco aſegura, que ſe durmiò deſpues, y de tal manera, que de fuera ſe le oìa roncar: coſa bien dificil de creer en un hombre, que acababa de tener una agitacion tan violenta, y en la hora miſma que ſe iba á quitar la vida, à menos que no fingieſe, como es mas facil de perſuadirſelo, para con eſta afectacion de tranquilidad perfecta aumentar la gloria, que falſamente creìa encontrar en ſu muerte voluntaria. A la media noche llamò à dos de ſus Libertos, Cléantes, y Butas, de los quales era el primero ſu Medico, ò ſu Cirujano, y como del ultimo hacia mas confianza para los negocios, lo embiò al Puerto á ſaber, y traherle noticia de ſi toda la gente ſe avia embarcado, y hizo al ſegundo que le curára la mano, que ſe le avia inflamado con el golpe que diò al eſclavo: lo qual conſolò algo à ſus gentes, que concluyeron de éſto, que no renunciaba à la vida, pues cuidaba todavia de ſu cuerpo. En tanto bolviò Butas à decirle, que todos avian marchado, à excepcion de Craſſo, y que èl iba tambien al inſtante à embarcarſe; pero que hacia un gran viento, y que el mar

mar estaba alborotado. Caton diò un suspiro al oir estas ultimas palabras, lamentandose de los que en tales circunstancias tenian que hacerse à la vela. Bolviò á embiar à Butas, para vèr si con la prisa alguno se avia dexado alguna cosa, que pudiera hacerle falta en la navegacion, y que por esta razon huviese buelto al Puerto, y luego que le traxo la noticia de que no avia novedad, y que todo estaba quieto, se bolviò à acostar delante de èl, y le mandò que se fuera, y le cerrára la puerta del quarto, como si huviera sido su animo descansar el resto de la noche. Viendose solo, se metió su espada por mas abaxo del pecho; pero como la hinchazon de la mano le minorò la fuerza, no muriò al instante; y bregando con las ansias de la muerte, cayò de la cama, y derribò una mesilla, que le servia para figuras de Geometrìa. Al ruido entraron los criados, y el grito que dieron hizo venir corriendo à su hijo, y à sus amigos, que lo encontraron nadando en su sangre, y que las tripas se le salian por la herida. El Cirujano, que reconociò que no tenian lesion, quiso bolverlas à su centro, y curarlo; à cuyo tiempo bolviendo Caton del desmayo, que le hizo caer de la cama, advirtiendo la intencion del Cirujano, lo apartò de sì, y con una ferocidad, cuya sola relacion estremece, metiendose la mano por la herida, y arrancandose las entrañas, espirò. An. R... 706. An. J.. C. 46.

Tal fue la muerte de Caton, que ha merecido los mayores elogios de la Antiguedad, que las maximas de nuestra santa Religion condenan, y que aun la misma razon, sin otro principio, la desaprueba. Yà en otros casos iguales, que se hallan en esta Historia, hemos apuntado que el suicidio, desaprobado aun de los mismos Paganos, (se entiende de aquellos que conocian, que el hombre

An. R... 706. An. J. C. 46. bre no es dueño de su vida, y que solo puede quitarsela la mano poderosa que se la ha dado) es uno de los delitos mas execrables; y sin tocar en las pruevas que lo convencen, sacarèmos una unica reflexion, que subministran los mismos hechos que acabamos de contar; y es, que està patente que la soberbia fue el principio de la desesperada resolucion de Caton, y que solo por un vicio triunfó del temor de la muerte, que èl tenia por flaqueza indigna de un hombre de su caracter, y de su modo de pensar, y que serìa para èl cosa vergonzosa, y impropria tener que agradecer la vida á César, como Plutarco se lo hace decir à èl mismo. Sobrecogido, ò enthusiasmado de esta idéa, y no pudiendo sufrir una especie que le hacia humillarse, quiso mas que tener la obligacion à su enemigo, arrancarse á sì proprio la vida con una barbaridad que horroriza. Esta soberbia pasaba, es verdad, por virtud, segun su modo de pensar; pero no por esto dexa de ser un vicio, que toda la Moral, y aun la sola razon condena. Más hay, pues con sus proprios principios se le puede hacer su Causa. La virtud de que mas se ha preciado durante su vida es de la de una constancia invencible, y superior á los sucessos adversos: Es visible, que su muerte fue efecto de un desaliento precipitado, de estár cansado de resistir, y de un abatimiento, que no le permitiò llevar hasta el fin su resistencia: luego para que Caton no se desmintiera, era menester aver tanteado la nueva esperanza que le proporcionaban las reliquias del partido de Pompeyo, que se iban levantando, y adquiriendo, como efectivamente adquirieron fuerzas bien grandes en nuestra España; y assi, darse la muerte mientras subsistia, fue faltar à sus proprios principios, y abandonar sin tiempo la Causa de la libertad.

Esto

Esto supuesto, estamos bien distantes de tener la muerte de Caton por acto de heroicidad. En lo que realmente sì se muestra Héroe, es en el gran cuidado que, renunciando èl à la vida, tuvo para que se salvasen los demàs del peligro comun: es en aquella suavidad, y paciencia inalterable con los Trecientos, y con los habitantes de Utica; y es en fin en aquel amor á la Justicia, que le hizo oponerse à todas las violencias que quisieron cometer los de su partido. Esta humanidad generosa dirigiò sus acciones, no solo en aquellos ultimos dias, sino tambien durante toda su vida. Sabemos que en lo general no se hace de Caton este concepto, porque se le atribuye una rigidèz, una altanerìa, y una austeridad, que llegaba á ser furor. Esta idéa de su caracter no dexa de ser verdadera; pero està defectuosa, y para abrazarla enteramente es menester agregar á su rigidèz contra los vicios, su suavidad para con las personas, y no una suavidad de pura opinion sugeta á alternativas, y á impetuosidades, sino toda razon, y siempre igual, porque estaba fundada en principios inalterables, como lo hizo evidente en la tierna amistad que mostrò à su hermano: en la generosa atencion que tuvo por Murena á quien acusaba: en las lagrimas que vertiò al vèr à sus conciudadanos degollarse unos á otros; y finalmente en su moderacion para con todos aquellos contra quienes tuvo que luchar en defensa de la libertad, y de las Leyes. Solo se debe exceptuar á César, á quien (haciendo este el mal por sistéma, y caminando à la tiranìa por la senda mas derecha, sin separarse jamás de su plàn) no podia mirar Caton sino como à enemigo público, contra el qual todo el Estado debia armarse, y no dexarlo respirar, porque no avia esperanza de reducirlo à la razon. Si á estos dos grandes rasgos de su

An. R... 706.
An. J. C. 46.

An. R... 706. An. J. C. 46.

caracter, la entereza, y la suavidad, se añaden la elevacion de su entendimiento, lo vasto, y sagàz de sus idéas, la aplicacion infatigable al trabaxo, y la pureza de sus costumbres, se hallarà que sin embargo de algunas manchas que le hemos notado en algunas ocasiones, debe tenersele por uno de los hombres mas estimables, y virtuosos del Paganismo: no se estrañarà que Virgilio le coloque en los Campos (*) Eliseos à la frente de los amadores de la virtud; y se le contemplarà digno del magnifico elogio, que de èl hizo Tito Livio en quatro palabras, que San Geronimo nos ha conservado: *Caton*, decia el juicioso Historiador, *ha sido loado, y vituperado por dos de los mayores entendimientos, que jamàs se hayan visto; pero ninguno ha podido aumentar su gloria con las alabanzas, ni disminuirla con su critica.* Los dos de quienes habla Tito Livio son Ciceron, y Cèsar. El primero escriviò un Panegirico de Caton, que se ha perdido, intitulado con el nombre de su Heroe; y el segundo respondiò con dos escritos, que han corrido la misma fortuna que el que refutaban, y tenian por titulo *los Anticatones.*

(*) *Secretosque pios, his dantem jura Catonem.* Æneid. lib. 8. v. 670. Liv. apud Hieron. Prov. I. II. in Oseam.

El cargo mas grave que se le haya hecho à Caton en la conducta de su vida, y tal vez el mas dificil de escusarse, es lo que hizo con Marcia, su muger. Tenia en ella varios hijos, y estaba á la sazon embarazada, quando se le antojó á Hortensio pedirsela. Caton no hizo dificultad en darsela por muger, como efectivamente se la diò con precedente consentimiento de Philippo, padre de Marcia. Aviendo Hortensio fallecido algun tiempo despues, dexando á su muger por heredera en perjuicio de un hijo que tenia, que era perverso, Caton la bolvio à tomar, de cuyo hecho se vale Cesar para censurarlo de aver procedido en todo este caso por un principio de interès, y de avaricia; pero

Plu-

Plutarco dice, que proponer una acusacion semejante es refutarla, y que no hay diferencia alguna entre capitular de cobarde á Hercules, ó á Caton de codicioso. El hecho en sì sufre mas dificultad, ó por decir mejor, es inexcusable, porque aun quando sea cierto, como Strabon lo sienta, no hizo en esto mas que seguir una costumbre antigua establecida entre los Romanos. Esta supuesta costumbre es tan contraria á la pública honestidad, y à las buenas costumbres, que convenia mas bien á un hombre como èl impugnarla, y resistirla, que no autorizarla con su exemplo. Caton murió de edad de quarenta, y ocho años, y el lugar de su muerte lo ha hecho llamar en la Historia Caton de Utica, para distinguirlo del Censor, su bisabuelo. An. R... 706. An. J. C. 46. Strab. lib. xi. pag. 515.

En un instante corriò la noticia por toda la Ciudad, y fue increible el concurso de gentes de todas clases, que acudiò ácia la casa donde habitaba. No se oian sino es elogios del ilustre muerto, á quien los Trecientos, y todo el Pueblo llamaban su bienhechor, su salvador, y el unico libre, y invencible, dando riendas á su dolor, aunque sabian que Cèsar se venia acercando; pero ni el temor del vencedor, ni el deseo de lisongearlo, ni las disensiones que entre ellos avia, no fueron capaces de apaciguar, ó resfriar su zelo para honrar su virtud. Hicieronle con pompa sus exequias, y le erigieron un sepulcro en la orilla del mar, en cuyo parage se veia en tiempo de Plutarco una estatua de Caton con su espada en la mano. Sus mismos enemigos no han podido dexar de darle los debidos elogios, y el Autor de las Memorias sobre la guerra de Africa, aunque enteramente adicto á Cèsar, dá testimonio de la perfecta integridad de Caton, y reconoce que era en extremo diferente de los otros cabezas de Van- De Bel. Afric. n. 88.

An. R... 706. An. J. C. 46. do. Cèsar al darle noticia de su muerte exclamò: *O Caton, yo os embidio la gloria de vuestra muerte, porque me aveis embidiado la de salvaros la vida!* Si hablaba sinceramente, explicando el deseo de salvar al mas implacable de sus enemigos, es en lo que Plutarco ha creìdo que le era licito poner alguna duda, y lo funda con razones bastante convincentes; pero por otra parte diò Cèsar en la guerra civil tantas pruebas de generosidad, perdonando à sus mayores enemigos, que no se hace creible, que huviese querido manchar la gloria adquirida con la muerte de un hombre à quien todos veneraban por sus virtuosas prendas. No estaba muy distante de Utica quando Caton se matò, y avia tomado de camino á Uscèta, en donde Scipion tenia unos Almacenes muy grandes, y tambien à Adrumèta, en la qual encontrò à Q. Ligario, y le concediò la vida; pero no la libertad de bolverse à Roma. Antes de llegar à Utica encontrò à L. Cèsar, que echandose à sus pies obtuvo de luego à luego el perdon que pedia. Este no le durò mucho, porque el Dictador, que conservaba un rencor profundo contra su joven pariente, porque éste, qual si fuera un enemigo furioso, avia tratado con la crueldad mas horrible à varios de los Libertos, y esclavos de aquel, que cayeron en sus manos, y hecho matar las fieras destinadas para la celebracion de los Juegos, que el vencedor queria dàr al Pueblo Romano; lo hizo acusar poco tiempo despues por causa de estos exceSos, y sin pronunciar contra èl Sentencia alguna, incitò à sus soldados à que lo matasen, fingiendo atumultuarse. De mejor fé perdonò à diferentes Romanos de distincion, que se avian quedado en Utica, y entre otros al hijo de Caton. Al Pueblo de esta Ciudad no tuvo que perdonar, porque siempre le avia sido afecto; pe-

Plut. in Cæs. & in Cat.

De Bel. Afric. n. 89.

Suet. Cæs. cap. 75.

De Bel. Afric.

pero por lo que toca à los Trecientos, que siguieron contra èl la guerra con el mayor encono hasta despues de la Batalla de Thapso, los condenò à la paga de ducientos millones de sestercios; esto es cinquenta millones de reales de plata, que en el espacio de tres años debian entregar mancomunados en seis plazos iguales en el Thesoro público del Pueblo Romano. De este modo se explicaba Cèsar; pero entonces el Pueblo Romano no era mas que un nombre, y la realidad del poder, y el goce efectivo de la Soberania, y de las rentas, residian en la persona del Dictador. An. R... 706. An. J. C. 46.

En tanto Juba llegò à su Reyno, despues de una fuga laboriosa, porque solo marchaba de noche, y de dia se mantenia oculto en las caserìas que encontraba en el camino. En su ausencia Sitcio avia derrotado, y muerto à su Teniente Sabura, de suerte que no le quedaba otro recurso, que el de encerrarse en Zama, su Capital, Plaza que avia fortificado con mucho cuidado; pero experimentò que un govierno barbaro, y feròz hace infieles à los vasallos. Al partir para la guerra mandò, que en la plaza pública se dispusiera lo necesario para una grande hoguera, diciendo que si bolvia vencido, era su animo degollar à todos los habitantes, echar en ella sus cadaveres, y luego arrojarse èl mismo à las llamas con sus thesoros, hijos, y mugeres. Una resolucion tan desesperada causò horror à los habitantes. Recivieron con mucho gusto la noticia de la Victoria de Cèsar, y quando Juba se presentò para entrar en la Ciudad, le cerraron las puertas; y no aviendo podido persuadirlos, ni con amenazas, ni con ruegos à que se las abriesen, tuvo que retirarse à una casa de campo con Petreyo, y un pequeño Cuerpo de Cavallerìa, que lo avia seguido. Sin embargo del abandono à que estaba reducido, los

de

An. R... 706. An. J. C. 46. de Zama, que lo temian, pidieron socorro à Céſar, quien marchò al inſtante de Utica, para no dár tiempo al Rey de repararſe. Hallò todo el pais abierto, ſus moradores acudian de todas partes á implorar ſu clemencia, y el infeliz Juba, viendoſe ſin recurſo, no pensò ſino es en acabar con ſu vida. Petreyo, y èl de acuerdo ſe puſieron à batallar para matarſe uno à otro; pero como el Romano era mas endeble, y menos robuſto cayó el primero, por lo que Juba no aviendo tenido el inhumano valor de paſarſe à si proprio ſu eſpada, hizo que lo mataſe uno de ſus eſclavos. Nadie hizo reſiſtencia à Céſar, las Ciudades de Tiſdro, y de Thapſo, que ſitiaban ſus Tenientes, no tardaron à rendirſe, y Fauſto Sila, y Afranio, que iban huyendo con un Cuerpo de mil, y quinientos cavallos con animo de paſar á nueſtra Eſpaña, aviendo tropezado con Sitcio, eſtè los derrotò, y hizo priſioneros. No fue Scipion mas dichoſo en ſu fuga. Con doce Navios que pudo juntar, ſe hizo à la vela para venir tambien à Eſpaña; pero aviendolo forzado un temporal à arribar á Hippona, ſe hallò con la Eſquadra de Sitcio, que lo cercò por todas partes. Viendo que el Navio que montaba iba à ſer apreſado, por no caer en manos de Céſar, ſe paſó ſu eſpada por el pecho. Durole ſu altaneria haſta el ultimo ſuſpiro, porque aviendo unos ſoldados enemigos, que ſaltaron à ſu bordo, preguntado: *Dónde eſtà el General*, alzó ſu voz moribunda para reſponderles: *El General eſtà ſeguro.*

Val. Maxim. lib. 3. c. 1. Senec. Ep. 2.

Céſar, deſtruidos todos ſus enemigos en Africa, ſe dedicó á dár las providencias convenientes para acabar de pacificar aquella tierra, y diſtribuir los caſtigos, ò recompenſas, ſegun los malos, ò buenos ſervicios que le avian hecho ſus naturales. Reduxo la Numidia á Provincia Romana,

y diò el Govierno de ella à Saluſtio, quien cometiò en el tiempo que le obtuvo tantas, y tan grandes extorſiones, y violencias, que Dion ha creìdo, que tuvo orden expreſa de Céſar para ello, y que mas que para governar la Provincia, lo dexò para que la pillaſe. El miſmo Dion nota, que eſta conducta de Saluſtio es tanto mas cenſurable, quanto que en ſus Eſcritos afecta una gran probidad, y aun rigidéz, de ſuerte, que ſi al concluìr ſu Govierno la proteccion de Céſar lo librò de una condenacion juridica, la halla, lo que es mas vergonzoſo para èl, en ſus proprios Eſcritos. Entre los Numidas, Céſar concediò à Zama exempcion total de tributos, en recompenſa de aver cerrado las puertàs à ſu Rey. A Sitcio, y à ſus gentes, que tan bien lo avian ſervido, les entregò à Cirta, Corte antigua de Maſiniſſa, y de Siphax, para que ſe eſtablecieran en ella, y del nombre de ſus nuevos colonos ſe llamò deſpues Colonia de Sitcios. En Zama ningun mal hizo à la perſona del hijo de Juba, que era muy niño; pero sì mandò vender todos los dominios del Rey, y los bienes de los Romanos eſtablecidos en aquella Ciudad, que avian tomado contra èl las armas. De buelta á Utica hizo poner igualmente en venta las poſeſiones de todos los que avian tenido el grado de Centuriones en las Tropas de Petreyo, y de Juba, ſacò contribuciones á las Ciudades de Adrumeta, y de Thapſo; y impuſo un tributo annual à las de Leptis, y Tiſdro à pagar en aceyte, y trigo. De los iluſtres Romanos que hizo priſioneros, ſolo mandò quitar la vida à Fauſto Sila, y à Afranio, de ſuerte que eſtos dos, y L. Céſar, fueron los unicos à quienes no perdonó deſpues de la guerra de Africa, y á los demás que contra èl ſiguieron la guerra en eſta Provincia, los condenò à deſ-

An. R... 706. An. J. C. 46.

Dio. lib. 43.

De Bel. Afric.

Appian. Civ. lib. 4.

Suet. Cæſ. c. 75 Flor. lib. 4. cap. 2. Dio. lib. 43.

An. R... 706. An. J. C. 46.

destierro; bien que permitiò á cada uno de sus amigos, y Oficiales principales el libertar á uno de esta pena: en cuya ocasion el joven Octavio hizo el primer ensayo de lo que podia su recomendacion con su tio, obteniendo el perdon del hermano de Agrippa, que desde entonces era yá muy afecto à su persona. Yá antes avia perdonado enteramente, como se dixo, á todos los que despues de la Batalla de Pharsalia recurrieron á su clemencia, y algun tiempo despues de la Conquista de Africa, y antes de su muerte, concedió un amnisticio general à todos los desterrados, y que avian tomado contra èl las armas. Concluìda una guerra de tanta importancia en el espacio de cinco meses, y medio, partiò de Utica el 14. de Junio para bolver à Roma por la Cerdeña. Desde esta Isla embió parte de la Flota, y de sus Legiones à nuestra España al Mando de C. Didio con orden de observar al joven Pompeyo, y de detener sus progresos. Algun tiempo despues se hizo à la vela, y como en la navegacion no tuvo buen tiempo, no pudo llegar à Roma hasta fin de Julio.

Nicol. Damasc. de Instit. Augusti.

Dio. lib. 43.

El Senado tenia yà prevenido su recivimiento con la expedicion de varios Decretos llenos de una adulacion infame, y con demostraciones de honor, tanto mas excesivas, quanto que no salian del corazon, y que el miedo que las avia producido, las hacia pasar de la raya de lo justo, para mas bien aparentar un zelo, y un afecto, que no avia. Entre otras cosas se mandaron celebrar quarenta dias de fiestas, y regocijos públicos por las Victorias conseguidas en Africa por Cèsar: que su carro triunfal lo tirasen quatro cavallos blancos, como los de Jupiter, y los del Sol: que en los mismos dias, ademàs de los Lictores que le acompañaban como Dictador, pudiera llevar todos

dos los de los dos Dictadores antecedentes, que en todo componian el numero de setenta, y dos. A estas distinciones puramente honorificas, añadió el Senado varios titulos de un poder sólido, y real: la Dictadura por diez años, y el empléo de *Inspector de las costumbres*, nombre, que sin que se sepa por què, se substituyó al de *Censor*. Solo restaba elevarlo à una condicion mas que humana, y lo intentaron erigiendole una estatua en un carro de triunfo, que colocaron en el Capitolio enfrente de Jupiter, aviendola puesto á los pies un globo del mundo con esta inscripcion: A CÆSAR SEMI-DIOS. La penetracion del Dictador era demasiado grande, para no conocer de dónde nacia aquel afán de hacerle con tanta liberalidad unos honores tan contrarios à la mente del antiguo Govierno. Con todo, no dexaron de causarle una grande satisfaccion, y los recibió; pero como los debia à la fuerza, quiso merecerlos. Llegado à lo sumo de sus deseos, y viendo su ambicion satisfecha con el poder soberano de que estaba en posesion, formó su plan de usar con suavidad, y moderacion de una fortuna, que no podia subir mas, contento de que los Romanos fuesen felices, como se le mantuviesen sumisos. Lleno de estas especies, en el primer discurso que hizo al Senado despues de su restitucion à Roma, expuso los principios de clemencia, y de generosidad, sobre los quales queria governarse, no temiendo contraher para ello una obligacion solemne, porque estaba determinado à cumplirla. Empezò desvaneciendo el susto, que vistos los crueles exemplares hechos por los que avian quedado victoriosos en las anteriores guerras civiles, á todos tenia sobrecogidos, y protestò que el poder, y la Victoria eran para èl motivos, que lo inducian à portarse con humani-

An. R. 706.
An. J. C. 46.

An. R... 706. dad: „ Porque à quién compete, dixo, repartir
An. J. C. 46. „ mas beneficios, ſino à aquel que tiene mayor po-
„ der para hacer bien? Quién menos debe come-
„ ter yerros, que aquel que puede todo lo que
„ quiere? Quién moſtrar mas prudencia, y mas
„ circunſpeccion en el uſo de los bienes de la li-
„ beralidad divina, que aquel que los ha recivido
„ mas abundantes? Y à quién importa mas ad-
„ miniſtrar con juicio los bienes de que goza,
„ que á aquel que poſee una medida mas grande,
„ y que por conſequencia tiene mas que perder?
„ No creais que pienſo en tomar à Sila por mo-
„ délo, y sì pretendo ſer vueſtro Gefe, y no vueſ-
„ tro Soberano, governar vueſtras caſas, y no ti-
„ ranizaros. Quando importe ſerviros ſerè Con-
„ ſul, y Dictador, y deſde el punto que ſe trate
„ de hacer mal à alguno, yá no ſoy mas que un
„ particular.„

Tal era el modo con que Céſar penſaba, y ſe explicaba, laudable, y generoſo ſin duda; pero mas conveniente à un Monarca legitimo, que à un uſurpador como èl. Tal vez no diò en eſta reflexion, y no parece que llegò à conocer la eſencial diferencia que avia entre ſu ſituacion, y la de un Principe, à quien los derechos de ſu nacimiento, ò una eleccion libre, y regular le dàn un titulo legitimo para mandar à los otros. Engañóſe ſin duda en ſu concepto, y eſte error fue la cauſa de ſu funeſta muerte, lo qual prueba quán deteſtable vicio es la ambicion de la tiranía, pues no permite emmienda, y que deſpues de aver cometido toda eſpecie de delitos para adquirir un poder injuſto, es meneſter quando ſe ha llegado à conſeguirle, continuarlos, ò perecer. Céſar renovó ante la Plebe las miſmas proteſtas de clemencia que en el Senado, y como los efectos correſpondieron, los animos ſe fueron re-

recobrando poco à poco del eſpanto, y conſternacion, que ſe apoderò de ellos en los principios; pero la ogeriza de los Grandes contra el opreſor de la libertad, era un mal que no podia deſarraigarſe. An. R... 706. An. J. C. 46.

Como las guerras no avian dexado à Céſar deſcanſo alguno, por la inmediacion con que unas à otras ſe ſuccedieron, no avia encontrado tiempo oportuno para triunfar; pero entonces viendoſe con alguna tranquilidad, no la malogrò para celebrar quatro triunfos en el diſcurſo de un mes, bien que con algun intervalo de unos à otros. Triunfò en primer lugar de las Galias, en ſegundo de Alexandria, y del Egipto, en tercero de Pharnaces, y del Ponto; y ultimamente del Rey Juba. La riqueza, variedad, y magnificencia de los quatro triunfos, fue correſpondiente à un hombre de guſto, oſtentoſo por genio, y que tenia en ſu mano todas las riquezas del Imperio. En el de las Galias iba delante del carro Vercingetorix, Gefe infeliz de los defenſores de la libertad de ſu patria, à quien deſpues de la ceremonia ſe quitò la vida; pero un accidente no premeditado huvo de aguar la fieſta. Rompiòſe un exe del carro triunfal, poco faltò que no cayeſe el Triunfador, y como ſe acabò el dia antes que la compoſtura, Ceſar tuvo que ſubir al Capitolio con luces. En el triunfo de Egipto iba Arſinoè, hermana de Cléopatra, à quien deſpues de la fieſta ſe diò libertad. En el del Ponto lo mas memorable era la inſcripcion que diximos de *VENI, VIDI, VICI: Vine, vi, y vencì*; y finalmente en el del Rey Juba, iba el hijo de eſte Principe, llamado Juba, como ſu padre. En eſta ceremonia fue como cautivo; pero Plutarco juzga que fue dichoſo para èl ſu cautiverio, porque le procurò una educacion muy excelente, y Suet. Cæſ. c. 37. Vell. l. 2. c. 56. Flor. l. 4. c. 2. Dio.

An. R...706. An. J. C. 46. el medio de instruirse en la Literatura Griega, y Latina. Hizo bastantes progresos en el estudio, y ilustrò sus potencias bastantemente para aver llegado á ser un Autor estimable, y sacò de su aplicacion un fruto mucho mas apreciable, que fue el de tener unas costumbres muy suaves, y llenas de humanidad. Con el tiempo se puso en posesion de parte del Reyno de sus padres, y llegò à ser Rey de la Mauritania; pero Plinio juzga, que la (*) gloria de las Letras es mas brillante en èl, que la de su Corona.

(*) *Studiorum claritate memorabilior etiam, quam regno.* Plin. lib. 5. c. 2

En todos estos triunfos no se hizo mencion de ningun Romano vencido, en lo qual siguiò Cèsar el exemplo de moderacion, que le dió Sila, de no insultar en igual lance al infortunio de sus conciudadanos, bien que Appiano supone lo contrario; pero la autoridad sola de este Autor no parece suficiente para desmentir todo lo que en el asumpto dicen los demàs, y mas quando Ciceron, testigo de vista, ninguna mencion hace de ello. Cèsar sin embargo de su poder, y de su gloria no pudo librarse de la libertad cynica de sus soldados. Era costumbre de todos tiempos, como lo hemos notado en otras partes, que en estas fiestas en que la alegria producia un licencioso desembarazo, las Tropas durante la marcha cantasen sus coplillas, bastas en sì; pero que contenian algunas veces elogios del Triunfador, y las mas satiras no poco picantes. En esta ocasion los soldados de Cèsar pasaron de raya en sus mordacidades, tirando à todo tirar sobre las costumbres de su General, que daba bastante margen para ello, sin olvidarse de echarle en cara lo que se decia del infame trato que tuvo en la Corte de Nicomedes. Visto esto, no se estrañarà que descontentos de las recompensas que Cèsar les dió, aunque estas fueron bien grandes, le

App. Civ. l. 2.

Plin. l. 19. c. 8.

echa-

echaſen tambien en roſtro, que los avia mante- An. R... 706.
nido con yerbas cerca de Dyrrachio; y lo mas An. J. C. 46.
particular de todo es, que le hicieron al proprio tiempo ſu Cauſa ſobre la injuſticia con que avia uſurpado, y retenia un poder tiranico, „ Si eres „ hombre de bien, le gritaban todos juntos, re- „ civiràs el caſtigo; y reynaràs, ſi continùas en „ ſer injuſto.„ No podian decir con mas claridad, que era preciſo que ſaliera condenado, ſi dexaba à la Plebe el uſo libre de ſus derechos, y oprimir à ſus conciudadanos para mantener el poder uſurpado. Las recompenſas, de cuya corte- dad ſe quexaban los ſoldados, eran tan exorbi- Freinshem. L. tantes, como que dió á cada veterano de Infante- 115. n. 14. ria veinte mil ſeſtercios en dinero, que correſponden à cinco mil reales de plata de nueſtra moneda, el doble à los Centuriones, y el quadruplo à los Tribunos, y Equites. Añadeſe à eſto las tierras que les repartiò para que ſe eſtablecieran, y reſultarà, que ſi no eſtaban contentos, es porque es impoſible contentar á unas Tropas, que conocen que ſu General ſe ha ſervido de ellas para ſus proprios intereſes, y no para los de la Patria. No fueron ſolos los ſoldados los que participaron de la liberalidad de Céſar, pues diò à cada ciudadano de los del populacho à razon de diez celemines de trigo, diez libras de azeyte, y en dinero quatrocientos ſeſtercios, ó cien reales de plata; y el numero de los que recivieron eſta gratificacion llegò à ciento, y cinquenta mil cabezas. Ademàs de eſtas diſtribuciones dió un combite general á todo el Pueblo, para cuyo efecto ſe puſieron en las calles, y ſirvieron con profuſion haſta veinte, y dos mil meſas. A unos gaſtos tan enormes ſe agregaron los de los eſpectaculos de todas eſpecies, como luchas de Gladiatores, y Athlétas, repreſentaciones de Ba-

An. R. 706. An. J.C. 46. tallas navales, que se hicieron en un estanque abierto expresamente fuera de la Ciudad, Comedias, carreras del Circo, torneos, y cazas de fieras, y de elefantes.

No es posible dexar de espantarse al vèr unos gastos tan immensos como los que hizo César, y apenas se puede creer, que á soportarlos bastasen las riquezas que sirvieron de trophéos en sus triunfos, como fruto de sus Victorias, aunque Appiano hace ascender su importe á sesenta, y cinco mil talentos; esto es, á cerca de quatrocientos millones de reales de plata, sin contar en esta suma el valor de dos mil, ochocientas, y veinte, y dos coronas de oro, que en todo pesaban veinte mil quatrocientas, y catorce libras Romanas. Otros cuidados mas sérios, y de mayor importancia ocuparon à César al proprio tiempo que los de la disposicion de las fiestas. Sus talentos, que à todo alcanzaban, y que eran no menos aptos para adquirir la gloria de sabio Legislador, que la de Conquistador grande, y glorioso, se dedicaron à reformar varios abusos, y à poner remedio en los males mas urgentes de la Republica. El numero de ciudadanos se avia disminuido considerablemente desde las guerras civiles, y el Dictador, que sabìa que la fuerza del Estado consiste en tener un Pueblo numeroso, hizo diferentes reglamentos dirigidos á reparar las pérdidas que la Nacion Romana avia hecho, y à favorecer su acrecentamiento. Ofreciò recompensas à los padres de familia, que tuviesen varios hijos, prohibiò à todo ciudadano desde veinte años hasta quarenta el ausentarse de Italia por mas de tres años, à excepcion de los que servian en las Tropas. Por la misma Ordenanza ningun hijo de Senador podia hacer viage fuera de Italia, á menos que no fuese en compañia de al-

Appian. Civ. lib. 2.

Freinshem. li. 115. n. 27. 31.

algun Magiſtrado ; y finalmente, como la multitud de eſclavos era cauſa de que los ricos no ſe valieſen, ni ocupaſen à la gente del populacho, la qual por conſequencia perecia de miſeria, y no podia caſarſe, ni dexar hijos, mandò que de entre los que ſe deſtinaban para conducir, y cuidar de las cavallerias, fueſe la tercera parte preciſamente de gente libre. La profuſion de los trages, y de las meſas le pareció tambien un objeto digno de ſu atencion. Reformò el uſo de veſtirſe de purpura, y de la pedreria, permitiendolo ſolo á ciertas perſonas, y en determinados dias, renovò las Leyes contra los exceſos de las meſas, y cuidó de que ſe obſervaſen puntualmente, caſtigando à los contraventores. An. R... 706. An. J. C. 46.

El honor de las Ciencias, y de la Literatura no nos permite paſar en ſilencio, que Céſar en el corto intervalo que tuvo de tranquilidad ſe aplicò à fomentarlas, y recompenſarlas ; y diò derecho de vecindad Romana à todos los que ſe eſtableciesen en Roma para exercer la Medicina, y à todos los Profeſores de las Bellas Artes. En eſte miſmo tiempo reformò el Kalendario, que lo neceſitaba baſtantemente, y yà anteriormente hemos advertido en mas de una parte lo deſordenado que eſtaba el año civil de los Romanos. El orden eſtablecido por Numa era poco comodo ; pero podia ſubſiſtir. Los Pontifices encargados de mantener eſte orden, yà por impericia, por negligencia, ò por hacer la corte à los Grandes, ò à los Arrendadores, lo avian traſtornado de tal ſuerte, que el año en que vamos, que fue el ultimo de la confuſion, ſe compuſo de 445. dias. Ademàs del mes Intercalar de veinte, y tres dias, que caìa en eſte año, fue meneſter añadir ſeſenta, y ſiete mas, que ſobraban de los antecedentes, para venir preciſamente

al

An. R... 706. An. J. C. 46. al primero de Enero del año que venìa. Como este arreglo tocaba à Cèsar por su empléo de Gran Pontifice, se valió para hacerle del célebre Astronomo Sosigénes de Alexandria; pero del modo en que el año quedó arreglado entonces, del en que lo puso Numa Pompilio, y de la ultima Reforma, que se hizo en el Pontificado de Gregorio XIII. dimos noticia en el Tomo V. de esta Historia. Como la Reforma de Cèsar trastornaba necesariamente en alguna cosa la antigua disposicion de los dias por lo perteneciente á las funciones sagradas, y civiles, dió comision á un Escrivano inteligente, llamado Flavio, para que el antiguo sistema lo ajustase en quanto le fuera posible al nuevo plan.

Pag. 102. y 103.

Todos estos cuidados eran múy proprios de un Gefe del Imperio; pero Cèsar hizo otras cosas al mismo tiempo que descubrian que era Cabeza de Vando. La necesidad de tener nuevas hechuras, ó de conservar las que yá tenia, le obligò à excederse en muchas cosas de las reglas establecidas. Restableciò en el goce de sus derechos à los que los avian perdido por Sentencias de los Censores; pero lo que de todo pareciò mas mal fue el aver introducido en el Senado á un gran numero de sugetos indignos por la baxeza de su nacimiento, ó por la indecencia de los cargos en que antes avian estado empleados, y aun algunos de ellos cubiertos de delitos, que deshonraban à aquel augusto Congreso. Era maxima de Cèsar recompensar à qualquiera que le huviese servido de algo, y decia públicamente, que si unos ladrones, ò asesinos le huvieran ayudado à sostener sus derechos, y su fortuna, se creeria obligado á mostrarles su agradecimiento. Lexos se và con un principio como este, y à èl se sigue necesariamente el trastorno de todas las Leyes, de to-

Freinshem. li. 115. n. 34. 35

Suet. Cæs. n. 72.

da

da decencia, y de todo reſpeto por las coſtumbres; y ſiguiendole diò Céſar plazas de Senadores à Eſtrangeros, y Galios medio Barbaros, como dice Suetonio, y eſto con tanta facilidad, que llegò à novecientos el numero de los que componian el Senado; eſto es à una tercera parte mas del prefinido. Lo que sì hizo en eſte tiempo mucho honor á Céſar fue la clemencia con que tratò á M. Marcelo. Se puede hacer memoria de lo que diximos en el Tomo antecedente de eſte Romano iluſtre por ſu nacimiento, por el alto pueſto que ocupaba en la Republica, por ſus talentos, y por ſu valor. Corazon arrogante, y altanero, avia durante ſu Conſulado inſultado à Céſar, y manifeſtado públicamente el animo que tenia de deſtruirlo. Deſpues de la Batalla de Pharſalia ſe retirò, como poco antes ſe dixo, à Mytilena, reſuelto, ſegun parece, à paſar el reſto de ſus dias en aquel retiro, conſolandoſe de ſu deſtierro con las Bellas Letras, y con la Philoſophia. Las reiteradas inſtancias de ſu hermano C. Marcelo, y de Ciceron, le hicieron conſentir en que ſe hablára à Céſar para que le permitiera bolver à Roma. Con efecto el Dictador, vencido de los ruegos de todo el Senado, le levantò el deſtierro, bien que antes ſe explicò ſobre los motivos particulares que tenia para eſtàr ſentido de Marcelo. Eſte no pudo desfrutar el beneficio que ſe le hizo, porque al bolver à ſu Patria lo aſſeſinò en Athénas un infelìz, que hacia algun tiempo que ſe le avia aficionado, y quien ſe matò deſpues á sì proprio. Se ignora la cauſa que tuvo el aſſeſino para cometer una maldad ſemejante; pero Ciceron tomò à ſu cargo juſtificar à Céſar, á quien ſe ſoſpechò de aver ſido el impulſo. Tambien levantò à Q. Ligario el deſtierro á que fue condenado deſpues de la Batalla de

An. R... 706.
An. J. C. 48.

Id. 76.

Cic. ad Fam. IV.

Ad. Atic. XIII. n. 10.
Ad Fam. VI. n. 14.

An. R... 706. An. J. C. 46. Thapso, cuya gracia la obtuvo Ciceron con sus ruegos, aun mas que con la bella defensa que hizo en favor del interesado, à quien puso Tuberon en justicia, queriendo que se le castigára como à reo de aver tomado las armas contra César. Lo mejor del caso està en que el acusador no solamente avia incurrido en el mismo delito, sino que su principal ogeriza contra Ligario nacia de no aver este querido dexarle poner el pie en Africa, à donde lo embiò el Senado para hacer la guerra contra César.

Las dos dependencias de Marcelo, y de Ligario son las unicas, que en lo público hicieron en este año lucir los talentos de Ciceron. Por lo demàs se dedicò à la composicion de diferentes Obras de Rhétorica, y de Philosophia, porque desde su restitucion à Roma las Ciencias eran todo su consuelo. Yà se puede facilmente discurrir, que no podia dexar de afligirle quanto veìa, y quanto oìa al derredor de sì. Fuera de las calamidades públicas, que le llegaban à la alma, su personal situacion erà para èl de todos modos triste, y congojosa. Con la mudanza acaecida en el Govierno avia perdido aquel lucimiento, consideracion, y autoridad anexa à uno de los Gefes del Senado Romano. Yà nada podia, sino es con sus ruegos con el Amo, cuyo genio no era muy apto para dexar à nadie tomar sobre èl mucha ascendencia. No solamente Ciceron, que era un enemigo antiguo; pero ni aun los que siempre le avian sido afectos le servian para sus resoluciones, pues solo tomaba consejo de sì proprio. Ciceron en este ocio, que dexaba el campo abierto à su dolor, no huviera podido vivir, à no aver vivido con las Letras, que aviendo sido siempre su diversion, y su descanso, fueron entonces, no solo su consuelo, sino tambien su salud. En este tiem-

Cic. ad Fam. IV. n. 9.

tiempo compuso efectivamente la mayor parte de sus Obras Philosophicas, y ademàs del alivio que hallaba en esta ocupacion, creìa cumplir en el modo que le era posible con la obligacion de Ciudadano. „ Pues que no podemos, dice, ser- „ vir à la Republica en el Senado, y en la plaza „ pública, sirvamosla á lo menos con la compo- „ sicion de Obras proprias à formar las costum- „ bres. Nada puede ser mas util para la instruc- „ cion de nuestros Romanos.„ Un obgeto como este era bien digno de Ciceron, y el entretenimiento, el tiempo, y la reflexion le fueron muy utiles, porque suavizaron su dolor. Despues de aver llorado la Patria mas tiempo, dice, y mas amargamente que una madre la falta de un hijo unico, se consolò por fin, y recobró algo de su alegria natural, y aun sus cartas, tratando de la situacion en que se hallaba, estàn llenas de chistes, y de sales.

An. R... 706. An. J. C. 46.

Cic. ad Fam. IX. n. 1. 16.

Acad. I. n. 11.

De este modo divertia Ciceron sus melancolìas, evitando con cuidado en sus escritos, y en sus discursos el ofender à Cèsar; cuya bondad, y moderacion realza aun en sus cartas particulares. Por lo que toca á los principales amigos de Cèsar, Hircio, Dolabela, Pansa, Oppio, y Balbo, vivia con ellos familiarmente. Con particularidad los dos primeros, que eran sugetos de capacidad, y de merito, y que estaban en proporcion de poder aspirar á los primeros empléos, tomaban sus lecciones para perfeccionarse en la Eloquencia, y esto producia entre ellos un trato frequente, diario, y de ningun modo inutil, y desagradable à Ciceron, quien chanceandose con este motivo, dice con gracia, que imitando à Dionisio el Tirano, que echado de Siracusa, puso Escuela en Corintho, èl acostumbrado á reynar en los Tribunales, como entonces no los avia, por-

Ad Fam. IX. n. 16. 17. & IV. n. 4.

Ad Fam. IX. n. 18.

An. R. 706. An. J. C. 46.

que todo dependia de la voluntad de uno solo, tenia del mismo modo Escuela de Rhetorica. La familiaridad de Ciceron con los vencedores, y la dependencia en que estaba respecto de César, no le estorvò componer por este tiempo su famoso elogio de Caton. Conociò toda la dificultad de una empresa tan delicada en la critica coyuntura en que se hallaba; pero con todo la executó con valor; y si hemos de juzgar de la obra en sì, por la especie de plan que hace de ella en una de sus cartas à Attico, no solamente exaltó en general la fortaleza, y constancia de su Heroe, sino que dió en lo vivo, y lo alabò de aver previsto mucho tiempo antes los males que padecia entoces la Republica, de aver hecho quanto pudo para precaverlos, y de aver querido mas el morir, que no ser testigo de ellos. Yà se puede discurrir, que una obra como esta no daria mucho gusto á César; pero no se diò por sentido, y se contentò con responder en dos Escritos, que intitulò, como lo diximos, *Anticatones*, oponiendo, segun la expresion de Cremucio Cordo en Tacito, Alegato á Alegato. César en sus papeles, siendo assi que tira de todos modos à Caton, trata con mucho honor à Ciceron, y lo compára à Péricles, y à Théramenes, dos de los mas ilustres personages, que tuvo Athénas, grandes Oradores, y grandes Estadistas. La Obra de Ciceron mereciò en la parte del estilo, y la eloquencia, que el mismo César la alabase; y como Bruto compuso tambien otro elogio de Caton, haciendo un cotejo de los dos Escritos en una carta que escrivia à un amigo, le decia que la lectura reiterada del de Ciceron, le avia hecho adquirir mas abundancia, y mas riqueza para sus expresiones, y elegancia; pero que al leer el de Bruto se hallaba su amor proprio lisongeado, pa-

Ad Attic. XII. n. 4.

Tacit. Annal. IV. 34.

Cic. ad Attic. XIII. n. 46.

re-

reciéndole, que èl era tambien eloquente.

An. R. 706.
An. J. C. 46.

Lo poco que se ha dicho de Ciceron parece basta à hacer vèr, ó dar una idéa de lo en que pasó el tiempo, desde que obtuvo su gracia, hasta la muerte de César. Si en adelante hallasemos algunos rasgos dignos de memoria, tendrèmos cuidado de ir haciendo mencion de ellos, y solo anticiparémos ahora la noticia de que la muerte de Julia su hija amada, que acaeciò en el año que sigue, le causó una tristeza muy amarga, que llegó à un exceso poco decente à un hombre de su capacidad. Semejantes golpes son recios sin duda, y solo es proprio de un corazon de piedra no sentirlos; pero el abatimiento, un humor sombrio, y melancolico, huir del trato, y concurrencia de las gentes, y el intento sobre todo, que tuvo de hacer el apothéosis de su hija, y de fabricarla Templo, son cosas, que tal vez se podrian perdonar à un hombre del comun; pero de ningun modo à Ciceron.

Ad Fam. IV. n. 5. 6. & ad Attic. XII.

§. II.

PODER DEL JOVEN POMPEYO en nuestra España. César viene contra èl. Primeras Expediciones hasta la Batalla de Munda. Muerte de Cn. Pompeyo. Su hermano Sexto se mete en la Celtiberia. Toda la Betica se somete al vencedor. Muerte voluntaria de Scapula. Castigos, y recompensas de resultas de la Victoria. El joven Octavio, à quien su tio procura dàr à conocer, sirve para con èl de recomendacion à muchos. César buelve à Roma, y triunfa, de que todos se dàn por sentidos. Echanlo à perder las adulaciones del Senado. Nombranlo IMPERATOR, *Dictador perpetuo, y le conceden otros honores nunca vistos, ni oìdos, y otros hechos hasta su quinto Consulado con Marco Antonio. Forma varios proyec-*

An. R. 706.
An. J. C. 46.

yectos, y entre ellos el de hacer la guerra à los Parthos. Antonio ofrece el Cetro à Céſar. Indignacion pública contra éſte. Conſpiracion contra ſu vida, formada por Bruto, y Caſsio, con todo lo ocurrido haſta ſu execucion. Los conſpiradores dàn de puñaladas à Céſar en el miſmo Senado. Divideſe los dictamenes en punto del aſſeſinato de Céſar. Varias reflexiones ſobre eſte caſo, y ſobre el caracter del muerto.

EN tiempo que Céſar eſtuvo detenido en Roma, las fuerzas del joven Pompeyo avian crecido tan conſiderablemente en nueſtra Eſpaña, que empezaban à dàr algun cuidado al vencedor. Cn. Pompeyo tenia muchos amigos en eſta Provincia, y afectos à ſu familia deſde el tiempo de ſu padre, quienes ſin embargo no ſe huvieran tal vez atrevido à declararſe, à no averles proporcionado la ocaſion la mala conducta del que Céſar dexò para mandar en ſu auſencia la Provincia Ulterior; pero para la mayor claridad ſe hace preciſo tomar las coſas de mas arriba. En el primer año de la guerra civil, Céſar deſpues de aver vencido á Afranio, y Petreyo, Tenientes de Pompeyo, y reducido toda la Peninſula à ſu obediencia, dexò el Mando de la Luſitania, y de la Betica à Q. Caſsio Longino, que conocia muy bien el pais, por aver ſido Queſtor en èl. Era eſte Romano activo, y valeroſo; pero al miſmo tiempo violento, furioſo, injuſto, avaro, y ſe hizo tan aborrecible con ſus malas propriedades ſirviendo ſu Queſtura, que ſe formò contra èl una conſpiracion de que pudo eſcapar la vida, bien que à coſta de ſalir herido. Conſervaba por eſta cauſa un rencor muy grande contra la Provincia, y los naturales le pagaban en la miſma moneda. Viendoſe en ella con el

Hirt. de Bell. Alex. n. 48. & Dio. lib. 42.

el Mando, para tener apoyo contra el odio de los Pueblos, se aplicó á captar el afecto de las Legiones, no escaseando el dinero á los soldados, haciendoles grandes promesas, y disimulandoles todo en el punto de disciplina militar. Como para sus liberalidades no tenia mas fondos que los que sacaba de los naturales, no huvo infamia, extorsion, ni injusticia, que no cometiese para satisfacer la codicia del soldado, y de camino la propria, en lo qual no se descuidaba, poniendo en obra quanto podia dár de sì la maldad de su genio, y del de los infames ministros de sus violencias. Estas aumentaron de tal suerte el odio que los Pueblos le tenian, que se formò una nueva conspiracion para matarlo, precisamente en el tiempo en que en virtud de ordenes de Cesar se disponia para pasar á la Mauritania, à fin de estorvar á Juba el que embiase socorros à Pompeyo à la Grecia, y castigarle de los que yà avia embiado. Los conjurados, que todos eran de Italica; esto es Sevillanos, embistieron á Longino en Cordova en el medio del dia, le dieron dos puñaladas, y hicieron otras heridas; pero ninguna mortal: por lo que Longino tuvo la satisfaccion de vengarse del atentado cometido contra su persona, haciendo atormentar, y quitar despues la vida à aquellos de los complices, que no pudieron rescatarla con su dinero, porque era aquel Comandante mas avaro, que cruel, y le hacia mas fuerza el oro, que la venganza. An. R... 706. An. J. C. 46.

Los conjurados tenian à su favor dos Legiones, que mandadas en otro tiempo por Varron, Teniente de Pompeyo, y forzadas despues à someterse à Cesar, avian quedado en la Provincia à las ordenes de Longino. El odio contra este despertò en ellas el afecto por su antiguo General;

An. R... 706. An. J. C. 46. ral ; y aunque llegó á la sazon la noticia de la derrota de éste en Pharsalia, se declararon altamente por èl, eligieron un Comandante, quien publicò que queria reducir el pais à la obediencia de Pompeyo, y los soldados gravaron su nombre en sus broqueles. Tres Legiones se quedaron con Longino, no por afecto que le tuviesen, sino por pura fidelidad á César. La Ciudad de Cordova, en donde estaban establecidos muchos Romanos, formò en esta quimera un tercer partido, que aunque aborrecia à Longino, no queria separarse de los intereses de César. Las resultas de una agitacion tan grande, y violenta, podian ser funestas à la Provincia, y causa de que este General la perdiese ; pero el Questor Marcelo Esernino logrò unir en un solo partido á todos los enemigos de Longino ; y poco tiempo despues, aviendo acudido Lepido, Proconsul de la España Citerior, con fuerzas superiores, Marcelo lo reconociò sin dificultad por arbitro en la quimera. Longino anduvo tergiversando, y tentando una resistencia inutil ; pero tuvo por fin que ceder, y mucho mas à vista de que Trebonio avia llegado por entonces à España, viniendo de Roma con titulo de Proconsul à tomar el Govierno de su Provincia. Resuelto á huir, y retirarse de todos sus enemigos, se embarcò ; y aviendo naufragado, y ahogadose en la boca del Ebro, todo con su falta quedò en calma. Esta no fue de mucha duracion, porque la fermentacion excitada una vez en los animos, dificilmente estos se tranquilizan del todo : fuera de que agitaba no poco el temor del castigo de César á los que conocian averle ofendido. Por èsta causa, sabiendo que Metelo Scipion se hallaba con fuerzas poderosas en Africa, le embiaron una Diputacion para unirse con èl, y apoyarse con su proteccion. En su conse-

Dio lib. 43.

quen-

quencia el hijo mayor de Pompeyo, aviendo partido de Africa para venir à esta Peninsula, aunque no pudo llegar tan presto, por aver quedado enfermo en las Islas Baleares, ò de Mallorca, los autores de la rebelion sublevaron las Tropas, y parte de la Provincia; y se hallaron con bastantes fuerzas para echar de ella á Trebonio. Dos Equites Romanos, llamados T. Escapula, y Q. Aponio, se pusieron à la frente de las Legiones entretanto que llegaba Pompeyo. Este vino efectivamente luego que su salud se lo permitiò, y en breve su nombre, junto con el modo suave, y cariñoso con que, forzando su genio naturalmente duro, y feròz, empezò à tratar á la gente, con algunos succesos felices que tuvo en los principios, y liberalidades hechas á tiempo á costa de aquellos contra quienes fue preciso valerse de la fuerza, le ganaron una gran fama, y muchos partidarios. Casi toda la España reconociò sus Leyes; y como para aumentar sus Tropas alistaba sin dificultad à todos los esclavos, que voluntariamente se le presentaban, y à quienes ponia en libertad, se halló á la frente de trece Legiones. Despues de la derrota de Metelo Scipion en Africa, Cn. Pompeyo recogiò algunas de las reliquias de aquel Exercito, y Sexto su hermano, Labieno, y Varo le traxeron un competente numero de Navios, con los quales se viò en estado de poder resistir por mar, y tierra à los Tenientes de Cesar. Ni Didio, á quien destacò el Dictador, como lo diximos, con parte de la Flota, ni Q. Fabio, y Q. Pedio, que mandaban las Legiones, no podian reducir à un enemigo entonces tan poderoso: por lo que de acuerdo con los Pueblos, que aùn se mantenian fieles à su General, instaron à este á que viniera en persona, haciendole presente, que de lo contrario se perderia la Provincia.

An. R. 706. An. J. C. 46.

Cic. ad Fam. XV. n. 19.

An. R... 706.
An. J. C. 46.

Auct. de Bel. Hisp.
Appian. Civil. lib. 2.
Dio. lib. 44.

Cesar partió de Roma en fines del año en que vámos, siendo Dictador por la tercera vez; y dexando que sus Tropas, cuyo numero se ignora, vinieran à sus marchas regulares, se adelantò, como lo acostumbraba siempre, y hizo tal diligencia, que en veinte, y siete dias llegó desde Roma à Obulco, (*) en la Betica; y como en una marcha tan dilatada estaba desocupado, para divertirse en algo, compuso en ella un pequeño Poema, cuyo asumpto era la descripcion de su viage; porque una imaginacion tan activa siempre, y siempre en movimiento, se huviera consumido à sì propria en los huecos que le dexaban los negocios, si no los huviese llenado con las Letras. En estos instantes, en que no tenia què hacer en sus operaciones militares, escriviò las Obras suyas, que tenemos, y otras varias que se han perdido. Cesar se halló en España antes que nadie pudiera esperarlo, y assi sorprehendiò à todos verle llegar, quando lo creìan muy distante. Sin embargo, como se supo que se estaba disponiendo para venir, el joven Pompeyo se avia retirado á la Bética, abandonando lo restante de España, creyendo, no sin razon, que no tenia juntas bastantes fuerzas para defenderse contra un enemigo tan temible. Toda la Bética obedecia à Pompeyo, à excepcion de la Ciudad de Ulia, (*) en cuyo sitio estaba ocupado quando Cesar llegó. El joven Pompeyo, sin embargo del gran concepto que debia tener hecho del vencedor de su padre, no se acobardò al verle llegar; y antes no persuadiendose á que huviese tal diferencia de hombre à hombre, que no le fuese tan permitida como à Cesar la esperanza de la Victoria, lleno de valor, y confianza, continuó con nuevo vigor el sitio empezado. El exito no correspondiò à su esperanza, y en breve huvo de reconocer la superioridad de su enemigo, porque

(*) Nuestro Mariana cree ser este Lugar *Porcuna*. Hist. lib. 3. c. 21.

Sueton. Cæs. cap. 56.

(*) Esta parece ser la que hoy llaman *Montemayor*, à corta distancia de Cordova.

que Cèsar introduxo socorro en la Plaza, y luego avanzando ácia Cordova, como para atacar esta Capital de toda la Provincia, metiò tal miedo à Sex. Pompeyo, que mandaba en ella, que con sus instancias obligò à su hermano à levantar el sitio de Ulia, para acudir à su socorro. El plan de Cèsar era decidir promptamente la quimera con una funcion general; y assi, passando el Guadalquivir en un puente, que à toda prisa hizo construir, fue en busca del enemigo, à quien presentò la Batalla. El joven Pompeyo no quiso aceptarla, contentandose con empeñar algunas ligeras escaramuzas; pero Cèsar, que no estaba acostumbrado à perder el tiempo inutilmente, fue à poner sitio à Atégua, que era la Plaza mas fuerte de las que obedecian à Pompeyo; pero este succeso correspondè al año en que fue Consul por la quarta vez.

An. R... 706.
An. J.. C. 46.

C. JULIO CÆSAR IV.

An. R... 707.
An. J. C. 45.

LA empresa del sitio de Atégua (*) era dificil, vista la fortaleza en si de la Plaza, el rigor de la Estacion, pues estaban en el medio del hinvierno, y que en las inmediaciones avia un Exercito poderoso en proporcion de socorrer à los sitiados. Cèsar triunfò no obstante de todos estos obstaculos, y rindió la Plaza el 19. de Febrero. Antes lo huviera conseguido, à aver admitido la proposicion que le hicieron los habitantes de entregarse à condicion de que dexára salir libre la Guarnicion; pero Cèsar les respondiò con altaneria *que èl estaba* (*) *acostumbrado à prescrivir las condiciones, y no à recivirlas.* Esta respuesta, que ninguna esperanza dexaba à la Guarnicion, la determinò à una resistencia obstinada; pero finalmente, hallandose dirruidas todas las fortificaciones, y empezado à discordar la Guarnicion, y los habi-

(*) Lugar desconocido, que se cree aver existido cerca de Alcalà la Real, no distante de el *Salado*, que llama Hirtio *Flumen Salsum*. De B. Hisp. n. 7

(*) *Se conditiones dare, non accipere consuevisse.* De Bel. Hisp. n. 19.

An. R... 707.
An. J. C. 45.

bitantes, estos abrieron las puertas à Cesar, sin mas condicion que la de que les dexase la vida salva. Por lo que toca à la Guarnicion, ningun Escritor dice lo que se hizo de ella; pero se puede creer, que se la trataria con todo rigor, vista la barbara crueldad con que los dos partidos se hacian la guerra. El Comandante de la Guarnicion de Atégua avia hecho degollar, y precipitar de las murallas à muchos de los habitantes con pretexto de que favorecian à Cesar; y con el mismo mandò Pompeyo, despues de rendida, cortar la cabeza à setenta, y quatro vecinos de una Ciudad inmediata. Los soldados de Cesar por su parte à ninguno del partido contrario daban quartèl, porque tales son los horrores de las guerras civiles, mas crueles siempre que las que se hacen entre Estrangeros.

Las ventajas conseguidas hasta aqui por Cesar eran realmente grandes; pero la guerra solo una Batalla en forma podia decidirla. Despues de la toma de Atégua procurò estrechar al joven Pompeyo, quien para animar à los suyos publicaba, que Cesar no se atrevia á dexarse vèr en campo raso, y esto que èl mismo tenia gran cuidado de apostarse en las alturas, para que no pudiera forzarsele à pelear. Lo unico que hacia era destacar algunos trozos de Cavalleria, y empeñar algunas escaramuzas, cuyos succesos, nada importantes, y siempre varios, nunca eran decisivos, hasta que finalmente los dos Exercitos, costeandose, y picandose continuamente, llegaron à Munda, (*) parage célebre en la Historia por la desgracia de Pompeyo, y la ultima de las Victorias de Cesar. Este General se disponia el 17. de Marzo para levantar su Campo, quando sus batidores le traxeron la noticia de que los enemigos desde la media noche se avian formado en batalla,

(*) Esta Ciudad se llama al presente *Monda*. Lo es del Reyno de Granada, dista no mucho de Malaga, y està cerca del rio llamado *Guadalmedilla*.

lla, por lo que se determinò à ir à ellos, y no perder la ocasion, que hacia tiempos que andaba buscando. Pompeyo avia determinado aventurar una accion, porque temiò desacreditar sus armas con seguir el plan de retirarse siempre, y tambien que lo abandonasen los de su partido; y para el logro se apostò ventajosamente cerca de Munda, en donde tenia un asilo prompto, y seguro, y en una eminencia defendida por una parte con un pantano casi impenetrable. No detuvieron à César estas dificultades, y de luego à luego formò sus Tropas en el llano, dexando un espacio libre para en el caso de que los enemigos quisiesen baxar; pero al vèr que se mantenian firmes en su puesto, empezó à subir para atacarlos, aviendo dado *Venus* por santo à sus soldados, segun lo tenia de costumbre. El que diò Pompeyo à los suyos fue *la Piedad*, queriendo denotar, que en aquel dia pretendia vengar la muerte de su padre. La accion fue muy recia, porque el joven General, fuera de la ventaja del terreno, tenia trece Legiones contra ocho; compuestas todas de soldados, que tenian interès de reñir como desesperados, porque eran de los que avian servido antiguamente à las ordenes de Afranio, y de Varron, y despreciado el perdon que las concediò César, ò esclavos puestos en libertad, y por consequencia sabian, que para ellos no avia que esperar quartèl alguno. Por lo que toca á los soldados de César, la gloria adquirida con sus anteriores Victorias, la presencia, y vista de un General seguro siempre de vencer, la indignacion de tener que pelear continuamente contra un enemigo tantas veces vencido, y que siempre bolvia à sacar la cabeza, eran motivos poderosos para empeñarlos à hacer quantos esfuerzos pudiesen, à fin de no desdecir de sus ha-

An. R... 707.
An. J. C. 45.

za-

An. R... 707. An. J. C. 45. zañas pasadas; pero huvo sin embargo algunos soldados, de los nuevos sin duda, que no dexaron de mostrar su miedo al acercarse el momento critico, que podia cambiar su suerte. Esto seria menos estraño, si fuera verdad, como lo sienta Floro, que el mismo César estaba mas triste que de costumbre; y esto tal vez pudo depender de no aver convalecido bien del accidente que padecia, el qual le repitiò à poco de aver llegado à España.

Flor. lib. IV. c. 2.

De qualquiera modo que haya sido, en lo que no hay duda es, en que sus soldados, assi nuevos, como veteranos, despues de catorce años de continuadas Victorias, afloxaron, y perdieron entonces el terreno, y su formacion; y si no bolvieron la espalda, fue porque la verguenza, y no el valor los detuvo. César fuera de si al vèr el desorden de los suyos, acude à repararle, anima á los unos, y afea à los otros su cobardia, diciendo à todos juntos: *Pues què? Assi abandonais à unos niños, à un General, que ha encanecido debaxo de los laureles?* El mal debiò de ser bien grande, y estàr perdida la esperanza de restablecer las cosas, si hemos de creer à Suetonio, y à Floro, que atestiguan, que estuvo para matarse à si proprio. A lo menos expuso su persona, y creyendo que en un extremo tan grande en nada se debia reparar, echò pie à tierra, tomò un broquèl de un soldado de Infanteria, y llegò hasta diez pies de distancia del enemigo. Su exemplo, y el manifiesto peligro à que estaba expuesto, despertaron el valor de los soldados, y la decima Legion, aquel Cuerpo tan valeroso, y afamado, que aunque en pequeño numero valia por un Exercito, hizo increibles esfuerzos para recobrar el terreno perdido. Estas alternativas, con la incertidumbre del exito, duraron casi todo el dia; y lo que

Plut. Cæs. Sueton. Cæs. cap. 36.

Flor. lib. IV. cap. 2.

de-

decidiò la funcion por Céſar fue un movimiento hecho á mal tiempo por Labieno, ò à lo menos deſgraciado. Entre las Tropas del Dictador ſervian unas de Moros armados à la ligera, y mandados por Bogúd, Rey de una de las partes de la Mauritania. Eſte Principe en el tiempo en que las Legiones eſtaban mas empeñadas unas contra otras, ſe ſeparó para ir à atacar el Campo de los enemigos, que diſcurriò hallar abandonado. Viòlo Labieno, y para eſtorvar el logro de ſu intento deſtacò cinco Cohortes, que marchando al encuentro de los Moros, ſe apartaron del campo de batalla. Céſar, ò porque creyò que huìan, ò porque quiſo hacerlo creer, gritò, que los enemigos bolvian la eſpalda, y eſta falſa opinion, aviendo corrido en un inſtante entre los dos Exercitos, acobardò à los unos, y aumentò el valor de los otros. La confuſion, y temor ſe apoderaron de los ſoldados de Pompeyo; y los de Céſar, y eſpecialmente los de la decima Legion ſe aprovecharon de eſte preciſo inſtante para eſtrecharlos, y deſordenarles las filas, que empezaban à confundirſe unas con otras. En breve ſe hallaron rotas, y en tal deſorden, que aunque ſe deſvaneciò el error de que los ſuyos huìan, no fue poſsible rehacerlas, ni remediar el mal, por mas eſfuerzos que ſe hicieron. La Victoria fue completa, treinta mil hombres de Pompeyo quedaron en el Campo ſin vida, y entre ellos Labieno, y Varo, à quien Céſar hizo hacer ſus Exequias, y tres mil Equites Romanos. Todas las Aguilas de las Legiones, con la mayor parte de las Vanderas, y las faſces del General, cayeron en poder del vencedor, y entre los priſioneros ſe contaron diez, y ſiete Oficiales Generales. Céſar perdiò mil de ſus mas valientes ſoldados, y otros quinientos quedaron heridos. Eſta Batalla, que concluyò la guerra Civil, ſe diò en

An. R... 707.
An. J. C. 45.

el

An. R... 707. el mismo dia en que quatro años antes partiò
An. J. C. 45. Pompeyo el Grande de Brindes para la Grecia. Yà hemos visto que se disputó terriblemente, y Cèsar confesò lo grande del peligro en que se avia visto, diciendo que en otras ocasiones avia peleador por ganar la Victoria; pero que en Munda por conservar, y defender su propria vida.

De los que quedaron de los vencidos, los unos se retiraron à Munda, y los otros al Campo. Este lo forzaron bien presto los soldados de Cèsar, y la Plaza, à que en el mismo dia se puso sitio, se rindiò al cabo de un mes, y despues de aver muerto casi todos los que se metieron en ella. El infeliz Cn. Pompeyo tirò à escapar por mar, ò tierra con un peloton de gentes que avia recogido, y algunas Embarcaciones; pero le acaecieron mil desgracias en su fuga. Atacado, y derrotado por los que iban en su seguimiento, herido en la espalda, y en la pierna derecha, desconcertado un talon, que no le permitia montar à cavallo, ni aun sufrir la litéra, se ocultò en una cueva retirada; pero aviendolo descubierto los enemigos, lo mataron, cortaron la cabeza, y la llevaron à Cèsar el doce de Abril. Como era importante hacer constante su muerte á los Pueblos, el vencedor mandò exponer la cabeza en parte donde todos la viesen, y despues enterrarla. Sex. Pompeyo, ultima esperanza de su nombre, y de su Familia, pudo escapar por entonces del riesgo que lo amenazaba. Hallabase en Cordova quando se diò la Batalla de Munda, y al instante que supo el mal exito de ella, saliò de la Ciudad, y de toda aquella tierra, y se fue à meter en las montañas de la Celtíberia, en donde vagando, y haciendo el oficio de ladron para poder mantenerse, estuvo algun tiempo ignorado, ò sin que se hiciera mucho caso de èl. Despues de la muerte de Cèsar bol-

bolverà à parecer en la ſcena, y harà, como lo verèmos, uno de los grandes papeles. La Victoria de Munda ſugetò al Dictador toda la Bética; y aunque las reliquias del partido de Pompeyo hicieron alguna reſiſtencia en Cordova, en Sevilla, y en algunas otras Plazas, fueron ſus esfuerzos como las ultimas llamaradas de una luz que ſe acaba. En breve todo tuvo que ceder al vencedor, quien no tuvo mas que poner en orden el eſtado de las coſas, y diſtribuir los caſtigos, y recompenſas. Eſcapula, uno de los que mas avian contribuido à ſublevar la Bética, afectó la gloria de una muerte voluntaria, imitando à los valientes, que buſcaron alabanzas en el mundo, aparentando una conſtancia, con que encubrian ſu deſeſperacion. Deſde el Campo de batalla ſe vino à Cordova, juntó à todos ſus criados, mandò preparar una pira, y diſponer un banquete magnifico, y oſtentoſo, repartiò entre ſus gentes todas ſus alhajas, y dinero, ſe ſentò à la meſa muy deſpacio, hizo que ſe pegaſe fuego á la pira, y luego que un eſclavo lo degollaſe, como lo executò, ſegun ſu amo ſe lo avia mandado. An. R... 707. An. J. C. 45.

Cèſar convocò en Sevilla à los Diputados de las Ciudades, y Pueblos de Eſpaña, que avian entrado en el partido de Pompeyo, y deſpues de averles reprehendido ſu inconſtancia, y infidelidad, no les diò otro caſtigo, que el de imponerles penas pecuniarias. Diſpueſto por ſu genio, naturalmente piadoſo à no derramar la ſangre de los vencidos, pero hambriento de dinero por principio, y por la neceſsidad de ſus urgencias, puſo en contribucion à toda la Eſpaña, y pillò haſta los Templos, y particularmente el de Hercules en Cadiz, del qual ſacò todos los theſoros, y ricas ofrendas, que la ſuperſticioſa devocion de los Pueblos avia ido amontonando en èl. Dion refie-

AnR. ... 707. An. J. C. 45. re, que vendiò aun à los mismos à quienes recompensaba, las exempciones, y privilegios que les concedia; pero esto no se hace creible en César.

Nic. Damasc. de Instit. Aug. El joven Octavio su sobrino, à quien amaba tiernamente, y que entonces entraba en los diez, y nueve años de su edad, fue con su recomendacion muy util à muchos de los que recurrieron à la clemencia de su tio, y entre otros los Saguntinos obtuvieron por su mediacion el perdon de César, sin embargo de que eran muy graves los cargos que contra ellos resultaron. Iba Octavio correspondiendo de este modo al afán, y cuidado con que su tio procuraba darlo à conocer, porque como no tenia hijos, y que las dichosas esperanzas que le daba su sobrino, en quien todo anunciaba una comprehension superior, y unos talentos muy raros, le avian hecho tomar la determinacion de adoptarlo, se aplicaba hacia yà algun tiempo à condecorarlo, y à proporcionarle ocasiones de lucimiento. Por esta causa le diò el Sacerdocio, que L. Domicio, muerto en la Batalla de Pharsalia, dexò vacante. Quando triunfó lo hizo ir à su lado á cavallo adornado de despojos, y con todos los distintivos honorificos, aunque la edad de este joven, y la delicadeza de su temperamento le avian impedido el servir. En las fiestas que siguieron á los triunfos, le diò la Intendencia, y Presidencia de los Juegos, que diò en el gusto, y lengua de los Griegos; y finalmente quando partiò de Roma para venir à España, tuvo animo de traherlo consigo; pero aviendole acometido una grave enfermedad, cuya convalecencia fue dilatada, no pudo llegar Octavio al Campo de su tio hasta despues de la Batalla de Munda. Hizo en nuestra España el bello papel que queda apuntado: dichoso, si huviera conservado siempre los mismos principios de humanidad, y

Suet. Aug. c. 6. 8.

suа-

ſuavidad con que ſe hizo tan amable en ſus primeros años. An. R... 707. An. J. C. 45.

Céſar, concluìdo todo lo que tuvo que hacer en Eſpaña, bolviò à Roma en el mes de Octubre, aviendo compueſto entre el tumulto de las armas, y de otros infinitos cuidados anexos à la guerra, ſus dos Anticatones; pero yà de eſtos hicimos antes mencion. Entrò en la Ciudad en triunfo, lo qual indiſpuſo contra èl á los Romanos. Efectivamente triunfar, no por aver vencido à unos Pueblos Barbaros, ò Reyes Eſtrangeros, ſino es por aver deſtruìdo para ſiempre la Caſa del mas iluſtre ciudadano de Roma, era inſultar conocidamente à los infortunios de ſu Patria, y era gloriarſe de un hecho, que no podia tener otra eſcuſa, dice Plutarco, delante de los Dioſes, y de los hombres, que la de la ſola neceſidad. Céſar ſin embargo quiſo, ò à lo menos permitiò, que ſe renovaſe un eſpectaculo tan doloroſo para ſus conciudadanos, concediendo el triunfo. à Q. Fabio, y Q. Pedio, ſus dos Tenientes Generales en Eſpaña, lo qual era contra las Leyes eſtablecidas, pues nadie podia triunfar no ſiendo General en propriedad. El diſguſto, ó enfado de todo el Pueblo en eſtos triunfos lo pudo conocer bien claramente, pues ni la magnificencia del ſuyo, y fieſtas correlativas excitò ningun movimiento de alegria entre la gente, ni los de ſus Tenientes, mas que dár ocaſion à que la gente hicieſe burla de la ceremonia, y de quanto ſe llevò en ella. Es verdad que Céſar no tuvo tanto la culpa de éſto, quanto el Senado, que lo echò á perder con ſus baxezas, y adulaciones; pues por lo que à èl toca, eſtaba tan diſtante de hacer trophéo de la Victoria de Munda, como que ni aun la noticia eſcrivió à Roma. El Senado luego que ſe eſparciò la noticia por las cartas particulares, en lugar de imitar la

Plut. in Cæſ.

Plut. & Dio.

An. R.. 707. An. J. C. 45

prudente moderacion del vencedor, se abandonò à los excesos de una alegria desmedida, y mandò que por espacio de cinquenta dias se celebrasen fiestas en accion de gracias. La mayor parte deseaban con esto hacerle la corte, y darle gusto; pero en otros era efecto de una politica refinada, porque tiraban, assi en esta ocasion, como en otras, concediendole honores tan extraordinarios, y excesivos, á mover contra èl la indignacion, y la embidia, proporcionando de este modo el medio de destruirlo. César, que recivia con ansia quanto era en aumento de su gloria, no conociò el lazo que se le armaba, y cayó en èl: tánto es lo que ciega, y engaña aun á los entendimientos mas sublimes su pasion favorita. Se atrevió á celebrar un triunfo odioso, para el qual no avia pretexto de guerra estrangera con que poder colorearlo, y succesivamente reciviò con corta diferencia todo el incienso, y todos los honores de que fue pródiga la adulacion, ò la malicia.

La fortuna de César avia llegado entonces al grado mas alto à que podia aspirar. El partido contrario se hallaba enteramente destruido, y no avian quedado ni Tropas, ni Gefe en ninguno de los dominios del Imperio. César, vencedor de todos, y el unico Soberano, no necesitaba mas que algun titulo, que pareciese legitimar, y perpetuar la autoridad que tenia usurpada, y este no podia faltarle, teniendo la fuerza en su mano. Declararonlo *Imperator*, ò Emperador, Padre de la Patria, Consul por diez años, y Dictador perpetuo. Plutarco observa, que con este ultimo titulo lo hacian realmente Monarca, respecto de que á la autoridad sin limites, anexa à este empléo supremo, se le agregaba la perpetuidad. El titulo de Padre de la Patria no era mas que honorifico;

Sueton. Cæs. c. 76. Plutarc. Dio. Appian.

pe-

pero el de *Imperator* (*) en el modo en que se le diò, le concedia el Mando en Gefe de todos los Exercitos de la Republica. Por lo que toca al Consulado decennal, ninguna necesidad tenia de èl, una vez que se le avia declarado Emperador, y Dictador perpetuo, y por esta causa no quiso admitirlo. Su persona se declarò sagrada, como lo avia sido la de los Tribunos de la Plebe; lo qual era una defensa bien endeble contra el odio que le conciliaba la injusticia de su usurpacion. Trocòse en honor suyo el nombre del mes en que avia nacido, el qual por ser el quinto despues del de Marzo, en que empieza el Año Astrologico, se llamaba *Quintilis*, y desde entonces se le diò el de *Julio*, de que se ha usado siempre despues. Las gentes apuraban su discurso en inventar honores singulares, nuevos, inauditos, y esta es la epoca de la furia de adulacion, que tuvo unos acrecentamientos tan grandes en el tiempo de los Emperadores, y que multiplicaba los elogios, los obsequios, titulos, y Decretos honorificos, á proporcion que los sugetos à quienes se dedicaban, eran mas dignos de horror, y de abominacion. No entrarèmos en referir menudamente los honores, y preeminencias que se concedieron à Cèsar; y de todas ellas la que le causò mayor satisfaccion fue la de poder llevar siempre ceñida en la cabeza la corona de laurèl. El motivo de su satisfaccion es muy singular, y proprio para dàr à conocer, que aun los hombres mas grandes no estàn siempre exemptos de tener sus flaquezas, aun las mas ridiculas. Era calvo por delante de la cabeza, y como se hacia burla de esta fealdad, se valiò con gusto de la comodidad que le ofrecia la corona, para ocultar este ligero defecto, que le enfadaba mucho. Gloriabase de aver sacado de Venus, que queria fuese tronco de su origen, la buena cara, y

An. R...707.
An. J.C. 45.

(*) Esta voz tiene varios significados, como se ha dicho en otras ocasiones. El proprio es el de *General*; pero tambien era un titulo honorifico, que se daba al que avia ganado alguna gran Victoria, y en este segundo sentido se diò à varios particulares hasta el tiempo del Emperador Tiberio. A Cèsar se le diò en otro concepto, y como para significar el Generalisimo nato de todas las fuerzas de la Republica, y en este sentido pasò el nombre de *Imperator* à Augusto, y à sus succesores. Nosotros lo traducimos en

An. R... 707.
An. J. C. 45.

y gracias que tenia. Efectivamente era blanco, tenia el roſtro lleno, bellos ojos, negros, y muy vivos; la eſtatura alta, y bien proporcionada, cuyas ventajas naturales procuraba realzar con la afectada elegancia de ſu modo de veſtirſe: coſa que ſentaba muy mal à un guerrero como Céſar, vencedor de las Galias, de Pompeyo, y de todo el partido Republicano; y que era mas propria para un mozalvete de los que hacen gala de ſer petimetres.

Céſar fue el unico Conſul, que tuvo la Republica haſta deſpues de ſu triunfo; y concluido éſte, convocò las Aſambléas del Pueblo, y hizo nombrar Conſules para los tres meſes que faltaban del año à Q. Fabio Maximo, y C. Trebonio. Eſta era la ſegunda vez que nombraba de eſta eſpecie de Conſules titulares, cuyo exercicio ſe hallaba reducido à un eſpacio de tiempo baſtantemente corto. El Pueblo no llevò bien vèr envilecida de eſta manera la primera Dignidad de la Republica, no hizo caſo, y sì mucha burla de los tales Magiſtrados; pero con todo Céſar, à quien ſe le daba muy poco de eſto, y menos de los eſtablecimientos antiguos, aviendo muerto Fabio repentinamente en el ultimo dia de Diciembre, nombrò para ſuccederle à Caninio Rebilo, quien fue Conſul las ſeis horas que le faltaban al dia, con cuyo motivo dixo Ciceron mil gracias. Céſar en lo perteneciente á los empléos, y Dignidades de la Republica, no ſeguia mas regla que la de ſu capricho, ſu interès, ó preciſion de recompenſar á ſus hechuras. En todo el año en que vámos no ſe nombraron Pretores, Ediles, ni Queſtores, y ſuplieron por eſtos empléos unos Prefectos, que governaron la Ciudad, ſubordinados á Lepido, General de la Cavalleria. Quando Céſar bolviò à Roma, concluìda la guerra de nueſ-

tra

en nueſtro Idioma en *Emperador*; y empleado en eſte ultimo ſentido, precedia à todos los nombres que tenia el que obtenia eſta Dignidad IMPERATOR. C. JULIUS CÆSAR CONSUL QUARTUM, DICTATOR PERPETUUS PATER PATRIÆ.

Tacit. Ann. lib. 3.
Suet. 76. & 80 Dio.

Cic. ad Fam. VII. n. 30.

Suet. & Dio.

tra Peninsula, creò catorce Pretores, y quarenta Questores, numero exorbitante, que no tenia exemplar. Los Goviernos los distribuìa à su arbitrio, y sin permitir que los nombrados los sorteasen como antes; pero sin embargo conservò à la Plebe parte de sus derechos, en el particular de las Elecciones. Reservò en sì la de los Consules, y la de la mitad de los otros Magistrados, dexando los restantes à la libre eleccion del Pueblo; y aun para los que èl nombraba se guardaba la formalidad antigua, porque hacia distribuir en las Tribus unas boletas, que decian: *Yo Cèsar, Dictador, he dado tal empléo à Fulano*; ò mas modestamente, *os recomienda à tal, y tal, à fin de que mediante vuestros votos obtengan los empléos à que son acreedores.* Tambien creò nuevos Patricios, porque el numero de los de las antiguas Familias se avia disminuìdo considerablemente con los diversos accidentes de las cosas humanas, y con las guerras civiles, cuya creacion no se avia buelto à hacer despues del establecimiento del Govierno Republicano. La Nobleza se adquiria en Roma con obtener los empléos Currules; pero el distintivo de Patricio estaba afecto al nacimiento, y no lo tenian sino los que descendian de las primeras familias Senatoriales electas por Romulo, por alguno de sus succesores; ò finalmente por L. Bruto, instituidor del Consulado, y de la libertad. De los nuevos Patricios creados por Cèsar, solo conocemos al joven Octavio, y à Ciceron. Dion añade todas las personas Consulares, y los que avian obtenido alguno de los empléos, que debemos entender Currules, que eran los que daban el privilegio de Nobleza.

An. R... 707. An. J. C. 45.

Suet. Cæs. 41.

Nic. Damasc. de Instit. Aug. & Dio. l. 46.

Para concluir todo lo perteneciente al año en que estamos, dirèmos que Cèsar, no pudiendo contentar à tantos como los que en atencion à sus

An. R... 707. An. J. C. 45.

Suet. Cæſ. n. 76.

ſus ſervicios pretendian el Conſulado, y deſeando darles alguna ſatisfaccion, concedió los honores de Conſules á diez antiguos Pretores. Esta invencion, que multiplicaba las recompenſas ſin gaſto, ni embarazo, pareció bien á los Emperadores, y los exemplares ſe hicieron muy frequentes en ſu tiempo. Aunque Céſar no admitio la oferta que ſe le hacia del Conſulado por diez años conſecutivos, no por eſto avia renunciado enteramente á eſta Dignidad, y ſe hizo nombrar Conſul para el año ſiguiente, en compañia de Marco Antonio, con quien ſe avia reconciliado, porque eſtaba mal con èl, como lo diximos, con ocaſion de la venta de los bienes de Pompeyo. Dolabella, que jamas ſe avia ſeparado del lado de Céſar en todas las guerras que tuvo, ſe diò por ſentido de la preferencia dada à Antonio; pero el Dictador le ſatisfizo, deſignandolo Conſul para quando èl hicieſe dimiſion, porque ſu plàn era no tener eſta Dignidad mas que los primeros meſes del año, y haſta que partieſe de Roma para ir á hacer la guerra à los Parthos: proyecto de que vamos à hacer mencion. Reeligiò por la tercera vez à Lepido para que fueſe ſu General de la Cavalleria, en la Dictadura que exercia por la quinta vez con ſu quinto Conſulado. El joven Octavio ſintió no aver podido lograr que ſe le prefirieſe á aquel amigo antiguo; pero el ſentimiento ſe ſuavizò con la ſatisfaccion que tuvo de ſaber, que eſto no avia ſido mas que dilatar el logro de ſu deſeo, porque como Lepido debia partir en breve para venir à ſervir el Govierno de la Eſpaña Citerior, que ſe le avia dado con el de la Galia Narbonenſe, tenia la palabra de ſu tio de que lo acompañaria à la guerra de los Parthos en calidad de General de la Cavalleria. Todas eſtas diſpoſiciones, que dependian de la vida de

Plin. lib. 7. c. 45.

Cé-

Céſar; ſe traſtornaron con ſu funeſta muerte, que acaeciò en el año ſiguiente, antes de aver hecho dimiſion del Conſulado. No avia por entonces aſomo de eſto, y ſolo ſe eſperaba una dilatada auſencia, con motivo de la guerra, que iba à hacer en el Oriente. Por eſta razon ſe acordò, que ſe ſeñalaſen Magiſtrados para algunos años; pero ſolo ſe deſignaron los Conſules, y para el año ſiguiente nombrò Céſar diez, y ſeis Pretores; y además de los dos pares de Ediles Currules, y Plebeyos, creò otros dos con el titulo de *Cereales*, que debian tener inſpeccion en lo perteneciente à los frutos de *Céres*; eſto es, en el trigo, y demás ſemillas. An. R... 707. An. J. C 45.

C. JULIO CÆSAR V. An. R... 708.
M. ANTONIO. An. J. C. 44.

APenas avia Céſar dado fin à las guerras civiles, quando yà eſtaba canſado de eſtarſe tanto tiempo en quietud. Nacido para coſas grandes, y ciegamente apaſionado por la gloria, ſus reiterados ſucceſos no lo determinaban à apetecer la quietud, fruto que le proporcionaban ſus grandes Victorias, y antes eran eſtas incentivo para que intentára coſas mayores; porque competidor eterno de sì proprio, como uno lo es de los otros, ſuſpiraba por borrar la gloria de ſus hazañas paſadas con el brillo de otras nuevas, à que no pudieran compararſe las primeras. Eſte impulſo, que bien mirado, ſe halla reducido á la impoſibilidad de quedar uno de acuerdo conſigo miſmo, y que prueba, no la magnanimidad del corazon de aquel à quien mueve, y sì la poca ſubſtancia de todos los bienes humanos, que jamàs lo llenan, ni ſatisfacen, determinò à Céſar à marchar contra los Parthos. Fuera de eſto, ſe hallaba mejor de ſalud en la accion, y entre las fatigas, y tumulto de las armas; pero hacia valer el deſeo que tenia de vengar el nombre Ro- Plut. in Cæſ.

An. R... 708. An. J. C. 44.

mano ultrajado, y lavar la afrenta de la derrota de Craſſo, y por eſta parte la Expedicion proyectada guſtaba mucho à los Romanos, para quienes la gloria de la Nacion era un obgeto infinitamente precioſo. El plán de Céſar no ſe reducia à ſola la guerra de los Parthos, porque à nada menos anhelaba deſpues de averlos vencido, que à llegar por la Hircania haſta las orillas del mar Caſpio, dàr buelta al monte Caucaſo, penetrar en la Scythia, y atraveſar ſus eſpantoſos deſiertos, para entrar en la Germania, y bolver por fin à Italia por las Galias; y aſsi ſolo podia ſatisfacer ſu ambicion la conquiſta del mundo entonces conocido, y la poſeſion de un Imperio, que no tuvieſe caſi por todas partes mas limites, que el Oceano. Los preparativos de una empreſa tan vaſta eran ſuficientes para ocupar muy bien enteramente à un hombre; pero nada era mas vaſto, que la capacidad de Céſar. Diverſos proyectos, todos grandes, dividian ſu atencion, ſin fatigarla, y ſin diſtraherlo de ſu obgeto principal. Penſaba en adornar à Roma con dos ſoberbios edificios, de los quales tenia yà hecha la planta, tomadas las medidas, y aun empezado à abrir los cimientos. El uno era de un Theatro de una latitud inmenſa, al pie del monte Capitolino; y el otro de un Templo à Marte, mayor que ninguno de quantos avia en el mundo; pero eſtas dos Obras quedaron para ſu ſucceſor. Su aficion, y guſto por la Literatura le hizo dàr al docto Varron el encargo de juntarle una numeroſa Bibliotheca de Autores Griegos, y Latinos, para deſtinarla al ſervicio, y utilidad del público. Tambien avia formado el proyecto de corregir el inconveniente de la multiplicidad de Leyes, reduciendo à un pequeño numero de Titulos lo mas importante, y verdaderamente neceſario del Derecho Civil.

Freinshem. l. 116. n. 21. 25.

Hi-

Hizo expedir un Decreto, para que se trabaxase en una descripcion Geographica de todo el Imperio, en que se demostrasen exactamente los caminos, y las medidas de las distancias. No menos pensaba en otras obras de un costo infinito; pero de grande comodidad, y utilidad para el público, como la de desecar las lagunas Pomptinas en el Lacio, que inutilizaban muchas de sus campiñas, y perjudicaban á la salud de las Poblaciones inmediatas, abrir una nueva madre al Tiber desde Roma al mar, para facilitar la navegacion de este rio, formar un nuevo Puerto en Ostia, y otros proyectos de igual naturaleza, à que no bastaban tal vez las fuerzas humanas, y que otros Principes intentaron inutilmente; á que debe añadirse el de restablecer à Carthago, y à Corintho; pero yà de esto dimos razon quando se tratò de la destruccion de la primera de estas dos Ciudades. An. R... 708. An. J. C. 44.

Estos eran los grandes proyectos, que Cesar trahia en su imaginacion, en tanto que se estaba tramando contra èl una conspiracion, que debia en un momento desvanecerselos todos, y quitarle la vida, y esto por parte de aquellos mismos à quienes èl se la avia dado, perdonandoles la enemistad, y rencor con que le avian hecho la guerra, y llenandolos despues de beneficios. Efectivamente, ni antes, ni despues se halla exemplar de que nadie en el caso en que Cesar, haya tratado con mas clemencia à sus contrarios: esta lo ha hecho digno de las myores alabanzas; y de todos los honores, con los quales la impìa adulacion de los Romanos lo igualò á los Dioses que adoraban, el menos intolerable, sin disputa, es el Templo que edificaron à la Clemencia, y en el qual consagraron su estatua junta con la de esta Deidad dandola la mano. Cesar en la fé de sus beneficios Dio. lib. 44.

An. R... 708. An. C. J. 44. creyò aver conseguido hacerse amar de todos sus conciudadanos, ò à lo menos averse puesto en el caso de no tener que temerlos. Veia que los unos; esto es, los que lo avian servido siempre, le debian ser afectos por inclinacion, y por interès, y los otros por agradecimiento, pues le debian la vida. Sobre este principio ilusorio, como lo hemos dado á conocer anteriormente, en la persona de un usurpador como èl, se obstinó en no querer servirse de Guardia para su resguardo. Varios de los que tenian con èl mas confianza, y en particular Hircio, y Pansa, que lo amaban verdaderamente, le hicieron sobre este asumpto las mas vivas representaciones en algunos instantes en que manifestaba vivir con alguna inquietud; pero con todo se mantuvo firme en no admitir sus consejos, diciendo, que valia mas morir de una vez, que no vivir en continuados sustos. Esta seguridad en que vivia pudiera aver tenido lugar, si huviese huido cuidadosamente de todo lo que podia hacerle odioso; pero su facilidad à recivir honores mas que humanos, y à admitir las baxas lisonjas del Senado, y unos privilegios excesivos, y inauditos, engendraron contra èl un odio, y un rencor, que solo podia acabarse con su vida. Este, que era yà por sì bien grande, lo aumentò mucho mas la arrogancia con que recivia las demostraciones de la pública esclavitud; porque aviendo ido el Senado en Cuerpo de Comunidad à presentarle las Actas de varias determinaciones honorificas tomadas á su favor, y encontrandolo sentado en su silla Currul delante del Templo de Venus, ò segun otros, en medio de la Tribuna de las Harengas, no se levantò, contentandose con alargar la mano à cada uno de los Senadores. Esta soberbia, y indecencia hiriò en extremo, no solamente al Senado, sino tambien

Vell. l. 2. c. 57. Appian. Civil. lib. 2.

Suet. Cæs. c. 78. Plut. & Dio.

à

à la Plebe, que creyò despreciada la magestad de la Republica, y envilecida en la augusta Compañia, que la representaba. Algunos quieren disminuir lo indecoroso de esta accion de Cèsar, diciendo que iba à levantarse, pero que se lo estorvò uno de sus amigos, ò mas bien de sus lisongeros; pero de qualquiera modo, apenas acabò de cometer el yerro, quando lo conociò, y quiso disculparlo, diciendo, que se avia sentido acometido del accidente que le solia dar, y que no se avia levantado por no aumentarlo; pero esta razon à nadie satisfizo, y se tuvo por un pretexto mal inventado, para encubrir su groseria, y su vanidad, y mucho mas, que lo vieron bolverse por su pie á casa; á que se añadia la experiencia que se tenia de lo mucho que sentia qualquiera falta de respeto á su persona. An. R... 708. An. J. C. 44.

Estas, y otras especies de la misma naturaleza son poco dignas de Cèsar, y muestran una pequeñèz estraña en un hombre tan grande, y una imprudencia casi increible en una capacidad, y comprehension tan vasta, y elevada como la suya. Sus discursos correspondian à sus acciones, y se le oyò decir públicamente, no una, sino muchas veces: *Que la Republica no era mas que una sombra sin cuerpo, y un nombre sin realidad: Que Sila no supo lo que se hizo, quando hizo dimision de la Dictadura; y que era menester acostumbrarse à hablarle con mas respeto, y à mirar como leyes todas las palabras que salian de su boca.* Hablando de esta manera, ofendia, y ultrajaba à los Romanos, que aunque no llevaban bien la esclavitud en que los tenia, querian á lo menos que se les salvasen las apariencias, y el lenguage. Cèsar coronò todos sus yerros con un deseo de reynar, que no pudo reprimir, ni ocultar, y dió con manifestarlo el mas aparente de todos los pretextos, no solo à los que los andaban Suet. Cæs. c. 77.

buf-

An. R. 708. An. J. C. 44.

buſcando, ſino tambien à los que no penſaban en ello, para maquinar contra ſu vida. Su ambicion deberia ſeguramente averſe contentado con reynar, como reynaba de hecho; pero queria tener el nombre de Rey, y ſin èl no le ſatisfacia toda la realidad. Eſte deſeo le manifeſtò en baſtantes ocaſiones, y de mil maneras. Entrando en Roma el 26. de Enero, de buelta de celebrar las Ferias Latinas en el monte Albano, algunos de los que lo rodeaban, ſobornados, y apoſtados ſin duda por èl para tantear el animo del Pueblo, entre las aclamaciones con que celebraron ſu entrada, lo ſaludaron Rey. La multitud en vez de aplaudirla, quedò como muda, y conſternada: lo que advertido por el Dictador, reſpondio, *que no era Rey, ſino Céſar.* Haſta aqui no podian cogerle prenda, y ſolo quedaban algunas ſoſpechas; pero un lance que ſuccedio en eſte miſmo tiempo acabó de quitarle la maſcarilla. Un hombre del populacho, aviendo pueſto una corona de laurèl, con la Diadema en una de ſus eſtatuas, dos Tribunos de la Plebe, llamados Epidio Marulo, y Ceſecio Flavo, prendieron al delinquente, y no contentos con èſto, hicieron averiguacion de los primeros autores, que avian dado à los otros la ſeñal, y exemplo de aclamar Rey á Céſar; y aviendolos deſcubierto, los puſieron tambien en la Carcel, y ſe diſponian para hacerles ſu Cauſa. El Dictador en vez de diſimular ſiquiera por el bien parecer, ſe quexò amargamente de los Tribunos en el Senado; y no contento con eſto, los hizo deponer en forma de ſus empléos, y ſu rencor llegò haſta exigir del padre de Ceſecio, que deshereda-ſe à ſu hijo; pero el padre no quiſo obedecer à una orden tan iniqua; y Céſar, que aun entre ſus injuſticias conſervaba un corazon generoſo, no ſe diò por ofendido de una repulſa, y entereza tan bien

Faſti Capitol.

Suet. Cæſ. 79. Plut. Dio. Appian.

Val. Max. l. 5. cap. 7.

bien puesta. No por esto, ni por los pretextos con que quiso encubrir su procedimiento contra los dos Tribunos, pudo disuadir á la multitud del concepto en que estaba de que aspiraba à que se le declarase Rey de los Romanos; y por si acaso avia quedado alguna duda, Marco Antonio tuvo cuidado de quitarla con una accion de las mas escandalosas. Celebrabanse los Lupercales, fiesta instituida en honor del Dios Pan; y Antonio, aunque Consul entonces, era uno de los Lupercales, ò Ministros de aquella extravagante ceremonia. Demosla el epitecto de extravagante, porque los Lupercales corrian desnudos por la Ciudad, llevando unas correas en la mano, con que daban à todos los que pasaban, y las Señoras, aun las mas recogidas, iban à poner las manos para que las diesen en ellas con el azote, persuadidas á que esto era un socorro favorable para que fuesen fecundas. An. R. 708. An. J. C. 44. Plut. in Cæs. & Anton.

En tanto que estas locuras, que pasaban por espectaculo de Religion, divertian á la gente, estaba Cesar en la Tribuna de las Harengas sentado en un Trono de oro, con el manto triunfal, y la corona de laurel en la frente, à cuyo tiempo llegò Antonio, y le ofreciò la Diadema. El murmullo general de quantos estaban en la plaza advirtiò à Cesar, que no admitiera la oferta que se le hacia, y con efecto al oir su repulsa resonò todo aquel ambito de las aclamaciones, y gritos de alegria de los asistentes. Antonio no desistiò de su empeño, y aun se echò à los pies del Dictador, como para moverlo à compasion; pero la improbacion del Pueblo, manifestada en el silencio en que entrò al ver la segunda instancia, no permitió à Cesar admitir lo que con tanta ansia deseaba. En lugar de ceñirse la Diadema, la tomò, y puso sobre su Trono; pero advirtiendo, que Cic. Philip. II. n. 85. 87. Dio. Suet.

to-

An. R. 708. An. J. C. 44

todavia no estaba contenta la multitud, la embiò al Capitolio, diciendo, que solo Jupiter era el Rey de los Romanos. Permitiò no obstante, que se apuntára en los Fastos; esto es, en el Diario, en que se notaba quanto ocurria de memorable en la Ciudad, que en el dia de los Lupercales, el Consul Antonio por orden del Pueblo ofreciò la Corona à Cesar, Dictador perpetuo, y que Cesar no avia admitido este honor. No es necesario advertir, que esta era scena dispuesta entre Cesar, y Antonio, porque ello mismo lo está diciendo; pero lo que si conviene prevenir es, que tantas tentativas inutiles no cansaron á Cesar. No pudiendo conseguir que en Roma se le reconociese por Rey, pensó en hacerse dár este titulo, à lo menos en las Provincias del Imperio; y L. Cotta, uno de los Sacerdotes à cuyo cargo estaba la custodia de los Libros Sibilinos, debia hacer presente al Senado, que segun los Oraculos de la Sibila, solo un Rey podia vencer à los Parthos; en cuyo supuesto se debia mandar, que Cesar fuera con este caracter à hacerles la guerra. Los obstaculos que hallò para el logro de sus deseos, fueron al parecer los que empezaron á hacer que se disgustase de vivir en la Capital, y los que le sugirieron el pensamiento de transportarse, y transportar la Silla del Imperio à Alexandria, ò á Ilion. Todo esto es bien estraño, y lo parecerà mucho mas, si se añade, que conocia perfectamente el peligro à que se exponia con afectar el ser Rey, y en el dia en que Antonio le ofreció la Diadema, al entrar en su casa descubriò la garganta, diciendo, que sus enemigos no tenian mas que degollarlo, pues acababan de tener uno de los pretextos mas plausibles para quitarle la vida; y decia verdad, porque en el tiempo mismo que hablaba de este modo,

Plut. in Ant.

se

se estaba tramando la conspiracion en que pereció. An. R... 708. Ac. J. C. 44.

Los Romanos en general estaban contra èl indignados hasta no mas por las razones que quedan expuestas, y esto se manifestò en el público con señales no equivocas, bien que la mano que las daba tenia buen cuidado de no manifestarse. En una eleccion de Consules, Cesecio, y Marulo, que eran los dos Tribunos depuestos por el Dictador, tuvieron bastante numero de votos. Avia puesta en el Capitolio una estatua de Cèsar junto à las de los Reyes, y en medio de estos estaba la de Bruto con su espada desnuda en la mano. Al pie de esta escrivieron: *Ojalà vivieras*! y al de la de Cèsar: *Bruto por aver echado à los Reyes, llegò à ser el primer Consul; y Cèsar por aver echado, y acabado con los Consules, se ha hecho el ultimo Rey.* Los deseos, y ojos de todos se dirigian à M. Bruto, Pretor entonces, y lo incitaban à mostrarse digno de su nombre. No pocas veces oyò gritar al derredor de sì: *Necesitamos de un Bruto*; y encima del Tribunal en que administraba la Justicia, encontrò villetes, y inscripciones, que le increpaban su indiferencia: *Tù duermes, Bruto. No eres el verdadero Bruto.* Saliò por fin de su letargo, y se hizo, como todos saben, cabeza de la conspiracion, que se formò contra la vida de Cèsar; pero no unicamente en virtud de estas exhortaciones populares, y anonimas, ni tampoco fue el primero que concibiò el plan, pues huvo menester que Cassio lo moviera. Un poco nos detendrèmos para dàr à conocer à estos dos hombres, que fueron los ultimos vengadores de la libertad de los Romanos.

Suet. Cæs. 80.

Plut. in Cæs. & Brut. Dio, & Appia

M. Bruto pasaba por descendiente por linea paterna del autor de la libertad de Roma, lo qual sufre no pocas dificultades, que no es de

Plut. in Brut.

An. R... 708. An. J. C. 44. nuestro asumpto desenredar; y por la materna, siendo como era su madre hermana de Caton, venìa inconteſtablemente de Servilio Ahala, generoso defensor de esta misma libertad, y célebre por aver muerto à Sp. Melio, que aspiraba à la Tiranìa. Nacido con las mas bellas disposiciones, las cultivò cuidadosamente con el estudio de la Philosophia, y uniendo á la suavidad, y gravedad de sus costumbres, los principios de una actividad util, y honesta, se le representa en la Historia como al mas amable, y virtuoso de los Romanos. Tenia à la vista un gran modélo en la persona de Caton su tio, que fue tambien despues su suegro, y toda su vida se aplicò à imitarlo. Su suavidad no le venía de su temperamento, y era su genio vivo, y lleno de fuego; pero sin embargo no obraba con ligereza, y aquello à que una vez se determinaba, lo seguia con ardor. Esto lo avia Césaar advertido muy bien, y le hizo decir mas de una vez, hablando de Bruto: „ No es del todo in-
„ diferente vèr à què se determina, ó lo que quie-
Cic. ad Attic. XIV. n. 1. „ re este mozo; porque lo que quiere, lo quiere
„ con fuerza.„ Los empeños, y solicitudes injustas nada conseguian de èl, y tenia por cosa vergonzosa, y indigna de un hombre grande aquella facilidad, ò mas bien flaqueza, que hace condescender á demandas injustas, por no tener valor de resistir cara á cara á los que nos instan; y acostumbraba decir, que tenia por sospechosos de no aver pasado juiciosamente su juventud à los que no sabian decir no. No menos curioso de formar su corazon, que de exornar sus potencias, unìa con la virtud lo mas bello de la erudicion, y doctrina, que tiene realmente con ella una afinidad tan estrecha. Hemos dicho, que se aplicó al estudio de la Philosophia, la qual estaba reducida unicamente entonces à los principios de la Religion na-

natural, y al arreglo de las costumbres; y tenia en su casa al Philosopho Ariston, cuya conducta hacia honor à su profesion. Como la Eloquencia es tan necesaria à un hombre de Estado, especialmente en una Republica, Bruto se aplicó à adquirirla, y se exercitò con mucha aplicacion, y cuidado en los dos Idiomas Griego, y Latino, teniendo por commensal à un Rhetorico Griego, llamado Empylo, de cuyas lecciones, y consejos se sabìa aprovechar. No se malograron su aplicacion, y sus afanes, pues se le cuenta por uno de los primeros Oradores del buen siglo, que era el en que vivia; y Ciceron en el libro que escriviò en tiempo de la dominacion de los Césares, y intitulò de su nombre, *Bruto*, se lamenta de que à un talento tan bello faltaron las ocasiones para lucir: „ Os levantabais, le dice, con un buelo ra- „ pido á la gloria de la Eloquencia; y veo con „ dolor, que la desgracia de los tiempos detiene, „ y corta vuestra carrera.„

An. R. 703. An. J. C. 44.

Cic. Brut. n. 331.

Parece no obstante por otros pasages de Ciceron, que la eloquencia de Bruto avia tomado una tintura demasiado fuerte de la Philosophia, lo qual derramaba alguna sequedad en sus discursos, y hacia que no causasen aquella mocion necesaria. No dexò por esto de defender con vehemencia, y fruto ante César en Asia la Causa de Deyotaro, obtuvo su perdon de un Juez irritado, y salvò à este Principe una gran parte de sus Estados. Amaba Bruto el estudio por inclinacion, y èl era su ocupacion favorita para todos los instantes que le dexaban de hueco los negocios, cuyo gusto lo llevò hasta entre el tumulto de las armas. Mientras siguiò à Pompeyo, todo el tiempo que no estaba con este General, lo dedicaba al estudio, y à los libros; y la vispera de la Batalla de Pharsalia, despues de aver tenido un dia

Ad Att. XIV. n. 20. & XV. n. 1.

An. R... 708
An. J. C. 44.

fatigoso, y laborioso en el mayor rigor del verano, en tanto que los otros, ò dormian, ó se abandonaban à los efectos del susto, y inquietud, que les causaba no saber cómo saldrian al dia siguiente, Bruto estaba en su tienda leyendo, y extractando à Polibio. Este Historiador era lo que avia menester para que empleára su aficion, y su gusto. Inteligente, y juicioso, son sus reflexiones de un precio, y merito tanto mas grande, quanto que habla de lo que sabe, y entiende, aviendo sido èl mismo gran soldado, y gran politico. Quando Bruto llegò á ser General, y que tuvo á sus ordenes un Exercito numeroso, no se olvidò de lo que siempre avia sido el obgeto de su aplicacion, y de sus delicias, y en las vispera de la Batalla de Philippes, disponiendose para pelear contra los Exercitos del joven César, y de Antonio, hallaba tiempo para la lectura. Como dormia muy poco, pasaba parte de la noche en formar planes, y disponer todo lo necesario para las circunstancias en que se hallaba, y despues leìa hasta que los principales Oficiales entraban à su tienda. Tal era Bruto, y la mayor parte de los rasgos que de èl hemos referido hasta ahora, convienen perfectamente con esta idéa. Su aversion á Pompeyo, homicida de su padre: la resolucion, que sin embargo de esto tomó de unirse à èl desde el punto que le viò Gefe del mejor partido, y el unico recurso de la Republica: la franqueza con que se dió à César despues de la Batalla de Pharsalia; y ultimamente el juicio, suavidad, y moderacion con que se manejò en el Govierno de la Galia Cisalpina, fueron prendas con que se grangeò el afecto, y estimacion de César, quien por otra parte le tenia particular inclinacion por ser hijo de Servilia, y creer que podia ser suyo. Bruto, si huviera querido, podia aver ocupado el primer lugar entre los

los amigos de Céſar, y ſer deſpues de eſto el mas poderoſo; y tal vez ſe huviera rendido á eſta dulce ſeduccion, ſi los amigos de Caſsio no le huvieſen prevenido, que ſe guardára de ella. „No os „ dexeis ablandar, y encantar por Céſar, le de„cian. Huid de las caricias, y beneficios de un „Tirano, pues no pretende honrar vueſtra vir„tud, ſino minar vueſtro corazon, y enervar „ vueſtro vigor.„ An. R. 708. An. J. C. 44.

Caſsio, que tiempo avia tenia en ſu imaginacion el deſignio de aſſeſinar à Céſar, y que ſegun Ciceron eſtuvo muy cerca de executarlo en Cilicia, junto à la boca del rio Cydno, debe mirarſe como el primer autor de la conſpiracion. No podia tratar por sì proprio en los principios de eſte aſsumpto con Bruto, porque entonces eſtaban reñidos, ſin embargo de que entre los dos avia poderoſos motivos para que vivieſen en amiſtad, y buena inteligencia. Eran cuñados, porque Junia, hermana de Bruto, eſtaba caſada con Caſsio; y fuera de eſto, eſte ultimo tenia obligacion al primero de aver obtenido con mas facilidad, y promptitud el perdon de Céſar deſpues de la Batalla de Pharſalia; pero aviendoſeles hecho Pretores à un miſmo tiempo, entraron à competir entre sì el primero, y mas honroſo Departamento, que era el que llamaban *Pretura de la Ciudad.* Diſputaronlo ante Céſar, y Caſsio, que tenia mas edad, y que alegaba los ſervicios hechos por èl à la Republica en la guerra de los Parthos, deſpues de la derrota de Craſſo, parecia merecer la preferencia, y Céſar lo juzgaba aſsi; pero ſin embargo pudo mas el afecto que tenia à Bruto. „Las „razones de Caſsio, dixo, ſon las mejores; pero „Bruto obtendrà el empléo.„ Eſta Sentencia, que no parecia juſta al miſmo Juez, la tuvo Caſsio por afrenta: dexò de vèr, y tratar à Bruto, y el odio Cic. Phil. II. n. 16.

que

An. R... 708. que yà tenia à Céſar, por razones perſonales ſe
An. J. C. 44. hizo mas fuerte, y mas violento; y aunque tomó por pretexto la defenſa de la libertad oprimida, diferentes Autores ponen entre èl, y Bruto una gran diferencia por lo que toca á la conſpiracion, y dicen que Bruto tiraba unicamente à la dominacion injuſta; pero Caſsio à la perſona, porque aborrecia à Céſar, y no al Tirano. Plutarco quiere, que no ſe pienſe de eſte modo de Caſsio, y dice, que deſde muchacho tuvo un odio grande à la Tirania, probandolo con que un dia eſtando en la Eſcuela, diò de bofetadas à Fauſto Sila, ſu condiſcipulo, hijo del Dictador, porque eſte empezó á alabar la Dictadura de ſu padre. Se hace muy creìble, que en Caſsio eſtuvieſe radicada la averſion à la Tiranìa, viſto que eſta era muy comun à los Romanos, y que aun actualmente la aborrecen todos los hombres, y que ſe aumentaſe en èl por motivos particulares contra Céſar. En nada ſe parecian Bruto, y Caſsio en el particular de la moderacion, y de la juſticia, porque eſte ultimo era de un caracter ardiente, reſuelto, vano, ambicioſo, y no le coſtaba mucho ſacrificar la juſticia á ſus intereſes, y à los del partido que abrazaba, de que verémos la prueba en adelante; y los dogmas de la Secta Philoſophica que ſeguia, no le enſeñaron à reſpetar la virtud. Era Epicuro, y la ambicion lo preſervò de la indiferencia en punto de los negocios públicos, de la inaccion, y inſenſibilidad á que lo inducian las maximas de ſu Eſcuela.

Determinado Caſsio por los motivos de venganza pública, y perſonal, à formar una conſpiracion contra la vida de Céſar, empezò á ſondear à ſus amigos, quienes le ofrecieron entrar en ella, como Bruto ſe puſieſe à ſu frente. „ Lo eſencial „ no eſtà, le decian, en que haya multitud de bra-

„ zos,

„ zos, ni tampoco valor; pero necesitamos un An. R... 708.
„ Gefe tal como Bruto, que por su nombre nos An. J. C. 44.
„ asegure la justicia de la empresa. Sin esto serè-
„ mos mas timidos en la misma accion, y despues
„ de ella mas sospechosos, porque nadie se persua-
„ dirá à que era justa, y legitima, una vez que
„ Bruto no tenga parte en ella. „ Este era el concepto que se tenia de la virtud de Bruto, de lo qual no se diò Cassio por sentido, y se determinó à ir à verle, y tratar con èl del asumpto, sin embargo de que no se avian hablado desde la quimera de la Pretura. Con efecto, aviendolo buscado, se reconciliaron, y renovaron su antigua amistad; y despues preguntò Cassio à Bruto, si concurriria al Senado el primero de Marzo, dia en que, segun se acordaba, los amigos de César debian proponer hacerlo Rey. Aviendo respondido Bruto, que se ausentaria: *Y què hareis*, replicò Cassio, si à vos, y à mì nos avisan particularmente? *Mi obligacion entonces serà*, dixo Bruto, *no guardar el silencio, defender la libertad, y morir por ella.* Estas razones animaron à Cassio para explicarle su proyecto, en el que entrò sin dificultad, y desde aquel instante uno, y otro no pensaron sino es en asociarse un competente numero de amigos, de cuyo valor, y fidelidad pudieran confiar. El primero à quien Bruto buscò fue Ligario, y le hallò en cama, de resultas de alguna indisposicion, y como le manifestase el sentimiento que le causaba verle en aquel estado, quando lo avia menester: Ligario, yà porque estuviese prevenido, ó que tuviera alguna noticia del asumpto que avia llevado á Bruto á su casa; ò ultimamente, porque su inclinacion se lo hiciese presumir, comprehendió desde luego de lo que se trataba, y incorporandose en la cama: „ Si formais, Bruto, le dixo, al-
„ guna empressa digna de vos, estoy yà bueno.„

El

An. R... 708. El exemplo de Ligario le siguieron otros muchos
An. J. C. 44. de los antiguos partidarios de Pompeyo, que como èl, no podian perdonar à Cèsar el que los huviese vencido. Esto no debe causar admiracion; pero lo que sì es bien estraño, y que hace conocer al proprio tiempo, que un injusto usurpador, por grandes prendas que tenga por otra parte, no puede confiar en el afecto de ninguno, es que varios de los amigos de Cèsar, sugetos que siempre avian seguido sus intereses, y acompañadolo en todas sus Campañas, entraron tambien en la conjuracion, siendo los mas conocidos Trebonio, y Decimo Bruto, de los quales el primero avia sido Consul, y el segundo lo debia ser de alli à dos años, y era uno de los nombrados en el Testamento del Dictador, entre los herederos llamados en segundo lugar: de suerte que se puede conceptuar, que à estos los induxo à maquinar contra su vida, la persuasion intima de sus atentados, y injusticias contra la Republica, y el deseo de libertarla de un Tirano que la oprimia.

Los cabezas de la conspiracion usaron de una gran prudencia, y reserva en la eleccion de aquellos á quienes confiaron su secreto; y assi, aunque no dudaban del zelo, y fidelidad de Ciceron, nada quisieron decirle, porque su genio naturalmente timido, y cobarde, era poco apto para empresas de igual naturaleza. Labeon, y Cassio hablaron del assumpto à D. Bruto, y lo combidaron á unirse con ellos, porque aunque no era hombre de gran valor, ni muy á proposito para un lance como el que se premeditaba, podia ser muy util à los conspiradores, por causa de la familiaridad con que vivia con Cèsar, fuera de que tenia á sus ordenes, para unas fiestas que avia de dàr al Pueblo, un gran numero de Gladiatores, que eran muy del caso para contener à la gente en el primer tu-

tumulto, que excitaria precisamente la noticia de la muerte del Dictador. D. Bruto no contextò por entonces à Cassio, y à Labeon; pero aviendo ido à buscar à Marco Bruto, y sabido de èl, que era el Gefe de la conspiracion, entrò en ella sin dificultad. Los conspiradores quisieron tambien proponer la especie à Marco Antonio; pero Trebonio se opuso à ello, asegurando que no se conseguiria hacerle entrar en el proyecto, y dixo en prueba, que èl mismo poco tiempo antes en Narbona avia dado un paso con Antonio, quando Cèsar bolvia de su ultima Campaña de Espaòa, y que aunque avia oido muy bien la proposicion que le hizo de matarlo entonces, no avia entrado en ella, aunque sì le avia guardado fielmente el secreto. Algunos pasando entonces al extremo contrario, propusieron que se le asesinasse en compañia de Cèsar, como à hombre dado à la Tirania, insolente, soberbio, y que podia hacerles mucho daño por el gran nombre que tenia entre la Tropa, y con el poder del Consulado que exercia; pero Bruto se opuso à ello, queriendo conservar pura, y exempta de todo cargo de injusticia una empresa, de la qual, segun su concepto, era la alma la justicia, y que no se avia formado, sino para la defensa de las Leyes, y de la libertad. Fuera de esto, no perdiò la esperanza de que Antonio, que tenia elevacion, y nobleza en su modo de pensar, se rindiese, muerto Cèsar, à la gloria de restituir la libertad à su Patria. Con estas razones salvò Bruto la vida à Antonio, y quedò acordado, que para el lance de dar el golpe que premeditaban, se buscaria un pretexto à fin de apartarlo de junto à la persona de Cèsar.

An. R. 708. An. J. C. 44.

Plut. in Brut. & Anton.

Con la buena diligencia de Cassio, y de Bruto, el numero de los que entraron en la conspiracion passò de sesenta, todos gentes de distincion, Equi-

Plut. in Brut.

An. R. 708. An. J. C. 44. tes, ò Senadores, y entre ellos ninguno fue infiel, inconstante, ni indiscreto, aunque no se avian ligado con ningun juramento, fiandose reciprocamente en la palabra, que unos á otros se avian dado. Ni aun el vino hizo descubrir este importante secreto á Tilio Cimber, uno de ellos, que se embriagaba muy à menudo; y aun èl mismo, burlandose del vicio que tenia, dixo: „Cómo yo, que no puedo aguantar el vino, podrè „aguantar à Cesar?„ Una unica muger tuvo parte en la confianza, ó mas bien, medio penetró por sì el misterio, y hizo que se lo confesáran. Esta fué Porcia, cuyo valor mantenia dignamente la gloria de Caton su padre, y de Bruto su marido. Observando que este quando estaba en casa andaba distrahido, y inquieto, prueba de que trahia entre manos algun negocio de mucha importancia, y consequencia, sospechando quál podia ser, antes de pasar à otra cosa, quiso hacer en si propria la prueba de hasta dónde podria llegar su constancia, y sufrimiento; y cogiendo un cuchillo, que la servia para limpiar, y cortarse las uñas, se lo metiò por un muslo, sin que nadie la viera. La sangre empezò à correr en abundancia, y la violencia de los dolores la levantò calentura. Bruto, que la amaba tiernamente, y que era igualmente correspondido por ella, lleno de turbacion, y de susto, no sabìa què pensar de lo sucedido. Porcia entonces le dixo el motivo, y lo que avia advertido en él, asegurandole, que esposa suya, y hija de Caton, sabria, aunque muger, guardar qualquiera secreto, y sufrir quanto huviese que padecer, partiendo con èl sus cuidados, y sus afanes. Bruto conociendo su generosidad, y su valor, no pudo negarla la noticia de lo proyectado, y no tuvo el mas minimo motivo de arrepentirse de la confianza que hizo de ella.

Senec. Ep. 83.

Em

En tanto el tiempo iba estrechando, y los conjurados despues de averse comunicado unos á otros lo que avia, Bruto los juntó á todos una noche, y quedò finalmente resuelto, que á Cèsar se le asesinase dentro del mismo Senado, en cuya determinacion descubrian la doble ventaja de hallarse juntos, como casi todos eran Senadores en el mismo lugar, sin causar rezelo alguno, y de verse en aquel instante apoyados, y ayudados de los principales Gefes de la Republica, que al vèr al Dictador muerto en su presencia, tomarian altamente en mano la Causa de la libertad. La circunstancia del parage en que el Senado debia juntarse el dia de los Idos de Marzo, les pareciò tener algo de favorable, y aun divino, porque era en una sala construìda por Pompeyo, junto al Theatro que tenia su nombre, y en donde avia una estatua suya; de suerte que pareciò à los conjurados, que los mismos Dioses cuidaban de traher à Pompeyo su victima. Todas estas intrigas no pudieron manejarse con tanto secreto, que no se transpirase alguna cosa. Cèsar no ignoraba que se tenian juntas nocturnas, y no dexaba de tener sus ciertos rezelos de Bruto, y de Cassio. Un dia que le advirtieron, que se guardase de Antonio, y de Dolabela: „ No son, respondiò, estos mo„ zos gordos, bien mantenidos, y rizados los que „ me dàn cuidado; y sì los que estàn flacos, y pàli„ dos„ señalando con estas expresiones à Bruto, y à Cassio. El primero con particularidad le parecia temible, à causa de su valor, y de la severidad de sus maximas; pero luego considerando su moderacion, y la probidad de su caracter, se le desvanecian sus sospechas, y no queria dàr fé á ninguno de los que le decian que se rezelase de èl. Si el Dictador huviera sido capàz de dàr credito à los presagios, y prodigios, los Historiadores refieren

An. R... 708. An. J. C. 44.

Suet. Cæs. 80.

Plut. in Cæs. Brut. & Anto.

An. R. 708. An. J. C. 44.

diversos acaecimientos, que pudieran averle dado algun susto, y motivo de que se precaucionára, à menos que estos no se hayan inventado, ò notado despues del lance de su muerte; pero tampoco hizo ningun caso de un pronostico singular, y circunstanciado, que le anunciò que su vida corria un gran riesgo en el espacio de treinta dias, de los quales el de los Idos de Marzo avia de ser el ultimo. Quando iba al Senado encontrò al Adivino Spurinna, que era el que le avia pronosticado su muerte, y empezò à burlarse de èl, diciendole, que yá avian llegado los Idos de Marzo. „ Es verdad, le respondió el Adivino, pero to„davia no se han pasado.„ Tal vez tendria este hombre algun rezelo, ò noticia, aunque remota, de la conjuracion; ò puede succeder, que la casualidad le hiciese adelantar una proposicion, que despues saliò verdadera, como succede muchas veces. La vispera del dia que lo mataron faltò poco para que huviese dexado de ir al Senado, à ruegos de Calpurnia su muger, que soñò aquella misma noche tenerlo entre sus brazos muerto à puñaladas. Con efecto yà avia Cèsar dado orden à Antonio de que despidiera al Senado; pero Decimo Bruto, que se hallaba presente, insistiò en lo contrario. Veìa que las medidas de los conjurados, de cuyo numero era èl, quedaban enteramente rotas, y que era de temer que se divulgase el secreto, una vez que se perdiera el lance; y assi, persuadiò al Dictador, con razones bastantemente fuertes, à no dexar de concurrir al Senado, en un dia que se juntaba para concederle el titulo de Rey, y la Diadema para todas las Provincias fuera de Roma, y de Italia; pues faltando èl, pudiera succeder, que prevaleciese el voto de los que se oponian à que se le diese este distintivo, y se haria mas sospechoso, pues publicarian, que su in-

Suet. Cæs. 81. Plut. in Cæs.

intento era el de avasallar á toda la Republica. An. R... 708.
Decimo, despues de concluìdas sus razones, lo An. J. C. 44.
agarrò de la mano, y lo forzò en cierto modo à salir de casa para ir al Senado.

Este momento era muy precioso para los conjurados, porque la conspiracion estaba descubierta, y faltò poco para que Cèsar tuviera puntual noticia de ella. Quando salia de casa, un esclavo quiso llegar à èl, y no aviendo podido penetrar por entre el tropèl de la gente, que rodeaba al Dictador, entrò en su casa, y se entregò à Calpurnia, para que lo hiciese encerrar hasta que Cèsar bolviera, diciendo que tenia que revelarle cosas de mucha importancia. En el mismo camino Artemidoro, Philosopho Griego, que tenia estrecha comunicacion con algunos de los amigos de Bruto, penetrò el secreto; y aviendo descubierto muchas cosas, escriviò en un papel lo que sabia, y se mezclò entre los que llegaban à dàr memoriales á Cèsar. Advirtiendo que el Dictador conforme los tomaba, los iba entregando à un Secretario, se arrimò à èl, y presentandole el papel: *Leed éste, y promptamente*, le dixo, *porque contiene cosas que os importan.* Cèsar guardo el papel; pero era tal la infinidad de gentes que llegaban à èl, y à quienes se veìa obligado à dàr audiencia, que no le fue posible leerle, y entrò con èl en el Senado, en donde lo esperaban los conjurados. Bruto fue solo, y sin comitiva, llevando un puñal oculto; pero los otros conjurados avian ido à acompañar al Capitolio à Casio, que en aquel mismo dia hacia tomar la ropa viril à su hijo; y despues de esta ceremonia vinieron todos juntos al portico de Pompeyo, que era donde el Senado se juntaba. Plutarco observa, que una persona indiferente, que estuviera enterada del hecho, no huviera podido dexar de admirar la constancia, y fortaleza de

ani-

An. R. 708. Au. J. C. 44.

animo de aquellos hombres, en el lance mismo de ir à executar una empresa tan estraña, y arriesgada, y en el qual conservaban una tranquilidad tan perfecta, y estaban tan sobre sì, como si en nada pensáran. Algunos de ellos, que eran Pretores, daban entonces audiencia, oyendo à los Abogados con toda la seguridad posible, haciendose cargo de los negocios, y dando sus Sentencias, segun lo requeria la naturaleza de los expedientes que se ventilaban. Un pleyteante, à quien Bruto condenaba, aviendose quexado altamente de la Sentencia, y declarado, que apelaba de ella à Cesar: „ Cesar, le respondiò Bruto con mucha „ frescura, ni me impide, ni impedirà hacer que „ se observen las Leyes.„ Ocurrieron accidentes capaces de aver cortado á los conjurados; de los quales el primero, y mas principal fue la tardanza de Cesar, causada por los sustos de Calpurnia, pues aunque à Porcia, muger de Bruto, la diò un accidente aquella mañana, ocasionado de la inquietud, y susto de vèr la tardanza, y á su marido metido en un riesgo tan proximo, y inminente, Bruto, à quien trahian noticias sobre noticias de que estaba espirando, no quiso perder de vista el obgeto que lo ocupaba entonces. El interès de la causa de que se avia constituìdo Gefe, pudo mas que el particular, y personal suyo, aunque era para èl tan precioso.

Muerte de Cesar.

Estando en esto, llegò Cesar, y para que ni en este ultimo instante dexasen de tener alguna inquietud los conjurados, vieron à un Senador, llamado Popilio Lénas, llegar al Dictador quando se apeaba de su litera, y hablarle largo tiempo, y con acciones que denotaban su eficacia. Lénas sabìa lo tramado, porque poco antes, aviendose llegado al oìdo de Bruto, y de Cassio, les dixo: „ Deseo que vuestro intento se logre, y os encar-

„ go,

„ go, que no lo dilateis, porque empieza yà à „ susurrarse entre la gente.„ Todos creyeron que estaban descubiertos, y vendidos, y mirandose unos à otros, como no podian hablarse, porque avia otras gentes intermedias, se convinieron por señas en matarse à sì proprios, primero que dexarse prender; y yà algunos empezaban à echar mano à los puñales, que llevaban escondidos; pero advirtiendo Bruto, por los gestos, y aptitud de Lénas, que era muy diverso el asumpto de que hablaba, mirò à sus compañeros, y les dió à entender, como pudo con la serenidad de su rostro, y de sus ojos, que no avia que temer. Poco despues Popilio Lénas, aviendo besado la mano al Dictador, y retiradose, este entrò en la Sala del Senado. Todos los Senadores se levantaron para recivirlo, y los conjurados lo rodearon, y acompañaron hasta su silla Currul, en tanto que Decimo, y Trebonio detenian á Marco Antonio en la puerta de la sala con la conversacion de varias especies, que avian discurrido. Tilio Cimber estaba à la frente de los que rodeaban à Cèsar; fingiendo pedirle la gracia de su hermano, que estaba en destierro, y los otros le ayudaban con su recomendacion, haciendo grandes instancias á Cèsar, y agarrandole las manos, como para besarselas, y procurar ablandarlo. El Dictador se negaba; y viendose apretado demasiadamente, se quiso levantar, á cuyo tiempo Cimber le baxò con las dos manos la toga de los hombros, que era la señal convenida; y mientras Cèsar decia en voz alta: *Estas no son suplicas, sino es una violencia*; Casca, que estaba detràs de la silla, le diò el primer golpe en el hombro; pero aviendole temblado la mano, no profundizò la herida. Cèsar bolviò la cara, y viendo que era Casca el que le havia dado: *Infeliz*, le dixo, *què haces?* y al mismo

An. R... 708.
An. J. C. 44.

tiem-

An. R. 708. An. J. C. 44.

tiempo le pasó el brazo con un puntero de escrivir, que tenia en la mano. Casca llamó à su hermano para que le ayudára, à cuyo tiempo los compañeros sacaron sus puñales, y César esforzandose para escapar de entre ellos, recivió una puñalada en el pecho, que fue la unica que de quantas le dieron se reconociò mortal despues de su muerte. Sin embargo de la sangre que vertìa, y de los puñales que tenia á la vista, se bolviò ácia uno, y otro lado, como un leon en medio de los venablos de los cazadores. Dicen unos, que no habló ni una palabra; pero segun otros, al vèr à Bruto con el puñal en la mano, le dixo estas tiernas palabras: *Tù tambien, hijo mio, eres del numero de éstos?* Entonces se cubriò la cabeza, y baxando la ropa de delante para caer en una aptitud modesta, y decente, se abandonò al arbitrio de sus homicidas. Todos quisieron participar del honor de la accion; y quando yà estaba en tierra, se cebaron en su cuerpo con tanta furia, y tan poco reparo, que Bruto sacò una herida en la mano.

César, pasado de veinte, y tres puñaladas, quedò muerto delante de la estatua de Pompeyo, yà porque la casualidad lo dio de sì, ò yá porque lo arrastrasen los que lo mataron. Esta circunstancia se realzò en extremo, y todos aquellos à quienes era apreciable la memoria de Pompeyo, se lo figuraban presidiendo èl mismo en algun modo à la venganza tomada sobre su enemigo, que se hallaba á sus pies palpitando, de resultas de la multitud de heridas, y entre los horrores de una muerte sangrienta. La muerte del Dictador, desde el punto que acabò de cometerse, dividiò los dictamenes, pareciendo à los unos una hazaña heroica, y à los otros un delito detestable; y esta misma diversidad de opiniones aún hoy subsiste en

en cierto modo. Las grandes prendas que concurrian en Céſar inſpiran á algunos horror, y indignacion contra los que lo aſſeſinaron; y otros enemigos de la injuſticia, de la ambicion deſmedida, y de la uſurpacion, ſe inclinan à loar la accion de Bruto. En eſta diverſidad de pareceres hay que obſervar dos coſas: la primera, ſaber ſi Céſar merecia realmente la muerte; y la ſegunda, ſi los que ſe la dieron tenian derecho para ello. Por lo que toca à la primera, no hay ninguna dificultad en que la merecia. Es cierto, ſin que confundamos los talentos con la virtud, que jamàs hombre ha poſeìdo en grado mas eminente las prendas que conſtituyen al Heroe; pero tambien lo es, que ninguno abuſó jamàs de ellas de un modo mas irregular, y eſtraño. Si es principio ſentado, que qualquiera que traſtorna con la fuerza, y con la violencia el Govierno à que naciò ſugeto ſe hace reo de muerte; y ſi en una Monarquìa, el vaſallo que detrona à ſu Rey merece los ſuplicios mas crueles; quién puede dudar, que en una Republica un ciudadano, que ſe apodera de la autoridad que pertenece en comun al Eſtado, no ſea un uſurpador, y un Tirano, que debe pagar con la vida el traſtorno de todas las Leyes municipales del Govierno? Si huviera ſido poſible poner à Céſar en un Tribunal de Juſticia, y hacerle ſu Cauſa ſegun reglas, no hay duda que nadie ſe atreveria á vituperar á los Jueces, que lo huvieſen condenado; pero no porque un hombre merezca la muerte, ſe ſigue que ſea licito indiſtintamente à qualquiera el quitarle la vida. A un reo no ſe le puede llevar al ſuplicio ſino es por orden del Juez, quien eſtà obligado à obſervar con èl, antes de condenarle, todas las reglas, y formalidades preſcriptas por las Leyes. Permitir à todo particular el aſſeſinar à un Tirano, es armar al furor, y al fanatiſmo contra

AnR.... 708.
Au. J. C. 44.

An. R... 708. la vida, aun de los Principes legitimos, y tal vez
An. J. C. 44. contra los que hacen la dicha, y felicidad de sus Pueblos. Los lamentables exemplos, que nos subministra la Historia de algunas Naciones Estrangeras, y vecinas, de esta horrible ceguedad, hace conocer à la nuestra las gracias que tenemos que dàr à Dios de avernos preservado de ella; y assi, independiente de la suavidad de la Moral Christiana, tan enemiga del homicidio, y de la efusion de sangre, las luces solas de la razon parecen suficientes para condenar al tiranicida, aunque tan alabado por toda la Antiguedad Pagana. De aqui resulta, que Bruto es reo de averse arrogado una autoridad, que solo pertenecia á las Leyes, y à la Republica. Castigò à un delinquente, pero sin orden, comision, ni poder para ello; y por consequencia se le debe reputar sobre el pie de un homicida, y no de un vengador juridico, y legitimo.

Senec. de Benef. II. 20. A esto debemos añadir con Seneca, que la accion de Bruto no puede escusarse de que se la tenga por imprudente, y irreflexa en averse lisongeado con una esperanza, que desmentia visiblemente el estado en que se hallaban las cosas entonces. En efecto, cómo pudo esperar, que la libertad se mantuviera en una Ciudad, en que la dominacion por una parte, y por la otra la servidumbre, tenian que esperar tantas, y tan grandes recompensas? Que la Republica recobrase su pristino Govierno, despues que los ciudadanos avian perdido sus antiguas maximas? O finalmente, que la igualdad subsistiese entre un Pueblo, cuyos numerosos Exercitos se vieron pelear unos contra otros, no por la defensa de la libertad, sino por la eleccion de quien la oprimiese? Tan mal conocia, añade el Autor citado, yà el caracter del espiritu humano, ò yà la Historia de su Nacion, para no aver visto,

que

que de las cenizas de un Tirano avian de renacer otros muchos; y que la mayor dicha que entonces podia succeder à Roma era hallar un amo lleno de humanidad, y de clemencia, tal como lo era Céſar? Los acaecimientos que ſiguieron al de ſu muerte ateſtiguaràn la verdad de eſtas reflexiones; y haſta que la dominacion de uno ſolo ſe eſtablezca ſólidamente en Roma, padecerà unas calamidades tan horribles, que ſus bellos dias huvieran ſido, ſin diſputa, los del Imperio de Céſar. El miſmo lo avia pronoſticado aſsi; y entre los diſcurſos que tuvo con ocaſion de los rieſgos que amenazaban ſu vida, refiere Suetonio, decia que ſu conſervacion importaba mas à la Republica, que à èl miſmo. Que por lo que à èl tocaba, tenia abundantemente con que eſtàr ſatisfecho del poder, y gloria que avia adquirido; pero que ſi llegaba à perecer, la Republica perderia al miſmo tiempo ſu paz, y tranquilidad, y que recaeria mas triſtemente que nunca en todos los males de las Guerras civiles.

An. R... 708. An. J. C. 44.

Suet. Cæſ. 86.

Céſar tenia cinquenta, y ſeis años quando lo mataron, y quarenta, y tres quando empezó la Conquiſta de las Galias; de ſuerte, que las grandes hazañas que han hecho ſu nombre inmortal, y las pruevas que diò de una capacidad tan vaſta, y ſublime, que parece ſuperior à los alcances humanos, eſtán reducidas à un eſpacio como de 14. años. Si los grandes talentos fueran ſuficientes para reynar, y que el derecho no fuera neceſario, no hay duda que Céſar avia nacido para mandar al Genero Humano, y que colocado en el Trono por el nacimiento, ó por una eleccion regular, podia aver ſido el dechado de todos los Soberanos. Es verdad que ſu conducta privada ſeria un fatal modélo por la codicia, los robos, el luxo, y profuſion, y por toda eſpecie

An. R... 708. An. J. C. 44. de excesos, los mas infames, y vergonzosos, de ningun modo escusables en un hombre de sus luces.

§. III.

TUMULTO HORROROSO CON OCASION de la muerte de César. Los conjurados se apoderan del Capitolio. Antonio, y Lepido, Cabezas del Vando contrario, tienen en su favor la gente de guerra, y una gran parte del Pueblo. Negociacion entre Bruto, y Antonio. Asambléa del Senado, en que se determina, que no se haga pesquisa alguna contra los autores de la muerte de César; pero que sean válidos todos los reglamentos de éste: que lo sea tambien su Testamento; y que se le hagan con los mayores honores sus Exequias. Reconciliacion de Bruto, y Antonio. Dànse à los principales de los conjurados Goviernos de Provincias. Abrese el Testamento de César. Resultas de esto, y de las Exequias que se le hicieron. Pasos que dà Antonio, y providencias que toma para ganar el afecto del Senado. Hace quitar la vida al falso Mario, que amotinaba al populacho: consiente en el restablecimiento de Sexto Pompeyo; y obtiene licencia para traher Guardia. Modo indigno con que recoge un gran numero de caudales. Bruto, y los conjurados, sin fuerzas, ni dinero, piensan en fortificar su partido en las Provincias. Salen de Roma, y Antonio los despoja de sus Goviernos. Dà el de la Siria à Dolabela, y toma para sì el de Macedonia. Sus proyectos se desvanecen con la llegada à Roma del joven Octavio.

Suet. Cæs. 81. & seqq. Plut. in Cæs. Brut. & Ant. EN tanto que los conjurados acababan su obra contra César, el horror, y el espanto tuvo inmovil al Senado, sin que nadie pensase en huìr, ni en tomar la defensa del Dictador, y sin que el

el temor, y el sobresalto permitiesen à ninguno abrir la boca para decir, ni aun una palabra. Muerto Cesar, Bruto alzando su puñal ensangrentado, quiso harengar à los Senadores, dirigiendo la voz à Ciceron expresamente; pero ninguno se detuvo à escucharlo, todos salieron en desorden, y huyeron, sin que nadie los siguiera, porque los conjurados avian resuelto entre sì, no matar mas que al opresor de la Republica, y que se llamase à todos los ciudadanos à la libertad. Antonio, y Lepido, que creìan tenian que temer mas que los otros, por causa de la parte que tenian en la amistad, y confianza del Dictador, escaparon precipitadamente, y se escondieron en una de las casas vecinas, desde donde el primero, dexando sus insignias Consulares, se fue à su casa, y la puso en estado de defensa; y el segundo, pasando á la Isla del Tiber, tomó una Legion que avia en ella, y la traxo al Campo de Marte. La muerte de Cesar se supo en un instante en toda la Ciudad, y excitò un espantoso tumulto: cerraronse las Tiendas, varios tomaron las armas, y queriendo aprovecharse de la confusion, y desorden, como suele succeder siempre en iguales ocasiones, empezaban yá à robar, y cometer toda especie de violencias, de suerte que huvo algunos Senadores heridos, y tambien muertos. Los conjurados por no aumentar el desorden, no quisieron llevar arrastrando, como lo tenian resuelto, el cadaver de Cesar para arrojarlo al Tiber, y lo dexaron expuesto à la curiosidad del innumerable tropél de gentes, que acudiò à vérlo. Al cabo de algun tiempo, el cuerpo de este hombre, que un instante antes hacia temblar al Universo, lo levantaron tres esclavos, que fueron los unicos que se quedaron de todo el cortejo que avia ido con èl, lo metieron en su litera, y llevaron à su casa.

An. R... 708.
An. J. C. 44.

Appia. Civil. lib. II.
Dio. lib. 44.

Bru-

An. R... 708.
An. J. C. 44.

Bruto, y sus amigos abandonados del Senado, hacian todos sus esfuerzos para calmar á la multitud, y atraherla à sì. Salieron marchando en orden ácia la plaza, llevando terciadas sus togas sobre el hombro hizquierdo, y con los puñales ensangrentados en la mano derecha, y haciendo llevar delante en una pica un sombrero, simbolo de la libertad: à todos quantos encontraban decian, que nada tenian que temer, que tuviesen buen animo, y que se pusiesen en el goce de la libertad, que acababan de procurarles. Esta gravedad, y lo pacifico de estos discursos serenaron un poco los animos inquietos; pero sin embargo, no fiandose Bruto, se encaminò al Capitolio, como para dàr gracias à Jupiter, y se apoderó de èl, con ayuda de los Gladiatores de Decimo. Algunos se unieron en el camino à los conjurados, queriendo persuadir que eran de su numero; pero à nadie engañaron, y sin recoger el fruto de su vanidad, la pagaron despues à buen precio, pues los vengadores de Cèsar los incluyeron en la pena de una accion en que no tuvieron parte. Ciceron queria que los Pretores convocasen el Senado en el Capitolio, y el consejo era acertado, porque este augusto Congreso, que aborrecia casi generalmente à Cèsar, que lo avia envilecido, y degradado, favorecia al mismo paso de todo corazon á los matadores; y el no averse declarado en el momento por ellos, fue porque lo sobrecogiò el temor de un hecho tan estraño, y imprevisto. Si despues de pasado aquel primer movimiento de la turbacion en que estaban todos, se huviese juntado el Senado, seguramente huviera tomado alguna determinacion favorable ácia la Causa de Bruto, que era la suya propria. Tal vez las circunstancias en que se hallaban no permitieron seguir el dictamen de Ciceron, en cuyo caso fue desgra-

Cic. ad Att. XIV. n. 10.

gracia para los conjurados; pero si la cosa pudo hacerse fue un yerro, y imprudencia muy grande aver dexado escapar un instante tan precioso. Algunos Senadores fueron à conferir con ellos al Capitolio, y entre otros Dolabela, quien nombrado Consul para quando César marchase à la guerra de los Parthos, muerto éste, tomó de proprio arbitrio los Fasces Consulares, y se adhirió al partido de los conjurados contra la memoria de su bienhechor, cuya accion es tanto mas fea, quanto que no era en èl zelo de la libertad, sino efecto de su ambicion; y assi no siguió mucho tiempo el partido de los conjurados, y despues de aver dado algunos passos para sostenerlos, aviendose trocado el viento que entonces corria, se hizo uno de sus mas crueles enemigos. An. R... 708. An. J. C. 44.

La gente mas distinguida de Roma apoyaba á la sazon à Bruto, y à sus amigos; pero sin embargo el Vando contrario no dexaba de tener algunas fuerzas; y Antonio, y Lepido, que querian vengar la muerte del Dictador, ò mas bien tomar este pretexto para el logro de sus idéas ambiciosas, y tiranicas, se hallaban sostenidos por la mayor parte de la Plebe, y por todos los soldados que avia en la Ciudad. Por dicha de Bruto estos no eran muchos; y aunque Antonio tenia la gran ventaja de averse apoderado de los papeles, y thesoros de César, que le entregò Calpurnia, como los dos partidos se respetaban uno à otro, y que fuera de esto el Gefe del que entonces parecia el mas fuerte, solo respiraba la quietud, la paz, y la moderacion, la cosa se convirtió en negociacion, y Bruto empleò el dia mismo en que matò à César, y el siguiente en procurar ganar à Antonio, y à la multitud. Aviendose juntado un gran numero de ciudadanos al derredor de èl en el Capitolio, les hablò con aquel fondo de buen juicio,

An. R... 708. An. J. C. 44.

cio, y maximas virtuosas de que estaba lleno; pero no con aquella fuerza, y vehemencia, que huviera deseado Ciceron. El discurso hizo no obstante bastante efecto para animarlo à baxar del Capitolio acompañado de Casio: subiò à la Tribuna de las Harengas, y el Pueblo lo escuchò con silencio, y respeto; pero la furia del Pretor L. Cornelio Cinna lo echò todo à perder, porque se desató en ultrages contra César, y llegò hasta quitarse las insignias de su empléo, que decia aver recivido de un Tirano contra las Leyes. El Pueblo, para quien la memoria de César era muy apreciable, mostró su indignacion con gritos, y amenazas contra Cinna. Este accidente intimidò à Bruto, y le hizo tomar la resolucion de bolverse al Capitolio, y aun temiò que lo sitiasen en èl; y como un gran numero de personas de distincion lo siguieron para ayudarlo con sus consejos, y manifestarle su afecto, èl llevado de aquel espiritu de equidad, que lo governaba en todas sus acciones, los hizo bolver por no exponer al peligro aquellos que no avian tenido parte en la causa, que á èl lo exponia. En tanto continuaba sus negociaciones con Antonio, por medio de varias personas Consulares, que llevaron, y traxeron propoficiones de una parte á otra. Ciceron no quiso mezclarse en cosa alguna, y aun advertia à los mediadores, que no se fiáran de Antonio, quien cederia en todo mientras tuviera que temer; pero que luego que el riesgo pasára, se dexaria llevar de su genio ambicioso. No obstante se conformaron por una, y otra parte en dexar las cosas à la decision del Senado, que se convocaria para la mañana siguiente 17. de Marzo en el Templo de la Tierra. Los conjurados se convinieron gustosos, sabiendo que tenian de su parte al Senado; pero Antonio hizo tomar con gente ar-

Cic. ad Att. XV. n. 1.

Cic. Phil. II. n. 89.

armada todas las avenidas del Templo, à fin de ponerse en estado, con pretexto de asegurar la tranquilidad de la Asambléa, de governarla à su arbitrio. An. R... 708. An. J. C. 44.

Era el asumpto decidir, què se avia de hacer con los que avian muerto à Cèsar. Luego que diò cuenta de la proposicion, el Senado se llenò de confusion, y tumulto. La importancia del asumpto, el fervor de los opinantes, y la reciente satisfaccion de poder decir con libertad su dictamen, fueron causa de que las opiniones fuesen muy diversas. Algunos, y entre ellos Tit. Neròn, marido de Livia, y padre del Emperador Tiberio, querian que se concediese à Bruto, y à sus asociados honores, y recompensas. Otros sin hablar de estas, que no las pedian los conjurados, les daban solemnes, y públicas acciones de gracias. Los menos favorables les concedian la impunidad; pero huvo algunos que hicieron observar, que antes de tratar de lo que se avia de hacer con los conjurados, era necesario empezar por juzgar de la persona, y de la memoria del muerto, porque del concepto que de esto se formase, dependia como consequencia precisa lo que se debia hacer con los que le avian muerto. La intencion de estos era, que se declarára à Cèsar por Tirano, y Antonio que lo advirtiò, y tambien que los animos de los concurrentes estaban inclinados à ello, cortò la deliberacion, proponiendo con destreza una dificultad en que nadie pensaba, aunque nacia del asumpto mismo que se estaba tratando. Hizo presente, que si à Cèsar se le declaraba Tirano, era menester anular quanto avia hecho, y mandado, lo que no era posible, visto que los reglamentos, y ordenanzas de Cèsar abrazaban todas las partes del Imperio, y que de dàrlo por nulo, se seguiria infaliblemente una confusion universal. Suet. Tib. 4.

An.R...708. An. J. C44. „ Pero sin que vamos tan lexos, añadiò, empecè-
„ mos por convenir solamente en un articulo.
„ Quantos aqui componemos las principales Ca-
„ bezas del Senado, todos hemos recivido mu-
„ chos beneficios de Cèsar, y de su mano tene-
„ mos las Dignidades, y empléos que avemos exer-
„ cido, ò exercemos actualmente, ò en los quales
„ esperamos entrar de aqui á poco. Decid, en què
„ nos hemos de fixar sobre este punto?„ Esta re-
flexion de Antonio trocó enteramente el estado de las cosas. El obgeto de la deliberacion tomò otro nuevo semblante, y los que creìan no tener que opinar mas que en el particular de Cèsar, viendo que se trataba de su interès personal, calmaron el fuego que los animaba, porque muchos de entre ellos, como Dolabela, avian sido electos en sus empléos sin concurrir en sus personas los requisitos prevenidos por las Leyes, los quales avia suplido el poder del Dictador. Conociendo el riesgo à que estaban expuestos, por mas que los zelosos quisieron hacerles conocer que no se trataba de privarlos de sus empléos, sino de establecerlos en ellos con una autoridad legitima; y por mas que algunos de los mismos interesados se ofrecian à darles el exemplo de hacer dimision de los encargos que obtenian por merced del Dictador, creyendo que nada perderian en esto, los otros no quisieron aventurarse à dexar à la incertidumbre de los votos del Pueblo las ventajas seguras, de que estaban en posesion.

Esta altercacion durò bastante tiempo, y entretanto, si hemos de dàr credito á Appiano, Antonio, y Lepido, salieron de la Sala para tantear la disposicion de la multitud de gentes de que la plaza estaba llena; pero viendo que el partido de los que deseaban la paz hacia contrapeso à los que querian que se vengára la muerte de Cèsar,

An-

Antonio bolviò al Senado reſuelto á ceder en algo, haſta que ſe le proporcionaſe otra mejor ocaſion. Con efecto, aviendo buelto á tomar el hilo del diſcurſo que dexò empezado, continuò haciendo preſente à los Senadores infirieſen de la dificultad, que tenian en arreglar un ſolo punto, quántas ſerian las inquietudes, y turbulencias de que llenarian el Univerſo con anular las Actas de Céſar. Inſiſtió fuertemente en el particular de los veteranos, de los quales los unos formaban yà Colonias poderoſas, à donde avian ido en Cuerpo de Exercito con ſus armas, y Vanderas, y que los otros à quienes todavia no ſe avia dado ſus recompenſas, alborotaban la Ciudad, aviendo la noche antes andado por las caſas de los Senadores dando gritos, y amenazando, ſi no ſe tomaba providencia para ſu eſtablecimiento. Preguntò ſi ſeria prudencia tratar ignominioſamente à Céſar, arraſtrando ſu cadaver haſta el rio, como ſe avria de hacer ſi ſe le declaraba Tirano, à viſta de unos ſoldados, que le eran tan afectos; por lo que concluyò, diciendo, que pues el bien de la paz no permitia que ſe vengára ſu muerte, eſta miſma conſideracion obligaba á ratificar todos ſus reglamentos. Eſte temperamento, que parecia conciliar los intereſes de unos, y otros, paſò à la pluralidad de votos, y quedò reſuelto, que no ſe hiciera averiguacion, ni diligencia alguna ſobre la muerte de Céſar; pero que ſus Actas quedaſen confirmadas. Es verdad, que los amigos de los conjurados hicieron añadir en el Decreto que ſe formò, que eſta confirmacion ſe hacia atendiendo al bien público, lo qual daba à entender, que los tales reglamentos eran en sì nulos, y invalidos; pero Antonio, que tenia lo eſencial, no ſe detuvo en diſputar una clauſula, que ſabìa le embarazaria muy poco. En el miſmo Decreto ſe inſertó

An. R... 708. An. J. C. 44.

An. R... 708. An. C. J. 44. tò un articulo para aſegurar à los ſoldados veteranos las tierras que ſe les avian ofrecido, y finalmente la Junta del Senado ſe concluyò con la reconciliacion de Antonio, y de Dolabela, que andaban encontrados, lo qual hicieron à ruegos de todos los Senadores. Yà ſe puede diſcurrir, que eſte convenio no ſe hizo ſin la intervencion de Bruto, y de Caſsio, que aún ſe mantenian en el Capitolio; y efectivamente, ſegun ſe explicò Ciceron, el Senado no hizo mas que confirmar lo ajuſtado el dia antes entre los Gefes principales de los dos Vandos; y lo miſmo digo de la conteſtacion que huvo en el particular del Teſtamento, y ſepultura que ſe avia de dàr à Céſar, de quien quedò por Albacéa Piſón ſu ſuegro.

Ad Att. XIV. n. 10.

Diferentes de los Senadores ſe arrimaron á éſte, y le inſinuaron convendrìa que ſuprimieſe el Teſtamento, y que la ceremonia de la ſepultura de Céſar ſe hicieſe ſin mucho aparato, ni bullage. Como Piſón lo reſiſtia, lo eſtrecharon diciendole ſe haria reſponſable de la diſipacion de riquezas inmenſas que debian pertenecer à la Republica, lo qual era ſuponer à Céſar Tirano, ſu ſucceſsion caducaba por eſta cauſa, y quanto poſeìa quedaba ſugeto à ſer confiſcado. Piſón, que entendiò puntualmente quál era el fin que ſe llevaba en las tales inſinuaciones, imploró la autoridad de los Conſules, para que no ſe eſtorvára la execucion de lo que avia quedado reſuelto en el Senado en el punto de las Exequias de Céſar, y con efecto ſe dexaron à ſu arbitrio todas las diſpoſiciones, y ſe mandò que eſtas ſe hicieſen à coſta del Eſtado. Bruto llevado de ſu moderacion conſintiò en todo por el bien de la paz, contra el dictamen de Caſsio, que ſe opuſo à que ſe hicieſen las Exequias del muerto; y del miſmo parecer fueron los mas juicioſos del Senado, y Attico, que

que en particular defendió fuertemente, que todo se perdia si á César se le concedian los honores de la sepultura. Bruto, ò no vió esta mala resulta, ò hizo un juicio mas favorable de Antonio, para esperar que con alguna condescendencia podria atraherlo al partido mas sano, lo qual fue una imprudencia muy grande, y un yerro inescusable, porque no era lo mismo entonces, que quando salvò la vida á Antonio por temor de parecer injusto; y si creyò que le era licito matar à César, debiò persuadirse à que no menos le era privarle de la sepultura. No obstante lo dicho, sacò Bruto de luego à luego alguna ventaja de su condescendencia, porque no siendole Antonio contrario, á lo menos en la apariencia, consiguiò aquietar enteramente al Pueblo, y à los veteranos. Despues que en un discurso dilatado refutò las imputaciones odiosas de parricida, y de perjuro, y que ofreció à los veteranos ponerlos en posesion de quanto podian, y debian esperar, toda la Asambléa lo llenò de aplausos, y todos gritaron que era menester restablecer en el goce de sus prerrogativas, y Dignidades à unos hombres tan ilustres, llenos de valor, y de amor de la Patria. Con todo Bruto, y Cassio no quisieron baxar del Capitolio, hasta que por Seguro se le dieron en rehenes à los hijos de Antonio, y de Lepido. Entonces baxaron á la plaza por enmedio de los vivas, y aclamaciones populares; y en señal de reconciliacion perfecta, Antonio combidò á comer á Cassio; y Lepido, que estaba casado con una de las hermanas de Bruto, se llevó à este. Los dos combites se pasaron con mucha alegria, y con un ayre de libertad, y familiaridad. Solamente aviendo Antonio preguntado en chanza à Cassio, si todavia trahia algun otro puñal oculto: *Si*, respondio Cassio, *tengo uno, y muy*

An. R. 708. An. J. C. 44.

An. R... 708. *muy agudo, para servirme de èl contrà, si imita-*
An. J. C. 44. *ses al que he muerto.*

Al dia siguiente se bolviò à juntar el Senado, concurrieron à èl los conjurados, y todo se hizo pacificamente. Dieronse à Antonio las gracias de aver desvanecido con su prudencia, y buena conducta los principios de una Guerra Civil; pero los matadores de Cèsar obtuvieron unas ventajas mas reales, y efectivas. Se pusieron en sus manos las principales Provincias del Imperio; y yà sea porque Cesar lo dexò dispuesto, ò de otro modo, se
Appian.Civil. lib.3. diò à Bruto el Govierno de la Macedonia, à Cassio el de Siria, à Trebonio la Asia propriamente dicha, la Bithinia à Tilio Cimber, y à Decimo Bruto se le confirmò en el de la Galia Cisalpina, Provincia la mas vecina de Roma, y que estaba guarnecida con un buen pie de Tropas, que avian servido à las ordenes de Cèsar. Este Decreto para la distribucion de Goviernos es muy importante, y tendrà resultas de mucha consequencia.

La tranquilidad de que acabamos de tratar no fue de mucha duracion, porque empezò à alterarse desde la abertura del Testamento de Cèsar, que se hizo en casa del Consul Antonio. Cèsar instituia por
Suet. Cæs. 83. sus herederos à los nietos de sus hermanas; à saber, al joven Octavio en las tres partes de sus bienes, y en la quarta restante à Q. Pedio, y L. Pinario, para que igualmente la dividiesen entre si; y en los ultimos renglones del Testamento adoptaba à Octavio. Lo que excitò mucho la compasion de su muerte, y la indignacion contra los conjurados fue, que muchos de ellos estaban nombrados por Tutores de sus hijos, si acaso le naciese alguno, y D. Bruto por su heredero universal, en defecto de los primeros llamados. Legò para uso del pùblico los jardines que tenia cerca del Tiber, y dexaba mandada à sus conciudadanos una

una distribucion de trecientos sestercios; esto es veinte pesos por cabeza. Esta liberalidad le restituyò todo su merito para con la multitud, y era voz comun, que no se tenia razon en querer hacer pasar à César por Tirano, pues ninguno avia mostrado jamàs mas afecto à sus conciudadanos, y à su Patria. Sus Exequias movieron otra tempestad mas fuerte. El aparato fue magnifico, y el cadaver se expuso en medio de la Tribuna de las Harengas, y en una cama ostentosa, en que por todas partes brillaba el oro, y la purpura. Desde la cabecera se elevaba un trophèo, con la toga que tenia César quando lo mataron, y el todo estaba puesto en una especie de Capilla dorada, hecha sobre el modèlo del Templo de Venus Madre. La pira estaba dispuesta en el Campo de Marte, y fue innumerable el concurso de personas de ambos sexos, y de todos estados, que à porfia llevaron à ella ofrendas de cosas preciosas para que se quemáran con el cuerpo; pero el elogio del muerto, que era por donde empezaba la ceremonia, se debia decir segun la costumbre, desde la Tribuna de las Harengas. Antonio se encargò de esta Oracion fúnebre, y la desempeñò de manera, que diò á entender que su consentimiento al convenio hecho con Bruto, no avia sido mas que ceder á la necesidad. Primeramente mandò leer los Senatusconsultos, ò Decretos en que se concedieron à César toda especie de honores, y que declaraban su persona sagrada, y inviolable. Traxo à la memoria el juramento, por el qual todos se avian obligado, no solamente à no maquinar contra su vida, sino tambien à defenderla contra qualquiera que intentára insultarla. Con esto fue despertando el afecto que el Pueblo tenia á César, y el odio contra los que lo avian muerto; y quando viò que esta piedra daba lumbre, y

Rn. R... 708. An. J. C. 44.

que

An. R....708.
A. J. C. 44.

que la multitud se iba calentando, hizo quanto pudo para animarla à la venganza. Presentò á su auditorio la toga ensangrentada de César, desembolviendola, y haciendo reparar en las puñaladas de que estaba pasada; y finalmente, para ofrecer à la vista una imagen mas viva, y que hiciese mas fuerza, no pudiendo presentarles el cadaver que estaba expuesto en la cama, substituyó una figura de cera de tamaño natural, en que se divisaban todas las heridas, que César avia recivido; y como la estatua estaba hecha con resortes, mostraba alternativamente todas las partes del cuerpo.

A este espectaculo, que Antonio acompañó con expresiones las mas tiernas, y patheticas, el Pueblo entrò en furor, los unos querian quemar el cadaver en la Capilla de Jupiter Capitolino, y otros en la sala en que lo avian muerto: de suerte, que fue menester que los Magistrados, y Sacerdotes calmasen á la multitud, y estorvasen un exceso, que ponia á los mas bellos, y devotos edificios de Roma à riesgo de perecer en las llamas. En el momento dos hombres armados con espadas, y cada uno con dos dardos en la mano, se arrimaron à la cama, que se avia baxado à la plaza, y la pegaron fuego. Para avivarlo, la multitud renovò lo que avia hecho con Clodio avia nueve años, amontonando los bancos, mesas, y papeleras, asi de los Tribunales, como de los Mercaderes, y trátantes que avia en ella, sin reservar cosa alguna de lo que hallaron á mano. Echaron en la hoguera los dones, y ofrendas, y quanto servia de adorno al aparato fúnebre. Los soldados tiraron à las llamas sus armas, y algunos sus coronas, y otras recompensas militares; y hasta las Señoras quisieron sacrificar sus adornos, y los que servian en la infancia de sus hijos. El incendio fue tan grande, y voràz, que se quemó la

la casa de un hombre de distincion, llamado L. Belieno; y otros muchos edificios sagrados, y profanos huvieran corrido la misma fortuna, à no aver los Consules hecho cortar el fuego por las Tropas que distribuyeron por toda la plaza. No paró en esto, porque un gran numero de furiosos, aviendo agarrado unos tizones encendidos, corrieron à pegar fuego à las casas de los conjurados; pero hallaron resistencia, y se retiraron, amenazando bolver con armas al dia siguiente. Este zelo furioso, que animaba al populacho contra los que mataron al Dictador, fue funesto por equivocacion. El Tribuno Helvio Cinna, de quien se ha hecho mencion en otra parte, llegò tarde á la ceremonia, con motivo de un sueño espantoso, en que le pareciò aver visto à Cèsar, que lo combidaba à cenar, y que como èl se negase al combite, lo agarraba por la mano, y precipitaba en un abismo. Al entrar en la plaza, alguno, por desgracia suya, lo llamó por su nombre de Cinna: los que lo oyeron, que no lo conocian, creyendo equivocadamente que era el Pretor Cornelio Cinna, que pocos dias antes avia declamado indecorosamente contra la memoria de Cèsar, se echaron sobre èl, y lo hicieron pedazos, sin que nadie pudiera remediarlo, y por mas que gritaba, que no era el que creìan. An. R. 708. An. J. C. 44.

Tales fueron los efectos que produxo la Oracion fúnebre, que Antonio pronunció en elogio de Cèsar, de que podia aplaudirse, si no huviera tenido mas obgeto que el de vengar la muerte de su amigo; pero como su interès proprio era el que mas fuerza le hacia, conociendo quán odioso se avia hecho en este lance al Senado, determinò reconciliarse con esta poderosa Compañia, á quien necesitaba mucho por entonces. Con este intento tomò varias disposiciones, que denotaban un zeloso

An. R... 708. An. J. C. 44.

loso republicano, y pareciò aver olvidado por un tiempo á Céſar, para emplearſe unicamente en el bien de la Patria, y en mantener la tranquilidad pública, y la libertad. Como avian entrado en ſu poder ſin Inventario todos los papeles, y regiſtros de Céſar, podia hacer paſar qualeſquiera reglamentos que èl formára, como emanados del Dictador. La confirmacion de las Actas de eſte por un Decreto del Senado las daban fuerza de ley; y aſsi el Conſul tenia en ſu arbitrio conceder privilegios, inmunidades, recompenſas, y quanto le dieſe la gana, à Ciudades, ò particulares, de lo qual hizo deſpues un abuſo bien grande, y eſtraño; pero en el tiempo en que vamos, yà ſea por precaverle, ò para dàr á entender un amor grande al bien público, quiſo à inſtancia de Ser. Sulpicio, que ſe expidiera un Decreto del Senado, mandando que deſde los Idos de Marzo no ſe pudiera publicar en nombre de Céſar ninguna ordenanza, que concedieſe exempcion, ò privilegio à qualquiera que ſe fueſe. Eſte primer paſo diò mucho guſto à los amadores del buen orden, y de las Leyes; pero Antonio diò luego otro, que parecia probar en èl una atencion vigilante à mantener la libertad republicana, y fue la abolicion del nombre, y empléo de Dictador, para lo qual, y ſin hacer la propoſicion al Senado, como era coſtumbre, llevò el Decreto formado, à fin de lograr ſolo todo el honor de eſta accion. Eſta Dignidad quedò abolida para ſiempre, cargando de maldiciones à qualquiera que intentára reſtablecerla, y dando permiſo à todo ciudadano de echarſe ſobre èl, y matarlo impunemente. Eſto era, como ſe vè, tildar la memoria de Céſar, y no ſolamente eſtablecer, y conſolidar la libertad por entonces, ſino tambien preſervarla para en adelante.

En

En el mismo tiempo hizo à los Senadores un servicio de importancia, y reprimiendo con una accion de vigor à una canalla insolente, y sedicioſa, de la qual tenian bastante que temer. Aviendose recogido las cenizas del Dictador por sus Libertos, y llevadose al sepulcro de sus antepasados, el populacho levantò un altar en el parage en que se avia quemado el cadaver, y á su lado una coluna de marmol de veinte pies de altura, con esta inscripcion: AL PADRE DE LA PATRIA. En esta parte se daba culto público á Cesar, y se hacian sacrificios, votos, y juramentos, invocando su nombre. La multitud que se juntaba en este parage era tanto mas de temer, quanto que tenia por cabeza à un hombre audàz, que hacia algunos años andaba metiendo ruido, y viendo cómo podia levantarse mas de lo que correspondia à su fortuna con una impostura muy grosera. Era de baxa extraccion, y se llamaba Amacio, y con el motivo de la semejanza del nombre se daba por nieto del célebre Mario, diciendo era hijo del que siendo Consul, pereciò en Preneſta à la edad de veinte años. En consequencia de este embuste, se decia pariente de los Césares, y aun viviendo el Dictador avia tenido la osadìa de publicar su enredo, y bastante maña para hacerlo creìble hasta ciertos terminos. Algunas Señoras de la parentela de Cesar empezaron à reconocerlo por de la familia, y andaba por la Ciudad acompañado de un gran numero de gentes noveleras, que se le avian agregado, lo qual succediò mientras Cesar estuvo ocupado en la ultima guerra de nuestra España. De buelta á Roma, viendo que continuaba en su embuste, y en alborotar la gente, mandò hacer averiguacion de su origen; y aviendo resultado, que era hijo de un herrador, lo desterrò de Italia. Muerto Cesar,

An. R... 708.
An. J. C. 44.

An. R... 708. An. J. C. 44. Amacio se bolviò à aparecer en Roma, empezò de nuevo à amotinar la multitud, y fingiendo un gran zelo para vengar la muerte del Dictador, amenazaba yà à los conjurados, y aun à todos los Senadores, haciendoles temer las mayores violencias. Antonio los libertò de este cuidado, pues hizo prender de propria autoridad al falso Mario, y dàr garrote en la Carcel. Esta execucion militar sorprehendió al Senado; pero la utilidad que á todos resultaba de ella hizo olvidar la irregularidad del procedimiento. Como con este motivo se dieron à Antonio grandes elogios, Dolabela para merecerlos tambien por su parte, quiso acabar lo que su compañero avia empezado, porque la muerte de Amacio no avia restablecido enteramente la tranquilidad en la Ciudad. El populacho, aunque le faltó su cabeza, continuò en dàr públicos honores divinos á la memoria de Cèsar. Dolabela cortò el mal de raìz, porque derribò el altar, y coluna de Cèsar, disipò la multitud que se atropaba al derredor de èl, mandò prender à los mas sedicioso, precipitò de la Roca Tarpeya á los que eran de condicion libre, y crucificar à los esclavos; cuya accion mereciò grandes alabanzas en el Senado, y en especialidad de Ciceron, que avia sido su suegro.

Cic. ad Att. XIV. n. 17.

La ultima prueba que diò Antonio de su condescendencia por el Senado en los tiempos inmediatos à la muerte de Cèsar, fue la facilidad con que consintiò en el restablecimiento de Sexto Pompeyo, cuyo nombre era de infinito aprecio para todos los que componian aquel augusto Congreso. Este infelìz heredero de una familia tan ilustre, no aguardò à que su enemigo cesàra de vivir, para intentar levantar su fortuna. Despues de aver trahido algunos tiempos una vida de vandido en las montañas de la Celtiberia, à don-

de

de se refugiò, como lo diximos en su lugar, se aplicò á recoger las reliquias de la Batalla de Munda; y aviendo juntado tambien otros socorros, se atreviò à darse à conocer, se apoderò de varias Plazas de la tierra llana, y hizo la guerra con ventaja contra Carrinas, y el célebre Asinio Polion, dos Tenientes de César, que se le opusieron uno tras otro. Hallabase en bastante buena disposicion quando mataron al Dictador en el Senado, cuya noticia aumentò sus esperanzas, creciò con ella el numero de los de su partido, y tuvo la confianza de escrivir à Roma, pidiendo que se le permitiera bolver à su Patria, entrar en el goce de los bienes de su padre, y que se licenciasen todos los Exercitos, que se mantenian en pie en todo el Imperio. Antonio apoyò su demanda, à excepcion del particular de restituirle su patrimonio, del qual èl mismo estaba en posesion, ò avia disipado la mayor parte; pero propuso que se le diera en su lugar del Thesoro público la cantidad de cien millones de sestercios, (esto es cien millones de reales de vellon, poco mas, ó menos) y concederle el Mando en Gefe de los mares, en la conformidad que lo avia tenido su padre. Nada podia ser mas del agrado del Senado, y no obstante, sin que se sepa por què razon, esta dependencia no se determinò, sino algunos meses despues á proposicion de Lepido, quien en calidad de Proconsul de la España Citerior, se debiò naturalmente de encargar de componerla. Concediòse à Sexto aun mas de lo que Antonio avia propuesto, porque en lugar de los cien millones de sestercios para resarcirle de las confiscaciones de su patrimonio, se le dieron setecientos millones, cantidad prodigiosa, con la qual es visto, que el animo del Senado era armar, y no resarcir de sus pérdidas al hijo de Pompeyo. Sexto de-

An. R... 708.
An. J. C. 44.

Cic. ad Attic. XVI. n. 4.

Veley. II. 79.

Cic. Phil. XIII n. 12.

An. R... 708. An. J. C. 44. dexò entonces la Eſpaña, pero no bolviò à Roma, y ſe aprovechò del Mando, ò Superintendencia, que ſe le avia dado de los mares, para juntar todas las Embarcaciones, que pudo encontrar en los Puertos de eſta Peninſula, y de la Galia ſobre el Mediterraneo, y ſe mantuvo algun tiempo en Marſella, à fin de tomar ſus medidas ſegun lo que reſultára de los acaecimientos de la Capital del Imperio. Quando viò que ſe iba formando el Triumvirato, ſe apoderó de la Sicilia, en donde fue, como lo dirémos en adelante, el aſilo mas ſeguro de los proſcriptos mas iluſtres.

Bolvamos á Antonio, que aunque veſtido entonces de un zelo Ariſtocracio, y Republicano, hizo vèr en breve, que no tenia mas obgeto que el interès de ſu ambicion. Todas ſus acciones haſta aquì lo hicieron tanto mas agradable al Senado, quanto odioſo á una gran parte de la multitud, que ſiempre conſervaba afecto, y aun veneracion à la memoria de Céſar. Eſto le ſirviò de pretexto para fingir temores, y pedir una Guardia para la ſeguridad de ſu perſona; pero apenas ſe la concediò el Senado, quando tuvo que arrepentirſe de ello, porque el Conſul en vez de Guardia juntò un Cuerpo de Tropas, como de ſeis mil hombres, todos gente eſcogida, veteranos, y Capitanes antiguos, de ſuerte que ſó color de librarſe de una inquietud caſi quimerica, las dió bien reales, y efectivas à los demaſiado credulos Senadores. Al miſmo tiempo adquiria hechuras, y juntaba prodigioſas cantidades de dinero por medio de los Decretos que ſuponia de Céſar, y haciendo deſprecio del que èl miſmo hizo expedir al Senado ſobre eſte aſumpto: cada dia producia una multitud de ordenes falſas, que ſuponia ſer del Dictador, concediendo privilegios, y exempciones á particulares, Ciudades enteras, Re-

Cic. Phil. II. n. 92. 98.

yes,

yes, y Principes Estrangeros, para todo lo qual tenia á su mandado un Secretario, que lo avia sido de Césaar, el qual formaba todos los Decretos, y los autorizaba, ò refrendaba como en tiempo de su amo, mediante la cantidad en que antes se ajustaban las gracias con Antonio, de suerte que no avia cosa que no se vendiese, como huviera comprador; y esto con tanta desverguenza, y con tan poco disimulo, como que se hacia hablar à Césaar de acaecimientos posteriores à su muerte: cuyo genero de falsedad fue para Antonio una mina de oro tan abundante, que el dinero se tomaba à peso en su casa, porque no avia tiempo para contarlo. Añadanse à esto cien millones de sestercios, que le entregò Calpurnia inmediatamente despues de la muerte de Césaar, y otros setecientos millones que pilló en el Templo de Ops, en donde los tenia depositados el Dictador, y se podrà hacer concepto de quánta seria entonces la riqueza de Antonio, y quánto recurso tenia por consequencia en sì para todo lo que le diera la gana emprehender; y ademàs de esto tenia el apoyo de sus dos hermanos, que el uno era Pretor, y el otro Tribuno de la Plebe; y tambien el de Lepido, à quien avia ganado haciendole dàr la Dignidad de Gran Pontifice, que obtenia Césaar.

An. R... 708. An. J. C. 44.

Plut. in Ant.

Cic. Phil. II. n. 93.

Quando Antonio tuvo bien tomadas todas sus medidas, determinó romper con Bruto, y Cassio, á quienes hasta entonces avia tratado con mucha atencion, y respeto. Estos dos Cabezas de la conjuracion tenian al Senado en su favor; pero como no iban sino por el camino derecho, y contando con la proteccion de las Leyes, se hallaban sin Tropas, y sin dinero; y algunos de sus amigos pensaron en formar una Caxa militar à escote entre los Equites Romanos; pero como Attico, à quien se hizo la proposicion, porque con sus ri-

Corn. Nep. in Attic.

que-

An. R... 708. An. J. C. 44. quezas, sus talentos, conexiones, y amistades, era sin contradiccion el que obtenia el primer lugar en aquel Cuerpo, no quiso entrar en ella, diciendo, que estaba prompto à sacrificar quanto poseìa en favor de Bruto su amigo; pero que queria huìr de quanto tenia asomo de faccion, ò de vando, se desvaneciò el proyecto de la Caxa militar. Como cada dia se les hacian mas, y mas sospechosas las intenciones de Antonio al ver el poder que iba adquiriendo, estaban con bastante inquietud, la qual creciò no poco al vèr llegar à Roma de todas partes un gran numero de los soldados veteranos de Cèsar. Por esta causa conocieron era conveniente poner su partido en estado de defensa; y como tres de sus asociados tenian sus Provincias, y que no avia motivo que los embarazase marchar inmediatamente à tomar el Govierno de ellas; es à saber, Decimo Bruto à la Galia Cisalpina, Trebonio á la Asia propriamente dicha, y Tilio Cimber à la Bithinia, hicieron que partiesen à toda prisa, encargandoles procuràran fortificarse todo lo posible de hombres, y dinero. Por lo que toca á sus dos personas, se hallaron con bastante embarazo sobre lo que harìan, porque como ambos eran Pretores, no podian salir de la Ciudad hasta concluìdo el año de su ministerio, para ir à encargarse de los dos Goviernos de la Macedonia, y de la Siria, que les estaban concedidos; y por otra parte su vida corria gran riesgo en la Ciudad con tanto soldado de Cèsar como se iba juntando en ella; y asi, el partido mas seguro para ellos era dexarlo todo, y marcharse. La irregularidad de esta determinacion que tomaron, la salvò Antonio, haciendo que la Plebe dispensase à Bruto, que era el que con mas precision debia mantenerse en Roma, por ser el Pretor de la Ciudad, de la Ley, que le obliga-

Cic Att. XV. n. 9.

ba

ba à la reſidencia; y el Senado para colorear la venganza de la partida, ò mas bien de la fuga de uno, y otro, les diò la comiſion de hacer en Sicilia, y en Aſia la proviſion de granos para la Ciudad. Apenas avian ſalido, y quando aún eſtaban à mano de poder bolver promptamente, ſi la ocaſion lo requeria, Antonio ſe quitò la maſcarilla, y intentò deſpojarlos de ſus Goviernos, que ſiendo los dos mas importantes del Imperio, les venìan muy bien á èl, y à los ſuyos. No obſtante, no quiſo por sì proprio empezar directamente á proponer ſu deſignio, y moviò à ſu compañero à pedir el Govierno de la Siria. Dolabela, à quien, como lo eſperaba, lo negò el Senado, recurriò á la Plebe, y con ayuda de Antonio, que hizo callar de propria autoridad à un Tribuno que ſe oponia, conſiguiò lo que deſeaba, y el miſmo Antonio ſe hizo dàr por la propria via la Provincia de Macedonia. Con todo, para aguardar una cierta atencion con unos hombres tales como Bruto, y Caſsio, conſintió en que el Senado les concedieſe como por via de recompenſa al uno la Cyrena, y la Isla de Creta al otro, cuyas Provincias eran una bicoca en comparacion de las que les quitaban. De eſte modo iba Antonio deſcubriendo ſus proyectos, y tiraba à deſtruìr el partido Republicano para elevarſe ſobre ſus ruinas. Eſtà patente, que aſpiraba à ſubſtituirſe en el lugar de Céſar, y tal vez lo huviera conſeguido, ſi un competidor, mucho mas joven, pero mas dieſtro que èl, no huvieſe venido á cortarle ſus medidas. Bien ſe conoce que hablamos de Octavio, que ſe hallaba auſente de Roma quando mataron à ſu tio; pero que bolviò à toda diligencia quando tuvo la noticia de lo ſuccedido. Su llegada à la Ciudad es una epo-

An. R., 708.
An. J. C. 44

An. R. 708. An. J. C. 44. ca importante, que aumentò la confusion de los negocios, que yà estaban por sì mismos bastantemente embrollados, multiplicò los vandos, y confundiò los intereses con unas combinaciones enteramente estrañas. Esta es una materia muy abundante; pero embarazosa para un Escritor, por la multiplicidad de hechos, que à cada paso se cruzan; bien que los procurarèmos tratar con toda la claridad que nos sea posible en el tomo siguiente.

FIN DEL TOMO XII.

IN-

INDICE

DE LOS ASUMPTOS QUE comprehende este Tomo XII.

LIBRO XXXI. Pag. 1.

§. I. *Estado de las Galias despues de las dos primeras Campañas de Cesar. Noticia de lo ocurrido en las quatro siguientes: en las Expediciones contra los Venetas, contra los Germanos, contra los Pueblos de la Gran Bretaña, y contra otras Naciones de la Galia,* pag. 2.

§. II. *Origen de los Parthos, sus usos, y costumbres. Expedicion de Crasso contra ellos, y lo ocurrido desde sus principios hasta su desgraciada muerte. Esta fue funesta à la libertad de Roma. Muerte de Julia, hija de Cesar, y muger de Pompeyo. Varias ocurrencias, y disensiones en Roma. Muerte de Clodio asesinado por Milon. Tercer Consulado de Pompeyo. Condenacion de Milon, con lo demàs que ocurriò hasta la septima, y octava Campaña de Cesar en la Galia,* pag. 46.

LIBRO XXXII.

§. I. *Preliminar de la guerra civil entre Cesar, y Pompeyo. La verdadera causa de ella fue su ambicion. Estado de Pompeyo desde su tercer Consulado, y politica de Cesar para mantenerse en el Mando de su Exercito, que su competidor intenta quitarle, quando yà no era tiempo. Contestaciones, y ocurrencias en Roma*

haſta que rompen la guerra entre los dos, Pompeyo con el pretexto de defender la Cauſa del Senado, y la Nobleza, y Céſar los derechos del Tribunado de la Plebe, ofendidos por aquella. Eſte empieza la guerra con una Legion. Dividenſe los Romanos entre uno, y otro competidor, y ſolo Caton es verdaderamente del Vando de la Republica. Primeras Expediciones de Pompeyo, y Céſar, haſta que el primero huye al Epiro. El ſegundo buelve á Roma, y ſe apodera de quanto avia en el Theſoro público, pag. 155.

§. II. *Céſar antes de ſalir de Roma para venir á Eſpaña diſtribuye en ſu nombre los Mandos en Italia, y en varias Provincias. Poneſe en marcha, y Marſella le cierra ſus puertas. Plantala ſitio, y dexando en él à Trebonio, continùa ſu marcha. Fuerzas de Pompeyo en Eſpaña mandadas por Afranio, y Petreyo. Varias Expediciones de unos, y otros haſta que Céſar rinde la Eſpaña Ulterior, deſpues de lo qual buelve al ſitio de Marſella. Rinde eſta Plaza, y trata con ſeveridad à los Marſelleſes. El partido de Céſar lleva un golpe en la Iliria. Los ſoldados de una Cohorte ſe matan unos à otros por no rendirſe. Curion paſa à Africa contra Accio Varo, y Juba, Rey de Mauritania. Sus ventajas contra Varo. Eſte procura ſobornarle ſus Tropas. Conſtancia de Curion en eſte rieſgo. Batalla en que lo vence. Sigueſe otra en que Curion queda enteramente derrotado, y de reſultas ſe hace matar en el miſmo campo de batalla. Suerte funeſta de caſi todos los que no perecieron en ella. Arrogancia, y crueldad de Juba. Reflexion ſobre la temeridad, y deſgracia de Curion,* pag. 202.

§. III. *Lepido, Pretor de la Ciudad, nombra à Céſar Dictador. Rebelaſe la novena Legion, y la reduce.*

Fauſ-

Fausto, y indecencia de la conducta de Marco Antonio. César và à Roma, entra en posesion de su Dignidad, se hace nombrar Consul, preside à la eleccion de Magistrados, y toma varias providencias. Continuacion de la Guerra Civil, con todo lo ocurrido hasta la Batalla de Pharsalia, fuga, y muerte de Pompeyo, pag.228.

§. IV. *César marcha en seguimiento de Pompeyo, y al llegar à vista de Alexandria le presentan la cabeza, y llora al verla. Entra en la Ciudad, y halla alborotados contra èl à los habitantes. Detenido por los vientos toma conocimiento de la quimera entre el Rey, y su hermana Cléopatra. Origen, y resultas de esta quimera. Amores de Cléopatra, y César, que la declara Reyna de Egipto conjuntamente con su hermano Ptolomeo. Guerra que huvo con este motivo, acaecimientos de ella, y riesgos que corre César. Vencidos los enemigos, se abandona à los amores de Cléopatra. La noticia de los progresos de Pharnaces en Asia le obligan à dexar el Egipto. Arregla las cosas de Siria, y Cilicia. Deyotaro pide perdon à César, y lo obtiene en parte. Guerra contra Pharnaces hasta su derrota, y muerte. Regla las cosas de Asia, y saca grandes contribuciones de los Pueblos. Guerra en Iliria entre los del Vando de César, y de Pompeyo. Ciceron se presenta en Brindes à César, que lo recibe muy bien. Estado de Roma desde la Batalla de Pharsalia. César Dictador, y Marco Antonio General de la Cavalleria, con lo demàs succedido despues de su buelta à Roma hasta su Expedicion en Africa*, pag.287.

LIBRO XXXIII.

§. I. *Metelo Scipion viene à Africa à unirse con Varo, y Juba. Su caracter. Caton se une á ellos, y*

y cede el Mando al primero. Fuerzas del partido vencido. Céſar paſa à aquella Region. Mal eſtado de ſu Exercito. Batalla en que ſe halla en un rieſgo muy grande. Varios hechos particulares de eſta guerra haſta la toma de Utica, y muerte de Caton. Elogio de éſte, y Exequias que ſe le hicieron. Céſar perdona al hijo de Caton, à quien encontrò en aquella Plaza. Fuga de Juba. Zama ſu Capital le cierra las puertas, y ſe hace dàr la muerte. Todo cede al vencedor. Metelo Scipion ſe atravieſa ſu eſpada. La Numidia reducida à Provincia Romana. Saluſtio queda por Governador, y vexa de todos modos à ſus Pueblos. Recompenſas, y caſtigos dados por Céſar en Africa. Reſtituyeſe à Roma. Decretos llenos de adulacion, que expide á ſu favor el Senado. Reflexion ſobre el plan de Govierno, que ſe forma Céſar. Celebra quatro Triunfos, recompenſa à ſus ſoldados, y reparte dadivas à la Plebe. Hace varios reglamentos en Roma, y corrige el Kalendario. Hechos condenables en la conducta de Céſar. Conſiente en que Marcelo buelva à Roma. Muerte funeſta de eſte Romano. Conducta de Ciceron con Céſar. Divierteſe nueſtro Orador en componer algunas Obras. Dolor exceſivo que ſiente de la muerte de Julia ſu hija, pagin. 336.

§. II. *Poder del joven Pompeyo en nueſtra Eſpaña. Céſar viene contra èl. Primeras Expediciones haſta la Batalla de Munda. Muerte de Cn. Pompeyo. Su hermano Sexto ſe mete en la Celtiberia. Toda la Betica ſe ſomete al vencedor. Muerte voluntaria de Scapula. Caſtigos, y recompenſas de reſultas de la Victoria. El joven Octavio, à quien ſu tio procura dàr à conocer, ſirve para con èl de recomendacion à muchos. Céſar buelve à Roma, y triunfa, de que todos ſe dàn por*

por sentidos. Echanlo à perder las adulaciones del Senado. Nombranlo IMPERATOR, *Dictador perpetuo, y le conceden otros honores nunca vistos, ni oìdos, y otros hechos hasta su quinto Consulado con Marco Antonio. Forma varios proyectos, y entre ellos el de hacer la guerra à los Parthos. Antonio ofrece el Cetro à Cèsar. Indignacion pública contra èste. Conspiracion contra su vida, formada por Bruto, y Cassio, con todo lo ocurrido hasta su execucion. Los conspiradores dàn de puñaladas à Cèsar en el mismo Senado. Divídense los dictamenes en punto del assesinato de Cèsar. Varias reflexiones sobre este caso, y sobre el caracter del muerto,* pag. 389.

§. III. *Tumulto horroroso con ocasion de la muerte de Cèsar. Los conjurados se apoderan del Capitolio. Antonio, y Lepido, Cabezas del Vando contrario, tienen en su favor la gente de guerra, y una gran parte del Pueblo. Negociacion entre Bruto, y Antonio. Asambléa del Senado, en que se determina, que no se haga pesquisa alguna contra los autores de la muerte de Cèsar; pero que sean válidos todos los reglamentos de éste: que lo sea tambien su Testamento; y que se le hagan con los mayores honores sus Exequias. Reconciliacion de Bruto, y Antonio. Dànse à los principales de los conjurados Goviernos de Provincias. Abrese el Testamento de Cèsar. Resultas de esto, y de las Exequias que se le hicieron. Pasos que dà Antonio, y providencias que toma para ganar el afecto del Senado. Hace quitar la vida al falso Mario, que amotinaba al populacho: consiente en el restablecimiento de Sexto Pompeyo; y obtiene licencia para traher Guardia. Modo indigno con que recoge un gran numero de caudales. Bruto, y los conjurados, sin fuerzas, ni dinero, piensan en fortificar su partido en las Provincias. Salen de Roma, y*

An-

Antonio los despoja de sus Goviernos. Dà el de la Siria à Dolabela, y toma para sì el de Macedonia. Sus proyectos se desvanecen con la llegada à Roma del joven Octavio.

FIN.

ESTANTE 16
Tabla 2.ª
N.º 6

6

VILLANUEVA

HISTORIA

ANTIGUA

12

13.275